NEREA LLANES

LA ACADEMIA II

AURORA



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Agradecimientos

Créditos



La Academia II
AURORA



Nerea Llanes

CROSS BOOKS

Para todas las que desearon ser Jo March, pero acabaron aceptando que eran Amy



«Lo más oscuro es antes del amanecer».
ANÓNIMO





Capítulo 1



Blake se posó el brazo sobre los ojos y cerró los párpados con fuerza, como si así pudiese obligarse a dormir. No funcionó y cambió de postura de nuevo. Se incorporó en la cama con un suspiro y miró la habitación, derrotado.

Si estuviese en la Academia podría subir a la sala de música y tocar el piano para distraerse. En el dormitorio, sus demonios parecían perseguirlo incansablemente.

Al día siguiente estarían de vuelta después de las vacaciones de Yule y sentía como una especie de veneno electrizante que le recorría las venas.

Se acercó al escritorio donde tenía uno de los diarios de su padre y lo ojeó.

> Sebastian estaba completamente seguro de que aquella realidad es a la que pertenecemos y que, por lo tanto, que estemos aquí es una anomalía. Agnes no quiere ni oír hablar del tema, pero en cierto modo creo que su padre tenía razón, aunque su fanatismo lo cegase.

Blake observó el dibujo de unas órbitas, al estirar la mano se fijó en el reloj de pulsera que adornaba su muñeca.

Deseó arrancarse aquella quemazón del pecho. Ni siquiera tenía que cerrar los ojos para ver a Rain levantándose sobre las puntas de

los pies para besar a Jeong.

«Te arrepentirás y será tarde. Y yo estaré ahí para decirte que te lo dije». Las palabras de Kane se repitieron en su cabeza.

No, no se arrepentía. Al contrario, estaba agradecido. Había estado a punto de joderlo todo la noche que habían entrado a los túneles y habían dormido juntos en esa misma cama, que ahora le parecía un potro de torturas.

Si Rain no hubiese murmurado el nombre de Jun en sueños hasta desquiciarlo, habría hecho una tontería. En cambio, se había marchado incapaz de soportarlo ni un segundo más. Y ahora las cosas estaban de nuevo en su sitio.

Blake era exactamente igual que su padre, incapaz de abandonar una idea aunque el precio a pagar fuese inmenso. A Ambrose Blake su ambición por demostrar que sus teorías eran ciertas le había llevado a acabar con su familia y consigo mismo. Blake había aprendido de los errores de su padre. Él al menos no sería tan egoísta para arrastrar a nadie consigo en su cruzada.

«¿De verdad no lo eres?», preguntó una voz en su cabeza.



Rain se dejó caer sobre la cama con Tinieblas al lado. Estar fuera esas dos semanas de vacaciones había sido extraño. Como un sueño muy largo. Un refugio en mitad de una tormenta. Las pesadillas seguían acechándola, pero fuera de allí tenían menos poder, menos peso.

—Pareces distinta —le había dicho su madre.

Y Rain había temido que viese más allá, que de alguna manera sus ojos revelasen la clase de cosas que había hecho. Como si sus pecados hubiesen dejado una fea cicatriz en su piel.

Se sentía lejos de su madre. Ella no formaba parte de su mundo, así que era difícil explicarle lo que era estar en la Academia. A veces deseaba, en un rincón ansioso de su mente, tener a su padre. Se preguntaba si él la entendería, si él la aconsejaría. Si con él a su lado sería más fácil.

Rain se había pasado las vacaciones intentando no pensar en Blake con todas sus fuerzas. Era como una maldición de la que no podía deshacerse.

Se preguntaba si la adicción se sentía así. Al menos mientras estaba en la Academia lo veía, sus miradas se cruzaban, lo oía murmurar comentarios irónicos, podía observarlo en la distancia, aunque no se hablasen, aunque las cosas estuviesen tensas entre ambos. Pero, en Céfiro, Blake no existía. Y en las horas más oscuras de la noche se cuestionaba que fuese real; se preguntaba si él no sería un demonio que se había materializado para torturar su mente. Si no estaría dejándose seducir por el mal en sí mismo.

Rain bajó al comedor a cenar con Aiden, que se atusó los rizos por décima vez. Se toqueteaba las gafas con ademán nervioso y suspiraba cada cinco segundos.

—¿Qué te pasa?

—Na... nada —aseguró.

—¿Te pone nervioso ver a tu *no-vio*? —Rain hizo énfasis en las dos sílabas para molestarlo, y Aiden enrojeció.

Kane y él habían estado en contacto durante las vacaciones, pero, aun así, se moría de ganas de verlo y al mismo tiempo estaba de los nervios; que justo la semana antes de Yule hubiesen decidido empezar a salir había hecho que la distancia fuese más difícil.

Rain no había visto a Jun desde que le robó el colgante, la última semana lo había esquivado con la excusa de los exámenes y él había pasado las fiestas en Eurínome con su familia. Se había dejado llevar por la rabia, se había sentido humillada y dolida, y solo había deseado venganza.

Había anhelado ser quien muerde primero, pero, de vuelta en su casa, sentada en su cama donde solía soñar con la persona en la que se convertiría algún día, donde había fantaseado con un futuro brillante del que su madre estaría orgullosa y en el que Aiden y Jun estarían a su lado, no había podido evitar sentir un vacío creciendo en su pecho. Había hecho lo que nunca se creyó capaz de hacer: usar a alguien que amaba. Sin embargo, la culpabilidad se mezclaba con la satisfacción de haber tomado el control, de haberse rebelado contra la narrativa en la que siempre era la chica débil. Estaba

atrapada entre dos versiones de sí misma, y no sabía cuál la aterraba más: la chica buena que aún existía en su interior o la chica despiadada que estaba empezando a abrazar.

Tenía el colgante bien guardado, todavía no había decidido cuál debía ser su siguiente paso. A veces notaba su pulso, como el de un corazón delator. La prueba de que había comenzado a caer.

Jun se acercó a ellos con una sonrisa que Rain le devolvió mientras las rodillas amenazaban con fallarle. «¡Lo sabe!», gritaba todo su interior. El sentimiento de culpa comenzó a crecer en ella como una enfermedad silenciosa. La paranoia la envolvió, se sentía observada, expuesta, como si el secreto que guardaba se estuviera tatuando en su piel, visible para todos.

Seguro que se había dado cuenta de que había sido ella quien le había quitado el colgante. Aiden también pensaría que estaba loca, y dejarían de ser sus amigos, y se lo merecía porque...

Cuando se dio cuenta estaba entre sus brazos. Jun la alzó del suelo mientras la estrechaba con fuerza.

—¿Qué tal las vacaciones, Rainy? ¿Me has echado de menos?

Ella sintió un alivio tan bestial que casi se le saltaron las lágrimas. Le devolvió el abrazo algo temblorosa. Tres meses atrás habría dado cualquier cosa por experimentar aquello, por conseguir que Jun la mirase como lo estaba haciendo. Ahora no sabía cómo manejar lo que le hacía sentir.

Era todo tan confuso.

—Claro. Mi madre quería verte. ¿Qué tal en Eurínome?

—Bien, ya sabes —contestó evasivo.

Había una tensión casi palpable entre ambos. Palabras que flotaban a su alrededor, aunque no se atreviesen a pronunciarlas. Jun bajó la vista hasta la boca de Rain y luego se apartó con los hombros rígidos.

Aiden encontró a Kane en su mesa habitual. Estaba solo, sin rastro de su sombra de pelo rubio y rostro desagradable. Se sintió algo tonto por el vuelco que le había dado el corazón al verlo, pero la sensación se esfumó de un plumazo cuando Kane lo miró con los ojos brillantes y cálidos y una sonrisa que le ocupaba todo el rostro.

Aiden caminó algo dubitativo hasta su mesa y, cuando se quiso dar cuenta, Kane ya estaba parado delante de él.

—Por los remolinos, Clark. Me muero por besarte —le susurró.

Aiden se derritió ahí mismo. Su cerebro completamente convertido en papilla. Y entonces, para asombro de Kane y de muchos de los que estaban por allí, lo rodeó con los brazos.

Kane se tambaleó completamente desprevenido, y antes de que le diese tiempo a reaccionar, Aiden ya se había echado hacia atrás con la cara incandescente.

—Juegas sucio, Aiden.

—¿Eh?

—Ahora me lo has puesto más difícil —gimió Kane, frustrado, y lo cogió de la mano para llevarlo hasta su mesa.

Rain apareció al cabo de unos minutos y los miró con una sonrisa. Jun no iría a sentarse con ellos y ella no quería estar cerca de las miradas afiladas de Alberta Novak y su grupo de amigas.

No pudo evitar fijarse en que Blake no estaba allí. Casi se sintió decepcionada y se reprendió por ello.

—Hola, Kane —le saludó Rain.

Vio que ambos seguían dándose la mano por debajo de la mesa.

—¿Vais a venir esta noche a la fiesta por la vuelta de vacaciones?

—¿Más fiestas del Crepúsculo? No —contestó Aiden.

—No es en la torre del Crepúsculo; es en la sala de clubes. La organizan algunos de segundo y creo que puede ir quien quiera.

Rain se moría de ganas de preguntar por Blake. Quería saber si él también estaría allí. Solo de pensar en verlo, la recorría una emoción ansiosa. Pero se aguantó las ganas.



Rain apareció con un vestido de un tono rojo tan oscuro como el vino, corto y sin tirantes. Medias caladas negras y sus inseparables *mary janes*. Se recogió parte del pelo en una coleta que ató con un lazo.

Estaba nerviosa. Ansiosa. El corazón le latía desbocado, como si quisiese escapar de su pecho. ¿Se encontraría con Blake?

Tragó. Tenía la garganta seca. La idea la atraía demasiado.

No debería sentirse así por él.

Se pasó las manos por la falda del vestido alisándolo, y cogió aire.

Por el rabillo del ojo vio como Kane se cernía sobre Aiden y lo besaba en una esquina oscura.

No tenía palabras para explicar lo feliz que la hacía verlos juntos. Aiden había estado en las nubes durante las vacaciones. Aunque todavía le preocupaba su padre y cómo reaccionaría cuando se enterase.

La sala de clubes era un espacio amplio en la tercera planta. El suelo de madera estaba cubierto de alfombras; había una chimenea enorme con preciosas molduras y sofás de diferentes tapizados esparcidos aquí y allá. Una mesa de madera oscura larga con diez asientos. Una pequeña biblioteca y una vitrina con trofeos y menciones a los clubes de la Academia.

Sonaba música *rock* en un reproductor anticuado. Las mesitas estaban llenas de botellas de cerveza y whisky medio vacías. Y la luz de las lámparas de gas titilaba sobre los cuerpos que se movían bailando.

Rain se sirvió una copa y dejó que su mirada vagase por el espacio. Quería encontrarlo, pero, a la vez, no. Cada pelo rubio hacía que el corazón le diese un pequeño vuelco.

Y, entonces, se le ocurrió una idea.

Esquivó varios grupos hasta llegar a la vitrina.

Club de Combate de destreza.

Club de Música.

Club de Botánica.

Club de Liderazgo.

Ahí estaban los cuatro originales de la Academia. Pegó la cara al cristal. Bajo la placa del club de Liderazgo estaba el libro de actas. Intentó abrir la puerta de cristal, pero estaba cerrada con un candado.

Miró a su alrededor. ¿Se daría cuenta alguien si intentaba forzarla?

—Por fin te encuentro —dijo Jun, parándose a su lado.

Rain cogió aire a toda prisa, sorprendida, y le dio un ataque de tos.

—Ho... Hola.

Los ojos de él la recorrieron con atención y le dedicó una sonrisa. Rain esperó que el gesto le hiciese sentir la misma emoción efervescente que antes, pero no pasó. Faltaba algo...

—¿Qué haces aquí?

—Estaba curioseando. Nunca he estado antes en la sala de clubes. ¿Es aquí donde os reunís para el club de... Política?

Los ojos de Jun se estrecharon levemente.

—A veces, otras lo hacemos en algún salón más pequeño. No somos demasiados.

—¿Por qué no me has hablado nunca de ese club?

Jun parecía incómodo.

—Fue Manon la que me habló de él. Alberta lo abrió y todo pasó a principios de octubre, cuando...

«Cuando me rechazaste», pensó Rain.

—Jun, no pasa nada. Está superado —le aseguró ella.

Él frunció el ceño y se acercó más a Rain.

—¿Eso quiere decir que ya no sientes nada por mí?

Jun trató de buscar en los ojos de ella. Nunca le había resultado tan complicado leer a su mejor amiga y era de lo más frustrante.

—Yo...

Se inclinó y la besó, empujándola contra la pared. Rain trastabilló ligeramente y se agarró a sus hombros. Notó cómo sus músculos se tensaban bajo sus dedos. Jun tomó el gesto como algo positivo y profundizó el beso. Rain dejó escapar un suspiro, con la adrenalina zumbándole en las venas.

—Rainy —exhaló él—. Dime que no. Dime que no he llegado demasiado tarde. Porque durante estas dos semanas no he podido dejar de pensar en la fiesta de Yule.

Rain estaba bloqueada. Le costaba creerlo, llevaba años evitándola, sabiendo que sus padres no se tomarían bien una relación entre ambos, pero al mismo tiempo la forma en la que sus ojos la miraban, como si ella fuese lo más importante de su vida,

parecía sincera. La hizo dudar de todo lo que creía que era cierto y la culpa empezó a trepar por su garganta, ahogándola.

El peso de sus emociones, combinadas con el tumulto de sus propios sentimientos por Blake, la dejaron confundida, sin saber hacia dónde moverse o en quién confiar. Todo era demasiado complicado. No sabía qué creer. Estaba atrapada entre su antiguo yo y la nueva versión de sí misma, entre el amor, la culpa y el deseo de venganza.

—¿Por qué ahora? —susurró.

Jun hizo una mueca, aunque fue casi imperceptible.

—Rain yo... Quiero conservarte en mi vida. Te quiero y lo digo en serio. Pero a veces las cosas escapan a mi control y... No quiero hacerte daño. Quiero... quiero hacer lo correcto.

—¿Lo correcto respecto a qué?

Jun se pasó una mano por el cuello, debatiéndose.

—Tengo que cumplir las expectativas de mis padres. Este no es un mundo fácil y... no sé, yo solo intento hacer lo que debo, pero en ocasiones eso choca con lo que quiero. Y me he cansado de fingir que no eres lo que quiero, Rain.

Sus palabras la empujaron como una ola un día de tormenta, la atravesaron, removiendo viejas emociones que ella creía enterradas. Se sentía mareada, aturdida. Durante un segundo dudó si estaba soñando.

—Solo espero no haber llegado demasiado tarde —susurró él.

Rain abrió la boca, pero no encontró qué decir.

La valentía de Jun al admitir todo aquello la hizo tambalearse. Un torbellino de emociones encontradas: tristeza, alivio e incluso un destello de vergüenza. Nunca se había sentido tan rastrera como en ese momento. Allí estaba Jun abriéndose, compartiendo sus sentimientos con ella, mientras Rain tenía en un cajón bajo llave el colgante que le había robado.

«Me he cansado de fingir que no eres lo que quiero».

¿Y si se había apresurado al juzgarlo y condenarlo?

—No es demasiado tarde —murmuró.



«Por todos los demonios en el abismo, así te persigo, hasta el último suspiro de mi cuerpo».
ANÓNIMO





Capítulo 2



—Mi nombre es Alan Irk y soy vuestro nuevo profesor de Magia del Orden y tutor del Amanecer en sustitución de la profesora Kêt.

El hombre, que debía de tener unos cuarenta y pocos años, tenía una espesa melena negra, que llevaba recogida en una coleta. Un tatuaje de runas y símbolos geométricos le bajaba por un lateral del cuello y una cicatriz irregular le cruzaba el puente de la nariz. Tenía los ojos de un tono ámbar muy claro, enmarcados por unas cejas oscuras que le daban a su mirada un toque duro.

Era alto y, aunque delgado, parecía fuerte. El jersey se le pegaba a los hombros marcando la forma de sus músculos.

Rain encontró que era difícil apartar la mirada de él. Puede que fuese por aquel extraño tatuaje o porque sus rasgos eran demasiado afilados. O que quizá, sus ojos eran muy claros en contraste con el tono de su pelo, sus pestañas, sus cejas y hasta su piel, algo bronceada.

—Es guapo —murmuró Aiden.

Y no parecía el único que lo pensaba. A Rain le interesaba más saber cómo era como profesor. Después de revisar el temario que habían visto y hacerles unas cuantas preguntas como repaso, se apoyó en su mesa y los estudió un segundo, antes de soltar:

—¿Hasta dónde estaríais dispuestos a llegar para conseguir algo que ansiéis?

La pregunta los dejó algo descolocados. Irk señaló a un chico en la segunda fila para que le contestase.

—Pues supongo que a dar lo mejor de mí.

El profesor torció la boca, insatisfecho. Apuntó ahora a Victoria Silva.

—¿Dentro o fuera de la ley? —dijo ella, y esta vez Irk sonrió.

—Es una buena pregunta.

—Pero traspasar la ley está prohibido —contestó Manon.

—Vale, dejadme reformularlo. ¿Qué marca la línea de los límites en la magia? Por ejemplo.

—Lo que dicta el Consejo —respondió Manon.

Rain levantó la mano. El profesor la miró, permitiéndole hablar.

—La moral. El límite está donde cada uno ponga su moral.

Y entonces se ganó una amplia sonrisa de Alan Irk.

—Bien —dijo él—. ¿Y qué es lo que marca lo moral o inmoral?

—Nuestro sistema de valores.

—Exacto. Muy bien. Todos los que estamos en esta clase compartimos un mismo sistema de valores. Por eso todos elegimos la magia del Orden. ¿Es así?

Se oyó un sonido de aprobación común.

—¿Alguien sabe decirme en qué se diferencia nuestro sistema de valores del del Crepúsculo?

Hubo un largo silencio.

—El Amanecer cree en el equilibrio y en el bien común. La magia del Orden es menos peligrosa, más estable y menos impredecible y no cambia el ser del brujo que la utiliza. En cambio, la del Caos es arbitraria y oscura. Puede cambiar la esencia de quien la utiliza si no se hace con cuidado, es insaciable y egoísta. Su magia les permite hacer conjuros más peligrosos, juega con límites que nosotros encontramos inmorales. Por lo que son más individualistas —recitó Jun.

—Bueno veo que prestó atención en sus clases —dijo el profesor Irk—. Esa es la teoría. Sus padres son los Jeong, ¿verdad?

Jun asintió.

—A todos nos condiciona nuestro entorno a tomar un camino u otro. Pero en realidad, el Amanecer también usa magia del Caos. No existe el Orden puro, ni tampoco el Caos puro. Como ya sabrán necesitamos de las dos para que haya equilibrio.

—¿Qué nos quiere decir con esto? —preguntó Alberta Novak con ese aire altivo que la caracterizaba—. ¿Que el Crepúsculo y el Amanecer son lo mismo?

Irk apoyó las manos en el escritorio. Rain se fijó en que sus movimientos eran rígidos, como si estuviese muy tenso o incómodo.

—Sí. Exacto. Somos dos caras de una misma moneda y cuanto antes lo sepáis antes sabréis de lo que van las órdenes. El Amanecer tiene complejo de superioridad moral y es ese mismo complejo el que no le deja ver todo el potencial de su magia. Mientras que el Crepúsculo, aceptando su condición de «villano», llega hasta donde nosotros no lo hacemos. Y os digo una cosa. Cuando queráis algo de verdad tendréis que ensuciaros esa moral tan limpia que creéis poseer. Si no, otro se quedará con ello. Y de eso va el poder.

»Dicho esto, cada uno elige la magia que le es más afín. Puede, incluso, que ella nos elija a nosotros, porque algunos tenemos más orden y otros más caos dentro. Eso nos hace poder conjurar cosas distintas, no mejores o peores. El Amanecer se acomoda a veces, no empuja los límites de su magia y se convence de que debe ser así porque somos el bien y que el Crepúsculo lo hace porque es el mal. Excusas... —Sacudió la cabeza—. Por eso llevamos siglos sin tener avances en nuestros conjuros. No caigan en esa tontería.

A la salida de clase todo el mundo comentaba lo extraña y desconcertante que había sido la lección. Rain estaba dando vueltas a las palabras de Irk cuando se encontraron con Kane.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Aiden.

El rostro casi siempre alegre de Kane estaba apagado y tenía una profunda arruga de preocupación surcándole la frente.

—No localizo a Blake.

Aquello llamó la atención de Rain, que levantó la cabeza y fijó la mirada en él.

—El domingo me pasé por su apartamento para pedirle que viniésemos juntos, pero no estaba. Me imaginaba que ya habría

llegado a la Academia, pero tampoco estaba aquí. Ha estado un poco distante durante las vacaciones... Así que imaginé que lo vería esta mañana al despertarme. Pero tampoco ha aparecido.

El corazón de Rain comenzó a bombear a toda velocidad. Se parecía demasiado a la desaparición de Maya. Demasiado.

Kane le dedicó una mirada extraña, casi cómplice. Por la mente de ella no paraban de pasar todo tipo de escenarios y posibilidades. ¿Y si había bajado a los túneles solo? La última vez casi no salieron vivos.

Un sudor frío le empapó la espalda.

Siempre se había preguntado hasta qué punto Kane sabía en lo que Blake estaba metido y la participación de ella en todo eso.

Rain casi no pudo comer nada. ¿Por qué le importaba tanto? Blake seguramente habría seguido con su vida tranquilamente si fuese ella la que no hubiese aparecido.

Fue él quien se apartó. Y Rain había decidido seguir adelante por su cuenta. Pensar en Blake la hacía sentir como si tuviese un nido de serpientes en el estómago. Pillarse por alguien como él era lo peor que podía hacer.

Y, además, las cosas con Jun estaban yendo bien.



Rain estaba sentada en su escritorio tratando de concentrarse en un libro. Tratando porque Tinieblas no paraba de saltar de un lado para otro, arañar la madera de las camas, maullar e intentar subirse a su regazo.

Todo aquello no hacía más que irritarla. Llevaba una hora intentando traducir el mismo párrafo.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy? ¿Te ha poseído un espíritu maligno?

Tinieblas paró de rascar la pata de la silla y le dedicó un maullido enfadado. Rain se dio por vencida, cerró el libro y se marchó a la biblioteca.

Estaba agotada mentalmente. Las pesadillas no la dejaban descansar y todo se mezclaba en su cabeza con un poso de culpabilidad e indecisión. ¿Le devolvía el colgante a Jun? ¿Intentaba utilizarlo?

Y en el fondo de todo eso solo había un nombre repitiéndose en un bucle constante: «Blake, Blake, Blake».

Se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—No digas nada, pero le queda poco tiempo.

Rain se quedó sin aire. Su cuerpo se bloqueó al oír las palabras, no habrían resultado tan preocupantes si no hubieran venido de aquella voz soberbia de Alberta Novak.

El corazón se le volvió a acelerar.

Rain se sintió mareada. Era imposible que estuviesen hablando de Blake. No tenía sentido. Trató de escuchar algo más de lo que Alberta decía, pero ya se marchaban.

Pensó en bajar al laboratorio y prepararse una pócima de sueño. Necesitaba descansar y deshacerse de aquella sensación angustiante que no la dejaba respirar; con cada inspiración sentía que el aire se volvía más denso, más difícil de tragar. El peso de sus pensamientos envolviéndola como una niebla espesa.

Le temblaron las manos, y no pudo evitar imaginar su rostro. La última vez que lo vio, en la fiesta tras el encuentro de combate... Justo después de besar a Jun, sus ojos llenos de rabia y dolor; una mezcla de odio y algo más oscuro, algo que la atraía a pesar de todo. A veces sentía que se deseaban tanto como se odiaban, y, aun así, la posibilidad de perderlo la golpeó como una ola gigante, devastadora.

Estaba a punto de tomar el camino hacia el laboratorio cuando cambió de idea. Fue hasta la torre del Crepúsculo poseída por una especie de fuerza y seguridad indomables.

Ni siquiera prestó atención a las miradas curiosas ni a los comentarios de los alumnos que estaban en el salón común. Fue hasta la habitación de Kane y Blake y llamó a la puerta insistentemente.

—Si buscas a Kane lo he visto con su padre en el patio —le dijo Olivia Nikt.

—Gracias —contestó Rain, y salió corriendo.

Vio a Kane en el camino principal, justo al lado de la puerta. Parecía nervioso e inquieto.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Rain sin aliento.

Kane negó con la cabeza, y ella sintió algo frío que le bajaba por la columna. Se apartaron del camino principal y hablaron en voz baja.

—Rain, tú... Sé que Blake y tú estabais «unidos» de cierta forma. Si sabes algo...

—¿Te lo contó?

—Blake es mi hermano. No me cuenta los detalles porque cree que así me está protegiendo. Pero sé que está intentando vengarse por lo de su padre. Y sé que, de alguna manera, acabasteis trabajando juntos. Lo curaste cuando lo hirieron.

Rain se removió al recordarlo. A veces, entre sus pesadillas se colaba Blake, la serpiente en su pecho tratando de cazar a la mariposa. Sus palabras susurradas, sus ojos apagados y su mirada siniestra. Y otras cosas, como la sensación de tocarlo, el tacto de su piel, la rabia y el deseo en su boca...

Soñar era curioso; a pesar de que nada de eso estaba ocurriendo en su cuerpo, lo sentía tan real, tan intenso...

—Solo se me ocurre que haya entrado en los túneles que hay bajo la Academia. Y que...

—Mi padre ha preguntado. El sábado estaba en su apartamento y alguien lo vio salir casi al alba.

Rain frunció el ceño.

—Blake es cuidadoso. No tiene sentido que intentase entrar el día en que volvíamos de las vacaciones. Habría sido mucho más inteligente ir la noche del solsticio, así se habría asegurado de que todos estaban en casa celebrándolo.

Kane arqueó una ceja, pero no dijo nada.

Rain se dio cuenta de que solo trataba de convencerse de aquello porque la idea de que estuviese allí dentro atrapado la aterrorizaba. Si era así estaba segura de que ya estaría...

La imagen prendió una llama de ira en su cabeza. «No», se dijo. Se negaba a creerlo.

—¿Se... se te ocurre cualquier otro sitio al que haya podido ir? —Lo dijo en un tono ligeramente desesperado.

—La casa de mis padres o su apartamento. No conozco otro sitio donde...

—¿Y su casa familiar?

Kane arrugó el rostro, confuso.

—¿Qué?

—La casa donde vivía con sus padres de niño. Me habló de ella. ¿Has mirado allí?

Kane parecía sorprendido, casi sin palabras.

—No. No ha ido allí desde...

—Me dijo que el Consejo se llevó todas las cosas de su padre, pero que él encontró diarios ocultos. Quizá..., quizá...

Rain se agarró a aquella posibilidad como a un pequeño saliente en un acantilado. Era mucho mejor que la idea de que estuviese en los túneles.

—Iré a mirar.

—Voy contigo —dijo ella, sin dar espacio a la discusión.



«Persigue tus obsesiones más intensas sin piedad».
KAFKA





Capítulo 3



La casa familiar de los Blake estaba en la punta contraria a la Academia, a las afueras de Hidden. Kane y Rain tuvieron que coger el tranvía para poder llegar. La estampa parecía sacada de una película en blanco y negro. Con la caída del sol, los cansados colores de las cosas iban desvaneciéndose.

La ciudad cubierta de nieve, el humo de las chimeneas ascendiendo, la gente caminando arrebujada en sus abrigos bajo la luz anaranjada de las farolas: era un cuadro perfecto. La imagen de la cotidianeidad elevada a lo artístico. A través de la ventana del vagón, el reflejo de las luces titilaba sobre el rostro de Rain, que, perdida en sus pensamientos, era incapaz de apreciar la belleza de lo que la rodeaba. Estaba demasiado ansiosa, demasiado angustiada. Su mente no procesaba lo que sus ojos veían porque estaba en otra parte, en un lugar profundo de su ser en el que suplicaba.

Luchaba con todas sus fuerzas contra esa voz lúgubre que siempre se ponía en lo peor.

La casa de los Blake estaba en un barrio residencial de casitas de ladrillo rojo de dos plantas, con techos a dos aguas y chimenea. Tenían un pequeño jardín enfrente y grandes ventanas con los marcos de madera pintados de blanco.

El aire era denso, impregnado de una humedad helada y el olor lejano a leña quemada. No había apenas rastro de vida; la calle estaba desierta, y el crujido bajo sus botas rompía el silencio, resonando en la quietud invernal. La luz de las farolas, tenue y parpadeante, proyectaba sombras alargadas. Parecía como si el mundo se hubiera detenido en un momento estático entre el día y la noche, entre la calma y lo desconocido.

Las casas, altas y estrechas, parecían dormidas bajo el manto blanco, con apenas unas pocas luces filtrándose a través de las cortinas cerradas.

Tanto Kane como ella se encogieron en sus abrigos, arrebujándose en ellos. Un presagio frío como el aire que los rodeaba.

La casa de los Blake tenía las ventanas tapiadas con tablones de madera. Y grafitis en los que se leía «traidor» y «criminal». Rain los miró horrorizada, esa había sido la casa de un chaval que había perdido a su padre. El hogar de una familia.

Se sintió avergonzada, ella también había juzgado a Blake por lo que había hecho Ambrose Blake.

«Pero no es ningún santo», pensó su parte mezquina. Bueno, ella tampoco lo era ahora.

Kane empujó la verja del jardín. No había huellas en la nieve ni luz visible dentro de la casa. Rain trató de que el espíritu no se le cayese a los pies.

Kane le dedicó una mirada y vio la determinación ciega en los ojos de la chica.

La puerta principal estaba cerrada con un hechizo potente. Kane dio un paso a un lado y dejó que Rain se encargara de ello.

—Aiden siempre dice que eres una bruja increíble.

Rain se habría sentido halagada y conmovida en otras circunstancias. Ahora la preocupación lo aplastaba todo.

Juntó las manos, arrastrando unos dedos sobre otros mientras su aura de un rosa intenso formaba hilos. Podía sentir la energía del hechizo de cierre emanando de la puerta. Era obra de alguien experto.

En su mente apareció un candado. Proyectó los brazos hacia delante y pronunció el contrahechizo. Sintió la resistencia en cada

uno de sus músculos, que se tensaron. «Ábrete», ordenó con furia, y finalmente la puerta se sacudió hasta desplazarse con un chirrido.

Rain y Kane compartieron una mirada y él pasó primero. La casa estaba a oscuras, a excepción de la tenue luz que se colaba por los huecos de los tablones de madera en las ventanas. Ambos prendieron una pequeña llama en sus dedos.

El aire olía a polvo y a humedad. La madera crujía con cada uno de sus pasos, y aquel ruido se mezclaba con el sonido de sus respiraciones. Frente a ellos estaba la escalera que subía al piso de arriba; a la derecha, el salón. Rain tragó con dificultad, sentía el corazón latirle en la garganta.

—No parece que esté aquí —dijo Kane, dándole voz a sus pensamientos.

Rain se sentía frustrada, y odiaba ese sentimiento. Era como si le quemase la piel.

—Quizá arriba —susurró mientras se encaminaba hacia las escaleras.

No podía ver bien la expresión de Kane, pero sabía que él no lo creía. ¿Por qué se lo tomaba tan a pecho? ¿Por qué le preocupaba tanto? Apartó las preguntas que le daban vueltas en el estómago como anguilas.

Se dio prisa en subir, estaba en una carrera contra la lógica misma. Quería ganarle al sentido común.

Había dos pasillos y múltiples habitaciones en la planta de arriba. Rain vio una foto familiar tirada en el suelo con el cristal hecho añicos. Reconoció a un Ash Blake de unos diez años, con el pelo rubio cayéndole sobre los ojos y la boca torcida en una sonrisa pasota. Había una niña pequeña a su lado que sonreía mostrando todos los dientes con esfuerzo. Tenía el pelo algo más oscuro que su hermano y se parecía mucho a Ambrose Blake. Rain nunca había visto una foto de la madre de Blake. Era guapa, su apariencia podría describirse como etérea, pero sus ojos eran afilados, su mirada casi parecía traspasar la imagen.

Rain no pudo evitar sentir ternura y tristeza mientras miraba la foto, ya solo quedaba Blake.

Kane apareció a su lado.

—Esto fue un año antes de que Agnes y Trice muriesen. Fue un golpe muy...

Rain observó la foto y los cristales de nuevo y frunció el ceño. Algo no cuadraba.

—Todo está cubierto de polvo —dijo.

—Sí, claro. Lleva años cerrada.

—Pero la foto no tiene.

—Claro —contestó Kane—. El cristal la cu...

Y entonces lo entendió. Si la foto hubiese llevado mucho tiempo tirada en el suelo con el cristal roto se habría ensuciado, pero estaba perfecta. Casi como si acabase de caerse. Los dos se miraron con comprensión. Alguien había estado ahí hacía poco.

—¡Blake! —chilló Rain.

No hubo respuesta. Dejó la foto en el suelo y giró sobre sí misma buscando, y empezó a abrir puertas de forma desesperada mientras decía su nombre.

—Rain —la llamó Kane—. Hay sangre en la pared.

Al final del pasillo, en el papel pintado, había un rozón de sangre seca. Algo en todo aquello le dio una mala sensación.

—¿Qué hay en esa habitación? —murmuró.

—El despacho del señor Blake.

El tiempo se estiró en vilo. Rain habría jurado que el latido de sus corazones podía oírse percutir por toda la casa, como si los muros vibraran con su pulso. Con cada paso sus respiraciones se aceleraban y contenían a la vez.

La tensión cubrió sus cuerpos hasta hacerlos de piedra. La ansiedad fue *in crescendo* hasta que meter aire en los pulmones se convirtió en una tarea titánica.

Kane agarró la manecilla de la puerta y la giró despacio. Se abrió con un chirrido. Y el olor a polvo y a humedad se mezcló con un regusto metálico.

La habitación era un caos. Había cosas tiradas por todas partes, una estantería volcada, marcas de golpes, trozos de madera rotos.

Y entonces Rain lo vio. Sus pies dejaron de tocar el suelo cuando echó a correr. Blake estaba bajo el enorme mueble. Su cerebro

comenzó a trabajar a toda velocidad. Solo lo veía a él. Sus sentidos, su pensamiento, todo se enfocó en llegar hasta él.

Un segundo antes estaba parada junto a Kane en la puerta, y al siguiente se encontraba al lado de Blake.

Rain hizo volar la estantería con fuerza hasta estrellarla contra la pared causando un estruendo violento, quitándosela de encima al chico. La madera se replegó hasta quedar arrugada y torcida.

«Blake. Blake. Blake». Las palabras se repetían como un mantra.

Estaba frío.

«Blake. Blake. Blake».

No le encontraba el pulso.

«Blake. Blake. Blake».



Todavía no tenía claro qué hacía allí, pero no podía dormir y tenía la sensación de que la cabeza le estallaría en cualquier momento. Cuando uno no tiene un lugar al que ir, acaba volviendo al origen, al hogar. Aunque este estuviese en ruinas. Pero allí es donde había sido feliz por última vez.

No recordaba haberse sentido más en paz que en esa casa. Después de que su madre y su hermana muriesen, todo su interior, todo él había sido un campo de batalla.

No había vuelto a ir desde que detuvieron a su padre. Lo había sabido. A sus quince años, cuando recibió la noticia de su arresto, supo que se había quedado solo. Ambrose todavía vivía, pero algo dentro de Blake tenía la certeza de que moriría. Y ese fatídico presagio se hizo realidad.

«¿Para qué volver a una tumba?», se había dicho. Era doloroso ver los escombros de lo que había sido su vida.

Ahora ya no tenía un lugar al que pertenecer. Sí, los Diop lo acogieron. Y no era caridad, aunque a veces una parte retorcida y autodestructiva de él mismo lo creyera. Kane era su hermano. Pero no lo era. En ese matiz estaba la cuestión.

Hay un hilo extraño que cose la sangre y hace que, en los peores momentos, en los más oscuros, cuando el ser deja de vestirse de humano y aparece la bestia egoísta que habita en nosotros, luchemos por esa conexión que va más allá de lo racional. Los Diop no lucharían así por Blake, solo por Kane. Igual que su madre había luchado por su hermana frente a aquella criatura del Otro Lado.

Blake era un añadido en la familia Diop, no pertenecía a ella. No como lo había hecho con sus padres. Sobre todo, con su madre. Nunca recuperaría la seguridad y la paz que ella le hacía sentir.

El mundo le era hostil desde entonces. Porque sabía que no tenía a nadie de su parte. Que, llegados a cierto punto, nadie se posicionaría a su lado. Se sentía resentido y enfadado. Constantemente a la defensiva.

Los primeros rayos de sol comenzaban a teñir el cielo de violeta y rojo cuando llegó a su calle, y vio la figura de un hombre en la lejanía que entraba en el jardín de su casa. Blake se puso alerta. Apenas había dormido, le dolía la cabeza y se sentía hecho papilla, lo que solo le hacía estar más irritable y lleno de ira. Si era algún gilipollas que había ido a hacer una pintada, le daría una paliza.

Pero cuando llegó no había ni rastro del tipo. Una mala sensación le punzó en la parte de atrás de la nuca cuando vio que había forzado la puerta de entrada. El pulso se le aceleró, no por miedo, sino por la descarga de adrenalina. Oyó pasos en el piso de arriba y supo que no era un simple vándalo. Se lamentó de no haber llevado alguna clase de arma. Con cuidado subió las escaleras. Pronunció un hechizo de silencio, quería sorprender al tipo. Oyó cómo revolvía cosas, parecía estar buscando algo.

Estaba en su habitación. La última vez que Blake había estado en ella aún era un crío, ahora le parecía de una vida distinta. Había fotos de él en la cómoda, muy pocas. De cuando había ganado un certamen de piano local con nueve años. Una con Kane, con catorce, que la señora Diop le había regalado; y otra del equipo de Combate de destreza del instituto de Hidden.

Había algunas medallas colgadas; por lo demás, las paredes estaban vacías. Su cama tenía la colcha oscura cubierta de polvo.

Jamás se había molestado en ir a recoger nada. Se lo podían comer todo las polillas, si querían.

El tipo estaba de espaldas, rebuscando en los cajones de la cómoda. Blake casi bufó. ¿Qué esperaba encontrar allí? Las camisetas viejas de un adolescente, un equipo antiguo de combate... Lo vio sacar una foto enmarcada. Ah, esa foto. Era de él con su madre y su hermana en su décimo cumpleaños.

Joder, dentro de unos días esa foto tendría nueve años exactos. La idea hizo que le ardieran los ojos. La había guardado en la cómoda porque no era capaz de verla sin sentir ganas de derribar las paredes de su habitación a puñetazos.

Y ahora sintió la misma rabia. Unas ganas irrefrenables de quemar el mundo. Si él ya vivía en el infierno, ¿por qué no todos los demás? ¿Por qué no los que lo habían arrastrado hasta allí?

Las manos de Blake se cubrieron de un aura oscura y espesa. Lanzó un hechizo perforante a la espalda del intruso. Y saltó hacia él.

—Me gustaría mucho que me explicases qué haces en mi casa. Pero no tengo humor para una charla —gruñó mientras lo derribaba.

Blake le dio un puñetazo en el rostro. Estaba muy oscuro y el intruso llevaba una capucha, pero le pareció distinguir una cicatriz que le cruzaba la cara; sonrió al verlo.

—Hoy es mi día de suerte —dijo con cierto acento. Y entonces Blake salió volando hasta chocar con la pared del otro lado—. Es un placer. —Sonrió mientras se ponía de pie con algo de esfuerzo.

Blake se recolocó el hombro derecho dolorido.

—¿Quién demonios eres? He tenido unas semanas de mierda y no me queda demasiada paciencia —escupió.

Se lanzó a por el tipo esquivando uno de sus hechizos y los dos cayeron en la cama; el impacto fue tan fuerte que se partió bajo su peso. Se golpearon rodando y chocando contra los muebles de la habitación. Al hombre se le cayó la capucha dejando ver una mata de pelo oscura.

Blake agarró uno de los tablones de la cama y lo golpeó en las costillas. La madera se partió y el tipo hizo una mueca de dolor. Cogió a Blake del cuello y lo empujó hasta que acabaron en el

pasillo. La pared se sacudió con el golpe y una foto cayó al suelo; el cristal se hizo añicos. El intruso sonrió casi con ternura y se inclinó para coger uno de los trozos.

—Hoy vas a aprender una importante lección, Ash Blake. El ser humano no ha nacido para ser temerario, el miedo está ahí por algo, para ayudarnos en nuestra supervivencia y tú has cometido el error de no hacer caso a tu miedo. Eso no te hace valiente, sino estúpido.

Los anillos que llevaba en los dedos se iluminaron levemente mientras pronunciaba un conjuro y el cristal se sacudió y movió mientras se transformaba en un cuchillo de hoja transparente.

Tenía potenciadores de magia.

Blake dio un paso hacia atrás midiendo todo el tiempo la distancia entre ambos, sabiendo que en cualquier momento lo atacaría y que tenía ventaja. No solo eso; fuera quien fuese ese tipo, era un brujo experto y peligroso.

Blake sonrió y escupió sangre al suelo. Se limpió la comisura de la boca con el dorso de la mano mientras pensaba; solo tenía que distraerlo hasta llegar al despacho de su padre. Recordaba que tenía una daga en el escritorio.

—Vaya, qué listo eres. ¿Debo tomar notas? —comentó Blake sin emoción, con esa mirada de párpados caídos peligrosamente vacía.

Le complació ver que su falta de reacción había irritado a aquel tipo, que se lanzó veloz a por él. Blake esquivó la estocada, aunque le rozó el costado cortándole la camiseta. Se giró y corrió hacia el despacho, y empujó la puerta con una patada fuerte.

A su espalda el intruso lanzó un cuchillo, que Blake evadió y se clavó en la pared del fondo. La magia se deshizo y el cristal volvió a su forma original partiéndose en miles de trocitos.

Blake arqueó una ceja en su dirección y se apresuró a abrir el cajón del escritorio. No tuvo tiempo, el tipo se abalanzó sobre él golpeándole. Blake le dio un codazo en la costilla que le había herido antes y lo oyó gemir de dolor.

El despacho se convirtió en un caos. Los muebles volaban, la madera se astillaba, los libros caían por todas partes y la pelea se volvió torpe y sangrienta.

El desconocido le lanzó la estantería a Blake encima aplastándolo bajo su peso.

—Que disfrutes de una bajada lenta y tortuosa al infierno —dijo con una voz alegre y desenfadada. Pronunció un hechizo inmovilizante sobre Blake. Y añadió a modo de despedida—: Nadie te encontrará aquí, y para cuando lo hagan, serás huesos.



Rain no podía respirar. Su cabeza y su cuerpo eran una tormenta de fuego. Abría cajones y cajones de información almacenados en su memoria en busca de algún conjuro, de algo, lo que fuese que pudiese servirle. Hasta que dio con uno. Cogió un trozo de madera y se cortó la palma de la mano dejando que su energía se liberase a través de la sangre. Y tal como la había tomado de la profesora Kêt, ahora se la entregó a él.

«Blake. Blake. Blake».

Cerró los ojos y puso todo su ser en aquello.



Estaba en un lugar frío. Siempre había tenido claro que, de existir algo después de la muerte, iría al infierno, o que al menos su consciencia lo haría. Su energía volvería a los remolinos. Y siempre había pensado que allí se encontraría con su padre. A veces lo había deseado fervientemente. Imaginaba lo que le diría. La ira que volcaría en él por haber sido tan egoísta y no haber sabido parar. Por dejar que su ambición y su ego condujesen a su familia a la destrucción. Por la muerte de su madre y su hermana. Porque después de aquello no hubiese estado ahí para él como debería. Por haberlo dejado solo y por no haberle importado el daño que eso le causaría.

Blake sentía que su padre le había arrebatado la oportunidad de ser mejor persona, de superar sus demonios. Por el contrario, los había alimentado. Y, sin embargo, lo quería tanto como lo odiaba.

Y ansiaba verlo también por otros motivos; porque lo echaba de menos, porque se sentía jodidamente solo y frustrado y enfadado. Tanto que no era capaz de estar en paz. Tanto que su venganza y su ira lo habían consumido hasta acabar ahí. Pero no había nada que Blake no hubiera hecho por las personas que amaba. El mundo no tenía sentido sin ellos, y el mundo se las había arrebatado, así que ahora debían pagar. Debían darle consuelo para sus heridas. ¿Y qué le importaba si eso lo consumía? Ya lo estaba haciendo de todos modos. No hacer nada solo lo hacía sentirse más vacío.

El único motivo que tenía para vivir, para levantarse por las mañanas y comer y respirar era la idea de la venganza.

En medio de aquella tormenta fría, algo cálido, suave y reconfortante lo encontró.

«Blake. Blake. Blake». Su nombre retumbaba en todas partes.

La voz. Esa voz que lo perseguía en sus sueños más oscuros.

A lo mejor... A lo mejor no había ido al infierno. ¿O era aquello una forma de torturarlo? Imposible. Era demasiado agradable.

Se aferró a ello. A ella; olía a magnolias y a tinta.

«Blake. Blake. Blake». Su voz lo llenaba todo.

Vivo o muerto, era suyo. Y si en esta realidad no había sido suficiente, quizá la había encontrado en otra.

—La muerte no está tan mal —murmuró.

Las manos de Rain le acariciaron la cara, la sensación dejó un reguero de electricidad en su piel. Pequeñas descargas de un dolor absolutamente placentero. ¿Desde cuándo el tacto de una persona podía sentirse de aquella forma? ¿Desde cuándo tocar había dejado de ser una acción simple para transformarse en algo más grande?

—Blake. ¡Blake! —lo llamó ella con insistencia.

Sus pestañas se batieron y abrió los ojos un instante después.

—Rain —murmuró Blake con la garganta seca, y su mano cubrió la de ella.

Rain sintió un alivio tan grande que se quedó sin fuerzas. Se le formó un nudo de lágrimas en la garganta y le escocieron los ojos. La tensión abandonó su cuerpo y de pronto se sintió algo quebradiza.

Kane carraspeó y Rain se apartó deprisa.

—Estoy vivo —gruñó Blake.

—Afortunadamente —dijo Kane, cuyo rostro había perdido las arrugas de preocupación—. ¿Y ahora te importa contarnos qué te ha pasado?

Kane ayudó a Blake, que todavía estaba algo débil, a bajar hasta el salón, y se acomodaron en los sofás. Rain, cansada, se desplomó con un suspiro. No pudo evitar escanear la estancia como si fuese una pequeña ventana a la vida de Blake.

Había un piano a un lado de la habitación. Y más fotografías en las paredes, curiosamente todas de Blake y su hermana cuando eran pequeños. Claramente habían dejado de colgarlas después de la muerte de su madre.

Sintió los ojos de Blake observándola. Sus dedos jugaron nerviosos con la corbata del uniforme.

—El domingo de madrugada no podía dormir, así que vine aquí a... —La voz se le apagó y se aclaró la garganta—. Cuando llegué casi amanecía y vi a alguien que se colaba en la casa.

Rain dejó de mirarse la corbata y por fin dirigió su atención a Blake.

—¿Quién? —preguntó Kane.

—Un hombre al que no reconocí. No era un curioso cualquiera. Estaba aquí por algo y era un brujo muy bueno.

—¿Crees que buscaba algo de tu padre?

Blake frunció el ceño, pareció que pensaba algo, pero se lo guardó para sí mismo. Sus ojos se dirigieron a Rain, que apartó la mirada rápidamente.

—¿Cómo me habéis encontrado?

Kane la señaló con la barbilla.

—Fue idea de ella.

—So... solo se me ocurría esta alternativa a que estuvieses en los túneles.

Los ojos de Blake resultaban abrasadores sobre su piel y le hacían sentir una amalgama de emociones, provocando que el cuerpo le picase como si estuviese recibiendo pequeñas descargas eléctricas.

—Deberíamos volver —dijo Rain mientras se levantaba.



«El príncipe de las tinieblas es un caballero».
SHAKESPEARE





Capítulo 4



—¿Dónde fuiste ayer? —preguntó Aiden—. No te vi en la cena y tampoco a Kane. No irías con él a buscar a Blake, ¿verdad?

Rain le dio un sorbo a su café negro y automáticamente sintió como el cuerpo se le relajaba. Tenía los nervios de punta. Los ojos de Blake, el tacto de su mano, el sonido de su voz la habían perseguido en sus sueños hasta hacerla gritar de frustración. Se frotó la mano derecha rascándose un arañazo de Tinieblas.

—Blake es el mejor amigo de tu novio —fue todo lo que le contestó.

El ceño fruncido de Aiden se acentuó.

—Te hizo caminar por el borde de una torre.

—Aprecio tu lealtad, Aiden. Pero ¿no crees que si la persona con la que sales lo quiere deberías hacer un pequeño esfuerzo?

—Es una mala persona —dijo, cabezota.

A Rain le habría gustado decirle que no lo era, pero estaría mintiendo. Blake era una mala persona en muchas ocasiones. Podía ser cruel, mezquino, egoísta... Pero también podía ser lo contrario. Se había colado entre ella y un arma y había acabado herido por ayudarla.

Ya no le resultaba tan fácil juzgarlo como antes.

—Al menos trata de ser cordial. Seguro que a Kane le duele que os odiéis.

Aiden lo pensó. Lo último que deseaba era hacer daño a su novio, no cuando él se esforzaba tanto por hacerlo sentir cómodo y feliz y se amoldaba a sus tiempos en cada paso de su relación.

—Lo que no entiendo es por qué fuiste tú con él.

Rain se removió incómoda. Se mordisqueó el labio mientras pensaba en una forma de explicarlo. Odiaba estar todo el tiempo mintiendo u ocultándole cosas a su mejor amigo.

—¿No seguirás viéndote con él? Pensaba que se había acabado.

—No, pero Kane estaba preocupado y decidí ayudarlo —contestó evasiva.



El profesor Li Qiang estaba explicando cómo esquivar e inmovilizar los brazos de una persona para evitar que lance conjuros.

—Es una parte esencial en la defensa si alguien os ataca con magia. Muchas veces es más efectivo inmovilizarlo que repeler su hechizo. Sobre todo, si vuestro atacante es mejor brujo que vosotros.

Rain desvió un momento la atención del profesor y miró hacia el otro lado del patio, donde estaba Blake. Parecía cansado y todavía tenía la sombra de alguna magulladura en el rostro. Apartó la mirada antes de que la pillase observándolo.

Las piedras del suelo estaban congeladas y resbaladizas, lo que hacía el ejercicio aún más complicado.

—La Academia tiene decenas de habitaciones, no entiendo por qué no podemos practicar dentro —se quejó Aiden, haciendo aspavientos con los brazos para equilibrarse.

Kane le puso una mano en la espalda y lo devolvió a su eje vertical mientras pasaba. Le guiñó el ojo y siguió su camino. Aiden sonrió casi embelesado.

—¿Te lo puedes creer? —murmuró.

—¿El qué? —dijo Rain mientras se concentraba en no resbalar.

—Ese tío es mi novio. Es como... Cada mañana cuando lo veo tengo que convencerme de ello.

Rain lo meditó.

—Sí. ¿Y sabes lo mejor de todo? Que él está absolutamente colado por ti.

Aiden suspiró. Era casi demasiado bueno para ser cierto. Y él no era el tipo de persona a la que le pasaran cosas demasiado buenas. Él era, más bien, de los que observaban cómo les pasaban a otros. Aunque cada vez que se emocionaba se recordaba que su padre no lo sabía...

Aquella sensación agridulce era mejor. La felicidad plena le daba miedo, era una sensación ajena que no quería experimentar del todo porque en algún momento las cosas se torcerían y dolería el doble.

Aiden se colocó en posición de lanzar un hechizo y Rain fue hacia él con la intención de inmovilizarlo.

Rain dio un paso lateral, desviando el brazo derecho de Aiden con su mano izquierda mientras con la otra agarraba firmemente su muñeca.

Su técnica fue algo torpe pero funcionó. Le giró el brazo a Aiden hasta llevarlo detrás de su espalda, doblándole el codo, y aplicó presión hacia arriba para que Aiden tuviese que inclinarse hacia delante.

El último paso era hacerlo caer de rodillas. Rain recordó las indicaciones del profesor «mover hacia abajo haciendo palanca hasta que la presión le haga doblar las rodillas». Aiden cedió y entonces ambos se precipitaron al suelo resbalándose por culpa del hielo. Rain cayó encima de su espalda primero y luego sobre el suelo raspándose la palma de la mano. Acabó dándoles un ataque de risa.

—Tenemos la elegancia de las ballenas varadas —comentó Aiden con voz quejumbrosa, tratando de levantarse con dificultad.

Rain entró en el castillo soplándose la mano, tenía un pequeño desgarro que le escocía. Jun apareció detrás de ella, le cogió la muñeca y observó la herida.

—Deberías desinfectarla —le dijo.

A Rain se le disparó el corazón y miró a su alrededor.

—Justo iba a ir a la enfermería.

Jun inclinó la cabeza y depositó un beso suave sobre la palma, encima del corte. A Rain se le cortó la respiración. El gesto envió una sensación cálida desde su mano hasta su estómago.

—Ayer te estuve buscando en la cena, pero no te vi. ¿Dónde estabas? Aiden comió conmigo...

Las palabras de Jun se desvanecieron en la mente de Rain. Sus ojos habían quedado atrapados en la mirada llameante de Blake, que estaba al otro lado del pasillo observándolos.

Jun, notando la distracción de Rain, siguió la dirección de su mirada y se tensó al ver a Blake. Hastiado, volvió a centrar su atención en ella. Colocó una mano firme sobre su mejilla obligándola a mirarlo y se inclinó para besarla con brusquedad. Y tan deprisa como se había acercado, se separó.

—Ven, vamos a que te miren eso —dijo tirando de ella.

Rain se olvidó de cómo respirar. Sus ojos se volvieron caprichosos hacia Blake. Estaba inmóvil, con las manos en los bolsillos y una postura aparentemente relajada, aunque, la línea apretada de la mandíbula, los músculos rígidos del cuello y las sombras marcadas de los pómulos, transmitían otra cosa.

Le dedicó una sonrisa irónica y ella se estremeció.

En cuanto estuvieron solos, Rain tiró de su mano liberándose del agarre de Jun.

—¿Qué ha...? ¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —preguntó él.

—Me has besado.

—¿No puedo?

Rain no supo qué contestar. No es que no le gustase...

—¿Qué es esto, Jun?

—Te lo dije: me he cansado de fingir que no eres lo que quiero, Rainy. Y no pienso hacerlo nunca más.

Rain se frotó la frente. Sentía un dolor punzante y un nudo en el estómago.

—¿Y tus padres?

Jun se pasó una mano por la nuca, incómodo.

—Ya me ocuparé de ellos más adelante, pero no voy a dejarte ir nunca más.

Le acarició la línea de la mandíbula con el pulgar y deslizó los labios por su cuello en un roce apenas perceptible.

Rain se quedó inmóvil, sintiendo el calor de su aliento y la presión de su cuerpo junto al suyo. Cerró los ojos cuando Jun la besó justo debajo de la mandíbula, allí donde sentía el pulso latir con fuerza.

Y entonces, como la estela ardiente de una estrella fugaz, una idea corrió por el cerebro de Rain. Fue tan placentera como juntar dos piezas de un puzle y que encajasen.

El pulso se le aceleró de anticipación.

—Jun..., ¿crees que si entro en el club de Política ayudaría con tus padres? Sé que mi posición sin una gran familia detrás me hace estar en desventaja, pero si consigo ganarme un buen lugar por mis propios medios quizá ya no les importe.

Rain saboreaba la victoria en la punta de la lengua. Jamás tendría una oportunidad mejor que aquella.

Jun lo pensó, al principio pareció reacio, pero finalmente las arrugas de la frente desaparecieron y algo brilló en sus ojos.

—Sí, puede que sea una buena idea. Pero Alberta es la presidenta y ya sabes...

—No te preocupes. Puedo apañármelas con ella.

Rain sonrió.



«Todavía vives en los silencios entre mis pensamientos».
ANÓNIMO





Capítulo 5



Alberta la observaba sentada sobre una mesa con las piernas y los brazos cruzados. Su expresión era de puro asco. Rain no sabía si es que era muy mala disimulando o es que ni siquiera lo estaba intentando.

Sus ojos celestes fueron hasta Manon, que parecía algo incómoda a un lado, y luego volvieron a Jun y a Rain. Arqueó una ceja oscura, descruzó los brazos y los apoyó en la mesa echándose hacia atrás de forma relajada.

—¿Estás de broma? —preguntó.

—Todos tenemos una invitación. Estoy usando la mía como miembro, Alberta —contestó Jun, tratando de no perder la paciencia.

—Pensaba que ibas a usarla con Clark.

Jun hizo una mueca y Rain se sintió herida. Así que ella no había sido su primera opción. Por supuesto, Aiden también venía de una gran familia. Conocía los motivos, pero, aun así, su rechazo le escoció. Estaba harta de que pisotearan su orgullo.

—Dudo que Aiden quiera unirse —masculló molesto.

Alberta guardó silencio de nuevo mientras volvía a observarlos. Era como si los estuviese diseccionando con un bisturí. Rain aguantó las ganas de poner los ojos en blanco. ¿A qué venía tanta ceremonia?

Jun ya le había explicado que necesitaba el visto bueno de Novak, pero que ella no tenía la decisión final. Los demás tenían que votar.

Estaban en la sala de clubes. No querían mostrarle el otro lugar donde se reunían ni revelar a todos los miembros del club. Solo estaban allí las amigas inseparables de Alberta.

Demasiado secretismo para un simple club de la Academia. Rain dudaba que en el de Botánica o en el de Música se tomaran tantas molestias.

—No sé si tenemos espacio para otro miembro —contestó Hanna Lambert.

—Está la vacante de Keller —le espetó Jun.

Alberta se puso roja en una mezcla entre indignación y furia.

—¿Cómo te atreves a sugerir...? Ya sabes lo que Dereck opinaba de ella. Su voto sería no.

—Pero no está —murmuró Rain para sí misma, y se dio cuenta de que Alberta lo había percibido.

—Si quiere entrar, tendrá que pasar una prueba que yo elija.

Rain cogió aire y trató de no revelar su inquietud. Fuera lo que fuese lo que Alberta iba a pedirle no sería fácil ni cómodo.

Jun dio un paso hacia delante cubriéndola ligeramente con su cuerpo de forma protectora.

—Alberta...

—Soy la presidenta y necesito saber que de verdad está comprometida. Sin prueba no daré mi sí. Y ya sabes que, sin mi sí, no vas a ganar la votación —contestó complacida.

—Ella ni siquiera tiene lo necesario para estar aquí. No pertenece a nuestro círculo —dijo Hanna.

—Hace dos generaciones tu familia tampoco —le espetó Jun, y Hanna enrojeció.

Rain se sintió agradecida por que Jun se posicionase de su parte. Él no era como sus padres ni como todos esos imbéciles, se dijo.

Dio un paso hacia delante esquivándolo y se colocó frente a Alberta.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó, alzando la barbilla con seguridad.

Los ojos celestes de Novak brillaron con diversión y crueldad.

—Pronto lo sabrás.



Blake tiró la careta de protección al suelo y se pasó los dedos por el pelo rubio húmedo peinándoselo hacia atrás. Golpeó la taquilla con la cabeza cuando se recostó y cerró los ojos.

Se había quedado el último practicando porque últimamente no conseguía acertar dos golpes seguidos. Su defensa era una absoluta mierda. Nunca había estado en peor forma.

Ni siquiera sabía por qué le importaba. Se había apuntado porque Kane y Akin habían insistido. Empezó a practicarlo porque sus padres insistieron y acabó encantándole y se le daba bien, y luego... luego solo siguió por inercia.

En el momento en el que perdió a su familia, hacer cosas triviales dejó de tener sentido. ¿Qué importaba si ganaba o perdía un duelo? ¿Qué importaba si sacaba buenas o malas notas o si conseguía un buen puesto en la Orden? Todo eso daba igual, todo eso quedaba en un segundo plano, ahora únicamente le interesaba la venganza.

Aun así, a veces se encontraba a sí mismo frustrándose porque había dejado abierta su defensa o porque no había encontrado el hueco en la de su contrincante, cuando estaba más que claro por dónde atacarle. Al menos eso lo distraía de otras cosas que lo molestaban incluso más.

Salió de la sala de hierros después de ducharse. Cerca de la escalera, dirigiéndose —cómo no— a la biblioteca vio el motivo de su irritación. Y por alguna estúpida razón la siguió.

Rain entró en la sección de Fuerzas Arcanas y comenzó a coger libros sobre oniromancia mientras consultaba una libreta. Blake apoyó un hombro en una de las estanterías y se cruzó de brazos mientras la observaba.

Odiaba lo grandes que parecían sus ojos cuando se ponía las gafas, o la forma en la que se mordisqueaba el labio cuando pensaba, o su constante manía de apartarse el flequillo hacia los

lados. Cada detalle de su personalidad, cada uno de sus gestos lo irritaba hasta hacerle hervir la sangre.

A Rain se le cayeron los libros que estaba sujetando cuando se topó con la mirada de Blake. El corazón se le subió a la garganta y los latidos le rebotaron en la cabeza ensordeciendo todo lo demás.

—¿Qué quieres? —le preguntó ella.

Era una buena pregunta. Blake se la hacía constantemente y nunca era capaz de dar con la respuesta. Al menos no con una lo suficientemente sincera.

—Demasiadas cosas.

«A ti».

Frunció el ceño y casi gruñó de frustración.

Rain apartó la mirada y recogió los libros tan deprisa que las manos se le volvieron torpes.

—Tú y tus respuestas crípticas —murmuró.

—¿Yo soy el de las respuestas crípticas? —bufó.

Rain levantó la cabeza.

—Sí. Es imposible saber qué quieres.

—Porque tú eres superclara. ¿Verdad, Rainy?

—Al menos no voy y vengo. Al menos no juego con las... —Se calló de golpe.

Blake se irguió y caminó hacia ella, que se levantó para enfrentarlo. Odió a su cuerpo traidor por reaccionar de una forma tan visceral a la cercanía de Rain. Odió que sus ojos no dejasen de bajar a su boca y la clase de deseo que despertaba en él, peligroso, cargado de tensión, donde la violencia y la pasión estaban peligrosamente cerca.

—¿Estás segura de eso, Rainy? ¿De verdad tienes claro lo que quieres?

Ella apretó los dientes enfadada. Y dio un paso atrás.

—Apártate —le pidió.

—Parece que he acertado.

Blake sonrió y fue un gesto oscuro.

—Lo que te molesta es que estabas equivocado con Jun. Puede que sus padres sean como dices, pero él no.

Los zapatos de Blake chocaron con los de ella.

—¿Y por qué viniste a buscarme, Rainy?

El aliento de Blake le rozó la piel cuando habló; ella apretó los libros notando cómo se le erizaba el vello.

—Deja de llamarme así.

—¿Por qué viniste, Rain? —insistió Blake.

El sonido de su nombre en la boca de él fue tan íntimo que la hizo temblar. Sus ojos caprichosos bajaron hasta los labios del chico. Sintió un impulso violento cargado de rabia. Quiso abalanzarse sobre él, golpearle, tirarlo al suelo...

Y entonces imaginó las manos de Blake sobre ella, agarrándola, sosteniéndola, inmovilizándola... La vez que lo había empujado, había acabado encendiendo en él un deseo agresivo, casi violento. La imagen la hizo sonrojarse hasta el cuello.

—Simplemente porque sí. Y ahora apártate o lo haré yo.

Blake sonrió complacido. La recorrió con una mirada indolente de arriba abajo. Le encantaba ver cómo su piel se encendía por su culpa.

—Me encantaría que lo hicieras, chica Amanecer.

Rain sopesó con placer la idea de lanzarle un hechizo repeledor y borrarle aquella expresión del rostro. Sobre todo, porque su mirada resultaba abrasadora.

Pero en cuanto la cabeza se le enfrió un poco se dio cuenta de que le estaría dando lo que él quería. Blake vivía para torturarla. Era un maldito veneno tratando de devorar su sistema, de meterse en su sangre y en su piel. Se giró y se marchó hacia otro pasillo huyendo como una polilla de la oscuridad.

—Una pena que otro te haya quitado el juguete —dijo una voz maliciosa detrás de Blake.

Alberta Novak se miró un anillo, el sello familiar, con un gesto aburrido. Blake arqueó una ceja y la observó con desdén.

—Creo que fui muy claro la última vez que hablé contigo.

Alberta estiró el cuello, tratando de ocultar su incomodidad. Se miró la muñeca donde tenía una pequeña cicatriz.

—Es ella la que se ha acercado a mí. Quiere entrar en mi club... Pero no pienso ponerle la mano encima.

Los ojos de Blake se estrecharon levemente. Ahora sí, interesado en lo que ella decía.

—No me gusta tener que repetirme, Novak. Es una puñetera pérdida de tiempo y me irrita.

—No te preocupes. Puede que hasta te haga un favor.



El profesor de Astronomía había organizado una actividad para observar la lluvia de Cuadrántidas. Tenían que estar en la parte norte del lago a medianoche, no era obligatorio, pero contaba para nota; así que la mayoría de los estudiantes de primero estaban allí, a pesar de ser fin de semana.

Rain pronto averiguó que casi todos los que habían acudido lo habían hecho más con la intención de divertirse que de observar la lluvia de meteoritos. Habían encendido hogueras y llevaban alcohol.

El pobre profesor Narayana los observaba con impotencia mientras trataba de hablar por encima del barullo.

—Una lluvia de meteoritos se produce cuando un meteoroide entra en la atmósfera de nuestro planeta y, al desintegrarse, forma una estela brillante. ¿Qué podemos leer en ello?

—La lluvia de meteoritos se asocia con la caída de las estrellas, como pasa con las Perseidas. Es un momento mitológico muy importante porque se dice que así surgieron los primeros seres. Hechos de polvo estelar y venidos directamente de los remolinos, eran poderosos, pura energía. Con los milenios esa energía se fue perdiendo hasta que quedamos en forma humana y solo algunos de nosotros conseguimos manifestar esa reminiscencia mágica —explicó Rain, orgullosa de haberse pasado las vacaciones de Yule y las semanas previas leyendo sobre teoría astronómica y astrológica.

Narayana le dedicó una especie de mueca, que viniendo de él era una sonrisa.

—Exacto. Lo que estamos a punto de presenciar está ligado a la base de nuestro poder. Hay teorías, con las que me alineo, que creen que la explicación de que una persona nazca con más o

menos energía está ligada a la actividad cósmica de ese día. Según se dé, nacerán niños con distintos tipos de energía.

Rain reflexionó sobre esta nueva pieza de información.

—¿Quiere decir que en base a su fecha de nacimiento la señora Lane rastrea a los posibles niños con habilidades especiales? —preguntó.

El profesor Narayana se animó al ver que alguien se interesaba por lo que estaba explicando.

—Sí, exacto. Colaboramos estrechamente para establecer un mapa por zonas geográficas y horarias, y por importancia. De este modo es mucho más fácil estudiar y localizar a nuevos miembros del Mundo Fuera de lo Normal.

—¿Está probada esa teoría? —preguntó Miles Ashford, del Crepúsculo, que parecía realmente interesado.

El rostro de Narayana se ensombreció ligeramente.

—No al cien por cien, pero...

—Todos sabemos que la genética tiene mucho que ver —contestó Alberta—. Aunque muchos se empeñen en creer lo contrario. La sangre lo es todo.

—Eso no es del todo... —trató de intervenir Narayana.

—¿Cuántos alumnos hay en la Academia que no tengan la sangre de una gran familia de brujos? —continuó Alberta. Sus ojos se desviaron asqueados hacia Rain—. ¿Y las órdenes? Los que estamos en el poder, los poderosos, llevamos generaciones ahí —sentenció—. El poder no se reparte de forma equitativa y aleatoria. El poder se amasa y así crece. Se hereda.

Muchos asintieron de acuerdo. Rain los miró horrorizada. Por supuesto, todos los que estaban ahí querían sentirse legitimados para ello. Querían sentirse seguros de sus posiciones y de que nadie en el futuro las cuestionaría o trataría de arrebatárselas.

Como si hiciesen un pacto por repartirse un pastel en trozos, a pesar, incluso, de sus diferencias. Porque había un enemigo común, los que pudieran venir a reclamar una parte y eso solo haría que las suyas se volviesen más pequeñas. ¿Y quién quiere compartir? ¿Quién quiere perder en vez de ganar?

Los ojos de Rain se toparon con los de Blake. Algo en su mirada destilaba regocijo. Como si le estuviese diciendo «por fin lo ves». Pero Rain hacía tiempo que había dejado de verlo todo cubierto de una preciosa capa de brillo y había descubierto las grietas.

Ya sabía que nadie querría darle un pequeño trozo de su poder para dejarla participar. No era ni tan ilusa ni tan inocente.

Pero si nadie quería compartir..., había otras opciones.

El cielo, oscuro y vasto, se abrió para ellos cubierto de destellos que se precipitaban en la oscuridad como llamas, como si el universo mismo estuviera derramando secretos fugaces. Rain se imaginó que eran los ángeles cayendo.

La pequeña multitud se quedó en silencio mientras el cielo parecía querer arrojarse sobre ellos, el único sonido era el del viento susurrando entre las hojas caídas y el murmullo lejano del agua que besaba la orilla. Y Rain pudo entender por qué el profesor Narayana estaba tan fascinado y seguro de que era un evento mágico.

Comprendió el origen del mito. Quién no sería capaz de imaginarse que aquellos destellos no eran seres de luz, llámalos ángeles, llámalos criaturas mágicas o estrellas humanoides.

Pasada la emoción inicial, muchos bajaron la vista y comenzaron a dispersarse en las hogueras charlando y bebiendo animados.

Jun le pasó un brazo por los hombros apretándola contra él.

—¿Tienes frío?

Rain estaba tiritando, pero no se había dado cuenta. Observó a su mejor amigo... ¿Su novio? ¿Eso es lo que eran? El pensamiento fue como chocar contra un muro invisible. Como cuando vas a cruzar una puerta de cristal que no has notado y te golpeas con todas tus fuerzas. Todo su cuerpo rebotó de forma imaginaria contra la idea.

«No, novio no».

Se preguntó si en secreto él estaría de acuerdo con lo que había dicho Alberta. A lo mejor a ella la consideraba una excepción porque la quería, pero... Apartó el pensamiento sintiéndose incómoda.

—¿Dónde está Aiden? —preguntó Rain, mirando a su alrededor.

—Se ha escabullido con Kane. —Jun señaló hacia abajo, al camino que llevaba hacia la zona del lago a la que Rain iba con Blake.

Aiden estaba deslizando muy lentamente su mano en la de Kane, que giró la cabeza y le sonrió como si acabase de hacerle el mejor regalo de su vida. A Rain se le calentó el corazón.

—Ojalá el señor Clark fuese más comprensivo —murmuró.

—Es normal que no quiera que Aiden salga con gente del Crepúsculo.

Rain frunció el ceño.

—Kane es muy buena persona y hace increíblemente feliz a Aiden. ¿No lo has visto? Casi no arruga el ceño desde que sale con él.

Jun torció la boca.

—Sí, pero una persona también es lo que la rodea y...

Rain supo que lo decía por Blake.



«Todo en él me atraía, y todo en él era veneno».
ANÓNIMO





Capítulo 6



Rain estaba junto a una hoguera, sentada cerca de la orilla observando el cielo. Jun estaba hablando con un grupo de amigos, pero ella prefería estar sola. No podía apartar la mirada de la lluvia de estrellas. Ojalá tuviese habilidades artísticas para captarlo en una pintura.

—Es bastante ilustrador verte aquí apartada. Una metáfora muy acertada. ¿No crees? —dijo Alberta, colocándose al lado de Rain, que la ignoró—. Hasta tú te das cuenta de que no perteneces a nuestro círculo.

—En eso tienes razón —contestó Rain.

Alberta la miró, pillada por sorpresa.

—¿Qué...?

—No me considero una persona mediocre, así que no, no pertenezco a vuestro círculo.

Alberta torció la boca encajando el insulto. Dejó escapar aire por la nariz de forma despectiva.

—Tu prueba es ahora.

Rain se giró para mirarla. Vio el regocijo malvado en sus ojos. Alberta señaló hacia la izquierda, a una de las hogueras donde estaban los de Crepúsculo.

—Tienes que besar a Ash Blake delante de todos. Y espero que sea un buen beso, no intentes ser más lista que yo, Lee.

El corazón de Rain se disparó de forma dolorosa y miró hacia Jun con ansiedad.

—No puedes obligarme a...

—No te obligo. Tú decides si quieres entrar en el club o no.

Rain giró la cabeza para observar a Blake con una emoción de creciente ansiedad en el pecho. Llevaba vaqueros oscuros, un jersey gris y una chaqueta negra y, en contraste, su pelo rubio parecía brillar.

Los dedos de Rain se flexionaron hasta cerrarse poco a poco en puños. La ahogó una sensación dulce y espesa de anticipación.

—No creo que a Jun le importe. Entenderá que no te quedaba otra... —se burló Alberta.

—Le hará daño —susurró—. Es amigo tuyo. ¿Por qué le haces esto?

Los labios de Alberta se fruncieron en una mueca de indiferencia.

—Precisamente por eso. ¿No sabes que a veces hacer daño a los que quieres es inevitable e incluso necesario? Te estaré observando, Rain Lee. Si no lo cumples, estás fuera.

Rain se quedó parada a mitad de camino entre su hoguera y la del Crepúsculo. Sentía el corazón en las sienes, en la garganta, golpeándole el pecho como si quisiese escapar de él.

Blake estaba hablando con un pequeño grupo entre los que estaban Amira Khan, su compañera del equipo de combate, y Ashford, que en realidad miraba el cielo con interés.

«No puedo hacerlo».

«No puedo hacerlo».

Pero necesitaba entrar en el club. Necesitaba tener acceso al libro de actas y el poder que le daría ser una miembro.

Pensó en Blake, que la había besado en el funeral de Dereck Keller solo para joder a Jun y le hirvió la sangre. Solo le devolvería el gesto. Él ni siquiera le daría la más mínima importancia.

Aunque Jun, por el contrario...

Dio otro paso.

«Lo deseas», susurró una voz oscura y aterciopelada en su cabeza, una sombra que la envolvía en su abrazo frío. Eso era lo más peligroso.

¿Y si Blake la rechazaba? Las manos comenzaron a sudarle.

«No me importará», se dijo, casi como una plegaria, pero su corazón la traicionaba con cada golpe acelerado. La escena ya había cobrado vida en su mente: Blake apartándola, riéndose de su intento. Y eso... eso sería como caer desde una altura imposible, como desangrarse por dentro.

Amira le estaba diciendo algo a Blake y le puso una mano en el brazo, que él no apartó. Rain tragó con dificultad, sacudida por una ráfaga de celos. La familiaridad del gesto y el hecho de que él sonriese le escoció como ácido en la piel.

—Blake... —Se aclaró la garganta—. ¿Podemos hablar?

Él giró la cabeza hacia ella con una lentitud calculada. Durante un momento en sus ojos brilló algo, una emoción que desapareció en un parpadeo. Su rostro estaba vacío, indiferente, los párpados ligeramente entrecerrados.

Era la expresión que Rain más detestaba, la que al principio la había hecho sentir asustada y la que sabía que Blake usaba cuando estaba realmente molesto y quería ser cruel.

—Habla. —Su voz cortó el aire, dura y distante, sin moverse un centímetro de donde estaba.

Rain apretó los dientes e hinchó el pecho. El calor le subió a las mejillas. Sentía el corazón golpearle las costillas, la piel del cuello le ardía bajo la bufanda. Todos los ojos estaban sobre ella, y con cada segundo que pasaba, el peso de las miradas se hacía más insoportable.

Trató de no perder la paciencia.

—Blake... —Le falló la voz. Las manos le temblaban, así que se las metió en los bolsillos del abrigo intentado ocultar lo vulnerable y expuesta que se sentía.

Él inclinó la cabeza, su sonrisa apenas perceptible, pero en sus ojos no había rastro de calidez. Solo un desafío que la retaba a continuar.

—¿Qué quieres, chica Amanecer? —insistió él, mostrándose relajado, su tono goteaba sarcasmo—. ¿Te has perdido? Tu perro guardián está por allí. —Señaló con la barbilla en dirección a la hoguera del Amanecer, donde Jun hablaba con sus amigos.

La vergüenza se mezcló con la sensación amarga de humillación.

—Puedes, por favor... —Su voz era apenas un susurro, pero había algo desesperado en ese tono que hizo que Blake vacilara por un momento.

Antes de que Rain pudiera aferrarse a esa pequeña grieta, Payton intervino con su voz llena de desprecio.

—¿Qué pasa, que no te quieren ni en tu orden, sabelotodo? —dijo riendo—. Qué patética... ¿No te has enterado de que no quiere hablar contigo? Nadie quiere.

Las carcajadas de Payton rompieron el aire frío, haciéndola sentir aún más pequeña. Rain quiso desaparecer. Sintió el peso de la humillación caerle encima como una losa, pero antes de que pudiera moverse, vio a Blake que giraba la cabeza lentamente hacia Payton. Su mirada, afilada como la hoja de una espada, le hizo callar.

Rain se dio la vuelta, harta de soportar aquello un minuto más, y se marchó. Cuando llegó a su hoguera le faltaba el aire. Cogió una lata de cerveza, a pesar de que no era su bebida favorita, y dio un trago largo. Las manos le temblaban mientras la rabia corría furiosa por sus terminaciones nerviosas. Aplastó la lata vacía y cogió otra.

—Veo que no has podido. Una pena... —dijo Alberta Novak.

Rain se tomó la cerveza de un trago. No soportaba fallar y menos si era para regocijo de aquellos esnobs.

—Todavía no ha terminado la noche —le espetó.

Respiró entrecortadamente y volvió a dirigirse hacia Blake con paso decidido. Estaba de espaldas, hablando de nuevo con su grupo, pero antes de que pudiera pensarlo demasiado, Rain avanzó hasta estar a pocos pasos de él y, con un gesto rápido, le cogió la mano. El contacto fue como una chispa eléctrica. Blake se giró con una expresión de sorpresa en el rostro, pero antes de que pudiera decir nada, Rain habló.

—¿Podemos hablar? —le pidió, había un rastro de desesperación en su voz casi suplicante.

Los ojos de Blake se oscurecieron por un momento. La confusión y la preocupación brillaron en su mirada, y aunque su expresión seguía siendo controlada, había algo en él que había cambiado. Algo que Rain pudo sentir en el aire entre ellos. Rain trató de retirar la mano, pero los dedos de Blake la sostuvieron firmes, no permitiendo que lo soltara.

Solo se apartaron un poco hacia la oscuridad, pero no lo suficiente como para salir del resplandor de las hogueras.

—¿Te ha pasado algo? —preguntó él. Su mano se movió con suavidad hasta agarrarla del codo.

El tono de su voz, cálido y lleno de una preocupación genuina, desarmó a Rain por completo. Podía con el Blake que era un capullo, pero aquella versión de él, que le hablaba con ternura, con vulnerabilidad... Ese Blake hacía que las rodillas le flaquearan.

Los ojos de ella fueron hasta la boca de él. Inconscientemente, se pasó la lengua por sus propios labios. Cada poro de su piel temblaba de anticipación, cada fibra de su cuerpo se tensaba. No debería desearlo así, con tanta desesperación, no debería atraerla tanto la idea de besarlo. Pero el impulso era más fuerte que la lógica.

No debería... pero lo hacía.

—¿Rain? —La voz de Blake sonó baja, casi confusa, sacándola por un segundo de su trance.

—Imagina que te gusta —susurró ella.

Se estiró sobre las puntas de los pies mientras lo agarraba de las solapas de la chaqueta y tiraba de él para acercarlo a su boca. El beso no fue más que una caricia al principio. Una presión suave, casi tímida por parte de ella.

Blake aspiró de manera abrupta, sorprendido por la intensidad del momento, casi trastabilló, como si ella lo hubiera empujado con fuerza en lugar de sostenerlo con la delicadeza con que lo hacía. Por un instante, se quedó inmóvil, rígido bajo su toque, incapaz de reaccionar.

Al notar la falta de reacción de Blake, un pánico sutil comenzó a arrastrarse por la mente de Rain. El miedo al rechazo hizo que se le encogiese el estómago. Y, avergonzada, comenzó a apartarse lentamente, la presión de sus labios desvaneciéndose.

Pero antes de que pudiese apartarse del todo, sintió la mano de Blake en su muñeca, firme, como si no estuviera dispuesto a dejarla ir tan fácilmente. Su brazo le rodeó la cintura atrapándola y pegándola a él. Y, entonces, el beso no fue más una caricia suave, sino todo lo contrario. Rain abrió la boca y la garganta de Blake vibró con un sonido bajo cargado de deseo.

La sostuvo como si quisiese fundirse con ella. Como si nunca fuese a tener suficiente. La besó como si el mundo fuera a desaparecer al romper el contacto.

Blake sabía a todo lo que estaba mal y prohibido.

Y era adictivo.

Rain sabía a todo lo que estaba bien.

Tan dulce que el exceso acabaría matándole y, aun así, él correría el riesgo por ella.

Rain gimió cuando Blake enredó su lengua con la de ella y él sintió el sonido reverberarle en todo el cuerpo, una sacudida de placer recorriéndolo. Sin pensarlo, llevó una mano hasta la parte baja de su espalda estrechándola contra él. Y Rain pudo sentir lo excitado que estaba.

De pronto, demasiado consciente de lo que estaba haciendo, dio un paso hacia atrás, mareada.

Los párpados de Rain se abrieron con un aleteo y se encontró con la mirada de Blake; sus ojos parecían borrones de tinta ebrios de deseo. Un paisaje en llamas, una tormenta contenida que amenazaba con arrasar todo a su paso. Al mirarlo, se adentró más en ese caos silencioso, donde la atracción y el peligro convergían en una danza hipnótica, siempre a punto de romper el frágil límite entre lo correcto y lo inevitable.

Separarse de él le dejó una sensación fría en las entrañas, que contrastaba con la ola de fuego que había descendido por su estómago mientras lo besaba, dejando un hormigueo en su piel.

Rain giró la cabeza buscando a Alberta. Estaba junto a la hoguera del Amanecer con una sonrisa triunfal en los labios. A su izquierda, Jun la observaba lleno de una furia contenida, con incredulidad, casi horror. La expresión en su rostro era de traición, como si lo que acababa de presenciar lo hubiera partido en dos. Apretó los dientes

y su mano se cerró con tanta fuerza alrededor del vaso que sostenía que lo aplastó derramando el líquido por el suelo. Acto seguido, se giró para marcharse enfadado.

Rain dio un paso en su dirección, dubitativa. Alberta aplaudió acercándose.

—Enhorabuena, Lee. Has pasado la prueba.

Rain tenía la respiración agitada, le costaba meter aire en los pulmones. Y, aunque su cabeza funcionaba a toda velocidad, su cuerpo estaba paralizado.

Muy despacio, giró la cabeza. Blake la estaba mirando como si fuese algo insignificante y despreciable. Como si la odiase. Y a la vez sus ojos parecían cristales rotos por los que se colaba un brillo de dolor genuino.

Rain apartó la mirada, incapaz de enfrentarse a la expresión de él, y se marchó por donde lo había hecho Jun.

Alberta hizo un puchero irónico.

Blake se movió veloz como el rayo y agarró a Alberta del cuello del abrigo.

—Te dije que la dejases en paz —siseó fuera de sí.

Ella abrió mucho los ojos.

—Fue su decisión. Además, te he hecho un favor. No parecías muy disgustado mientras la besabas...

Los ojos de Blake se apagaron. Se acercó a su oreja y, en un tono calmado y frío como el agua del lago, le dijo:

—Solo te lo diré una vez más, Novak. Te mataré si tengo que hacerlo.

La empujó soltándola con tal fuerza que ella cayó de culo, y Blake se marchó dedicándole una última mirada.



«Antes o después, a todos nos llega en esta vida un demonio propio que nos persigue y atormenta».
DAPHNE DU MAURIER





Capítulo 7



Rain corrió por el camino mientras veía a Jun cada vez más lejos. Esprintó con todas sus fuerzas como si así pudiese alejarse de lo que sentía, como si así los demonios que la acechaban fuesen a perderla de vista. Corrió como si estuviese huyendo del infierno.

Llegó a los terrenos de la Academia sin aliento. El cielo se incendiaba y caía sobre la figura oscura y distante de Jun, al que ella llamó a gritos.

Tuvo que parar un segundo para recuperar el aliento y seguir. Lo entendería, se decía, en cuanto oyese su explicación lo entendería.

No había tenido elección, Alberta no se la había dejado.

La culpabilidad se le anudó en el estómago hasta hacerle sentir náuseas.

Rain rodeó el terreno para entrar por el vestíbulo principal y así evitar la subida más escarpada que había en esa zona. Con suerte pillaría a Jun en la primera planta. Cruzó las ruinas del patio y atajó por el camino porticado, con el abrigo flotando a su espalda mientras corría. Su imagen desplazándose, enmarcada por los arcos, creaba la sensación de unas diapositivas pasando veloces.

El vestíbulo estaba vacío cuando llegó. El silencio era tal, que sus pasos y su respiración agitada hicieron eco en el enorme espacio. Iba hacia las escaleras cuando alguien la agarró del codo con tal

fuerza que la giró haciéndola resbalar levemente. Su pelo se sacudió y la cegó durante un segundo hasta que se topó con el rostro sombrío de Blake.

Rain abrió la boca, pero solo fue capaz de tomar aire.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Blake con la voz cargada de frustración y algo más profundo.

Ella tiró de su brazo para liberarse, pero él era más fuerte y solo consiguió sacudirse.

—Ahora no...

—¿Porque tienes que ir a consolar a Jeong? —se burló Blake en un tono áspero y enfadado.

—Suéltame.

—No hasta que me expliques lo que ha pasado —espetó, demandante.

Rain, furiosa, usó su mano libre para empujarlo, pero Blake atrapó su muñeca frenándola.

—Para o te tiraré al suelo —le advirtió.

Rain paró de moverse un segundo respirando pesadamente. Le dio una patada llena de rabia. Blake hizo una pequeña mueca de dolor y la asió más fuerte, forcejeando.

—No quiero hablar contigo —gruñó Rain, e intentó darle un rodillazo que él esquivó.

Con un movimiento ágil, Blake inmovilizó sus brazos, girándola y presionándola contra la pared. Rain podía notar la respiración pesada de él cada vez que su pecho chocaba con su espalda.

—¿Qué ha sido lo del lago, Rain?

El recuerdo la perseguía como una caza de lobos hambrientos. Apretó los párpados como si así pudiese librarse de las sensaciones que le corrían por el cuerpo dejando un reguero de calor y electricidad desde su pecho hasta su ombligo y enredándose más abajo. Se sacudió con todas sus fuerzas tratando de quitárselo de encima.

—¡Para! —le ordenó Blake.

Rain le respondió con una sarta de insultos mientras intentaba zafarse.

—Para o te haré daño. —La voz de Blake se volvió grave, peligrosamente baja, como si estuviera a punto de perder el control.

Rain consiguió clavarle el codo en el abdomen y eso le dio espacio suficiente para girarse y encararlo.

—¿Ah, sí? —lo retó.

Blake se cernió sobre ella, estaba furioso, era evidente. Rain nunca lo había visto tan fuera de control. Incluso cuando se había peleado con Jun o Dereck Keller, se había mantenido calmado de alguna manera.

—No me provoques, Rain.

Ella se estremeció y no por miedo. Los ojos de Blake bajaron un segundo a su boca; el infierno estaba helado en comparación. Rain se sentía aturdida, con la cabeza ligera, desconectada de su cuerpo. Respiraba veloz, como si acabase de correr decenas de kilómetros y fuese a desfallecer. No había suficiente aire en aquel vestíbulo para ella.

Blake estaba enfadado, más que eso, estaba furioso y, sin embargo, nada de eso conseguía aplacar lo mucho que la deseaba.

Rain apretó los párpados con fuerza. Había estado a punto de estirarse para besarlo; con toda esa rabia y esa violencia transformándose en una chispa de anhelo.

—Alberta me puso una prueba para entrar en el club de Política. No... no tenía elección. No tiene más significado —dijo al fin, abriendo los ojos.

Blake arqueó levemente una ceja rubia.

—Los dos sabemos que eso no es verdad.

Rain se tensó, sorprendida.

—No significó nada cuando me besaste en el funeral de Keller y ahora tampoco —insistió ella.

Una de las comisuras de Blake se curvó ligeramente, aunque sus ojos seguían sombríos e implacables.

—No es lo que me ha parecido cuando has gemido contra mi boca.

Los ojos de Rain se abrieron como platos, y la vergüenza subió a sus mejillas como un fuego feroz. No podía creer que hubiese dicho aquello.

—¿Y tú? —atacó ella.

—Yo no estoy fingiendo sentir algo por otra persona.

—No finjo. He estado enamorada de Jun desde que teníamos diez años.

Un músculo dio un tirón en la comisura de la boca de Blake.

—Pero ya no.

La sangre de Rain ardía de pura frustración, el calor de sus palabras era casi físico.

—¿Por qué me haces esto?

Los ojos de Blake llameaban.

—Porque me estás mintiendo. Ni siquiera tú te lo crees.

—¿Y qué te importa a ti lo que yo sienta por Jun? —Las manos le temblaron y las cerró en puños apretados. Se clavó las uñas en las palmas—. Tú... tú me dejaste sola en tu apartamento y después me ignoraste por completo. Tú... te enrollaste con aquella chica de Hidden. Cada vez que me he acercado a ti, te has alejado. Solo... solo juegas conmigo. Eres destructivo. Eres un maldito veneno. —Él se sacudió ligeramente como si ella lo hubiese abofeteado e inspiró con fuerza—. ¿Quieres saber si siento algo por ti? ¿Quieres tener ese poder sobre mí? Pues, de todas formas, no cambiará nada, porque yo seguiré eligiendo a Jun. Al menos sé que él no me destruirá. —Su voz se volvió pequeñita, apenas un susurro al final; ligeramente rota.

El rostro de Blake se contrajo y Rain vio que le había herido. La sensación fue corrosiva e hizo que le picasen los ojos. Por algún estúpido motivo no soportaba la idea de hacerle daño.

Blake dio un paso atrás y luego otro. Lo oyó soltar aire y asentir levemente. Y se marchó perdiéndose en las sombras.

Rain se deslizó por la pared hasta quedar sentada en el suelo; sus piernas eran incapaces de sostenerla. Presionó las palmas de las manos contra los ojos, tratando de ahogar las lágrimas que amenazaban con escapar mientras su cuerpo entero temblaba.

«¿Por qué?», se cuestionó. ¿Por qué se había enamorado de él?



Cayó en aguas profundas que la tragaron. «Abraza tu oscuridad, Rain». Se sumergió estirando los brazos hacia arriba como si esperase que alguien la sacase de allí. Como si tuviese la esperanza de ser salvada.

«Abraza tu oscuridad, Rain».

Unas manos la cogieron de la cintura y la estiraron hacia el fondo.

«¿Y si la única salida es hacia abajo?». «¿Y si la única oportunidad es caer hasta el fondo?».

Los pulmones le quemaron. La superficie desapareció y la oscuridad la tragó. El corazón le latía cada vez más deprisa y le golpeaba en los oídos.

Pum, pum, pum.

Se despertó boqueando y moviendo los brazos. Tinieblas estaba maullando mientras daba vueltas cerca de la puerta. Rain tardó unos minutos en sacudirse las telarañas de la pesadilla.

Entonces se dio cuenta de que lo que había oído en su sueño era a alguien golpeando su puerta con insistencia. Miró la hora. Cuatro de la mañana.

Todavía se sentía mareada por las imágenes del sueño. Tuvo que tomarse un momento para no vomitar. Se fijó en que las sábanas estaban manchadas de sangre y vio que tenía una herida en el antebrazo.

Contempló su habitación. Estaba hecha un desastre.

—¿Quién es?

—¡SOY YO! —gritó Aiden.

Rain salió de la cama trastabillando y abrió, absolutamente confusa y asustada. Aiden con las gafas torcidas sobre la nariz, los labios enrojecidos y algo hinchados y la ropa desarreglada se lanzó sobre ella agarrándola de la muñeca y tirando para sacarla al pasillo.

—Llevo diez minutos llamando.

—¿Qué pasa? ¿Qué...?

—Tienes que venir ya.

Rain se frenó en mitad del corredor.

—¿Estás herido? ¿Qué haces despierto a estas horas?

Aiden se miró y enrojeció.

—Es... estaba con Kane —dijo, y se estiró la camisa para alisarla.

Rain arqueó una ceja, divertida.

—Hablando, supongo.

La nuca de Aiden estaba de un rojo incandescente.

—Eso no es importante ahora. Íbamos a su habitación para... —se aclaró la garganta—. En fin, Kane dijo que a Blake no le importaría o que seguramente ni siquiera estaría allí. Pero, cuando hemos llegado, Jun estaba allí.

Rain volvió a pararse.

—¿Qué? —dijo, sintiendo como si acabasen de tirarle un cubo de agua helada.

—Estaba increíblemente borracho y furioso y se había colado en su cuarto. Decía que Blake le había quitado algo importante y que iba a echarlo de la Academia. Estaba fuera de sí.

—¿Y dónde está ahora?

—En el despacho de la directora.



Blake estaba echado en la cama con los párpados apretados y un brazo sobre el rostro. Todos los músculos de su cuerpo estaban tensos. Las palabras de Rain no dejaban de perseguirle, al igual que el beso en el lago. Las sensaciones corrían furiosas por su cuerpo. Ojalá hubiera podido extirparse el recuerdo, demasiado vívido.

Apretó los puños agarrando las sábanas, sintiendo cómo su cuerpo se erizaba. Podía borrarlo de su mente, pero sus sentidos seguirían teniéndolo grabado; su tacto, su sabor, el sonido de su garganta, su olor... Todo eso era más poderoso y le quemaba en cada poro de la piel.

Necesitaba distraerse, llevaba horas allí sin ser capaz de dormir, torturándose...

Entonces, unos golpes fuertes en la puerta lo sorprendieron. Le extrañó, porque Kane nunca se olvidaba la llave. Fuera quien fuese, le estaba agradecido.

En cuanto abrió, Jun Jeong lo empujó lanzándolo dentro de la habitación. Tenía los ojos desencajados y vidriosos y apestaba a

alcohol.

—¿Qué cojones...?

—¿Dónde está? —gruñó Jun, fuera de sí.

Blake soltó un sonido despectivo. Su paciencia estaba al límite. Los cielos parecían haberle puesto a Jeong delante como una invitación para mejorar su malhumor.

—¿De qué estás hablando?

—Sé lo que eres... Una rata como tu padre, al que le encanta meterse donde no le llaman y coger las cosas de los demás.

Un músculo de la cara de Blake dio un tirón. Le crujieron los nudillos de lo fuerte que cerró los puños.

Jun se giró sobre sí mismo y fue hacia el escritorio. Tiró de uno de los cajones, lo sacó del todo y desparramó su contenido por el suelo.

—Pensaba que lo había perdido, pero ahora estoy seguro de que tienes que haber sido tú. ¿Quién, si no? —continuó haciendo lo mismo con el siguiente cajón.

Blake lo cogió de la parte posterior del cuello de la camiseta con fuerza y lo lanzó hacia atrás haciéndole caer al suelo. Miró a Jeong desde arriba y se pasó una mano por la frente mientras una comisura de la boca se le curvaba hacia arriba.

—He soñado con este momento. Nunca he tenido tantas ganas de partirle la cara a alguien como a ti. Gracias por ponérmelo tan fácil.

Jun trató de incorporarse, pero sus reflejos no eran los mejores y trastabilló.

Blake agarró su camiseta con la mano derecha y le pegó un puñetazo en la cara mientras soltaba una risa que no tenía nada de diversión.

—Qué bien sienta eso.

Jun frunció el rostro con desprecio.

—Eres un monstruo y ella lo acabará viendo.

Blake se congeló. Sus ojos se oscurecieron y la mueca de rabia se transformó en algo retorcido y a la vez satisfecho.

—No, ella ya lo ha visto. Y eso es lo que no puedes soportar, que, aunque lo sepa, siga acudiendo a mí. Rain puede odiarme y hasta atravesarme el corazón con un puñal y, aun así, nunca dejará de

desearme. Lo he visto en sus ojos, lo he sentido en todo su cuerpo hace un rato en el vestíbulo.

Jun cerró los puños con fuerza mientras la cara se le deformaba en una expresión de furia ciega. A continuación, lanzó un hechizo repeledor contra Blake, que lo hizo salir volando hacia la cama, pero que se expandió por toda la habitación, sacudiendo los muebles, que cayeron en un estruendo.

—Jun... —susurró Aiden desde la puerta, con Kane a su lado.

Y no tardaron en aparecer otros alumnos del Crepúsculo.



«Entre el dolor y la nada, elijo el dolor».
WILLIAM FAULKNER





Capítulo 8



Suspendido durante dos semanas. Casi expulsado. Los padres de Jun fueron llamados a la Academia para un consejo disciplinario. Había atacado a otro estudiante con magia y había dañado material de la Academia. La regla número uno, la primera línea roja que se les enseñaba al entrar. Nunca, jamás, estaba permitido atacar a otro estudiante con magia, y peor, mucho peor, era hacerlo dentro del recinto escolar. La magia se reservaba para las clases y se usaba de forma controlada.

Y Jun la había cruzado. Además se había colado en la torre del Crepúsculo y en la habitación de otro estudiante. Todos los alumnos del Crepúsculo habían sido testigos de ello.

Y Rain sabía que ella lo había provocado. Aunque en primera instancia había sido Alberta Novak la que había pulsado los botones para que ocurriese. Los había leído con la suficiente astucia como para saber provocarlos, para empujarlos hasta el límite.

Se sentía culpable y llena de remordimientos. No solo le había hecho daño a Jun, sino que era ella quien le había robado el colgante que parecía estar buscando en la habitación de Blake.

Los padres de Jun prácticamente no habían mirado a su hijo, decepcionados y enfadados cuando habían entrado en la sala de la

vista disciplinaria. Y Jun... parecía tan triste, tan derrotado, tan deprimido... Tan... solo.

—Han sido muy duros con él. Los señores Jeong siempre me han intimidado. Jun estaba blanco como si fuese a vomitar en cualquier momento —explicó Aiden, que había asistido como testigo a la vista —. No sé qué lo poseyó en ese momento, Rain, pero de verdad parecía querer hacer daño a Blake. —Bajó el tono—: Daño serio. Era como ver a otra persona.

Rain lo escuchaba mordisqueándose compulsivamente la uña del pulgar.

«Es culpa mía». Las palabras le revolvían el estómago como una comida en mal estado.

—No lo han expulsado de forma definitiva porque los señores Jeong tienen buenas conexiones en la Orden. Pero ha estado muy cerca. A la Academia no le gusta que la hagan quedar mal. La directora Blean estaba muy decepcionada.

Podía imaginarse a Blake radiante, disfrutando de aquella situación. Por fin había cumplido uno de los puntos de su venganza. Había humillado a Jun y con ello a sus padres, a los que detestaba. Y Rain había sido una parte fundamental. Sin quererlo le había ayudado.

De nuevo, la había utilizado como a un peón en su partida de ajedrez.

Hasta Aiden parecía mirar a Jun con otros ojos. Y sí, puede que el estar saliendo con el mejor amigo de Blake tuviese algo que ver. Pero Blake había movido las piezas con la maestría suficiente para que Jun cayese por sí mismo, para que se pusiese en evidencia, incluso frente a su mejor amigo.

Rain sentía serpientes en el pecho. Primero estaba la culpa, luego una parte oscura de sí misma que admiraba con fascinación la capacidad de Blake de mover hilos, de usar a los demás como pequeñas marionetas para cumplir sus propósitos sin que nadie lo notase, luego estaba el asco, hacia sí misma y hacia él.

Esperó a Jun en la puerta de su habitación hecha un ovillo.

Tenía un aspecto horrible.

Se frenó cuando la vio y apartó la mirada, avergonzado, disgustado.

Rain se puso de pie y lo abrazó con todas sus fuerzas.

Jun se tensó durante unos segundos de duda y luego se derrumbó en ella. La envolvió con sus brazos, enterrando la cara en su cuello. Rain sintió las lágrimas de Jun mojándole la piel. Le acarició la espalda con cariño.

—Lo siento —dijo Jun con la voz estrangulada.

A Rain le rompió el corazón oírlo llorar. Jun era muy estoico. Desde niños, cada vez que algo le había dolido, frustrado o molestado, lo había soportado sin llantos, sin gritos, casi sin quejas. Incluso cuando se había lesionado la rodilla en combate una vez con doce años. Rain había visto las lágrimas enrojecerle los ojos y cómo todos los músculos de su cuerpo habían trabajado para no derramarlas.

Jun podía haberle hecho daño en el pasado, pero ella nunca había deseado causarle aquel tipo de dolor. ¿En qué se había convertido?

—No, yo siento que...

Jun se irguió, la agarró de los hombros y la echó hacia atrás para poder mirarla.

—No es culpa tuya, Rain.

—Sí que lo es. Besé a Blake... —«Te robé el colgante», se calló.

Jun hizo una mueca.

—Sé que fue la prueba de Alberta —susurró, como si la garganta le doliese demasiado para hablar.

—Pero te hice daño.

—Sí, pero ahora estás aquí y eso es lo único que importa.

Le cogió la cara con ambas manos y la besó. Había una nota de desesperación, como si necesitase estar seguro de que ella estaba ahí con él. De que la tenía entre sus brazos y no iba a desaparecer.

La espalda de Rain chocó con la pared del pasillo. Saboreó sus lágrimas mientras le devolvía el beso con la misma intensidad, tratando de mostrarle que ella lo elegía a él, tratando de aplacar su inquietud.

—Te quiero, Rain —murmuró contra su boca mientras enredaba los dedos en su pelo.

El corazón de Rain dio un vuelco.

—Te quiero, Jun.

No tenía el valor de confesarle que le había robado el colgante, que ella era la causante de todo aquello. Pero haría todo lo posible para compensarlo, para resarcirse de sus pecados. Se quedaría a su lado. Estaría ahí para él tanto como Jun la necesitase.



Kane estaba enfadado. Furioso. Y eso no era algo muy normal en él.

—¿Por qué no lo han expulsado? Está en las normas de la Academia —volvió a preguntar.

El señor Diop miró a su hijo con resignación.

—Todas las normas son interpretables, hijo.

—Si hubiese sido Blake, lo habrían expulsado sin dudarlo. Incluso le habrían hecho un juicio.

Blake arqueó las cejas. Estaba seguro de ello, pero no veía por qué a Kane le sorprendía tanto la diferencia de trato. Él ya conocía de sobra las reglas del juego.

—Kane... —dijo el señor Diop.

—Déjalo. Ya es más de lo que esperaba conseguir —terció Blake, apoyado en la pared junto a la ventana del despacho del señor Diop.

—No soporto su impunidad. ¿No puede hacer nada el Crepúsculo? —insistió Kane.

Podría, pensó Blake, si sus padres estuviesen vivos, si no fuese hijo de un criminal convicto y su reputación estuviese intacta. La Orden lo haría si él importase, si tuviese poder.

—Es política, Kane. Si el Crepúsculo presiona, sentará precedente. ¿Y quién dice que el día de mañana no será uno de sus hijos el que esté en esa situación y necesiten el beneplácito del Amanecer?

Blake sonrió. Era un favor a cobrarse en el futuro.

—Pues menuda mierda de sistema.

Aquello hizo que Blake soltase una carcajada con sorna.

Kane le dirigió una mirada enfadada.

—¿Por qué no te molesta?

—Sé cuáles son mis batallas. Y, créeme, esta la hemos ganado.

—Eres un nihilista y lo odio —se quejó Kane, dejándose caer en una silla del despacho—. No me gusta resignarme. «Todo es una mierda —citó—, todo es injusto, nada tiene solución. Ya está, acéptalo y vive con ello». Ese planteamiento es... descorazonador.

En cierta forma, Kane le recordó a Rain. A la furiosa convicción en sus ojos de que ella podría cambiar las cosas y de que lo haría. Como si retase al mundo a interponerse.

—No es cierto. Claro que las cosas tienen solución, pero a veces no puede ser blanco o negro y hay que conformarse con el gris —terció Akin.

Blake casi bufó.

—El sistema funciona para los que tienen poder y a conveniencia del mismo sistema. Y eso nunca va a cambiar.

—Ash... No empieces otra vez. Pensaba que te estabas adaptando, estos meses te he visto mejor.

Blake giró la cabeza y la sonrisa murió en sus labios.

—¿Mejor? —La palabra se le atragantó entre la estupefacción y la risa.

—Parecías más... feliz. O menos furioso.

—Mi padre quiere decir que ya no se te veía esa cara de amargado perpetua. Dejaste de mirar a la gente como si quisieses arrancarles la cabeza. Sabes, como esos malos de cuento que se esconden en las esquinas y se frotan las manos mientras planean cómo arruinar las fiestas a los pobres niños.

—Qué risa —dijo Blake.

—Aunque yo no diría que parecías feliz. Esa es una palabra muy grande para nuestro querido y pesimista Ash Blake.

—¿Has terminado ya?

Kane le dedicó una sonrisa radiante.

—A Ash le gusta sabotearse a sí mismo, papá, así que el motivo de su repentino mejor humor se ha esfumado. Él solito se encargó de ello.

Blake se tensó, irguiéndose con cautela.

Akin miró a su hijo, confuso.

—Sea lo que sea espero que haya hecho que abandones tu idea suicida de venganza.

Kane miró a su mejor amigo. En apariencia parecía relajado, casi con cierto pasotismo. Pero no era más que una fachada. Kane lo oía dar vueltas y vueltas en la cama y levantarse antes del alba incapaz de dormir. También había visto su mirada torturada seguir cada movimiento de Rain antes de entrar en la vista disciplinaria. El dolor escondido en cada una de sus facciones; en sus gestos.

Conocía a Ash desde niños, y sabía que su amigo siempre se obsesionaba con las cosas. Cuando empezaron a practicar Combate de destreza, aquello no se convirtió en un simple pasatiempo para Blake, de pronto era toda su vida. Entrenaba más que nadie, magnificaba cada fallo y vivía por y para ganar.

Después de lo de su madre y su hermana estuvo perdido y aquel deporte fue su refugio. Así que se obsesionó todavía más.

Hasta que detuvieron a Ambrose... Esa fue su época más oscura, en la que perdió las ganas y la ilusión por todo. Ash existía pero solamente porque su cuerpo seguía funcionando. Se vació por completo para ir llenándose poco a poco de demonios. Vivía por inercia. Hasta que un día, de pronto, aquel fuego hambriento volvió a sus ojos y nació su nueva obsesión: la venganza... Un nuevo motor para moverlo.

Kane lo había visto con impotencia sin ser capaz de ayudarlo.

Las obsesiones de Blake lo consumían. Nunca había sabido amar las cosas de una forma sana.

Y Kane temía que lo mismo le ocurriese con Rain.



«Eres el cuchillo que retuerzo dentro de mí».

KAFKA





Capítulo 9



Rain había acompañado a Jun a la estación de tren el día de su partida por la expulsión.

—Nos vemos en dos semanas.

Los ojos de Jun la habían contemplado con un brillo agónico al despedirse.

—Te voy a echar de menos —confesó, y la atrajo hacia sí para abrazarla casi con demasiada fuerza. Y en sus labios habían muerto todas las cosas que deseaba decirle, pero que se guardó.

Recordarlo le dejó las rodillas flojas. Suspiró y trató de concentrarse en lo que estaba leyendo. Estaba repasando un libro de onicromancia que el profesor Narayana le había recomendado.

Aiden entró en su habitación tras dar unos golpes en la puerta.

Tinieblas empezó a dar vueltas alrededor de sus piernas, mirándolo con ojos amenazantes.

Rain cerró el libro y lo dejó a un lado mientras lo observaba. Frunció el ceño.

—¿Por qué vas tan arreglado? —le preguntó.

Aiden se apartó de la gata con desagrado mientras la llamaba psicópata. Se aclaró la garganta, incómodo y se rascó la nuca.

—Es el cumpleaños de Blake —anunció.

Rain cerró los dedos con fuerza alrededor del borde del escritorio, hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Parpadeó.

—¿Qué?

—Kane me ha invitado y no puedo decirle que no. Tú lo dijiste; debería esforzarme. Es su mejor amigo y quiero hacer a Kane tan feliz como me sea posible.

Rain escuchaba un desagradable pitido en el oído. Miró hacia el cajón donde guardaba el par de anillos que formaban un único conjunto; el que Blake le había regalado por su cumpleaños.

A veces los sacaba y los miraba y pensaba que eran la cosa más hermosa que le habían regalado nunca, guardaban infinitos significados y lecturas. Lo odiaba por regalarle algo tan bonito, tan acertado, tan perfecto para luego comportarse como un capullo.

Blake debería ser como esos pequeños frascos que contenían veneno y llevar una advertencia: «Adictivo y peligroso, puede ser tan atractivo como mortal».

—Según Kane, Blake odia su cumpleaños por encima de todo. Así que su plan es emboscarlo en su *pub* favorito de Hidden e impedir que se ahogue en la autocompasión o que acabe quemando algo. Eso último no sé si lo decía en un sentido figurado o es que ya lo ha hecho alguna vez —reflexionó.

Rain no puntualizó lo irónico que era que Aiden fuese a animar a Blake teniendo en cuenta que era una de las personas más pesimistas y cascarrabias del mundo. Además de que hasta hacía una semana lo detestaba. Pero era bonito ver que Kane le importaba tanto que iba a salir de su zona de confort para ayudarlo.

Rain frunció el ceño.

—¿Y has venido a que te dé ánimos...? —Entonces, se dio cuenta de por qué le había contado todo aquello y abrió los ojos sorprendida—. No —sentenció al mismo tiempo que Aiden le preguntaba:

—¿No vendrías conmigo?

Los dos se miraron en silencio.

—No puedo hacerle eso a Jun.

—¿El qué? ¿Salir a tomar algo?

—Además es jueves. Mañana tenemos clases.

—Así que es cierto, estáis saliendo.

Rain se encogió de hombros y sonrió. Ni siquiera ella sabía qué era lo que tenían, pero se había prometido compensar a Jun por lo que había pasado.

Le dolía el corazón. Mucho.

—Pasadlo bien —dijo con un hilo de voz.

Aiden negó mientras ponía los ojos en blanco, frustrado, y se calló lo que pensaba.



Como Kane había predicho, Blake estaba sentado en la parte más alejada de la barra de un *pub* oscuro, estrecho y abarrotado. Tenía una pinta en la mano y taladraba el estante de licores con la mirada.

Kane se deslizó en un taburete junto al suyo y pidió alegremente.

—Otra cerveza y un té negro.

La camarera, una señora altísima con el pelo cano y aspecto de poder tumbar a cualquiera de una torta, los miró contrariada.

Blake giró la cabeza y los observó con cara de pocos de amigos. Sus ojos escanearon el *pub*. El pecho se le hinchó con una bocanada temblorosa y cayó pesado.

—Bueno oficialmente este se acaba de convertir en mi cumpleaños más deprimente.

—Aiden no bebe alcohol —le explicó Kane, que le colocó una mano en la rodilla a su novio para tranquilizarlo.

Los ojos oscuros de Blake lo recorrieron, y Aiden, nervioso, tuvo que frenar sus ganas de tragar. Tenía mirada de malo. Cada vez que leía un libro y alguien describía la forma de mirar de un villano se imaginaba algo así. Como si de pronto se fuese a poner a arrancarle alas a las mariposas o a quemar edificios hasta los cimientos solo por el placer de verlos arder.

—Mi madre ordena que vayas a verla el domingo. Te va a hacer una comida de cumpleaños con tus platos favoritos.

«¿Lamentos de viudas y súplicas de enemigos?», pensó Aiden con sorna.

Dos cabezas se giraron para mirarlo; Blake con el ceño ligeramente fruncido y Kane con los ojos abiertos como platos.

Aiden se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta y palideció llevándose la mano a la boca.

Kane se echó a reír en un ataque histérico. Y Blake cerró los ojos mientras negaba.

—Me encanta tu sentido del humor —dijo Kane, y le dio un beso a Aiden en la sien.

Aiden se sintió hecho de flan y la boca se le torció en una sonrisa pequeña y feliz.

—Si has venido a demostrar lo enamorado que estás, puedes irte. —Blake se bebió lo que le quedaba de cerveza de un trago e hizo un gesto para pedir algo más fuerte esta vez.

—Sí que lleva lo de ser un cascarrabias a otro nivel —murmuró Aiden.

—Solo de jueves a miércoles, búscame cualquier otro día y me verás alegre y emocionado —replicó Blake.

—Mi regalo está en la Academia. Es demasiado grande para traerlo aquí —comentó Kane—. ¿Quieres saber lo que es?

Blake sabía que se lo diría de todas formas. Quería seguir siendo un capullo desagradable, pero cedió con un suspiro.

—¿Qué es?

—Una espada nueva de Combate de destreza. Tienes la tuya desde el instituto y... —Se aclaró la garganta—. Sé que le tienes aprecio, pero cualquier día se te va a romper, así que he pensado que quizá quieras jubilarla y conservarla intacta.

Blake apartó la mirada y se concentró en su copa. Los dedos se le cerraron con fuerza alrededor del vaso. Se la había regalado su padre con quince años, justo antes de...

Y por eso ese día era una mierda. No era más que un recordatorio de todo lo que había perdido. Con los años, no había hecho más que perder y perder. Una fotografía que poco a poco se había ido vaciando.

Durante un breve instante, al ver a Aiden, había pensado que quizá...

—Gracias —murmuró con un nudo en la garganta.

Aiden miró a su novio sintiéndose inútil. Los ojos de Kane estaban muy tristes mientras observaba a su mejor amigo con impotencia.

«Ash y yo nos conocemos desde que tengo memoria y aunque no te lo parezca es la persona más leal que existe. Sé que es complicado y que tiene una forma extraña de demostrar que las cosas le importan, pero jamás ha sido una mala persona conmigo ni con mis padres. Simplemente se rindió con el mundo... Aunque no con ella —había murmurado Kane, aludiendo a Rain, mientras venían de camino—. Eso fue una sorpresa. En fin, ojalá tuviese la capacidad de animarlo. Cada vez que me han roto el corazón, ahí ha estado Ash, como un dragón feroz a mi alrededor».

Blake se tomó la copa y cuando el vaso estuvo vacío estalló entre sus dedos y le cortó. Ni siquiera se había dado cuenta de que había manifestado su magia.

—Mierda —masculló mientras sacudía la mano.

La camarera le echó una mirada furiosa y Blake se disculpó sin mucha intención.

—Bueno, Aiden, ¿quieres que te cuente cuando Kane se pilló por un chaval disfrazado de goblin en Halloween, apareció con la cara verde en su casa y le dijo a su madre que había participado en un concurso de comer gelatinas? —se apresuró a decir antes de que Kane le mostrase más compasión.

Kane enrojeció dando un pequeño brinco y Aiden lo estudió a través de sus gafas algo torcidas.

—¿Esa es la mejor excusa que se te ocurrió? —preguntó con un tono amargo en la voz.

—Traidor —le escupió Kane, ofendido, a Blake—. Tuve que improvisar algo rápido —se justificó.

Aiden apoyó un codo en la barra y bebió su té. Sabía a agua de váter.

—Ya suponía que eras un ligón —murmuró penosamente mientras sacudía la cabeza.

Blake soltó una risa baja.

—Aiden... —empezó Kane.

—Tú eres mi primer novio. Yo debo de ser el... probablemente el número cincuenta, ¿no?

—No, algunos le han dado calabazas. Es guapo, pero a veces no tiene buen ojo —apostilló Blake.

Kane lo miró abriendo mucho los ojos.

Aiden levantó la mano hacia la camarera para pedirle una *ginger beer*.

—¿Por qué no hablamos de ti y de lo bien que te va en el amor, Ash?

Los hombros de Blake se tensaron muy ligeramente, pero su expresión siguió siendo impasible.

—No. Es mi cumpleaños, este tema me gusta mucho más.

—Eso. ¿Hay algo que no quieres que me cuente, Kane? ¿De qué tienes miedo?

Kane estaba atrapado entre su mejor amigo y su novio, y sus miradas inquisitivas.

—Creo... creo que prefería cuando os llevabais mal —masculló.

Blake bajó la mirada hasta su nueva bebida y curvó una comisura hacia arriba en una sonrisa muy muy pequeñita.



Rain tenía los nervios de punta. Incapaz de quedarse en su habitación, que había comenzado a cerrarse sobre ella, se había marchado a dar vueltas por la Academia sin saber qué hacer exactamente.

Pero necesitaba una distracción. Dejar de desear lo que deseaba. Aquel era su castigo, se había enamorado de la persona equivocada, movida por los motivos equivocados. Tenía a Jun, su cuento de hadas con final feliz, pero había cedido a la tentación de abrir el libro que no tocaba, uno que escondía una historia oscura, de esas que te atrapaba para romperte el corazón en la última página.

Y en el camino había hecho daño a alguien a quien quería. Se merecía sentirse así, llena de quemaduras y con el corazón desgajado.

Subió a la torre observatorio, ni siquiera se había quitado el uniforme y lo llevaba arrugado y desaliñado porque había estado

dando vueltas en la cama y en el suelo, y sacudiéndose como si tuviese arañas en la piel. Ni siquiera había bajado a cenar porque sentía el estómago lleno de nervios y tristeza.

Esperaba encontrar el observatorio vacío, pero Miles Ashford —del Crepúsculo— estaba allí elaborando un mapa estelar. Tenía un telescopio, un sextante y un astrolabio, y tomaba notas con una letra ininteligible mientras consultaba un enorme atlas celeste.

Miles se giró al notar la llegada de Rain.

—Perdona, no sabía que hubiese alguien —dijo ella.

—No pasa nada, puedes quedarte —comentó él, y volvió a concentrarse en su tarea.

Rain dudó, no tenía nada mejor que hacer. En realidad, sí, pero no podía concentrarse, así que se sentó y se puso a contemplar el cielo. Y cuando su cabeza volvió a recorrer el camino hacia Hidden, preguntándose cómo estaría Blake, miró el mapa estelar de Ashford a ver qué ponía.

Había apuntado con una señal la presencia de un posible agujero negro que en el atlas no aparecía. Rain frunció el ceño.

—Este agujero negro... —comentó.

Miles apartó la mirada del telescopio y siguió el dedo de Rain que señalaba en el mapa.

Rain nunca había interactuado demasiado con ese muchacho. Era callado y algo solitario, como si lo que ocurría a su alrededor no fuese con él. Solo le había visto mostrarse interesado en clase de Astronomía. Aunque se pasaba la mayoría del tiempo haciendo preguntas que parecían irritar al profesor Narayana.

—¿Qué? —dijo con curiosidad.

—No está en el atlas.

—Pues debería porque está ahí —señaló.

Rain recordó su examen de Astronomía.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque estas estrellas y nuestro planeta parecen orbitar alrededor de un objeto invisible, que sin duda tiene que ser un agujero negro. Mira, aquí está el gráfico de la velocidad radial de nuestro planeta. Está acelerando y desacelerando de una manera

que solo tiene sentido si estuviera siendo arrastrado por algo con una gravedad increíblemente fuerte.

Rain observó los datos, la astronomía no era su especialidad, pero había algo en lo que decía Miles que encajaba.

—Un agujero negro —murmuró.

—Sí, no uno masivo, más bien uno de los que se forman cuando una estrella colapsa.

—¿Y eso cambiaría algo nuestra comprensión del cosmos? —quiso saber Rain.

Los ojos de Miles se iluminaron. A ella le recordó uno de esos perros felices.

—Lo cambiaría todo —sentenció el chico—. Porque nada tiene sentido entonces. ¿Por qué está ahí? ¿Y por qué no nos ha tragado?

—Lo vi cuando hicimos el examen de Astronomía —confesó Rain. Las cejas de Miles Ashford se elevaron—. Pero el profesor Narayana me dijo que la proyección no era real, que solo la había creado con el fin de que pudiésemos interpretar distintas cosas.

—No me hace caso cuando se lo digo. Por eso estoy reuniendo pruebas.



«Ámame u ódiame, ambos están en mi favor. Si me amas, siempre estaré en tu corazón; si me odias, siempre estaré en tu mente».

SHAKESPEARE





Capítulo 10



Era casi medianoche cuando Rain bajó de la torre observatorio hacia su habitación. La Academia era un cúmulo de sombras y susurros. A través de las ventanas empañadas por el frío se veían ligeros copos de nieve mecerse con el viento.

Había dejado a Miles Ashford ocupado con su mapa estelar. Ella tenía demasiadas cosas en las que pensar, tantas que había empezado a dolerle la cabeza.

Se sentía algo estúpida y frustrada. Tenía un montón de piezas y cada vez que creía haber juntado algunas descubría que el puzle era mucho más grande de lo que pensaba y que la imagen no era la que había creído ver en un principio. Era algo difuso, una forma indefinida y distorsionada que no conseguía enfocar.

Sentía que se le escapaban detalles, que no era capaz de comprenderlo del todo. A lo mejor no era tan lista como se creía, a lo mejor tenía sus capacidades en demasiada estima, y ahora comenzaba a darse cuenta de que no era la persona extraordinaria que siempre había creído.

Y, por los remolinos, cómo escocía. Se frotó los ojos. Rain vendería su alma a cambio de ser extraordinaria. Sacrificaría sus relaciones, daría su puñetero corazón, la posibilidad de amar y de que la

amasen, todo a cambio de ser la mejor bruja. Era un sueño, un hambre poderosa que habitaba en sus entrañas.

Si conseguía ser la mejor sería feliz, se decía. Tendría el éxito que siempre había deseado y estaría ahí; la primera. No se sentiría jamás insatisfecha, ni celosa, ni insegura porque tendría la certeza de que nadie estaba por encima de ella, de que lo sabía todo. Y eso le daría paz. Y la paz la dejaría descansar por fin.

Su cabeza sería un lugar silencioso...

Al imaginarlo sintió sus músculos relajarse, volverse líquidos y le pesó todo el cuerpo. Parpadeó, le escocían los ojos. ¿Cómo se puede sentir la pérdida de algo que no has tenido?

Levantó la mirada del suelo y se encontró con Blake, que frenó como si hubiese visto un fantasma. El corazón le saltó a la garganta y le latió desbocado.

Los ojos de Blake parecían casi negros y, cuando les daba la luz de las lámparas, se encendía en ellos la ilusión de unas llamas que luego desaparecían. Como si reflejasen un fuego que no existía.

Los labios de Rain se separaron como si quisiese decir algo, aunque no estaba segura de qué. Las manos se le cerraron en puños tratando de mitigar el hormigueo que sacudía sus palmas.

Había algo roto y triste en la mirada de Blake que la recorrió. También cierto anhelo, como si una mano áspera le acariciase la piel.

Rain sintió que se le rompía el corazón y que se ahogaba al mismo tiempo.

—Mierda —susurró con un hilo de voz.

La boca de Blake se torció en una mueca y en sus ojos hubo un estallido de dolor momentáneo.

—¿Tanto me odias? —repuso Blake arrastrando ligeramente las palabras, y Rain se dio cuenta de que había bebido.

Rain sintió la necesidad de abrazarse. Como si necesitase recogerse para no desmoronarse.

—No —murmuró ella.

El pecho de Blake se hinchó con una bocanada.

—Yo a ti sí que te odio.

Rain se tambaleó sobre los talones, como si la hubiese abofeteado. Blake tenía esa mirada que al principio la había hecho sentir intimidada y asustada, y que luego le había erizado el vello y le había quitado el aliento. La hacía desear cosas... cosas que no debería. Esa mirada que a veces la perseguía en sueños y la despertaba con el corazón acelerado y el cuerpo cubierto de sudor, y los nervios de punta anudados en el vientre...

—A veces de verdad, de verdad que quiero que desaparezcas —siguió Blake con la voz pastosa y grave. Sus ojos parecían afligidos.

A Rain le tembló ligeramente el labio y se sintió fría, desnuda y pequeña.

—Pero otras veces... —siguió él.

—¿Otras veces qué? —La voz de Rain se astilló como una rama, avergonzada, triste, angustiada.

Los brazos de Blake temblaron ligeramente y un músculo en su mandíbula dio un tirón. La línea de su mentón estaba tensa, afilada como la hoja de un cuchillo. Y negó. Su expresión se volvió inescrutable, impersonal, despojada de toda humanidad.

—Deberías esforzarte más en evitarme, chica Amanecer. Verte me hace sentir enfermo, solo eso —espetó.

Pasó por su lado y se desvió hacia el pasillo que llevaba a la torre del Crepúsculo.

Rain quiso llorar, pero las lágrimas no cayeron. ¿Qué sentido tenía cuando no había nada para consolarla?

En ocasiones veía a Blake como un depredador que, astuto, se acercaba a ella, su presa, para cazarla. Y ella era demasiado ingenua, demasiado estúpida para no caer en la trampa. Pero otras veces... Otras veces se veía a sí misma como ese depredador que olfatea un rastro y que es incapaz de dejarlo ir...

Aunque se pierda en la espesura del bosque, aunque esté exhausto y sediento y hambriento... Aunque sienta que desfallece, lo sigue igualmente. Incluso, aunque sepa que hacerlo acabará matándolo, lo sigue.

Llegó a su habitación con el cuerpo entumecido. Las extremidades dormidas, insensibles. Rebuscó entre su pila de libros, sacó *La*

Rueda de las Sombras y pasó las páginas de forma compulsiva hasta que dio con el ritual que buscaba.

Ya había caído, qué importaba hacerlo un poco más.

Se miró la palma de la mano con decisión. Todavía sentía la sangre correrle deprisa, espesa. Tiró de uno de los cajones del escritorio y sacó un frasquito pequeño. Debía de tener un cuarzo blanco por allí... Abrió una cajita con algunas piedras y lo sacó. Era muy pequeño pero serviría.

Encendió una única vela blanca y apagó las lámparas. La oscuridad era casi absoluta. La llama anaranjada de la vela se reflejaba en el rostro de Rain deformando sus facciones desde abajo. Sus dedos se movieron alrededor del fuego sacudiéndolo mientras su aura rojiza se proyectaba.

Por detrás veía los ojos de Tinieblas, con su intensa mirada.

Extendió la mano izquierda, agarró su *athame* y se cortó la palma dejando que las gotas de sangre cayesen en el frasco. Algo brilló, pequeñas partículas de su propia alma derramándose.

Recitó el hechizo de memoria tal cual lo había leído en lengua antigua.

«Anam tariam custodia. Urma aighe. Anamam duit ar do shonsa». Esperó haberlo pronunciado como se debía.

La sangre se cristalizó sobre el cuarzo blanco y Rain se sintió agotada de pronto. Algo inestable. Se rascó el pecho con la mano derecha. Había algo frío colándose en sus venas y bombeando por su cuerpo. Vacío.



—El alma es un concepto muy abstracto, por eso tendemos a no valorarla como se merece. Pero es la base de todo ser, es nuestra esencia. Y como la infravaloramos, jugamos con ella, con su peso y su forma y la mutilamos y la usamos como moneda de cambio. Hasta que queda irreconocible, y así quedamos nosotros.

»Cada uno pelea con las herramientas que tiene. El dinero, la influencia sobre los demás, la fuerza o el conocimiento son limitados.

Es lo que nos hace humanos, que no quiere decir que tengamos humanidad. Pero hay quien desea más; más de lo que se puede poseer naturalmente o de lo que se nos ha dado al nacer. Y en ese anhelo se origina todo. Anhelo de poder, de un poder que no está a nuestro alcance. El querer acercarnos todo lo posible a los dioses.

»La mayoría de las personas que han cometido grandes crímenes creían estar haciendo lo correcto desde un punto de vista egoísta. Y no hay forma de convencerlas de lo contrario. Ya no son las que eran al empezar a coquetear con las artes más oscuras. Su deseo supera su humanidad. —El profesor Irk miró a sus alumnos con una media sonrisa—. Hay libros y manuales de hechizos que están o prohibidos o al margen del Consejo por doquier. Y no dudo de que, si los buscan, los encontrarán. Así que, si es tan sencillo, ¿cómo conseguimos como sociedad mantener a raya nuestro poder?

—Porque hay una serie de normas con las que nacemos ya implícitas. Evolucionamos todos juntos, no de forma homogénea, pero bastante. Y crecemos viendo lo que está bien y está mal, por lo que, de modo subconsciente, nos ajustamos a ello —respondió Manon.

—Nadie quiere ser un monstruo. Todos queremos encajar, por eso nos amoldamos. Hay que ser muy valiente para ser un monstruo —respondió el profesor.

—O que tu ambición sea demasiado grande —apostilló Alberta Novak.

Alan Irk sonrió ampliamente.

—Se puede ser ambicioso y cobarde...

—Y hacer de otros un monstruo para esconderse detrás de estos —susurró Rain.

Aiden la había acompañado durante las comidas y las cenas esos días, aunque a veces lo veía mirar la mesa donde se sentaba Kane —junto a Blake— con tristeza. Ella se había propuesto cumplir lo que Blake le había pedido y evitarlo todo lo posible.

Obligaba a sus ojos a apartarse. Obligaba a su cabeza a esquivar cualquier pensamiento sobre él. Ojalá hubiese podido obligar a sus emociones a desaparecer...

Pero no era tan simple.

Cada vez Blake parecía más distante, más frío, más lejos de su alcance. «Te odio», las palabras cortaban como cuchillas dentro de su cuerpo. ¿Por qué no podía sentir ella también lo mismo? Habría sido más sencillo.

Aunque, en ocasiones, él se lo ponía fácil. Cuando lo veía hablar con otras personas, cuando oía historias de él susurradas en el comedor o en los pasillos.

—Una chica de segundo lo vio volviendo casi al alba a la Academia. Dicen que, si bajas cualquier noche a Hidden, está allí de fiesta, cada día con alguien distinto.

Desde el incidente con Jun, sus compañeros del Crepúsculo parecían idolatrarlo. Ya no era el hijo de Ambrose Blake, era víctima de un compañero del Amanecer y no hay nada que le guste más a la gente que una víctima con la que simpatizar.

Y Kane se había asegurado de manifestar lo injusto que era que no hubiesen expulsado permanentemente a Jun.

Oh, las injusticias, cómo unían, casi tanto como tener un enemigo común al que derribar.

—Intentó matarlo, está loco. Es peligroso.

—Y Blake ni siquiera lo atacó de vuelta. Y eso que siempre han dicho que era un psicópata como su padre.

—Lo han juzgado demasiado deprisa.

Los celos y la rabia eran fáciles de transformar en odio. Rain podía manejarse mucho mejor con esas emociones.



—Kane —lo llamó Rain—. ¿Puedo pedirte un favor?

Él le dedicó una sonrisa amable.

—Claro.

A Rain le quemaba el anillo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta; lo cogió y apretó. Los bordes se le clavaron en la palma haciéndole daño. Sentir el dolor la calmó, como si reafirmase su decisión.

—¿Puedes entregarle esto a Blake? Quería darle un regalo por su cumpleaños...

Kane estrechó los ojos.

—¿Y por qué me pides que se lo dé yo?

—Por favor, solo quiero que lo tenga. Él me hizo un regalo por mi cumpleaños y yo... —Kane se fijó en que la mano de Rain temblaba —. Es lo último, para que estemos en paz. Es lo último —repitió—. Si no lo quiere...

Aquella opción la hizo sentir algo estúpida y humillada. A lo mejor estaba proyectando, a lo mejor solo estaba quedando en ridículo. Porque sí, ella se había enamorado de él en contra de su buen juicio, pero eso no quería decir que ella le importase a Blake lo suficiente como para aceptar su regalo.

«Pero él se acordó de tu cumpleaños y te dio algo», se recordó al mismo tiempo que pensaba en que Blake no hacía nada por casualidad. Le tendió el anillo a Kane con insistencia antes de arrepentirse del todo.

Kane lo cogió. Era un sello plateado con una piedra rojiza que casi parecía latir. Supo al instante que tenía algún tipo de magia dentro y que, por lo tanto, era valioso.

—Gracias —dijo ella con un hilo de voz, y se marchó.



«¿Qué carcelero es más inexorable que uno mismo?».
NATHANIEL HAWTHORNE





Capítulo 11



Aiden estaba apoyado en una columna leyendo un libro mientras esperaba a que Kane saliese de su clase de Magia del Caos, cuando un chico del Crepúsculo se le acercó. Unos metros más atrás, Kane charlaba animadamente con Blake.

—¿Has visto cómo le gusta ponerse solemne a mi padre? —comentó riendo—. Cuando vivía en casa lo oía en su despacho prepararse las clases poniendo esa voz.

—¿En serio? Yo solo recuerdo esa vez que un chico le quemó las cejas en un examen y tu madre intentó que le crecieran tan deprisa que acabó teniendo una uniceja poblada.

A Kane le dio un ataque de risa al recordarlo y se apoyó en el hombro de Blake. De pronto, reparó en Aiden y la sonrisa se le congeló.

Miles Ashford con su pelo rubio cortado casi al rape y los ojos verdes rodeados de espesas pestañas oscuras estaba hablando con él. Tenía las mangas de la camisa remangadas dejando a la vista sus antebrazos, no musculados, pero sí fibrosos.

Kane frunció el ceño. Ashford era un solitario que prácticamente no hablaba con nadie, casi ni con su hermana, que estaba en segundo. Así que no tenía ninguna clase de sentido que estuviese allí observando a su novio con una sonrisa radiante.

Y todavía tenía menos sentido que Aiden estuviese dándole conversación, teniendo en cuenta que odiaba a la gente nueva, y que en los meses que llevaban en la Academia, Kane solo lo había visto interactuar con las mismas tres personas: Jun, Rain y él mismo.

Miles le puso una mano en el hombro a Aiden y le dijo algo antes de marcharse con paso jovial.

Kane se tensó.

—¿Qué cojones...? —murmuró.

—¿Estás celoso? —se burló Blake.

Kane fue hacia Aiden con paso apresurado, ignorándolo.

—¿Qué quería? —le preguntó, pasándole un brazo por los hombros a su novio y pegándolo a su pecho.

Blake puso los ojos en blanco y aguantó una carcajada.

Aiden miró en la dirección en que se había ido Miles.

—Me ha preguntado por Rain —comentó.

Los ojos de Kane se iluminaron y se relajó.

—Ah, así que no estaba ligando contigo.

Las mejillas de Aiden enrojecieron.

—Claro que no. ¿Por qué iba a ligar conmigo? —se quejó.

—Porque eres adorable, por supuesto.

—Pero qué dices —dijo empujando a Kane, que seguía abrazándolo—. Es un tío rarísimo y no entiendo de qué lo conoce Rain.

Esta vez fue el turno de Blake de mostrarse contrariado. Ya no parecía tan divertido con la situación. Frunció el ceño y su rostro adoptó una expresión siniestra.

—¿Qué te ha dicho?

—Que necesitaba hablar con ella, parecía superexaltado. Me ha dicho que era muy importante.

Blake se metió las manos en los bolsillos. Ahí estaba esa mirada que a Aiden le ponía los pelos de punta.

—¿Y dónde está, Lee? —preguntó con un tono afilado.

—Con Jun. Quería ir a buscarlo a la estación de tren.

Durante una milésima de segundo los ojos de Blake parecieron desconsolados.

Más tarde, en su habitación, Kane le daba vueltas al anillo que Rain le había entregado para él. Todavía no había decidido qué hacer. Blake parecía mejor y había sido su decisión alejarse de ella, que además estaba saliendo con Jeong. Darle aquello era como abrir una herida. Y Kane solo deseaba que Blake dejase de sentirse torturado y fuese feliz; todo lo feliz que podía ser alguien con tantos demonios.

—Pensaba que querías alejarte de ella —dijo Kane, observando cómo su amigo miraba fijamente por la ventana.

—¿De qué estás hablando?

—Puedo ver su nombre dando vueltas por tu cabeza, Ash.

Como estaba de perfil solo pudo ver cómo se le movían los músculos del mentón y la nuez tensa. Allá donde Rain estuviese en una habitación iban los ojos de Blake, como si fuese un planeta orbitando alrededor del Sol. Como si la gravedad tirase de él.

Lo veía tensarse cuando oía su voz, seguir cada uno de sus movimientos, estudiarla como si fuese algo fascinante, único y extraño. Como si fuese algo delicado que no podía tocar y a la vez anhelase con todas sus fuerzas.

—Es una obsesión —sentenció Kane.

La forma en la que Blake amaba las cosas lo era.

—Es más que eso. —Su voz sonó áspera, casi afónica.

—Entonces, ¿por qué te has puesto a ti mismo en esta posición?

—Porque no quiero tomar las mismas malas decisiones que tomó mi padre.

Kane hizo un sonido irritado.

—Tu padre os quería. Te quería, Ash.

—Pero no nos eligió —dijo él, girándose y mirando a su mejor amigo—. Y su elección nos ha llevado hasta aquí. Si he aprendido algo de él y nuestra tragedia, es que no deberías obligar a nadie a acompañarte en el camino hacia la destrucción.

Kane le dio un golpe a la cama enfadado.

—¡Pues no elijas ese puñetero camino! —exclamó, como si fuese evidente.

—No puedo. El único motivo que tengo para vivir es ese.

Blake y sus obsesiones...

—Encuentra otros. Encuentra algo que te haga sentir afortunado de estar vivo y que te haga querer seguir estándolo —medio gritó, medio gruñó Kane.

Blake lo miró. Quería a Kane y a los señores Diop, y a veces lo único que le pesaba, que le hacía sentir remordimientos, era que algo les pasase a ellos. Pero sabía que incluso si él desaparecía Kane sería feliz, era una de esas personas a las que la felicidad y la alegría las encuentra fácilmente.

Y Aiden había comenzado a caerle lo suficientemente bien para desear que ambos siguiesen juntos y tuviesen una vida larga y aburrida llena de amor e hijos y esas cosas que a Kane siempre le habían gustado.

Pero ese no era él. Blake nunca había deseado algo así y no podía apagar su sed de venganza. No se veía a sí mismo haciéndose mayor, era una imagen que no se formaba en su cabeza. Desde hacía mucho tiempo había tenido claro que su final estaba cerca. Es lo que pasa con las tragedias.

«Los pecados del padre recaerán sobre los hijos», recitó para sí mismo.

Kane le puso el anillo de Rain en la palma a Blake.

—Ella me lo dio para ti, por tu cumpleaños. Me dijo que era lo último y que estaríais en paz.

El pecho de Blake dio una sacudida mientras una pequeña grieta comenzaba a expandirse por él. Sonaba a despedida.



Los ojos de Jun estaban apagados, había algo esencial en ellos que faltaba. Rain conocía lo que eran las posesiones, era una práctica absolutamente prohibida por el Consejo, pero había leído sobre ellas y sobre algunos brujos y brujas que las habían practicado. Poseer a otra persona hasta anularle la voluntad y que dejase de ser él o ella para ser un recipiente, un contenedor de otra cosa.

Cuando había leído sobre el tema se había preguntado cómo es que los demás no se habían dado cuenta de que no eran ellos

mismos; las personas que los conocían y querían, debían de saberlo, debían de notar algo, ¿no?

Pues algo así sintió al ver a Jun, como si fuese él y a la vez no, como si algo esencial en él faltase.

—Jun —le dijo al llegar a su habitación—. ¿Estás bien?

Él se giró y la miró como si acabase de notar que ella estaba allí y por fin su expresión se dulcificó.

Llevó una mano hasta la nuca de Rain y se inclinó para besarla con cierta torpeza. Hubo un momento de duda en el que el subconsciente de Rain casi lo empujó. Esa parte que no controlaba y que era irracional y funcionaba por impulsos quiso apartarlo.

—Me quieres —susurró Jun.

A Rain le partió un poco el corazón la necesidad que había oculta en sus palabras.

—Sí.

—¿Confías en mí? —le preguntó, agarrándole el rostro con ambas manos.

—Claro que sí.

—Aunque las cosas se pongan mal, aunque todo se desmorone, tenerte a mi lado hace que todo sea más fácil. ¿Sabes? Cuando perdía un duelo y mis padres y el entrenador me miraban con cierta decepción, siempre esperaba a verte a ti, porque sabía que tú no lo harías. Que tú me sonreirías y me dirías que había sido...

—«El fallo necesario para vencer en el momento clave» —terminó ella por él sonriendo.

—Eres mi lugar seguro, Rainy. La única persona que me quiere incondicionalmente.

Rain notó cómo le picaban lágrimas en los ojos y asintió. Jun podía ser el suyo de nuevo, solo necesitaba tiempo. Sacaría a Blake de su sistema y todo volvería a la normalidad, como debía ser. Estaría a su lado, se resarciría por lo del colgante y lo haría feliz. Y eventualmente ella se sentiría feliz también y llena y completa y no como si le faltase una parte esencial o estuviese vacía y algo rota.

Jun volvió a besarla con más urgencia, con más pasión, y saboreó las lágrimas de Rain. La notó temblar en sus manos.

—¿Qué te pasa?

Rain negó. ¿Por qué lloraba? ¿Por qué se traicionaba de esa manera? Se enfadó consigo misma. Era lo que deseaba, lo que quería.

—Te he echado de menos y estaba preocupada y...

Jun la llevó hasta la cama, donde la hizo sentarse y la abrazó acariciándole la espalda. Sus dedos se colaron por debajo de la camisa del uniforme rozándole la piel de la cadera. A Rain se le cortó la respiración y él lo interpretó como una señal favorable.

Jun se inclinó sobre ella, su boca enredándose con la suya en un beso más profundo, mientras su mano subía despacio por su cintura, deslizándose por la curva de las costillas hasta rozar el contorno del pecho.

—Dioses, Rain, no sabes la de veces que he querido...

Ella notaba el corazón latirle en los oídos. Se sentía fuera de su cuerpo. El deseo se anudó en su vientre. Lo había imaginado tantas veces..., incluso lo había soñado alguna vez. Cogió el borde de la sudadera de Jun y tiró para sacársela al mismo tiempo que su camiseta.

El aliento se le atascó en la garganta mientras contemplaba su torso desnudo. No es que fuese la primera vez que lo veía, pero ahora era distinto; más íntimo. Y entonces sus recuerdos la llevaron a otra habitación, a otro torso, uno que tenía una serpiente y una mariposa tatuadas y cuyas curvas y valles eran distintos.

El anhelo hizo que se le curvasen los dedos de los pies y se le cerrasen los de las manos en torno a la colcha. Por los remolinos, era como si alguien hubiese agarrado un trozo de su corazón y estuviese tirando de él con fuerza para arrancárselo.

Jun le desabotonó la camisa y su boca bajó para besarle la barriga.

—Joder, Rain —oyó que murmuraba.

Y ella estaba allí paralizada mientras su cabeza corría a toda velocidad y el mundo se tornaba rojo y negro, y el aire era fuego, y ella no podía respirar.

Jun deslizó los dedos por su abdomen, siguiendo el recorrido de sus besos, hasta detenerse en el borde de la falda.

Rain sintió el roce de su pulgar en la piel expuesta de su cadera.

—He deseado tantas veces hacer esto... —susurró Jun.

Los botones cedieron bajo sus dedos. Uno. Luego otro.

Rain sintió el frescor del aire en su piel cuando la tela comenzó a aflojarse.

El aliento de Jun era cálido contra su clavícula mientras sus labios volvían a recorrerle el cuello, el hombro..., descendiendo con un ritmo lento.

Ella se aferró a él tratando de anclarse a la realidad.

Jun tiró de su falda y la deslizó por sus piernas, y ella sintió que un escalofrío la recorría de punta a punta...

La puerta de la habitación se abrió de pronto, y apareció Aiden, que chilló como si le fuese la vida en ello:

—¡Pero qué narices...! —El alarido fue tan fuerte que probablemente todos los perros y lobos de los alrededores se pusieron a aullar.

Jun se incorporó y Rain se cubrió aturullada y avergonzada, mientras Aiden seguía gritando fuera de sí:

—Necesitaré un lavado de cerebro. Os odio, os odio, ya no sois mis amigos. Os odio...

Rain comenzó a reírse. Se tapó la cara con las manos mientras se encogía sobre sí misma y notaba cómo lloraba al mismo tiempo que reía.



«Un hombre puede ser destruido, pero no derrotado».
HEMINGWAY





Capítulo 12



Blake le daba vueltas al anillo en el dedo anular de la mano derecha. Abajo, en el patio, Jun Jeong se inclinaba sobre Rain para darle un beso rápido en la sien. Volvió a girar el anillo y se puso de espaldas a la ventana.

Tenía que entrar en los túneles y darse prisa. Empezaban a oírse rumores de que una de las sabias estaba enferma, lo que propiciaría movimientos importantes en las órdenes. El momento ideal para dar un golpe de gracia al sistema porque estarían débiles.

Las disputas de poder se alargaban y sacaban a las ratas más traicioneras de sus madrigueras. Se sembraba la desconfianza y el caos se esparcía como una sombra lenta. Estaba seguro de que quienes estuviesen detrás del culto Ereshkigal y los túneles estaban esperando ese momento para hacer su jugada maestra.

Así que necesitaba encontrar el libro.

Volvió a echar un vistazo por la ventana. Rain parecía estar explicándole algo a Jeong mientras movía las manos y gesticulaba entusiasmada. Giró sobre sí misma quedando de cara al castillo y Blake se apresuró a apartarse.

Lo que sentía por Rain era un veneno lento que tomaba a sorbos, saboreando la agonía en cada gota.

No se consideraba a sí mismo una persona ingenua, pero lo había sido al subestimar el poder de los celos. La ira ardiente y la desazón que provocaban. La furia y el desconsuelo. Dos manos tomando sus costillas y abriéndolas de par en par, sus huesos partiéndose para dejar paso a un interior crudo, desgarrado. Era una tortura lenta y sanguinaria verla con él.

Unos días atrás, en clase de Entrenamiento, ella había cruzado la mirada con él y sus ojos marrones habían bajado hasta sus manos para buscar el anillo. El rostro de Rain se había iluminado como la primavera. Ahí estaba la chica dulce, buena y llena de ilusión que había conocido a principios de curso. La Rain que había ido desapareciendo poco a poco conforme pasaba más tiempo en ese basurero que era la Academia.

Y Blake sabía que él tenía parte de culpa. Había deseado atraerla hacia él. Primero porque le era útil, porque a Jeong le molestaba, y él quería destruirlo, y luego... porque ella era luz, y él, un agujero negro.

Porque Rain era delicada e ingenua en apariencia, pero afilada y astuta en su interior, y eso lo había desarmado. Porque era ambiciosa y tenía un lado oscuro que camuflaba aquella apariencia de chica buena.

Y él se había obsesionado con la idea de penetrar en cada capa, de conquistar cada uno de sus pensamientos.

Rain había dado un paso hacia él sin darse cuenta. Sus labios se habían separado como si se estuviese preparando para decirle algo, y Blake no lo había soportado. Estaba harto de odiarla, de consumirse en esa emoción y de que después ella hiciese cualquier cosa y sus cimientos se tambaleasen, y toda su resolución de apartarse se esfumase.

Lo único que conseguía era abrir más y más una herida que ya sangraba.

—Blake —había murmurado con un hilo de voz y los ojos brillando, habría jurado que con esperanza o ilusión.

—Veo que te lo estás pasando muy bien jugando a las casitas con Jeong. Me alegro de que hayas conseguido a tu príncipe de cuento. —Su tono había sido frío y afilado; burlón y cortante como un cristal

—. Supongo que no importa lo que seas mientras luzcas como lo que quieres ser, ¿no?

Rain se había estremecido y él se había apartado. Oyendo cómo se le entrecortaba la respiración a ella.

Saber que tenía el poder de hacerle daño no lo consoló tanto como había imaginado.



Esa noche, después de una pesadilla que le había dejado los pelos de punta, se escabulló de su habitación pensando en ir al aula de música. Estaba cansado, más que eso, estaba agotado.

Se frotó los ojos. Lo había intentado todo para dormir. Entrenar por las tardes hasta acabar exhausto, hasta sentir los músculos triturados. Tocar el piano, algo que siempre lo había distraído lo suficiente para ser capaz de apagar su cabeza. Prepararse pócimas de sueño...

Puso un pie en la escalera que subía a la segunda planta y se lo pensó mejor. No. Nada de lo que estaba haciendo funcionaba.

—Te estás consumiendo —le había dicho Kane.

Sí, y ya era hora de ponerle remedio.

Cambió de dirección y bajó hasta el vestíbulo. El castillo siempre parecía cobrar vida por la noche, casi podía sentir las paredes respirar, las sombras moverse, el aire ondular.

Al principio vagó sin un rumbo fijo. Pensó en salir al patio, esa noche no nevaba, aunque había una capa fina de nieve cubriendo el césped. Quizá podría ir hasta el lago y quizá... No, no quería cometer más errores. No entraría sin tener un plan, esta vez sería la definitiva.

Bajó por la escalera este del castillo y le pareció ver movimiento. Un abrigo o una capa que había ondulado al final de un pasillo, perdiéndose en el siguiente.

Sus ojos se estrecharon mientras en su cabeza saltaban las alarmas. Estaban cerca del grabado que Rain creía que era la otra

entrada a los túneles. Donde sospechaba que Maya García había desaparecido.

Pronunció un hechizo de silencio y se movió despacio. La persona que caminaba unos diez metros por delante de él giró la cabeza y Blake se apresuró a esconderse tras un pilar. Algo en su movimiento le resultó familiar, como si ya lo hubiese visto antes.

Después de lo de la profesora Kêt, esperaba encontrarse a cualquiera. Incluso a algún alumno. La excitación y la adrenalina comenzaron a bombear por su cuerpo. Esto, justo esto, era lo que necesitaba esa noche.

Dio gracias a los remolinos por haberle conducido a ese lugar.

Salió de detrás del pilar y siguió caminando. Ya estaban en el pasillo del grabado, así que intentó ocultarse en las sombras que formaban las lámparas.

La persona se paró frente a la pared estudiándola. Blake se dio cuenta de que no parecía saber cómo abrirla; si es que se podía. Aunque no debía de ser casualidad que hubiese acabado ahí.

En el silencio de la noche se habría podido oír una aguja caer al suelo, por lo que el estrépito de la piedra del mural desplazándose los pilló desprevenidos. Blake murmuró una palabrota entre dientes mientras se apresuraba a correr hacia las escaleras y subir a la primera planta.

El corazón le bombeaba deprisa. Rain tenía razón, sí que era una puerta a los túneles. Y alguien la estaba utilizando en ese momento para salir... ¿Quizá alguien que había quedado con la persona que estaba parada delante?

Blake pensó en la posible ruta que podían seguir. Si eran profesores lo más normal es que se marchasen a Hidden, dado que la gran mayoría vivía allí. Si eran alumnos, hacia las torres. La escalera del vestíbulo era una buena opción tanto para ver a los que se marchaban por la puerta principal como a los que subían hacia la primera planta, pero era la ruta más evidente y la que quizá evitasen.

También podían salir por la puerta de ese mismo pasillo que daba a los jardines. Podría esperarlos oculto fuera, pero, si iba hacia allí, perdería todas las demás opciones.

Se pasó una mano por la frente mientras pensaba. El grabado estaba muy bien ubicado, ese pasillo era demasiado largo para esconderse en las esquinas y espiar. Tenía una puerta de salida cerca y...

Una figura se acercó por el corredor principal hacia Blake. Parpadeó porque durante un momento le pareció estar soñando. Un hombre de nariz aguileña y facciones afiladas caminaba en su dirección. Tenía el pelo recogido en una coleta y una curiosa cicatriz en la nariz.

Blake pensó que estaba teniendo un extraño *déjà vu*. Se tensó.

—No debería andar por los pasillos a estas horas de la noche, señor Blake —dijo el hombre cuando se cruzó con él.

Y entonces los recuerdos fluyeron como una espiral. La bajada de un tobogán. El vórtice de un tornado. El sonido de su voz, la cicatriz, la nube de pelo oscuro...

—Tú... —susurró Blake.

El profesor Irk se giró sonriente.

—Pensaba que no me reconocería —comentó, al tiempo que lo golpeaba en el estómago y lo mandaba volando por el pasillo.

Blake dio unas cuantas vueltas hasta que logró enderezarse y frenar colocándose en posición erguida. Los puños se le cerraron mientras la rabia le calentaba la sangre.

Era el tipo que se había colado en casa de sus padres. El que había intentado matarlo. «Y lo habría conseguido», le dijo una voz, si no hubiese sido por Rain y Kane.

—Es el nuevo profesor de Magia del Orden —adivinó Blake.

No había coincidido con él hasta ese momento dado que no cursaba su asignatura, pero había oído que era alguien excéntrico y que emocionaba a la vez que intimidaba a sus alumnos.

—Una pena que no asista a mis clases. Y yo que pensaba que había hecho un buen trabajo —se lamentó, sacudiendo la cabeza.

—Es algo extraño que un profesor de la Academia intente matar a un alumno.

Esta vez Blake iba preparado, no había vuelto a dejar su habitación sin ir armado. Se sacó una daga de la parte interna de la

chaqueta. La luz blanquecina de la luna, que entraba por las ventanas del patio principal, se reflejó sobre la hoja.

—Tiene razón. También es extraño que un alumno se dedique a buscar libros del Otro Lado junto a una compañera. O que maten a una profesora...

El rostro de Blake palideció tanto que rivalizó con las estatuas del corredor. Su sangre se transformó en hielo y el miedo le zumbó por todo el cuerpo.

«Rain, no», pensó. Apretó el agarre alrededor del mango de la daga.

No le importaba lo que le ocurriese a él, o que supiesen lo que estaba haciendo, pero no podía permitir que esto salpicase a Rain.

Tragó. Aquello era lo que temía, que su venganza arrastrase a otros y que ellos pasasen a ser el objetivo. Por eso se había esforzado tanto por mantener a Kane alejado de todo lo que hacía.

Y por eso había intentado alejarse de Rain después de aquella noche.

Ella había llamado a Jun en sueños mientras dormían en su apartamento y se había dado cuenta por primera vez del alcance de sus sentimientos. Porque oírlo le había dolido, y porque las cosas entre ellos cada vez se volvían más serias, más íntimas.

Y al igual que intentaba proteger a Kane de toda la oscuridad que rodeaba su vida, también quería hacerlo con ella.

«Demasiado tarde», pensó mientras miraba a Alan Irk.

Blake rio.

—Siempre está bien buscarte pardillos que te hagan el trabajo sucio.

—¿Es eso la señorita Lee para usted?

A Blake se le daba bien fingir. Después de lo de su padre, cuando había vuelto al instituto, había actuado como si todo fuese normal, como si siguiese sintiéndose una persona con un corazón, capaz de respirar, tener conversaciones, reír y experimentar emociones más allá de la rabia y el odio. Aquella capacidad era la única que le había salvado de no caer destrozado por toda la mierda que el mundo se estaba empeñando en verter sobre su padre.

Él habría optado por darles a todos una paliza. Alguna había habido. Pero Kane, sabiamente, le había aconsejado que eso solo empeoraría las cosas. Aunque Blake era muy bueno encontrando a la gente en lugares recónditos y no dejando pistas.

Aun así, su fachada de indiferencia, casi de desagrado en lo referente a Rain no fue del todo creíble. El pulso le latía demasiado deprisa y sus dedos apretaban con demasiada fuerza la daga, e Irk era demasiado perspicaz para pasarlo por alto.

«Tengo que matarlo», se dijo. Si él sabía que Rain estaba involucrada en la muerte de Kêt, entonces no le quedaba otra.

—Rain es una empollona a la que me fue fácil manipular.

Irk parecía relajado, aunque Blake sabía que estaba midiéndole, pendiente de cada uno de sus pequeñísimos movimientos, del tempo de su respiración, de la tensión de su cuerpo.

—Yo pensaba que más bien había sido al contrario. La subestima.

Blake pronunció un hechizo de lazo y lo lanzó contra Irk que hábilmente lo esquivó, algo que él ya había previsto, y moviéndose deprisa, más de lo que humanamente era posible, lo atacó con la daga y le cortó en el hombro.

Alan Irk hizo una mueca, y casi al mismo tiempo que Blake lo apuñalaba, se echó hacia atrás y le asestó un puñetazo en las costillas.

—No ha aprendido usted de la vez anterior... Y yo no suelo dar segundas oportunidades.

Blake le dio una patada que borró durante un segundo la expresión apacible del profesor y cargó de nuevo con la daga.

Irk esquivaba con maestría e incluso le daba tiempo a golpear a Blake. Era como si bailasen una extraña danza, tan deprisa que al ojo de una persona común habrían sido solo dos imágenes difusas.

La mano de Irk se cerró en torno a la garganta de Blake y lo levantó para coger impulso y lanzarlo contra el suelo. Blake notó que el aturdimiento del golpe lo cegaba durante unos segundos y se sintió mareado.

Alan Irk le pisó la muñeca para que soltase la daga. Blake gruñó de dolor mientras envolvía su puño con un hechizo repeledor y golpeaba al profesor en la espinilla.

El crac de su tibia resonó en el pasillo.

Irk ahogó un grito de dolor y por fin su cara dejó de tener esa expresión relajada y alegre.

Blake se puso de pie tambaleándose. Y sonrió con los ojos muertos.

Avanzó hasta Irk y lo apuñaló en el costado. Lo agarró del hombro mientras mantenía el cuchillo dentro y lo miró a los ojos. La sangre le empapó la mano, pero ni se inmutó.

—A mí tampoco me gusta dar segundas oportunidades.

Los ojos de Irk se abrieron exageradamente y su cicatriz casi pareció brillar. Blake sacó la daga con un cierto esfuerzo y dio un paso atrás, a la vez que Alan Irk se desplomaba, al doblársele la rodilla.

La sangre goteó sobre la piedra del suelo.

—¿Blake? —dijo una voz temblorosa y asustada a su espalda.



«Si no puedes vencer, engaña».
ANÓNIMO





Capítulo 13



Blake sintió la quietud del pasillo; hasta el aire parecía haberse detenido. Lo único que se aceleró fue su respiración, ascendiendo en una escalada hacia el pánico. Jadeando, se giró despacio, muy despacio, contagiado por el inmovilismo a su alrededor.

Sintió un acceso de náuseas que casi lo dobló por la mitad.

Rain estaba al otro lado del corredor. Su expresión era una mezcla de miedo y repulsión. Sus ojos castaños bajaron hasta la mano cubierta de sangre de Blake y dio un paso hacia atrás.

—¿Qué has hecho? —gimió ella.

—Rain —susurró él, incapaz de soportar que lo mirase como si estuviese viendo a un monstruo.

Avanzó un paso hacia ella, pero se detuvo al ver cómo retrocedía, sus labios tensos, su cuerpo encogido como si fuera una presa ante un depredador. Como si tuviese miedo de él. Blake tragó saliva.

—Yo nunca te haría... —Las palabras llenas de agonía murieron en su garganta apretada.

Sus dedos se cerraron con más fuerza en torno a la daga y trató de avanzar hacia ella de nuevo. Rain se estremeció asustada. Pensaba que iba a atacarla, que podía herirla.

El desprecio que Blake sintió por sí mismo cayó a plomo por todo su cuerpo, viscoso como la sangre que le manchaba la mano. El

miedo se enredó en su mente y en su cuerpo, como raíces oscuras penetrando en su ser. El aire a su alrededor pareció volverse más denso, difícil de inhalar. Sus pupilas se dilataron, su visión periférica se desvaneció, enfocándose solo en la imagen de Rain observándolo con repulsión y horror, alejándose de él. El mundo se redujo a ese único momento; una escena atrapada en el tiempo que se repetía en bucle.

Se sintió enfermo.

Y entonces el anillo que llevaba en el dedo palpitó haciendo que la imagen de Rain se volviese difusa, incolora en los bordes, rompiendo el encantamiento que Irk había usado para envenenar su mente con miedo y la ilusión se deshizo.

Aquello lo salvó, haciéndole reaccionar apenas a tiempo.

Irk lo golpeó con un hechizo de consunción que él consiguió esquivar lo suficiente para que no le diese en el corazón. Blake se dobló por la mitad sintiendo como un par de costillas se le astillaban y partían, y la carne se le quemaba donde le había tocado. Se miró el anillo que Rain le había regalado, era un amuleto purificador.

Irk volvió a caer al suelo, malherido y agotado, no solo por la pérdida de sangre, sino por el conjuro de miedo que había usado para hechizar la mente de Blake.

—Le aconsejo que... deje de remover el asunto de su padre y la secta... O tanto ella como usted acabarán muertos —jadeó Alan Irk.

Blake, agarrándose el costado, caminó hacia él con la intención de matarlo, pero el profesor sacó un amuleto de su cuello y, sosteniéndolo en alto, pronunció un hechizo que hizo que el suelo se lo tragase hasta desaparecer.

Maldita sea, se había transportado hasta la planta de abajo.

Blake tosió, débil y agotado. Se limpió la barbilla, le goteaba sangre y temió que Irk le hubiese lastimado un pulmón.



Rain daba vueltas en la cama atrapada en sus sueños. Recorría caminos oscuros sobre baldosas rojas, los espejos le devolvían su

imagen distorsionada, monstruosa y amenazante. Cruzaba puertas torcidas en su huida.

«Hay una bestia que habita dentro de ti».

Se despertó sobresaltada incorporándose con un jadeo. Había sentido algo. Observó todo a su alrededor analizándolo con cuidado: la habitación estaba en calma, las sombras permanecían en su sitio, la nieve caía suave tras la ventana y, tras ella, las estrellas brillaban algo apagadas.

Fue Tinieblas la que la alertó. Estaba junto a la puerta arañándola insistentemente.

—¿Qué te pasa, has visto un fantasma? —murmuró Rain mientras salía de la cama para ir hasta el animal.

Trató de cogerla en brazos pero la gata se escabulló maullando furiosa y volvió a arañar la puerta.

—¿Qué quieres? —Rain abrió la puerta—. No hay nada...

Tragó aire sorprendida y asustada. Blake estaba apoyado medio desmayado al otro lado. Se lanzó al suelo para sostenerlo en sus brazos y él abrió los ojos parpadeando algo confuso.

—¿Blake? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué haces aquí? —preguntó con la voz temblorosa.

Consiguió meterlo en su habitación y cerró la puerta a su espalda.

—N-no se me ocurría adónde ir —balbuceó con un hilo de voz.

A Rain se le partió el corazón. Blake apenas se sostenía en pie. Se apoyó en la cama de Maya, tambaleante, con las manos y la ropa salpicadas de sangre.

—Dime qué ha pasado. ¿Estás herido? —preguntó Rain, al borde del pánico.

—Un hechizo de consunción... —logró articular él.

Los ojos de Rain reflejaron terror. Masculló una sarta de palabrotas.

—¿Dónde?

Blake se agarró el jersey lo levantó mostrándole el lugar de la espalda donde el profesor Irk lo había atacado.

Rain reprimió un jadeo de horror. Justo bajo la cola del tatuaje de la serpiente, la piel estaba ennegrecida. Le costó respirar y se le cerró la garganta en un sollozo silencioso.

—No importa si no puedes hacer nada. Solo quería verte. Es el único lugar al que deseaba venir.

Había en Blake una extraña vulnerabilidad. Parecía un poco roto, como un niño perdido. Hizo una pausa. Su respiración era pesada, entrecortada. Bajó la mirada hacia sus manos manchadas de sangre y susurró, casi sin voz:

—Si esto es el final..., al menos quería pasarlo contigo.

Rain se tambaleó sobre los talones y dos lágrimas gruesas le cayeron por las mejillas. Si el alma podía temblar, la suya lo hizo en ese momento, zarandeada por sus palabras.

—¿El final...?

Los ojos de Rain se oscurecieron, coléricos, determinados, tozudos. Comenzó a darse la vuelta para ir hacia su escritorio, pero él la frenó agarrándola de la mano.

—Te mentí.

Rain volvió la cabeza hacia él. Blake tenía los párpados prácticamente cerrados y se movía entre la consciencia y la inconsciencia. Su voz era apenas un susurro.

—¿Qué? —pregunto casi afónica

—Rain... —susurró—. Quédate conmigo.

Ella tragó, la piel le quemaba ahí donde él la tocaba. Algo batió las alas en su pecho de forma furiosa y alzó el vuelo hasta su garganta.

—No, no es el final. Tengo que buscar la forma de contrarrestar el hechizo de consunción —le explicó con una determinación que rayaba en desesperación. Se soltó de su agarre con suavidad y fue hacia su escritorio—. Tinieblas, no dejes que se duerma. Tiene que estar consciente —le ordenó a su gata.

Rain removió todo lo que encontró a su paso, casi arrojando libros al suelo en su frenesí. Las manos le temblaban mientras pasaba las páginas a toda velocidad, sin siquiera registrar completamente las palabras.

«Tiene que haber algo».

Murmuraba para sí misma fragmentos de conjuros, nombres de ingredientes, cualquier cosa que pudiera servir. Hasta que tuvo una idea con la que estuvo conforme.

Abrió los cajones con manos torpes, tirando su contenido al suelo. Metió la mano bajo la cama, sacando frascos, tiza, cristales...

«Puedo hacerlo. Puedo hacerlo».

Con los dedos manchados de polvo y tinta, agarró una tiza y se arrodilló. Sus trazos fueron rápidos, desesperados. El pentagrama tomó forma en el suelo con líneas temblorosas y furiosas. Sus labios se entreabrieron en un susurro incesante. Una vela blanca en cada punta.

«Protección. Purificación. Reversión».

Encendió las velas con un chasquido de magia y su propia respiración entrecortada hizo parpadear las llamas.

«Tiene que funcionar».

Blake tenía una mano sobre la cabeza de Tinieblas y una leve sonrisa en los labios.

—Tu gata no para de morderme los dedos —dijo con la voz seca y áspera.

—Está intentando que no te duermas. Tengo que darte la vuelta —le indicó Rain.

Ayudó a Blake a colocarse bocabajo y le sacó el jersey hasta dejar su espalda desnuda al descubierto.

—Rain, el hechizo...

—Ni se te ocurra decir que no se puede hacer nada. Yo puedo hacerlo. Puedo hacerlo —repitió con más convicción—. No te muevas.

Trazó un círculo alrededor de la zona herida con polvo de sal. Le echó una mirada a Tinieblas para que siguiese haciendo su trabajo de vigilante y fue a colocarse en el centro del pentagrama. Se sentó cruzando las piernas y se quitó el amuleto del Amanecer que Jun le había regalado por su cumpleaños. Extraería la energía de él.

Cerró los ojos y se concentró en el hechizo de regeneración. Sus labios comenzaron a sacudirse mientras pronunciaban la plegaria y las líneas del pentagrama se iluminaron. La luz de las velas titiló mientras los ojos de Rain se sacudían tras sus párpados. Vio un árbol nacer en la oscuridad, extendiendo sus raíces como venas, desplegando sus ramas jóvenes llenas de brotes tiernos y, con ellos, comenzaron a formarse hojas y frutos.

El círculo de sal sobre la piel de Blake ardió con una luz cálida. Rain sintió su aura estallar desde el centro de su pecho y extenderse por sus brazos hasta sus manos. De sus palmas brotó un fulgor rojizo y se elevó del suelo, con el cabello agitándose movido por una brisa invisible.

Vio grietas cerrarse, sombras retroceder al paso de la luz.

«Sana», ordenaba su mente.

Vio espinas negras y retorcidas replegarse y apartarse. El dolor pulsante, como una granada que rezuma podrida, fue desvaneciéndose. La fruta recuperó su aspecto dulce y maduro. Rain paladeó un sabor amargo y metálico, lo tragó y algo dulce y edulcorado le llenó la boca.

Las velas se apagaron entonces, y ella cayó de nuevo al suelo abriendo los ojos. La habitación giró a su alrededor por un instante, pero se obligó a levantarse. Salió del pentagrama tambaleándose y se dirigió a Blake con el corazón desbocado.

El círculo de sal se había derretido hasta dejar una marca rosada sobre su espalda. La mancha negra del hechizo de consunción había desaparecido, dejando una cicatriz fea y arrugada algo más oscura que su tono de piel.

Rain dejó escapar una respiración temblorosa y se llenó los pulmones con alivio. Tomándole el relevo a Tinieblas, se tumbó al lado de Blake y le pasó una mano por la frente, que tenía helada.

—No puedes dormirte —le pidió sin aliento—. Creo que ha funcionado, pero necesito que aguantes hasta mañana.

Rain temía que su magia no hubiese sanado tanto como debería y que tuviese un fallo respiratorio mientras dormía.

Los ojos de Blake se abrieron pesados. Ella estaba a unos centímetros, apoyada sobre la almohada con el ceño arrugado de preocupación, tan cerca que podía sentir el cosquilleo de su aliento rozarle.

—Lee, eres impresionante, no dejes que este mundo te convenza de lo contrario.

Rain lo tapó con la colcha. Tenía muchas preguntas, pero aquel no era el momento para discutir sobre quién le había hecho aquello y por qué.

—Me gusta esta versión tuya, Ash Blake.

Él soltó una risa ahogada y tosió.

—Me encanta cuando me llamas así.

—¿Por tu nombre?

Blake hizo un sonido de afirmación.

—Me gusta cómo suena en tu boca. La forma en la que lo dices, como si fuera un conjuro.

Al principio había sonado como una maldición, como si estuviese invocando al demonio. Pero jamás había sonado vacío, jamás como un reproche. Siempre se había colado algo cercano a la veneración. Había algo susurrado, como si fuese un secreto, algo roto, como si las palabras se agarrasen a su garganta, y algo exhalado, como si le quemasen al pasar. Blake siempre deseaba besarla después de oírle decir su nombre de esa forma. Sentía la necesidad de imprimir en su boca aquellas sensaciones, de experimentarlas físicamente.

Le devolvían a la realidad, le hacían sentir que no estaba perdido del todo.

El olor de las velas aún flotaba en la habitación, la luz tenue proyectaba un juego de luces y sombras sobre el rostro de Blake, y sus respiraciones acompasadas creaban una pequeña burbuja cargada de intimidad.

«Has visto el infierno en sus ojos y lo has amado de todas formas», susurró una voz en el oído de Rain mientras observaba a Blake. Tragó nerviosa.

—Cuéntame un recuerdo feliz —le pidió, algo turbada.

Él frunció el ceño ligeramente mientras pensaba. Rain recorrió las líneas de su rostro, nunca estaban tan cerca y ahora podía ver todos sus detalles, como que sus pestañas no eran negras, sino un par de tonos más claro, o que tenía una línea finísima sobre el arco de cupido, quizá de alguna vez que le habían partido el labio...

Y de pronto, necesitó saberlo todo de él, hasta los detalles más insignificantes. Quería conocer cada una de sus historias, quería aprendérselo como sus novelas favoritas.

—La primera vez que hice Combate de destreza. Esto te sorprenderá —bromeó con la voz ronca y astillada; cada quiebro hacía que a Rain se le erizase la piel—, pero yo no era muy sociable.

Los ojos de ella se estrecharon cuando sonrió y Blake sintió la misma euforia que cuando tocaba al rival en un duelo.

—Mis padres quisieron apuntarme a combate para que hiciese amigos. Me gustó al instante porque es un deporte individual. Allí estaba Kane. Ya nos conocíamos, casi todo el mundo en Hidden se conoce y sus padres y los míos se llevaban bien, pero ahí fue donde terminamos de conectar.

—Lo quieres mucho... —susurró Rain.

Blake tragó saliva. Él, que lo había perdido todo, valoraba especialmente a los que se habían quedado a su lado a pesar de las circunstancias. Kane podría haberse apartado, le habría ahorrado dificultades, pero no. Y la lealtad no era algo que se viese muy a menudo en su mundo.

—Es mi hermano.

Las palabras pasaron áridas por su garganta, reconocerlo fue inmensamente doloroso a la par que aterrador. Era dejar vulnerable una parte de sí mismo, lo que más temía desde que había perdido a su padre: ofrecer a los demás la posibilidad de quitarle algo más, de herirle de nuevo.

—Pues ese primer día en combate, mi madre, que ya estaba embarazada de mi hermana Beatrice, y mi padre se quedaron como la mayoría de los padres a ver la práctica. Y recuerdo perfectamente la sensación que tuve al ponerme el uniforme y empuñar la espada. La entrenadora nos dio unas indicaciones básicas y nos dejó tener nuestro primer duelo. Me sentí invencible. —Una sonrisa se coló en su tono de voz—. Automáticamente se convirtió en una obsesión, nunca he sabido amar las cosas de otra manera.

A Rain la sorprendió oírle usar aquel término: «amar».

—Mis padres se lo tomaron como si acabase de ganar un campeonato oficial. Siempre fueron de ese tipo de progenitores cariñosos y algo empalagosos con sus hijos. Para ellos todo lo que hacíamos mi hermana y yo era absolutamente maravilloso.

Rain tuvo que morderse el labio inferior con fuerza para evitar llorar, escuchar cómo hablaba de ellos la llenó de tristeza.

—Hasta fuimos a cenar hamburguesas después de la práctica.

—Se te da muy bien —comentó Rain—. El Combate de destreza.

Blake sonrió levemente. Estaban tan cerca que no tocarla se le hacía muy difícil, ayudaba que su cuerpo estuviese exhausto. Sus ojos viajaron por su rostro, cada detalle parecía cargado de suavidad y delicadeza. Las yemas de sus dedos temblaban con una urgencia contenida, deseando alzarse, rozar la línea de su mandíbula, seguir el contorno de sus labios. Era un hilo invisible que se anudaba en su pecho, pesado y liviano a la vez.

El espacio entre ellos vibraba lleno de algo profundo, sedoso, como si la sola idea de rozarla lo dejara sin aliento. Era una sensación que lo envolvía, que le apretaba la garganta y hacía que sus manos se tensasen presas de un hormigueo casi doloroso.

—Antes era toda mi vida. Entrenaba seis días a la semana, estudiaba a los grandes... Durante la temporada apenas salía. Todos mis amigos eran del club. Ni siquiera tenía tiempo para relaciones. Vivía y respiraba para competir. Sobre todo, después de la muerte de mi madre y mi hermana. Fue como un refugio. Y cuando detuvieron a mi padre..., se acabó.

—¿Por qué?

Fue Rain quien acortó la distancia y le cogió la mano. Los ojos de Blake se dirigieron ahí, a ese punto donde sus dedos se tocaban. Era insoportable. La calidez de su piel contra la suya envió una oleada de placer que, lejos de ser reconfortante, fue dolorosa en su intensidad.

—¿Qué? —preguntó, perdido.

—¿Por qué se acabó? Lo que sentías cuando practicabas combate —explicó ella.

Blake retiró la mano y dejó escapar una risa ahogada.

—Se acabó todo. No el combate, se acabó mi vida. Las cosas dejaron de tener sentido. Kane y los Diop me obligaron a vivir, en cierta forma, a mí me daba igual comer o no, respirar a o no, ser o no. Me daba igual.

Rain cerró la mano con la que lo había tocado en un puño.

—¿Y qué te hizo cambiar?

—La venganza. —Sus ojos brillaron, de nuevo ese fuego que vivía dentro de ellos—. Eso me dio un motivo.

—¿Y cuando la consigas?

—¿Seguiré vivo cuando eso pase? No lo sé.

Rain se tumbó bocarriba, se sentía demasiado triste. Oírle decir aquello dolía. Blake no era nada suyo, pero sus palabras dejaron un rastro amargo. Parpadeó, no quería llorar.

—Harás daño a Kane —susurró ella.

«Me harás daño a mí».

—Él ya lo sabe. —Su voz se volvió dura, oscura, fría—. Los Diop son las únicas personas que dejaré atrás. Pero hace tiempo que yo no pertenezco a nadie, a ninguna parte, ellos seguirán sus vidas. No me necesitan. Todavía tengo que perdonar a mi padre por lo que hizo, porque él...

Porque él le pertenecía de esa forma en la que las familias lo hacen. Blake era apenas un adolescente, adoptar las decisiones que Ambrose tomó sabiendo las consecuencias que podrían tener fue muy egoísta.

Rain cogió una bocanada de aire. Blake de verdad creía que no había un lugar para él en el mundo.

La sensación de soledad que le provocaron sus palabras fue aplastante, tristísima y arrolladora. Le dolieron en lo más hondo de su ser.



«Es la confesión, no el sacerdote, lo que nos da la absolución».
OSCAR WILDE





Capítulo 14



Rain parpadeó, en algún punto se había quedado dormida, rendida al agotamiento. El día era claro y la luz que entraba por la ventana le había hecho cosquillas en el rostro, calentándoselo suavemente. Los acontecimientos de la madrugada pasaron por su mente semidespierta en un galimatías de imágenes.

Abrió los ojos y se incorporó sobre un codo, Blake no estaba a su lado. El *déjà vu* la golpeó directa en el pecho. Pero entonces captó movimiento en su visión periférica.

Blake estaba sentado en la silla del escritorio con Tinieblas en brazos. La imagen de él, despeinado, con el torso desnudo y su gata encima hizo que un nudo de calor le bajase por el estómago hasta el vientre.

Blake se giró para mirarla y Rain se ruborizó como si la hubiese pillado haciendo algo que no debía.

—¿Cómo estás? —dijo, sentándose, mientras evitaba hacer contacto visual.

—Bastante bien.

—De... Deberías ir a que te vea un sanador. Los hechizos de consunción no son una tontería.

Blake dejó escapar un sonido pensativo, pero se quedó en silencio. Al cabo de unos segundos, Rain lo miró con curiosidad. Él la estaba

observando, su rostro ilegible.

—¿Qué?

—¿Eso que oigo es preocupación, Lee? Cuidado, o pensaré que te importo —la pinchó.

Rain masculló un insulto por lo bajo.

—Me vas a contar ya qué pasó.

La expresión relajada de Blake se esfumó al pensar en Alan Irk.

—Anoche...

La puerta se abrió entonces y Aiden entró gritando.

—¡¿Estás muerta?! ¿Qué haces? Solo llegarías tarde si estuvieses muerta. —Se calló de golpe al ver a Blake sentado sin camiseta.

Su expresión reflejó una estupefacción máxima, los ojos amenazaron con salírsele de las cuencas y la boca se le abrió y se le cerró como la de un pez. Rain, durante un breve momento, pensó que colapsaría como si de una novela de época se tratase.

—¡Pero qué narices...! ¿Os habéis acostado? —Su voz sonó una octava más aguda, rivalizando con los silbatos para perros.

—¡No! —chilló Rain, colorada.

Blake arqueó una ceja, divertido.

—¡Estás saliendo con Jun! Si os pillé el otro día en su ca...

Rain se abalanzó sobre su mejor amigo para taparle la boca.

—Cállate —gruñó, mortificada.

La expresión de Blake podría haber congelado el infierno, quebrado la corteza de la Tierra, vuelto el agua en desierto. Presionó la lengua contra la comisura de la boca y dejó escapar una risa despectiva.

—No... no pasó nada. —Tuvo la necesidad de explicar Rain.

Blake la miró como si ella no fuese nadie, ni siquiera había desprecio u odio en sus ojos, solo vacío, indiferencia y un poco de desdén.

Rain se sintió estúpida y dolida. De alguna manera, había esperado que a Blake le molestase oírlo y se había apresurado a negarlo, y él ahora la miraba con condescendencia, como si fuese una niña tonta que buscase llamar su atención.

Aiden apartó la mano de su amiga y los miró alternativamente.

—¿Me vas a contar qué narices está pasando?

Rain se apretó los párpados con las palmas de las manos y trató de calmarse. No sabía qué decir. No había compartido con Aiden nada de lo que estaba ocurriendo y ahora todo estaba demasiado enredado. No había forma de explicar por qué Blake estaba en su habitación sin dar al menos algún detalle, pero esos detalles le harían tener más preguntas.

—Me hirieron y Lee es la mejor hechicera que conozco, así que vine aquí —intervino Blake, sin emoción en la voz.

Se puso de pie todavía con Tinieblas en brazos. La gata parecía encantada con él, tenía una expresión altanera, como la de una reina a la que pasean por todo su reino.

Aiden arrugó la frente, poco convencido con la explicación.

—¿Te hirieron? ¿Por qué? ¿Y dónde? Yo te veo perfectamente.

—Un hechizo de consunción.

Rain movía la cabeza de uno a otro atrapada entre sus dudas y miedos, y sorprendida de lo mucho que Blake estaba dispuesto a compartir con Aiden. Este último abrió los ojos como platos al oírlo.

—¡Por los remolinos! —exclamó—. ¿Quién te lanzaría algo así? ¿Y cómo supiste curarlo? —preguntó, dirigiéndose a Rain.

Ella abrió la boca, pero no fue capaz de decir nada.

—Lo hablamos luego, de todas formas, tendré que contárselo a Kane y no me gusta tener que repetirme. ¿Puedes dejarme algo? Si salgo así llamaré demasiado la atención —dijo Blake, tocándose el pecho.

—No creo que nada mío te entre. Quizá puedas coger alguna camiseta de Jun.

—Preferiría caminar completamente desnudo —aseguró Blake.

Rain, harta, fue hacia el armario y sacó la sudadera que él le había dejado cuando entraron en el lago, no había tenido oportunidad de devolvérsela, dado que había desaparecido después de aquella noche.

—Por todos los dioses, toma —dijo estampándosela en el pecho—. Y ahora largaos los dos para que pueda cambiarme. Hablaremos esta tarde.

Aiden salió primero y Blake aprovechó el momento a solas para acercarse a Rain y advertirle en voz baja:

—Ten cuidado con Alan Irk. No te quedes a solas con él.

Ella lo miró confusa.

—¿Qué?

—Luego —se despidió Blake, y salió.



Jun interceptó a Rain antes de entrar en Fuerzas Arcanas. La llevó a un lado del pasillo mientras el resto de los estudiantes llegaba al aula. Aquel día el frío parecía calar en la piedra del castillo y los pasillos eran un desfile de jerséis gruesos, bufandas y largos abrigos; al menos dentro de las aulas la temperatura era más cálida.

—Estaba contigo, ¿verdad? —le preguntó Jun sin rodeos.

Rain se sobresaltó y se removió incómoda. Comenzó a decir algo pero no fue capaz de seguir.

—Jun...

—¿No vas a intentar negarlo? —Su rostro se contrajo en una mueca.

Rain se había prometido no hacerle daño, se había prometido compensar todo lo que le había hecho y ahí estaba de nuevo, hiriéndole.

—No es... No ha pasado nada entre nosotros. Blake solo necesitaba ayuda con una cosa.

El rostro de Jun se endureció, como si esa respuesta únicamente hubiese avivado más su desconfianza.

—¿Con qué?

Rain no tenía una explicación para ofrecerle sin mentirle. El silencio entre ellos se volvió denso, cargado de emociones no dichas. Jun apartó la mirada de ella y la fijó en un punto lejano a través del cristal de la ventana. Dejó escapar una risa sofocada cargada de ironía, de amargura.

—¿Sabes cuál es el peor sentimiento que puedo imaginar? Que me traicione la persona a la que más quiero —murmuró con la voz constreñida.

Rain se tensó.

—Entre Blake y yo no hay nada, te estoy diciendo la verdad.

Jun la miró entonces, sus ojos llenos de desconfianza, de dolor, de desprecio.

—Nunca te había tomado por una mentirosa, Rain.

Ella cogió aire como si le hubiese tirado un cubo de agua helada al rostro. Jun vio llegar a Manon y Hanna Lambert y se dirigió hacia ellas para entrar en clase.

Rain lo observó impotente. Por fin tenía algo que había deseado durante mucho tiempo y lo había estropeado. Quizá quería abarcar más de lo que podía, quizá había sido injusta... Pero ¿qué debía haber hecho, abandonar a Blake herido?

En realidad, si lo pensaba fríamente, nunca había pasado nada real entre ellos. Aunque el recuerdo de su boca explotaba como fuegos artificiales en su cabeza, aunque a veces pensaba que todavía podía sentir el rastro de sus labios, como el roce de una brisa caliente bajo una tormenta de nieve. Pero Blake nunca había hablado de sentimientos, solo de... ¿Cómo lo había llamado? Dejarse caer en la tentación.

El pensamiento fue como tragar un líquido agrio que se niega a descender con suavidad, y le dejó un regusto amargo en la garganta. Blake era una sombra al borde de la luz, siempre fuera de su alcance, mientras que Jun estaba frente a ella, solo tenía que estirar la mano y tomarlo. No tenía sentido dudar.



—No debería ir —murmuró.

—Rain... —se quejó Aiden.

—Jun se ha enterado de que Blake ha salido esta mañana de la torre del Amanecer. Está muy enfadado.

Aiden arrugó la nariz y la miró suspicaz.

—Sé que hay algo que no me estás contando y estaría bien que lo hicieses para comprender de qué narices va todo esto.

Rain tragó, quería rendirse. Se sentía como una presa demasiado llena.

—Tengo miedo —confesó.

—¿De qué?

—De... —Ni siquiera podía decirlo, sintió náuseas—. Mierda...

Se levantó, iba a vomitar. Salió corriendo de la biblioteca hacia uno de los baños de la tercera planta. Se dejó caer en el suelo de rodillas doblándose por culpa de las arcadas. Cuando terminó se apoyó en la pared y rompió a llorar. No podía dormir, nunca descansaba, la culpabilidad, el miedo y el desprecio la aplastaban.

Su llanto se volvió un sonido histérico. Si confesaba, el resto vería el verdadero color de su alma, vería la verdadera naturaleza de su ser. No quería que Aiden la odiase, no quería que la encontrase despreciable. Aunque lo que la estaba destruyendo era la duda que había sembrado en sí misma. ¿Lo era? ¿Era una mala persona? A veces lo creía, a veces estaba convencida de ser detestable y esto la hacía sentir sola. No podía hablar de lo que sentía con nadie, ni siquiera con su madre. Estaba mintiendo a todos a los que quería.

A veces... a veces deseaba volver atrás, no recorrer aquellos caminos oscuros y sombríos.

Alguien llamó a la puerta.

—Rain, ábreme —le pidió Aiden.

Ella trató de serenarse y quitó el cerrojo. Su mejor amigo se abalanzó sobre ella y la abrazó. La apretó tan fuerte que le hizo daño, pero no importó.

—Sabes que siempre estaré de tu parte. Sea lo que sea, cuéntamelo.

Rain se agarró a su jersey.

—No quiero decepcionarte. Es lo que más miedo me da.

—Tonta, eres mi alma gemela.

Rain apoyó la cabeza en su hombro y dejó escapar una respiración entrecortada. Después de un par de minutos, cuando se sintió más tranquila y ambos se separaron, encontró a Blake en la puerta de los baños observándolos. Había algo en sus ojos, una emoción tan compleja que no supo desentrañarla, pero que le hizo sentir un resquicio de pánico y dejó en ella un poso de desasosiego.

Aiden siguió la dirección de la mirada de Rain.

—Estaba preocupado —le explicó en un susurro.

—Os esperaremos en la biblioteca —intervino Blake, se dio la vuelta y se marchó.

Rain se enjuagó la boca y se lavó la cara.

—Estás enamorada de él, ¿verdad? —le preguntó Aiden.

Las palabras la atravesaron como un cañonazo. Se agarró al lavabo y asintió, incapaz de reconocerlo en voz alta. No tenía sentido negarlo.

—Pero quiero estar con Jun. Se lo debo.

—¿Por qué? ¿Por los años en los que él fingió no darse cuenta de que tú estabas enamorada de él? —masculló Aiden, enfadado.

—Porque lo besé en la fiesta de Yule para robarle su colgante —confesó.

A través del espejo vio la expresión perpleja de su amigo.

—Y cuando fue a la habitación de Blake eso era lo que buscaba. Lo expulsaron por culpa mía.

—No lo entiendo. ¿Por qué quieres su colgante?

—Hay algo peor. Algo que hice...

—¿Qué?

Rain cogió aire. No había vuelta atrás.

—Yo maté a la profesora Kêt.



«Muchas veces tenemos por amor lo que es verdadera desgracia».
SHAKESPEARE





Capítulo 15



Kane estaba sentado junto a Aiden, le agarraba la mano con cariño y ademán protector. Rain al lado de Blake se sentía destruida y algo desconsolada. Intentaba por todos los medios no mirarlo, aunque a veces sentía la caricia mortecina de sus ojos sobre ella.

Apenas recordaba la conversación que había tenido con Aiden en el baño, había un ruido blanco cubriéndolo todo.

Blake estaba explicándolo todo: su padre, los túneles, la desaparición de Maya, el culto Ereshkigal y por último el incidente con la profesora Kêt.

—Os habría matado ella —intervino Kane—. Salvaste a Blake y eso es lo que me importa.

Aiden miró a su novio primero y luego a su mejor amiga. Se levantó de la silla para ir hasta ella y le sacudió el hombro, enfadado.

—¿Eres imbécil? ¿De verdad te preocupaba que pudiese odiarte por eso?

Rain no sabía qué decir. Aiden no era como Kane, que conocía lo que Blake hacía y que lo había aceptado. Sus vidas habían estado salpicadas de muerte, inmoralidad y toda clase de decisiones cuestionables durante mucho más tiempo, aunque la de Kane fuese de forma indirecta a través de la familia Blake.

Pero Aiden siempre había intentado tener una vida tranquila, lejos de Eurínome y de todas las artimañas del poder.

—Solo estoy enfadado contigo por ponerte en peligro de esa manera, idiota. ¿Crees que habría preferido que hubieses desaparecido para siempre como pasó con Maya?

La abrazó con fuerza. Aiden quería a Rain por encima del bien y del mal, de esa forma casi ciega en la que se quieren los hermanos.

—No sé lo que soy —murmuró Rain para sí misma, apenas un balbuceo que nadie oyó, pero se sintió mejor.

Su alma era una manzana podrida, moribunda, y aquello, al menos, le había insuflado un poco de vida.

—Anoche vi a alguien ir hasta la posible entrada de los túneles en el castillo. El lugar en que Lee pensaba que desapareció Maya. Y entonces la pared se abrió.

Rain, que estaba ensimismada, dio un respingo y miró a Blake por primera vez desde que habían llegado a la biblioteca.

—¿Qué?

—Tenías razón, Lee. Es la puerta. Me fui antes de que me viesen, quería pillar a la persona que había salido en otro punto del castillo, y entonces me crucé con Irk. Al principio no lo reconocí.

—¿Qué quieres decir? —lo interrumpió Kane.

—Es el tipo que se coló en la casa de mis padres y me atacó.

Kane abrió los ojos incrédulo, y Aiden los miró a todos alternativamente, algo perdido.

—Peleamos y me lanzó un hechizo de consunción —siguió Blake, ante lo que su mejor amigo reaccionó levantándose de golpe, la silla se tambaleó y Aiden tuvo que agarrarla para que no cayese al suelo —. Tranquilízate, Lee lo solucionó.

—No es que quiera dudar de las habilidades de Rain, pero...

Blake hizo un gesto de frustración e impaciencia y se subió el jersey mostrando el lugar de su espalda donde le había quedado la cicatriz ya sanada.

—Pero ¿por qué te atacó? —preguntó ella.

—Porque lo sabe todo.

Rain dejó escapar un jadeo y el pánico estalló en sus ojos.

—Pensé que formaría parte del culto o... Sabe que entramos en los túneles, que buscábamos el libro del Otro Lado y lo de la profesora Kêt. Pero lo más extraño es que lo último que me dijo fue que dejase de remover el asunto de mi padre y la «secta». Así la llamó. No culto. Y fue una advertencia.

—Y si lo sabe, ¿por qué no os ha denunciado? —preguntó Aiden, hablando más para sí mismo.

—Porque no quiere que nada de eso trascienda.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere? ¿Mataros, venganza?

—Ya podría haberlo hecho —intervino Rain que se quedó en silencio, pensativa—. ¿Dices que él abrió la puerta a los túneles?

—No. Él... parecía no saber cómo hacerlo, solo la observó y cuando comenzó a abrirse pensé que quizá estaba esperando a alguien, no sé...

Rain meditó la información. Tendría que averiguar quién era Alan Irk...

—¿Y qué piensas hacer? —dijo Kane.

—Mi primera opción es matarlo. Pero se andará con cuidado...

—Y no olvides que él podría matarte a ti, casi lo ha conseguido dos veces —escupió Aiden, sorprendiéndolos a todos.

—Eso se puede solucionar —murmuró Rain.

Blake se giró para mirarla.

—¿Cómo? —preguntó Kane con curiosidad.

Rain arrancó una hoja de papel de uno de sus cuadernos y sacó una pluma.

«Bajo la Academia hay unos túneles donde el culto Ereshkigal oculta un libro del Otro Lado. Si esta carta se envía, Alan Irk ha acabado con mi vida», escribió y firmó con su nombre y el de Blake.

—Un seguro de vida.

Blake frunció el ceño.

—Nadie lo publicará.

—No lo sabes. Las familias de Kane y Aiden tienen una cierta influencia. Bien podrían imprimir esta información y repartirla por todo Hidden y Eurínome ellos mismos, si les apetece. De hecho, ahora que lo pienso, quizá exista algún conjuro que nos ayude con eso...

—Con el farol nos bastará, Lee —dijo Blake, y le puso una mano en el brazo para frenarla.

Ella lo retiró como si la hubiese quemado y al instante se arrepintió, en los ojos de Blake hubo un destello de dolor que se encendió y apagó en un latido. El calor de la culpa ascendió por el pecho de Rain, sofocante.

Pero se reprendió a sí misma. Blake era una maldita infección, tan pronto se comportaba como si ella lo fuese todo para él, como lo hacía como si ella no le importase lo más mínimo.

Y así acabaría por destrozarla del todo.

—Hablaré mañana con él después de clase —anunció Rain, aclarándose la garganta.

—No —le discutió Blake, tajante.

—Le diré que tengo una duda y...

—No, no vas a quedarte a solas con él, Lee.

—Ash, no es mala idea —terció Kane.

Su mejor amigo le lanzó una de sus miradas homicidas, de esas que ponían los pelos de punta. Blake estaba muy enfadado.

—No, y no hay discusión.

—Puedo cuidar de mí misma... —comenzó Rain.

—¿Como cuando Dereck Keller te estranguló? Ya —le contestó él siendo deliberadamente cruel.

—¡¿Que hizo qué?! —chilló Aiden.

Rain enrojeció entre humillada y furiosa.

—Te he salvado la vida más veces que tú a mí —gruñó.

—Lo sé, y por eso quiero estar ahí, para ponerme entre tú y él. Prefiero que tengas que salvarme a que seas tú la herida, Lee.

Rain abrió la boca sin saber qué decir. No había esperado aquellas palabras ni la agonía oculta en su tono. El silencio se extendió entre los cuatro.

—¡Deberíamos bajar a cenar! —exclamó Kane de pronto, levantándose.

Cogió a Aiden de la mano y tiró de él para dejar a Blake y a Rain solos, y no aligeró el paso hasta que estuvieron fuera de la biblioteca.

—¡¿Qué narices ha sido eso?! —exclamó Aiden, la tensión le había dejado casi sin aliento.

—Ash... —negó—. No sabe expresar lo que siente de una forma normal.

Kane se paró a un lado y abrazó a su novio, y le dio un beso cariñoso en la cabeza.

—¿Estás bien?

—Voy a necesitar al menos una semana para asimilar lo de hoy —reconoció Aiden, dejando que su cuerpo se relajase en los brazos de Kane—. No me contaste lo de Blake a la vuelta de vacaciones.

—Lo siento. Pero era complicado —dijo con la voz teñida de conflicto—. Ash... No podía contártelo sin traicionar su confianza.

Aiden apoyó la cabeza bajo su barbilla.

—Lo sé, no pasa nada, yo habría hecho lo mismo si se tratase de Rain.

En la biblioteca, Rain recogía sus cosas sin mirar a Blake, demasiado turbada.

—No deberías haber dicho eso —murmuró.

—¿Qué?

—Que no deberías decir esa clase de cosas y menos delante de otros. Pensarán que...

—¿Qué pensarán, Lee? —El tono de Blake era amargo, sus ojos entornados apenas dejaban ver un destello de plata a través de sus pestañas.

—Que pasa algo que no es —contestó ella.

—¿Segura? A lo mejor te molesta porque sí que pasa algo. Porque en realidad sientes...

—No. Cállate —lo cortó, y cogió su mochila para marcharse.

Blake la agarró del brazo frenándola.

—No hemos terminado. Vas a escuchar lo que tengo que decir —ordenó él furioso, frustrado.

—No quiero. No puedo... ¿Vale? —Rain se sentía a punto de romperse—. Por favor —pidió.

Blake se irguió muy tieso.

—¿Por qué? —Su voz fue apenas un hilo, afilado, desesperado.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó ella enfadada.

—Porque te estás mintiendo.

—No, estoy con Jun, que es lo que siempre he querido.

Algo relampagueó en el rostro de Blake. Dio un paso hacia ella acortando levemente la distancia entre ambos.

—No, estás huyendo. Y no hay ningún lugar al que puedas escapar porque yo siempre te encontraré, Rain.

—¿Y qué si lo hago? Tú fuiste el primero que se apartó. —Algo se rompió dentro de ella, que se desbordó de forma incontrolable—. No tienes ni idea de cómo me sentí —masculló para sí misma, dolida—. Me estás destrozando. Eres como una maldición, como un maldito veneno, Ash Blake. Eres el demonio de mis pesadillas y me estoy consumiendo. Desde que te conozco, ya... —Rain temblaba de pies a cabeza—... ya no sé quién soy. Tú ni siquiera... —Pensó en sus palabras de la noche anterior, en la convicción de que no le pertenecía a nadie, de que su destino ya estaba escrito y ella no aparecía en él. Rain sabía que Blake le haría daño, ¿era tan malo querer evitarlo?—. No lo entiendo, no entiendo por qué me haces esto. Por qué no podemos simplemente dejarlo como está. —Sus últimas palabras sonaron cansadas, derrotadas.

Un músculo dio un tirón en la comisura de la boca de Blake, que asintió.

—Si es lo que quieres —fue lo que dijo al marcharse.



«Prefiero ser una antorcha encendida y rodar hacia abajo en la oscuridad y que se queme mi camino, antes de abandonar el intento, aunque la muerte fuese el precio de mi audacia».
EMILY BRONTË





Capítulo 16



Rain se hizo la remolona mientras recogía sus cosas el viernes en clase de Magia del Orden. Aiden a su lado se movía dubitativo.

—Vete —susurró ella.

—¿No ibas a hacerlo con Blake?

Los dedos de Rain se cerraron en torno a sus libros. Estaba segura de que él no vendría después de lo que le había dicho, y era lo mejor. Trató de incrustarse la idea en el corazón, de que calase en su mente.

—Vete —volvió a insistirle.

—Me quedaré con...

—No.

Ella y Blake ya estaban metidos en aquello, Aiden no. Y no lo permitiría. En su rostro apareció una expresión severa y firme que le dejó claro a su mejor amigo que no había discusión posible.

Conforme Aiden se marchaba junto con el resto de los estudiantes, Rain se encaminó hacia la tarima donde estaba la mesa del profesor.

—¿Puedo hablar con usted, señor Irk? —le pidió.

Era evidente que tenía miedo. Rain no era buena escondiendo sus emociones, no era como esos profesionales de las órdenes que entrenaban para controlar sus reacciones. «Expertos en devolver las cosas a su sitio» los había llamado Jun una vez. No es que Rain

desease seguir ese camino profesional, pero ahora pensó que sería muy útil.

Alan Irk le dedicó una sonrisa críptica.

—Claro que sí, señorita Lee.

Rain tenía la nota que había escrito en el bolsillo de la americana y se aferraba a ella como a un salvavidas.

El profesor Irk se cruzó de brazos y esperó a que hablase apoyándose en su mesa.

—Ya sabe por qué estoy aquí —dijo Rain, que mantenía las manos ocultas porque le temblaban.

Los ojos del profesor fueron hacia la puerta de la clase para comprobar que habían salido todos.

—Imagino que Ash Blake habló con usted.

Rain sacó la nota del bolsillo y por lo bajo murmuró un hechizo de confianza para ayudarse. Su cuerpo se estiró y su boca se movió deprisa y segura antes de que se diese cuenta.

—Si nos pasa algo a Blake o a mí, esto se publicará y las calles de Hidden y Eurínome estarán empapeladas con esta información. —Le pasó la nota.

Irk cogió el trozo de papel y lo leyó casi divertido.

—Sé que ahora me dirá que puede controlarlo. O que nadie lo creerá. Sé que piensa que puede asustarme porque conoce este mundo mucho mejor que yo. Pero ambos sabemos que no puede controlarlo todo y que basta una chispa de duda para prender el fuego de la desconfianza y que eso lleve a la inestabilidad. Solo necesitaría que alguien susurrara el rumor en la oreja de otro. Y puede que yo no sea tan poderosa ahora mismo como usted, pero sé cubrirme la espalda.

Alan Irk hizo un gesto con las cejas.

—¿No se ha preguntado nunca quién es su padre, señorita Lee? Quizá tenga algún hermano por aquí y no lo sepa.

Rain no esperaba aquella respuesta y se quedó completamente descolocada.

—No veo qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando.

—Es usted lista, como su madre, sin duda. Pero sus capacidades de hechicera son de un padre poderoso, solo me figuraba quién

podría ser.

Rain no era tonta, sabía lo que estaba haciendo. Le indicaba sutilmente que conocía a su madre, que la había investigado. Era una amenaza velada. Ella levantó la barbilla y estrechó los ojos dejando que la rabia fluyese por su cuerpo, se desconectó de sí misma durante un breve momento, como si otra persona tomase el control.

—Como ha dicho, soy buena hechicera. Tenga por seguro que, si tuviese que entregar mi alma a la oscuridad a cambio de proteger lo que es mío, lo haría. Ya lo dijo, llegado el momento la línea de la moral puede no importar a cambio de poder. Y, créame, si nos pasa algo a nosotros o a nuestros seres queridos, esto se sabrá. Así tenga que escribirlo con sangre en las calles. Espero que me haya comprendido —siseó en un tono bajo y contenido—. Quédeselo, ese era para usted.

Y sin esperar su respuesta se marchó de la clase. No fue hasta que estuvo cerca de la torre del Amanecer que se permitió soltar el aire que contenía. El efecto del hechizo había desaparecido y le quedó una sensación de taquicardia y debilidad. Al menos, había visto en los ojos del profesor Irk que la creía, que la veía capaz de hacerlo.



Ese sábado se celebraba en Hidden el día de su fundación. Tres siglos de historia, que podían descubrirse participando en una búsqueda del tesoro por el centro de la ciudad. El grupo ganador recibía la insignia de la ciudad —una llave—, lo que era un honor, y pasaba a ostentar el título de Portador durante un año.

—Es una estupidez —se quejaba Aiden.

—Es simbólico y una tradición a la que la gente le tiene mucho respeto y cariño —lo contradijo Rain.

—Todos están en plan competitivo por llevar una estúpida llave al cuello y dejar su nombre escrito en un libro.

La plaza principal de Hidden estaba llena de alumnos de primer y segundo curso de la Academia. Debían apuntarse para participar indicando la cantidad de miembros de su grupo, con un máximo de cinco. Recibían una sudadera marcada con un número para que fuese sencillo reconocer a los jugadores e identificarlos, en caso de que hubiese que descalificarlos.

Las normas eran las siguientes: no podían dañar o modificar nada de la ciudad, y no podían interferir en el desarrollo de las pruebas de los demás participantes eliminando pistas, poniendo obstáculos o atacándose con hechizos. Tampoco podían ayudarse. Esto último era para evitar que varios grupos formasen alianzas y así tuviesen ventaja sobre otros.

Rain levantó la mano y le hizo señas a Jun para que fuese con ella y Aiden a apuntarse.

—¿No te lo ha dicho? —le preguntó Aiden.

—¿El qué?

—Va a participar con sus amigos del club: Novak, Lambert, Dubois y Vasilyev.

Todavía no habían sometido a votación la entrada de Rain, aunque a Alberta no le había quedado más remedio que darle su visto bueno después de que ella cumpliese la prueba que le había puesto. Rain esperaba que en la sesión de esa semana lo aprobasen.

—¿Lo dices en serio? ¿Nos deja tirados?

—Me parece que a veces Jun no es dueño de sus elecciones y en lo que respecta a ese grupo no puede decidir.

Rain vio en ese momento a Blake llegar a la plaza con Kane. Sus miradas se cruzaron un breve instante, pero él se mantuvo indiferente.

—No pensaba que fuese a participar —murmuró para sí misma.

—Kane quería hacerlo, dice que lleva soñando con esta búsqueda del tesoro desde niño. —Se recolocó las gafas—. Es una pena que los del Crepúsculo y los del Amanecer no puedan participar juntos.

Kane fue hacia su novio en cuanto lo vio entre la multitud, como estaban en público no pudo ser tan efusivo como le habría gustado, así que solo lo tomó de la mano dándole un apretón cariñoso.

—Os vamos a ganar, espero que no haya rencores —dijo, guiñándole un ojo.

—Solo me habría gustado participar si hubiésemos podido ir juntos para tener una cita divertida lejos del castillo. A mí el resto me da igual.

Rain miró a Aiden casi boquiabierta porque hubiese reconocido aquello, sí que estaba cambiando. Era más que evidente que estaba enamorado de Kane, pero ¡guau! Hasta el propio Kane se mostró sorprendido por la sinceridad de su novio.

—¿Por qué me miráis así? —gruñó de pronto avergonzado.

—Perdón, perdón, es que has sido tan mono... —dijo Rain.

Kane lo abrazó con ternura.

—Eres tan adorable, Clark —susurró para que solo lo oyese Aiden, y tuvo que frenar el torrente de sentimientos que se agolpó en su garganta. Era pronto, se dijo, para decir aquellas dos palabras que pulsaban por todo su ser, y no quería asustar a Aiden yendo demasiado rápido.

Kane tomó una respiración profunda y lo dejó ir.

—Hagamos una apuesta. Si gano, que lo voy a hacer —propuso, sonriendo de oreja a oreja—, tú me invitas a cenar, y si ganas tú, yo te invitaré a ti.

Aiden puso los ojos en blanco.

—Kane, puedo invitarte a cenar sin necesidad de hacer una apuesta.

—Déjalo —terció Rain—. No tiene ni un ápice de espíritu competitivo.

Blake se acercó hasta ellos y le tendió una sudadera a Kane.

—Toma, Ágata ya tiene la suya.

Blake no miró ni una vez en la dirección de Rain y ella sintió que el aire se tornaba denso e irrespirable.

—¿Ágata? —preguntó Aiden, confuso.

—Es nuestra veterana de segundo en el equipo de combate. La conocemos del instituto y va a participar con nosotros en la búsqueda.

—Voy a buscarla —indicó Blake, y se fue.

Rain lo siguió con la mirada, quizá uno de los trozos de su corazón roto se le había clavado en el pecho y por eso le costaba tanto respirar, por eso sentía que sus pulmones fallaban.

Aiden le dedicó una mirada a su mejor amiga y luego a su novio.

—¿Ha sido idea tuya para ganar?

—No, de Blake. Hace años, antes de que pasase lo de su padre, se llevaban muy bien y le pareció una buena oportunidad... —Al ver las caras de ambos se apresuró a añadir—: Para ganar, solo para eso.

Rain lo habría creído si no hubiese visto cómo Blake le pasaba el brazo por encima a una chica de piel bronceada y larguísimo pelo negro. La había visto en las competiciones de combate y era bastante buena, tenía los ojos de un curioso tono violeta y llevaba el flequillo muy corto por encima de las cejas, lo que le daba a su mirada y, en general, a sus facciones, un aspecto violento, cortante. Recordaba al comentarista haciendo una metáfora tonta sobre que sus ojos atravesaban antes que su espada.

«Todos mis amigos eran del club», le había dicho Blake. Una parte de ella se preguntó si habrían tenido algo más.

Aiden entrelazó el brazo con el de su amiga y con un gesto muy digno dijo:

—Pues que sepas que vamos a ganaros, solo nosotros dos, sin ser de Hidden y sin contar con la ayuda de veteranos —anunció, y tiró de Rain para ir a la mesa de inscripciones.

—¡Aiden! —lo llamó Kane totalmente desconcertado.

—Vamos a darles una paliza, pon a trabajar ese cerebro tuyo —le ordenó a Rain.

Ella le soltó el brazo para tomarle la mano y darle un apretón.

La búsqueda del tesoro siempre consistía en encontrar una llave maestra que abría un cofre donde estaban los colgantes insignia que llevarían durante un año los ganadores de la competición. Era evidente que los vecinos de Hidden se lo tomaban muy en serio y estaban muy implicados.

A pesar de que el día era gris y amenazaba con nevar, las calles estaban atestadas de gente. En la plaza regalaban chocolate caliente con nubes, té de especias y ponche templado de jengibre y canela; el humo de las bebidas se mezclaba con el vaho de los alientos. Los

abrigos, gorros, sombreros y bufandas daban un toque de color vibrante a la atmósfera festiva. Toda la ciudad estaba decorada con sus colores emblemáticos: el bronce y el granate, tan intenso que se acercaba al púrpura.

Era el perfecto día de invierno, un cuadro pintado con tanto detalle que se podía sentir.

La alcaldesa, subida a la escalinata del edificio gubernamental, tocó la vieja campana de la plaza y dio comienzo a la búsqueda. A todos los grupos se les había entregado una primera pista al azar. Rain tenía preparado su mapa de Hidden con los edificios más importantes marcados.

Double, double toil and trouble;
Fire burn and caldron bubble.

Los dos reconocieron la cita de las brujas de Macbeth en la primera parte de la pista.

—El fuego arde y el caldero hierve —musitó Rain para sí misma, pensando.

—Pócimas, habla de pócimas —dijo Aiden.

—¿Alguna tienda de pócimas? —Rain consultó el mapa y entonces se le ocurrió una idea—. La farmacia —apuntó con el dedo—. Esta es la más antigua de Hidden.

La segunda parte de la pista decía: «No llores, pequeña abeja». Y mientras iban de camino los dos lo repetían sin cesar, tratando de averiguar qué querría decir.

—Tiene que ser algo que debamos pedir —reflexionó Aiden.

Rain volvió a recitar el verso.

—Llorar... ¿Una pócima para la tristeza? No, eso no lo hay en la farmacia... —Abrió exageradamente los ojos y soltó un jadeo—. ¡Jarabe para la tos!

—¿Jarabe para la tos? —preguntó él, sin comprender, y entonces Rain vio en sus ojos cómo llegaba a la misma conclusión—. Lleva cebolla y miel, claro.

El farmacéutico les entregó la segunda pista, que hablaba sobre los fundadores de Hidden y que los llevó al Archivo Municipal. Allí

encontraron información sobre Ophelia Isolde Vanderlyle, que después de abrir la Academia recuperó el apellido Blean, dado que según su linaje era descendiente de la que se creía que era la nieta de la bruja Cordelia.

Aquello era una oportunidad única, en cualquier otro momento no les dejarían entrar al archivo sin un pase especial.

—¿Qué haces? —le preguntó Aiden.

—Quiero buscar si hay algún plano de la Academia original, para ver si están contemplados los túneles.

—¿Y qué piensas, robarlo? ¿Te has vuelto loca?

—No, solo quiero echar un vistazo y tomar un par de notas. Vigila que no venga nadie.

Rain fue hasta la estantería presidida por el cartel «PLANOS Y DIBUJOS» y miró los años de las plaquitas identificativas hasta que encontró el de la fundación de la Academia. No lo encontró. Se le ocurrió que quizá los planos debían de ser aún más antiguos, porque el castillo había tardado casi una década en ser construido.

Aiden, en la puerta, estaba a punto de sufrir un colapso, de vez en cuando oía pasos y tenía un microinfarto. Después de unos quince minutos, apareció un grupo de chicos del Crepúsculo que había encontrado la misma pista que ellos. Una de las archivistas los guiaba escaleras arriba, hacia donde ellos estaban.

Los iban a pillar y los expulsarían de la competición y los multarían por andar tocando cosas protegidas, y pensó que iba a desmayarse cuando Rain por fin apareció a su lado.

—Ya está, lo tenemos —anunció alegremente mientras se dirigía hacia las escaleras como si acabasen de resolver el acertijo.

Aiden no fue capaz de soltar el aire que retenía hasta que no estuvieron fuera del archivo.

—Por poco no me muero ahí dentro. ¿Te ha servido al menos de algo?

—Sí —contestó Rain, perdida en sus pensamientos.

La nueva pista los llevó hasta la calle más antigua de Hidden, un pequeño callejón estrecho y oscuro, con rosas negras colgadas a modo de adorno. En él estaba el primer *pub* de la ciudad, al que se bajaba por unas escaleras y que se asemejaba a una cueva.

El clima parecía más gélido y una niebla espesa lo llenaba todo, como si el humo de las chimeneas hubiese descendido hasta allí. Rain se encontró frente a un espejo que le devolvió su imagen, tenía la punta de la nariz y las mejillas coloradas por el frío, a juego con su bufanda. Se acercó un poco más a la imagen notando algo extraño, una pequeña grieta en su pómulo. Rain se llevó la mano a la cara y se fijó en que tenía los dedos manchados.

Trató de limpiárselos en el abrigo, pero la mancha siguió ahí. Se le encogió el estómago y quiso tranquilizarse buscando una respuesta lógica.

¿Qué era aquel espejo?

Se removió incómoda. La ropa le apretaba demasiado y la bufanda la asfixiaba. Tiró de ella con ambas manos cogiendo aire. Se rascó la nuca, que le picaba, y la sensación punzante se le extendió por la piel.

¿Era aquel espejo un reflejo de su alma? Aquella grieta, esas manchas, sus ojos algo apagados, opacos... La idea de que aquella fuese la imagen de su degeneración la llenó de pánico y angustia. Cogió aire, cada vez más deprisa. Trató de respirar profundamente pero apenas conseguía llenar el pecho y se le escapaba.

¿Qué le estaba pasando?

«Rain, Rain, Rain». A lo lejos le pareció oír que alguien la llamaba. Tenía que tapar el espejo, no podía dejar que nadie viese su interior.

—¡Rain! —Esta vez la voz llegó más fuerte y clara y se dio cuenta de que era Aiden.

—¡No vengas! —gritó.

—Es niebla alucinógena, necesitamos un hechizo.

El fuego que se había iniciado en su cabeza y que se había propagado por todo su cuerpo empezó a consumirse hasta quedar reducido a unas pequeñas brasas, lo que le permitió pensar con un poco de claridad.

Colocó las palmas de las manos frente a sí, girándolas en direcciones opuestas mientras pronunciaba la palabra *inversa*. Su aura se condensó en el espacio entre ellas, acumulándose hasta que Rain sintió su carga. Entonces, cerró los puños, comprimiendo su poder, que brilló entre sus dedos. Con un movimiento brusco, los

abrió y liberó el hechizo. La realidad se quebró como un espejo resquebrajado, y la niebla se disipó, revelando por fin a Aiden.

Rain cayó al suelo jadeando.

—Me ha hecho ver que el mundo se caía hacia un vacío infinito. P-por poco no echo el desayuno —balbuceó Aiden.

Un pequeño trozo de metal apareció entonces, la punta de la llave que necesitarían para abrir el cofre, y la siguiente pista.



«Solo en la agonía de despedirnos somos capaces de comprender la profundidad de nuestro amor».
GEORGE ELIOT





Capítulo 17



«Donde el agua es tumba y la calma engaña», citaba la pista. Rain y Aiden habían concluido que el parque principal de Hidden y, en concreto, su lago, era el lugar que indicaba.

El parque estaba encajado en el corazón de la ciudad, lleno de robles y olmos, cuyos troncos estaban retorcidos y cubiertos de musgo. Se adentraron por uno de sus senderos empedrados. El viento movía las pocas hojas que quedaban en los árboles, que parecían estar susurrándoles algo.

Aiden se estremeció y se arrebujó en su abrigo.

Aquí y allá había bancos de hierro forjado, desgastados por el tiempo y farolas antiguas que parpadeaban suavemente emitiendo una luz cálida.

El lago estaba rodeado de sauces llorones, cuyas ramas colgaban como dedos largos, casi rozando la superficie del agua.

—Cuenta la leyenda que en este lago ahogaron a unas brujas sepultándolas bajo el hielo, y por eso se decidieron a erigir Hidden en este punto —le explicó Rain a Aiden.

—Sí que te has preparado para esto.

—Me gusta saber cosas y me gusta ganar —comentó Rain, encogiéndose de hombros.

A pesar de su ambiente algo lúgubre, en el parque también había pequeños puestos de bebidas calientes que ofrecían tazas de chocolate y galletas especiadas. Estaban colocados en una pequeña placita donde había una estatua en conmemoración a Ophelia Blean.

En la orilla del lago había un funcionario identificado con una banda con los colores de la ciudad y una plaquita con su nombre «Theodore Pembroke».

—Vaya, estupendo. Son ustedes los segundos en llegar. Comenzaremos en cuanto llegue el tercer grupo —dijo el señor con expresión alegre y señaló hacia un lado, donde estaban Kane, Blake y Ágata.

Claro, porque, si existía una forma de que todo saliese mal y fuese lo más doloroso posible, los dioses lo harían.

Blake parecía terriblemente aburrido recostado en un banco con las piernas estiradas y las manos embutidas en los bolsillos de su abrigo largo. Sus ojos ese día eran de un gris cristalino, como el del cielo, casi parecían transparentes. A esa distancia, Rain no podía oír lo que decía, pero estaba hablando con Ágata.

Kane se acercó en cuanto los vio y saludó a su novio con los ojos iluminados. A veces Kane le recordaba a esos cachorros de perro gigantes que se alegran muchísimo al ver a sus dueños cuando vuelven a casa. Aiden se estremeció de frío y Kane abrió su abrigo para acogerlo dentro.

—Solo hasta que empiece la prueba, entonces volveremos a ser enemigos —le dijo Aiden.

—Qué dramático eres —contestó Kane, y le dio un beso rápido.

Rain se apartó un poco para dar intimidad a la pareja feliz y volvió a dirigir su atención hacia Blake. Esta vez se encontró con que él también miraba en su dirección, sumergirse en sus ojos fue como si la golpease un viento helado. ¿Se podía matar a alguien con indiferencia? Porque Rain sintió como si la hubiese atravesado.

Blake sonrió a Ágata, que le dio un golpe amistoso en el brazo. Era obvio que estaban flirteando.

Se había dado buena prisa en pasar página... Era ella quien se lo había pedido, pero aun así dolía igual. La maldita ironía de los

sentimientos. «Me duele que me quiera y me mata que no lo haga», pensó.

Y entonces, cuando nada parecía ser peor, apareció el tercer grupo; el de Jun.

—Perfecto, ya podemos comenzar la prueba —anunció alegre Theodore Pembroke.

Jun apenas le dedicó un vistazo a Rain. Todavía estaba enfadado porque hubiese ayudado a Blake. Y Rain sabía que tenía derecho a estar dolido, pero su actitud empezaba a cansarla. Jun formaba grupo alegremente con la persona que la había obligado a besar a Blake sabiendo cuánto daño le haría eso a él. La chica que la había tirado al suelo aposta después del examen de Defensa.

—La prueba consiste en una carrera por el lago, solo un miembro de cada grupo puede participar. El primero que cruce a la otra orilla encontrará el siguiente fragmento de llave. Si están en apuros uno de sus compañeros puede ayudarlos, al que nombrarán como sustituto. Como ya saben, está absolutamente prohibido interferir en las pruebas de los demás participantes, si lo hacen serán descalificados.

Rain y Aiden se miraron, ninguno de los dos era especialmente atlético, así que estaban en clara desventaja con el resto de los grupos.

Aiden miró el lago con horror.

—Yo lo haré —dijo Rain.

—¿Qué? ¿Estás segura?

—Soy yo la que quería participar y te he arrastrado a esto.

Y algo le decía que el lago tendría obstáculos. Si la prueba estaba relacionada con la leyenda... Se estremeció solo de pensarlo. Aquella búsqueda del tesoro tenía la finalidad de inculcar la historia de Hidden en los participantes, así que estaba segura de que lo estaría, el lago cedería bajo su peso y caerían al agua. No haría que Aiden pasara por eso.

Ágata, Jun y Rain serían los participantes. Blake, Vasilyev y Aiden, los sustitutos. Rain rezó para que los obstáculos fuesen fáciles de sortear con hechizos, porque si todo era físico no tenía ni una posibilidad.

Los tres se colocaron a unos diez metros de distancia entre ellos. A Rain el corazón le latía tan deprisa como corrían sus pensamientos. El funcionario dio la salida y tanto Ágata como Jun salieron disparados tratando de luchar contra la superficie resbaladiza. El viento era tan frío que cortaba la piel, silbaba en sus oídos, furioso, y los golpeaba con finos copos de nieve que congelaban sus rostros expuestos.

Rain eligió un hechizo de dibujo, si tallaba el hielo con patrones tendría más fricción y le sería mucho más sencillo correr. Con un rápido movimiento de las manos, encantó la suela de sus botas y se lanzó al lago. La superficie quedó marcada en cuanto la pisó y el patrón de líneas y runas se extendió a su alrededor como una onda expansiva de líneas brillantes a su paso.

De repente, Ágata chocó con una pared invisible que la hizo caer al suelo y resbalar por el hielo que se llenó de grietas. Rain abrió la mano derecha convocando su aura hasta endurecerla como una piedra y la lanzó delante de ella. La piedra rebotó a unos metros un par de veces y la superficie se desmoronó con un estruendo. Rain casi no tuvo tiempo de frenar al llegar al borde. Movió los brazos en círculos mientras el estómago le subía hasta la garganta.

«Ha faltado poco», suspiró.

Reunió el agua del lago y la elevó hasta formar un arco y con un sencillo conjuro de enfriamiento la congeló hasta formar un puente; lo malo era que resbalaba muchísimo más.

Un poco más adelante, Jun, esquivaba estalagmitas de hielo que surgían como lanzas desde el suelo tratando de detener su avance. Ágata, con una destreza que parecía casi sobrenatural, saltaba de un trozo de hielo a otro, con el equilibrio de un felino en una cuerda floja.

—¡Cuidado! —gritó Aiden.

Rain estaba a punto de cruzar, cuando uno de los trozos de las estalagmitas que Jun había hecho explotar salió disparado, chocando contra su puente y desmoronándolo al momento.

El frío la envolvió instantáneamente, el agua le robó el aliento y la atrapó con su agarre glacial. Los músculos se le agarrotaron, y cada movimiento se sintió como nadar en melaza. El peso de la ropa

mojada la arrastraba hacia las profundidades. La superficie se alejaba, distorsionada, como si la luz del mundo exterior fuera inalcanzable. La visión se le oscureció, y un terror primitivo se apoderó de su mente.

Imágenes de las brujas ahogándose sepultadas bajo el hielo la invadieron. Le pareció que el lago se cerraba sobre su cabeza y se vio a sí misma pálida y sin color flotando inerte, mecida por la corriente, hundiéndose en la oscuridad.

Blake se lanzó hacia la orilla con el corazón acelerado, pero la mirada severa de Theodore Pembroke lo mantuvo clavado en el sitio. Tensó la mandíbula, desesperado, mientras los segundos se alargaban y estiraban. Aiden había salido en auxilio de su amiga, pero no se movía tan rápido como debería.

Jun, que había mirado hacia atrás durante un segundo, dudó esperando ver a Rain emerger del agua.

—¡Jeong, tienes que ganar! Sigue —chilló Alberta, y sonó más a una advertencia que a una frase de ánimo.

Las expectativas de su equipo le pesaban sobre los hombros. Si se detenía, si ayudaba a Rain, lo descalificarían.

Alberta le hizo un gesto con la cabeza en dirección a Ágata y Jun, esquivando una nueva sarta de estalagmitas, las hizo estallar con fuerza. Los fragmentos volaron en todas direcciones, y uno de ellos golpeó a Ágata y la tiró al agua.

Blake echó a correr por el lago en ese mismo instante. Sus pies apenas tocaban el hielo mientras pronunciaba un hechizo de velocidad. Cada paso quebraba la superficie congelada, dejando grietas. Los trozos de hielo que Jun seguía lanzando estallaban en el aire, pero Blake, con una destreza increíble y prácticamente sin inmutarse, los desvió y los pulverizó en una fina lluvia de cristales. Y se tiró al agua, que estaba teñida de rojo, a por Ágata. El trozo de hielo la había golpeado en la sien y sangraba.

A lo lejos vio a Rain que se hundía lentamente, como si hubiese perdido la consciencia, Aiden ni siquiera asomaba por la grieta. Blake agarró a su compañera y nadó con ella hacia arriba, no era su problema, no podía intervenir. El corazón le bombeaba deprisa,

retorcido y acosado por las espinas del miedo, que rezumaban un veneno que se colaba en su sistema.

Y, entonces, en el último momento, paró y se rindió. Estiró el brazo y calentó el agua alrededor de Rain, haciéndola moverse, formando una corriente que la hizo ascender hacia arriba con facilidad y por fin la mano de Aiden asomó por el borde del hielo y tiró de su amiga hacia arriba.

Rain tosió ahogada expulsando el agua que había tragado. Aiden creó una chispa de fuego en sus manos y sopló un viento suave para calentarla.

—Pensaba que te perdía. ¿Cómo has subido tan deprisa?

—No lo sé... Al principio parecía que el agua quería tragarme y he tenido visiones, como si fuese una de las brujas que se ahogó, y de pronto ha sido mucho más fácil nadar —jadeó Rain.

A su izquierda Blake sacaba a Ágata que todavía sufría las visiones y la abrazó tratando de darle calor.

El frío se cristalizó en las venas de Rain. Una enorme bola de vacío se expandió por su interior, aplastándolo todo a su paso, provocándole una mezcla de dolor y rechazo genuino. La tristeza la atravesó como una flecha. El hielo bajo sus pies crujió y se resquebrajó, como su propio corazón.

Miró sobre su hombro hacia la derecha, donde Jun seguía avanzando. La había tirado al lago, puede que sin querer, pero ni siquiera estaba preocupado. Jun no había vacilado en deshacerse de ella ni por un segundo. Siempre elegiría su deber antes que a ella, ya debería saberlo.

La rabia comenzó a burbujear dentro de Rain. Se sentía sola y rechazada. Traicionada. Una mezcla ardiente de impotencia y dolor avivó su malestar. Siempre sería la segunda opción, de nuevo no la habían escogido, en ese momento tan vulnerable todas las ideas y emociones negativas salieron en tropel, corrosivas, malvadas y retorcidas. Y la tristeza empezó a transformarse en furia. Miró al grupo de Jun, que sonreía victorioso. No pensaba permitir que terminase así, no dejaría que la humillasen de nuevo. No les dejaría ganar.

—Corre hacia la orilla —avisó a Aiden, y le dirigió una mirada a Blake y Ágata, que había recuperado la consciencia.

Se puso de pie con dificultad mientras los bordes de la visión se le teñían de rojo y las manos comenzaban a temblarle envueltas por su aura.

—Rain...

—¡Corre! —le chilló con una ferocidad que hizo eco en el lago, y le echó un último vistazo a Blake.

Aiden, leyendo su preocupación, le hizo un gesto a Blake, avisándole para que saliese del lago.

La superficie de hielo comenzó a temblar violentamente mientras Aiden se alejaba veloz. Rain dejó de sentirse conectada consigo misma y permitió que la rabia tomase el control de su ser, como había pasado cuando mató a la profesora Kêt. No era más que un recipiente, un canal para un poder desbordante que no podía controlar, ni tenía intención de frenar.

El hielo crujió como si algo gigantesco estuviese despertando debajo. Rain cerró los ojos, dejando que la furia rugiera a través de ella. La superficie sobre la que se encontraba se elevó varios metros en un movimiento brusco, y entonces las grietas corrieron como relámpagos, abriéndose en todas direcciones, irradiando desde ella como si fuera el epicentro de una tormenta. El sonido de la fractura fue un rugido ensordecedor, que les puso a todos los pelos de punta.

Rain se impulsaba hacia la otra orilla a gran velocidad. Todo su cuerpo estaba rígido, cubierto de sudor a causa del esfuerzo y su aura se iba volviendo cada vez más y más incolora conforme se agotaba.

Las grietas alcanzaron a Jun que se tambaleó violentamente, el hielo se deshacía, se derrumbaba a su espalda y el agua helada se sacudía con una fuerza salvaje salpicándole, deseando tragárselo. Echó a correr con todo lo que tenía, sintiendo la fuerza del lago en sus talones, deseando devorarlo.

Rain y Jun estaban casi a la par, la orilla a un par de metros. El hechizo de Rain comenzó a desestabilizarse, a temblar, ella estaba a punto de perder la consciencia. Pero no podía parar. No lo haría. Igual que no lo había hecho en clase de Kêt con los cajones.

Sus cuencas, en blanco, se alzaron al cielo, pero estaba demasiado cubierto para tomar energía del sol.

Giró la cabeza despacio hacia Jun, su aura se proyectaba por todo su cuerpo para darle velocidad.

Estiró la mano y se imaginó un imán atrayendo un trozo de metal, se imaginó un agujero negro alimentándose de luz. Y de pronto, la azotó un hambre voraz, el éxtasis estalló por todo su cuerpo, y se sintió invencible, poderosa. El trozo de hielo se derritió bajo sus pies y Rain flotó, su pelo mecido por la fuerza de la magia.

Saltó hacia la orilla, veloz, vigorosa.

Cuando se apoyó, la tierra tembló bajo sus pies y cayó al suelo. La consciencia regresó a su cuerpo lentamente, como un susurro distante, y parpadeó adormecida. Apenas tuvo tiempo de procesar la imagen de Jun siendo tragado por una ola. Su visión se empañó cubierta por una niebla y todo le pareció un sueño. Algo cálido y húmedo le resbaló por la cara. Al pasar la mano por su nariz, vio el rojo brillante de la sangre. Apenas le importó.

Se rindió por completo, le costaba respirar y estaba muy cansada. Apoyó la cabeza en el suelo y notó un peso ligero en la palma. El trozo de llave que faltaba. Lo había conseguido.

Y, entonces, el mundo se apagó.



«Lo que más tememos es lo que más deseamos, y en la oscuridad, nuestras verdaderas pasiones se revelan».
ANÓNIMO





Capítulo 18



La boca le sabía a metal, amarga y áspera. Como si hubiese tragado clavos. La cabeza le dolía tanto que pensó que le estallaría, sentía pinchazos en cada una de sus articulaciones y escalofríos. Trató de recordar dónde estaba, cómo había llegado hasta ahí, pero le costaba pensar, como si sus ideas estuviesen fragmentadas.

Le dolía la mano derecha, la notaba tensa y le escocía la palma, donde sentía un dolor agudo y punzante. Tras varios intentos consiguió abrir los ojos. Un techo de piedra la saludó desde las alturas. Por suerte las luces eran tenues y no la cegaron.

Debió de hacer algún ruido. El dolor en su cuerpo era tan intenso que quizá lo había dicho en voz alta, o tal vez solo dejó escapar un quejido lastimero, como cuando de niña enfermaba y sollozaba buscando el consuelo de su madre.

En ese momento, Aiden apareció en su campo de visión. Le dijo algo que no consiguió oír al principio.

Poco a poco, Rain fue capaz de percibir más cosas a su alrededor: el pitido de una máquina, el dolor desagradable y pesado de una aguja en su brazo izquierdo, el olor inconfundible de una sala de hospital, los ojos rojos de su amigo, como si hubiese llorado, y el alivio en su expresión.

—¿Qué ha pasado? —Su voz sonó rota y pastosa.

—¿Te...? ¿Te has vuelto loca? ¡Casi te matas!

Rain trató de recordar y se sacudió cuando una punzada la atravesó de sien a sien.

—El lago...

—Ganaste la carrera. Theodore Pembroke tuvo que sacar a Jun del agua y cuando por fin conseguimos llegar a ti, estabas desmayada, con la cara y el pecho cubiertos de sangre y casi no te latía el corazón. ¿Sabes el susto que me has dado? Has estado a punto de matarte por una estúpida competición. Los sanitarios tardaron muchísimo en encontrar tu energía. —Se le escapó un sollozo—. Tuvieron que hacerte una trasfusión. Estabas tan débil que tuvieron que hacerlo allí, en el maldito parque.

A Rain le costaba recordar qué había pasado después de caer al lago. Las emociones seguían vivas y anudadas en su interior, pero los acontecimientos estaban borrosos, desdibujados.

—¿Qué hice?

Aiden alzó las cejas.

—Perdiste el control. ¿No te acuerdas?

Rain hizo una mueca de dolor, todo estaba teñido del color de la sangre.

—No... No sé...

—No sé qué clase de hechizo usaste —habló Aiden por encima de ella—. Pero el lago... Hiciste flotar un trozo de hielo quebrando la superficie, que se empezó a derrumbar y el agua parecía querer tragarlo todo con ferocidad, y tú saliste disparada... Fue impresionante, pero muy temerario.

—¿Y la competición? ¿Cuánto llevo inconsciente?

—Unas cuantas horas. Casi ha anochecido. Una vez que te trajeron al hospital consiguieron estabilizarte. El equipo de Kane fue descalificado y el de Jun busca el segundo fragmento de llave.

Rain parpadeó confusa, demasiadas cosas que procesar.

—¿Qué...?

—El segundo trozo de llave no apareció en la orilla, así que piensan que la prueba no fue válida.

Rain volvió a sentir el dolor punzante en la palma de la mano derecha, que tenía cerrada con fuerza. Poco a poco trató de abrirla,

tenía los músculos rígidos, se había hecho una herida y tenía la piel pegajosa por la sangre.

—Está aquí —dijo mostrándole a Aiden la segunda parte de la llave—. Apareció en mi mano cuando llegué a la orilla.

Rain trató de incorporarse para sentarse sobre la camilla. Le costó varios intentos y la ayuda de Aiden.

—No podemos seguir. Estás agotada.

—Pero tenemos la llave, solo tenemos que encontrar lo que abre.

—¿Por qué es tan importante? ¿Es por Blake, o es por Jun? ¿Quieres ganarles?

Rain se pasó una mano por la frente despeinándose el flequillo. Ninguno de los dos estaba allí. En realidad, Blake no le debía nada, pero que Jun no estuviese le sentó como una patada en el estómago. ¿No se suponía que tenían algo? Que estuviese molesto porque había ayudado a Blake, no justificaba que la tratase así.

—Quiero ganar, porque me gusta ganar. Pero además no pienso darle a Jun y a su equipo de imbéciles esnobs la posibilidad de hacerlo.

Se puso de pie tambaleándose, las rodillas le fallaron y tuvo que apoyarse en Aiden.

—Da gracias a que te quiero muchísimo y paso por alto lo mal que estás de la cabeza —refunfuñó él, apretándola fuerte—. Además, yo tampoco quiero que ganen. No me puedo creer que Jun decidiese seguir participando en vez de quedarse aquí. Me enfadé mucho con él. Es culpa de Novak, ejerce algún tipo de influencia sobre él que no llego a comprender.

Rain tampoco sabía el origen de ese poder, pero estaba dispuesta a averiguarlo.

Cuando llegaron al edificio gubernamental había un ligero revuelo, un grupo de chicos de segundo y el de Jun discutían con un funcionario. Aiden ya había estado allí la noche de Samhain, pero para Rain era la primera vez. Sus ojos recorrieron curiosos y embelesados los detalles del lugar.

Habían pillado algo de comer por el camino y se sentía un poco mejor, más entera.

—Deberían estar descalificados, ella se desmayó, ya no puede seguir. Tienen que repetir la prueba o colocar el fragmento final de la llave en otra parte —insistía Novak.

—Y deberíamos poder recoger el primer fragmento otros dos grupos teniendo en cuenta que, el otro que participó en la carrera está descalificado —añadió uno de los de segundo.

—Tenemos que estudiarlo. No tiene sentido que el fragmento final no haya aparecido —explicaba el funcionario, que parecía cansado.

—Eso es porque lo tenemos nosotros —anunció Rain con una voz clara y alta que se abrió paso por el vestíbulo.

Todos se volvieron hacia ellos, que sostenían la llave unida en una única pieza. Ah... el placer que le produjo ver las caras de fastidio, rabia y enfado de Alberta Novak y su equipo. La satisfacción fue tal que se olvidó de lo mal que se sentía, habría merecido la pena el mayor de los sufrimientos por aquella recompensa.

—Creo que me acabo de volver adicto a pisotear el ego inflado y malvado de Novak —susurró Aiden.

Rain no quiso mirar a Jun a la cara. Estaba profundamente decepcionada con él. Otra vez le había dado el poder de herirla.

Al funcionario se le encendieron los ojos de alivio y se acercó a ellos para examinar la llave.

—La tenía en la mano —explicó Rain.

—Muy bien. Tienen una hora para encontrar el cofre que abre, si no lo consiguen se reanudará la búsqueda y esa llave que poseen quedará invalidada —sentenció el funcionario—. Aquí tienen la última pista.

«Es hermoso contemplar las ruinas de las ciudades, pero es más hermoso todavía contemplar las ruinas de los hombres», rezaba el verso.

Rain y Aiden lo repitieron para sí mismos, como un conjuro. Había tantas posibilidades en aquellas palabras. Rain sacó su mapa de la ciudad: la torre del Cuervo y el templo de la Luna negra, que estaba dedicado a Hécate. Ambos eran los edificios más antiguos de Hidden y ambos estaban en ruinas.

El funcionario sacó un reloj de bolsillo y le dio inicio al cronómetro.

Aiden y Rain se marcharon a toda prisa mientras discutían las diferentes posibilidades entre ellos.

—¿A cuál deberíamos ir primero?

—El templo de la Luna negra está en la parte baja de la ciudad, tardaremos menos.

El edificio se remontaba a tiempos anteriores a la fundación de Hidden, cuando la zona no era más que un pequeño asentamiento de brujas. Había quedado parcialmente destruido tras la cacería que, según la leyenda, terminó con muchas de ellas ahogadas en el lago. Aunque algunos creían que su ruina no se debía a los humanos, sino simplemente al implacable paso del tiempo y a las inclemencias del clima.

Se sabía que era muy antiguo porque el culto a Hécate había desaparecido hacía siglos. Aun así, el templo parecía atrapado en una penumbra perpetua que hacía que los habitantes de Hidden evitaran el lugar. Sus muros de piedra negra, antaño imponentes, estaban cubiertos de musgo y surcados de grietas. Solo las columnas seguían en pie con inscripciones apenas legibles de símbolos lunares y runas antiguas.

La entrada, parcialmente colapsada, conservaba un gran arco de piedra tallado con la figura de una luna nueva, el emblema de Hécate, cuya presencia aún parecía impregnar el templo. En su interior, entre los restos del derrumbe, yacían estatuas rotas: vestigios de brujas ancestrales en posiciones ceremoniales.

El aire dentro tenía un peso extraño, una quietud densa que daba la sensación de que el tiempo transcurría más despacio. Al fondo, el altar de piedra ennegrecido por el fuego guardaba inscripciones casi borradas que hablaban de rituales olvidados.

El techo hacía mucho que había cedido, dejando pasar la luz del cielo nocturno y el viento, que susurraba a través de los escombros, creando la impresión de que el lugar estaba encantado.

—Este sitio da mal rollo —susurró Aiden en tono reservado—. Parece el escenario perfecto para que te maten.

—¿Ves algo que pueda ser el cofre que buscamos?

Los dos hablaban en voz baja como si la solemnidad del lugar los obligase a ello.

Aiden miró a su alrededor sin separarse de Rain.

—No, solo veo sombras que parecen venir a por mí. Soy joven y acabo de empezar a salir con el chico más guapo que he conocido nunca, no puedo morir todavía.

—No vamos a morir, Aiden.

—Todavía no le he dicho que le quiero, Rain. Si me muero por esta tontería prometo atormentarte mientras vivas.

—Yo iré a buscarte a los remolinos y te traeré de vuelta si eso ocurre, no te preocupes.

—Gracias, eso me relaja muchísimo.

El altar parecía cargado de energía, como si la piedra tuviese vida, y al acercarse a él se les erizó el vello. Rain pasó la mano por las runas desgastadas, que adquirieron un leve brillo, y esperó a ver si el cofre se manifestaba de alguna forma. No ocurrió nada, sin embargo. El templo permaneció tal cual, inquietantemente majestuoso e imponente a la vez que tenebroso.

—No está aquí —dijo Aiden—. Y nos quedamos sin tiempo, tenemos que ir a la torre del Cuervo.

Rain dejó escapar un suspiro derrotado antes de echar a correr. La torre se alzaba sobre una colina cercana al parque donde habían encontrado el segundo fragmento de llave. En tiempos antiguos, había servido como punto de comunicación, sobre todo con Eurínome, pero hacía mucho que había caído en desuso.

Cuando llegaron a la cima, Rain jadeaba y sentía cómo su energía se estiraba hasta el límite. Pronto no le quedarían fuerzas.

La torre tenía varios niveles y en su cúspide, ahora en ruinas, se encontraba una gran cámara circular donde las brujas invocaban a los cuervos para enviar sus mensajes. A pesar del desgaste del tiempo, la estructura principal aún se mantenía en pie. El techo mostraba algunos huecos que dejaban entrar la luz de las estrellas, iluminando el polvo que flotaba como luciérnagas.

En su base, se podía ver la vieja escalera de caracol que en el pasado conducía a lo alto, pero que ahora estaba destruida.

Rain y Aiden caminaron con cuidado por el suelo de piedra irregular y desgastado, que crujía bajo sus pies. Se levantó una brisa

fría que recorrió los pasillos, haciendo chirriar la estructura, y los cuervos graznaron a lo lejos, acompañando la fúnebre sinfonía.

—¿Por qué no han elegido una acogedora tienda de galletas y caramelos? ¿Por qué no un *pub* animado? ¿Tenían que hacernos el *tour* del terror de Hidden? —se quejó Aiden, al tiempo que esquivaba una telaraña.

—Porque estos lugares cuentan la historia de la ciudad. Además, tú no crees en fantasmas.

—Ahora mismo, Rain, podría rezarle a cualquier dios, aunque tuviera forma de rana, para que me salvara de esto.

—Solo es el efecto de la oscuridad —trató de razonar ella usando la lógica, pero lo cierto es que tenía escalofríos.

Rain sacó la llave y le pasó la mano por encima tratando de captar su energía, quizá así fuese más sencillo encontrar lo que abría.

—¿Sientes algo similar?

Aiden cerró los ojos y se concentró en ello. Era un hechizo sencillo, lo usaba a menudo cuando perdía las cosas por su habitación, aunque solo funcionaba si los objetos tenían algo de magia. Él arrugó la frente, concentrado, había demasiadas interferencias, todo el lugar desprendía restos de conjuros.

—Nada que se parezca remotamente a la llave —respondió abriendo los ojos de nuevo.

Rain consultó su reloj, les quedaban veinte minutos. El pánico comenzó a apoderarse de ella. Odiaba no saber qué hacer, no contar con un plan la estresaba y la hacía sentir inútil.

—Tiene que haber otro lugar. —Volvió a sacar el pedazo de papel con el verso—. «Es hermoso contemplar las ruinas de las ciudades, pero es más hermoso todavía contemplar las ruinas de los hombres» —leyó en voz alta y abrió el mapa—. ¿Hay alguna otra ruina que hayamos pasado por alto?

Aiden y ella comenzaron a bajar la colina mientras discutían diferentes posibilidades, pero ninguna parecía encajar del todo y a la vez casi todas podían hacerlo.

—¡Es demasiado ambiguo! —chilló Aiden, frustrado—. Puede ser todo o nada.

—¿Qué pueden ser las ruinas de los hombres? —preguntó Rain—. Edificios que construyeron y dejaron morir...

—Esos son los que hemos visitado —contestó él, de mal humor.

—¿Lugares que destruyeron ellos mismos? No, es algo más filosófico —se respondió a sí misma.

¿Dónde podían contemplarse las ruinas de los hombres?

—¿Antiguas civilizaciones? —teorizó Aiden—. Pero aquí no hay nada de eso...

¿Qué eran las ruinas de los hombres? «Piensa, Rain, piensa». Volvió a mirar el mapa, mientras murmuraba sin parar «ruinas de los hombres». ¿Dónde estaban? ¿Qué eran?

—¡El cementerio! —gritó, y los cuervos graznaron en respuesta—. Las ruinas de los hombres son sus restos, como los de los edificios... ¡Sus huesos!

Aiden le cogió la cara con ambas manos y le dio un beso en la frente.

—A veces adoro lo lista que eres. Tendremos que correr, ¡nos quedan diez minutos! —exclamó, tirando de ella.

Por suerte el cementerio no estaba muy lejos de allí.

Atravesaron la verja de hierro sin aliento. El lugar se extendía en un laberinto de lápidas y mausoleos erosionados y majestuosos. Los cipreses oscilaban perezosamente con el viento, al igual que sus sombras, que se proyectaban alargadas por la luz plateada de la luna, que aparecía de cuando en cuando tras las nubes. El viento mecía a los sauces llorones, cuyas ramas y hojas acariciaban suavemente las lápidas.

Aiden y Rain se apretujaron en busca de calor, allí el ambiente era más frío si cabe, podían ver el vaho de su aliento condensándose. Tenían las mejillas y la nariz completamente rojas y tiritaban.

—Cinco minutos —jadeó Aiden.

—¿Dónde dirías que está? —preguntó Rain, mirando a su alrededor desesperada y ansiosa.

Aiden volvió a sacar la llave y la apretó entre las manos mientras se concentraba en invocar su energía. Echó a caminar dejándose guiar y Rain lo siguió.

En el centro del cementerio, al final de un sendero cubierto de hojas y musgo, se alzaba la cripta de Ophelia Blean, una estructura imponente, decorada con gárgolas y ornamentaciones.

—Aquí —anunció.

Tres minutos, Rain pensaba que le iba a estallar el corazón.

Empujó con cuidado la puerta de hierro, que chirrió al abrirse. El interior olía a moho y a humedad rancia. Rain avanzó hacia el altar, donde el cofre descansaba cubierto de polvo, pero aún intacto, como si esperara su llegada.

—Está aquí —jadeó.

Dos minutos. Estaba temblando.

Aiden se lanzó a por él como si fuese la última galleta del paquete, y con las manos temblorosas encajó la llave en la cerradura. La cripta crujió ligeramente y el cofre se iluminó y se abrió por completo. Dos colgantes aparecieron dentro, cada uno con una llave idéntica a la que habían utilizado para abrirlo.

—Enhorabuena, han ganado la búsqueda del tesoro de este año —dijo Theodore Pembroke, que había aparecido en la puerta de la cripta—. ¡Son ustedes los nuevos Portadores!

Tanto Rain como Aiden se colocaron las insignias al cuello.

—Su poder mágico expirará dentro de un año.

—¿Qué hace exactamente? —preguntó Aiden.

—Es protector —contestó Pembroke, sucinto—. Ahora ya pueden ir a la plaza donde comenzó la búsqueda para la celebración.

—¡Genial! Kane me debe una cena ahora y estoy deseando ver la cara de Alberta Novak.

En la plaza no cabía ni un alfiler. Una banda punk de chicas vestidas como brujas tocaba sobre un pequeño escenario una mezcla de pop-punk y *grunge*. El aire estaba impregnado del olor de la comida de los puestos, que no daban abasto atendiendo a la gente hambrienta y deseosa de bebidas calientes.

La alcaldesa había presentado a Aiden y Rain como los nuevos Portadores y había escritos sus nombres en la lista de vencedores. La directora Blean les había dado la enhorabuena junto con el profesor Diop y habían iniciado la celebración. Desde el escenario habían disfrutado de la espectacular vista de las miradas de odio y envidia en las caras de Alberta Novak y su grupito.

Aiden estaba atiborrándose junto con Kane, mientras le contaba con detalles los agónicos momentos de su búsqueda del cofre y le mostraba orgulloso la insignia.

—La verdad es que, si no conseguía llevármela, quería que la ganases tú —afirmó Kane, rodeándolo con el brazo, y le dio un beso rápido en la sien—. Salgo con el Portador. ¡Suena tan sexi!

Aiden estaba tan feliz, que ni siquiera se avergonzó al oírlo decir eso.

Rain estaba sentada a un lado de la plaza, devorando un rollito de salchicha junto con una taza de sopa de cebolla bien caliente, para entrar en calor. Su cuerpo, agotado y sin energía, tenía un hambre voraz, un agujero insaciable en el estómago. Ese era fácil de llenar; el que tenía en el pecho, no tanto.

Jun discutía con los miembros de su grupo junto a uno de los puestos de comida. Rain no sabía si ir a hablar con él o no. Estaba enfadada, pero la tristeza era aún mayor y aplacaba el primer sentimiento.

Jun, al separarse de su grupo, se acercó a la zona donde estaba ella y cruzaron la mirada. Su cuerpo se sacudió como si hubiese visto a una criatura del Otro Lado en vez de a su mejor amiga... o lo que fuesen en ese momento. Y se echó hacia atrás, como si no hubiese esperado cruzarse con Rain.

Ella tiró los restos de su comida a un cubo de basura y fue hacia él con paso decidido para encararlo.

—¿Ibas a evitarme? —le espetó.

Jun abrió mucho los ojos, sorprendido por el tono duro de Rain.

—No es un buen momento, Rainy.

La mención de su apodo le provocó un escalofrío de disgusto e hizo una mueca.

—Quiero que me respondas a algo —le pidió—. Ya sé que en la prueba no iba a pasarme nada malo, porque el funcionario me habría sacado del agua. Por si querías utilizarlo como justificación por no haberme ayudado.

Jun torció el gesto al recibir la pulla y tuvo la decencia de mostrarse ligeramente culpable.

—Pero, si no hubiese sido una prueba, si hubiese ocurrido en la vida real, ¿habrías ido a por mí?

Rain no quiso perder detalle de su reacción, quería ver la verdad reflejarse en sus ojos. El rostro de Jun se tensó, sus facciones parecían talladas en piedra, y aunque estaban a un metro el uno del otro, la distancia pareció crecer con cada segundo hasta que los separaba el mundo entero.

—Rain.

—La verdad. Respóndeme.

Jun se mostró irritado.

—No —contestó—. No, no habría ido, el equipo está por encima.

Rain asintió débilmente. Lo sabía, en realidad, ya lo sabía. Pero quería oírselo decir, quería la confirmación.

Jun pudo ver cómo algo se rompía tras los ojos de Rain. La última pieza que quedaba en pie de su admiración o de su confianza en él. El vacío que quedó le heló el pecho. No, no podía permitirlo. Sus músculos se tensaron por el pánico, y antes siquiera de que pensara en moverse, estiró el brazo en un impulso desesperado y la sujetó con fuerza, aferrándose a ella como si al soltarla fuese a perderla.

—Entiéndelo. El bien común está por encima del individual, Rain. Y eso no quiere decir que no me doliese tomar la decisión. Pero ¿cómo podría abandonar mi tarea, cómo podría tirar el trabajo de todos por algo personal? Eso me convertiría en un egoísta. Es lo que hacen los del Crepúsculo.

Las palabras de Jun sonaban muy bonitas y grandilocuentes. El héroe abnegado que lo entrega todo. Menuda mentira, pensó Rain. Ya los conocía mejor, ellos solo trabajaban para sí mismos, para su propio poder y beneficio.

—Hay que ser valiente para admitir que uno hace algo por motivos egoístas. Y cobarde para camuflarlo como «el bien común» —dijo

Rain en un tono cansado y apático—. Pero si quieres esconderte ahí, adelante.

Rain se alejó y Jun no intentó frenarla. Todos tienen miedo de ser los malos en la historia de otros, quizá por eso ella no había usado el colgante que le había robado en la fiesta de Yule. No es que tuviese derecho a reprocharle a Jun sus decisiones, pero odiaba la forma que tenía de justificarlas.

La música de la banda golpeó más fuerte con un ritmo pulsante como el de un corazón acelerándose. La voz de la cantante sonaba desgarrada y suplicante, y los cuerpos se movían siguiendo aquel compás frenético. El mundo se agitó como una marea azotada por un viento huracanado, y Rain se dejó zarandear, un poco rota, un poco ahogada.

El ruido de la fiesta y el murmullo de las voces se desvanecieron. No existía música en el infierno, solo un silencio infinito y aplastante. A través de la multitud de cuerpos desdibujados y formas desfiguradas, de manchas de colores apagadas, de pronto se abrió un espacio frente a ella; un claro en el bosque, el marco de un cuadro en movimiento, una ventana al horror. Porque ahí estaba Blake, entrelazado con Ágata, sus labios unidos en un beso voraz.

El tiempo se detuvo.

O quizá solo fue su tiempo, el mundo seguía moviéndose cada vez más y más rápido y ella permaneció inmóvil, atrapada en aquella imagen.

«Mátame, ¿qué daño podría hacerme? Si yo ya estoy muerta».



«Eres un fuego que arde sin consumirse,
un infierno que devora con intensidad».
ANÓNIMO





Capítulo 19



Los días se volvieron una sucesión borrosa. Rain entrenaba y practicaba conjuros hasta que no le quedaba energía y sentía las sensaciones previas a un desmayo. Era la última en dejar el aula de Defensa, después de haber practicado con el arma que estaban aprendiendo a manejar ese trimestre: el arco.

—Ahora no os parecerá muy útil, pero cuando podáis imbuir la flecha con vuestra magia, veréis la diferencia. No hay escudo protector que anule una flecha directa al corazón con un hechizo de consunción, por ejemplo —les había explicado el profesor Li.

Rain tenía ampollas en los dedos y moratones en el antebrazo de tanto practicar. Estos se unían a su catálogo de arañazos cortesía de Tinieblas, que usaba las garras para despertarla de sus pesadillas. Y alguna vez también, cuando no conseguía la postura correcta o se le escapaba la cuerda, se cortaba la mejilla.

«Esto es lo único que tienes», se decía. Podía ser la mejor o no ser nada. Rain sabía dónde residía su valor como persona y era en sus capacidades como bruja. Quería ser tan buena, tan importante que no pudiesen abandonarla jamás. No necesitar a nadie nunca. Llenaría el vacío que sentía con poder. Si nadie la escogía por voluntad propia, entonces sería necesaria.

Aquellas ideas fluían como un torrente venenoso por su sistema cada vez que veía un retazo de Blake y Ágata en la Academia. Ni siquiera había acudido al encuentro de Combate de destreza que se había celebrado una semana después de la búsqueda del tesoro.

Aiden había ido a buscarla a su habitación cuando había terminado todo. El Crepúsculo había ganado por diferencia de dos al Amanecer. Pero Rain no estaba en su cuarto y la puerta estaba cerrada. Al día siguiente, no la había visto hasta la hora de la cena.

No es que Rain estuviese apática, es que en sus ojos había un brillo extraño, una feroz desesperación que nunca había estado ahí. Ella le daba largas cuando le preguntaba por el tema.

—Solo es por los exámenes. Quiero hacerlo bien —le decía.

Además, en los últimos días había comenzado a pasar tiempo con Miles Ashford. El extraño chico con pinta de *grunge* mortificado del Crepúsculo. No había que tener poderes de adivinación para saber que había ocurrido algo entre Jun y Rain, que no se hablaban, aunque Jun la seguía con la mirada a todas partes con una expresión triste y dolida. Y también con Blake, que ahora se enrollaba con Ágata Rochester, pero que también seguía a Rain con la mirada como si fuese una maldición que lo torturara.

Así que, Aiden, cansado de esa dinámica que había adoptado su mejor amiga y de su comportamiento obsesivo y destructor, acorraló a Miles Ashford en el patio trasero en uno de los descansos. A pesar de que ese día brillaba el sol, la brisa estaba llena de copos de nieve y la mayoría de los alumnos estaban dentro junto a las chimeneas.

Miles estaba inmerso estudiando una serie de cálculos matemáticos.

—¿Qué tienes con mi amiga Rain? —le espetó Aiden, sin más.

Los ojos verdes de Miles descendieron hasta Aiden, que era unos siete u ocho centímetros más bajo que él.

—¿Qué?

—Rain. Rain Lee. ¿Qué te traes entre manos con ella?

Miles se quedó pensativo un momento.

—Ah, claro, eres su amigo. Una vez te pregunté por ella. Lo recuerdo.

A Aiden la actitud relajada del chico lo estaba irritando. Y se preguntó, molesto, si es que era tonto. A pesar de ser atractivo, nadie le prestaba atención porque siempre parecía estar en la luna.

—Sí, soy su amigo y quiero saber qué pasa entre vosotros.

—No puedo decírtelo —respondió como si nada.

—¿Cómo?

—Rain me está ayudando con algo, pero no puedo compartirlo.

—¿Por qué?

—Porque es secreto, Aiden.

—¿Desde cuándo os conocéis Rain y tú para que le cuentes tus secretos? —gruñó él en respuesta.

—Desde enero —contestó sonriente.

Aiden colocó la mano a la altura del hombro de Miles, arrinconándolo contra la pared. Miles lo miró sin comprender muy bien qué hacía.

—¿Estás saliendo con Rain? Dime la verdad.

—No.

—¿Te gusta?

—Sí.

Aiden quería abrirle la cabeza a ese chico como una nuez y ver qué narices tenía dentro. Sintió que un brazo le rodeaba las costillas y tiraba de él. Cuando echó el cuello hacia atrás se encontró con la mirada seria de Kane.

—¿Qué haces? —le preguntó con suavidad.

Kane mantuvo a su novio pegado a él, a simple vista podría parecer que solo ayudaba al pobre Miles, pero en realidad había un ligero toque de inquietud y de posesión en su gesto.

—No quiere decirme qué tiene con Rain.

—Ya lo he hecho.

—¿El qué? —ladró Aiden.

—Ya te he dicho que está ayudándome con algo secreto.

Aiden gimió frustrado. A su espalda Kane hinchó el pecho y dejó escapar un suspiro.

—Perdona, Ashford. Aiden solo está preocupado porque Rain ha estado un poco rara las últimas semanas.

Miles asintió pacientemente.

—Lo comprendo. Tengo que seguir con esto —dijo, levantando su cuaderno—. Hasta luego.

—¡No hemos terminado! —chilló Aiden. Y Kane tuvo que frenarlo.

—¿Por qué no hablas con Rain? ¿Crees que está bien ir por ahí acorralando a la gente contra la pared?

—Me ha desesperado, tiene el cerebro de corcho —se quejó Aiden —. No entiendo por qué Rain pasa tiempo con él. Es imposible pillarla, casi nunca está en su habitación, es como si estuviese esquivando al mundo entero.

Kane abrazó a su novio.

—Enfadarte con ese chico no va a solucionarlo.

—Debe de ser cierto eso que dicen de que los rubios son tontos, porque por muy guapo que sea es lelo.

Kane arqueó las cejas sorprendido mientras volvían al interior del castillo.

—¿Te parece guapo?

—Sí, y tonto —siguió diciendo Aiden, furioso, sin notar el tono ligeramente dolido de Kane, que estiró la mano para cogerlo de la muñeca y girarlo—. ¿Qué...?

Kane le pasó los dedos por la nuca y se inclinó sobre él para besarlo. El movimiento los hizo trastabillar y chocaron contra uno de los arcos del pórtico. Aiden le puso una mano a Kane en la mejilla y se separó para coger aire.

—¿Estás celoso? —le preguntó con incredulidad.

—Bueno, ver a mi novio acorralando a otro chico contra la pared... De lejos parecía que os estabais enrollando. Solo me he puesto nervioso...

Aiden lo rodeó con los brazos apretándolo con ternura. Kane le había contado que había pillado a su anterior novio con otro chico, así que entendió de dónde venía su inquietud.

—Perdona.

Kane dejó escapar una risita.

—No he pensado que lo estuvieses haciendo. Pero me he sentido... Por los remolinos, suena patético.

—No, lo entiendo. Y que conste que, aunque he dicho que Miles Ashford es guapo, ni siquiera se acerca levemente a lo atractivo que

eres tú.

Aiden pensaba que la gente con el físico de Kane nunca se sentía insegura. Así que le descolocó mucho descubrir que en el amor eso no importaba, que aunque él tenía claro que era quien salía ganando al estar con Kane, pues lo consideraba fuera de su liga, la realidad no era así. Estar enamorado era igual para las dos partes, no existía una jerarquía que colocase a uno por encima de otro. Así que Kane también podía sentirse inseguro o afortunado por estar con él.

—Kane —comenzó Aiden. Llevaba semanas con aquella emoción dándole vueltas en el pecho, la tenía en la punta de la lengua, en las yemas de los dedos, en cada fibra de la piel—. Te quiero.

Los ojos de Kane se abrieron grandes, preciosos, felices, emocionados. Lo agarró por la cintura levantándolo del suelo como si apenas pesase y lo estrechó contra él.

—Maldita sea, Clark, cómo te gusta tener la última palabra. Iba a decirlo yo.

—Más te vale. Si no habría mandado maldiciones a tus sueños a atormentarte.



«No quiero ir nada más que hasta el fondo».

ALEJANDRA PIZARNIK





Capítulo 20



Miles Ashford desplegó el mapa estelar que había dibujado sobre dos mesas de la biblioteca. Había diferentes marcas que indicaban planetas, estrellas y otros elementos, pero el más importante era el «agujero negro».

Semanas atrás había buscado a Rain para darle la noticia de que había hecho un hallazgo importante. Aquella anomalía que Miles investigaba se había registrado una única vez en el pasado, al menos, en todos los libros que había conseguido consultar. Y, ¿quién era la persona que había escrito sobre ello? Henry S. Howard.

Rain recodaba el artículo en el que hablaban sobre sus prácticas anómalas, que no había conseguido aportar nada de valor a la comunidad del Mundo Fuera de lo Normal y que justificaba sus descubrimientos con profecías «inventadas».

Así que ahora todo encajaba, habían expulsado a Howard de Eurínome por escribir sobre la existencia de un agujero negro que según ellos no existía y lo habían tachado de narcisista desequilibrado con ansias de notoriedad.

Miles le había dado a Rain un nuevo hilo del que tirar, un nuevo enfoque que daba consistencia al resto de los retazos que tenía. Desde entonces, Miles y ella habían intentado buscar más información sobre la investigación de Henry Howard, pero era

prácticamente imposible encontrar nada. Mientras tanto, él trataba de demostrar que aquello que sus cálculos decían era en efecto un agujero negro y qué implicaciones podría tener. Además de responder a la pregunta de por qué habían censurado a Howard, por qué no querían que se supiera.

Y Rain tenía una teoría, pero para confirmarla debía entrar en la sala oficial del club de Política, el cual era sospechosamente parecido al de Liderazgo que manejaba Sebastian Howard, hijo de Henry, y buscar entre sus documentos.



Rain se dirigía hacia la torre del Amanecer con prisa después de su sesión de entrenamiento. Miles a veces se pasaba por allí y le contaba sus progresos mientras ella practicaba. Era lo suficientemente tarde para no cruzarse con nadie volviendo del comedor.

Aunque, para su sorpresa, la chica oyó las voces del profesor Gunnar Berg y la directora Blean, que bajaban las escaleras principales.

—Se nos han acabado las hojas del árbol de los cuarenta escudos —decía Berg—. No suele pasar, a veces, escasean en época de exámenes, pero están desapareciendo a un nivel anormal junto con ingredientes de la poción de vigilia.

—Mañana encargaré más en Hidden. Quizá deberíamos guardar los ingredientes bajo llave, no es saludable que se consuma en exceso —contestó la directora.

Rain esperó pacientemente a que se marcharan y siguió su camino. En su habitación, Tinieblas la recibió colándose entre sus piernas con actitud cariñosa. Ni siquiera el cansancio acumulado tras el entrenamiento era capaz de aplacar la sensación de tristeza que sentía. Intentaba dejar su cuerpo tan exhausto como fuese posible para que sus emociones se atenuasen, pero nunca lo conseguía.

Había vuelto a ver a Blake con Ágata Rochester, pensaba que a estas alturas ya se habría acostumbrado. No, el dolor seguía siendo

el mismo, como si un hierro ardiendo le tocara la piel. Y no era solo el hecho de que Blake estuviese con aquella chica, sino que había desaparecido por completo de su vida. La estaba matando.

Se había enamorado del chico que representaba todos y cada uno de los pecados que nunca se había atrevido a cometer. Blake era su descenso a los infiernos y, cual demonio tentador, la había conducido por senderos oscuros. Él tenía el poder de entrar en los corazones de los demás con facilidad, pero no dejaba que nadie se acercase al suyo. Y así había conseguido romperla por completo. Rain había pensado que si se alejaba de él todavía podría salvarse, pero había sido demasiado tarde.

Ahora esperaba. Agonizaba. Buscaba cualquier distracción, cualquier cosa que la ayudara a aligerar el dolor permanente que sentía.

Y esperaba.

Eso es lo único que hacía.



—¿Qué es un hechizo de ilusión? Es un conjuro invasivo que ataca la mente del que lo recibe pues hace real algo que no lo es. Al igual que el de consunción, son hechizos que no pueden utilizarse a la ligera y que están castigados. Solo algunos miembros de las órdenes pueden usarlos con la debida autorización —explicaba Alan Irk.

—¿Y cuál es el castigo? —preguntó un chico, con curiosidad.

—Depende de la gravedad y de lo que determine el juicio. Por ejemplo, si la consunción se utiliza para matar: Tártaro. Pero en otros casos se puede poner un sello de control sobre el brujo o practicar un olvido, como he dicho, depende.

Irk paseaba a veces la mirada por Rain, que tomaba notas en su cuaderno de forma pensativa. Ella suponía que encontraba irónico y gracioso estar hablando de un hechizo que había usado contra un alumno. ¿La estaba poniendo a prueba?

—¿Qué hace exactamente un sello de control? —preguntó otra alumna.

—Un sello puede someter la voluntad de la persona hasta hacerla obedecer los dictados de quien lo ha marcado, esto se considera tabú. —La boca se le torció en una mueca divertida—. Normalmente sirven para delimitar el poder del brujo, lo hacen menos poderoso, limitan el alcance de su magia.

—¿Y cómo puede saberse si alguien tiene un sello de control? —intervino Alberta Novak; incluso con los profesores usaba ese tono altivo y ligeramente chulesco.

Irk la miró, y Rain creyó verle soltar una risa soplada y sarcástica.

—Creo que los he alarmado con esta información. Los sellos de control no son habituales. Son un tipo de magia extraña, cuyo origen se desconoce, tanto que se cree que no proviene de la energía de los remolinos.

—Puede que venga de las criaturas del Otro Lado —comentó un chico.

—Puede, puede que provenga de otros mundos y de otras magias, y en algún punto un grupo de brujas aprendiese a dominarla. Es magia «negra», por así decirlo. Corrompe a quien la utiliza, no tanto al que sella el poder, que también, pero sobre todo al que controla la voluntad y la somete. Así que no se preocupen, que a no ser que planeen cometer un crimen atroz, nadie se lo aplicará.

Rain reflexionó sobre lo que Irk se estaba callando. El olvido era un hechizo parecido, más duro que el control de poder, pero sin duda más piadoso que el control de voluntad. ¿Y por qué se aplicaría entonces? Claramente porque si el brujo a castigar era poderoso podía servir para llevar a cabo los designios del Consejo o de las órdenes. Algo era tabú hasta que podía ser útil para los intereses de los que estaban al mando, entonces dejaba de serlo.

Al terminar la clase, Rain se apresuró a marcharse, les tocaba bajar al patio para entrenamiento, así que antes debían pasar por los vestuarios para cambiarse. Esperó junto a las estatuas del pasillo hasta que vio llegar a Jun.

—¿Podemos hablar? —le pidió mientras jugueteaba nerviosa con los anillos del sol y la luna de sus dedos.

Jun la miró sorprendido, Rain lo había evitado durante esas tres últimas semanas, prácticamente había sido invisible para ella.

—Claro.

Descendieron la escalera que daba al patio y se refugiaron en un pequeño rincón bajo la atenta mirada del caballero de piedra de dos metros que sostenía un libro abierto en las manos.

—Siento haberme tomado tan mal tus palabras —comenzó Rain—. Me dolió pensar que no me escogerías. Siempre he querido que lo hicieses y el rechazo me hirió. Supongo que la idea de enamorarse de alguien y ser capaz de arrasar el mundo por esa persona es algo muy... infantil, ¿no? O que solo ocurre en algunas novelas.

Había algo realmente vulnerable en el rostro de Rain, algo frágil y roto tras sus ojos marrones. Jun llevó una mano hasta su mejilla, odiaba cuando Rain estaba lejos de su alcance, odiaba cuando la perdía.

—Tienes razón, Jun, mi objetivo siempre ha sido formar parte del Consejo y si quiero conseguirlo debo pensar en el bien común y no dejarme llevar por deseos personales. Es lo que hacen los buenos gobernantes.

Jun la abrazó con fuerza.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Y de que te hayas alejado de Ash Blake. —Le acarició el pelo y le agarró la cara con ambas manos—. Es muy bueno engañando y entiendo que pudiese confundirte. —Sonrió con ternura, casi con condescendencia—. Estaba claro que quería utilizarte y tú siempre has sido un poco ingenua. Eres una buena chica, Rain, y seguro que quisiste ver la parte bondadosa de Blake. Y en cierta forma, es culpa mía por haberte dejado sola. Me alegro de que estas semanas te hayas apartado de él. Te has dado cuenta de que en realidad no sentías nada por Blake, ¿verdad? De que todo era pasajero. —Su tono fue insistente, como si quisiese convencerla de ello, grabarlo en su cabeza.

Rain asintió despacio.

—Sí —contestó ella—. Tienes razón. —Le dedicó una sonrisa—. Deberíamos volver a cambiarnos o llegaremos tarde.

Rain comenzó a subir primero las escaleras hacia los vestuarios y Jun la alcanzó y la tomó de la mano. Arriba los alumnos que llegaban, Kane y Aiden, Hanna Lambert y Manon Dubois, fueron

testigos de cómo se separaban soltándose con cierta reticencia. Y tras todos ellos, apareció Blake, justo a tiempo de ser testigo del gesto cariñoso entre ambos.

Cuando Jun se marchaba, Rain volvió a tirar de él para acercarlo y levantándose sobre las puntas de los pies le susurró en confidencia, pero lo suficientemente alto para que Dubois y Lambert, que pasaban a su lado hacia el vestuario de las chicas, lo oyesen:

—Este viernes es tu cumpleaños, ¿tienes planes? Porque me gustaría celebrarlo contigo.

Más tarde, al terminar la clase de Entrenamiento en la que todos acabaron llenos de barro hasta las orejas —era curioso cómo la profesora Lewis siempre encontraba nuevas formas de torturarlos—, Alberta Novak se acercó a Rain para abordarla.

No le había pasado desapercibido el codazo que le había propinado en una parte del circuito y que la había hecho caer a un charco enorme y espeso de lodo. Si Rain no se encontrase tan cansada lo habría aguantado bien, habría sido incluso capaz de devolvérselo. De hecho, mientras la veía alejarse, había fantaseado con ello.

—Pasaste la prueba —comenzó a decirle Alberta mientras arrugaba la nariz con asco.

Rain la miró imperturbable.

—Soy consciente de ello.

—Bien, pues si quieres entrar al club tendrás que superar el ritual de iniciación.

Rain arqueó las cejas. Llevaba más de un mes esperando ese maldito momento.

—¿Cuándo?

—El viernes, después de clase, en la sala de los clubes. Y, si no vienes, estás fuera. Para siempre.

Y antes de que a Rain le diese tiempo a replicar, se marchó. Cuando Alberta se había alejado lo suficiente, Rain sonrió satisfecha.

Había sido tan, pero que tan fácil moverlos como piezas de ajedrez.

Rain salió del vestuario limpiándose las gafas con la tela de la camisa. Se había quedado más que el resto bajo el chorro de agua,

tan agotada que pensó que se diluiría hasta acabar yéndose por el desagüe. Notó unos ojos sobre ella y levantó la cabeza para encontrarse con Blake, que, en ese momento, salía del vestuario de chicos.

Él se detuvo en seco al verla. Su mirada la recorrió con una intensidad que la hizo tensarse, pero Rain no dijo nada. Solo se quedó paralizada, como un animal al que sorprenden los faros de un coche en mitad de la noche, inmóvil y asustada, incapaz de apartarse del impacto.

Rain sintió los dedos entumecidos alrededor de sus gafas. El silencio era insoportable. Casi podía oír el goteo del agua deslizándose desde su nuca hasta la clavícula.

Tragó saliva, tenía la garganta árida.

Blake fue el primero en moverse. Se pasó la lengua por el labio de forma inconsciente. Como si estuviese tratando de tragarse todas las cosas que quería decir, todo lo que seguía vivo entre ellos, latente, podrido, doloroso.

Rain se puso las gafas y se obligó a avanzar. A su espalda oyó como él dejaba escapar un sonido despectivo, burlón...

—¿Qué te hace tanta gracia? —le espetó Rain, al tiempo que se giraba para encararlo.

Blake exhaló una risa áspera, sin humor.

—Eres muy mala mintiendo, Lee. El pobre Jeong se va a dar cuenta si no te esfuerzas un poco más.

Blake inclinó la cabeza, estudiándola. Su sonrisa fue afilada.

Rain cogió aire bruscamente antes de decir:

—¿Acaso estás tú muy enamorado de Ágata Rochester? No creo ni que conozcas esa emoción —contraatacó.

Blake dio un paso hacia Rain, la sonrisa había desaparecido de su rostro sustituida por una expresión amenazante que la hizo retroceder. Un paso, dos. Titubeó hasta que chocó con la pared del pasillo.

Él la miró con crueldad.

—Para lo que tenemos Ágata y yo, no hace falta estar enamorado... —Bajó más la voz para decir—: Y no necesito fingir que me atrae.

Fue un golpe bajo. Rain parpadeó sintiendo un doloroso escozor en los ojos. Blake había querido hacerle daño. Y lo había conseguido...

Maldita sea, si lo había conseguido.

Inspiró y el aire le quemó en las costillas.

Blake lo vio. Vio el dolor en su rostro. Y su propia expresión se endureció. Sus labios se curvaron en una sonrisa amarga. Sin alegría. Sin victoria. Solo resentimiento.

Rain sintió que le clavaban una aguja en el estómago.

—Vete a la mierda.

Lo empujó.

Blake no se movió ni un centímetro.

Su risa fue más baja, oscura.

—¿Duele? —musitó con un hilo de voz.

El aire entre ellos se cargó de electricidad. Rain sintió la piel de su nuca erizarse, el pulso golpearle en los oídos.

Blake levantó una mano. Rain contuvo el aliento. Pero él no la tocó. En lugar de eso, apoyó la palma en la pared, justo al lado de la cabeza de ella.

Atrapándola.

Rain tragó saliva, clavada en el sitio. El calor de su cuerpo, la intensidad de su mirada, la forma en que su pecho subía y bajaba con violencia..., todo la envolvía. Todo era Blake.

Su propia respiración se entrecortó.

Los ojos de Blake bajaron hasta su boca, despacio, tan despacio que le pareció que la tocaba y luego descendieron por el resto de su cuerpo.

—No —susurró ella, pero la voz le tembló y se traicionó a sí misma mirando los labios de Blake. Se aclaró la garganta y levantó la barbilla con confianza—. Os deseo lo mejor.

Blake inclinó el rostro mientras un flechazo de rabia y algo más vulnerable lo atravesaban. Su aliento le rozó la piel.

—Yo a ti y a Jeong no —murmuró, arrastrando levemente las palabras con un tono sincero y roto, furioso y dolido.

El pecho de Blake subía y bajaba con violencia. Estaba al límite. Y Rain lo supo. Lo supo porque también lo estaba ella.

Su boca la rozó, a punto de besarla, y Rain se estiró ligeramente buscándolo de la misma forma; dejando escapar un sonido de frustración.

Blake apretó la mandíbula enfadado antes de apartarse.

—Te detesto —susurró contra su boca—. Y a la vez, no puedo dejar de pensar en ti. —Rain sintió la quemadura de sus palabras en la piel—. Te deseo tanto que me hace odiarte. —Su voz sonó áspera, ronca y violenta—. Y te odio tan intensamente que te deseo.

Rain sintió un nudo subiéndole a la garganta.

—Quiero hacerte daño, Rain. Quiero verte sufrir y a la vez no lo soporto.

Rain cerró los ojos, su respiración se volvió temblorosa.

Blake la estudió con desesperación. Con cólera.

—Y solo quiero que tú sientas lo mismo —reconoció—. Que no puedas dormir. Que no puedas pensar. Que esto te consuma, igual que a mí.

Silencio.

Rain sintió cómo todo su cuerpo ardía.

Blake se apartó como si tocarla lo envenenara. No esperó respuesta, simplemente se marchó.



«A un niño con quemaduras le gusta el fuego».
OSCAR WILDE





Capítulo 21



La sala de hierros estaba vacía, el entrenamiento había terminado hacía media hora. Blake se colocó en guardia. El sonido metálico de su espada resonó en el espacio cuando rozó el suelo antes de alzarse rápidamente para dar una estocada. Su cuerpo se movía con agilidad y precisión, a pesar de que no estaba concentrado en lo que hacía. Había demasiado ruido en su cabeza.

Sus movimientos se aceleraron; finta, avance, estocada. El sudor le perlaba la frente y le pegaba el pelo a la piel. La respiración se le volvió más pesada. Cada corte y cada golpe eran un intento de liberar la frustración acumulada.

Lanzó un golpe seco y contundente, su cuerpo se detuvo un instante antes de regresar a su postura. Tenía los hombros más tensos de lo necesario y apretaba la mandíbula conforme el ritmo de los golpes aumentaba.

Se estiró hacia delante para dar una estocada y sintió un tirón en el hombro que le arrancó un sonido de dolor. Jadeando se recolocó. Giró el brazo y sintió un pinchazo en los músculos. La sala estaba en silencio otra vez, pero sus pensamientos seguían siendo un caos.

—¡¿Piensas seguir machacándote?! —gritó Ágata desde la puerta de las duchas—. Si te rompes, no vas a poder competir.

Blake pasó por su lado para entrar en los baños y se paró frente a los lavabos. Agarró el cuello de la camiseta y con gesto brusco lo abrió separando las cuerdas que lo ajustaban. Se la quitó y se miró en el espejo, tenía los músculos de la parte de atrás del hombro hinchados y la piel ligeramente morada.

—Te has hecho un desgarro, Blake —dijo Ágata, cabreada.

—Se curará.

Blake abrió el agua de la ducha y se metió bajo el chorro.

—Si sigues entrenando como esta semana no vas a terminar la temporada y eres el único de nuestro equipo con un pleno de victorias.

Blake sopló una risa sarcástica. Probablemente las lesiones no serían la causa, quizá para final de curso ya estaría o muerto o en Tártaro.

—Rochester, hoy no —la avisó Blake.

Lo primero que había tenido que ver por la mañana había sido a los gilipollas del Amanecer cantándole feliz cumpleaños a Jun Jeong. Suficiente para estirar su paciencia al máximo, pero el resto del día había sido una tortura lenta y casi macabra.

—No lo estás intentado muy fuerte hoy —le había susurrado Kane cuando había desviado la mirada en dirección a Rain por enésima vez—. Se va a dar cuenta de que la miras y todo tu esfuerzo de estas semanas se irá a la mierda. —Y como no le había contestado había seguido diciendo—: Incluso nos descalificaron de la búsqueda del tesoro porque la ayudaste a salir del agua en el lago. No sé cómo cojones funciona tu cabeza. Haces eso y luego te enrollas con Ágata Rochester delante de todos. Ves lo contradictorio de la situación, ¿no?

—No necesito que lo entiendas —le había soltado Blake.

El agua caliente ayudó con el dolor y la tensión de sus músculos, pero no con su mal humor.

—Oye, ya sé que no tenemos nada serio, pero si te pasa algo me lo puedes contar —dijo Ágata al otro lado.

—Quiero estar solo, Rochester.

—Es por esa chica con pinta de empollona del Amanecer, ¿no? A ver, lo entiendo, tiene su morbo eso de querer quitarle la envoltura

de chica buena y ver qué hay debajo...

Blake apagó el agua y se envolvió en una toalla. Cuando salió de la ducha le lanzó una mirada siniestra de advertencia.

—Siempre es algo tentador —siguió reflexionando Ágata mientras recordaba su breve idilio con Vesper Ashford el curso anterior, la dulzura de aquella chica la había desarmado y, por los remolinos, cómo le había costado superarla cuando se acabó—. Aunque más peligroso de lo que parece —añadió para sí misma—. Quiero decir, esa chica no es exactamente mi tipo; tiene algo en la mirada que... No sé, es como mirar un ave rapaz antes de cazar. Pero, joder, Ash... ¿No estaba hoy con Jeong? Por mucho que te atraiga, no merece la pena. Sé de lo que hablo. A veces, cuando parece que eres tú el que destrozará a la otra parte, esta se vuelve contra ti y acabas hecho una mierda.

«Demasiado tarde», pensó Blake.

—¿Alguien te ha roto el corazón, Rochester? —preguntó Blake, desviando el tema mientras terminaba de vestirse y volvía a la zona de los lavabos donde estaba ella sentada.

—Nos ocurre hasta a los mejores. En fin, ¿quieres que salgamos esta noche? Aunque Kane me ha contado que va a cenar con su novio y que tienes toda la habitación para ti.

Blake frunció el ceño. ¿Cómo que toda la habitación para él solo?

—¿Y dónde piensa dormir Kane? ¿En el cuarto de Clark con el imbécil de Jeong al lado? —espetó.

—Kane me ha dicho que la empollona que está con Jeong no tiene compañera. Así que supongo que dormirá con ella.

Ágata, que se había acercado a Blake de forma sugerente, notó cómo se tensaba. Oyó cómo su respiración se detenía abruptamente y vio un destello de dolor estallar en sus ojos como una salpicadura de sangre.



Jun estaba enfadado, que Alberta hubiese programado el ritual de iniciación de Rain la noche de su cumpleaños había sido una jugada

sucia e inteligente.

—Será como una fiesta —le dijo ella cuando llegó a la sala de clubes, que tenían reservada esa noche, y señaló una mesa llena de botellas de alcohol.

Todos se habían vestido de gala como indicaba el protocolo. Los chicos con esmoquin, las chicas con vestidos largos. A Rain le habían entregado una especie de camisón que parecía sacado del siglo XVIII; de color blanco y hasta los tobillos, con mangas largas abullonadas.

Sabía que Alberta y los demás iban a hacer lo posible por humillarla y porque la experiencia le resultase tan desagradable que decidiese marcharse.

—¡Esta noche vamos a celebrar el ritual de iniciación de Rain Lee y el cumpleaños de nuestro compañero Jun Jeong! —gritó Alberta, ceremoniosa, y extendió una mano hacia Hanna, que le entregó una botella de vino—. Así que lo primero que vamos a hacer es brindar.

Alberta dio un paso hacia Rain, que se encontraba en el centro del grupo, todos se habían movido un poco hacia atrás para dejarla sola en mitad del círculo.

—Bébetela —le indicó Novak—. Demuestra lo comprometida que estás con el club —susurró solo para que ella lo oyese.

Rain cogió la botella y se negó a mirar hacia Jun. Él ya había visto demasiadas veces lo rastreros que eran sus amigos y nunca había hecho nada realmente. ¿Por qué iba a esperar que lo hiciese ahora?

—Bien —contestó, y comenzó a beber.

Al principio el líquido le dejó una sensación cálida y amarga que le raspó la garganta. El vino le manchó la barbilla y goteó por el camisón. Los miembros comenzaron a golpear el suelo con los pies a un ritmo cada vez más rápido. El alcohol comenzó a quemar más fuerte, bajando como fuego líquido por su esófago. Sentía el estómago pesado, una mezcla entre calor y náusea. Con cada trago, sus sentidos se entumecían y el mundo empezaba a desenfocarse a su alrededor.

Se tambaleó dando un par de traspiés, mareada. La cabeza le daba vueltas, como si la gravedad hubiese cambiado de dirección. El mundo exterior parecía lejano.

Al terminar, dejó caer la botella vacía con un golpe sordo. El calor le subía por la piel, enrojeciendo sus mejillas y haciéndola sentir febril. Se limpió la boca y la barbilla con el dorso de la mano. Estaba hecha un desastre, tenía el escote del camisón completamente teñido de color violeta.

—¿Contentos?

Alberta parecía borracha igualmente, pero de satisfacción, mientras la miraba. Rain sabía que tenía algo peor que eso preparado. Era lista, había usado el alcohol lo primero para desarmarla, para hacerla más torpe y nublarle los sentidos.

Rain trató de respirar por la nariz con calma, tenía ganas de vomitar, el sabor del vino se le antojaba asqueroso y no lo soportaba. Le lanzó una mirada a Jun, que mostraba una mueca de enfado.

—Tienes que decirnos dónde te han enseñado a beber con esa elegancia —dijo Hanna Lambert.

—En una taberna de camioneros —se rio Vasilyev.

—La crio una común. ¿Qué esperabais? —comentó por lo bajo Leona Lysandros, otra miembro del club.

Rain frenó las ganas de lanzarles la botella vacía de vino, no le serviría de nada dejarse llevar por la rabia.

—Al menos ella no se ha vomitado encima como tú en la fiesta de Yule, Lambert —comentó Jun con dureza, y todos se callaron.

—Ilya, ayúdame con esto —pidió Alberta llamando a Vasilyev por su nombre de pila.

Entre los dos empujaron una tinaja de cobre llena de agua hasta el centro de la sala y la dejaron frente a Rain.

—Ahora que hemos brindado por el cumpleaños de Jun es hora de centrarnos en el ritual, y Rain tiene que pasar por su bautizo como miembro.

Por fin comprendía por qué la habían hecho usar aquel estúpido camisón. Al menos podía concederle a Alberta un punto por el drama que le estaba añadiendo a la situación. Había cuidado todos los detalles de aquella *performance*.

—No es necesario que la sumerjas entera, Alberta —escupió Jun, cabreado.

—Rain tiene que demostrar su nivel de compromiso.

Era obvio que lo único que pretendía era humillarla lo máximo posible. A todos ellos les gustaba demostrar que tenían poder y control, especialmente a Alberta que parecía obcecada en demostrárselo a Rain, casi como un castigo por haber traspasado líneas que según sus estándares alguien con el estatus de Rain no debería cruzar.

Igual que había hecho Dereck Keller cuando trató de ahogarla. Como si el hecho de querer tener las mismas oportunidades que ellos o no obedecer a sus imposiciones arbitrarias les diese el derecho de pisotearla. Eran jueces y verdugos de unas leyes que habían creado en sus cabezas y de las que se habían autoconvencido.

Rain agarró el camisón y lo sostuvo por encima de sus rodillas mientras se metía en la tinaja llena de agua helada. Contuvo un jadeo entre la sorpresa y el desagrado. El pie de apoyo le resbaló cuando metió la otra pierna, perdió el equilibrio y cayó dentro de golpe. El agua se desbordó salpicando fuera. Se le aceleró la respiración y trató de levantarse, el frío era insoportable.

Los demás estallaron en carcajadas.

—No —dijo Alberta, poniéndole las manos en los hombros—. La cabeza también.

—Alberta —la llamó Jun en tono de advertencia.

Rain apretó los dientes, tomó aire, cerró los párpados con fuerza y se sumergió por completo. Notó las manos de Alberta haciendo presión hacia abajo, impidiéndole salir.

—Esta noche, 27 de febrero, Rain Lee se convierte en novata del club de Política de la Academia. Antiguo club de Liderazgo del que han salido los más poderosos miembros de nuestra sociedad. «La aurora nos hará renacer en toda nuestra gloria» —recitó Alberta.

Rain sacó las manos y agarró los bordes de la tinaja tratando de ayudarse a levantarse, se estaba quedando sin aire. Fue Manon quien se acercó a Alberta y la movió para que parase.

Rain emergió del agua y tomó una bocanada enorme de aire mientras se ponía de pie a toda prisa temblando violentamente.

—Ya-ya... está —tartamudeó.

Jun la ayudó a salir. El camisón empapado pesaba muchísimo y la hacía sentirse desnuda, la tela se volvía traslúcida dejando ver su ropa interior y se le pegaba como una segunda piel. Otro detalle más para hacerla sentir avergonzada y humillada.

Jun se quitó la chaqueta del traje y se la puso sobre los hombros, pero Rain tenía demasiado frío.

—Enhorabuena, has dejado de ser una aspirante, Lee —le dijo Vasilyev mientras le tendía una botella de whisky—. Esto te hará entrar en calor.

—No, gracias —respondió Rain, que no estaba dispuesta a bajar la guardia todavía.

Vasilyev la miró con furia.

—Creo que no lo has entendido. Nosotros somos miembros veteranos; tú, la novata, y harás lo que te pidamos.

Rain miró a Jun para cerciorarse de que lo que decía era cierto.

—Este club tiene una jerarquía, como todo en esta vida y tú estás en el último escalón. Debes conocer tu lugar —comentó Lambert en tono condescendiente.

—Nunca se rechaza lo que dice un veterano, si Vasilyev amablemente te ha ofrecido beber, lo haces. Se llama respeto —añadió Alberta.

Rain se mordió el interior del labio tan fuerte que saboreó sangre. Se tragó el orgullo y cogió la botella de whisky para darle un trago. Se sentía sucia, como un gusano que se arrastra por el suelo. El asco y la rabia no hacían más que acumularse dentro de ella.

—Más —le ordenó Vasilyev—. Me has hecho sentir mal al rechazar mi gesto amable. Demuestra lo agradecida que estás con tus superiores.

A Rain le picaban los ojos, pero no les daría la satisfacción de ver cómo la quebraban. Echó la cabeza hacia atrás y bebió hasta que la garganta le ardió y perdió el equilibrio. Jun tuvo que frenarla para que no cayese al suelo.

Rain tosió ahogada. Al menos, había servido para atenuar sus sentidos, tanto que apenas notaba el frío.

—¿Puedo ir ya a cambiarme? —La lengua le pesaba y la notaba adormecida, así que no estaba segura de haber dicho lo que

pensaba.

—¿Irte? —se rio Lysandros.

—Aún queda la parte más divertida.

Rain entrecerró los ojos, suspicaz. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no vomitar.

—Alberta, para ya —le ordenó Jun.

—¿Y su novatada? Es una tradición.

Rain tomó aire, estaba muy mareada, la sala no paraba de balancearse a un lado y a otro, y las luces titilantes de los candelabros solo lo empeoraban todo.

—Este es un club de gente poderosa, como he dicho. Si no puede enfrentarse a una pequeña novatada, no puede estar aquí. ¿Qué diría eso de nosotros? Los débiles no tienen cabida en nuestro sistema. —En su tono se adivinaba una sonrisa.

Rain juraría que sus caras se deformaron hasta perder sus rasgos humanos.

—Esto va a ser divertido, ya verás...



«Ardo en el deseo de tu destrucción».
ANÓNIMO





Capítulo 22



La luna estaba mordida en el cielo, que aquella noche estaba despejado, apenas unas cuantas nubes aquí y allá. Proyectaba sombras irregulares sobre el patio. La niebla se derramaba sobre la ladera del castillo helando la hierba. Era una noche de brujas perfecta.

Rain, con el camisón y el pelo empapados, temblaba de pies a cabeza. La brisa sacudía la delicada tela haciendo que se arremolinase a sus pies descalzos. Jun, a su lado, sostenía el candelabro lo más cerca posible de ella para calentarla.

El resto del grupo, protegidos con abrigos, observaban la torre norte con satisfacción. Parecían los emisarios de la muerte, con aquellas lámparas que la guiaban hacia el infierno en aquel ambiente lúgubre y sombrío.

Aunque a estas alturas no estaba segura de que no deseasen en efecto matarla. Ahora no sería más que un accidente y ella, la culpable por haberse prestado a hacerlo.

—Sube y colócale a la gárgola la insignia del Amanecer —le había ordenado Alberta.

Se había armado un pequeño revuelo en el grupo cuando Jun la había apartado claramente furioso. Manon era la única que se había mostrado asustada, el resto parecía divertirse con todo aquello.

—Te estás pasando —había oído Rain que decía Jun.

—No la estoy obligando, si no quiere hacerlo, que no lo haga. Es su elección.

—Sabes que lo hará. Está desesperada... —Rain no oyó parte de lo que decía—. Haría cualquier cosa por encajar con nosotros.

«Desesperada», de modo que era así como la veía él. La pobre *parvenus* que deseaba formar parte de su grupo de niños de papá. La chica que ansiaba tanto sentirse parte del poder, que haría cualquier cosa para conseguirlo, incluso humillarse.

Sonrió para sí misma. Puede que fuera por todo el alcohol que había bebido, pero ni siquiera le dolió oírlo. No sintió nada. Se preguntó cómo es que no se había dado cuenta antes de la forma en la que Jun la trataba. De la condescendencia, de la pena, la compasión. ¿Qué era ella? ¿Su proyecto de caridad? Quizá lo que había visto en él no eran los celos de alguien que se siente inseguro por perder a quien quiere, era el enfado de quien cree que le han robado un objeto. Jun la trataba como si fuese una pertenencia. Confundía el amor con el apego por una posesión. Como a un niño al que le quitan un juguete al que ya no le presta atención, pero empieza a anhelarlo de nuevo.

—¡Lo haré! —gritó Rain, la lengua se le trabó, adormilada como la tenía, y la frase no tuvo el peso que esperaba.

—Está borracha. —Manon se acercó preocupada a Alberta.

Rain se sentía valiente, pero, sobre todo, necesitaba ganarse el acceso al club. Le arrebató a Hanna la bandera con los colores y la insignia de su orden y observó la torre. Lo había decidido tiempo atrás, viviría y moriría luchando por sus convicciones. Había tardado en entender a Blake y sus motivos. Pero había acabado comprendiéndolo.

Podía rendirse y tratar de vivir la vida que estaba construida para ella, la que se suponía que debía tener, el camino que estaba trazado. Donde el mérito nunca importaría, simplemente tendría que bajar los brazos y aceptar el orden de las cosas, ese orden que imponían las personas como los Keller, los Jeong o los Novak. ¿De qué servía luchar si al final la balanza siempre caía del mismo lado?

Las grandes familias, con sus apellidos cargados de poder, no cedían espacio a nadie que no perteneciera a su círculo. Era un juego amañado, donde las reglas las escribían ellos, y los demás solo podían aspirar a ser sus peones. No había mérito que pesara más que el linaje o las conexiones. Y aunque hablaban de competencia justa y de oportunidades, ahora sabía la verdad: la meritocracia era solo una ilusión, una pantalla para mantener el sistema intacto y a los suyos en el poder.

Podía escalar, pero nunca llegaría a la cima; siempre habría un techo invisible, una barrera, que no le permitirían cruzar.

Podía luchar y seguir fingiendo que algún día cambiaría algo. O podía aceptar lo inevitable: que el mundo era de ellos, y siempre lo sería. Y entonces, vivir una vida lo más apacible y feliz que pudiese. Cargar con la frustración, la sensación de injusticia y dejarse morir por dentro, renunciar a sus sueños. Permitir que la desesperanza fuese su compañera y que sus pasiones acabasen convertidas en apatía. Resignarse. Pero vivir.

O podía ir hasta el fondo, podía morir y matar por lo que quería como Blake hacía con su venganza. ¿Qué tenía que perder? ¿Amor? No. El amor no la alimentaba lo suficiente. Y la mayor parte del tiempo era tóxico.

«Si tuviera tantas almas como estrellas, las daría todas...», recitó de memoria.

Y Jun jamás comprendería ese sentimiento, porque él lo tenía todo.

Borracha de invencibilidad, adrenalina y alcohol, Rain se anudó la bandera al brazo y comenzó a subir la torre. Los pies descalzos le resbalaban sobre las húmedas piedras mientras intentaba escalar. Sus manos, torpes y congeladas, se aferraban a las grietas entre las rocas, luchando por mantenerse firme.

Al menos, todas las horas que había pasado entrenándose, machacando su cuerpo hasta dejarlo exhausto habían servido para algo. Qué curiosa ironía que las consecuencias de un corazón roto sirviesen para salvarle la vida. Podía hacerlo, se sentía ligera como una pluma. Estaba cansada de que todo lo que deseaba estuviese

fuera de su alcance, estaba cansada de estirar la mano y rozarlo con la punta de los dedos pero nunca llegar a tocarlo del todo.

No le daba miedo, y hacía mucho tiempo que no dejaba de sentirlo.

Abajo, comenzaron a aparecer más estudiantes ajenos al club. Algunos, llamados por la presencia de las extrañas luces en la niebla, se habían acercado curiosos, y otros se habían sentido atraídos por el revuelo o habían sido alertados por sus propios amigos. Como era viernes, muchos venían de Hidden, alegres, con ganas de seguir la fiesta. Las risas y los murmullos se mezclaban con el sonido del viento. La alentaban, se burlaban, se mostraban preocupados, reían entusiasmados... Rain apenas podía oírlos por encima del latido frenético de su corazón en sus oídos y el alcohol zumbándole en la cabeza. Sentía que el mundo se balanceaba debajo de ella, como si la torre se moviera al ritmo de su respiración irregular.

Una cosa tenía clara: si la pillaban, la expulsarían. Y eso era lo único que la asustaba.

—¿Se ha vuelto completamente loca?

—Lo que hacen algunos por un poco de atención.

—¿Quién narices es?

Los movimientos de Rain eran torpes, y con cada centímetro que avanzaba se volvían más peligrosos, los músculos se le tensaban dolorosamente bajo el peso del esfuerzo y comenzaban a temblarle. El frío le cortaba la piel, el viento la zarandeaba con violencia y el camisón mojado le pesaba añadiendo una carga extra, pero tenía los sentidos tan nublados que no lo percibía del todo. Con las manos y los pies llenos de cortes, la mezcla de adrenalina y alcohol la empujaba hacia arriba, eliminando el dolor.

El nivel de los murmullos se elevó, aunque Rain no los oía, eran como el ruido lejano de unas olas. Había ya pasado la mitad del recorrido, cuando miró hacia abajo por primera vez y la sensación de vértigo la atacó. El estómago se le descolgó y sintió náuseas, como si la torre se estuviese inclinando hacia atrás.

Arriba, apenas visible entre la neblina y la oscuridad de la noche, estaba la gárgola que debía alcanzar. «No mires abajo», se repetía, pero su mente traicionera le mostraba el abismo a cada paso.

Debajo, las voces de los estudiantes que la observaban parecían fundirse en un solo sonido, una mezcla de expectación y morbo.

Tenía la frente y la espalda empapadas de un sudor frío. Comenzaba a sentirse cansada y adormilada, y sus manos resbalaban una y otra vez, tratando de encontrar un punto de apoyo.

De pronto, el pie derecho le resbaló y se golpeó la rodilla. Por un momento se sintió ingrávida, flotando, y perdió la sujeción. La gente contuvo el aliento, seguros de que se caería.

Rain clavó las uñas en la roca, rompiéndoselas, mientras se aferraba a la piedra con todo lo que tenía. Consiguió estabilizarse y volver a apoyar los dos pies, y una risa nerviosa, mezcla de euforia y miedo, se le escapó de los labios. Durante un breve momento se preguntó si estaba muerta porque creía que el corazón le había estallado y no lo sentía.

El rumor de que una chica de primero estaba escalando la torre norte se había propagado por los salones comunes como la pólvora. Y Blake, que volvía de la sala de música, se topó con la noticia de sopetón.

—Una chica del Amanecer ha aceptado un reto borracha y va a colgar su bandera de la torre norte —comentaba alguien entre risas.

Lo supo. En cuanto Blake lo oyó, supo que se trataba de Rain. Algo dentro de él se lo gritaba. Y el miedo se le expandió por todo el cuerpo como una enfermedad infecciosa y mortal.



«No hay triunfo sin cicatrices, ni poder sin sacrificio».
ANÓNIMO





Capítulo 23



Blake llegó a la multitud con pasos rápidos y apresurados, su respiración irregular y su mente hecha un caos. Al principio no entendió del todo qué pasaba, pero cuando levantó la vista y la vio —allí, encaramada en lo alto de la torre—, el mundo se detuvo. El frío de la noche ya no existía, los gritos y las risas de los estudiantes desaparecieron. Todo su ser se volcó en la figura de Rain, aferrada a la torre de piedra, con sus pies y sus manos resbalando de cuando en cuando, demasiado cerca de caer todo el tiempo.

Un nudo se le formó en el pecho, un nudo de miedo visceral, de rabia sofocante, y algo más oscuro aún que no alcanzaba a poner en palabras. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Cómo había llegado hasta ahí?

Divisó a Jun Jeong junto a Alberta Novak y su grupo. Y la rabia que le hervía en la sangre se convirtió en furia. Se abrió paso entre la multitud a empujones. Con cada paso que daba hacia ellos sentía el odio reverberar en sus venas, más vivo que nunca.

Cuando llegó frente a él, lo golpeó con tal brutalidad que el impacto retumbó en el pórtico de piedra. Jun apenas tuvo tiempo de levantar la mirada, con el desconcierto pintado en el rostro, antes de que Blake lo agarrara por el cuello. Estaba fuera de sí.

Vasilyev reaccionó de inmediato y se lanzó sobre Blake para apartarlo. Trató de asestarle un puñetazo en la cara, que Blake esquivó con un movimiento veloz. Y sin darle tiempo a reaccionar, descargó un golpe seco en el estómago de Vasilyev, haciéndolo doblarse de dolor y quitándoselo de encima de un solo gesto.

Los nudillos de Blake crujieron al tensarse sobre la tela del uniforme de Jun.

—Te voy a matar, Jeong —gruñó—. Aunque sea lo último que haga, te juro que te voy a matar.

Jun intentó balbucear algo, pero la presión en su garganta lo silenciaba. Alberta, que había mantenido una distancia segura, dio un paso adelante, aunque no osó acercarse demasiado. La voz le temblaba, intentando mantener la calma.

—Está ahí porque ella lo ha decidido —trató de defenderse.

Blake giró lentamente la cabeza hacia ella, y el destello en sus ojos hizo que Alberta retrocediera instintivamente.

Alberta tragó saliva.

—Te lo advertí, Novak —escupió Blake. Soltó a Jun con gesto brusco y fue a por Alberta. Le agarró el rostro con una mano y ella dejó escapar un jadeo entrecortado—. Te dije que si le hacías algo te mataría.

Alberta abrió la boca, pero no fue capaz de emitir ningún sonido, las manos le temblaban ligeramente. Sabía que nada de lo que dijese la ayudaría a aplacarlo.

—Sabes que... nadie puede frenarla cuando quiere algo —jadeó Jun detrás de él con la voz rasposa.

Blake volvió su atención hacia Jun. Jamás en su vida había deseado tanto matar a alguien como en ese momento. Soltó a Alberta haciéndola caer al suelo.

—Si le pasa algo... —comenzó a decir mirando alternativamente a Jun y a Alberta desde arriba. Su voz era apenas un susurro, pero lo suficientemente fuerte para que todos lo escucharan—. Rezad para que no sea así, porque os colgaré a todos vosotros de esa maldita torre. Y si tengo que arrancarme el alma para maldeciros durante todas vuestras próximas vidas, así lo haré.

El silencio que siguió fue absoluto. Los estudiantes que observaban desde la distancia retrocedieron, sintiendo el peligro que emanaba de Blake. Era más que la rabia del momento, había algo sincero en sus palabras. Esa cualidad que adquiere algo cuando nace de las entrañas, y todos sabían que Blake hablaba en serio en ese momento. Que lo haría.

Blake no soportaba la idea de que Rain se estuviese jugando la vida por ese gilipollas, por ese gusano de Jeong. Por conseguir su validación o su amor o lo que fuera. Y estaba enfadado con ella también por ello.

Y todas esas emociones, la rabia, el odio, la furia dieron paso a lo que de verdad sentía, algo mucho más profundo y desesperante: miedo. Un miedo atroz que se le incrustaba en el alma, primitivo, incontrolable.

Hacía tres años que no sentía aquella clase de terror visceral. Conocía demasiado bien la emoción, tan desgarradora que en ocasiones había deseado dejar de existir para acabar con la tortura.

La idea de generarles ese terror a los que lo habían llevado hasta ahí, eso es lo que lo salvaba en los momentos más oscuros. Se había creído a salvo, pensando que podía proteger a Kane y de esta manera protegerse a sí mismo. Pero había cometido el error de acercarse a Rain.

Volvió a sentirse como ese adolescente completamente impotente, que solo podía esperar que la noticia que más temía no llegase. La emoción despertó algo retorcido dentro de él, verla en peligro lo volvió loco de pánico. No sobreviviría al dolor de la pérdida de nuevo. Y aquel frenesí le provocó el deseo de encerrarla, de arrancarla de esa maldita torre y ponerla a salvo para siempre. Podía protegerla del mundo, no permitir que nunca le ocurriese nada.

Su mente arrinconada recorría todos los escenarios posibles, buscaba formas de aliviar su estado de ansiedad.

El frío le calaba hasta los huesos, pero el fuego que sentía por dentro era mucho más fuerte. Todo lo que había enterrado durante esos años: la ira, el miedo, no, el pánico de la soledad, el dolor supurante de la pérdida, la idea de que todas las personas que

quería eran arrancadas de su vida. Explotó dentro de él como un volcán.

Quiso gritarle que parase, que bajara, pero sabía que Rain no lo haría. Nunca se doblegaba. Nunca se daba por vencida. Lo había visto en sus ojos al poco tiempo de conocerla, detrás de aquella chica buena y un tanto ingenua, había algo feroz y hambriento. Algo que, en cierto modo, le recordaba a sí mismo. Y eso lo volvía loco, lo atraía como un imán hacia la destrucción. Lo que sentía se asemejaba a la necesidad del viento de arrancar las hojas de los árboles, a la tormenta que desea devastar la tierra. Se sentía devorado por la fuerza de sus obsesiones. Encadenado a ella y a ese deseo que lo consumía.

Rain estaba sin aliento. Le pesaba el cuerpo y le pesaban los párpados. La euforia inicial había descendido y el cansancio comenzaba a ganar la batalla.

La torre le parecía interminable, como si alguien estuviese jugando con su percepción. Cada vez que pensaba que estaba cerca del final parecía alargarse. «Unos metros más», se decía, «solo unos metros más». Una corriente de aire la golpeó, haciéndola perder el equilibrio por un instante. Sus manos se aferraron con más fuerza a la piedra rugosa y sintió cómo se le desgarraba la piel. Al principio no le habían dolido los cortes, pero ahora que tenía las manos llenas de rasguños, apoyarse sobre la piel abierta le escocía.

Justo cuando alargaba la mano para agarrarse al último borde, sintió un tirón. El camisón, empapado y pesado, se había enganchado en un saliente afilado. Rain miró hacia abajo y vio la tela tirante, atrapada. «Mierda...», pensó, con el corazón latiéndole desbocado.

Tiró con todas sus fuerzas, pero la tela no cedía. La gárgola estaba tan cerca, ya casi podía tocarla... El sonido de la multitud abajo se mezclaba con el eco del viento en sus oídos. Su mano izquierda resbalaba sobre la piedra mientras trataba de zafarse. Sentía el abismo a sus pies llamándola, reclamándola.

Su cuerpo se sacudió trastabillando, y una horrible y nauseabunda sensación de vacío le subió por el estómago, como cuando se desciende muy deprisa. Consiguió desgarrar la tela con un tirón

violento. Rain se impulsó hacia arriba usando las fuerzas que le quedaban y con un gruñido final se encaramó a lo alto de la torre. No dejó escapar un suspiro de alivio hasta que no estuvo bien sujeta a la gárgola. Tuvo que cerrar los ojos un par de segundos para calmarse. Abajo la gente parecía haber contenido el aliento.

Rain se desató la bandera con la insignia del Amanecer del brazo y la ató al pie de la gárgola, con la respiración agitada y la adrenalina recorriendo cada fibra de su ser. Su cuerpo temblaba, pero no de miedo. Lo había logrado. Estaba allí, invencible, sobre el mundo.

La gente estalló en jaleos y aplausos extasiados, como si su equipo de Combate de destreza hubiese ganado un encuentro.

No fue hasta que miró hacia abajo y vio lo pequeñas y difusas que eran sus figuras que Rain se dio cuenta de lo alto que había subido. Se le doblaron las rodillas y trató de agarrarse con más fuerza a la gárgola.

Sus músculos, que antes estaban tensos y llenos de energía, se aflojaron, débiles y doloridos. La adrenalina que la había impulsado se disipó, dejándola a merced del cansancio brutal que se acumulaba en sus extremidades. Sentía los brazos entumecidos, torpes y casi inútiles. No tenía fuerzas para bajar.

La atravesó una punzada de pánico. Quiso respirar hondo, pero el aire apenas le llegaba. La garganta se le cerró, y una sensación sofocante la oprimió, como si el oxígeno no pudiera llenar sus pulmones. Quería detenerse. Quería pensar. Pero había demasiado ruido y, a la vez, demasiado silencio.

La sensación de ahogo se intensificó. Su cabeza, ya nublada por el alcohol, le enviaba señales erráticas. Sus pensamientos se enredaban, las emociones chocaban unas contra otras, como un mar revuelto. Todo se mezclaba, formando una maraña insoportable. Estaba atrapada en su propio cuerpo.

El corazón le latía desbocado. Pensó en pedirle ayuda a Jun durante un segundo de debilidad.

Se dobló por la mitad y le vino una arcada. A pesar del frío helado, le ardía la piel y empezó a sudar. Los bordes de su campo de visión se volvieron borrosos, cercados por sombras que fueron reduciendo el mundo a un túnel oscuro y todo giró en espiral y la realidad

comenzó a desvanecerse. Las voces abajo se apagaron, y solo quedó el rugido de la sangre en sus oídos, como un río furioso.

Los brazos le cayeron pesados, inertes, y sus piernas comenzaron a ceder. Su cuerpo había dejado de pertenecerle. Quería descansar. La fatiga la empujó hacia un abismo silencioso, su mente buscando refugio en la inconsciencia.

La última sensación que la invadió fue la caída, la ingravidez absoluta, la certeza de ser tragada por el vacío. No hubo dolor. No hubo miedo. Solo un instante de absoluta liberación.

Abajo la gente chilló conmocionada. Jun se movió por instinto, pero Alberta lo sujetó del brazo con fuerza. Él se debatió, dudando entre el deber y el miedo.

A Blake lo invadió un pánico visceral. Para alguien que consideraba no tener corazón, lo sintió morir.

Y antes de que Jun se decidiese a actuar, Blake movió las manos haciendo brotar su magia con una fuerza que jamás había sentido antes.

Rain caía demasiado deprisa.

Blake proyectó el hechizo de ingravidez hacia ella y notó el tirón del peso de su cuerpo en sus brazos cuando la alcanzó. Sus labios se arrugaron en una mueca de esfuerzo mientras trataba de frenar la inercia de la caída. El desgarro que tenía en el hombro le quemó como si presionaran un hierro ardiendo contra su piel.

El dolor estalló por todo su cuerpo. No podía...

Blake dejó escapar un grito ahogado mientras luchaba contra la fuerza de la gravedad y, a pocos metros del suelo, consiguió frenarla.

Aún en su inconsciencia, ella sintió el calor del poder de Blake rodeándola, y luego el de sus brazos al atraparla. Y después dejó que la oscuridad la reclamara por completo.



«Duda que sean de fuego las estrellas, duda que el sol se mueva, duda que la verdad sea mentira, pero nunca dudes de mi amor».

SHAKESPEARE





Capítulo 24



Blake cargó a Rain hasta su propia habitación, podría haberla llevado a la torre del Amanecer, pero su parte egoísta se negaba a permitir que Jeong se acercase a ella. Si por él fuera, ese chico jamás volvería a verla, ni siquiera había intentado frenarla en su caída. Era un ser miserable, peor que cualquier alimaña carroñera.

Era evidente que la habían emborrachado y empapado con la intención de entorpecerla para que no superase la prueba y hacer que cayese.

Estaba helada como un témpano de hielo. Con el frío de finales de febrero ese estúpido camisón que le habían obligado a ponerse seguía mojado, la tela era tan fina que dejaba ver la ropa interior, tenía los labios azules, la piel pálida llena de rasguños y hematomas. Si no hubiera sentido su pulso y hubiera oído su respiración, le habría parecido que sujetaba un cadáver.

No fue hasta que entraron en el castillo y el calor de su cuerpo la calentó que Rain abrió los ojos momentáneamente. Parecía al borde de la hipotermia. Si no hubiese tenido que preocuparse por ayudarla, la rabia lo habría dominado y ahora estaría dando rienda suelta a sus deseos más perversos y sangrientos. No descansaría hasta sentir cómo la vida de Jun Jeong se apagaba entre sus manos.

—¿Blake? —Los ojos de Rain se estrecharon como si estuviese tratando de enfocar la vista.

Él le lanzó una mirada furiosa, aunque sus brazos la apretaron contra su cuerpo con delicadeza. Estaba cabreado, estaba terriblemente cabreado con ella por lo que había hecho.

Rain soltó una pequeña carcajada sofocada y apoyó la cabeza en su hombro. Con la voz amortiguada contra su abrigo murmuró:

—No te haces una idea de cuánto te detesto, Ash Blake.

A pesar del tono suave y hasta dulce de Rain, Blake se tensó mientras enfilaba el pasillo hacia la torre del Crepúsculo.

—¿Qué?

—Tú dijiste que me odiabas. —Rain rio amargamente.

—Sí, pero...

—Y yo nunca he odiado a nadie tanto como a ti. —Su voz se volvió ronca, rasposa por la rabia.

Él tuvo que tragar para deshacerse del sabor que aquella confesión le había dejado en la garganta, que le quemó más que cualquier alcohol que hubiese bebido nunca.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque lo que siento por ti me duele. ¿No es lo que querías?

Las palabras le provocaron algo similar a la absolución después de una sentencia de muerte y notó las rodillas flojas. El pecho se le expandió cuando tomó una bocanada de aire rápida; el oxígeno que se anhela después de ahogarse.

Atravesó el salón común de su torre y se dirigió con paso apresurado hasta su habitación. Por suerte tanto Kane como Aiden habían planificado pasar la noche juntos en Hidden y habían sido ajenos a aquel horror.

Blake dejó a Rain en su cama y la cubrió con una manta. Ella intentó removerse.

—No te entiendo, Lee.

—Yo tampoco a ti. ¿Ahora cuidas de mí? —preguntó sarcástica.

Blake perdió la paciencia. Estaba furioso, tenso, asustado, ni siquiera era capaz de procesar todas las emociones negativas que lo atacaban.

—¿Acaso te haces una idea de cómo me siento?

Rain parpadeó sorprendida por la seriedad y la cólera de su grito.

—Que estés con Jeong me mata —prosiguió él—. Y cuando te veo con él me muero un poco más cada vez.

Rain, que estaba apoyada sobre sus manos, perdió la fuerza y cayó hacia un lado. Se quitó la manta tirándola a un lado y se puso de pie, enfadada, dolida. No, llevaba semanas sumida en el peor de los infiernos, él no tenía derecho a parecer tan... destrozado.

—Tú... tú estás con Ágata Rochester. No tienes derecho a decirme eso. —Le escocían los ojos por las lágrimas y su piel tenía un tono febril; en otras circunstancias la habría avergonzado mostrarse así, permitir que viera lo mucho que le afectaba, pero no en ese momento, no en ese estado.

La expresión de Blake se endureció.

¿Cómo podía ella no comprenderlo?

—¿Y por qué crees que estoy con Ágata? —escupió con amargura mientras fruncía el ceño.

—N-no... no lo sé, a lo mejor es que te gusta torturarme —balbuceó Rain con la lengua torpe.

Blake perdió el control que le quedaba y acortó la poca distancia que había entre ellos. Agarró a Rain de la barbilla para que lo mirase a los ojos. Se recordó que estaba borracha y que no pensaba con claridad, pero, joder, aquello dolió.

—¿Torturarte? —gruñó, incrédulo—. Alejarme fue la única cosa altruista que he hecho en mucho tiempo. Confesarle lo que habías hecho a Aiden te dejó destrozada, parecías asqueada de ti misma y yo te empujé a todo ello sabiendo el coste que tendría para ti y no me importó. Al menos no entonces. Me dijiste que soy como un veneno y, joder, tienes razón. He visto la influencia que he tenido en ti y no quiero... Así que he hecho todo lo posible por salir de tu vida.

—¿No quieres qué? —susurró ella, que temblaba, pero no de frío.

—Mi amor es tan retorcido como yo, Rain. —Las palabras incendiaron el camino hacia su boca—. No sé querer de otra forma y temo que te asuste lo que siento. Veo la forma en la que miras a Jeong y no es como me miras a mí... Y eso me llena de rabia. Así que no me hables de tortura...

Se apartó de ella dando un paso hacia atrás, pero Rain lo frenó agarrándolo del jersey.

—No me asusta —aseguró.

A Blake le habría resultado más fácil ceder si ella no hubiese parecido a punto de desvanecerse, si no hubiese estado herida y magullada y si no hubiera tenido aquel aspecto tan frágil.

—Eso es porque no tienes ni idea de lo que he pensado al verte subir la torre. —Pero a pesar de su advertencia le rodeó la cintura con las manos incapaz de mantenerse alejado un segundo más.

Los ojos de Rain bajaron despacio y tímidos hasta su boca, al mismo tiempo que el rubor se extendía desde su pecho hasta sus orejas. El frío hacía mucho que había quedado atrás, ahora se sentía arder. Estaba siendo injusta, Blake había sido sincero, pero ella no se atrevía a serlo. Y no tenía nada que ver con Jun. Dudó y se echó hacia atrás, había algo más, algo que le escondía que la asustaba y que temía que le hiciese cambiar de opinión.

Algo que temía demasiado confesar.

Y necesitaba reunir el valor para decírselo antes de...

El rostro de Blake se endureció, no con ira, sino con un dolor profundo, casi insoportable. La luz en sus ojos se apagó de golpe y él, que siempre había sido difícil de leer, se mostró profundamente vulnerable ante ella.

Cogió aire como si acabara de atravesarle el pecho. Sus labios se apretaron con fuerza, y sus manos, que aún le rodeaban la cintura, se tensaron por un segundo antes de aflojarse ligeramente.

—Puedes dormir aquí y mañana fingiremos que esta conversación no ha pasado —dijo con un hilo de voz.

Y antes de que a Rain le hubiese dado tiempo a procesarlo, él ya se había marchado.

Rain se dejó caer al suelo con la mirada perdida. Tinieblas la habría consolado. Sabía perfectamente que enamorarse de Blake era la peor decisión posible. No era dueña de sí misma y el precio que estaba pagando por sus decisiones era alto. Quería a Blake y deseaba con todo su ser que él sintiese lo mismo por ella. Era su anhelo más profundo, pero también su mayor miedo, que

descubriese sus sombras y ya no la viese como la misma persona, que la encontrase despreciable o falsa.

Que él la rechazase le dolería demasiado y al mismo tiempo pensaba que era la única persona que sería capaz de comprenderla.

Rain agradeció estar agotada, que no le quedase ni una gota de energía, así al menos no soñaría. Se durmió con los ojos llenos de lágrimas abrazando la manta que Blake le había dado y que olía a él. A veces querer algo demasiado te condena a la destrucción y Rain se sentía rota, alejada de las personas que amaba y sola. Y la verdad es que era ella quien había elegido aquel camino, y sí, puede que Blake y sus palabras hubiesen sido como susurros malvados y hubiesen envenenado una parte de su mente, pero había sido un conjunto de demasiadas cosas y la decisión final había sido de ella.



Los días siguientes pasaron en un parpadeo. Rain tenía la sensación de no haberlos vivido, no era más que un cuerpo vacío siguiendo instrucciones. Estaba en piloto automático, tan sobrepasada que había comenzado a dejar de procesar todo lo que ocurría.

Aiden estaba en una burbuja de felicidad, nada a su alrededor lo perturbaba o distraía. Vivía en los recuerdos de su noche con Kane y cada vez que su mente los rememoraba temblaba y se le erizaba el vello y suspiraba...

—No creía posible que una persona pudiese tener tantos músculos —le explicaba a Rain con fascinación—. No sabía... no sabía que se podía ejercer ese poder sobre alguien con solo tocarlo. —Se miró la mano fascinado—. Es... extasiante, es la mejor sensación del universo. La gente está obsesionada con tonterías, Rain, nada, nada se acerca a... —La voz se le apagó mientras lo pensaba.

Saber que era capaz de provocar esa clase de placer a Kane, que él tenía ese poder. No podía pensar en otra cosa. De hecho, ninguno de los dos podía. En cuanto encontraban un momento a solas y un poco de intimidad, acababan enredados el uno en el otro.

—No es que esté enamorado de él. Es que lo quiero —confesó con la garganta apretada—. Solo llevamos saliendo un par de meses, pero es que quiero casarme con él y quiero que adoptemos niños y...

Rain le puso una mano en la frente.

—¿Quién eres? Odias a los niños.

—¡Lo sé! —reconoció—. Pero la idea de ver a Kane con uno en brazos... —Aiden se echó hacia atrás y se tapó la cara—. No sé, me parece tan adorable y sexi...

Rain no dijo nada. Estaban sentados junto a una chimenea observando el paisaje lluvioso por la ventana y ella parecía perdida, lejos.

—Rain —la llamó Aiden con delicadeza—. ¿Estás segura de que lo que sientes por Jun es amor?

Ella lo miró. Casi parecía dolida.

—¿Por qué?

—Porque no te veo mirarlo así. Puede que antes sí, pero no ahora.

—¿Así cómo?

—Cuando miro a Kane me quedo sin aliento porque me deja perplejo que alguien como él exista y haberlo encontrado. Es como si estuviese hecho para mí. Y entonces me siento absolutamente afortunado por estar vivo y poder experimentar lo que él me hace sentir. ¿Jun te hace sentir afortunada?

No, Jun no. Pero no era en él en quien estaba pensando mientras Aiden le contaba aquello. Hacía mucho tiempo que sabía que lo que sentía por Jun ya no era amor. Simplemente lo usaba como el arma que era, al igual que él había hecho con ella durante todos esos años.

Cerró los ojos y se recostó junto a su mejor amigo.



—Superé la prueba —les había comunicado a Alberta y su grupo unos días atrás plantándose delante de su mesa de desayuno—. Soy una miembro de pleno de derecho.

Ni siquiera la cara de asco y odio de Alberta le levantó el ánimo. Debería haberse sentido extasiada por haberles ganado, pero solo se sentía vacía.

—Ya sé que el resultado no fue el que esperabais. Si no, ahora mismo, le estarían enviando mi cuerpo a mi madre con una nota de consuelo. —Sus palabras fueron duras, pero no pensaba fingir que no conocía sus intenciones al hacerle escalar la torre ebria y empapada.

Alberta casi enrojeció de rabia y Jun se mostró horrorizado.

—Esperaré mi invitación oficial para la primera reunión —les dijo antes de marcharse.

Jun la había seguido fuera del comedor.

—No habría permitido que te ocurriese nada —le aseguró, agarrándola del codo.

Rain tuvo que recordar que necesitaba tenerlo de su parte para no darle una bofetada.

—¿Por qué fue entonces Ash Blake quien me sacó de allí y cuidó de mí y no tú? —le preguntó con suavidad.

—Está completamente desquiciado, Rain. Cualquiera que estuviese allí te lo dirá. Quería matarnos y parecía dispuesto a hacerlo. Está obsesionado contigo de una forma muy peligrosa. Debemos tener cuidado con él. Ya sabes que no está en sus cabales.

«Cobarde», pensó Rain. Y asintió mostrándose comprensiva.

—Me sentí muy triste cuando desperté y no te vi.

Jun la rodeó con los brazos y la apretó contra su pecho. Ella hizo lo posible por no tensarse.

—Este viernes nos reuniremos. Y me aseguraré de que Alberta te deje en paz. Te has ganado el derecho a estar ahí. No permitiré que te pase nada, tranquila.

Rain le devolvió el abrazo. Ya estaba, casi lo tenía.



«Un demonio ha tomado posesión de mí
y me arrastra hacia el abismo de mi
propia oscuridad».
ANÓNIMO





Capítulo 25



Lo más difícil de esa semana había sido enfrentarse a Blake con Jun a su lado. Porque el último aprovechaba cualquier oportunidad para mostrarse cariñoso delante del primero. Era una manera estúpida e infantil de molestarle y a Rain la enfurecía.

Había pensado hablar con Blake y explicarle que en realidad no sentía nada por Jun, que solo estaba con él porque lo necesitaba. Pero le parecía algo muy injusto. Quería reunir el valor de ser totalmente sincera y, a veces, durante pequeños momentos, estaba convencida de hacerlo, y entonces la volvían a vencer sus miedos.

Podía tener a Blake en sus recuerdos, observándola con deseo, con anhelo, mirándola como si ella fuese el principio y el fin. Podía quedarse con aquellas emociones y no sería un final trágico. Era mejor que destrozarlo todo por querer más de lo que debía, era mejor que ver cómo esa mirada se transformaba en horror, asco y rechazo.

Rain siempre había sido ambiciosa, siempre había querido más y sentía que esa hambre voraz era lo que había acabado con ella. Había aprendido la lección a base de fallar y herirse y equivocarse. ¿Y si se dejaba llevar por sus deseos y de nuevo lo estropeaba todo? ¿Por qué ir más allá si ahora estaba bien?

La reflexión casi le resultó graciosa por su ironía. Lo que más había detestado y temido durante toda su vida había sido la mediocridad, el conformarse. Qué ingenua, pensó, que nunca había tenido en cuenta que quizá quien se rinde lo hace porque no puede más, porque está un poco roto por dentro, porque lo había intentado hasta desfallecer.

El viernes, en clase de Fuerzas Arcanas, el profesor Gunnar Berg se paseaba delante de la pizarra, donde tenía dibujadas varias plantas con gran detalle, mientras les explicaba sus usos.

—La belladona, también conocida como «hierba de las brujas», ha sido venerada y temida a partes iguales porque es una planta sumamente peligrosa, si no se maneja con cuidado. Sus bayas de color negro —señaló una parte del dibujo— pueden parecer inofensivas, pero son altamente tóxicas. Tradicionalmente las brujas la usaban para inducirse estados de trance y leer el futuro o descifrar profecías. En pequeñas dosis, la belladona puede aliviar el dolor o ayudar a calmar los nervios, pero en cantidades mayores... puede llevar a la parálisis y, eventualmente, a la muerte —dijo con gravedad.

Corrió la pizarra hacia un lado revelando la que estaba debajo. Jun garabateó algo en los bordes del cuaderno de Rain y ella apretó los dientes irritada. Una fila más atrás, Aiden le contaba a Kane algo con emoción en los ojos y las mejillas encendidas, siempre se mostraba realmente apasionado cuando hablaba de las novelas gráficas que leía.

Kane lo escuchaba con una sonrisa en los labios y una expresión de clara fascinación. Le gustaban todas las versiones de Aiden y en todas lo encontraba adorable, enternecedor y atractivo, pero aquella era una de sus favoritas, cuando le hablaba de algo que le gustaba y se le iluminaba el rostro.

—Casi me quedé leyendo hasta el alba y eso no me ocurre tan a menudo —explicaba en susurros—. Pero el arte era excelente, no hacían falta diálogos, ni acotaciones porque se podían leer las emociones...

Kane le apartó un mechón rizado de la frente mientras se la acariciaba, y Aiden perdió el hilo de lo que decía.

—¿Q-qué haces? —balbuceó algo turbado.

—Nada, es que estás muy guapo.

Aiden bajó la cabeza para ocultar que estaba ruborizado y Kane quiso pincharlo un poco. Las comisuras de sus labios se curvaron traviesas.

—¿Sabes? Estoy un poco celoso.

Aiden lo miró con los ojos abiertos de sorpresa.

—¿Por qué?

Kane se inclinó un poco más cerca.

—Porque yo también quiero tenerte despierto hasta el alba —susurró.

Los ojos de Aiden se abrieron más si cabe y el ligero tono rosado de sus mejillas pasó a un rojo furioso. Estuvo a punto de caerse del taburete al moverse avergonzado. Kane no pudo aguantar la risa y tuvo que girarse y taparse la boca para que el profesor no lo oyese.

Aiden lo golpeó en el brazo, enfadado.

—Eres un imbécil —gruñó molesto—. ¿Qué ha sido esa frase de ligón?

—Perdón, perdón —se atragantó con la risa.

—Ya sé que creen que las pociones no son tan interesantes como los hechizos que aprenden en sus respectivas clases de magia o como el manejo de armas, pero les aseguro que son incluso más potentes que muchos conjuros. No desprecien jamás el uso de la alquimia —los reprendió el profesor Berg, al ver la evidente falta de interés que la mayoría mostraba—. En fin..., en cuanto al tejo, se lo conoce como «el árbol de la muerte». Sus hojas, su corteza e incluso sus semillas son venenosas. A lo largo de los siglos, ha sido utilizado tanto en ritos de curación como en rituales de muerte. El polvo de hojas de tejo, bien manipulado, puede protegeros contra maldiciones o pesadillas inducidas. Sin embargo, si lo manipuláis incorrectamente, podría hacer que la poción ataque vuestra mente en lugar de protegerla. Un error y acabaréis permitiendo que vuestras propias pesadillas os consuman.

»Espero que hayáis prestado atención porque son los dos ingredientes principales de la práctica de hoy. Vais a preparar una poción protectora del sueño, el momento más vulnerable de todo

ser, sobre todo en lo que a la mente se refiere. Es una poción que en el pasado era muy popular pues alguien con los conocimientos y el poder necesarios podía controlar a un rey atacando su mente. Así que estaba muy demandada, pero, si no se era preciso en su preparación, esta acababa siendo un fuerte veneno.

»Trabajaréis por parejas según estáis sentados, y solo obtendrán un aprobado los que consigan no preparar un veneno mortal.

La pereza comenzó a disiparse conforme se ponían en marcha. Aquel día el cielo parecía furioso, cubierto de nubes de un gris oscuro y violeta, que descargaban una lluvia tan intensa que amenazaba con echar el castillo abajo. El viento silbaba en las ventanas y en los pasillos como si fuese el lamento de antiguos fantasmas y los truenos sacudían los cristales. Las lámparas de gas funcionaban a toda potencia porque parecía haber caído la noche y luchaban con el ambiente algo lúgubre, aunque la chimenea del aula los mantenía calientes y parecía ofrecer cobijo en aquel día tormentoso.

Los frascos y calderos comenzaron a chisporrotear suavemente mientras el aire se llenaba con el aroma de las hierbas y las esencias, y los murmullos de los alumnos.

El primer paso para preparar la poción era triturar finamente las hojas de tejo. Rain las pesó asegurándose de usar la cantidad que indicaba el recetario. Con cuidado comenzó a machacar las hojas en un mortero de piedra, girando el brazo con delicadeza para convertirlo en un polvo muy fino.

Jun le puso una mano en la cadera para pasar detrás de ella y moverse hacia el otro extremo de la mesa de trabajo. Sus dedos se quedaron ahí más de lo necesario, colándose bajo su jersey hasta rozarle la piel.

Al final de la clase, en la esquina contraria, Blake los observaba; como quien presiona un hematoma hasta sentir dolor o se rasca una herida hasta volver a abrirla. A su lado, Amira Khan trataba de descifrar la receta.

—Oye, Blake, ¿cuál crees que es la medida...? —Levantó la mirada hacia él y la expresión furiosa de sus ojos, donde los rayos de la tormenta se reflejaban en destellos violentos, la calló.

Rain apenas notaba el contacto de Jun. Encontraba fascinante aquella clase, sobre todo desde que había tenido que improvisar una poción curativa para Blake en su apartamento de Hidden. Se mordisqueaba el labio inferior concentrada en el siguiente paso. Debía añadir las hojas de belladona que Jun había triturado. «El tamaño correcto es un guisante, que no una judía, pues solo el atragantamiento de uno de los dos puede resultar fatal», leyó para sí misma.

Jun se inclinó observando cómo Rain añadía la belladona a la mezcla, que hervía a fuego lento. A ella le cayó el pelo hacia delante y se le empañaron las gafas con el vapor. Soltó una queja entre dientes y Jun se lo apartó con cuidado, después le quitó la goma que tenía en la muñeca para atárselo.

Sus dedos acariciaron la parte de atrás del cuello de Rain entreteniéndose en la tarea más de lo debido con un ademán posesivo.

—Necesitamos sal de cuarzo —le pidió ella mientras bajaba el fuego de la pócima.

Se quitó las gafas para limpiarlas y trató de mantener las manos ocupadas para no ceder a las ganas que sentía de apartarlo.

—Hecho —añadió, y se marchó hacia la puerta que bajaba hasta el laboratorio.

Blake también se levantó repentinamente de su taburete sobresaltando a Amira Khan.

—Iré a por los ingredientes que faltan —siseó con la mirada fija en Jun.

Kane vio a su amigo pasar junto a su mesa con expresión decidida, en apariencia podría parecer relajado, casi indiferente, pero había un brillo asesino escondido en sus pupilas, que estaban casi ocultas por sus párpados entornados.

—Ash —lo llamó en voz baja.

En el laboratorio, Jun estaba abriendo el armario de los frascos para coger la sal de cuarzo. Otra alumna estaba junto al armario de ingredientes sirviéndose.

Blake observó a Jun mientras se acercaba a él. Se sentía consumido por una fiebre que era como un constante aguijón. Su

mente, presa de una tempestad que solo una cosa podría calmar: su muerte. Lo quería muerto, su sangre fría derramándose como un río. Su vida, un hilo cortado con sus propias manos. La dulce fantasía de verlo desaparecer, el placer oscuro de arrancarlo del mundo, de borrar su existencia, lo embriagaba.

Siempre había deseado una venganza lenta para los Jeong, deseaba hacerlos sufrir tanto como fuera posible, que experimentasen el mismo tormento que llevaba él soportando casi cuatro años ya. Pero se le estaba acabando la paciencia. Y nada, absolutamente nada, le haría sentir tanto éxtasis como acabar con Jun en ese momento.

Era consciente de las implicaciones que hacerlo tendría y sabía, en su parte más fría y racional, que no debía dejarse llevar por sus demonios, pero en ese momento se sentía más bestia que persona. La locura del odio había impregnado su ser y ya no estaba seguro de querer recuperar la cordura.

Kane llegó casi sin aliento y le puso una mano en el hombro.

—Ash, sea lo que sea no lo hagas. Acabará mal para ti al final —dijo preocupado.

Jun cerró el armario y se giró, notando la presencia de Blake a su espalda. Su expresión mostraba una sonrisa irónica, una mueca de satisfacción. Y su apariencia, de normal tranquila y amable, se resquebrajó dejando entrever el profundo odio que sentía por Blake. Todavía no había olvidado el castigo que había recibido por su culpa, la vergüenza de ser expulsado y la profunda decepción que habían sentido sus padres, que no le habían mirado ni dirigido la palabra durante las dos semanas que había estado en casa. Quería provocarlo, llevarlo al límite del autocontrol.

Cuando pasó a su lado, soltó sin mirarlo y en voz baja:

—La vida se encargó de dejarte solo y ella no iba a ser una excepción. Rain es demasiado lista y ambiciosa para elegir a alguien que tiene la sangre podrida y sin futuro.

Blake sintió la quemazón ascender desde sus entrañas hasta las sienes. Su respiración se volvió más pesada. Tensó la mandíbula y sus nudillos se crisparon. Aquel fue el detonante, la chispa que faltaba y que lo empujó más allá del raciocinio.

Se abalanzó sobre Jun, cerró una mano alrededor de su cuello y lo empujó con violencia contra un armario. El sonido del vidrio haciéndose añicos resonó como uno de los truenos que sacudían el cielo, otra tormenta estaba a punto de desatarse ahora en el interior. El puño derecho de Blake impactó en la mandíbula de Jun con todas sus fuerzas.

La alumna que estaba recogiendo ingredientes chilló y corrió hacia las escaleras. Kane trató de parar a Blake, pero era muy tarde. Sus ojos grises estaban más nublados que el día, su parte racional se había apagado y era pura rabia.

Jun reaccionó de inmediato. Lanzó un puñetazo directo al rostro de su contrincante que lo alcanzó en la boca. Blake sintió la calidez de su propia sangre deslizarse por la comisura de los labios. Se echó hacia atrás, y lentamente, saboreando el dolor, pasó la lengua por la herida, probando el gusto metálico. Sus labios se curvaron con placer.

Con los ojos oscurecidos por la rabia, su mirada se encontró con la de Jun, que respiraba entrecortadamente. Todo en Blake resultaba intimidante, su postura, su fuerza física, su expresión, pero, sobre todo, sus ojos, que reflejaban una locura peligrosa y violenta.

Jun, fuera de sí, se lanzó sobre él y lo rodeó con un brazo por la cintura para derribarlo. Ambos cayeron y se deslizaron sobre los fragmentos de vidrio esparcidos en el suelo del laboratorio.

Jun intentó asestarle un golpe, pero Blake lo detuvo a medio camino, sujetando su muñeca. Con los dientes apretados, Jun empujó con todas sus fuerzas, intentando alcanzarlo.

Blake lo agarró de la camisa con la mano libre y, tirando con brusquedad, lo acercó para estrellarle la frente contra la nariz. El chasquido del impacto resonó brutalmente en la sala, seguido de un gruñido ahogado de Jun.

El rostro de Jun se llenó rápidamente de sangre, y trató de zafarse, pero Blake lo tenía bien sujeto, con los dedos apretados alrededor de su camisa. Arrastrándolo de nuevo hacia él lo golpeó una y otra vez fuera de sí.

Jun se defendió con la misma ferocidad, aunque Blake ni se inmutó. Era como si el dolor solo lo alimentara. Se levantó de un

tirón, arrastrando a Jun con él, y lo lanzó contra el armario de nuevo. El sonido de más frascos rompiéndose llenó el aire.

Arriba se oían voces y pasos apresurados. Kane le gritaba a Blake que parase, aunque ninguno de los dos le oía y era imposible separarlos.

Jun logró conectar un golpe en la ceja de Blake que se la partió; y él ni siquiera pestañeó. Con los labios torcidos en una media sonrisa, se pasó el dorso de la mano por la frente limpiándose la sangre y el sudor, antes de apartarse el pelo de los ojos.

Tiró del nudo de la corbata para aflojársela y se pasó el pulgar por los labios para enjugarse la sangre. Su respiración estaba inquietantemente calmada para alguien que estaba en medio de una pelea.

Y entonces, con Jun acorralado contra el armario, echó el brazo atrás en un gesto demasiado rápido, demasiado violento y lo golpeó sin parar hasta que los nudillos se le quedaron en carne viva.

Sumido en una espiral alimentada por años de odio y sed de venganza, finalmente se había desbordado.

«Ash, para. Ash, por favor». Había un ruido, un pitido al fondo de su cabeza donde esas palabras resonaban.

Kane tuvo que usar todas sus fuerzas para agarrar a su mejor amigo del brazo y tirar de él para frenarlo. Blake respiraba con dificultad, su pecho subía y bajaba rápidamente. Durante unos segundos su cuerpo se resistió, queriendo más. Poco a poco comenzó a enfocar el laboratorio y fue volviendo en sí consciente de lo que sus sentidos percibían.

Kane lo sujetaba por los hombros, con una expresión de profunda preocupación y tristeza. Jeong yacía desplomado contra el armario, su rostro, un caos de sangre y heridas. El aire olía a hierbas, a metal y a agrio. Oía la sangre correrle en los oídos y un zumbido como de abejas furiosas.

Blake alzó la vista todavía en trance y vio al profesor Berg, al pie de las escaleras, con una expresión incrédula, y detrás de él a todos sus compañeros observando la escena con una mezcla de horror y asombro, sin atreverse a dar un paso más.

Pero fue Rain quien capturó toda su atención. Tenía los ojos, enormes, clavados en él. Su cara era una mezcla de emociones —espanto, miedo, confusión—, pero lo que más le dolió a Blake fue el desconcierto; lo miraba como si no lo reconociera.

Era la única persona que no deseaba que lo viese así. No estaba muy familiarizado con el sentimiento de vergüenza, y lo hizo sentirse incómodo en su propia piel, asqueado de sí mismo.

La sangre todavía le goteaba del labio, un hilo que descendía hasta su barbilla. Sus ojos impregnados aún de una locura salvaje se quebraron en un destello de dolor. El laboratorio parecía haberse detenido en el tiempo, pero, dentro de su cabeza, todo comenzó a moverse muy rápido. Parpadeó y desvió la mirada brevemente hacia Jun, quien apenas se movía.

Volvió a girar la cabeza hacia Rain y una sensación abrumadora de miedo empezó a apoderarse de su mente. Había una tristeza profunda en el rostro de ella, pero no era para él. Sentía lástima por Jun, él era todo lo que ella veía.

Aquella fue la certeza que terminó de empujarlo en su espiral de autodestrucción.



«Estos placeres violentos tienen finales violentos y mueren en su triunfo, como el fuego y la pólvora que, al besarse, se consumen».

SHAKESPEARE





Capítulo 26



El señor Diop estaba hecho una furia y se paseaba por su despacho murmurando para sí mismo frases inconexas de reprimenda.

—No me importa si me echan —comentó Blake, con la cabeza apoyada en la pared.

No sentía nada, ni siquiera el dolor de los golpes y las heridas. Todo lo que veía era la expresión de Rain.

—A ti nunca te importa nada, Ash. Tienes un problema muy grave.

Las palabras le escocieron, pero no se molestó en corregirlo. Le importaban algunas cosas, le importaban lo suficiente como para morir por ellas, y entre esas cosas estaba Kane, por ejemplo.

Su mejor amigo se hallaba en el despacho de la directora dando su versión de la pelea. Ya sabía lo que diría, lo mismo que le había contado al profesor Gunnar Berg: que Jun había empezado, que lo había provocado y que, ante la falta de reacción de Blake, Jun le había pegado primero. Mentira, pero Kane no lo había dudado ni por un segundo. Sí que era cierto lo de la provocación, él había oído todo lo que Jun había dicho.

En cuanto a la chica que estaba en el laboratorio, era del Crepúsculo y había declarado no haber visto cómo empezaba la pelea, solo que los había visto a los dos enzarzados y se había marchado corriendo. Si decía la verdad o no, Blake no lo sabía, quizá

no quería problemas con él y entre compañeros de Orden siempre existía una cierta lealtad. Así que, aunque Jun había acabado en la enfermería con la nariz rota y bastante malherido, no lo tenía tan mal.

—Te expulsarán —murmuraba Akin.

A Blake aquello le resultaba indiferente.

—No definitivamente... Hay un historial entre Jeong y tú, él ya se coló en tu habitación y te atacó con magia. Eso tendrá pesó en el tribunal disciplinario. Y si fue él de nuevo quien empezó, bueno, podremos exponer tu caso como defensa propia. Aunque te has pasado de la raya.

—A Jeong lo expulsaron dos semanas por incumplir una de las líneas rojas de esta institución. Mi castigo debería ser menor, ¿no? Yo solo usé los puños.

—¡No frivolices con el tema, Ash! Lo has mandado a la enfermería —gritó el señor Diop—. ¿Piensas que tus padres querrían verte así? ¿Cómo crees que se sentirían?

Blake enarcó una de las cejas y cogió aire despacio hasta inflar el pecho.

—De ninguna forma en realidad, puesto que están muertos —siseó, y se irguió separándose de la pared en que estaba apoyado.

—¿Adónde vas? Ash...

—Que me manden una carta con la hora y el día del tribunal, estaré en Hidden.



Jun pasaría la noche en la enfermería, así que la reunión del club se había cancelado. Rain estaba en la torre observatorio con Miles y Tinieblas. La había llevado con ella porque necesitaba algo de confort. Le dolía el pecho, tanto que hasta se había mirado en busca de heridas porque aquel dolor era tan real, tan físico que habría jurado que tenía un hueso roto. Pero no.

—Howard aseguraba que ese «agujero negro» era una puerta. Fue a raíz de sus descubrimientos que empezó el culto Ereshkigal.

—¿Como un portal a otra realidad? —preguntó Rain, que acariciaba a Tinieblas.

La gata tenía la cabeza apoyada en su brazo izquierdo y observaba con sus enormes ojos a Miles, como si lo estuviese estudiando.

—No lo había pensado. Pero es demasiado grande, según mis cálculos tiene la potencia de arrastrar gran parte de nuestro planeta. ¿Quién podría haber provocado una rotura tan grande?

Rain estudió los cálculos de Miles y las anotaciones que tenía. Tinieblas saltó de su regazo y comenzó a dar vueltas alrededor del chico con actitud intimidante. Él le tendía la mano, invitándola a acercarse. Finalmente, Tinieblas frotó la cabeza contra los dedos de Miles, que le sonrió.

—Mira, le caigo bien —comentó emocionado—. A tu amigo Aiden no, me mira mal —añadió apenado.

Rain había ido conociendo a Miles conforme trabajaban juntos. Era un chico curioso, tenía el aspecto de alguien intimidante, aunque bastante atractivo, con el pelo casi rapado y su gesto serio habitual, pero, más allá de su fachada, era una persona muy dócil y tremendamente despistada. Un solitario obseso de la astronomía. Solo le había oído hablar un par de veces de su hermana Vesper que iba a un curso superior, y de pasada.

Ahora que sabía que eran hermanos veía que su parecido era increíble. Los dos tenían los ojos del mismo tono de verde y el pelo del mismo color rubio. Y al igual que Miles, su hermana también estaba siempre sola, aunque ella parecía una chica tímida e introvertida de primeras, no como su hermano.

—Parece que a Tinieblas le gustas, y eso que no soporta a la gente nueva, es muy desconfiada —le explicó Rain mientras seguía con la atención puesta en las notas de Miles.

—Es un familiar, ¿no?

—Eso creo, nunca ha manifestado ningún poder, pero nuestro vínculo es tan fuerte como el que se usa para describir a los familiares y es mucho más inteligente que un gato normal.

—Los familiares normalmente buscan a sus dueños, los escogen. ¿Cómo la encontraste?

—Vivía en el callejón junto a mi edificio y acabó acudiendo a mi ventana todos los días. Así que la adoptamos mi madre y yo.

Él se dio golpecitos en el regazo hasta que Tinieblas cedió y se subió, eso sí, sin abandonar su postura orgullosa, como si quisiese dejarle claro a Miles que era un gran honor permitirle tenerla encima.

Rain frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir esto de aquí?

—Todo agujero negro está acompañado por una radiación característica. Identifiqué este campo energético extraño alrededor de la anomalía, y así fue como llegué a la conclusión de que podría ser un agujero negro.

Rain observó los datos torciendo el gesto.

—Pero estos datos son incoherentes, demasiado irregulares para adecuarse a lo que dices.

—Lo sé. Hay un par de cosas que no terminan de encajar del todo. Como la gravedad, al principio me alarmé, porque los agujeros negros tienen una atracción gravitacional inmensa y todo a su alrededor tiende a ser absorbido. Pero no nos está tragando.

Rain meditó sobre lo que Miles le acababa de decir.

—Es curioso —continuó el chico—. Porque encaja en bastantes puntos con lo que debería ser un agujero negro, pero no del todo, siempre parece haber una distorsión que lo desmonta. Supongo que por eso se rieron de Howard y él trató de explicarlo de una forma divina.

Miles estornudó y Rain, que estaba perdida en sus pensamientos, se volvió para mirarlo. Tenía los ojos llorosos y la nariz roja.

—¡Miles, te dan alergia los gatos! —Cogió a Tinieblas para quitársela de encima.

—Sí, un poco —contestó él, sorbiendo por la nariz.

Por su estado parecía que más que un poco.

—No deberías haber dejado que se te subiera encima.

—Pero me gusta.

—Deberías quitarte esa ropa y ducharte, tienes los ojos hinchados.

—No, todavía es temprano. Podemos seguir un rato más.

Rain miró su reloj, era medianoche.

—Miles, no es temprano.

—Lo es para ti, normalmente no te vas hasta que no te estás quedando dormida. ¿Cuánto sueles dormir al día? ¿Tres horas?

Rain abrió la boca sorprendida. No se veían tanto como para que fuese obvio que se quedaba hasta tarde y que evitaba su habitación todo lo posible.

—Siempre te quedas más que yo y a principios de curso no tenías ojeras. Está claro que apenas duermes. Y como hoy... ha pasado... lo de la clase del profesor Berg. —Dio vueltas sobre el tema con cuidado—. He notado que intentabas distraerte.

Rain, con la cabeza gacha, dibujó una pequeña sonrisa. Pegó a Tinieblas a su pecho, y la gata se frotó contra su dueña queriendo consolarla.

—Vaya, eres más observador de lo que pensaba.

Miles asintió mientras sorbía de nuevo por la nariz. Si alguien los hubiera visto en ese momento habría pensado que lo estaba haciendo llorar, porque tenía los ojos superirritados y no dejaba de derramar lágrimas.

—Gracias por querer hacerme compañía, pero me preocupa más tu estado —dijo Rain, y se levantó para recoger el batiburrillo de cuadernos y recortes de periódico que tenían esparcidos.

Bajaron juntos hasta la primera planta. Miles de vez en cuando miraba a Tinieblas con ojitos tristes, como si fuese un niño al que han castigo sin poder jugar con su juguete favorito. Y la gata, en su afán maligno, le hacía gestos tiernos o trataba de rozarlo con el rabo.

—Eres mala, diabólica —la reprendió Rain—. No te dejes engatusar por ella —bromeó.

Miles tardó un par de segundos en pillar el juego de palabras.

—Vaya, haces bromas...

Rain enrojeció, sintiéndose avergonzada.

—Ha sido ingenioso —añadió él, de pronto nervioso, pensando que la había herido.

—Buenas noches, Miles. Eres una buena persona —se despidió Rain, pensando en el gesto que había tenido al querer hacerle compañía, aunque apenas se conocían.

—Tú también. —Y se fue.

La seriedad de su tono la pilló desprevenida. Sus palabras habían adquirido una gravedad que nunca tenían, como si quisiese asegurarse de que ella lo tomaba en serio. Lo habría percibido por un comentario más, de esos que se dicen por cortesía, si no fuera por el énfasis que le había dado. Y eso la hizo reflexionar.

¿Lo era? Siempre había creído que sí. Siempre había visto con claridad esa línea que dividía el bien y el mal, y hasta hacía poco pensaba que se encontraba dentro de lo primero. Pero ahora ya no estaba tan segura. Desde hacía meses, sentía que había cruzado ese límite, que se movía hacia un lado oscuro. Y solo conseguía que el odio hacia sí misma no la destruyera, solo podía soportarlo si se convencía de que manteniéndose lejos de Aiden, de su madre y de las personas que quería, los estaba protegiendo.

Si los apartaba de su vida, si dejaba que solo pudieran recordar su versión de antes, jamás tendría que ver el reflejo de sus propios errores en sus miradas. Si Aiden solo podía verla como la persona que una vez fue, como aquella chica de la que se hizo inseparable, quedaría intacta en su recuerdo. Sobreviviría en su memoria desde la distancia segura de la memoria.

Pero que él o su madre fuesen testigos de la degradación de su alma sería otro tipo de tortura. El horror, la decepción, que no la reconociesen en sus acciones era algo que no estaba preparada para ver en los ojos de quienes le importaban.

Estaba llegando a la torre del Amanecer cuando oyó las voces de Aiden y Kane. Automáticamente, se tensó. De nuevo sintió el impulso de evitarlos. Estaba convencida de que, si se apartaba ahora, antes de descender del todo a los infiernos, nunca tendría que presenciar el inevitable momento en que dejaran de verla como la persona a la que querían.

—¡Aquí estás! —exclamó Aiden al verla—. ¿Por qué últimamente parece que te escondes?

—Estaba en la torre observatorio con Miles Ashford —se justificó Rain mientras jugueteaba con la correa de su bandolera, nerviosa, sujetando a Tinieblas con un solo brazo—. ¿Qué ocurre?

A Aiden su respuesta pareció indignarlo y comenzó a murmurar el nombre del chico del Crepúsculo por lo bajo.

—Ash se fue a Hidden después de la pelea y no ha vuelto —dijo Kane—. Tampoco está en su apartamento. Me preocupa... —Parecía nervioso y acongojado—. Pensaba que a lo mejor estaba contigo.

—¿Con-conmigo? —balbuceó Rain.

—Vamos, Rain. Es más que obvio lo que Ash siente por ti —contestó Kane, ahora en un tono más duro. Nunca lo había visto tan serio, tan enfadado—. Lo conozco mejor que nadie, lo he visto en sus peores momentos. Desde hace tres años lo único que le ha importado y movido ha sido la venganza. Tú no lo has visto jamás como yo lo vi. Era una persona hueca, vacía, una cáscara con la forma de mi mejor amigo llena de odio. En tres años no le ha importado nada ni nadie. Y entonces empezó a trabajar contigo, el cambio fue muy poco a poco, pero, joder, el hecho en sí de que aceptase colaborar con alguien más... No entiendes lo que significó eso. No entiendes el paso enorme que fue para Ash. No estoy diciendo que sus demonios lo hayan abandonado, no estoy diciendo que haya dejado atrás toda la mierda que lo persigue, pero al menos se relajó un poco. Y la transformación más sustancial fuiste tú, te dejó entrar en su vida. Sus ojos van a ti allá donde estés, le importas. Y eso quiere decir que bajó la guardia contigo.

»No te das cuenta de lo abandonado y destruido que se sentía. Y yo entendía por qué, ¿quién no lo haría? Entendía sus razones para no querer acercarse a nadie. Una vez que te han herido haces todo lo posible para que no vuelva a suceder. Es un mecanismo de defensa instintivo, ¿no?

A Rain se le cerró la garganta, las palabras de Kane la quemaron en lo más profundo de su ser.

—No entiendo por qué me lo estás reprochando —susurró con lágrimas en los ojos.

Aiden parecía angustiado, dividido entre los dos.

—Porque parece que no te das cuenta. No sé si estás enamorada de Jeong o no, no sé si sientes algo por Ash o no, pero si has decidido estar con Jun, entonces no te acerques más a Ash. No me pidas que le dé regalos en tu nombre, no lo acojas en mitad de la

noche cuando esté herido y no le demandes ayuda. Esto te lo digo de forma egoísta, sin tener en cuenta los sentimientos de Blake, pero es mi mejor amigo y no quiero que lo que siente por ti lo destruya aún más.

—Ya vale —susurró Aiden—. Entiendo que te frustre ver a Blake mal, pero él tampoco ha dejado de acercarse a Rain. Es un problema que tienen que solucionar los dos.

—Lo sé —admitió Kane, cabizbajo—. Y lo siento, no quiero hacerte daño, Rain. Pero Ash... Ash tiene una forma de querer... Él se obsesiona, él se deja consumir por sus emociones y he pensado que quizá tú lo tendrías más fácil para apartarte.

Rain se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

«¿Más fácil?». Sí, esa semana había sido tan sencilla que, al intentar inhalar, había sentido el aire áspero, que cada mañana la sacudía un escalofrío al despertarse. En esas primeras horas sentía una especie de fatiga en los músculos, como si llevara días de esfuerzo sin descanso. Era la rigidez de su cuerpo tratando de mantenerse entero, de no ceder al dolor y la agonía.

Rain le tendió la gata a Aiden.

—Llévala a tu habitación, volveré a por ella cuando haya encontrado a Blake —anunció.

Kane dio un paso hacia ella con intención de decir algo.

—Lo solucionaré —dijo Rain—. Como ha dicho Aiden, esto es cosa de nosotros dos. —Y secándose las lágrimas se marchó.

—¡Rain, está lloviendo a mares! —gritó Aiden, que sostenía a Tinieblas tan lejos de él como se lo permitían los brazos.

Ella no le contestó y Aiden fulminó a su novio con la mirada.

—Le has hecho daño, en otro momento Rain habría apreciado el juego de palabras y la ironía con su nombre. ¿Estás ciego? ¿No la ves? No duerme, tiene la mirada perdida, está... está como una zombi. Siento que la estoy perdiendo y vas tú y le dices esas cosas. ¿Qué te pasa? Blake fue a ayudarla con lo de la torre porque quiso. Rain llevaba semanas sin acercarse a él. ¿Por qué es culpa de Rain? Si además Blake está enrollándose con Ágata.

—No estoy diciendo que Ash no ponga de su parte en su camino hacia la destrucción, pero...

Aiden arrugó el ceño y se giró muy digno sosteniendo a Tinieblas lejos de él.

—Me voy, esta gata está gorda y pesa como un demonio.

Tinieblas que pareció entenderlo, bufó y trató de revolverse para arañarlo.

—Aiden, no te enfades... Lo siento.

—No —espetó, volviéndose sobre su hombro—. Entiendo que Blake es como tu hermano, pero Rain también es una hermana para mí. Es mi alma gemela y le estoy dando espacio porque está pasando por algo que no me quiere contar y por eso está tanto tiempo con ese cabeza hueca de Ashford —gruñó hablando cada vez más deprisa, como si masticase las palabras—. Ni siquiera me ha contado lo de la torre... —murmuró para sí mismo—. Lo que quiero decir es que estoy esperando a que esté preparada para contarme qué le ocurre y no quiero ver cómo mi novio la aleja todavía más. En fin, mañana se me habrá pasado, pero esta noche voy a dormir con esta gata demoníaca.

Kane se le acercó, le rodeó la cintura con un brazo y lo levantó del suelo con facilidad.

—Espera —le pidió.

Aiden echó la cabeza hacia atrás y Kane se inclinó despacio para besarle con suavidad.

—¿Podemos poner una norma? Cuando discutamos, no quiero que nos separemos sin hablar las cosas antes y sin darnos un beso de despedida.

Aiden cogió a Tinieblas con un solo brazo apoyándola en su pecho y llevó la mano libre hasta la nuca de Kane para volver a darle un beso rápido.

—Es una buena norma. Buenas noches.



«Era fuego y yo viento; cuando nos abrazamos, una tormenta nació».
ANÓNIMO





Capítulo 27



Para cuando Rain llegó a Hidden estaba calada hasta los huesos, como si acabase de darse un baño en el lago. Estaba helada, pero no era peor que el frío que había sentido escalando la torre. Fue hacia la calle de la rosa y comenzó a buscar a Blake *pub* por *pub*.

Suplicó para no encontrárselo enrollándose con alguien, eso sería alcanzar un nuevo punto de humillación y dolor que no sabía si sabría manejar en ese momento.

A esas horas de la noche, prácticamente nadie se fijaba en la chica empapada que entraba en el local, solo algunos compañeros de la Academia que estaban por allí de fiesta le dedicaron alguna mirada.

Hidden nunca estaba más hermosa que bajo la lluvia. Conseguía sacar su lado más etéreo y misterioso. Era como mirar un cuadro pintado al detalle, las luces difuminadas bajo las gotas, reflejándose en el agua de los charcos y creando la impresión de que el cielo estaba bajo sus pies. La tristeza nostálgica que lo impregnaba todo y que contrastaba con el ambiente acogedor y cálido que se veía a través de las ventanas.

Las calles, cada vez más estrechas, le devolvían el eco de sus pasos. El aire olía a humedad, a tierra mojada y a piedra fría. Probablemente su olor favorito, el de la lluvia. Las pocas personas

que pasaban a su lado se encogían dentro de sus abrigos para protegerse de la tormenta.

Estaba comenzando a pensar que quizá Blake ya se había marchado a su casa o que estaba en cualquier otra parte... acompañado. O a lo mejor, le había ocurrido algo...

La preocupación le aceleraba el pulso y cada vez caminaba más deprisa, angustiada.

Al final de la calle por la que iba, tras girar en un callejón estrecho, encontró una puerta de madera iluminada por una farola solitaria que derramaba su luz anaranjada sobre ella. A través de una ventana de cristales empañados, se veía gente. Empujó la puerta y se adentró en el ambiente mucho más cálido del interior.

Con el cuerpo temblando y los dientes castañeándole, se movió entre los extraños que la miraban curiosos. Y, finalmente, lo vio; Blake estaba sentado al fondo de la barra poco iluminada medio escondido en las sombras. La mano con la que sujetaba un vaso ya vacío tenía los nudillos magullados. Desde ese ángulo no le veía todo el rostro, pero las heridas y los hematomas eran evidentes.

Sus ojos, que parecían perdidos en el fondo del vaso, se alzaron despacio, como si hubiese sentido la presencia de Rain. La chica, parada en medio de la gente, con la respiración agitada y calada hasta los huesos, tenía un aspecto frágil y etéreo bajo las luces tenues del bar. Tanto que Blake tardó en darse cuenta de que de verdad estaba allí y no alucinaba. Se irguió de pronto y sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor del vaso.

A Rain el cabello, oscuro y húmedo, le caía en mechones pesados que se adherían a su cara, formando pequeños ríos de agua que descendían por su rostro y cuello. Su piel, pálida y ligeramente enrojecida por el frío, resaltaba con una delicadeza casi fantasmal.

Los ojos de Blake bajaron por su cuerpo. La camisa del uniforme estaba tan mojada que se transparentaba allí donde se pegaba y hacía aún más evidente el vaivén de su pecho al respirar, parecía haber estado corriendo porque le faltaba el aliento y tenía los zapatos y las medias salpicados de barro.

Blake sintió una mezcla de enfado y frustración; una rabia inexplicable que se encendió al verla así.

Rain dio un paso hacia él, con el cuerpo temblando de forma involuntaria. Blake echó los hombros hacia atrás con intención de quitarse el abrigo, pero se frenó en el último momento tensando el cuerpo.

Los ojos de Rain parecían enormes y vulnerables mientras lo observaban. Mucho más oscuros en contraste con la palidez de su piel. Había algo melancólico y triste en ellos, pero también decidido.

—Blake...

El rostro de él se encogió con un destello de dolor y algo más, furia tal vez, al oírla.

—¿Qué demonios haces aquí, Lee? ¿Y por qué vas así? —Señaló su apariencia.

Por el brillo de sus ojos y su forma de hablar era evidente que había bebido más de la cuenta.

—Quiero que hablemos.

Blake soltó una risa despectiva y Rain se estremeció.

—¿Hablar? Vete a la Academia, Lee... ¿Es que pretendías darme pena apareciendo así? Tal vez te funcione el truco con otras personas, que a lo mejor incluso disfruten de la vista. Pero yo solo veo a alguien que no sabe cuándo parar. —Se levantó, tambaleándose un poco y dejó un par de billetes sobre la barra mientras se acercaba a ella. Lanzó una mirada fría a su alrededor, a todos los que estudiaban a la chica extraña con el uniforme mojado —. Con Jeong seguro que te va mejor —siseó, y bordeándola la dejó atrás.

Ella hizo una mueca ante la crueldad de su tono.

—Blake, por favor... —lo llamó mientras lo seguía entre la gente.

Rain chocó con un tipo alto, que se agarró a su hombro para no caer.

—Perdona —se disculpó ella.

—¡Estás helada! —exclamó.

Blake se giró sobre su hombro y vio cómo el tipo, que todavía no había apartado su mano, la estudiaba de arriba abajo. Volvió hacia ellos con fastidio y empujó ligeramente a Rain apartándola de él.

—¡¿No me has oído?! ¿No ves que no te quiero aquí? ¿Que no quiero verte, que no quiero oírte, joder? —Su tono fue duro.

Ella retrocedió dolida y se le empañaron los ojos ligeramente. Esa nota de vulnerabilidad despertó un destello de duda en Blake, pero se obligó a ignorarlo.

—Vete. —Su voz fue un murmullo gélido, sin un asomo de calidez —. Te lo digo en serio, vete de una maldita vez.

Rain dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Blake la observó marcharse. Durante un momento, su mano tembló, y una punzada de arrepentimiento lo golpeó.

Y apenas consciente de lo que hacía, salió tras ella, la lluvia envolviéndolo mezclándose con su respiración pesada mientras la buscaba en la calle en penumbras. La alcanzó a unos cuantos metros de distancia y, sin decir una palabra, extendió una mano para agarrarla de la muñeca, haciéndola girarse hacia él. La piel de Rain se erizó bajo sus dedos y él tiró para acercarla más.

La cercanía le resultó asfixiante; bajo la tela empapada de su ropa, la silueta de Rain se dibujaba revelando la forma de sus clavículas, su pecho, su estómago. Cerró los ojos un segundo, tomando aire y tragando con fuerza, intentando dominar esa tormenta de impulsos que lo invadía. Sus labios entreabiertos parecían a punto de decir algo, pero acabó apretando la mandíbula con fuerza para callárselo.

Su mirada encendida se deslizó hacia su cintura, y sus manos comenzaron a moverse inconscientemente, deseaba subir la tela de su camisa para tocar esa piel suave que imaginaba bajo sus yemas. Casi podía oír el sonido que Rain haría al sentir su tacto, la respiración contenida cuando él pasara los dedos por la línea cerca de su ombligo, dibujando con el pulgar un leve rastro sobre su piel.

La imagen y las sensaciones explotaron por todo su sistema. Cerró las manos con fuerza clavándose las uñas en la palma, luchando por no dejarse llevar.

La quería con una necesidad febril, un deseo que había dejado de ser algo que pudiera entender o controlar. La deseaba fuera de toda razón. Y, en ese momento, prefería quemarse a alejarse. Tragó saliva, quería rendirse a aquello que lo consumía, aunque fuera solo una vez, aunque luego tuviera que pagar con la soledad y el vacío de perderla.

Con una voz cargada de un anhelo reprimido y doloroso, finalmente habló, su tono grave y bajo, su lengua tropezando con las palabras.

—Me has hecho polvo, Rain. Me estás destrozando.

A pesar de la dureza de su declaración, la mano que ascendió por su antebrazo era suave y delicada. Notaba el pulso de ella bajo sus dedos y cómo su respiración se aceleraba. Por todos los dioses, lo estaba volviendo loco.

—Blake... Yo no...

—Me gustas, Rain. Por si el otro día no fui lo suficientemente claro, así que preferiría que te alejases porque es evidente que yo no soy capaz —reconoció con tormento.

Rain se derrumbó.

—¿Y no preferirías que me acercase? —dijo con la voz rota.

En ese punto Blake estaba ya tan empapado como ella, su pelo normalmente de un rubio platino tenía ahora un tono dorado y le caía pegado a la frente. El agua se acumulaba en sus pestañas, que atrapaban las gotas derramándolas en cada parpadeo. Él arqueó una ceja, incrédulo.

La pregunta terminó por romper el poco control que le quedaba. Mañana ordenaría sus emociones, mañana lucharía con las consecuencias que le dejaría aquello. Pero ahora, en esa calle desierta y en penumbras. Ahora, bajo ese aguacero, solo quería una cosa.

—Bésame, entonces —la retó. Y sonó como si le estuviese pidiendo su alma a cambio de su deseo más oscuro.

Dio un paso hacia ella y se inclinó ligeramente. Rain se estremeció. La mirada de Blake se deslizó hacia su boca. Al ver cómo el deseo se reflejaba en los ojos de Rain, dijo en un susurro ronco:

—Bésame como si llevases toda la vida soñando con ello, mírame como si tuviese la capacidad de empezar y terminar tu mundo. Como si tu anhelo pudiese arrasar conmigo hasta hacerme pedazos. —Su voz al principio desafiante y dura, casi una orden, fue volviéndose suave y casi suplicante al final.

Dejó que sus dedos rozaran la curva de su cadera, apenas un toque, pero lo suficiente para que Rain sintiera recorrerla un escalofrío, para que ese instante se volviera casi tangible.

Estaban tan cerca que sus alientos se mezclaban en el aire frío y húmedo. La lluvia seguía cayendo, formando ríos diminutos que resbalaban por sus rostros.

Rain le pasó una mano por la mandíbula y apoyó la otra en su pecho. Bajo su palma, sentía el latido frenético de Blake.

«Hay algo poderoso en ganarse el corazón de alguien que ha jurado no tenerlo», pero sí que lo tenía y era suyo. Los dedos se le cerraron y acabó agarrando su jersey en un puño. Por él ardería, por él sería cenizas, por él se bañaría en fuego.

Se estiró y le rozó la boca, una caricia ligera como un susurro. Pero ese contacto mínimo encendió algo mucho más urgente. Blake le sujetó la nuca, sus dedos enredándose en su pelo mojado, y la acercó con un tirón firme.

El beso se volvió áspero, dejando a Rain sin aliento y con las piernas flojas. Sus cuerpos chocaron buscándose. Eran el único punto de calor en aquella noche húmeda y fría de principios de marzo.

Los dedos de Blake trazaron el contorno del hueso de su cadera, rodearon la curva de su cintura y ascendieron por su espalda dejando un rastro ardiente sobre su piel helada, haciéndola temblar.

La besó sin titubeos, su lengua deslizándose sobre su labio inferior antes de tomar su boca por completo. Rain jadeó contra él. Fue brusco, intenso y a la vez pausado, tanto que sintió que se derretiría pegada a él.

Blake le tiró del pelo hacia atrás para levantarle el mentón y profundizar el beso, desesperado, hambriento. Su mano descendió por su espalda hasta su culo y la apretó más contra su cuerpo.

La manera en que la sujetaba, sin rastro de delicadeza, hizo que la tensión en su estómago se expandiera, un fuego descendiendo por sus extremidades. Sus dedos se aferraron al jersey de Blake, buscando anclarse.

Sintió su respiración pesada contra su piel cuando sus labios bajaron por la línea de su mandíbula, explorando, probando,

mordiendo. La atrapó por la cintura con una mano, mientras la otra ascendía lentamente, hasta rozar la tela de su sujetador. Rain se arqueó contra él cuando sus dientes encontraron un punto sensible en su cuello y ahogó un gemido.

Blake le mordió el labio inferior y un sonido de placer escapó de ella. La boca de él se curvó en una sonrisa satisfecha antes de volver a hundirse en la suya, esta vez con más ternura.

—Rain, dime... —Su voz sonó ronca, áspera, entrecortada contra la piel febril de ella.

—Diré lo quieras. —No soportaba más aquella tensión, quería más, tanto que le costaba respirar, pensar...

—Dime que eres mía.

—Nunca he deseado tanto pertenecer a alguien, Ash Blake.

Él volvió a inclinarse sobre ella, a besarla con brusquedad, lento, profundo, con una seguridad en sí mismo que la desarmaba.

—Vamos a mi casa —susurró contra su boca con la voz pastosa.



«Si por besarte tuviera que ir después al infierno, lo haría. Así después podré presumir a los demonios de haber estado en el paraíso sin nunca entrar».
SHAKESPEARE





Capítulo 28



Hidden nunca les había parecido tan grande, la distancia hacia el apartamento de Blake parecía no disminuir nunca, aunque el hecho de que, en cada recoveco, en cada rincón apartado él la besase no había ayudado.

Blake atrapó a Rain en un último beso en el interior de su edificio, ya a salvo del aguacero. Se movieron hasta chocar con la pared de ladrillo. La besó tan lento que dolía, cogiéndole le cara con los dedos abiertos.

Subieron las escaleras torpemente y Blake, siempre ágil, tardó tres intentos en encajar la llave en la cerradura y abrir la puerta. Se dirigió veloz a encender la chimenea.

—¿Quieres darte una ducha? Estás helada —le ofreció, apartándole con suavidad el pelo de la cara.

—No —susurró ella.

A Blake se le dibujó una sonrisa malévola y los ojos, oscuros, le brillaron.

—Bien, porque llevo queriendo desnudarte tanto tiempo que empieza a obsesionarme.

Rain entreabrió los labios y cogió aire mientras lo veía quitarse el abrigo y sacarse el jersey con un movimiento fluido, que la dejó ver la franja de piel entre la cinturilla de sus pantalones, caídos por el

peso del agua, y su ombligo. Sus ojos recorrieron la finísima línea de vello rubio que se perdía en el borde de su ropa interior, la forma marcada de los músculos de sus caderas... Blake le puso una mano en la barbilla y tiró suavemente para liberar el labio inferior de Rain, que se estaba mordiendo, y le dio un beso lento.

Tiró con brusquedad de su corbata hasta deshacerla y con impaciencia se quitó un par de botones de la camisa hasta poder sacársela por la cabeza.

Rain trató de no mirar cómo sus músculos se movían bajo su piel, trató de detener el impulso de pasarle las manos por la forma afilada de sus bordes y recorrer las líneas oscuras de su tatuaje. No quería parecer demasiado ofuscada con su aspecto, pero Blake era tan atractivo que se le secó la boca y solo pudo tragar pesadamente.

Y él lo sabía, sabía el efecto que causaba porque una de sus comisuras se estiró con malicia.

—Joder, me encanta cuando te sonrojas y me vuelve loco cuando soy yo quien lo causa —dijo en ese tono bajo y pausado.

Rain imaginaba que así es como debía de sonar el ronroneo de un león.

Blake le bajó la americana por los hombros perdido en sus ojos. Lo abrumó la mezcla de amor y deseo tan salvaje que se entrelazaron en su interior. Una parte de él quería ser delicado, una parte de él temía quebrarla como si tuviese entre sus manos algo precioso y frágil. Pero otra parte, más oscura y desquiciada, quería apoderarse de ella por completo, marcar su piel, dejar en ella algo que nadie más pudiera borrar. Deseaba abarcar cada parte de Rain con una necesidad casi violenta.

Deshizo con cuidado el nudo de su corbata para quitársela y, despacio, se arrodilló frente a ella sosteniéndola de las caderas. Sus dedos, largos y hábiles, comenzaron a desabotonarle la camisa con una lentitud tortuosa. Su boca, su lengua y sus dientes recorrían el camino de piel que iba dejando expuesto.

Rain temblaba entre sus manos. El deseo, pesado y cálido, se acumuló tras sus costillas, en el ombligo y en todos los puntos en los que él la tocaba.

—Ash —lo llamó ella, tirando suavemente de su pelo.

La anticipación la estaba matando, sentía su cuerpo como una cuerda demasiado tensa.

Él dejó escapar un sonido distraído mientras seguía su camino, quería tomarse su tiempo. Los dedos de Blake desabotonaron el final de la camisa de Rain como si estuviese conquistando paso a paso un reino. La primera vez que había deseado desnudarla de esa manera había sido la noche de la fiesta de bienvenida cuando ella lo besó en el pasillo. Esa dualidad entre su aspecto de chica buena e ingenua y el hambre voraz e insaciable en sus ojos, sus manos, en todo su cuerpo lo había pillado desprevenido.

Y se había preguntado si así era ella debajo de todas esas capas; dulce y maquiavélica. La idea de quebrar su caparazón y poder ver más allá le había atraído, casi como un experimento, y entonces, había quedado atrapado en el deseo de poseer cada parte de ella, de conocer sus sombras, de ser el único capaz de ver a Rain por completo.

—Ash —dijo Rain de nuevo, y por fin consiguió llamar su atención.

Él se puso de pie con una sonrisa oscura tirándole de los labios. Sus ojos de un gris tormentoso, denso y nublado, la recorrieron, entreteniéndose en el rastro que sus besos habían dejado en su piel y en la forma en la que el deseo y la excitación eran evidentes en cada una de sus inspiraciones.

La cogió de la cintura y la levantó del suelo, y ella lo rodeó con las piernas pegándose a él. Enredó las manos en su pelo, todavía algo húmedo, y lo besó casi con demasiadas ganas, haciendo que sus dientes chocaran. A Blake no pareció importarle su torpeza, más bien al contrario.

Caminó con ella en brazos hasta su habitación. La dejó hacer, perdiéndose en la ligera timidez de sus gestos, la suavidad que rozaba en dulzura, pero su autocontrol se quebró y tiró de ella. Chocaron contra el escritorio y un par de libros cayeron al suelo, y Blake colocó a Rain encima. Sus movimientos eran lánguidos y deliberados, pero a medida que Rain se arqueaba contra él, sus gestos se volvieron apremiantes, desordenados hasta que ella ahogó un jadeo.

Blake se apartó respirando fuerte.

—¿Te he hecho daño?

Rain negó. Blake terminó de desabotonarle la camisa y ella se la sacó con impaciencia. Los ojos de Blake se oscurecieron como la noche y se hundió los dientes en el labio inferior con fuerza mientras subía la mirada por su torso hasta encontrarse con la de ella. Los músculos de su mandíbula se tensaron y Rain se movió para pegarse más a él mientras las manos de Blake le recorrían la espalda para desabrocharle el sujetador.

Blake, que siempre había tenido claro que de existir el infierno acabaría en él, se preguntó si por aquella misma emoción el demonio había sido condenado; por atreverse a desear demasiado, por cometer el pecado de querer tocar algo que estaba fuera de su alcance.

Arrastró uno de los tirantes del sujetador y se lo bajó por el brazo siguiendo con sus ojos el avance de sus dedos, que trazaron la curva de su pecho y lo cubrió con su palma haciéndola estremecer, el contacto tan ligero que Rain se movió exasperada.

Blake sonrió con un lado de la boca y bajó el otro tirante por su hombro hasta que la prenda cayó. La intensidad de su mirada sobre su piel desnuda era como una quemadura, le agarró los muslos, los dedos hundiéndose en la fina tela de sus medias, y la apretó contra él con fuerza. Rain, que se sostenía apoyándose en sus hombros, le clavó las uñas sintiendo su cuerpo vibrar.

—Eres tan guapa, Rain. Eres tan jodidamente guapa... que eres como ver salir el sol —murmuró con la voz áspera.

Su boca terminó entonces de conquistar el camino que había iniciado en el salón, dejando el rastro de sus labios y su lengua en su pecho. Rain, hasta hacía unos meses, había creído saber lo que era el amor; cómo era su color, su sabor, su peso. También había pensado que conocía el deseo, pero estaba equivocada. El deseo era oscuro, un poco amargo y dolía de la mejor forma posible. Y ahora el amor le parecía más como una herida abierta y a la vez un fuego sagrado. Era fragilidad y brutalidad, era sentir su alma ardiendo. Algo infinito y poderoso. Era vivir en el caos y el deseo, que devoraba y quemaba, pero que a la vez le daba sentido a toda su existencia. Era consumirse, ahogarse en la mejor emoción posible,

un placer que iba tan, tan lejos, que quebraba toda lógica y acababa doliendo.

Blake intentó desabrocharle la falda con torpeza y ella levantó las caderas para permitirle bajársela junto con las medias, que ya estaban desgarradas y rotas. Sus manos subieron por sus piernas y se metieron en los laterales de su ropa interior para hundirse en su piel mientras ella se frotaba contra él.

Blake gruñó una palabrota contra su boca. Le habría gustado ser dulce, pero no podía frenarse lo suficiente para tratarla con cuidado y por la forma en la que ella le arañaba la piel y se retorcía contra él, Rain tampoco parecía poder hacerlo.

Las manos de ella se pelearon ansiosas por desabrocharle los pantalones, y Blake, riendo contra sus labios, la ayudó y se los bajó. Sus dedos, suaves como una pluma, trazaron el camino desde su cadera hasta el interior de su muslo, y Rain soltó un gemido apagado mientras la boca de Blake descendía por su vientre. Ella se aferró al borde del escritorio cuando Blake bajó entre sus piernas. Él le hundió los dedos en las caderas y a ella se le escapó su nombre entre los labios.

Era como si los dos intentasen empujarse hacia un borde, hacia un límite, como si ambos intentasen hacerse caer más y más.

Blake le agarró el culo con más fuerza, tirando de ella. No era suficiente. Nada parecía suficiente.

—Ash —dijo jadeando—. Dime que tienes condones.

Él se incorporó con la mirada nublada, oscura, hambrienta. Le llevó un momento contestar como si ella le hubiese hablado en otro idioma e hiciese un esfuerzo en traducirlo.

—En la mesilla —consiguió decir.

Rain se puso de pie con las piernas temblorosas y Blake la atrapó de la cintura para volver a besarla mientras se movían hacia la cama. Enganchó los dedos en su ropa interior para bajársela y ella intentó hacer lo mismo con sus calzoncillos, pero no tuvo la misma efectividad. Blake le mordió el labio y se separó apenas unos centímetros para quitárselos él mismo.

Fue casi demasiado sentirlo contra ella. Se le entrecortó la respiración al presionar las caderas contra las suyas. Blake la sujetó

con una mano y gruñó contra la piel de su hombro.

—Joder, Rain.

Tendió la mano hacia el cajón de la mesilla y sacó un condón.

—No sé ni por qué he dudado... —rio—. Te pega tanto tener el cajón lleno.

Blake la miró con una sonrisa irónica mientras abría el envoltorio con los dientes.

—Hmm..., juzgándome, ¿eh? Solo soy precavido, listilla.

Blake se sentó en el borde de la cama y la rodeó con un brazo atrayéndola a su regazo. La besó despacio y profundo mientras se ponía el condón y Rain temblaba de anticipación. Blake se movió lento y el cuerpo de Rain se tensó; se quedó sin respiración y habría jurado que vio colores detrás de los párpados. El placer la atravesó y sus uñas se clavaron en la espalda de Blake.

Rain murmuró un galimatías de palabrotas inconexas.

—Dios, Blake...

—No, pero casi —le dijo burlón en la oreja, y ella se estremeció cuando un escalofrío le bajó por la columna.

Blake la movió hasta colocarse encima de ella. Agarrándole el muslo derecho con una mano y sosteniéndose con la otra. Su boca le acarició el pecho y ella sintió el calor y el deseo acumularse en su cuerpo.

—Hace tanto tiempo que te tengo ganas —confesó Blake entre dientes.

Un hormigueo se expandió por el vientre de Rain al oír su voz áspera. Le rodeó la cadera con la pierna apretándolo contra ella. Blake ahogó un gemido y le besó la mandíbula con suavidad.

—A veces es lo único en lo que puedo pensar —gruñó contra su piel.

Todo lo que los rodeaba se volvió borroso. Y entonces Blake se movió con más fuerza, más profundo, y la realidad pareció romperse mientras ambos se deshacían juntos.

Rain parpadeó medio dormida. El sol estaba a punto de salir. Blake le había dejado una camiseta vieja, él salió del baño con el torso desnudo y unos pantalones de pijama. El corazón se le aceleró al mirarlo.

Le dio un beso en el hombro el meterse en la cama junto a ella y enterró la cara en su cuello.

—Hueles a mi champú —susurró—. Me gusta. —Su voz sonó perezosa, adormilada.

Rain sonrió mientras la recorría una sensación cálida y dulce. Aunque detrás de todo eso se escondía algo con espinas. Blake tiró de ella hasta que acabó recostada en su pecho. Parecía irreal verlo así, sin poder quitarle las manos de encima, con los ojos puestos en su boca, su cuerpo, sus ojos.

Blake trazó con la mano un camino por el valle entre sus caderas.

Todavía tenían muchas cosas que resolver, pero no ahora, se dijo Rain. Ahora quería disfrutar del momento. Y con los primeros rayos de la aurora entrando por la ventana, se quedaron dormidos.



«A mi lado sin pausa el Demonio se agita; A mi lado flota como el aire intocable. Lo bebo y siento cómo abrasa mis pulmones, ahogándome en un deseo culpable y eterno».

CHARLES BAUDELAIRE





Capítulo 29



Rain tropezó con una rama del bosque y Jun la agarró del brazo ayudándola, estaban en una zona tan espesa que la lluvia que había estado azotando la Academia no era más que una niebla húmeda.

—¿Estás bien? —preguntó Jun, apartándole el flequillo hacia un lado con cariño.

Rain asintió sin aliento.

—Necesito un momento —contestó, apoyándose en un árbol.

Le parecía impresionante que apenas cinco días después de la paliza que le había dado Blake estuviese en mejor forma que ella. Solo quedaba el ligerísimo rastro de algunas magulladuras en su rostro.

La profesora Lewis les había preparado una práctica/examen sorpresa de Técnicas de Supervivencia Mágicas, lo que consistía en que utilizasen todos los conocimientos que habían adquirido en las demás asignaturas y ver si tenían la capacidad tanto física como mental de superarlo.

—Es un simulacro del examen final que tendréis que pasar para graduaros. Todavía es pronto, pero servirá para evaluar vuestra evolución y vuestras carencias.

Los había colocado por parejas de la misma Orden, por eso de que las magias fuesen iguales, y había tratado de equilibrar los grupos

para que estuviesen todos los puntos cubiertos y de esa forma Rain y Jun habían acabado juntos.

Rain sacó uno de los viales que llevaba en el cinturón, un brebaje energizante. Les habían dado ropa similar a la que usaban las órdenes en misiones oficiales.

Llevaba un abrigo largo de cuero verde oscuro, diseñado para camuflarse en la vegetación del bosque. La insignia del Amanecer estaba prendida de la solapa. El forro, de terciopelo, tenía bordados con hilo mágico que trazaban símbolos de protección.

Bajo el abrigo, vestía un jersey de cuello alto y una coraza de cuero sobre el pecho, a juego con sus pantalones flexibles del mismo material, ambos con runas grabadas para la protección. Las botas de media caña, en un tono entre berenjena y marrón, se ajustaban con botones de latón.

Alrededor de la cintura, un cinturón utilitario cargado con pociones básicas, tiza, hierbas y piedras que podrían necesitar, y una pequeña daga.

Jun llevaba un abrigo largo amarronado. Debajo de este vestía una prenda gruesa de cuello alto, que le proporcionaba calor y libertad de movimientos. Sobre ella, un chaleco con runas protectoras grabadas, junto con pantalones encerados y botas resistentes. Su cinturón era idéntico al de Rain, cargado con los mismos elementos esenciales.

—La prueba consiste en seguir un rastro. Imaginad que os ha tocado la misión de localizar y capturar a un sospechoso de saltarse la ley, un brujo o bruja poderoso, y le habéis seguido la pista hasta el bosque. Vuestra tarea es atraparlo, pero por supuesto habrá usado hechizos para protegerse, para despistaros... Hay un señuelo en el bosque que hará las veces del sospechoso; es un simulacro, así que es bastante parecido a algo que podría ocurrir en la realidad, pero, tranquilos, lo hemos adaptado a vuestro nivel —especificó la profesora, viendo sus caras de pánico—. Nadie va a morir o a resultar gravemente herido. Voy a estar observando, junto con otros profesores, el desarrollo, y sabremos en todo momento si cometéis errores mortales. Aunque una pareja encuentre y capture al señuelo, hay más de uno, así que varios tendréis la oportunidad de

completarlo. Una vez terminada la misión tenéis que hallar el camino de vuelta.

—Qué curioso, se parece mucho a lo que hicieron mis padres con cierto criminal —comentó Jun, sonriendo en dirección a Blake mientras le pasaba un brazo por los hombros a Rain.

A Blake le había tocado trabajar con Olivia Nikt, que le murmuró algo cuando escuchó el comentario e hizo sonreír, casi de forma imperceptible, a Blake.

Rain y Jun habían estado trotando durante media hora siguiendo un leve rastro de magia, que habían perdido en un par de ocasiones hasta llegar al punto en el que se encontraban.

Rain levantó las manos frente a ella y girando las muñecas y los dedos permitió que su magia, de un tono rojizo, las envolviese. «Encuentra». Dibujó una runa sobre su palma izquierda que le dejó ver un leve brillo entre los árboles por donde debía de haber pasado el brujo que huía. Quiso ponerse en marcha para seguirlo, pero Jun la frenó adelantándose a ella.

—Es mejor que yo vaya delante, puede haber trampas —dijo con ademán protector.

—Claro —le concedió ella.

Aquello le resultaba de lo más irritante.

El musgo que cubría el suelo amortiguaba el sonido de sus pasos. El silencio y la quietud que los rodeaba era tal que cada sonido, desde el aleteo de un pájaro hasta el lejano murmullo de un arroyo, resonaba amplificado. Aunque la mayoría de las ramas estaban desnudas, dándoles una forma bastante siniestra, en algunas zonas la oscuridad era casi total. En el borde de su visión a Rain le parecía percibir siluetas borrosas y movimientos furtivos, como si algo acechase sus pasos.

Jun se frenó de golpe y ella estuvo a punto de chocar con su espalda.

—El rastro se divide en dos —anunció.

Rain miró a su espalda y vio que el camino por el que habían venido había desaparecido tragado por la espesura de los árboles y los helechos.

—El sendero tiene un encantamiento de espejismo —murmuró—. Para hacer que nos perdamos.

La verdad es que la práctica la emocionaba, eso de meterse de lleno en el papel de las órdenes y simular una tarea real le parecía una gran idea. Sacó la amatista que tenía en el cinturón, que servía para la claridad mental. La puso entre sus palmas, colocadas en horizontal, y convocó su energía, dejando que brotase y ascendiese por todo su cuerpo hasta despejarle la mente. Su pelo se sacudió flotando levemente en su espalda mientras se concentraba en el poder de la piedra, permitiendo que inundase sus ojos. Y como si limpiase el barniz de una vieja pintura, despejó su visión. Abrió los párpados y vio el verdadero sendero, sus colores menos vibrantes, sus líneas más firmes.

—Es ese —señaló con la barbilla.

El camino parecía retorcerse sobre sí mismo, cada vez más y más estrecho, como si estuviesen bajando por una espiral. Olía a azufre con un toque picante.

Rain arrugó la nariz y se la tapó. El aire se tornó denso y casi tangible, como si la oscuridad se extendiera en filamentos viscosos alrededor de ellos. Un escalofrío le recorrió la columna cuando notó una sombra oscura y pulsante surgiendo entre los árboles. El bosque parecía enroscarse, expandiéndose y contrayéndose.

El suelo bajo sus pies empezó a temblar, y Rain sintió cómo reptaba por sus botas, intentando detenerla. Las raíces de los árboles cercanos se retorcían, como manos esqueléticas, alzándose lentamente y tratando de bloquear su paso. A su alrededor, la atmósfera adquirió un peso sofocante; una energía que crepitaba, emitiendo chasquidos secos y sonidos que recordaban el murmullo de voces lejanas.

—¿Qué narices...? —chilló Jun, pateando una raíz.

—Es un hechizo de transmutación de materia —explicó Rain.

Por eso olía a descomposición, habían usado la energía de la naturaleza para pervertirla y transformarla en algo maligno y viciado.

Jun, luchando contra los filamentos oscuros que brotaban del suelo, trató de lanzar un hechizo repeledor, pero la magia parecía ser absorbida, devorada por la oscuridad que los rodeaba. De repente,

una de las figuras sombrías se lanzó hacia Rain, era viscosa, como alquitrán, y de alguna manera le recordó a la criatura del Otro Lado que la atacó en Samhain. Rain levantó la mano para conjurar una barrera, pero su energía se sintió pesada, como si se la estuviesen drenando.

La masa viscosa de fango y putrefacción la alcanzó sepultándola hasta las pantorrillas. Peleó con brazos y piernas por salir de ahí cada vez más y más cansada. Chasqueó los dedos hasta prender una pequeña llama y la oscuridad ululó alejándose ligeramente, lo suficiente para poder correr hasta Jun que estaba esquivando el chorreo de una de las ramas que se desprendía sobre él.

Debía de ser magia negra... «¿Y cómo se combate la magia negra?», pensó. La luz era una buena forma de apartar las sombras, pero no tenía nada que pudiese prender, todo estaba descomponiéndose, como si hubiesen echado disolvente sobre pintura y gotease todos sus colores.

—¡Jun, consígueme tiempo! —gritó. Había tenido una idea—. Usa la luz del fuego.

Él miró sobre su hombro, medio cubierto de aquella sustancia, y la vio alejarse hasta encontrar una zona con la tierra seca.

—Lo que sea que vayas a hacer, date prisa. Me está drenando.

La solución era simple y obvia, pensó Rain: purificación.

Buscó en los compartimentos del cinturón, hasta que encontró la sal. Trazó un círculo mágico en el suelo con dos triángulos dentro. Añadió símbolos de purificación en las puntas de la figura, que irradiaron un brillo tenue al formarse. Se colocó en el centro con los brazos abiertos y las palmas hacia arriba. Tomó una bocanada de aire y se concentró en canalizar su energía hacia el dibujo.

—Purifica, limpia —ordenó.

Su aura roja se desbordó por su cuerpo como una niebla y llenó el círculo mágico girando y envolviéndola. Su pelo flotó como pequeños tentáculos a su espalda y su abrigo se sacudió.

—Purifica, purifica. —La palabra se enraizó en su cuerpo y brotó hacia fuera.

Las sombras, que percibieron el hechizo, se movieron con furia alrededor de Jun y Rain, siseando y deformándose en figuras aún

más aterradoras y agresivas. Una se abalanzó sobre Jun, quien, atrapado por otra raíz oscura, apenas pudo levantar un brazo para defenderse mientras se lo tragaban.

Rain siguió pronunciando el conjuro mientras su mente se concentraba en proyectar una única orden:

—Purifica.

El resplandor del pentagrama creció en intensidad, iluminando el suelo con un blanco brillante. Las sombras comenzaron a retroceder, desintegrándose al tocar la luminosidad. Uno por uno, los fragmentos oscuros fueron desapareciendo, cayendo en pequeños charcos que se retorcían hasta consumirse.

Rain cayó de rodillas sobre el círculo jadeando.

Y en ese momento sonó la primera campana. Ya había un equipo que había alcanzado uno de los señuelos. Tenían que darse prisa si querían estar entre los que acabasen la prueba.

Jun estaba tirado sobre la tierra con el rostro ceniciento y perlado de sudor.

—Es un hechizo muy fuerte, quien lo use no irá muy lejos, estará agotado y se habrá escondido. Así que debemos de estar cerca —conjeturó ella con la voz ahogada. —Se puso de pie apoyándose sobre una de sus rodillas y caminó hasta Jun—. ¿Puedes seguir? —Le tendió una mano.

Él se apartó el pelo de la frente y flexionando los codos se incorporó lo suficiente para agarrarla y ponerse de pie. Tiró de ella para acercarla y la abrazó.

—No te digo lo suficiente lo increíble hechicera que eres. Somos un gran equipo.

Rain se obligó a devolverle el abrazo. Sonó entonces otra campana.

—Vamos, hay que darse prisa —lo apremió, y de nuevo Jun la frenó para ir él en primer lugar.

El rastro se adentraba más profundamente en la maleza.

—Tenemos que estar cerca, está usándolo como escudo —susurró Jun.

Con cada paso, las sombras se cerraban como un nudo, hasta hacerles difícil distinguir la dirección por la que habían llegado. La

densidad del aire se sentía opresiva, llenaba sus pulmones con una humedad espesa y pegajosa que hacía difícil respirar.

El bosque cambiaba y se adaptaba a sus movimientos, buscando cerrarles el paso. Todo parecía desplazarse a gran velocidad, a la vez que ellos tenían la sensación de moverse a cámara lenta. El cielo oscilaba entre el azul oscuro y el negro en rápidos intervalos, conforme las copas de los árboles y las ramas se sacudían. El susurro de las hojas era como un aliento en sus nucas. Cada crujido resonaba como si miles de pies pisaran cerca.

Rain comenzó a sentir una angustia creciente.

Jun tropezó con una raíz que parecía haber brotado de la tierra en ese preciso instante y, al intentar levantarse, una rama le rozó el rostro, dejando un fino rastro de sangre en su mejilla.

Rain lo miró con los ojos muy abiertos, como si una paranoia incontrolable se estuviese apoderando de ella. Sentía que el bosque los observaba, una entidad viva, retorcida y malvada.

Jun miró hacia delante, luego hacia un lado y, en un parpadeo, los arbustos habían cambiado de lugar. Los colores del bosque, antes oscuros y apagados, ahora vibraban con una intensidad casi enfermiza, como si hubiera cientos de ojos espiándoles.

Rain oía el sonido de su propia respiración, sentía calor, la piel le quemaba, tenía los nervios de punta; quería arañarse, arrancarse la ropa. Sus pies apenas se movían, como si el suelo los retuviera tirando de ellos hacia abajo.

A su lado, Jun gruñó, tratando de apartar otra rama que había crecido de la nada y las espinas le rasgaron la mano. Sus movimientos eran torpes, sus reflejos lentos.

El bosque parecía respirar a su alrededor, vivo.

Rain trastabilló, sintiendo que algo la tocaba, y chocó contra un árbol. Con el golpe, se abrió una brecha en la ceja. Se llevó la mano al cuello y tiró del jersey. Apenas conseguía tomar aire. Tropezó y cayó al suelo. Su visión comenzó a cerrarse, un túnel estrecho.

Sacó la pequeña daga que llevaba en el cinturón y se cortó la palma de la mano dejando que la sangre gotease sobre la tierra. El dolor le despejó la mente lo suficiente para darse cuenta de que todo era un encantamiento. Cogió un frasco del cinturón, que

contenía licor de amoníaco e inhaló con fuerza, sintió un profundo ardor en la nariz y la pesada nube que cubría su cabeza se deshizo.

Vio a Jun que lanzaba hechizos repeledores y de consunción a la naturaleza, como si así pudiese abrirse paso en la vorágine, pero su mente estaba tan confusa que se zarandeaba sin acertar.

Rain se puso de pie jadeando y corrió tambaleándose hasta Jun. Le puso el frasco en la nariz. El fuerte olor hizo que los efectos del encantamiento se atenuaran. La horrible sensación de angustia y pánico se redujo, y el bosque dejó de ondular.

Jun sacó su propio frasquito y se alejaron hasta que por fin divisaron al señuelo. Estaba de rodillas en un círculo rúnico con un fuego crepitando a su alrededor.

Oyeron pisadas y movimiento en el lado contrario del claro y aparecieron Alberta Novak y Manon Dubois, las dos igualmente cansadas y magulladas. Los dos grupos cruzaron una mirada y luego la dirigieron al señuelo.

—Atrápalo —le ordenó Rain con frialdad y de modo autoritario a Jun.

Él se mostró confuso al verla caminar hacia las chicas.

—¿Qué?

—Me dijiste que harías cualquier cosa por el bien del equipo, ¿no? Atrapa al señuelo mientras las retengo.

Rain cerró los puños. Todavía tenía viva y fresca la humillación de la ceremonia de iniciación en el club. Tan fresca que le quitaba el sueño por las noches.

—Rain... —la llamó Jun.

—Por mí no te desviaste en el lago, porque éramos rivales. Ahora no lo harás por ellas, ¿verdad?

Jun tuvo que cerrar la boca. Y ella casi sonrió con tristeza para sí misma. Por supuesto que él no lo consideraba igual. Sus gestos siempre revelaban la verdad detrás de sus palabas. Su verdadero ser.

Alberta casi rio al verla acercarse.

—Ve —le indicó a Manon—. Jun nunca se enfrentaría a ti —le susurró, aunque no demasiado bajo, para que Rain pudiese oírlo.

Manon cruzó corriendo al lado de Rain y le dedicó una mirada casi apenada. Rain apenas le prestó atención, sus ojos estaban puestos en la expresión altiva y chulesca de Alberta. Estiró una comisura hacia arriba y antes de que la otra tuviera tiempo de reaccionar, se abalanzó sobre ella, una determinación feroz ardía en su mirada. Le dio una bofetada que resonó con fuerza en la quietud del bosque. Sintió la palma vibrarle por el impacto, y con satisfacción vio cómo la cabeza de Alberta se sacudía hacia atrás. Pero no se detuvo ahí. Cuando Alberta intentó recuperar el equilibrio, Rain le lanzó una patada directa al estómago que la hizo doblarse en dos y caer de rodillas.

—No vas a pasar —le dijo, mirándola desde arriba.

Alberta soltó un taco mientras abría los ojos, furiosa.

—Eres una cabrona que va de mosquita muerta. —Respiró con dificultad, tratando de recuperar el aliento, pero apenas había comenzado a incorporarse cuando Rain la agarró por el hombro y la empujó de nuevo al suelo.

—¿Cabrona? Ahora sí, porque he aprendido de los mejores. —Sonrió.

—¡Quítame las manos de encima! —gritó Alberta.

—¿No te gusta que te humillen, Novak? Porque a mí tampoco.

La rabia que había ido acumulando durante semanas, que apenas la dejaba dormir, con la que luchaba cada día, por fin se desbordó, y Alberta lo sintió. Intentó levantarse, pero Rain ya estaba encima de ella, la mirada gélida mientras bloqueaba cada intento de defensa de su enemiga.

Volvió a pegarle con regocijo. Cogió barro del suelo húmedo y se lo frotó a Alberta por la cara. Mientras recordaba sin cesar cómo le habían tratado en la sala de clubes.

—Desgraciada, no sabes con quién...

—No es ni un diez por ciento de cómo me sentí yo mientras me ahogabas en la pila o me hacías escalar una torre esperando que me matase. —Rain echó la mano hacia atrás y la abofeteó mientras Jun atrapaba el señuelo a sus espaldas—. Si vuelves a meterte conmigo te arrepentirás, te lo juro.

Con un último empujón, dejó a Alberta en el suelo, humillada y superada, al mismo tiempo que sonaba la campana.

Habían superado la práctica.



«Tiene sed; de esa noche de corazón sangrante, que, en soledad, derrama su rebelión sin gritos».
ARTHUR RIMBAUD





Capítulo 30



Blake y Olivia Nikt estaban ya en el patio lateral junto con la otra pareja que había terminado la práctica y los profesores Lewis, Diop e Irk. Como siempre, Rain sintió la mirada de su profesor de Magia del Orden en ella. Nunca dejaba de estudiarla con esa extraña expresión afable y amenazante que tenía.

—Enhorabuena, Jeong y Lee, por capturar al sospechoso. Han hecho un buen trabajo —los felicitó Lewis.

Rain agachó la cabeza sonriendo ampliamente y su rostro se iluminó. Había muchos aspectos de sí misma que habían cambiado en el curso de esos meses. Se había vuelto una persona mucho más cínica y menos ilusa, pero algo que no había perdido era esa parte de sí misma que todavía buscaba la validación. Esa niña que quería aprobación y necesitaba ser perfecta y no cometer fallos.

La embargó una emoción cálida y dulce que la hizo sentir completa.

Al final no podía huir del todo de lo que había sido y de cómo la había construido el mundo mientras crecía.

Jun la rodeó con sus brazos y la levantó del suelo con cierta euforia.

—Somos un equipo increíble, Rainy. Como siempre, tú y yo; juntos.

Los ojos sin vida de Blake no perdieron detalle de la escena. No apartó la mirada ni una vez. Movió la mandíbula como si quisiese destensarla, aunque el resto de su cuerpo estaba rígido como una roca y se le crisparon las manos hasta cerrarlas en puños.

Un rato más tarde, y con una diferencia de apenas minutos entre ellas, aparecieron la cuarta y la quinta pareja, en la que estaba Kane. Y así la práctica se dio por concluida haciendo sonar una bocina para que los alumnos volviesen.

Aiden, con el pelo cubierto de hojas y la cara manchada de barro, se acercó corriendo a Rain.

—¿Por qué los dioses o los remolinos o lo que sea decidieron crear la naturaleza? ¿Y por qué la gente se empeña en hacerme estar en ella? Soy un chico de ciudad con gafas. ¿Nadie se ha percatado de que mi aspecto no invita a la incivilización? —se quejaba mientras se sacaba ramas del pelo.

Rain soltó una carcajada y le dio un beso en la sien a su mejor amigo.

—Eres tan cascarrabias, Aiden. ¿No te lo has pasado bien?

—Mi compañero era el idiota de Vasilyev. No. Por supuesto que no. Pensaba que lo último que iba a ver era cómo un bruto con el cerebro de un mosquito se peleaba con una telaraña gigante a manotazos y gritaba cosas en otro idioma que sonaban mucho a «mami» mientras se me hundían los pies en el barro. Nadie comprende lo desgraciado que soy.

Rain se secó unas pequeñas lágrimas que se le habían acumulado en las esquinas de los ojos.

Tenían el resto del día libre, así que todos se dirigieron hacia sus habitaciones o a la enfermería para curarse las heridas. Rain salió con dos puntos sobre la ceja y se encaminó hacia la torre del Amanecer. Estaba agotada y adormilada y esquivó con torpeza a un par de alumnos de segundo.

Alguien la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia un lado del pasillo.

—Has tardado mucho —le susurró la voz baja de Blake al oído mientras empujaba una puerta y la hacía entrar con un movimiento fluido.

Le apartó con cuidado el pelo de la frente y pasó el pulgar cerca de la ceja herida estudiándola.

—¿Te duele?

Rain movió la cabeza suavemente negando.

Blake le dio un beso suave en la sien mientras le tomaba el rostro con ambas manos y siguió besándola: en la nariz, los párpados, la mandíbula... Con ademán posesivo hasta alcanzar su boca.

—Joder, pienso en esto cada segundo del día.

El deseo inundó el cuerpo de Rain, recorriéndola como la corriente de un río calentado por el sol. Y le hundió los dientes a Blake en el labio inferior tirando suavemente. Él soltó un sonido a medio camino entre un gemido y un gruñido y volvió a besarla más lento, más profundo y más brusco.

Blake fue empujándola hasta que Rain chocó contra la pared de damasco y se apretó con fuerza contra ella. A Rain se le escapó un jadeo al sentir su torso y movió las caderas para rozarse contra él.

—Quiero matar a Jeong. Lo he imaginado tan vívidamente que casi me ha parecido real —suspiró Blake, cogiéndola de las caderas y sosteniéndola contra él.

No le había entusiasmado la idea de que Rain siguiese con su plan de fingir que salía con Jun para poder usar su influencia y poder en el club de Política y tener acceso a él.

—Ten a tus amigos cerca, pero a tus enemigos más —había argumentado ella el domingo en el apartamento de él—. Era lo que quería decirte en el bar.

Blake, que tenía una resaca terrible y que a la luz del día veía las cosas con otro prisma, la observó en silencio.

Su aspecto, con las ojeras oscuras, el pelo alborotado de recién levantado, el torso desnudo con los hombros llenos de las marcas que sus uñas le habían dejado la noche anterior, había distraído a Rain momentáneamente. Jamás se había sentido tan atraída e interesada por unos brazos, un cuello o unas manos. Era absurdo.

Rain se dio cuenta por su expresión que no la creía.

—Ash...

—Yo no soy Jeong, Rain —dijo con un tono helado.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó tirándose de la camiseta con nerviosismo.

Blake frunció el ceño sin mirarla. Su nuez se movió tensa.

—¿Tengo que explicarlo? Llevas enamorada de él desde niña. Lo vi, lo saboreé, te oí rogar por que te quisiera cuando pensaste que era él —pronunciar aquello parecía estar costándole un esfuerzo desgarrador—. Las chicas listas como tú, Rain, nunca acaban con alguien como yo, sino con alguien como Jeong. Alguien con futuro. Puede que esté bien como una distracción, puede que sea por la adrenalina de todo esto. Lo entiendo, pero yo no quiero eso contigo, ¿vale? No puedo.

Rain se había quedado sin habla, como si una mano se le hubiese cerrado alrededor de la garganta.

—¿De verdad crees eso? ¿Piensas que estoy jugando contigo?

El brillo de angustia en sus ojos, aquel día de un gris cristalino, le dijo que sí lo pensaba. Blake parecía convencido de que todo el mundo a su alrededor lo abandonaría y a él solo le quedaría la herida que el amor deja.

—Eres mi pequeño y privado apocalipsis, Rain. —La arruga en su frente se hizo más profunda—. No quiero sentir cómo sería perderte y al mismo tiempo me aterra que el estar conmigo te haga infeliz. Ver cómo te consumes porque te he empujado a esto, porque soy una persona oscura y egoísta, y quería evitar actuar igual que mi padre que, con sus decisiones y obsesiones, arrastró a nuestra familia hasta la muerte. No quiero hacerte eso.

Rain se arrodilló en la cama hasta alcanzarlo y le agarró la cara con ambas manos.

—Me da igual que procedas del cielo o del infierno, Ash. Lo que siento por ti escapa a la razón. Enamorarte nunca tiene que ver con la lógica o la inteligencia, cuando quieres a alguien no tienes elección, el amor te arrebata esa posibilidad. Pensaba que anoche lo había dejado claro —reconoció mientras un atisbo de vergüenza le teñía las mejillas—. Pero no me rompas el corazón —le pidió, y había un miedo real y angustioso en su voz.

Blake la amaba de un modo que ella nunca llegaría a entender; y Rain lo quería más de lo que él se atrevería a soñar.

Tiró de ella hasta sentarla en su regazo. Había algo que la atormentaba, algo que no le contaba, y él lo notaba.

—Tú puedes romperme el mío, porque ya es tuyo, Lee.

El resto del día le había contado todo lo que había averiguado durante los meses en los que no habían trabajado juntos. Incluso le habló del colgante que le había robado a Jun en la fiesta de Yule y su teoría de que abría el acceso a los túneles.

Y los dos habían acordado que guardar su relación en secreto les beneficiaría. Blake detestaba la idea de que Rain saliese con Jun, aunque fuese una treta, pero reconocía que era una gran ventaja. Como los ajedrecistas que eran, estaban dispuestos a ceder piezas, aunque doliese. Una jugada necesaria en un tablero lleno de trampas, como era la Academia. Rain jugaría de su lado, aunque estuviera en el campo enemigo, acercándolos de esa forma al jaque definitivo.

—El viernes por fin tendremos la reunión del club —dijo Rain con la respiración entrecortada, trayéndole de vuelta de sus recuerdos.

Blake le agarró la barbilla con dos dedos moviéndole el rostro para poder besarla mientras colaba una pierna entre las de ella. Por suerte, se habían quitado las corazas de protección en la sala de entrenamiento y él pudo ascender hasta su pecho y acariciarlo.

Lo que sentía por ella se asemejaba a sostener la hoja de una espada con las manos desnudas: el metal se hunde más y más en la carne y el dolor te sacude, te quema, pero no puedes soltarla.

Rain arqueó la espalda contra su mano y Blake dejó escapar un sonido ronco. Una parte de ella estaba perdida en él, pero otra se mantenía atenta al pasillo y a la puerta. El corazón le latía desbocado por la excitación y por la adrenalina de esconderse.

—Te echo de menos todo el tiempo —admitió temblando contra él.

La boca de Blake, cálida y húmeda, le acarició el cuello y se hundió ávida en su clavícula mientras apartaba la tela de su sujetador y le rozaba la piel con el pulgar.

El pasillo se llenó de ruido de pisadas y charlas y ambos dieron un respingo. Era la hora de comer. Aun así, no se separaron al instante.

—Tenemos que ir o será sospechoso —murmuró Rain contra sus labios antes de volver a besarle.

Blake llevó las manos hasta su culo y la pegó a él, casi con desesperación.

—Sal tú primero —gruñó—. Yo necesito un minuto.

Pero volvió a hundir la lengua en su boca, cálido, suave, lento. El deseo recorrió todas sus terminaciones nerviosas y bajó hasta acumularse en el punto exacto donde sus cuerpos chocaban hasta que la presión fue demasiada y ambos se apartaron frustrados y jadeantes.

Rain se pasó las manos por el pelo y la ropa para arreglarse. Miró su reflejo en un cristal, tenía los labios algo hinchados y rosados. Por no hablar del aspecto de Blake.

—Vete o nos saltaremos la comida, Lee —le pidió, apoyándose en la pared y cerrando los ojos con fuerza—. Me quedaré aquí pensando en las formas en las que puedo matar a Jeong, eso siempre funciona —murmuró burlón.

Rain sonrió y le dio un suave beso de despedida en los labios antes de salir con cuidado y escabullirse entre los alumnos que iban hacia el comedor.



«Soy la locura, la pasión, el dolor y el éxtasis. Soy el amor que va más allá de la razón».
ANÓNIMO





Capítulo 31



La tarde caía en la biblioteca proyectando las sombras anaranjadas del atardecer a través de las ventanas orientadas al oeste. Rain consultaba un libro tamborileando los dedos en la mesa con nerviosismo, en su dedo corazón brillaban la luna sobre el sol.

Enfrente, un asiento más a la izquierda, estaba Aiden con las gafas escurriéndosele por el puente de la nariz. En otra mesa, Kane estaba de pie, apoyado de forma casual mientras miraba a su amigo Blake, que se paseaba entre las estanterías que bordeaban esa zona como si estuviese decidiendo qué libro escoger.

Y, por último, en la esquina, con la cabeza casi enterrada en sus notas, estaba Miles Ashford.

—¿Por qué está aquí? —susurró Aiden, con un tono de frustración que hizo que Miles frunciera levemente el ceño.

—Porque me está ayudando —le explicó Rain, sin levantar la vista de su libro. Aunque una sonrisa divertida asomó en sus labios.

Que la gente los viese reunirse sería estúpidamente sospechoso y extraño. Primero porque Rain tenía algo con Jun, al que la semana anterior Blake le había dado una paliza por la que lo habían castigado a quedarse trabajando en la Academia durante las vacaciones de primavera, además de prohibirle ir a la fiesta del

equinoccio. No lo habían expulsado gracias a que Kane había «maquillado» un poco la realidad.

Y ahora mismo no podía jugársela a poner a Jun en su contra, no después de haber humillado a Alberta el miércoles. Además, eran un grupo tan variopinto, con Miles incluido, que llamarían la atención, justo lo contrario de lo que querían hacer.

—El profesor Sebastian Howard era mi abuelo materno —explicó Blake mirando solo a Kane, como si tuviese una conversación con su mejor amigo de forma casual.

Miles levantó la cabeza de sus notas y miró a Rain asintiendo.

—Ese idiota con el cerebro atrofiado nos va a delatar —refunfuñó Aiden.

—Deja de escupir veneno, que se te va a atragantar.

Aiden se cruzó de brazos haciendo un mohín con la boca. Rain apretó los labios para no reírse de su gesto. Kane estudió las reacciones de su novio y de Miles.

—No lo conocí, murió antes de que yo naciese —continuó Blake, tratando de ignorar el leve caos—. Era un tema complicado en casa.

—Eso quiere decir que Henry S. Howard era tu bisabuelo —murmuró Miles, asintiendo de nuevo.

Blake, desde las estanterías, le echó una mirada. A Rain la había sorprendido que aceptase con tanta facilidad hablar de aquello delante de él, pero curiosamente Miles no parecía caerle del todo mal o quizá lo encontraba útil.

Blake cogió un libro al azar y se sentó a la mesa junto a Kane.

—Ajá —afirmó con indiferencia.

—¿Es posible que tengas algún diario suyo? Quizá tu madre los conservara.

Blake le echó una mirada de reojo a Rain, que se había levantado para devolver el libro que estaba leyendo.

—Veré que encuentro —fue todo lo que dijo.

Rain dejó el libro en su lugar y se giró justo a tiempo para ver cómo Aiden murmuraba, con su típico tono ácido:

—¿Nos vas a decir ya en qué estáis trabajando Rain y tú?

Miles le sonrió, fue un gesto raro para el chico, que casi nunca mostraba expresiones faciales. La reacción fue suficiente para

desconcertar a Aiden, que parpadeó, claramente sorprendido. Kane arqueó una ceja, divertido, mientras el resto del grupo intercambiaba miradas cómplices.

—Un agujero negro, o lo que me parecía uno. Pero ahora creemos que es algo más. —Dio un momento a todos para que asimilasen la información—. Y la única otra referencia que he encontrado a esa anomalía en el cosmos tan cercana a nuestro planeta es de Henry S. Howard. Por eso tener su investigación sería muy útil.

Blake lo observó, con una expresión enigmática que hizo pensar a Rain que se estaba guardando algo.

—Conseguir esos diarios sería como encontrar el rastro de un cometa extinto cruzando dos dimensiones —comentó Miles, emocionado, mientras tomaba notas.

Kane lo miró divertido y confuso, mientras Blake esbozaba un gesto aparentemente intrigado por la comparación. Rain ya estaba acostumbrada a la forma de ser de Miles y cada vez lo encontraba más entrañable. Por el contrario, Aiden parpadeó perdido.

—Traducción para humanos —pidió.

Miles simplemente alzó los hombros, con una chispa de alegría en los ojos, y murmuró:

—Sería bastante útil, eso es todo.

Aiden se volvió hacia su amiga y señalando a Miles con el pulgar, dijo como si no pudiese oírlo:

—Este chico es muy raro.

Miles soltó una pequeña risa, pero sin energía, como si reír le costase mucho esfuerzo. Sí que era raro, sí, pero ahí residía su encanto.

—Yo también pensé lo mismo de ti —le contestó a Aiden como si lo estuviese halagando.

Kane se aclaró la garganta disimulando una risa. Aiden tenía las puntas de las orejas rojas y los ojos abiertos con horror.

Miles recogió sus cosas bajo la atenta mirada del grupo.

—Ha sido divertido. Adiós —se despidió sin más.

—Es un alienígena —afirmó Aiden, sacudiendo la cabeza.

—Creo que le gustas —reflexionó Rain.

—Rain Elisabeth Lee, cállate —la amenazó Aiden, apuntándola con el libro que estaba leyendo, y se puso de pie a toda prisa. Cogió a su novio de la mano y tiró de él para marcharse.

—Mi rompecorazones —bromeó Kane, y le dio un beso en el pelo mientras lo rodeaba con un brazo.

—¡No empieces tú también! —refunfuñó Aiden, desembarazándose de él.

La biblioteca estaba prácticamente vacía, casi todos se habían marchado al comedor para la cena. Las sombras doradas del atardecer habían sido sustituidas por la penumbra de la noche y las lámparas verdes iluminaban tenuemente la zona de las mesas en la que Blake seguía sentado, pensativo.

Rain pasó por su lado para ir a recoger sus cosas. Blake la agarró de la mano frenándola y tiró de ella hasta que acabó sentada en su regazo.

Rain abrió los ojos, sorprendida, pero antes de poder decir nada, Blake le pasó un brazo por la cintura, acercándola más a él con una sonrisa divertida.

—Con que Rain Elisabeth —murmuró en un tono bajo y ligero que le erizó la piel a ella.

Rain giró la cabeza, podía notar su aliento haciéndole cosquillas en el cuello, y el calor de su mano posada en su rodilla de forma casual. Aunque con Blake nada lo era, en realidad.

—¿Y si alguien nos ve? —susurró, queriendo sonar seria y disimular el rápido latido de su corazón.

Blake soltó una risa suave y, sin dejar de mirarla, le apartó un mechón de cabello del rostro con su mano libre.

—Te preocupas demasiado —comentó con ese tono seguro de quien sabe que tiene el control.

Blake tenía ese encanto, el de ser muy peligroso.

—A ti también te preocupa algo —contestó Rain.

La mano de Blake fue ascendiendo por su pierna muy muy despacio; el gesto la distraía. Blake se inclinó, rozando apenas su nariz contra la de Rain, tanteando si podía ir más allá.

—Es que me cuesta concentrarme cuando llevas esas gafas. —Su voz era baja, provocadora, y al mismo tiempo, contenía ese tono

divertido que la desarmaba.

La estaba distrayendo aposta.

—Ash... —murmuró ella, intentando sonar firme sin conseguirlo.

Blake arqueó una ceja y, con una expresión traviesa, inclinó un poco más la cabeza, apenas rozando sus labios, lento, para que Rain notara el roce delicado y casi imperceptible. La tensión entre ellos se volvió eléctrica.

—Si me dices que pare—replicó—, prometo que te dejaré marchar.

Rain tragó saliva, consciente de la mano que se había colado bajo su camisa y le acariciaba el estómago y de la que tocaba la piel desnuda de su muslo por encima de los calcetines.

Unos pasos lejanos rompieron el silencio de la biblioteca, y ambos contuvieron la respiración. Rain se tensó, como si en cualquier momento pudiera aparecer alguien, pero Blake no pareció preocuparse; en lugar de soltarla, solo le susurró al oído:

—Relájate...

Rain intentó responder, pero las palabras parecían haberse evaporado de su mente. Blake le rozó la boca tentándola, saboreando su propia paciencia y la falta de ella. A su alrededor, la biblioteca desapareció.

Se apartó apenas unos centímetros, pero sus dedos siguieron deslizándose por su piel con una caricia lenta, dejando un rastro ardiente a su paso. La miró, y la sombra de una sonrisa ladeada —cargada de malicia—se dibujó en su rostro.

—¿En qué piensas? —preguntó en un susurro.

«En que te quiero», pensó Rain, pero se tragó las palabras. En que a veces temía no poseerlo por completo, que hubiese partes de él a las que nunca pudiera llegar, y eso la aterraba. Negó con la cabeza, atrapada en sus inseguridades.

—En que me gustaría saber qué sientes. Me cuesta adivinarlo.

Blake dejó escapar una risa suave y profunda, que le provocó a Rain un leve cosquilleo en la piel.

—¿En serio? Porque contigo siempre me siento a merced de mis emociones, Rain; algo que siempre trato de evitar. —Bajó la voz, hasta que su tono se volvió más íntimo, casi una confesión—. Te lo dije: me da miedo que te asuste lo que siento.

Rain no pudo evitar temblar al escucharle. El aire entre ellos se cargó de una tensión palpable. Se sintió pequeña, vulnerable, atrapada en la honestidad de sus palabras.

Blake se inclinó hasta que su aliento rozó su oído, enviando un escalofrío por el cuerpo de Rain que le encogió los dedos.

—A veces me cuesta respirar cuando te tengo cerca. Sobre todo, cuando consigo hacer que te sonrojes, como ahora. —Su tono se tornó áspero, como si estuviera dejando escapar algo que llevaba tiempo guardando—. Pienso en la forma en la que me encantaría dejar la marca de mi boca por toda tu piel...

El estómago de Rain se contrajo, un calor líquido extendiéndose por su cuerpo. Las palabras de Blake impregnaban su mente, poseyéndola de la misma forma en que lo hacía con su mirada, con sus manos. El deseo desplegó sus alas como un pájaro.

Blake, sin dejar de mirarla, continuó, su voz más suave, pero igualmente intensa.

—Me desquicia pensar que no sabes todo lo que quiero hacerte. Me desespera no poder tenerlo todo, no poder mostrarte lo que siento por ti, que... si descubres esa parte más oscura, te apartes de mí.

La tensión entre ellos se hizo aún más palpable, y Rain apenas pudo mover un músculo, perdida en su confesión, sabiendo que no era solo deseo lo que estaba flotando en el aire entre ellos. Era algo más profundo, más peligroso; era un hambre que conocía bien.

—No quiero que me trates con cuidado. No quiero que te escondas de mí, Ash —dijo con delicadeza—. Nunca pongas en duda los límites de mi ambición; yo deseo conocerte, incluidas las partes más oscuras, lo quiero todo.

Blake la observó con una sonrisa.

—Esa es mi chica —murmuró, llevando sus labios a la línea de su mandíbula.

Durante un breve instante Rain se vio como la mariposa que cae en la trampa de la telaraña. Si había pretendido distraerla lo había conseguido. Los dedos de Blake rozaron la piel de su espalda bajo la camisa.

Rain sintió la caricia lenta de sus labios en el cuello, y supo que él sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Controlaba cada reacción suya, como un gran maestro frente a un tablero de ajedrez.

—Y si me besas en serio... —se quejó ella—. ¿O vas a seguir jugando conmigo?

Blake sonrió y la miró, sus ojos brillando con esa intensidad que la hacía sentir indefensa, como si él fuera el cazador y ella su presa.

—Me gusta darte la opción de salir corriendo —contestó, dejando que sus labios volvieran a rozar los suyos, pero esta vez en un beso que ya no tenía nada de inocente.

Rain le hundió los dientes en el labio.

—Yo te seguiría por los caminos más oscuros, Ash Blake. Ya estoy condenada, pero incluso si no fuese así, iría al infierno por ti.



«Resistir mucho, obedecer poco».
WALT WHITMAN





Capítulo 32



El reloj marcó las doce de la noche cuando Alberta cerró la puerta de la sala de clubes. Todos vestían capas de terciopelo de un tono entre rosa y púrpura, como el del cielo al amanecer. En la espalda, en hilos dorados, llevaban bordado lo que parecía un eclipse; el sol superponiéndose encima de otra circunferencia. Justo el mismo signo que había visto en los túneles.

Rain había estado segura desde el principio de que el club de Política no era más que el nuevo nombre para el antiguo club de Liderazgo y ahora solo le quedaba reunir las evidencias que lo conectaban con la secta y el profesor Howard.

Todos los miembros tenían la capucha de la capa puesta y se cubrían el rostro entre las sombras de la noche, lo que les daba un aspecto siniestro.

Alberta se acercó a la chimenea de la sala. Justo encima de esta había un espejo que había comenzado a perder su lámina de plata y estaba opaco en ciertas zonas, con grietas, y cuyo reflejo parecía distorsionar la realidad. Se colocó frente a él y giró la mano que se cubrió de su aura dorada mientras pronunciaba la palabra «aurora».

La parte inferior de la chimenea se abrió y mostró una escalera de caracol. Así que ahí era donde estaba su sala secreta. A Rain el

corazón le latía deprisa mientras intentaba mantener sus cinco sentidos alerta.

Jun se acercó a ella y le agarró la mano, y le dio un apretón.

—Ten cuidado, Rainy.

La bajada estaba iluminada por antorchas que se fueron encendiendo a su paso. El aire era más frío y húmedo allí dentro y olía un poco a rancio y a ocre delatando el rastro de la magia. La sala, que debía de encontrarse en la entreplanta, tenía las paredes revestidas de madera oscura y una alfombra algo raída cubría el suelo de piedra con el símbolo del club. Las esquinas estaban llenas de montones de velas consumidas en distinto tamaño. En medio había una mesa redonda cuya superficie parecía un espejo, y siete sillas.

—Traedla —ordenó Alberta.

Vasilyev y Hanna Lambert cogieron a Rain por los brazos sin previo aviso y ella se resistió sobresaltada mientras intentaban arrastrarla a la fuerza hacia la mesa.

—¡¿Qué hacéis?! —chilló. Su voz reverberó en el silencio con una nota de pánico.

Los dos apretaron su agarre, hundiéndole los dedos para evitar que se escapase.

—Soltadme —gruñó Rain, tratando de zafarse mientras miraba a su alrededor pendiente de lo que hacían también los demás.

Vasilyev hizo uso de toda su fuerza para empujarla a la mesa, tanto que Rain soltó un pequeño gemido de dolor.

Los miembros del club ocuparon sus lugares en los asientos, cada uno alargando las manos hasta sujetarla firmemente en su sitio. Rain intentó girarse, buscando a Jun, esperando que él hiciera algo, pero cuando sus miradas se cruzaron, él apartó los ojos. El pulso se le disparó y el miedo le revolvió el estómago.

¿Era una trampa?

—Jun —lo llamó Alberta haciendo un gesto con la cabeza.

¿Alberta pensaba matarla allí? ¿Era su forma de vengarse por lo del bosque? Sus pensamientos corrían furiosos. Notó cómo se le calentaba la sangre alimentada por la adrenalina. Sus manos se

cubrieron de chispas rojas y Leona Lysandros la liberó emitiendo un quejido de dolor.

—¡Que me soltéis! —Sus uñas rasparon la superficie de cristal de la mesa mientras se revolvía furiosa.

—Cálmate, Rain —intervino finalmente Jun—. Es parte del proceso.

Alberta se colocó en la silla presidencial, sosteniendo en sus manos un libro antiguo y pesado. Lo abrió con una calma perturbadora, revelando páginas cubiertas de símbolos arcanos y letras casi borradas por el tiempo.

—Para conocer nuestros secretos y formar parte de nuestra sociedad debes jurar no revelarlos.

El pecho de Rain subía y bajaba deprisa mientras sentía la presión de todos ellos empujándola contra la mesa, reteniéndola.

Justo cuando iba a responder, Alberta levantó una mano y la detuvo.

—Espera —la paró con su tono seco y altivo—. Jurarás por la vida de otro. Si incumples tu juramento caerá una maldición sobre el miembro que te invitó a entrar: Jun.

Rain levantó el cuello y por fin pudo encontrarse con los ojos de él. Sintió un ligero nudo de remordimientos. Había decidido usar a Jun igual que él había hecho con ella todos esos años. Pero nunca había querido hacerle daño, puede que estuviese decepcionada y dolida, puede que se hubiese sentido traicionada por la persona a la que más había querido, pero su idea nunca había sido herirle de una forma física. Simplemente se había cansado de ser la chica ingenua y enamorada que permite que su mejor amigo la desprecie.

Tragó saliva sintiendo náuseas. No podía negarse o su verdadera intención de unirse al club sería evidente, pero cómo iba a jurar sobre la vida de Jun sabiendo que acabaría rompiendo esa promesa.

Estaba entre la espada y la pared.

«Lo hará... Está desesperada», recordó las palabras que Jun le había dicho a Alberta la noche de la torre. Era una idiota por dudar, él no lo había hecho en ese momento. Siempre le quedaría la incertidumbre de si, de no estar Blake allí, la habría atrapado al caer o habría seguido las órdenes de su club de dejarla morir.

Alberta sacó de su capa un *athame* brillante, de hoja afilada y oscura, y lo alzó con solemnidad antes de ofrecérselo a Jun.

—Para sellar el juramento, una gota de tu sangre será la maldición viva que se implantará en él, una marca que atará su vida a tu promesa —explicó Alberta solemne—. Si traicionas al club, la maldición se activará.

Jun tomó el *athame*, mirándola con un gesto tenso mientras extendía la hoja hacia ella. Rain lo tomó; consciente del nivel de confianza que Jun estaba depositando en ella. Las manos dejaron de retenerla y la empujaron hasta que se colocó de rodillas con la capa extendida a su alrededor.

Alberta se puso de pie y comenzó a recitar el conjuro mientras los demás repetían las palabras en un susurro inquietante que llenaba la sala con un eco reverberante.

—«Yo te ato, a ti y a tu palabra, en el nombre del Orden, que lo rige todo. Que la traición nunca se alce en tu pecho, pues por cada verdad que rompas, el caos se liberará tomándolo a él. Que la sangre selle tu promesa y así será, hasta el fin de tus días».

La fría hoja del *athame* le rozó la palma a Rain, y como si el arma estuviese deseando alimentarse de su carne, apenas hizo falta un movimiento para que un hilo de sangre surgiera, fino y rojo.

«Atada», susurraban todos al unísono.

Jun se inclinó echando el cuello hacia atrás para permitir que la gota cayese en su boca.

—Atada quedo al juramento —recitó Rain, cerrando la mano con fuerza para que su sangre se derramase.

Jun, sin dejar de mirarla a los ojos, tragó. Un calor oscuro y pesado pareció rodearla, como si una fuerza invisible se le adhiriera. Estaba hecho. Casi pudo ver como el alma se le retorcía, envenenada por el peso de sus decisiones.

—Ocupa tu asiento como miembro —le indicó Alberta, señalándole la silla vacía.

Rain se envolvió la mano con la capa para limpiarse la sangre y se bajó de la mesa para sentarse en la punta más alejada de ella.

—Hoy el club vuelve a estar completo —prosiguió su discurso—. Damos la bienvenida a Rain Lee. —Ante la mención de su nombre se

oyeron risitas y carraspeos—. Bueno, esta es la parte en la que mencionamos el linaje, pero me la voy a saltar —comentó por lo bajo con maldad—. En este club promulgamos unos valores comunes que les pedimos a todos los miembros: ambición, poder, superación, unidad y tradición. Como ves es un club muy exclusivo porque al entrar se adquieren grandes privilegios que perdurarán toda nuestra vida. Nos apoyamos los unos a los otros, tanto en la Academia como fuera de ella.

»Este club es un lazo de sangre, un compromiso vital. Hay que tener presente que estar aquí es un *quid pro quo*. Formar parte del club proporciona a los miembros conocimientos y oportunidades únicas para desarrollarse como líderes dentro y fuera de la Academia. Pero todas esas ventajas y favores se tienen que poder devolver al resto cuando lo necesiten.

Rain ya imaginaba lo que podía encontrarse. Los conocía lo suficiente para no sorprenderse por sus palabras. Aun así, el tono y el descaro la sacudieron. Sonaba más a discurso de secta que al de un simple club de universidad, que es lo que era la Academia, en definitiva.

Básicamente todos se ayudaban en forma de nepotismo y luego debían estar dispuestos a hacer lo mismo por otros. Era una maldita red en las sombras. Todavía le quedaba por averiguar qué pintaba el culto Ereshkigal en todo eso y el porqué de la conexión. ¿Para qué se necesitaban?

—La sesión de esta noche la dedicaremos a la nueva miembro. Es tu turno de hablarnos de ti, Rain Lee.

Todos se quitaron las capuchas y dejaron sus rostros al descubierto para fijar sus miradas en ella.

—¿Por qué has querido entrar en nuestro club? —preguntó Alberta.

La observaron como si esperasen que dijese alguna estupidez para reírse a su costa. Todos excepto Jun, que la conocía mejor que eso.

Rain torció la boca en una sonrisa de suficiencia y apoyó los dos codos sobre la mesa, inclinándose hacia delante.

—Por poder. Lo acabas de explicar. Sé perfectamente que con mi falta de «linaje» no me será fácil escalar posiciones y soy una

persona muy ambiciosa.

La respuesta pareció molestar a Alberta, como si le fastidiase proporcionarle aquel trampolín hacia la cima.

—¿Qué quieres conseguir? ¿Qué ambicionas exactamente?

Las dos se sostuvieron la mirada en un duelo silencioso. Era sencillo ver cómo la subestimaba, pensaba que Rain solo quería un éxito superficial, que no era capaz de ver más allá.

—¿No sería justo que yo también conociese lo que vosotros deseáis? *Quid pro quo*, ¿no?

—Cuidado, novata, Alberta es tu líder ahora —la reprendió Hanna Lambert.

—Nuestro propósito es mayor de lo que tú puedas llegar a entender —intervino Vasilyev con soberbia—. No queremos ser simples consejeros, comisionados o generales de la Orden. Vamos a tener un impacto real en... —Alberta se aclaró la garganta acallándolo.

—Rain siempre ha deseado ser una consejera —lo interrumpió Jun a la vez.

Rain le lanzó una mirada afilada. Y todos pusieron esa expresión de satisfacción y ese gesto de condescendencia que ella tanto odiaba; por eso había evitado darles la respuesta. La consideraban ingenua, como si su deseo fuese infantil y tonto. Y eso la irritaba, aunque por otra parte estaba bien para sus planes que la infravalorasen.

—En fin... —siguió Alberta con una sonrisa en los labios.

Rain cerró el puño hasta clavarse las uñas.

—Nuestras normas son sencillas. Lealtad, siempre. El bien del grupo por encima del bien individual. Todas tus decisiones serán primero pensando en el club y luego en tus deseos. ¿Entiendes? —preguntó Alberta.

Rain le lanzó una mirada de soslayo a Jun. Así que esto es lo que había querido decirle cuando no fue a ayudarla en el lago.

—Por supuesto, no puedes revelar nada de lo que aquí se trata. Y nada es absolutamente nada. Ni la identidad de los miembros ni la localización. Ni los detalles de nuestras prácticas. Nada. —Alberta hizo una pausa, asegurándose de que Rain captaba la advertencia

en sus ojos—. Por eso has jurado. Si incumples el resto de las normas, se te expulsará.

Hubo algo en la palabra expulsar que la hizo estremecerse. No creía que se refiriesen a echarla del club sin más. Claramente había una amenaza implícita.

—Y hay algo más —continuó Alberta, inclinándose hacia ella—. El club no se abandona jamás, ni siquiera si llegas a desearlo. ¿Entiendes?

—¿Qué quieres decir?

Alberta esbozó una sonrisa apenas perceptible, una mezcla entre lástima y advertencia.

—¿Qué quiero decir? —repitió burlona, sosteniéndole la mirada—. Que no hay vuelta atrás. —Se inclinó un poco más cerca, y su voz se redujo a un susurro amenazante—. Así que te recomiendo que pienses en tu vida antes que en tu libertad. Como he dicho, el club es lo primero, te guste o no. Y nuestra red... llega más lejos de lo que imaginas.

Rain cerró las manos agarrando el borde de la mesa. Ella misma se había metido en aquella ratonera y quizá no había valorado lo suficiente el alcance de las consecuencias que tendría que enfrentar.

Y ni siquiera estaba preparada para lo siguiente.

—Todos sabemos que el mayor problema que tenemos en la Academia ahora mismo es Ash Blake. Es demasiado peligroso e inestable. No deberían haberlo admitido —explicó Alberta, cruzándose de brazos—. Nos amenazó y golpeó delante de todos, humillándonos, y luego hirió gravemente a Jun sin apenas tener castigo. Es una situación que tenemos que controlar.

—Deberíamos encargarnos de él al igual que se hizo con su padre —sugirió Vasilyev.

—Kane Diop es su debilidad —comentó Lysandros.

—No podemos meternos con los Diop o el Crepúsculo se nos echará encima. Ash Blake va por su cuenta y es un objetivo mucho más fácil de atacar.

A Rain se le disparó el pulso y trató de actuar con la mayor indiferencia posible.

—Jun y yo hemos tenido una idea excelente. Una maldición de desgaste —explicó Alberta.

—Pero nadie puede entregársela —susurró Manon.

Rain mantuvo su fachada mientras todo su sistema se ponía alerta. Una maldición de ese tipo tenía que plantarse en el cuerpo directamente. Necesitaba un contacto ligeramente prolongado, algunos lo llamaban «el beso de Judas» porque requería que el receptor bajase la guardia y permitiese al otro brujo o bruja una proximidad casi familiar.

Requería confianza y, por tanto, implicaba una traición. Y nadie allí la tenía con Blake.

—Es una buena forma de que Lee demuestre su valía para el club. Jun tuvo una idea excelente —lo celebró Alberta, mirándola con maldad.

El pánico le atravesó el corazón, como una aguja afilada y fría.

Jun...

—¿Y si me pillan? Me expulsarán o incluso peor —razonó Rain.

Algunos rieron por lo bajo como si esa idea les agradara realmente. Como si así pudiesen matar dos pájaros de un tiro.

—Ash Blake te salvó al caer de la torre, parece que tiene debilidad por ti y esa es una ventaja que ninguno de nosotros tiene. Se aprecia mucho ese valor añadido, Rain —la tranquilizó Jun.

Ella deseó pegarle un puñetazo.

Alberta sacó un trozo de pergamino con una runa dibujada en él y se lo tendió por encima de la mesa.

—¿Sabes usarlo?

Rain apretó los dientes.

—Sí.

—Tienes una semana para cumplir tu tarea. ¿Alguna objeción?

Ella lo tomó arrugándolo dentro del puño.

—No.

—Buena chica.



«Mi alma sangra y la sangre, constante, silenciosa, inquietantemente lenta, me traga entera».
DOSTOYEVSKI





Capítulo 33



Rain se pasó el fin de semana encerrada en su habitación para evitar encontrarse con Blake. No podía contarle nada de lo que había sucedido y no porque temiese hacer daño a Jun. Cada vez que sus buenos recuerdos con él y la nostalgia hacían que olvidase los últimos acontecimientos y cómo la había tratado, Jun se esforzaba por demostrarle de nuevo que no debía sentir compasión por él. Suya había sido la idea de que ella maldijese a Blake. Quería usarla, otra vez.

Pero si incumplía su juramento se darían cuenta y todavía no había podido averiguar casi nada. Necesitaba mantener el engaño durante más tiempo y la única forma de hacerlo era traicionando a Blake.

Se dejó caer en la cama y se tapó la cara con la almohada intentando calmar la sensación de pánico que le subía desde la punta de los pies.

Tinieblas rascó la tela queriendo llamar su atención.

—Tengo que encontrar una forma de que la maldición no surta efecto y a la vez llevarla a cabo. ¿Cómo? —gruñó.

La gata le pisó el pecho con las patas.

—Sí, sí ya te hago caso... —suspiró Rain mientras la cargaba en brazos y comenzaba a moverse por la habitación.

Quizá el anillo que le había regalado ayudase, pero no estaba segura de que tuviese el poder suficiente, sobre todo porque ya lo había usado contra Irk.

Podía ir a la biblioteca a buscar algún manual o grimorio, pero corría el riesgo de verlo... Se observó la mano derecha donde había absorbido la runa del pergamino. Solo era seguro encontrárselo en clase o en los espacios donde hubiese mucha gente porque ahí tenían que fingir y no se le acercaría.

No podía tocar a Aiden tampoco o se la pondría a él. Lo único positivo es que Jun se mantendría alejado hasta que ella dejase de portar el conjuro en su mano.

El lunes Rain bajó a primerísima hora al comedor, se sirvió un café y un bollo y se marchó antes de encontrarse con Jun y el resto de los miembros del club, o con Blake. Se fue al patio trasero y se sentó en el pórtico para admirar el paisaje que comenzaba a dejar muy poco a poco atrás la nieve y comenzaba a dar paso al verdor de la primavera.

Tenía un manual de Magia del Orden en equilibrio en sus piernas cruzadas y practicaba la posición de las manos mientras murmuraba un hechizo. Pronto tendrían examen y apenas había estudiado.

—¡Vaya! —exclamó al ver que tenía una mancha de sangre en el puño de la camisa, tenía un arañazo de Tinieblas en la muñeca, que se le había abierto.

Eso le recordó que debía ir al laboratorio.

La primera clase de la mañana era Historia y se encontraría con Blake después de haberlo evitado durante todo el fin de semana. Por mucho que tratase de concentrarse en el manual, la sensación de nerviosismo no desaparecía. Lo último que habían hablado era que le contaría lo que ocurriese en el club. Y no lo había hecho.

No deseaba mentirle ni ocultarle nada. Enterró la cabeza en el libro y lo cerró con ambas manos como si así pudiese desaparecer. Tenía que dar con una solución para aquello rápidamente.

—¿Qué se supone que haces? —preguntó Aiden.

Rain se sobresaltó y cayó de espaldas a la hierba al otro lado del pórtico.

—¡Me has asustado!

—No estabas en el comedor. ¿Ya estás otra vez ocultándote? ¿No habrás quedado en secreto con... —Rain se tensó pensando que iba a mencionar a Blake— Miles Ashford?

—No... No. ¿Por qué iba a quedar en secreto con Miles? —dijo sacudiéndose la falda y el jersey que se le habían llenado de hojas y briznas de césped.

—Pues porque estás actuando otra vez como a finales de febrero.

—No actué así por Miles. Deja de odiarlo, es majo.

Aiden puso los ojos en blanco de forma exagerada.

—Bah... Entonces, ¿qué haces aquí escondida?

—No estoy escondida, estoy estudiando. —Le mostró el libro de Magia del Orden—. ¿Ves?

Aiden arqueó las cejas con incredulidad.

—Cuéntamelo.

Rain se sentó frente a él y dejó escapar un suspiro.

—No me juzgues, pero... aquella noche que fui a buscar a Blake después de que se pelease con Jun..., nos acostamos.

Aiden trató de parecer sorprendido, pero falló estrepitosamente y viendo que no iba a ser capaz de mentir se rindió.

—¿Qué? —dijo ante la expresión de Rain—. Kane es mi novio y no nos guardamos secretos.

—No presumas tanto. Has hinchado el pecho como un pavo.

Aiden imitó lo que había dicho con tono de burla y retintín.

—Kane notó que Blake estaba más feliz que de normal, es decir, algo feliz, teniendo en cuenta que siempre tiene cara de querer matar a todo el mundo. Supongo que aquel día le faltaría alguna arruga en su ceño fruncido. No sé.

—Aiden...

—Mira cómo lo defiendes —la pinchó.

Rain apartó la mirada sintiendo calor en las mejillas. No es que estuviese avergonzada, es que hablar con naturalidad de lo que sentía por Blake era aceptar que, de alguna manera, él era algo suyo y eso hacía que una emoción poderosa batiese sus alas dentro de su pecho.

—Según Kane, que lo conoce mejor que nadie, era obvio que algo había pasado, podía notarlo. Sus palabras textuales fueron: «Está

obsesionado con ella». Y tú estás obsesionada con él. ¡Eres malísima mintiendo! —la reprendió—. No te das cuenta de cómo lo miras, pero es casi indecente.

—Suenas como mi abuelo. «Indecente», ¿quién dice eso? —murmuró Rain.

—Pero sigues con Jun... —recalcó Aiden, terminando de explicar lo que ella había comenzado a decirle.

—No quiero decepcionarte —reconoció Rain, mortificada—. Y siento que lo hago todo el tiempo. Necesito a Jun para estar en el club de Política. —Lo soltó sin mirarlo a la cara, temerosa de ver su expresión.

—Ya no estás enamorada de él —afirmó, y ella asintió confirmándolo—. Así que lo estás usando.

Rain quiso decir algo pero todo le sonaba a excusa. No quería hablar mal de Jun y poner a Aiden en su contra.

—Sí —admitió.

—¿Y en qué te convierte eso, Rain?

—En una traidora, lo sé. En una mentirosa. Pero también en alguien capaz de cambiar las cosas. —La rabia brotó de sus palabras —. No es fácil...

—Él te hizo subir una torre empapada y borracha en una noche helada. No movió ni un solo dedo por impedirlo, y tampoco lo hizo por atraparte cuando caíste. A mí me parece que eso te convierte en alguien inteligente, me alegro de que no dejes que ninguno de esos esnobs te pase por encima nunca más, incluido Jun.

Rain se giró para mirarlo con la boca abierta.

—Pensaba que no te habías enterado de eso.

—¿Te olvidas de dónde estamos? Claro que me enteré, aquí los secretos nunca duran mucho tiempo. Vasilyev es un bocazas y se lo contó a sus amigos en el vestuario del club de combate con todo detalle. —Los ojos de Aiden se endurecieron. Siempre andaba medio enfadado, era un cascarrabias de manual, pero nunca lo hacía de forma seria, con aquella dureza—. Te habría dejado morir, Rain. Si Blake no llega a estar no sé qué podría haber pasado. ¿Qué tipo de amigo, no, qué tipo de persona hace eso?

Rain parpadeó.

—Entonces, ¿no te parece mal lo que estoy haciendo?

—Rain, ese gilipollas te puso en peligro. Le daría una paliza con mis propias manos si supiese pegar y no tuviese claro que él me ganaría. No es solo por ti, es que me siento verdaderamente traicionado. Siento que no lo conozco, que no sé de quién he sido amigo durante todos estos años.

Rain abrazó con fuerza a Aiden. Ella había pasado por todo aquello hacía meses, el duelo de ver cómo era en realidad la persona a la que tanto quería. Pero Aiden acababa de descubrirlo y no era fácil.

—¿Por qué no me lo has contado? —dijo contra su hombro—. Ay, ay, espera, me estoy clavando las gafas —se quejó, apartándose.

—Porque es tu amigo y no me parecía justo.

—¿El qué? ¿Contarme cómo era de verdad?

Rain se encogió de hombros.

—No sé —admitió con un hilo de voz, le había dado muchas vueltas a aquel dilema—. Jun ha sido un buen amigo para los dos y te quiere. ¿Tiene alguien que dejar de querer a otra persona porque hace cosas cuestionables a otros? No lo sé. Para mí fue más... sencillo, aunque no exactamente —se enredó—. Quiero decir que a mí me hizo todas esas cosas que me dolieron y fue más «sencillo» o «natural» —pronunció las dos palabras más como una pregunta— dejar de quererlo e idolatrarlo, supongo. Pero a ti ha seguido tratándote como siempre; y si es un buen amigo y una buena persona contigo, por qué tendría que imponerte mi visión sobre él. ¿Es justo? No lo sé.

Aiden lo pensó mientras se limpiaba las gafas con la camisa.

—Entiendo el punto. En un mundo ideal alguien que fuese mala persona no tendría a nadie que lo quisiera y blablablá, pero eso no funciona así porque no vivimos en un mundo ideal y no somos seres de luz. Y seguramente si hubiese oído estas cosas de Jun referidas a otra persona que no fueses tú, me habría molestado con él, pero sí, habría seguido siendo mi mejor amigo porque conmigo es excelente. Pero te las hizo a ti: la persona a la que más quiero. Bueno, ahora estás emparejada con Kane, lidia con ello —añadió haciendo un gesto con la mano—. Y eso lo cambia todo.

Las palabras de Aiden la hicieron sentir paz. Como si de alguna forma la exculparan de la carga de sus pecados. Como si encontrase un resquicio de una aceptación que no creía merecer.

—No todos somos cien por cien buenos o cien por cien malos. Todos somos subjetivos y egoístas y no tenemos un altísimo y perfecto grado de empatía. Así que sí, probablemente habría pasado por alto sus actitudes cuestionables si no hubiesen sido contra ti. Porque a mí me habría pesado más lo bueno, lo bueno que es conmigo. Pero siempre entra en juego el amor y si hay algo que no nos permite elegir, eso es el amor.

—¿Estás diciendo que me amas? —preguntó Rain, cogiéndole la cara para pincharlo un poco.

Aiden se puso colorado y la empujó apartándola.

—Sí, aunque no entiendo por qué.



La profesora Boucher les había pedido un trabajo de documentación sobre los primeros tratados de las órdenes, quiénes participaron en ellos, el contexto, etc. Así que se habían trasladado todos a la biblioteca para hacer uso del archivo que había allí.

—Por supuesto, sois libres de ir al archivo de Hidden para completar la información. Si alguien necesita una autorización que me la pida.

Era la clase de proyecto, que le habría erizado el vello de la emoción, y la verdad es que había conseguido levantarle el ánimo, tanto que durante un rato había olvidado su tarea de esa semana. Hasta que su mirada se había cruzado con la de Alberta.

Rain sacó uno de los libros del archivo y lo colocó en un atril para consultarlo mientras tomaba notas y le daba vueltas a cómo abordar el tema en su proyecto. Estaba tan absorta en su tarea que no notó a Blake sentado a su lado hasta que se acercó a su oreja para susurrarle con una mezcla de humor y afecto:

—Empollona.

Rain dio un pequeño respingo y se giró sorprendida. Verlo hizo que todo se disolviese a su alrededor. Blake siempre tenía una expresión inescrutable, pero cuando estaba con ella no era así. Había luz en su rostro y una mezcla de diversión y vulnerabilidad. Rain sabía que aquello era solo para ella, y eso la hacía sentir ahogada, como si algo inmenso se hinchara en su pecho, rozando los límites de lo soportable. Un torrente de emociones que amenazaba con desbordarla. Una intensidad que la llenaba tanto que casi dolía, como si su cuerpo fuera demasiado pequeño para albergar algo tan inmenso y brillante.

—No he conocido a nadie que se emocione tanto haciendo un trabajo de clase —continuó él, recostándose en la silla con una media sonrisa tirándole de los labios.

Rain tuvo que obligarse a apartar la mirada de él, y no fue fácil porque aquella expresión casi traviesa de Blake era una de sus favoritas. Le hacía parecer más joven y relajado.

—Es un proyecto muy interesante —contestó ella, después de aclararse la garganta luchando por no sonreír.

Una chica del Crepúsculo se sentó frente a ellos un par de asientos más a la izquierda. Blake se inclinó ligeramente hacia Rain, como si estuviera mirando sus notas sobre la mesa.

—Es un libro con suerte. Nadie lo ha mirado con tanta devoción. —Su voz apenas fue un murmullo cargado de ironía.

Rain sintió un leve calor subiéndole por las mejillas, y trató de ignorar el latido apresurado en su pecho.

—Es que soy una estudiante muy aplicada —respondió con fingida indiferencia, bajando la mirada hacia el atril mientras el lápiz tamborileaba sobre la página de sus apuntes.

—No lo dudo... —siguió Blake, con un tono más íntimo pero igualmente burlón—. ¿Los miras a todos así, o es que este es especial, Lee?

Rain apretó los labios para no reír y se esforzó en focalizar su atención en las palabras del texto. Era difícil ignorar el calor que irradiaba su presencia, la cercanía de su voz. Sobre todo, cuando su mano le rozó el muslo como si fuera un gesto accidental. Rain

levantó la mirada para asegurarse de que nadie los estaba observando.

—Mmm... —intentó responder, pero su cerebro parecía estar cortocircuitando.

—Si alguna vez decides mirarme así, dímelo antes —dijo Blake, con una sonrisa ladeada—. Quiero estar preparado. De hecho, me ofrezco voluntario para ser tu próximo proyecto de estudio. No te preocupes, prometo no quedarme tan quieto como ese libro.

Rain se mordisqueó el labio, ruborizada. Era un capullo. Le gustaba empujar los límites, asumir riesgos, como provocarla delante de todos sabiendo que era peligroso y que podían pillarlos. Actuaba como si las consecuencias nunca tuviesen que ver con él, como si no le asustasen.

Blake era temerario y despreocupado en cuanto a las normas, todo lo contrario de lo que ella había sido durante su vida. Pero ahora lo entendía, la emoción, la adrenalina, eran algo adictivo.

—Te estás sonrojando... —Sus dedos le rozaron la rodilla, disfrutando de notar cómo a ella se le cortaba la respiración.

Rain cerró las manos en puños. Podía sentir la runa de la maldición latiéndole en la palma deseando actuar. Era un tictac como el de una bomba a punto estallar, era el runrún de la culpabilidad. El recordatorio de su inminente traición que a la vez se disipaba en la sensación hormigueante que los dedos de Blake estaban dejando en su piel.

—Y eso me distrae, Lee —terminó de decir él con voz aterciopelada.

Rain saboreó la sangre de su labio y el gusto metálico la hizo volver en sí. Vio a Jun doblar la esquina hacia las mesas de estudio y se puso de pie de golpe cerrando el libro.

Por el rabillo del ojo vio a Blake fruncir el ceño entre confuso y dolido mientras ella se apresuraba a ir hasta Jun. Ni siquiera pensó en qué le decía, necesitaba poner distancia, la mano le ardía. Podría haberlos pillado y para más inri ella no había cumplido su tarea.

—¿Estás bien? Pareces aturdida. ¿Tienes fiebre? —le preguntó Jun mientras ella balbuceaba cosas sobre el trabajo.

—¿Eh? Sí, sí, tienes razón. No me encuentro bien.

Tenía el estómago revuelto, el desayuno le pesaba y sentía náuseas. Jun le pasó un brazo por los hombros y le quitó el libro con la mano libre.

—Te acompaño a la enfermería.

Blake se quedó inmóvil, observando cómo Rain se alejaba con Jun. Apartó la mirada e intentó centrar su atención en el libro que tenía delante. Sus dedos tamborilearon contra la mesa, nerviosos, ansiosos, delatando lo que su expresión serena no dejaba ver. Se obligó a no seguirlos con los ojos, pero el peso en el pecho le creció.

El pensamiento de que Rain todavía pudiera sentir algo por Jun se coló, venenoso, en su mente, como un parásito, aferrándose a los rincones más oscuros de su conciencia. Blake exhaló despacio, intentando disipar el nudo que se le formaba en la garganta, y apretó el lápiz que tenía en la mano hasta que la madera crujió.

Intentó convencerse de que todo era producto de su imaginación. Un espejismo de sus miedos más arraigados. Pero la manera en la que ella lo había esquivado... Esa mirada nerviosa, casi culpable, no dejaba de atormentarlo.



«Nuestro amor el uno del otro era como dos largas sombras besándose sin esperanza de realidad».
ANAÏS NIN





Capítulo 34



Normalmente Rain disfrutaba de las clases, pero aquel día fueron una larga tortura. Tenía que estar constantemente alerta con Blake. Por suerte, en Defensa no les había tocado ninguna técnica de pelea que implicase el contacto físico. La runa de la maldición cada vez ardía con más intensidad en su piel, como si desease ser utilizada.

Trató de marcharse de las primeras del comedor durante la cena para encerrarse en su torre cuanto antes. Planeaba pasarse la noche buscando una forma de neutralizar la maldición de desgaste.

Pero, para su desgracia, en cuanto giró hacia el corredor principal se encontró con Blake. Rain sintió el impacto de su mirada antes incluso de levantar la vista. Estaba apoyado contra la pared del pasillo con los brazos cruzados, como si llevara esperándola toda la noche. La luz de las antorchas proyectaba sombras sobre sus rasgos, acentuando sus formas. Tenía la corbata floja y un botón del cuello desabrochado, la camisa fuera de los pantalones y la americana remangada.

Rain se obligó a apartar la mirada, Blake era tan atractivo que la turbaba y acababa bajando la guardia.

—Vi que fuiste a la enfermería con Jeong —dijo, con voz casual, pero sus ojos la estudiaban con una profundidad inquietante—. ¿Estás bien?

Rain tragó saliva. La runa pulsaba con fuerza en su palma tratando de recordarle su tarea.

—Sí, estoy bien —respondió apresurada, la voz le salió en un quejido poco creíble.

Blake frunció el ceño en un gesto entre el dolor y la rabia, y se acercó a ella.

—Rain...

Ella esquivó su mirada y dio un paso a un lado, intentando rodearlo, pero Blake se movió con naturalidad para bloquearle el paso.

—Si te pasa algo, quiero que me lo digas —bajó la voz, inclinándose hacia ella, lo suficiente para que el espacio entre ambos pareciera aún más estrecho.

Ella vio su mano moverse, lenta, hasta que sus dedos rozaron apenas su antebrazo. La calidez del contacto hizo que todo su cuerpo se relajase. Estar tan cerca y resistir la tentación de tocarlo era casi un acto de crueldad contra sí misma.

Los dedos de Blake bajaron hasta su muñeca y Rain sintió el pinchazo de la runa, que deseaba encontrarse con Blake. Rain tiró de su brazo de golpe y retrocedió, apartándose antes de que realmente sucediese.

—Es... estoy bien. De verdad —farfulló.

La confusión pasó fugazmente por el rostro de Blake, pero lo que quedó fue algo más profundo: una sombra de duda. No era frecuente verlo así, vulnerable e inseguro.

—¿Por qué me evitas? —preguntó finalmente, con una mezcla de firmeza y algo más suave, algo que ella supo reconocer como dolor.

—No te evito —mintió Rain, consciente de que su tono defensivo no respaldaba sus palabras.

—Entonces mírame —insistió él.

Rain levantó la mirada. Blake la estudió de esa manera que parecía desnudarla por completo. Siempre le había resultado muy fácil leerla y era evidente que se mostraba evasiva.

Se oyeron voces en el pasillo y Rain aprovechó la oportunidad para apartarse.

—Nos vemos mañana —se despidió a toda prisa y se marchó.

Blake se quedó en el corredor, viendo cómo Rain desaparecía entre las sombras, con el pecho cargado de algo insoportable. No podía sacudirse la sensación de que había algo más escondido entre las palabras de ella, algo que no se atrevía a decirle. Y, aunque el instinto lo empujaba a presionarla, a exigirle que hablara, otra parte más desesperada, más rota, le susurraba que era mejor no saber. Mejor fingir que no lo notaba, prolongar el delicado hilo que los unía, incluso si estaba desgastado, porque enfrentarse a la realidad de perderla lo destrozaría. Ese miedo lo dominaba, alimentándose de su obsesión.

Amar a Rain era como sostener algo precioso pero frágil, algo que podría desvanecerse si lo sujetaba con demasiada fuerza. Haría lo que fuera por alargar cada momento.



El día siguiente fue una sucesión de lo mismo. Rain se mostró esquiva, nerviosa, evasiva. Incluso en clase parecía no estar concentrada. La cosa fue escalando poco a poco, a pesar de que Blake no se acercó a ella, si alguna vez, por casualidad, estaban cerca el uno del otro, ella se tensaba, incómoda y angustiada. Sus ojos vagaban por el espacio hasta encontrar a Jun, como si estuviese vigilante.

Todo esto no hizo más que aumentar la irritación de Blake. Su paciencia de por sí limitada estaba agotada. No soportaba estar con otros, tenía los nervios de punta, deseando estallar.

Su cabeza era un hervidero de pensamientos intrusivos que trataba de ignorar y acallar. Pero que lo herían como garras arrastrándose por su interior, desgarrando despacio, casi de forma sádica.

La sala de hierros vibraba con el sonido de las espadas resonando unas contra otras y los pasos rítmicos de los alumnos. Blake se levantó la careta y se limpió el sudor de la frente al dar un punto. Estaban entrenando separados en varios carriles. El cuarto encuentro tendría lugar en algo más de dos semanas, justo antes de

las vacaciones de primavera y era decisivo que afianzasen su ventaja sobre los del Amanecer.

Emparejado con Caleb Katz, un veterano de segundo año conocido por su precisión y calma, Blake parecía incapaz de controlar la intensidad de sus golpes. Pegaba con fuerza desmedida, buscando liberar su rabia y frustración.

—¡Blake, más control! —le advirtió Katz, levantándose la careta después de que lo golpease. Aunque el arma de Blake no había impactado de lleno, le había dado con el ímpetu suficiente como para empujarlo hacia atrás un paso.

Blake lo imitó y dejó su rostro al descubierto para coger aire.

—Estoy controlando —respondió cortante, sin molestarse en suavizar la expresión sombría de sus ojos.

El entrenamiento continuó, pero la tensión entre ambos era palpable. Caleb comenzaba a perder la paciencia ante la agresividad de Blake, que parecía estar distraído a la par que dominado por la rabia.

—No estás controlando una mierda —se quejó Katz finalmente, después de otro choque particularmente brusco—. Esto es un entrenamiento, no una pelea a muerte. No podemos lesionarnos y no parece que estés prestando atención al oponente, solo estás machacando.

Blake se detuvo por un segundo, con la espalda erguida.

—Si no puedes seguir el ritmo del duelo no es mi culpa, Katz —espetó.

Caleb levantó una ceja, sorprendido por la respuesta. La conversación atrajo la atención de otros compañeros, que comenzaron a mirar de reojo hacia ellos mientras seguían entrenando.

—Baja el tono, novato —respondió Caleb con calma, aunque sus ojos dejaban traslucir su irritación—. No estoy aquí para aguantar tu mal humor.

Blake dio un paso adelante, cerrando la distancia entre ambos, mientras arrastraba la punta de la espada por el suelo.

—¿Mal humor? —repitió Blake con sarcasmo—. Mi estilo es agresivo y no voy a ser delicado porque a ti no te venga bien.

El tono de su voz hizo que Caleb diera un paso atrás, queriendo marcar un límite. No tenía ninguna intención de pelearse con él.

—Ya sabemos todos de lo que vas, Blake —respondió Caleb, ahora más firme—. Pero esto es un equipo y ganamos y perdemos todos, así que no se lesiona a los compañeros. ¿Lo entiendes? Nadie aquí tiene que aguantar tus mierdas, si no sabes estar en equipo a lo mejor tendrías que largarte. Acabas quemando a todo el que está a tu alrededor —suspiró hastiado.

Blake se tensó, y sus ojos reflejaron un fuego silencioso.

—¿Qué has dicho? —escupió Blake, y se acercó a Katz hasta prácticamente empujarlo con su cuerpo.

Los murmullos alrededor se detuvieron, y el entrenador Klopper, que estaba supervisando desde un lado, intervino finalmente.

—¡Eh! Basta —ordenó, con un tono que no dejaba espacio para objeciones—. Caleb, cámbiate de pareja. Blake, márchate, date una ducha y cálmate. Los problemas que tengas los dejas fuera de mi entrenamiento. El jueves te quiero aquí con la cabeza fría, si no, no vengas.

Blake permaneció inmóvil por un instante, con los dedos apretados alrededor de la empuñadura de su espada. Finalmente, con un movimiento brusco, tiró el arma al suelo y salió de la sala sin mirar atrás.

Mientras se alejaba, las palabras de Caleb resonaron en su cabeza: «Acabas quemando a todo el que está a tu alrededor».



«Me pregunto si les duele vivir, y si tienen que esforzarse, y si en caso de poder elegir no elegirían morir».
EMILY DICKINSON





Capítulo 35



Rain y Aiden habían bajado a Hidden para ir al archivo de la ciudad. La oportunidad de poder investigar los documentos originales de la época era algo que ella no podía dejar pasar.

—Es fascinante lo mucho que te gustan las cosas viejas —comentaba Aiden mientras cruzaban a Highmarch Lane, una de las calles más antiguas de la ciudad.

Los edificios eran algo más bajos que en otras zonas, de piedra gris con los tejados puntiagudos salpicados de musgo, y pequeñas gárgolas talladas en las cornisas.

—Por eso eres mi mejor amigo —le contestó Rain, empujándolo ligeramente con el codo.

Él hizo una mueca imitándola y murmuró un insulto por lo bajo.

Al doblar la esquina hacia Old Hollow, una brisa les trajo el aroma de pan recién horneado que salía de una panadería con ventanas empañadas. Aiden hizo un comentario sobre comprar algo a la vuelta, pero Rain apenas lo escuchó; estaba absorta dándole vueltas a algo.

—¿Crees que un velo del eclipse —dijo nombrando un hechizo protector— podría acabar con una maldición de desgaste?

Rain se sintió agradecida de haber cogido la bufanda, aunque el equinoccio estaba cerca, el aire que soplaba todavía era invernal. Se

había puesto un conjunto de falda y chaqueta con camisa y corbata y un abrigo largo. Aiden se había burlado por lo formal que iba, pero el archivo era un lugar importante y quería causar buena impresión. Se sentía como una niña la mañana de Navidad.

—¿Una maldición de desgaste? —Lo pensó—. No lo creo, sirve para proteger de maldiciones o hechizos más pequeños. La persona tendría que aplicárselo constantemente para que no perdiese fuerza y solo acabaría mitigando un poco los efectos de la maldición, pero no la estaría protegiendo del todo.

Rain dejó escapar un suspiro mientras pasaban bajo un arco de piedra que conectaba dos edificios. Más allá, el callejón se ensanchaba, abriéndose hacia una pequeña plaza donde se alzaba un árbol seco y nudoso. Allí, unos niños jugaban a lanzar hechizos de luces que chisporroteaban en el aire antes de apagarse.

Era la única opción que había encontrado, aunque, en realidad, ya sabía que las posibilidades de éxito eran bajas, pero las palabras de Aiden terminaron de hundir su esperanza.

—¿Por qué quieres saberlo?

—He estado leyendo sobre maldiciones... Algunas son muy difíciles de contrarrestar una vez puestas.

—Un amuleto protector.

—Ya... Pero son muy caros y complicados de encontrar. —Rain se miró las manos con impotencia—. El problema de la maldición de desgaste es que se adhiere a la piel y va actuando poco a poco a lo largo del tiempo, por lo que la magia para frenarla debe ser fuerte y constante. Así que habría que usar un amuleto tan cargado de energía que no se agotara.

Por eso el anillo que le había dado a Blake no serviría, al menos no de forma absoluta. Quizá si lo combinaba con otra cosa...

Finalmente, llegaron a la calle que llevaba al archivo. Los edificios se apretaban entre sí, con puertas estrechas y ventanas arqueadas. El edificio del archivo tenía una fachada de piedra con detalles ornamentales de estilo georgiano. Las puertas de madera maciza estaban decoradas con motivos tallados, y, sobre ellas, un grabado que representaba un búho con las alas desplegadas.

—Ojalá fuese más fuerte. Daría lo que fuese por... —estaba murmurando Rain para sí misma pensativa.

—¿Y en qué te ayudaría eso? —la interrumpió Aiden, que la había oído.

Rain levantó la vista hacia el edificio.

—Sería alguien capaz de cambiar las cosas —comentó.

Él empujó la puerta que emitió un crujido profundo, como si el edificio estuviera despertando con desgana de su letargo.

Al entrar, Rain y Aiden fueron recibidos por el aroma a papel viejo y cera de muebles. En el centro del vestíbulo estaba el mostrador de recepción, donde enseñaron sus salvoconductos a una bibliotecaria de aspecto severo que les indicó que firmaran en un registro antes de darles acceso al área de consulta.

Cruzaron una pesada puerta de cristal tallado con filigranas que llevaba a la sala de investigación. Dentro, las largas mesas de roble estaban dispuestas en filas ordenadas, con lámparas de escritorio verdes. Las estanterías se extendían hasta el techo, cargadas de cajas y carpetas etiquetadas meticulosamente.

El silencio era casi una presencia más allí, solo se oía el suave pasar de las hojas y los pasos amortiguados por gruesas alfombras que cubrían el suelo de madera desgastada.

La bibliotecaria los condujo a la sección de historia local, donde se archivaban los documentos relacionados con la fundación de Hidden y las órdenes. Les entregó un par de guantes blancos y les explicó las normas para manipular los documentos originales.

Rain y Aiden se instalaron en una de las mesas con una caja de conservación etiquetada como «Órdenes Fundación». Con cuidado, Rain levantó la tapa, revelando varios manuscritos, mapas y cartas protegidos en fundas. Aiden abrió un mapa que representaba el trazado original de Hidden, mientras Rain hojeaba un documento que llevaba la firma de Ophelia Blean.

El proceso de búsqueda no era rápido ni sencillo. Cada documento estaba numerado, y tenían que registrar las referencias que consultaban en una hoja proporcionada por el archivo. Rain examinó con interés un pergamino amarillento donde se detallaba la primera reunión de las órdenes en Hidden. Las letras estaban escritas con

tinta negra que se había desvaído con los años, pero los símbolos de las distintas órdenes eran inconfundibles.

—Aquí está su firma otra vez —murmuró Rain, señalando el nombre de Ophelia Blean al pie de un acta oficial. Aiden, que había encontrado un viejo cuaderno de notas con un escudo familiar, levantó la vista—. Es absolutamente alucinante estar tocando algo que ella tuvo en sus manos —susurró excitada, los ojos le brillaban y tenía las mejillas encendidas.

—Eres tan rarita... —Aiden negó con la cabeza.

La tarde se deslizó en silencio, salvo por el ocasional crujido de las páginas y los suspiros frustrados cuando un documento no revelaba lo que buscaban. Fuera, la luz del día comenzaba a desvanecerse, y las lámparas verdes adquirieron un brillo más pronunciado, mientras Rain y Aiden seguían sumergidos en su tarea.

Rain encontró unas cuantas cartas que Ophelia había escrito a su sobrina durante sus últimos años como directora antes de jubilarse. Ella no había tenido descendencia, así que el legado de su apellido lo habían continuado las hijas de su hermana menor.

Mi querida Lyanna:

Ha pasado tanto tiempo desde mi última carta... Debes venir a Hidden para las celebraciones de Yule, en Eurínome no tienen el mismo esplendor. En junio entregaré mi renuncia como directora, creo que ya es hora de que otro tome el mando. Me siento orgullosa de haber afianzado esta institución y de haber visto los primeros frutos.

Me encantaría que tu hermana o tú algún día tomarais mi lugar. Las generaciones venideras son prometedoras, tendrías que ver el poder que algunas brujas y brujos manifiestan. Una época dorada se acerca. Si mi bisabuela pudiese verlo no lo creería, ella era apenas capaz de conjurar una chispa y de encantar unos cuantos amuletos baratos. Se lamentaba siempre de la gloria que habíamos perdido.

Cuando vengas a verme te haré entrega del legado familiar. Debe ser para ti.

Rain leyó el resto de la carta fascinada. En la parte inferior estaba su firma y el emblema de la familia junto con una frase en lengua antigua algo emborronada. La leyó para sí misma y le resultó familiar. «Nunca pierdas la esperanza, porque de ella nace la gratitud», recitó de memoria recordando la que había leído anteriormente. Sin embargo, algo no encajaba con lo que ponía allí. Cogió la lupa que les habían proporcionado y se acercó al papel para inspeccionarlo; la hoja era más traslúcida en esa parte y la tinta no tenía tanto color, seguramente la habían sostenido por ahí y la grasa de los dedos la había estropeado.

Tomó nota de la frase original; observándola durante un rato con el ceño fruncido. *Gratia*, murmuró, ladeando la cabeza.

Recordó algo que la profesora Kazemi les había dicho en clase de Lengua Antigua sobre el peligro de traducir un texto de forma literal: «Muchas palabras que ahora usamos han conservado la forma antigua, pero han cambiado su significado. Es decir, nos engañan. Al leer un texto antiguo podemos pensar que si una palabra nos resulta familiar solo tenemos que transcribirla en su forma moderna y ya. Pero no, porque es importante el contexto y su evolución semántica; no queremos lo que significa esa palabra para nosotros, queremos lo que significaba para quien escribió ese texto. Por eso muchos de vosotros cometéis errores al interpretar hechizos y pócimas de libros antiguos».

El aire del archivo se sintió pesado de repente. Rain levantó la mirada, con el corazón latiéndole más rápido. *Gratia*, significaba «don» y se asociaba antiguamente con la magia o los poderes sobrenaturales; por lo tanto, la frase debía traducirse como: «Nunca pierdas la esperanza, porque de eso está hecha la magia; o el poder».

Estaba observando las notas de su cuaderno cuando apareció la bibliotecaria de la entrada para decirles que cerrarían en quince minutos.

La campana del archivo resonó suavemente cuando Rain y Aiden cruzaron la puerta para salir al aire fresco de la tarde. El sol ya comenzaba a descender, pintando las fachadas de piedra de las casas con un tono cálido, mientras las luces de las farolas

parpadeaban tímidamente. La primavera estaba despertando poco a poco: las primeras flores comenzaban a brotar en las macetas de las ventanas y el aire olía a tierra húmeda y a madera quemada de alguna chimenea cercana.

—Tengo hambre —se quejó Aiden, estirándose como si llevara horas atrapado en los confines del archivo—. Nos merecemos algo especial esta noche.

Que las vacaciones de primavera estuviesen cerca los hacía sentir más ligeros y llenaba el ambiente de una cierta euforia y libertad; al igual que la sensación de ver los días alargarse.

Rain asintió, abrazándose ligeramente para protegerse del fresco. Mientras caminaban, las calles de Hidden se llenaron del bullicio del final del día: estudiantes con sus carteras y uniformes cruzaban en pequeños grupos, charlando y riendo; los comerciantes cerraban sus tiendas mientras otros comenzaban a encender las lámparas en los escaparates. Un organillero tocaba una melodía suave en una esquina, y un grupo de niños corría detrás de un gato que parecía enfadado. Rain sonrió involuntariamente al pensar en Tinieblas.

Llegaron al callejón del Molino, un estrecho pasaje empedrado bordeado de pequeños locales con fachadas coloridas y letreros tallados a mano colgando sobre las puertas.

Aiden señaló un puesto con una barra de madera pegada a la pared de piedra. El aroma que salía era irresistible. Se acercaron y pidieron dos tazas de chocolate especiado con crema y dos rebanadas de pan con mermelada de frutas.

La camarera les entregó todo en pequeñas bandejas de madera y se acomodaron en la barra al aire libre, apoyando los codos mientras la brisa fresca de finales de marzo les rozaba la cara.

Rain tomó un sorbo del chocolate y suspiró. En la vorágine que vivían casi parecía utópico hacer cosas tan normales como tomar chocolate con su mejor amigo y hablar de cualquier cosa. Era como si todo eso se hubiese quedado atrás en Céfiro, donde habían sido tres adolescentes más o menos comunes. Ahora solo quedaban ellos dos rodeados de muerte, secretos y traiciones.

—Deberíamos hacer esto más a menudo —gimió Aiden, devorando su pan como si no hubiese comido en días—. Lo que sirven en el

comedor no está mal. Pero los dulces escasean.

Su entusiasmo le arrancó una risa suave a Rain, que finalmente se relajó.

—Creo que a veces se me olvida lo increíble que es esta ciudad. Estamos siempre tan inmersos en el caos de la Academia y...

—Y se nos olvida que el mundo sigue aquí fuera. Que podemos salir a respirar y vivir —terminó Aiden por ella—. Lo sé. Kane me ayuda con eso.

Rain sonrió con malicia y le dio un codazo a su amigo mientras decía:

—¿A desconectar? Vaya no me imagino cómo.

Aiden enrojeció furiosamente y la empujó.

—¡Arg! Eres odiosa, no me refería a eso.

—Sois tan adorables. —Rain apoyó la cabeza en su hombro—. No te mereces menos, Aiden.

—A veces me cuesta creerlo —confesó él llevándose otro trozo de pan a la boca—. Es mirarlo y... se me dispara el corazón. Kane es tan... —Comenzó a hacer aspavientos con los brazos un poco aturullado.

—Grande —adivinó Rain con una risita.

—Y guapo. Y está buenísimo para qué engañarnos. Pero es tan dulce y me trata con...

—Adoración —contestó ella frotando la mejilla contra el hombro de Aiden.

—¿Crees que en otra vida salvé a un niño de caerse a un río o algo así?

—Qué específico —comentó Rain dándole el último sorbo a su chocolate.

Se quedaron en silencio un momento. Había algo reconfortante en esa sencillez: ellos dos, la ciudad, una charla trivial. Pero en el fondo Rain sentía un peso persistente, algo que no la dejaba relajarse del todo.

—¿Vamos? Se está haciendo tarde.

Aiden asintió, dejando la bandeja vacía sobre el mostrador, y juntos se encaminaron de vuelta hacia la Academia.

La luz del día casi se había desvanecido, dejando el cielo pintado en sus bordes como un pequeño incendio de rojos y naranjas. Rain se ajustó la bufanda alrededor del cuello mientras escuchaba a medias a Aiden hablar sobre una novela que se estaba leyendo. Su mente estaba en otro lugar, atrapada entre los recuerdos de la tarde y la sensación incómoda que llevaba arrastrando días.

Fue entonces cuando lo vio.

Blake estaba a unos metros frente a ellos, sentado en el escaparate de una tienda cerrada. La luz de la farola más cercana se proyectaba sobre él, dejando ver un feo hematoma en la barbilla y la tensión en sus hombros. Sus ojos, oscuros y cansados, se levantaron para encontrarse con los de Rain, y algo en su expresión le hizo encogerse.

Aiden se detuvo al notar la rigidez en Rain. Siguió su mirada y suspiró.

—Creo que deberíais hablar —murmuró, mirándola con un deje de preocupación antes de dar un paso atrás—. Kane me ha contado que lleva días raro. ¿Os habéis peleado?

Rain no fue capaz de contestar, se estaba mordiendo el labio con una expresión de angustia y preocupación.

—Nos vemos en el salón común —se despidió Aiden antes de darle un beso de ánimo en la mejilla.

Rain asintió sin despegar los ojos de Blake. Aiden se marchó con pasos rápidos, dejando a los dos en la silenciosa calle vacía.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Rain, acercándose un par de pasos. Su voz sonó más frágil de lo que pretendía.

Blake soltó una risa amarga, desviando la mirada.

—No es nada. —Su tono sugería lo contrario.

—No parece nada —lo contradijo ella levantando la mano como si quisiese echarle un vistazo al golpe, pero se frenó cerrándola en un puño apretado.

«La runa», se recordó.

El rostro de Blake dio un tirón al ver el gesto. Tragó pesadamente encajándolo.

—Ya. Bueno, no es de tu incumbencia.

Rain dio un paso atrás, herida por lo afilado de sus palabras.

—¿Por qué dices eso? Sabes que sí lo es.

Blake la miró de nuevo, y sus ojos estaban llenos de algo que se debatía entre la rabia y la desesperación.

—¿Lo sé? Porque como yo lo veo, Rain, parece que me evitas, que me ocultas cosas, que ni siquiera eres capaz de tocarme. Todo lo contrario que haces con Jeong. Y me empieza a confundir, porque pensaba que con quien fingías era con él, no conmigo.

El corazón de Rain se encogió. Quiso decir algo, negarlo, pero las palabras se quedaron atrapadas en la garganta. Blake continuó, su voz cada vez más rota.

—He intentado aguantarlo, ¿sabes? Decirme que está bien, que puedo vivir con esto. Prefiero tenerte a medias que no tenerte de ninguna forma. Pero... me está desquiciando, Rain.

Ella sintió que el peso de sus palabras se le hundía en el pecho. Parpadeó disipando las lágrimas.

—No es así, Ash. Sabes por qué *estoy* con Jun. Esto no es... Esto no es lo que parece.

—Explícame qué es, entonces —exigió Blake, acercándose un paso, sus ojos ardiendo con una mezcla de dolor y frustración.

Ella apretó los puños, luchando por encontrar las palabras adecuadas, por explicar lo inexplicable. Solo necesitaba un poco más de tiempo, encontrar una forma de llevar a cabo su cometido sin herirle.

—No puedo todavía.

—Claro —murmuró Blake, retrocediendo un paso, como si el suelo bajo sus pies se hubiese desmoronado.

Rain sintió las lágrimas ardiendo en sus ojos, pero no dejó que cayeran.

—¿Por qué no reconoces que sigues enamorada de él? Sería más sencillo. —Las palabras le salieron estranguladas.

—Porque no es verdad.

—¿No? —Su risa fue baja, desprovista de cualquier rastro de alegría—. Demuéstramelo. —La empujó suavemente hasta que su espalda topó con la pared de un edificio y aunque estaba enfadado y furioso y dolido, casi desesperado, las manos que la tocaron fueron

extremadamente delicadas mientras subían desde su hombro hasta su cuello y barbilla—. Demuéstrame que me equivoco —le pidió.

Rain notaba su pulso acelerado, la fragilidad que emanaba. Quería fundirse en él. La mano le daba punzadas dolorosas y se clavó las uñas en la palma. Quería contarle la verdad y acabar con aquello, pero en el momento en el que lo hiciese se acabaría todo y estaba tan cerca de descubrir algo importante. Se había arrastrado y humillado, se había jugado la vida por estar ahí, tenía que aguantar un poco más.

El silencio se alargó entre ellos. Blake respiró hondo, como si intentara calmarse, pero su voz tembló cuando habló de nuevo.

—Ya veo...

Rain sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies mientras veía la espalda de Blake alejarse. Corrió tras él.

—Ash... —lo llamó con la voz quebrada—. ¡Blake, espera! —Lo retuvo agarrándole de la manga del abrigo con cuidado de no tocarlo.

Él se frenó en mitad de la calle con los hombros rígidos, pero no se giró. Rain dio unos pasos más hasta quedar frente a él.

—Te quiero —confesó ella por primera vez.

Blake la miró entonces; sus ojos oscuros llenos de una tormenta de emociones. El aire se le atascó en el pecho. Las palabras de Rain lo golpearon con la fuerza de un rayo, atravesando las capas de oscuridad y cinismo que llevaba construyendo toda su vida. Solo en ese instante se dio cuenta de cuánto había ansiado oírlas.

Por un momento, no pudo moverse. «Te quiero». Ahí estaba Rain, temblando frente a él, con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo digas —espetó—. No, si no es verdad, Rain. No juegues conmigo.

Ella negó con la cabeza rápidamente, avanzando un paso hacia él.

—Es verdad —replicó Rain con firmeza—. Te quiero. —Se le quebró la voz como una rama seca.

Blake dejó escapar una risa amarga, más un reflejo de incredulidad que otra cosa, mientras bajaba la mirada hacia el suelo. El pecho le ardía, como si la confesión hubiese abierto una herida en lugar de sanarla.

—¿Y qué hago con eso? —preguntó finalmente—. ¿Qué hago con este maldito corazón que pensé que ya no tenía, y que me estás rompiendo, Rain?

Blake cerró los ojos. Parte de él quería creerla, quería rendirse a sus palabras como si fueran una balsa de salvación en la tormenta de angustia que lo sacudía. Pero otra parte no lo creía, o tenía demasiado miedo de hacerlo.

Aunque su alma clamaba por aferrarse a ella, dio un paso atrás. Cuanto más se quedase más le dolería verla marchar.

—Siempre supe que no viviría mucho tiempo —murmuró, abriendo los ojos. Había un dolor tan crudo en su mirada que Rain sintió que el corazón se le desgarraba en pedazos. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Desde el momento en que decidí buscar venganza, supe que este camino me consumiría —continuó Blake—. Voy a quemar todo a mi paso, Rain. Y probablemente a mí mismo en el proceso. Así que quizá... quizá es mejor que esto acabe aquí.

Rain abrió los ojos horrorizada.

—¡No! —suplicó con un sollozo—. No hablas en serio —dijo desesperada—. Solo... solo necesito tiempo. Por... por favor confía en mí, cuando llegue el momento te lo explicaré. Estoy buscando una solución.

Blake bajó la mirada hacia ella, su expresión llena de una mezcla de amor y tristeza insoportable.

—Ni siquiera debería haberte arrastrado hasta este punto. ¿De verdad pensabas que íbamos a tener un final feliz? —Rio con sarcasmo—. No seas ingenua, chica Amanecer, pensaba que ya habíamos superado esa fase.

Rain se sacudió. Sus palabras frías, irónicas y casi crueles, fueron como una bofetada. Le recordaron tanto al Blake de principios de curso. Se quedó allí, bajo la luz de la farola, observando cómo la silueta de Blake se desvanecía en la distancia y una sensación de vacío la envolvía por completo.

Se secó la cara con ambas manos. Encontraría la forma de contrarrestar la maldición y lo solucionaría. Viviría para demostrarle

que todo lo que le había dicho era en serio y que ella no se marcharía.



«Yo existo. En miles de agonías, yo existo».
DOSTOYEVSKI





Capítulo 36



Rain esperó a que no se notara que había llorado para entrar a la torre del Amanecer. Pensó en ir al observatorio, pero no tenía ánimos para encontrarse con Miles.

Aiden estaba medio dormido en un sofá junto a la chimenea cuando por fin llegó. Y aunque se había lavado la cara en los baños del piso de abajo, era evidente que algo malo había ocurrido.

Su mejor amigo la siguió hasta su habitación, donde ella atrapó a Tinieblas entre sus brazos y se acurrucó en el suelo junto a la cama.

—Pensaba que por la hora que era habíais ido a enrollaros a su piso —comentó Aiden, levantándose las gafas para frotarse los ojos.

—Le he hecho daño —confesó ella con la voz amortiguada contra el cuerpo de Tinieblas—. No es que quiera hacérselo, estoy intentando manejarlo todo lo mejor que puedo, pero... le he hecho daño.

Aiden se sentó a su lado y se ganó un bufido de la gata. Él murmuró un «psicópata» por lo bajini.

—Vale, entiendo que no puedes contarme por qué.

—Lo haré, de verdad que lo haré, pero todavía no puedo. Es por, ya sabes en lo que estoy metida, y tiene que ver con ello y no puedo decirlo. Me crees, ¿verdad?

—Claro que sí, al final siempre acabas soltándolo todo. No puedes resistirte a mí.

Rain dejó escapar un suspiro.

—Le he dicho que le quiero, pero no me cree.

Aiden arqueó las cejas sorprendido.

—Pues es imbécil porque es más que evidente. Cuando está es como si orbitases a su alrededor.

—¡Es imbécil! —se quejó Rain—. Ojalá tuviésemos vino... ¡Voy a encontrar una maldita solución para este problema y luego voy a demostrarle lo equivocado que está! —gritó enfadada—. De verdad que me encantaría que tuviésemos vino. Me vendría de perlas.

—Ey, frena, borrachina.

Aquello logró sacarle una sonrisa.

—Es increíble lo mucho que suenas como mi abuelo. «Borrachina», ¿quién dice eso hoy en día?

Aiden y Rain se trasladaron a la cama. Él con una camiseta prestada que le quedaba algo pequeña.

—Ojalá pudiese sacarte una foto, con esos calzoncillos de cuadros de viejo, mi camiseta y las gafas, creo que Kane nunca ha visto algo más erótico —bromeó Rain, aunque su voz sonó triste.

Aiden la empujó en el hombro y ella lo agarró arrastrándolo, haciendo que le cayese encima. Tinieblas le mordisqueó los calcetines.

—Tu camiseta me hace cuerpazo, tonta del culo —presumió Aiden.

Rain notó que algo chocaba con su clavícula mientras forcejeaban molestándose.

—Au —se quejó—. Otra vez hablando como un abuelo. ¿Con qué me has dado?

Aiden miró hacia abajo y vio el colgante con la insignia de los Portadores que se había salido del cuello de la camiseta.

—Ha sido esto —dijo, se la guardó y se tumbó mientras apartaba a Tinieblas—. ¡Vas a pagarme unos nuevos calcetines! Estos son mis favoritos y la delincuente de tu gata me los está rompiendo.

Rain no respondió, parecía absorta y él le chasqueó los dedos frente a los ojos.

—Ey.

Rain volvió en sí y sonrió ampliamente, y lo abrazó.

—Buenas noches, abuelo Clark. Te quiero.



Rain no consiguió encontrarse con Blake ni un momento a solas durante toda la mañana del viernes. Quien sí que se le acercó fue Alberta para recordarle que se le acababa el tiempo para cumplir su tarea.

—Ya sabía yo que permitirte entrar era un error. No tienes lo que hace falta, Lee. Es lo que pasa cuando dejas a los de abajo jugar con el poder, que no saben manejarlo. —Se había inclinado para susurrarle en confidencia—: Me encanta ver cómo te humillas y arrastras tú solita. No hay nada con lo que disfrute más que poniéndote en tu sitio, Rain.

Rain había luchado con fuerza por no dejarse llevar por la rabia y cruzarle la cara. La paciencia no era una de sus mejores virtudes, esos días. Esa noche apenas había dormido, y sus sueños, de nuevo, habían sido pesadillas llenas de largos pasillos oscuros, laberintos de sangre y susurros en los que se sentía atrapada. Menos mal que la poción de vigilia le hacía tener el sueño ligero y se había despertado. Se frotó las muñecas doloridas con ganas de abofetearla.

Durante el descanso buscó a Blake desesperada por quitarse la tarea de la maldición de encima y hablar con él para solucionar las cosas. Lo encontró en la sala de música tumbado en un sofá con Ágata Rochester a su lado, tan inmersos en su conversación que ni siquiera se dieron cuenta de que ella se había asomado por la puerta entreabierta.

Rain se quedó paralizada al verlos. Dolida. Le había dicho que lo quería y allí estaba él... Odió el estúpido e infantil ataque de celos que sintió.

Los dedos se le crisparon y clavó las uñas en la madera de la puerta mientras tomaba aire con fuerza por la nariz. Lo primero que había hecho era acudir a la chica con la que se había estado enrollando antes de salir con ella.

Quiso entrar y enfrentarlo, pero algo en el tono confidente y en la comodidad con la que él hablaba con Ágata la hizo sentirse insegura.

Retrocedió un paso, luego otro. Mientras se alejaba, el resquemor de los celos se mezcló con otra emoción más amarga: la traición.

En la última clase del día, Defensa, el ambiente era de absoluta desconcentración. Al día siguiente tendrían la fiesta del equinoccio de primavera y era lo único en lo que podían pensar. Todos estaban agotados y dispersos.

—Las técnicas de inmovilización son muy importantes. Cualquiera puede ser mejor que vosotros conjurando y la única forma de ganar es inmovilizándolo, no permitiendo que use las manos para conjurar. Ganar en el cuerpo a cuerpo puede ser clave —explicaba el profesor Li, que sacó a un alumno para mostrarles ejemplos, y a continuación los distribuyó por parejas para realizar una práctica.

Blake tenía la mirada en un punto lejano mientras escuchaba las indicaciones de Li. Desde que había oído a Rain decirle que lo quería, su mente había estado sumida en un caos silencioso, como un mar agitado bajo un cielo nublado. Sentía una mezcla insoportable de culpa, arrepentimiento y autodesprecio.

—Ya te lo dije. Aunque parezca que eres tú el que va a romperles el corazón acaba siendo al revés con las chicas como Rain —le había dicho Ágata en la sala de música un rato antes.

—¿Quién te ha roto el corazón a ti, Rochester?

—Vesper Ashford el curso pasado. Fui gilipollas, le dije que se había acabado, que no quería nada serio. Me arrepentí y cuando quise retomarlo me mandó a paseo.

Blake se había repetido innumerables veces que apartar a Rain era lo correcto, que él era una herida abierta y todo lo que tocaba terminaba ensangrentado. Menuda estupidez, era temerario con todos los aspectos de su vida excepto con ella, y había dejado que sus miedos más profundos tomasen el control.

«Te quiero». Se frotó los ojos frustrado.

Ágata le había dado un puñetazo, tan delicada como siempre.

—Pero tú, imbécil, todavía puedes arreglarlo. Aprende de tu veterana. Deberíamos ser más como Diop, él sí que sabe. El otro día lo pillé en el vestuario enrollándose con ese novio suyo empollón. —

Ágata gimió pasándose los dedos por el pelo—. Ahora solo puedo pensar en Vesper y en lo guapa que es y en... Esta conversación me ha deprimido del todo.

Blake tampoco podía sacarse de la cabeza su conversación con Rain. Joder, lo que sentía por ella iba más allá del amor... Y oírla decir que lo quería debería haberle bastado, porque era todo lo que deseaba.

Pero la idea de que ella terminaría marchándose, porque él no era lo suficientemente bueno...

Se sentía vacío y demasiado lleno a la vez. No había dormido, no había comido; solo había permanecido anclado en aquel momento, castigándose por su cobardía. Intentó apartar esos pensamientos mientras se colocaba frente a Vasilyev para comenzar el ejercicio con hastío, sin siquiera sacar las manos de los bolsillos. Lo inmovilizó con facilidad y sin mucho esfuerzo.

—Menuda chorrada de práctica. Si te rodean tres mandos de la Orden del Amanecer poco tienes que hacer. Como mucho se puede intentar huir, ya sabes, como hacen las ratas cobardes, pero no funciona. ¿Verdad, Blake? —se mofó Vasilyev.

Blake se pasó la lengua por el carrillo, enfadado. A los pequeños rastreros les encantaba provocarle con comentarios susurrados.

El segundo intento fue menos controlado. Blake aplicó demasiada fuerza al sujetar a Vasilyev, tirándolo al suelo con un golpe seco. Y este se levantó de un salto, con una chispa de furia en sus ojos.

—Lunático —masculló.

Ash Blake era un psicópata. Andaba por la Academia como si fuese suya, hasta sus propios compañeros le tenían cierto miedo. Vasilyev había oído que esa semana el entrenador de combate del Crepúsculo lo había echado de la práctica por sobrepasarse. Alguien debería ponerlo en su lugar y bajarle los humos. Si la estúpida de Lee hubiese llevado a cabo su maldita misión de ponerle la maldición de desgaste él podría hacerlo ahora mismo.

Vasilyev buscó a Rain con la mirada y la observó rabioso. Estaba siendo humillado en la práctica con Blake porque ella no había cumplido. Le dedicó un insulto entre dientes acompañado de un *parvenus*.

Vasilyev se giró para volver a intentar inmovilizar a Blake, pero lo que ocurrió fue que la mano de este le agarró la cara con fuerza.

—¿Qué has dicho? —Su voz apenas fue un susurro, pero consiguió que Vasilyev se estremeciese—. Repítelo.

Había algo en sus ojos, un brillo oscuro y vacío que habría hecho al más valiente vacilar. Vasilyev tragó saliva, intentando apartarse del agarre de Blake, pero este no aflojó. Era como si el aire a su alrededor se hubiese enfriado, como si toda la energía hubiese sido absorbida por él.

Las conversaciones entre los demás alumnos se apagaron. Algunos se movieron inquietos, inseguros de si debían intervenir, pero nadie se atrevió a dar un paso al frente. El profesor se encontraba al otro lado del patio, ocupado corrigiendo a otra pareja, ajeno a lo que ocurría.

Blake apretó su agarre.

—Si vuelves a llamarla así, te mato —continuó Blake, su voz más baja, casi un gruñido—. Lo que le pasó a Keller te parecerá agradable en comparación, ¿entiendes?

Vasilyev soltó un gemido de dolor y se sacudió tratando de quitarse a Blake de encima. Lo golpeó en el costado mientras escupía:

—¿Qué pasa, que te gusta? Cómo no, los del Crepúsculo arrastrándose por las sobras del Ama...

No terminó la frase. El puñetazo de Blake lo alcanzó con fuerza en la nariz, haciendo que un chorro de sangre brotara instantáneamente. Vasilyev cayó hacia atrás, tambaleándose, mientras un jadeo colectivo recorría toda la clase.

Blake no se detuvo. Dio un paso al frente alzándose sobre él. Había algo animal y peligroso en él.

—¡Blake, basta! —La voz del profesor resonó en el patio, finalmente consciente del caos que se había desatado.

Blake se quedó inmóvil, sus puños cerrados, su respiración agitada. Pero no apartó la mirada de Vasilyev, quien ahora yacía en el suelo, sujetándose la cara ensangrentada.

El profesor cruzó el patio en unos pocos pasos y se colocó entre ambos.

—¿Qué demonios está pasando aquí? Es que no sabéis practicar sin llegar a las manos. Maldita sea con vuestra rivalidad infantil entre órdenes —chillaba Li.

Blake apenas lo escuchaba. Su mirada seguía fija en Vasilyev con el cuerpo rígido y el pecho subiendo y bajando pesado, como si estuviera conteniendo a duras penas las ganas de atacar de nuevo.

—¡Blake! —le gritó de nuevo el profesor—. Que te apartes.

Fue entonces cuando sintió el peso de las miradas. Todas estaban sobre él: sorprendidas, asustadas, y una en particular que lo hizo detenerse; la de Rain que estaba en la otra punta con Jeong a su lado.

Parecía triste.

Ese era él: un jodido veneno, alguien podrido por dentro. Y mirándola deseó encajar más en el papel de Jeong, deseó tener un futuro, algo que ofrecer.

¿Podía culparla si se alejaba de él y su inevitable autodestrucción?

El desprecio hacia sí mismo se instaló en su pecho, una bola enorme y pesada que no dejaba espacio para nada más.

—Estás suspenso en esta parte, Ash Blake. Tendrás que ir a recuperación. Y tú Vasilyev, ¿te crees que no te he visto lanzar el primer golpe? Vamos a tener una tutoría privada con Irk. Se acabó la clase.

Sin decir una palabra, Blake se dio la vuelta y fue hacia las escaleras que subían a la primera planta.

Rain lo esperó inquieta a la salida de los vestuarios. Era absurdo sentirse tan insegura, tan frágil respecto a él. Pero su cuerpo no parecía querer hacerle caso, tenía los nervios de punta.

Blake salió el último, como si se hubiese tomado su tiempo para calmarse. Tenía el pelo y la cara húmedos. Rain se fijó en sus ojeras marcadas y en el rastro azulado del moratón de la barbilla. Parecía haber dormido tan poco como ella.

—Blake.

La voz suave de Rain lo detuvo a medio paso. Se giró lentamente para encontrarse con su expresión claramente preocupada.

—¿Estás bien? —preguntó yendo hacia él. Sus ojos bajaron fugazmente hacia sus nudillos, donde la piel estaba roja y

ligeramente hinchada.

—¿Bien? —respondió con la voz áspera, mirando hacia otro lado. Blake se quedó sin palabras. Se pasó la mano, que le temblaba ligeramente, por el pelo peinándoselo hacia atrás. Cogió aire y volvió a encararla—. Sí, estoy genial —sentenció, y comenzó a caminar de nuevo dejándola atrás.

—Podemos...

—Déjalo, Rain —le pidió, volviéndose sobre su hombro.

Ella se quedó quieta. Blake vio cómo su gesto se quebraba, dolido. Quiso decir algo más, pero las palabras se le atascaron en la garganta y, finalmente, siguió su camino.

Al doblar la esquina hacia el corredor principal, se cruzó con Ágata Rochester. Estaba apoyada en la pared, charlando con un grupo de estudiantes de segundo, que se dispersaron rápidamente al verlo.

—Las noticias vuelan rápido. He oído que te has peleado con alguien del Amanecer en clase de Li —lo saludó, y tomó su mano con firmeza para examinar los nudillos magullados—. ¿Qué te ha dicho para provocarte?

—¿No he podido pegarle porque sí?

Ágata le apretó los nudillos con fuerza hasta que él hizo una mueca.

—No seas gilipollas, Blake. Siempre estoy a favor de poner a los imbéciles del Amanecer en su sitio, pero arregla tus mierdas y deja de pasearte en modo gruñón, solo te haces daño a ti mismo. —Blake frunció el ceño mientras tiraba de su mano para liberarla—. ¿Te ha visto la princesita del Amanecer? ¿Es por eso que estás así?

—Cuidado, Ágata —la advirtió.

—Vamos, te ayudaré con esto —dijo, tirando suavemente de él.

Rain los miró por un segundo que pareció eterno mientras los dos se alejaban por el pasillo, su silueta desvaneciéndose al doblar la esquina.



«Puedes traicionarme una vez. Una única vez».
ISAAC HAYES





Capítulo 37



Rain había acudido a la biblioteca a esconderse de Jun y de Alberta porque todavía no había cumplido con su misión y se le acababa el tiempo. También porque necesitaba despejarse antes de ser capaz de enfrentarse a Blake de nuevo. Uno de los libros que sostenía se le cayó al suelo y durante una milésima de segundo quiso darle una patada.

Desechó la idea, avergonzada, al instante.

Pero no dejaba de verlo en el pasillo con Ágata. No dejaba de ver cómo a ella le permitía cogerle la mano y mostrarse preocupada por él.

Arrastró la escalera por los rieles de la estantería. Había sacado hasta cinco biografías distintas sobre Ophelia Blean y su familia. Pero ni siquiera sumergirse en aquellas historias y en todas las preguntas que tenía le había servido para deshacerse del ardiente bocado de los celos.

Subida en la escalera hizo flotar con cuidado los libros hasta devolverlos a sus lugares correspondientes.

Blake, apoyado en una columna cercana, con la luz tenue del ocaso y las lámparas dibujando sombras en su rostro, la observó. Era casi entrañable el hecho de que fuese tan fácil encontrarla.

A veces se preguntaba si su verdadera competencia no serían los libros en vez de Jeong.

—¿Necesitas ayuda, chica Amanecer? —le ofreció en voz baja, aunque lo suficientemente clara como para atravesar la calma de la biblioteca.

Rain se sobresaltó al oírlo. Sus ojos oscuros se encontraron con los de él, que iluminados por las lámparas casi parecían transparentes. De pronto el silencio y la quietud de la biblioteca se sintieron muy pesados.

—¿Me estás vigilando, Ash Blake? —respondió ella, cruzando los brazos sobre su pecho para ocultar su nerviosismo.

Blake avanzó un paso, lo justo para que la luz resaltara los ángulos afilados de su rostro.

—Siempre —reconoció con sinceridad.

La tensión se hizo palpable cuando él llegó al pie de la escalera. Rain sentía su presencia como una corriente eléctrica. Se quedó inmóvil mientras él tendía una mano hacia ella, con los dedos apenas rozando el borde de su falda.

—Baja, Rain.

Ella obedeció, bajando los peldaños con torpeza, como si su cuerpo respondiera automáticamente. Cuando estuvo a su alcance, la rodeó con las manos sentándola en la escalera para que quedase a su misma altura.

—Blake, ¿qué estás...?

—Quiero ser bueno para ti, Rain —la interrumpió él—. Es lo único en lo que he pensado estos días, en que seré lo que quieras que sea.

Su mano se posó en la rodilla de Rain y la apartó ligeramente, colocándose entre sus piernas para acercarse a ella. Y con la otra mano le cogió la barbilla levantándole el rostro para mirarla.

—Puede que no tenga futuro y aferrarme a ti sea egoísta. Pero te quiero, Rain. Más de lo que debería.

Sus labios se encontraron con los de ella en un beso desesperado, como si el tiempo se les escapara entre los dedos. Rain sintió que todo lo que había acumulado esa semana se deshacía.

—No hay sombra en el infierno que pueda detenerme. No hay ley, dios, ni demonio que pueda separarme de ti, Rain. Si caes yo caería contigo, si mueres te seguiría allá donde haya que ir. Pero a veces me pregunto si no soy yo el que te empujará a esa caída, si estar conmigo no será tu final. A veces pienso que estoy maldito o que mi sangre lo está... Y quiero que seas feliz y eso me hace sentir en una contradicción constante... Llámame cruel, llámame egoísta, pero no quiero dejarte ir.

Rain lo miró con una mezcla de sorpresa y ternura. Rozó el mentón de Blake, donde tenía el hematoma, su ceño fruncido casi con dolor...

—¿Dónde te lo hiciste?

—Me metí con un veterano del Amanecer en Hidden un rato antes de encontrarme contigo y con Aiden.

Rain negó y le dio un beso suave sobre la herida.

—No estás maldito, Ash Blake. Y si así fuera, no me importaría.

Rain se sacó el amuleto de la llave de los Portadores y lo deslizó por el cuello de Blake. «Protégelo», suplicó para sí misma. La idea no se le había ocurrido hasta que la noche anterior el colgante de Aiden la golpeó. Tenían algo único y si había un poder capaz de consumir la runa de desgaste era ese.

—Rain...

Ella lo interrumpió, cogiéndole el rostro con ambas manos y besándolo con una pasión que zanjó cualquier duda. Deslizó la palma hasta su cuello sintiendo el pinchazo de la runa al tocar la piel de Blake; una traición silenciosa.

—Conocerte fue como leer un libro por primera vez y saber, incluso antes de llegar al final, que sería mi favorito, Ash —dijo contra sus labios.

Las espinas que Blake había tenido clavadas en el corazón durante toda esa semana por fin lo liberaron. Tiró con suavidad de su barbilla y le acarició el labio inferior con las yemas de los dedos. Volvió a besarla, lento, intenso, áspero, demandante y perfecto como él.

Sintió, de pronto, una punzada de dolor y se apartó haciendo una mueca. La llave se iluminó tenuemente y se tocó la piel del cuello

confuso.

—¿Qué...?

—Perdóname —suspiró ella—. No podía acercarme a ti hasta no tener una solución. Quiero contártelo, pero no puedo hacerlo porque...

—¿Es cosa del club?

Rain asintió.

—Pero me he asegurado de contrarrestarlo. Por eso tuve que apartarme de ti. Prometo que llegado el momento te lo explicaré todo. Solo..., por favor, no te quites nunca el amuleto.

En el rostro de Blake se dibujó una sonrisa socarrona.

—Así que te han obligado a hacerme daño —reflexionó para sí mismo.

—Lo siento, no quería...

—Lo sé... Lo entiendo, Lee. —Agarró la cadena, observándolo—. No me lo quitaré. —Le dio un beso en el hueso de la mandíbula—. Siento lo que dije anoche. Dejé que mis demonios ganaran. Quise ser yo quien se fuera antes de que tú lo hicieras, porque oírte decir que me dejabas habría sido insoportable, Rain.

Ella se estiró hasta alcanzar su boca y el momento dejó de ser delicado y dulce.

Blake subió la tela de su falda, dejando la piel de sus muslos expuesta al aire templado de la biblioteca. La madera de la escalera era firme bajo su cuerpo, en contraste con el roce suave de sus manos.

Solo existían ellos dos en ese rincón ahora en penumbras.

Blake se arrodilló, sus dedos trazando líneas invisibles desde sus tobillos hasta sus rodillas, subiendo con lentitud. Se detuvo buscando los ojos de ella, pidiéndole permiso. Rain no necesitó palabras; el leve arqueo de su espalda y el temblor de su respiración fueron respuesta suficiente.

Sujetó los bordes de sus calcetines y los bajó centímetro a centímetro, dejando su piel al descubierto. Las yemas de sus dedos rozaron el interior de sus piernas, provocándole un estremecimiento.

Rain cerró los ojos.

Él susurró su nombre como si fuese un hechizo, o una plegaria.

Blake se inclinó hacia delante, dejando un beso en la curva de su rodilla.

Rain sintió cómo sus articulaciones se licuaban. Su aliento cálido contrastaba con el frío repentino que sentía donde antes habían estado sus manos.

Rain se mordió el labio inferior. Era un milagro que su cuerpo se sostuviese en aquella escalera.

—Eres tan... —Blake murmuró contra su piel con la voz ronca— perfecta. Y me aterra perderte.

Rain abrió los ojos y lo miró, desarmada. Extendió la mano hacia él, sus dedos enredándose en su pelo del color de los rayos del sol en invierno.

—Nunca —exhaló ella.

La expresión de Blake era el reflejo de la devoción al observarla. Su boca trazó un camino desde su rodilla hacia arriba, deslizando las manos lentamente por la cara interna de sus muslos, separándole las piernas con una delicadeza casi reverencial.

Rain suspiró temblorosa mientras él continuaba su recorrido encendiendo cada terminación nerviosa de su cuerpo. Se retorció y sus mocasines cayeron al suelo con un golpe seco.

Blake terminó de bajarle los calcetines y le mordió el interior de la rodilla a la vez que se deshacía también de su ropa interior. La imagen de ella completamente a su merced era lo más excitante que había visto jamás.

—Eres mi fantasía más oscura, Rain.

Hundió los dientes con suavidad en la parte más sensible de su muslo, y se detuvo ahí, inhalando como si quisiera memorizar el momento. La madera crujió cuando Rain movió ligeramente las piernas, y él alzó la vista una vez más, como si necesitara confirmar que ella estaba bien.

—Ash... —susurró Rain con timidez—. La biblioteca... Yo nunca he hecho algo así... ¿Y si alguien nos...?

Él sonrió casi más excitado.

—Siempre me ha gustado ser el primero en las cosas que importan —bromeó.

Inclinó la cabeza hacia delante, presionando un beso justo donde su piel ardía. Rain se arqueó hacia él, una de sus manos se enredó en el cabello de Blake intentando encontrar algo a lo que aferrarse mientras el placer la envolvía.

Blake no tenía prisa; exploraba cada rincón de su cuerpo como si fuera un tesoro que solo él tuviera el privilegio de descubrir. Rain se rindió completamente, temblando con cada roce de sus labios y de sus dedos.

Él se apartó levemente para observarla. Sintió un miedo extraño e irracional de sí mismo, abrumado por emociones que no podía controlar. Por la fiereza de su deseo y las profundas garras del amor. Era suya y aquello lo empujó durante un breve momento a un abismo de placer.

—Ssh, aunque sea viernes puede quedar alguien por aquí.

Rain pudo oír la sonrisa y la complacencia en su tono, pero lo que sea que estuviese pensando se perdió en la bruma de las sensaciones que la envolvieron cuando Blake volvió a acariciarla con su boca.

—Ash —le suplicó.

Blake dejó escapar un sonido gutural, al oír cómo la respiración de Rain se volvía errática. Deslizó las manos por sus caderas, aferrándose con fuerza a ella como si él mismo estuviese a punto de perder el control. Sus dedos trazaron círculos suaves sobre su piel desnuda, enviando escalofríos por todo su cuerpo.

—Joder —masculló, y el tono ronco hizo que el corazón de Rain latiera aún más rápido.

Se aferró desesperadamente al borde de la estantería, sus dedos blancos por la presión, mientras un torrente de sensaciones la atravesaba. Era demasiado, y al mismo tiempo, no suficiente.

—Ash..., por favor —pidió, entre jadeos.

Él sonrió contra su piel, su aliento cálido enviando nuevas oleadas de placer por su cuerpo. Saber que tenía este efecto en ella, que podía quebrarla de esa forma, le hizo sentir un placer indescriptible.

Blake la sujetó del muslo, guiando sus movimientos, hasta que Rain tuvo la sensación de que no podía respirar, de que no podía ver, de que el corazón le iba a romper las costillas. Hasta que sintió que

se deshacía y se desbordaba. Un gemido escapó de sus labios. Y él la vio rendirse completamente, sus ojos cerrados con fuerza, su cabeza cayendo hacia atrás mientras su cuerpo se arqueaba hacia él.

Blake apretó los párpados, respirando con fuerza mientras se colocaba de pie y la abrazaba.

—Eres preciosa —susurró con la voz tensa, cargada de deseo y algo más profundo, algo que no podía nombrar. Tiró de la corbata hasta deshacerla y le desabrochó los primeros botones de la camisa —. Estás siempre tan perfecta, tan compuesta, que me encanta ser capaz de deshacerte. —Le dio un beso en cada uno de los lunares de su pecho y siguió desabotonándole la camisa hasta que la tuvo abierta del todo. Se inclinó para posar su boca sobre el lunar que tenía junto al ombligo, su favorito, y la oyó tragar aire—. A veces me pregunto quién corrompe a quién —reflexionó para sí mismo.

Había una oscuridad en su mirada, un fuego que lo consumía desde dentro y que parecía a punto de devorarlo por completo. Rain era todo lo que había deseado y más. Suya, y, sin embargo, no lo suficiente.

Nunca lo suficiente.

—No tienes idea del poder que tienes sobre mí —confesó—. Es como si estuvieras bajo mi piel, como si todo lo que soy girara en torno a ti.

Le cogió la cara con los dedos temblando ligeramente y buscó su mirada, queriendo asegurarse de que Rain sintiera lo mismo, de que entendiera la profundidad de su amor.

—Mi pequeño y privado apocalipsis.

Rain le dio un beso lento, cargado de todo lo que él le hacía sentir. Y eso fue suficiente para que Blake gimiera contra su boca, para que la abrazase con una fuerza que bordeaba lo desesperado.

—Lo dices como si yo no estuviese obsesionada contigo —reconoció Rain a media voz—. Como si no quisiera tener tantas almas como estrellas para dártelas todas, Ash Blake.

—Me vuelve loco cuando me llamas por mi nombre completo.

En lugar de responder, Rain dejó que sus acciones hablasen por ella. Sus dedos recorrieron los botones de la camisa de Blake,

deshaciéndolos con prisa hasta que pudo sentir la calidez de su piel bajo sus palmas. Era como tocar fuego. Le arañó los hombros y a él se le erizó el vello.

Blake trató de decirle que deberían parar, que estaba al límite, pero las palabras se perdieron en su boca. Y entonces, las manos de Rain bajaron por su abdomen, tenso, sensible, haciéndole tragar aire y se pelearon desesperadas por desabrocharle el pantalón.

Y él se rindió.

Sacó un condón del bolsillo trasero de su pantalón y Rain arqueó una ceja divertida.

—No sé si sentirme agradecida o...

—Es una mezcla de precaución y optimismo, Lee. Los llevo desde aquella noche en mi casa —contestó con una sonrisa antes de darle un beso dulce y lento—. Me has convertido en una persona esperanzada —bromeó.

Pero la dulzura pronto dio paso a la impaciencia. La madera detrás de ella crujió bajo la fuerza de su cuerpo empujándola. Sus bocas se encontraron de nuevo, desesperadas y hambrientas. No había ningún pensamiento, ninguna lógica, nada que no fuese él.

Lo atrajo hacia ella rodeándolo con las piernas y la sensación de tenerlo tan cerca la hizo temblar. Blake se movió despacio como si quisiera saborear el momento, grabarlo en su ser, y Rain se curvó contra él, hundiendo las uñas en su espalda.

Él apretó los dientes, cerrando los ojos con fuerza mientras enterraba el rostro en el hueco de su cuello, susurrando su nombre.

El ritmo se volvió más intenso, más caótico. Blake se sintió atrapado en una maraña de deseo, amor y algo más amargo y punzante; una emoción para la que no existía una palabra aún.

Y cuando Rain pronunció su nombre demasiado alto y él tuvo que taparle la boca, se perdió por completo. El mundo desapareció, y solo quedó esa certeza arrolladora: ella le pertenecía tanto como él a ella.

Permanecieron así, aferrados el uno al otro, en la penumbra de la biblioteca.

Un instante que podría haber eclipsado la eternidad.



«¿Cómo te amo? Permíteme contar las formas».
ELIZABETH BARRETT BROWNING





Capítulo 38



Rain mostró casi aburrida la palma de su mano derecha donde ya no estaba la runa de la maldición de desgaste, al mismo tiempo que disfrutaba de la expresión casi rabiosa de los integrantes del club, que habían deseado verla fracasar.

Incluso Jun parecía incrédulo.

—¡¿Por qué has tardado tanto?! —le gritó Vasilyev.

—Porque hay una cosa llamada momento y oportunidad. Se llama ser sutil, quizá tú no conozcas el término —le explicó Rain, cerrando la mano en un puño.

Al mirar los anillos del sol y la luna unidos pensó en Blake y los recuerdos de la tarde la invadieron en oleadas hasta que le faltó el aire. Agachó la cabeza para que la capucha ocultase sus mejillas ruborizadas.

Jun le cogió la mano por debajo de la mesa.

—Lo has hecho genial, Rainy —le susurró.

—No cantes victoria. Tendremos que ver si ha funcionado —añadió Hanna Lambert.

Alberta no dijo ni una palabra, pero la expresión furiosa de sus ojos era suficiente. Se apresuró a cambiar de tema para no concederle ni un minuto más al triunfo de Rain.

Hablaron sobre un cambio que se avecinaba en Eurínome, tratando deliberadamente de no mencionar los detalles importantes para dejar a Rain fuera de la conversación.

—Ahora tienen ojos aquí. Ya se sabe, cuando un animal está herido de muerte trata de morder —comentó Alberta.

—No he conseguido averiguar nada. Es muy listo y un cabrón retorcido —gruñó Vasilyev.

—¿Jun?

—¿Qué más quieres que haga, Alberta? Ya sospecha, no me dejará ni acercarme.

—Qué pena no poder usar el hechizo de sombras cambiantes —dijo Lysandros, mencionando un conjuro de magia del Caos que ellos no podían usar. Servía para engañar a la mente de otro y simular una apariencia distinta; un hechizo de espionaje.

Rain captaba todos los detalles posibles de la conversación, tratando de averiguar de quién hablaban y qué se proponían.

De camino a la torre del Amanecer, Jun le pasó el brazo por los hombros abrazándola.

—¿Cómo has conseguido ponerle la maldición a Blake?

—Estaba jugando una partida de ajedrez en la biblioteca. Él me ha visto y ha querido unirse. Así que me he dejado ganar y le he ofrecido la mano aceptando mi derrota. He conseguido retenerle lo suficiente para que la runa arraigara, ya sabes, preguntándole por las jugadas... —Rain trató de ocultar su sonrisa—. Si te muestras vulnerable e inofensivo, si pareces más una presa que otra cosa... Bueno, es fácil que la gente baje la guardia.

Jun le dio un beso en la sien y ella se mordió el carrillo para evitar sonreír aún más. «Qué irónico», rio una parte de ella para sus adentros, era justo lo que estaba haciendo con él.

El gran salón estaba irreconocible. Las paredes adornadas con guirnaldas de flores frescas que caían como cascadas de color. Rosas carmesíes, peonías en tonos cremosos y anémonas oscuras creaban

una atmósfera de decadente y efímera belleza, mientras que las velas, incontables y dispuestas en candelabros de oro antiguo, iluminaban el espacio con una luz cálida y titilante.

Pequeñas esferas espejadas colgadas del techo reflejaban esas luces como si un millón de estrellas hubieran sido capturadas y esparcidas por los muros. Entre las mesas largas, cubiertas con manteles de terciopelo verde oscuro y cargadas de frutas y botellas de vino espumoso, los estudiantes se movían elegantes con sus vestidos de gala y sus trajes de colores vivos.

El jardín se había convertido en el corazón de la celebración. Desde el patio llegaba la música de un cuarteto de cuerda encantado, que tocaba melodías antiguas mezcladas con ritmos más modernos.

Rain llevaba un vestido de satén verde salvia. El corsé ceñido realzaba su figura, decorado con delicados bordados de flores en hilo de otro tono de verde y diminutas perlas esmeralda que parecían gotas de rocío. El escote corazón enmarcaba delicadamente la curva de sus hombros y clavículas. La falda del vestido caía en suaves capas que terminaban en un volante, cada una decorada con más motivos florales bordados, ondulaba con cada paso que daba.

Llevaba el pelo recogido en un moño, con algunos bucles sueltos, dándole un toque desenfadado y enmarcando su rostro, que se había maquillado con un ligero rubor.

A su lado Aiden, vestido con un traje marrón, se había esmerado en arreglarse los rizos, de normal revueltos.

—Tan guapa y Blake ni siquiera está aquí —le dijo para picarla.

Rain lo empujó.

—Mira quién fue a hablar. ¿Cuánto tiempo has tardado en peinarte, eh, Clark?

El clima de primavera era perfecto: la brisa suave, cargada del aroma dulce de los árboles en flor y la frescura de la hierba recién brotada.

Sobre las baldosas del patio, un reguero de velas iluminaba el espacio. En las columnas del pórtico había más guirnaldas de flores que cambiaban de color al ritmo de la música, pasando de tonos púrpura profundo a suave rosa pastel.

Rain se sirvió una copa de vino espumoso. Miles se acercó a ellos pasándose la mano por el pelo rapado como si estuviese incómodo.

—Hola —saludó, mirando solo a Aiden con esos ojos tan cristalinos que tenía.

—Nadie ha triunfado más que tú este año —le susurró Rain en confidencia a su mejor amigo.

—Vete a freír... —comenzó a responder, pero la llegada de Kane lo acalló.

—Hola, Miles —lo saludó—. ¿Bailas? —le preguntó a su novio.

Aiden aceptó y ambos salieron al patio. Kane lo besó con pasión, con esa intensidad que normalmente se guardaba para cuando estaban solos.

—Estás demasiado guapo esta noche —dijo tomándolo de la cintura.

—¿Tú te has visto? —Fue todo lo que Aiden pudo responder.

Kane sonrió contra su cuello y le dio un ligero mordisco en la oreja antes de susurrarle:

—Duerme conmigo esta noche. Ash no está.

—¿Cuánto crees que tenemos que esperar hasta que sea aceptable marcharnos?

Kane soltó una carcajada y pegó a Aiden a él con un movimiento rápido y grácil.

—Mierda, ahora solo me siento más impaciente.

Aiden tosió, turbado.

—Puedo notarlo —respondió tímido y su reacción le arrancó otra carcajada a Kane.

Rain oyó a Miles suspirar a su lado y de pronto, se acordó de sí misma en la fiesta de bienvenida viendo cómo Jun bailaba con Manon. Sintió compasión por él.

—¿Estás bien?

Miles apartó la mirada de la pareja, siempre era muy difícil leer nada en su rostro tranquilo e inexpresivo.

—El año pasado, mi hermana se pasó las vacaciones de Yule llorando porque estaba colgada de una chica que le había roto el corazón. Y yo no lo entendía. Quiero decir, el corazón no se puede romper —explicó con esa voz plana que él tenía—. Nunca entendí

esa expresión. —Parpadeó y se tocó el pecho—. Creo que ahora entiendo un poco mejor lo que se siente...

Rain le cogió la mano y le dio un apretón.

—¿Desde cuándo...?

—Hicimos una práctica juntos en Fuerzas Arcanas. Nunca encontré una excusa para hablar con él, pero cuando empezamos a investigar... —Miles sonrió—. Una vez le pregunté por ti y luego él comenzó a prestarme atención. —Soltó una risita—. Me divierte.

Rain se sirvió otra copa y le ofreció una a Miles, que la aceptó.

—Sé lo que se siente —reconoció ella, y le dio un sorbo largo al vino.

—¿Y cómo lo superaste?

—No fue al primer intento, ni al segundo. Me rechazó y me obsesioné con otras cosas y entonces... —Y entonces descubrió a un demonio disfrazado de ángel, cuya letal belleza ocultaba unas intenciones tan crueles como irresistibles—. Descubrí muchas cosas de mí misma que no sabía.

Miles asintió en silencio con resignación.

—No pasa nada. Las cosas no suelen tener un final feliz. —Se encogió de hombros y se marchó en busca de su hermana.

Rain salió al patio. En el centro una fuente lanzaba chorros de agua que emitían un sonido cristalino al caer. El sonido se mezclaba con las risas y los murmullos excitados de los asistentes.

Las mesas bajo la galería porticada estaban cargadas de más frutas exóticas, pasteles con preciosos y coloridos glaseados, y chocolates que, al morderse, liberaban un sabor único.

Rain estaba tomando un bocado cuando vio a Manon y Jun en un rincón más apartado. Ella parecía triste, y él, incómodo. Jun le agarró la mano a la vez que le acariciaba el rostro con ternura.

Rain se llevó la copa a los labios sin apartar la mirada de ellos; comenzaba a sentirse ligeramente mareada.

Jun movió la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Rain que no se molestó en disimular que los había visto. Era consciente de que lo estaba usando, de que lo traicionaba, pero no dejaba de preguntarse qué era lo que Jun sentía de verdad, qué tramaba. Algún día le gustaría obtener la respuesta, oír la verdad de su boca.

Apuró la copa mientras Jun se acercaba a ella, tenso. Le dedicó una mirada lánguida desde los zapatos hasta el pelo, y vio una chispa de deseo en sus ojos que le revolvió el estómago.

—Estás preciosa, Rainy —la saludó.

—Gracias —le contestó ella con la garganta apretada, le estaba costando mantener la farsa.

Jun la cogió de la mano y tiró de ella hasta el centro del patio, donde la gente bailaba. Rain odió sentir el contacto de la piel de él sobre la suya.

—¿Todo bien con Manon? —preguntó con toda la inocencia que pudo.

Jun frunció el ceño, contrariado.

—Es... complicado. Mis padres y los suyos son muy amigos. Es como nosotros, estudiaron juntos y...

—Creen que debes salir con ella, ¿no?

—Ya sabes, son muy estrictos y algo chapados a la antigua... —Le cogió la cara entre las manos—. Pero para mí siempre has sido tú, Rain. He peleado contra ello porque el deber es... Pero me gustas más de lo que puedo expresar.

Rain apretó los puños mientras Jun la besaba. Notó las chispas de su magia en los dedos, quería apartarlo, empujarlo, escupirle que era un mentiroso, que la habría dejado morir cuando cayó de la torre. Aunque quizá en su retorcida realidad, él de verdad sentía que la quería.

Agradeció que Blake no hubiese podido acudir a la fiesta, como parte de su castigo por haber pegado a Jun en la clase de Fuerzas Arcanas, y no tuviese que ver aquello.



«El amor es un crimen que no puede realizarse sin cómplice».
CHARLES BAUDELAIRE





Capítulo 39



La tradición marcaba que, al filo de la medianoche, todos los presentes debían participar en el Ritual del Renacer. Según las historias más antiguas, la llegada de la primavera marcaba un momento de equilibrio entre la oscuridad y la luz, cuando el mundo se encontraba entre el final del invierno y el inicio del florecimiento. En estos días, se decía que Ostara, guardiana de la vida y la renovación, caminaba entre los mortales, llevando consigo un fuego que simbolizaba el despertar de la tierra.

La leyenda contaba que Ostara encendió una llama sagrada en el corazón de un bosque sombrío, utilizando las últimas ramas secas del invierno. El fuego crepitó con vida propia, y sus llamas se prendieron de colores: verde como las primeras hojas, dorado como el sol naciente y azul como el cielo despejado.

Alrededor de la pira donde ardía el fuego, había espirales de flores primaverales, como narcisos, jacintos y lirios, que representaban la vida renovada. Todos debían someter a las llamas uno de sus objetos más preciados, dejando que lo purificase y le diese energía. Según la creencia, las llamas lo llenarían de magia simbolizando el ciclo eterno de destrucción y renovación.

Por eso el castigo a Blake era muy cruel, despojar a los brujos de sus tradiciones era una gran penitencia, primero porque ellos

existían en comunidad y segundo porque lo privaban de algo espiritual y poderoso.

Rain se quitó sus anillos del sol y la luna, y los depositó sobre la pira dejando que el fuego los lamiese; las llamas verdes, azules y doradas iluminaron su rostro. Con cuidado, los sacó y los metió en una pila de agua colocada estratégicamente para reflejar la luna. El cuenco lo sostenía una estatua que representaba a la propia Ostara.

La atmósfera estaba cargada de una energía electrizante, mientras algunos se entregaban al frenesí del baile o a la solemnidad del ritual, otros se aventuraban a los rincones más oscuros de los jardines, donde las sombras ofrecían refugio.

Rain se acercó a una de las mesas y se sirvió una copa generosa mientras trataba de evitar a Jun. Hacía rato que no veía a Aiden; la última vez que lo había visto se estaba escabullendo con Kane hacia el pórtico mientras este lo alzaba para que lo rodease con las piernas, su pelo, cuidadosamente peinado, parecía un nido de pájaros y sus aspectos arreglados y pulcros del principio de la noche habían dado paso a camisas desabotonadas y chaquetas a medio quitar.

Rain necesitaba deshacerse de la sensación desagradable de las manos y la boca de Jun. Fue a tomar la copa de nuevo, pero su mano chocó con la de otra persona.

—Lo siento... —comenzó a disculparse mientras giraba la cabeza hasta encontrarse con el rostro de Ágata Rochester.

Se le cerró la garganta.

Ágata la estudió durante unos segundos, como si estuviese tratando de ubicarla. Sus ojos se abrieron con reconocimiento y, con un gesto nada sutil, la miró de arriba abajo.

—Es una pena... —murmuró para sí misma.

La mano de Rain se tensó y clavó las uñas en el mantel hasta apretar la tela en un puño. Le habría gustado que su mente no fuese capaz de recordar las cosas de una forma tan vívida. Pero solo podía ver a Blake enrollándose con ella... y, entonces, su mente descontrolada daba paso a especulaciones sobre qué más habría pasado entre ellos. Su imaginación la traicionó envenenándola. Cogió aire con fuerza por la nariz y se bebió la copa de un solo

trago. Bebería lo suficiente para caer inconsciente esa noche y no soñar.

—¿Qué has dicho?

Ágata sonrió dándose cuenta de que había hablado en voz alta.

—Que es una pena que Blake no esté aquí.

Rain se sintió como si le hubiese dado un puñetazo en el estómago y tomó otra respiración profunda para calmar la rabia creciente que sentía. Su parte más lógica le recordó que Ágata no sabía que Blake y ella salían.

—¿Por qué? —respondió, tratando de sonar indiferente.

Ágata volvió a mirarla de arriba abajo y sonrió como si supiese algo que ella no. Rain apretó la copa, nunca había sido una persona violenta, pero por los remolinos que esa chica estaba despertando lo peor de sí misma. Le recordaba tanto al Blake de principios de curso...

La furia rápidamente dio paso a la tristeza. La rabia de los celos se transformó en una ligera inseguridad y se sirvió más vino. Se pasó la lengua por los labios, sabía tan dulce y con el toque justo de burbujas.

—Porque estoy segura de que le habría encantado esta fiesta —contestó, críptica.

Rain quiso gruñir de frustración, o a lo mejor lo hizo. Respondía de la misma maldita forma que Blake. ¿Qué eran, la misma persona?

—¡Te estaba buscando, Rainy!

Jun miró a las dos chicas que se sostenían la mirada, una con fiereza y la otra casi divertida. Ágata observó brevemente a Jun, como si hubiese encontrado un gusano subiéndose a su zapato y quisiese sacudírselo con asco.

—Fascinante como pudiendo escoger, algunos elijan la mediocridad. —Ágata sonrió de manera enigmática, dejando su frase en el aire.

Rain encajó las palabras como una bofetada. ¿Se refería a ella? ¿La estaba llamando mediocre? Se terminó de un trago el vino y Jun le sujetó el brazo.

—Creo que no deberías beber más, vas un poco...

Rain tiró de su brazo con fuerza para apartarlo y lo esquivó para dirigirse al centro del patio.

—¿Adónde vas?

—¡A bailar, es una fiesta! —gritó, pasando junto a un grupo de personas.

El patio estaba lleno de cuerpos en movimiento, una masa caótica y desbordante de energía donde el frío de la noche apenas se sentía. El cielo, cubierto de estrellas, parecía inclinarse hacia los estudiantes ebrios que reían, bailaban y se movían al ritmo de la música. El ambiente estaba cargado de humo, alcohol y algo casi eléctrico, como si la magia del equinoccio estuviera impregnando cada rincón.

Rain, con las mejillas encendidas por el vino y los ojos brillando por una emoción desenfrenada que no solía permitirse, se mecía entre la multitud. Su vestido verde, ahora ligeramente arrugado, se pegaba a su cuerpo mientras giraba. Los bucles que se habían escapado de su moño botaban y se sacudían con sus movimientos.

Se balanceó como si la música la poseyera. Sus pies apenas tocaban el suelo mientras giraba entre la multitud, con los brazos levantados, dejándose arrastrar por el ritmo frenético que marcaba la música y el pulso acelerado de su sangre. El vino le quemaba en la garganta, pero no era suficiente para apagar la ira y el deseo que burbujeaban en su pecho.

A su alrededor, un torbellino de risas y gritos ahogados por el bullicio. Algunos tropezaban, otros se besaban, soltaban carcajadas, las copas se derramaban.

—Rain —la llamó Jun, al tiempo que trataba de cogerla por la cintura—. Deberíamos irnos...

Rain lo empujó sin siquiera mirarlo, apartándolo con un movimiento brusco del brazo. No quería su compañía. Echaba de menos a Blake de una forma dolorosa y amarga. Deseaba verlo.

—Rain, vamos, este no es el lugar... No es la imagen que quieres dar en la Academia.

—Jun, ¿es que no me ves? —lo confrontó—. A veces siento lástima por ti.

—¿Qué?

—¿Alguna vez te permites ser? ¿Decides las cosas por ti mismo alguna vez?

—Estoy contigo porque lo he elegido yo. Porque te quiero —dijo, con una mueca de dolor.

—¿A mí, a la idea que tienes de mí o a lo que te gustaría que fuese? Ojalá «solo yo» hubiese sido lo suficientemente buena para ti. —Algunas de sus palabras se perdieron en el barullo de la fiesta, estaba demasiado borracha para procesar lo que decía.

El rostro de Jun se llenó de una oscuridad que Rain no le había visto expresar antes, quizá solo era el alcohol jugándole una mala pasada, pero la hizo estremecerse.

—Las cosas rara vez son tan fáciles —espetó, y se marchó.

Rain cerró los ojos, sintiendo el aire en su cara, sintiendo todo y nada al mismo tiempo. En medio de las risas y los gritos, entre el calor de los cuerpos y el frío del aire nocturno, Rain se deshacía en una realidad que comenzaba a desvanecerse.

Y entonces unos ojos grises captaron su atención.

Parpadeó, confundida, creyendo por un instante que era producto de lo que había bebido y el caos que la rodeaba. Pero allí estaba él, al borde del jardín, como una sombra arrancada de algún sueño oscuro. Blake.

Estaba apoyado en uno de los árboles del jardín, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho. Solo la claridad residual que se derramaba desde la fiesta lo iluminaba, dibujando apenas su contorno. Era como si no perteneciera al bullicio de aquel lugar, como si las luces no se atrevieran a alcanzarlo por completo.

Y, sin embargo, para Rain su figura parecía más nítida que todo lo demás, como si el mundo se hubiese difuminado alrededor de él. Llevaba un esmoquin negro clásico, con una camisa con cuello de pajarita, que realzaba la línea de su mandíbula, fajín y pantalones rectos. El pelo cuidadosamente peinado hacia atrás, impecable, perfecto.

Se le secó la boca. Todos los sonidos cesaron, la música y las conversaciones se desvanecieron en un vacío etéreo. Solo podía oír el latido de su corazón, ensordecedor, mientras sus ojos se clavaban en los de él; en esos ojos grises que la atraparon como un anzuelo.

Rain tragó saliva, el vino y la euforia bajaron en espiral hasta su estómago. Sus pies comenzaron a moverse hacia él antes de que pudiera detenerlos, cada vez más rápido conforme se alejaba de la fiesta. Y se lanzó hacia Blake rodeándole el cuello con los brazos. Él la atrapó con un brazo alrededor de la cintura alzándola del suelo y la apretó fuerte contra su cuerpo.

—Has venido —susurró ella, aspirando su aroma.

Blake le apartó los mechones sueltos de la cara con la mano libre.

—No podía perderme esto... —Se inclinó para besarla, explorando su boca que sabía dulce y cítrica.

—Te echaba de menos.

Blake dio un paso hacia atrás. Su lengua recorrió despacio su labio inferior mientras la estudiaba en detalle.

—Dime que te has vestido así pensando en desvestirte para mí, Lee.

—Esperaba que tú lo hicieras. —Rain estiró la mano para tomar la de él, que tiró de ella para darle un beso suave. Blake sonrió contra su boca con malicia mientras sus manos dibujaban los contornos de su figura—. Llévame a c-casa —balbuceó apoyando la cabeza en su pecho.

«A casa», las palabras se anudaron con fuerza alrededor del corazón de Blake.

Rain caminaba torpemente agarrada de la mano de Blake, lejos de la Academia y bajo la seguridad de la noche, podían dejar de esconderse. Llevaba la chaqueta de Blake sobre los hombros y él la observaba como si fuese lo más fascinante que hubiese visto en su vida.

—¿Cuánto has bebido, Lee? —le preguntó riéndose.

—Un poco, estaba triste.

—¿Por qué? —El tono áspero de la voz de Blake le provocó escalofríos y se estremeció.

—Porque no estabas. Odio cuando no estás —contestó ella, mirándolo con sus ojos empañados por el alcohol. Blake tragó pesadamente—. Y Ágata Rochester...

Blake la rodeó con un brazo estrechándola contra él. Tenía las mejillas encendidas y la mirada lánguida y estaba tan increíblemente

atractiva que le estaba costando concentrarse en llegar a su apartamento.

—¿Ágata?

—Hizo unos comentarios... No me gusta.

—¿Estás celosa, Lee? —la pinchó él, arqueando una ceja.

—Puede.

Blake la movió hasta pegar su espalda contra la pared de un edificio, quedando en las sombras de la calle. Su lengua rozó primero su labio inferior, como si estuviese tanteándola. Fue Rain quien se estiró deshaciendo ese breve espacio y Blake suspiró cuando sus bocas se encontraron.

—Ella y tú os parecéis mucho...

Blake estiró la comisura derecha en una sonrisa.

—Sí —reconoció—, en algunas cosas.

Rain se arqueó para acercarse más a él y Blake llevó su mano hasta la parte final de su espalda, sus dedos abiertos presionaron acercándola lo máximo posible. Rain dejó escapar un sonido entrecortado, el roce del cuerpo duro y tenso de Blake le erizó el vello.

—¿Sabes lo que tenemos en común Ágata y yo? —le preguntó él a media voz mientras la observaba, le gustaba la Rain abotonada y de uniforme, pero aquella Rain con el pelo más rizado de lo normal, el peinado deshecho y aquel vestido...—. Que los dos estamos enamorados de una chica buena.

Rain todavía no se había acostumbrado a oírle decir que estaba enamorado de ella. Cada vez que sus gestos o palabras lo insinuaban se quedaba sin aire. Era una sensación sobrecogedora, era abrumador. La hacía sentir como estar envuelta en seda y a la vez en espinas.

¿Lo era? Se preguntó ella. ¿Era una chica buena? Lo había sido...

Blake sonrió con un gesto oscuro, astuto, cargado de deseo.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Esa hambre, ese brillo feroz e insaciable que a veces se te escapa, es lo que me terminó de obsesionar.

Rain se sacudió con un escalofrío y Blake la tomó de la mano para que siguieran su camino.

Ella estaba medio dormida cuando llegaron al apartamento de Blake. Se sentó en la cama parpadeando pesadamente, haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantenerse despierta. Blake dejó escapar una risita.

—Estás adorable, Rain —dijo, mirándola con ternura.

Su respiración se volvió más lenta, más profunda, mientras sus manos se movían con cuidado hacia los tirantes del vestido. Rain dejó que Blake guiara sus movimientos. Sus dedos trazaron el camino de los tirantes sobre sus hombros, rozando su piel cálida y suave. Bajó el vestido despacio, como si despojarla de aquella prenda fuera un ritual sagrado. La tela se deslizó hasta su cintura, revelando el contorno delicado de sus clavículas y sus curvas. Blake tragó saliva.

La cogió de los antebrazos para ponerla de pie y poder bajarle el resto de la prenda. Rozó con el pulgar el lunar junto a su ombligo, distraído, y ella le puso las manos en los hombros para mantener el equilibrio mientras deslizaba la falda por sus piernas hasta que cayó al suelo.

Rain lo empujó con torpeza hasta que Blake quedó sentado al borde la cama. Echó la cabeza hacia atrás para observarla, tirando de su cintura para acercarla entre sus piernas.

Le dio un beso en la pequeña hondonada junto al hueso de su cadera.

Su ropa interior era sencilla pero elegante, de un color marfil que resaltaba el tono dorado de su piel. Blake recorrió el contorno de su pecho con el pulgar y vio como se le ponía la piel de gallina. Le rozó el pezón con el dedo.

—Joder, eres preciosa, Rain —susurró con la voz áspera.

El deseo lo atravesó como un latigazo cuando ella colocó una rodilla junto a su cadera y luego la otra, muy despacio, sentándose sobre él. La nuez de Blake subió y bajó pesada. Sus manos le recorrieron la espalda desnuda de arriba abajo. Y agarrándola del culo la movió hasta que encajaron a la perfección.

Rain dejó escapar un jadeo.

—Estás muy vestido, Ash Blake —se quejó con voz adormilada.

—Me lo he puesto para impresionarte.

Rain sonrió. El corazón se le ensanchó en el pecho hasta casi no caberle. Sentía el amor en cada respiración entrecortada. En la forma en la que Blake le acunaba el rostro y dibujaba con sus dedos caminos sobre su piel. En su propio dedo trazando la cicatriz de su mentón, esa que todavía no había averiguado cómo se hizo. En cómo él le decía lo guapa que era. Y en la forma en la que ella lo quería todo de él.

Blake giró la cabeza para darle un beso en la palma de la mano, sus labios rozaron el metal de los anillos y sonrió al verlos.

—Te late muy rápido el corazón —comentó Rain, sintiendo el pulso en su cuello.

—Quizá porque me altera un poco que estés semidesnuda sobre mí, Lee —trató de ser sarcástico, pero su tono era demasiado profundo, demasiado ronco.

Rain se movió frotándose ligeramente con él y los párpados de Blake se apretaron mientras su garganta vibraba. Sin pensarlo, deslizó la mano hacia uno de los tirantes de su sujetador y lo bajó lentamente, hasta que su pecho quedó expuesto.

Rain jadeó al sentir la calidez húmeda de los labios de Blake cuando se inclinó para besarla. La boca de Blake recorrió su piel trazando un camino desde el contorno suave de su pecho hasta el centro.

Rain arqueó la espalda, las manos de él la sujetaron de las costillas.

Blake levantó la mirada hacia ella, sus ojos grises oscurecidos, cargados de un deseo tan palpable que parecía envolverlos como una tormenta. Sin apartar la vista, llevó las manos a su espalda y desabrochó el sujetador. La prenda cayó entre ellos. Rain se tambaleó y apoyó una mano en su hombro.

Blake soltó una sarta de palabrotas entre dientes y, cogiéndola de la cintura, la movió hasta apartarla de encima. Se quitó la chaqueta y deshizo el nudo de la pajarita para quitársela del cuello.

Evitó mirar a Rain, si lo hacía se acostarían y no era buena idea, ella había bebido demasiado. Fue hacia el armario y sacó una camiseta.

—Brazos arriba, Lee —le pidió.

—¿Por qué?

—Porque me distrae ver tu torso desnudo.

Rain parpadeó confusa y lo hizo muy despacio. Blake deslizó la prenda por su cuerpo con delicadeza. Ella se colocó de rodillas sobre el colchón viendo como él se quitaba el resto del esmoquin.

—No lo entiendo... —comentó, observando la prenda de algodón suave.

—Vamos a dormir —le contestó, se subió a la cama y tiró de ella hasta tumbarla sobre su pecho.

—¿Dormir? Pensaba que íbamos...

—Has bebido mucho esta noche, Rain, estás a punto de quedarte dormida.

—Qué va —protestó mientras luchaba por mantener los ojos abiertos.

—Duérmete, sabelotodo —le ordenó Blake, apartándole los rizos sueltos de la cara.

No pudo discutirle más, el cuerpo le pesaba y su consciencia deseaba hundirse en las profundidades. Apenas tardó unos segundos en quedarse dormida. En cambio, Blake se pasó horas despierto.

Rain se movió en sueños abrazándolo con fuerza, como si perteneciese allí, a él.

Y Blake deseaba que así fuese; quería ser el lugar al que ella pertenecía.

Le dio un beso suave en el pelo.

Al igual que él le pertenecía a ella.

—Quédate —murmuró Rain medio dormida a través de sus sueños —. Quiero que quieras quedarte conmigo.

Y por primera vez desde la muerte de su padre, Blake pensó que tenía más motivos por los que vivir que por los que morir. Que la venganza ya no lo era todo y que el futuro podía ser algo deseable.



«Y si el mal es nuestra única salvación, entonces seré la sombra que desciende a los abismos».

ANÓNIMO





Capítulo 40



Rain se despertó con un dolor de cabeza horrible. La luz que entraba por la ventana la hizo gemir y se cubrió la cara con las sábanas. Maldijo el vino espumoso, a Jun y a Ágata, que le habían hecho perder la compostura.

—¿Jurando no volver a beber?

Rain asomó la cabeza por el borde de las sábanas. Blake estaba apoyado en el marco de la puerta vistiendo solo un pantalón de pijama, con una taza de café en la mano. El olor le impregnó las fosas nasales y gimió de gusto.

Rain se recreó unos segundos en el aspecto de Blake y luego con pesadez salió de la cama.

—¿Tienes una para mí?

El moño le había desaparecido del todo. El pelo ondulado le caía desordenado y el flequillo le iba en todas direcciones de una forma muy graciosa. Tiró del borde de la camiseta para cubrirse las piernas y se estremeció.

Blake sonrió. Se despegó de la pared y, rodeándola con un brazo, la atrajo para darle un beso rápido.

—Esta es para ti. Café solo sin azúcar.

Quizá era el alcohol que todavía quedaba en su sistema, o que el dolor de cabeza la hacía sentir blandita y vulnerable, pero que Blake

supiese cómo le gustaba tomar el café la conmovió. Mientras tomaba la taza calentita entre sus manos y aspiraba el aroma soltó:

—Gracias, te quiero. —Al instante se sintió algo avergonzada.

—Y todo lo que necesitaba era hacerte café... —bromeó Blake mientras la guiaba hasta el sofá.

En la mesita había un par de antiguos diarios que despertaron la curiosidad de Rain.

—Tómate el café primero, Lee.

—¿Son de tu padre?

—Algo así.

Ella se mordisqueó el labio pensativa y tamborileó los dedos en la taza sin apartar la mirada de los diarios. Blake parecía inquieto y eso solo le hacía sentir más curiosidad por lo que contendrían.

—¿Los has encontrado hace poco?

—No.

Rain se llevó la mano a la cara inconscientemente y se dio cuenta de que en realidad no tenía las gafas puestas.

—Blake...

Él dejó escapar un suspiro.

—No sé si vas a creer lo que hay escrito. Aunque después de lo que Miles y tú encontrasteis supongo que sí porque tiene sentido. Pero saberlo solo te pondrá en peligro, Lee. —Tragó saliva—. Y una parte de mí no está de acuerdo con mostrártelo.

Rain dejó la taza en la mesa.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, al principio no pensaba compartir contigo nada más que lo esencial. Y luego todo fue escalando y nuestra relación cambió... Yo cambié. Siempre he sabido el peligro al que me expongo y ha sido mi decisión exponerme a él. Cuando empezamos a trabajar juntos, la verdad, me daba igual lo que te pasara. Si eras tan ingenua como para meterte en problemas, no era asunto mío. Solo necesitaba usarte. Me eras útil, y eso era lo único que me importaba.

Rain encajó sus palabras lo mejor que pudo. Ya lo sabía. Blake nunca había sido una buena persona y sabía que la estaba usando, pero oírle decir que no le importaba lo que le ocurriese... escocía.

Blake frunció el ceño y se sentó a su lado en el sofá. La mirada herida de Rain le dolió.

—Ya no me quedaba nadie, Rain. Kane y los señores Diop, sí, pero estoy... estaba convencido de que estarían mejor sin mí y la mancha que es mi apellido. Como te dije, tengo claro que esta venganza que planeo acabará conmigo, no soy tan iluso como para pensar que sobreviviré, pero al menos pienso llevarme a todo el que pueda.

Aquello a Rain le supo a rechazo. Quería, deseaba ser tan importante para él que decidiese vivir, que en la balanza ella pesase más. Sus palabras le dejaron una herida amarga. ¿Tan poco podía ofrecerle ella que él prefería morir? ¿Entre dejarse consumir por su obsesión de venganza y la posibilidad de tener una vida, de quedarse con ella, Blake elegiría lo primero sin dudarlo? Los ojos le picaron llenos de lágrimas. Quizá Blake no estaba tan enamorado de ella o quizá ella no fuese suficiente... El pensamiento dejó un rastro herido y en carne viva a su paso y se obligó a ignorarlo.

—Lo entiendo —masculló mientras se giraba para tomar de nuevo la taza de café. No era capaz de mirarlo y fingir que no le dolía.

—¿El qué entiendes?

—A los dos nos mueven nuestras obsesiones más profundas. Tú me lo dijiste: «La ambición es como el hambre, nunca se sacia del todo».

Y lo entendía, ella era la primera que vendería su alma por sus deseos. Pero eso no quería decir que no le doliese.

—Rain, mírame.

Ella tragó saliva tratando de deshacer el nudo que la estaba ahogando. No podía mirarlo, era ridículo sentirse tan rechazada, tan desnuda, tan insignificante. Odió aquel momento de vulnerabilidad, odió que sus heridas estuviesen tan expuestas.

Blake hizo un sonido de fastidio y la agarró para moverla y sentarla sobre él, de modo que estuviesen frente a frente. La cogió de la barbilla e hizo que lo mirase.

—No he terminado. Lo que quiero decir es que sí que he sido un capullo, estaba convencido de no dejar que nadie entrase en mi vida para no cometer el mismo error que mi padre. Luché, de verdad que

lo hice, contra lo que sentía por ti. Porque pensaba elegir mi venganza personal y no quería arrastrarte conmigo.

Rain trató de apartarse.

—Entiendo tus motivos, Ash...

Él la agarró de la cintura impidiendo que se marchase.

—Pero las cosas han cambiado, Rain. Yo he cambiado. Una vez me dijiste que era un egoísta por querer destruir mi sociedad por una venganza personal, y puede que sigas teniendo razón. Pero ahora hay algo que me importa más, algo que quiero proteger. Algo que me hace desear un futuro. —Hizo una breve pausa, esperando que ella lo entendiera. ¿Cómo podía dudarlo? ¿Cómo no veía que haría cualquier cosa por ella, que le pertenecía, que era suyo?—. Tú, Rain. El amor nos arrebata la capacidad de elegir. Es así de sencillo.

Blake le limpió una lágrima furtiva con el pulgar. Rain lo abrazó manchándole la piel con su llanto silencioso. Sintió una rabia feroz nacida del miedo. No dejaría de ninguna forma que el Mundo Fuera de lo Normal le arrebatase a Blake. Ella podía ser más lista, y lo sería. Ya tenía el alma envenenada, terminaría de corromperse para ganar aquella partida.

Blake sintió el calor de Rain contra él, y fue como si todo su ser le gritara que lo amaba. Y esa certeza lo dejó sin aliento; llenó cada rincón vacío dentro de él. Se sintió indefenso e invencible al mismo tiempo. Aterrado, a la vez que poderoso. Jamás habría imaginado que sentirse querido podía ser tan devastador.

Deslizó los dedos por su espalda, acariciándola con una ternura que trataba de disimular su anhelo.

La atmósfera cambió ligeramente. Fue sutil: el roce de sus cuerpos se volvió más consciente, las manos de Blake se detuvieron en la curva de su cintura un poco más de lo necesario, y su respiración se volvió más lenta, más pesada.

Rain levantó la cabeza para mirarlo, con los ojos todavía brillantes. Su mirada descendió instintivamente a su boca, y un nudo de deseo se formó en su pecho.

Se inclinó hacia él, y Blake la recibió con un beso que comenzó suave, tierno, pero que pronto se convirtió en algo urgente. Sus manos se movieron con prisa, subiendo por su espalda, perdiéndose

en su cabello rizado. La necesidad que sentía no era solo física; era como si cada beso, cada caricia, fuera una forma de asegurarse de que ella era suya.

Rain respondió con la misma intensidad, mordiéndole el labio inferior, impaciente. Deslizó los dedos por su nuca, tirándole del pelo, arrancándole un gruñido que hizo que todo su cuerpo se tensara. Blake levantó la cintura, al mismo tiempo que Rain la giraba. El choque los hizo gemir. Sin dejar de besarla la tumbó de espaldas contra el sofá.

—Rain, estábamos discutiendo...

Ella le pasó las uñas por la espalda. Quería que le quitase aquella estúpida camiseta que estaba en medio.

—Luego —dijo levantando las caderas para acercarse a él.

—Joder, me vuelve loco cuando haces eso. —Blake la besó, profundo, suave, con una lentitud casi tortuosa—. Me encanta ese sonido de sorpresa cuando mi lengua entra en tu boca y cómo te sonrojas automáticamente.

Rain se sintió aún más tímida al ser consciente de ello y él rio al ver su reacción.

—Hoy no estoy borracha ni me estoy quedando dormida.

—Lo que tengo que explicarte...

—¿Vas a rechazarme otra vez? —dijo casi dolida.

Blake sonrió derrotado. Rain Lee, su demonio particular.

—¿De verdad crees que prefiero discutir sobre cualquier cosa antes que follarte? Lee, me subestimas. —Gruñó entre divertido y frustrado, si tuviese una idea del alcance de su deseo, solo intentaba hacer las cosas bien, ser la mejor versión de sí mismo para ella—. Espera aquí, no te muevas —le pidió, y fue hacia la habitación, a la mesita de noche.

Blake dejó el pequeño envoltorio en la mesa cercana. Agarró a Rain por el borde de la camiseta y tiró de ella hacia arriba, impaciente por desnudarla.

Sus manos recorrieron la espalda de Rain con firmeza, dibujando caminos ardientes que la hacían arquearse hacia él, buscando más contacto, más de él. Cuando sus labios se encontraron de nuevo, fue

con la misma mezcla de dulzura y desesperación con la que los había envuelto antes.

Las manos temblorosas de Rain alcanzaron el borde de los pantalones. Blake apoyó la frente en su hombro cuando su mano se coló por la cinturilla, tensando los músculos de un modo que a Rain le encantaba. Ella le quitó finalmente los pantalones y la ropa interior.

Se miraron a los ojos mientras ella se arrodillaba frente a él.

—No... —susurró.

—Quiero hacerlo —replicó Rain.

Y era verdad, lo deseaba. Sintió la mano de Blake en su pelo y oyó cómo se le escapaba una especie de sonido ronco, cuando lo acarició con su boca. Blake se movió con ella y Rain dejó escapar un gemido bajo.

La sensación fue similar al éxtasis de cuando tomó el poder del sol para mover los cajones en la clase de Magia del Orden. Se sintió poderosa, hambrienta, invencible. Y deseó más, más...

—Rain —dijo él con la voz áspera, tirando de ella hacia arriba—. Basta.

Blake la levantó con facilidad, sus manos firmes en sus muslos, y la apoyó contra la mesa de comedor. Rain sintió el frío de la madera bajo ella, un contraste abrumador con el calor de su piel.

Blake deslizó los dedos por los muslos de Rain, subiendo lentamente, y cuando finalmente alcanzó el borde de su ropa interior, ella sintió que apenas podía respirar.

—Ash —murmuró su nombre, un ruego silencioso, y él la complació, despojándola de la última barrera entre ellos.

Rain lo observó mientras se inclinaba hacia ella, sus ojos recorriendo su cuerpo desnudo con una mezcla de devoción y deseo. La forma en que la miraba hizo que su pulso se acelerara aún más, como si quisiera memorizar cada detalle.

Blake se detuvo por un momento, sus labios rozando la curva de su cuello, y luego el arco de su clavícula. Su ternura contrastaba con la necesidad evidente en su respiración. Rain arqueó las caderas, buscando más, y él maldijo suavemente, su control desmoronándose.

El sonido del envoltorio del condón rasgándose rompió el silencio momentáneo. Fue lento, como si ambos quisieran absorber cada sensación, cada segundo del momento. Rain jadeó, sintiendo que todo en ella se tensaba y luego se rendía.

—Mírame —le pidió Blake, su voz profunda y cargada de emoción.

Rain abrió los ojos, encontrándose con los de él. En su mirada no había solo deseo, sino algo más profundo, algo que la hizo sentirse expuesta y, al mismo tiempo, más viva que nunca.

Blake la inclinó ligeramente hacia atrás sobre la mesa. La ternura dio paso a la impaciencia, al frenesí. Le hundió los dedos en la cintura, sus movimientos se volvieron más urgentes más bruscos. Justo como ambos querían, justo como necesitaban.

Blake le mordió el hombro al estremecerse contra ella y a Rain la asaltaron oleadas de sensaciones. El sonido de sus respiraciones tronó en sus oídos y vio lucecitas detrás de los párpados.



Los diarios resultaron ser de Henry Howard, el abuelo de Blake. Cuya investigación había heredado Ambrose, motivo por el cual se había obsesionado con los mundos del Otro Lado.

«Este no es nuestro planeta original, se nos exilió de nuestro verdadero mundo por los pecados que cometimos», estaba escrito, y al lado había una anotación en otro color que decía: ***Esto suena muy bonito, pero ¿cuánto de verdad puede haber en ello?***

Henry aportaba una serie de datos y mediciones que su padre Sebastian Howard había descubierto y que apoyaban su teoría de que había una especie de agujero de gusano que los conectaba con su planeta original. Tenía que enseñárselo a Miles, pensó Rain.

La forma de averiguar si todo esto es cierto no es otra que cruzando esa anomalía, ese portal al Otro Lado y recabando información y datos.

«Cordelia Blean es conocida como la bruja original porque llegó de ese otro mundo y fue ella la que quiso ocultar nuestro origen para que en el futuro no tuviésemos la tentación de volver. Los nuestros

estaban débiles y durante generaciones fuimos perdiendo nuestro poder hasta quedar secos».***¿Oculta el Consejo esta información deliberadamente? ¿Nos esconde nuestra historia y nuestro pasado para protegernos, con un fin mayor de preservar, de evitar conflictos y luchas?***

Henry seguía insistiendo en que si volvíamos a ser lo suficientemente poderosos debíamos volver a nuestro lugar original, donde pertenecíamos. Sus palabras eran las de un fanático que hacía una lectura casi religiosa de su investigación. Rain siguió pasando las páginas completamente absorta, fascinada y horrorizada a partes iguales.

¿Qué crimen cometimos?, se preguntaba Ambrose Blake y, entonces hablaba de un diario, de un libro donde Cordelia habría escrito su historia, pero que se había perdido después de un par de generaciones y añadía conjeturas sobre dónde podría estar escondido. ***Ritual. Diosa Luna, príncipe de la Noche***, era lo último que había anotado en los márgenes del diario. Los nombres le resultaron familiares a Rain, formaban parte del folclore del Mundo Fuera de lo Normal, personajes de cuentos y fábulas. Pero en los cuentos siempre había algo de verdad, ¿no?

—¿Me estás diciendo que crees que esto es cierto? —preguntó por fin Rain.

Blake le había ofrecido la posibilidad de no formar parte de ello. Esa investigación era lo que había acabado con su padre. En realidad, casi había querido obligarla a mantenerse al margen porque cuanto menos supiese más segura estaría. Sin embargo, no podía seguir ocultándoselo.

—No quiero más secretos contigo, Lee.

Aquellas palabras habían sido como un golpe en el estómago para Rain y un nudo retorcido de culpabilidad la había hecho sentir náuseas.

—Mi abuelo siguió los pasos de su padre y formó el culto, o la secta como quieras llamarlo, Ereshkigal. Mi madre y mi padre se conocieron en el instituto de Hidden, ella no iba a ir a la Academia, estaba harta de vivir rodeada de complots, secretos y luchas de poder.

—Y tu padre se obsesionó con la investigación de su suegro —concluyó Rain.

—Mi padre era estudiante del Crepúsculo, mi abuelo daba clases de Magia del Orden, nunca estuvo bajo su ala, pero, al mismo tiempo, fuera de la Academia eran familia. No es que mi padre creyese ciegamente en lo que decía, pero encontraba algo de verdad en todo esto. —Señaló los diarios—. Y quería conocer lo que pasó en realidad, se obsesionó con saber.

Rain podía entenderlo, ella misma sentía la quemazón del ansia por descubrir, por desentrañar todo aquello.

—Mi abuelo murió antes de que yo naciese, así que mi padre heredó sus documentos, no todos, solo tuvo alcance a unos pocos —prosiguió Blake.

Rain lo pensó. «Claro, los túneles».

—Por eso piensas que tu padre cruzó al Otro Lado con la ayuda de otras personas, piensas que fueron los integrantes del culto, los discípulos de Henry Howard.

Blake asintió, en sus ojos brilló algo asesino, cargado de rabia.

—Mi padre quería saber la verdad, cruzó la línea de lo legal. Pero ellos lo usaron, querían ese maldito libro y luego lo vendieron a las autoridades para deshacerse de él.

—Los padres de Jun —murmuró Rain—. Y el señor Keller. Todos ellos fueron tutorizados por Howard.

—Y casualmente fueron los que detuvieron a mi padre.

—Por fin, empiezo a encajar las piezas —suspiró emocionada—. Y, el club de Política, que no es más que un nuevo nombre para el club de Liderazgo, es el modo de reclutar, de perpetuar las raíces del culto. La pregunta es: ¿qué quieren? ¿Qué pretenden hacer?

Si se guiaba por lo que había leído, deseaban volver a ese mundo que creían suyo, recuperar la gloria pasada, etcetera. Pero ¿cómo?

—Ojalá tuviésemos acceso a ese diario que menciona Howard de Cordelia Blean. ¿Crees que tu padre lo encontró?

Blake dejó caer la cabeza hacia atrás, contra el respaldo del sofá. Rain vio que tenía una marca roja en el cuello y se sintió avergonzada, ni siquiera se había dado cuenta cuándo se la había hecho.

—No te mentí en eso, cuando lo detuvieron se llevaron casi todo. Solo pude rescatar un par de cosas que tenía escondidas aquí.

Rain pensó en lo que Vasilyev había dicho durante la primera sesión del club, que debían encargarse de Blake, al igual que habían hecho con su padre. Pero no podía compartir esa información sin romper el juramento.

—Durante las vacaciones de primavera me colaré en la sala del club y veré qué puedo averiguar —anunció.

—No solo eso. Deberíamos volver a bajar a los túneles —dijo Blake.

Rain apretó los labios y se removió incómoda.

—Ya, con respecto a eso...

Blake se puso derecho y la miró con severidad.

—Puede que ya lo haya hecho unas cuantas veces...

—¡¿Qué?! ¿Has bajado sola? ¿Cuándo? —espetó enfadado, dolido.

—Cuando te enrollaste con Ágata —se excusó—. No nos hablábamos y... —Y había necesitado mantenerse todo lo ocupada posible para no pensar en ello—. Tenía el colgante de Jun, y él me había demostrado, me había dejado bien claro que el deber estaba por encima de todo. Me he peleado con mi conciencia desde que se lo robé, pero el día de la búsqueda del tesoro, me dije «a la mierda, pienso utilizarlo».

Blake se levantó cabreado, furioso.

—Maldita sea, Rain. ¿Y si te hubiese ocurrido algo? ¿Por qué sola? —bufó—. Estoy seguro de que no se lo dijiste a nadie, ni siquiera a Clark.

—Tuve cuidado. Quería ver si encontraba a Maya ahí abajo o alguna pista sobre ella. —Negó con tristeza—. No encontré nada. Solo conseguí trazar un mapa parcial. Nunca toqué nada —se apresuró a añadir—. Tuve mucho cuidado, ni siquiera bajé a la sala pentagonal. Pero quería hacer algo, dejar de estar de brazos cruzados.

—Así que por eso parecías estar consumiéndote, porque no dormías.

Rain agachó la cabeza y se miró las manos llenas de cicatrices y marcas. Algo se retorcía dentro de ella. «Dile la verdad», le pedía

una parte de sí misma, mientras que la otra optaba por llevarse aquel secreto a la tumba. Ahora las cosas estaban bien, sabía más o menos cómo controlarlo, por qué querría arriesgarse a estropearlo todo.

—¿Estás enfadado?

—¡Claro que lo estoy!

Blake había perdido a su padre por culpa de toda esa historia, precisamente yendo a esos malditos túneles. Y la sola idea de que un día sin más Rain hubiese desaparecido, tragada bajo la tierra... Se estremeció. Deseó encerrarla en aquella casa, apartarla de toda la mierda que rodeaba a la Academia y su mundo, de todas esas personas que no dudarían en arrebatársela. Deseó ser capaz de mantenerla siempre segura y protegida. O al menos lo deseó una parte desesperada y aterrorizada de su ser, una que no se guiaba por la razón, sino por las emociones.

—Tú también te pones en peligro —señaló Rain mientras se levantaba igualmente.

—Lo sé —admitió Blake—. Eso no hace que esté menos furioso.

—¿Crees que yo no te metería en una cúpula de cristal si pudiese para evitar que te mates siguiendo tu camino de venganza? ¿Cómo crees que me hace sentir cuando dices que morirás si tienes que hacerlo? —Hizo una pausa—. Insignificante —admitió en voz baja.

Blake se volvió hacia Rain con esa expresión apagada, con esos ojos que no parecían humanos, y se cernió sobre ella como una sombra.

—La diferencia es que mis prioridades han cambiado. Que ahora me rendiría, que renunciaría a todo, dado el caso, si eso significa salvarme o salvarte, que entre la culminación de mi venganza o tú, te elegiría a ti, Rain. —Su tono bajo y profundo sonó casi amenazante, como una sentencia.

Rain parpadeó, procesando lo que se escondía detrás de aquellas palabras. Y entonces, lo empujó enfadada, dolida.

—¡Crees que yo no! —exclamó dándose cuenta con horror, de lo que no había dicho en voz alta pero que claramente pensaba.

Blake frunció el ceño con un gesto de dolor, casi pesar. Pero no lo negó. Su reacción, sus gestos fueron como una bofetada.

—¿E-es así como me ves? —balbuceó ella con un hilo de voz.

—Tu ambición es lo primero que me atrajo de ti, no pretendo...

—¿Crees, de verdad, que si tuviese que elegir entre tú y mis ambiciones, te desecharía? ¿Crees que, dado el caso, como has dicho, yo no elegiría salvarte, que me quedaría con la recompensa?

Rain esperó que Blake lo negase, pero no lo hizo. Estaba furiosa y dolida. Ella se lo había buscado, sus decisiones la habían llevado por ese camino. Había deseado vender su alma por sus deseos y de alguna forma lo había hecho.

—¿Por qué? —preguntó.

Blake volvió a acercarse.

—No quiero asustarte con el peso de mis emociones. Lo que siento por ti... No creo que puedas llegar a comprenderlo, Rain. —Le tomó la cara entre las manos—. No puedes entender cómo quemaría el mundo entero si tú me lo pidieras. Cómo mataría, sin dudarlo, a cualquiera que se interponga entre nosotros. —Sus palabras eran tan suaves como oscuras, pero había vulnerabilidad escondida bajo la superficie, una grieta en su seguridad habitual, como si le estuviese confesando su mayor secreto, su miedo más atroz, la forma en la que se veía roto, defectuoso—. No tengo un corazón, tengo un agujero negro, hambriento de más y más. Hambriento de ti.

Blake le inclinó la cabeza hacia atrás para darle un beso en la garganta, donde el pulso le latía acelerado, y en el mentón.

—No espero que iguales lo retorcido de mi amor. —Su voz era un ronroneo bajo contra su piel—. Pero quiero que entiendas algo; quiero ser mejor por ti. Quiero domar esta oscuridad, contener esta obsesión que me consume, porque no quiero asustarte. Pero a veces... —Blake la besó en la frente, un gesto dulce que contrastaba con la intensidad de sus palabras, luego en la sien, y bajó lentamente hasta que sus labios quedaron a milímetros de los suyos —. No creo que entiendas hasta qué punto te deseo, Rain. —Sus dedos le rozaron la barbilla, trazando una línea lenta y tortuosa hasta su labio inferior, que ella entreabrió instintivamente para tomar aire—. No creo que comprendas cuánto quiero que seas mía... y cuánto deseo ser tuyo. Te quiero, pero es mucho más que eso.

Rain sintió su corazón latir con fuerza cuando Blake pasó la lengua por su labio inferior, provocándola, antes de capturar su boca en un beso. La intensidad la tomó por sorpresa, como si él estuviera entregándole cada fragmento roto de sí mismo en ese gesto. Y aunque sabía que había oscuridad en él, también sentía el miedo, la angustia detrás de su amor, una herida que él no había podido cicatrizar.

—Una sola vida nunca me ha parecido suficiente para todo lo que siempre he ambicionado —respondió ella, mirándolo con firmeza—, pero al conocerte a ti tuve claro que, si existe la forma, te buscaré en mi siguiente vida, Ash Blake. No subestimes lo que siento por ti ni hasta dónde estoy dispuesta a llegar. Puede que creas que no tienes corazón, pero el mío es oscuro igualmente. —«Te sorprendería», pensó—. Y si vuelves a dudar de mis elecciones, me enfadaré.

Blake le dedicó una media sonrisa y le rodeó las piernas con los brazos para alzarla.

—Entendido —declaró, llevándola consigo hacia su habitación—. Vamos, nos toca volver a la realidad.



«Creo que el diablo no existe, pero el hombre lo ha creado; lo ha creado a su imagen y semejanza».
DOSTOYEVSKI





Capítulo 41



El profesor Irk se paseaba por la clase con las manos detrás de la espalda observando a los alumnos.

—El conjuro de lágrima del guardián requiere de una concentración excepcional. La más mínima alteración en sus emociones romperá la conexión —les recordaba—. Si lo estabilizan, funcionará hasta que despierten.

Rain, frente a Aiden, trazaba con los dedos índice y corazón de las dos manos una forma ovalada mientras pronunciaba las palabras y luego frotaba los dedos contra el pulgar para prender la chispa de la magia.

—Es como chasquear, piénselo así —le explicó Irk, acercándose a ella.

Siempre que tenían clase con él, Rain se sentía observada, tensa. Asintió y volvió a intentarlo. Lo que parecía un ojo se materializó durante unos breves segundos. El conjuro de lágrima de guardián servía para convocar un vigía que protegía durante los sueños, en el momento en el que se está más vulnerable.

Irk se estaba saltando el temario como le apetecía porque aquel hechizo era de un nivel muy avanzado y nadie conseguía estabilizar su poder lo suficiente como para realizarlo de forma duradera.

—Es buena hechicera, Lee —comentó, sonriéndole con esa expresión extraña y misteriosa habitual en él.

—Gracias —contestó ella, incómoda.

—Un hechizo muy útil. ¿No le parece? Nos protege de nuestras pesadillas.

Rain lo observó sin saber qué decir. Él le sostuvo la mirada con expresión afable, pero ella habría jurado que sus ojos escondían algo frío y calculador.

—Lo es —fue capaz de decir.

Irk se marchó a dar indicaciones a otras personas y Rain se acercó a Aiden con el cuerpo rígido.

—Cuando me mira me da la impresión de que conoce mis secretos más oscuros —susurró.

—Bueno, es que lo hace.

Rain frunció el ceño.

—No, es algo más. Como si supiese algo que incluso yo no sé. Como si tuviese una ventaja que desconozco.

—Tú solo ten cuidado con él, casi mató a Blake dos veces.

A la salida de clase, Jun se acercó a Rain. Se había pasado la semana lanzándole miradas, enfadado todavía por lo que le había dicho en la fiesta. A Rain le daban ganas de reír cada vez que lo notaba. Él era quien se mostraba ofendido y dolido; menuda ironía... Se habría reído si no tuviese ganas de darle un puñetazo en la cara. ¿Después de que la tiró al agua helada del lago durante la competición y ni se inmutó? ¿Después de que participó junto con sus amigos en emborracharla y hacerla escalar una torre y no se movió cuando la vio caer? Se comportaba más como un enemigo que como su..., lo que fuese. Solo por el cariño, solo por los diez años que llevaban siendo amigos debería haber hecho algo, ¿no?

Y ella le señalaba que no la quería tal cual era, que se avergonzaba, que vivía bajo las órdenes de sus padres y de su sociedad y ¡él se ofendía!

—¿Sabes por qué Aiden me evita?

—No. ¿Has hablado con él?

Jun se rascó la nuca incómodo y dejó escapar un suspiro.

—Oye, en la fiesta los dos habíamos bebido y fuimos un poco idiotas. Siento haber estado tan frío. Pero no te vi en todo el sábado y tuve la sensación de que me evitabas.

—Jun, yo no le he contado nada a Aiden. De hecho, él ya se había marchado con Kane hacía rato.

Jun hizo un gesto de disconformidad.

—Ya... Tendríamos que hablar de eso.

—¿De qué?

—De la influencia de Kane. Pensaba que iba a ser un lío pasajero, pero cada vez van más en serio.

—¿Y qué? —Rain se paró en mitad del pasillo y lo enfrentó.

—Rain, ¿cómo crees que se lo va a tomar el señor Clark y nuestra maldita Orden? Diop es quien lo está alejando de mí, estoy seguro. Es el mejor amigo de Ash Blake, que me odia. No creo que sea casualidad.

Rain cambió el peso de una pierna a otra y cruzó los brazos, tensos, apretando los puños.

—Jun, ¿no ves lo feliz que es Aiden con Kane? Deberías alegrarte de que haya una persona que quiera tanto a tu mejor amigo y le haga sentir tan bien.

Jun la miró con esa expresión condescendiente que tanto le molestaba.

—Rain, eso es muy bonito. Está muy bien que desees esas cosas. Pero el mundo no funciona así. Ni su padre, ni en las órdenes lo van a aceptar, hay que ser prácticos, no ilusos.

Rain se balanceó sobre los talones como si la hubiese empujado. Vaya, eso sí que era una nueva forma de insultarla. Lo mismo era tan ambiciosa que vendería a su madre, como le había dicho a Alberta, que era una romántica ilusa.

—Está bien, puedes pensar como quieras, Jun. Pero es su vida, él elige. A lo mejor se ha alejado de ti por eso, porque piensas que puedes controlarnos, pero ya no estamos en el instituto.

Rain se giró para marcharse y Jun se estiró deprisa cogiéndola de la muñeca para frenarla.

—¿Estás enfadada conmigo?

Rain cogió aire y trató de calmarse para no tirar de su mano y empujarlo. Por el pasillo apenas pasaban un par de alumnos de segundo. Tenía que hacerlo ahora. Le puso una mano en el pecho. Había aprendido a mentir de los mejores, podía hacerlo.

—Me duele oírte decir esas cosas —dijo con suavidad, eliminando la acritud de su tono.

A Jun se le aceleró el corazón ligeramente, lo notó a través de la tela de su camisa. Sonrió con ternura, pero de nuevo con ese pequeño toque de condescendencia. Le cogió la cara con la mano derecha y le acarició la mejilla con el pulgar. Rain rezó para que interpretase su ligera rigidez e incomodidad como nerviosismo.

—Sé que a veces parece que soy muy frío. Pero conseguiré que lo nuestro funcione, Rainy. Ahora estás en el club, eres una de los nuestros, y si haces méritos en las órdenes, mis padres acabarán aceptándolo.

«Méritos». Rain sintió cómo se le revolvía el estómago. Cómo podía ser tan retorcido. Una parte de ella trataba de entenderlo, era así como sus padres lo habían criado y Jun luchaba contra ello a su manera, era amable y nunca le había hablado con superioridad a sus compañeros de clase. Pero la Academia, el club, sus amigos de Eurínome, todo lo estaba empujando a lo contrario. Quizá si ella hubiese vivido sus circunstancias también vería las cosas de esa manera...

—Sé que te rechacé y que tardé en aceptarlo. Sé que te hice daño, pero... Ojalá pudieses ver las cosas desde mi punto de vista. Lo que he luchado por ser fiel a mis deberes, a lo que mis padres esperan de mí. Lo mucho que me dolió cuando empezaste a pasar tiempo con Ash Blake, cómo me sentí cuando os vi enrollaros. Y lo entiendo, estabas herida y te sentías rechazada y supongo que de alguna forma subconsciente quisiste castigarme. —Jun le puso una mano en la cintura y la acercó a él. Rain pensó que debía de estar dentro de una pesadilla porque no podía creerse lo que oía—. Pero siempre te he querido, Rain. A mi lado. Conmigo.

Y entonces, se inclinó y la besó. En la fiesta había sido más sencillo, el alcohol ayudaba con la sensación de náusea y traición.

Con el asco que le daba alguien a quien había querido y deseado tanto.



La última semana antes de las vacaciones fue un maratón intenso de exámenes. Rain y Blake apenas lograron encontrarse fuera de las clases en la biblioteca, escabulléndose en los pasillos, o en la sala de música antes de la salida del sol.

Le había entregado a Miles una copia con los datos y mediciones que habían encontrado en el diario de Henry Howard y que ampliaban la investigación de su padre, Sebastian Howard. Miles, que todavía miraba a Aiden con una mezcla curiosa de tristeza y felicidad, se sintió como el día de Navidad. Rain nunca lo había visto expresar tanto con el rostro.

Los primeros colores de la primavera llegaron también esa semana, a la vez que lo hizo el mes de abril. Y a pesar del ambiente tenso de los exámenes, se respiraba euforia y alegría.

El viernes, el día en que la gran mayoría se marcharía a sus casas, Rain caminaba por el pórtico del patio principal mientras repasaba para el examen de Lengua Antigua, el último que tendrían.

De pronto, el libro desapareció de sus manos y, cuando levantó la cabeza, se encontró con Blake.

—Eres la más avanzada en esta asignatura, Lee —dijo mientras le echaba un vistazo al libro.

—Ya, pero tengo que compensar las notas bajas de Entrenamiento y Defensa. Así que, ¿me lo devuelves? —pidió, y estiró la mano para quitárselo.

Blake estuvo más rápido y lo movió por encima de su cabeza con intención de fastidiarla. Rain apretó los labios, quería enfadarse, pero había algo en la forma en la que él la miraba, provocativo, divertido, que la desarmó por completo.

Blake bajó un poco el libro, observándola con descaro.

—¿Te diviertes? —le preguntó ella.

—Contigo siempre, chica Amanecer.

—Me alegra que encuentres tan entretenido burlarte de mí. Ahora, devuélveme el libro.

Blake dejó que su sonrisa se ampliara, con una osadía que le sentaba demasiado bien.

—A lo mejor... Si me das algo a cambio.

Rain alzó una ceja, intentando ignorar cómo su corazón se aceleraba.

—¿Algo como qué?

Blake se inclinó ligeramente hacia ella, lo suficiente como para que sus rostros quedaran a escasos centímetros. Su voz bajó aún más, convirtiéndose en un susurro que le erizó la piel.

—¿Qué se te ocurre, Lee?

Rain abrió los ojos de par en par, y él rio suavemente al ver su expresión. Siempre tan cautelosa.

—Blake..., estamos en el patio —dijo, lanzando una mirada nerviosa a su alrededor.

—Entonces no me hagas esperar —la desafió.

Rain lo miró con indignación y algo que no quería admitir: fascinación. Finalmente, suspiró, exasperada, y se puso de puntillas para tratar de alcanzar el libro.

Blake se inclinó más hacia atrás, burlándose de su intento.

—Haciendo trampas, ¿eh? ¿Dónde ha quedado la chica buena a la que le gustaba seguir las normas? —Meneó la cabeza—. Te has corrompido.

Ella lo fulminó con la mirada, pero finalmente se dio por vencida.

—¿Y quién crees que ha sido mi maestro?

Blake sonrió como si aquello lo satisficiese profundamente. Se acercó dejando que sus labios rozaran apenas su oído mientras murmuraba:

—Eres adorable cuando te enfadas, Lee.

Rain giró la cabeza rozándole los labios en un beso rápido. Y agarró el libro a la vez que lo empujaba hacia atrás para poder seguir su camino. No podía ver la sonrisa ladeada de Blake, pero se la imaginó a la perfección.



Como el sábado tenía lugar el cuarto encuentro de Combate de destreza, algunos alumnos pospusieron su marcha. Rain había decidido quedarse en la Academia durante las vacaciones. Blake estaba castigado y tendría que pasar toda la semana ayudando al personal de mantenimiento. Era una oportunidad perfecta para investigar ciertas cosas.

Aquel día Alberta Novak, que había decidido quedarse para asistir al encuentro, a pesar de que la mayoría de los miembros del club se había marchado, parecía radiante. No dejaba de mirar a Rain con una sonrisa maliciosa en los labios.

Cuando esa mañana Tinieblas la había despertado de sus turbulentos sueños, había tenido una mala sensación. Ya casi no recordaba lo que ocurría en sus pesadillas, no eran más que una nebulosa de dolor y angustia. Estaba logrando sobreponerse a ellas gracias al efecto de las pócimas de vigía, el conjuro de atadura y que su gata se comportaba como una guardiana de pesadillas, pendiente de cualquier mínimo cambio en su respiración para despertarla.

Aiden bajó tarde a desayunar, había pasado la noche con Kane, pues él sí que se marchaba a Céfiro los días de vacaciones. Así que Blake les había dejado la habitación libre.

Durante la hora de la comida, se sentaron los tres juntos, Kane, Aiden y Rain. Jun debía de estar entrenando y Blake estaría en su apartamento. Estaban hablando sobre los posibles emparejamientos que les podían tocar ese día en el torneo.

—El ambiente será extraño porque las gradas estarán medio vacías —decía Kane.

—Cuanta menos gente mejor —rumió Aiden por lo bajo.

Kane se estiró sobre la mesa y le pasó el pulgar por la comisura, donde Aiden tenía un ligero rastro de salsa. Él se quedó congelado por la intimidad del gesto y sus ojos enormes parpadearon tras las gafas.

—Ya está. —Kane sonrió, y se llevó el pulgar a los labios.

Rain dejó escapar una risa baja atragantándose y sacudió la cabeza. Aiden parecía estar hirviendo de lo colorado que estaba.

Ella se aclaró la garganta.

—Si queréis me voy...

—Perdón, ha sido... A veces se me olvida que no estamos solos —se disculpó Kane, sin ningún rastro de vergüenza en su expresión risueña.

Cuando salían del comedor, Blake apareció subiendo la escalera principal desde el vestíbulo. Sonrió ligeramente al ver a Rain, con esa expresión astuta, que indicaba que estaba tramando algo.

Detrás de ella, Aiden parloteaba sobre el encuentro de combate, quejándose sobre los discursos de la entrenadora. Kane lo observaba distraído.

—¿Me estás escuchando? —le preguntó Aiden, con un ligero tono de exasperación.

Kane alzó las cejas, como si acabara de salir de un sueño.

—Claro que sí. Estabas diciendo que..., bueno, que probablemente vas a ganar.

Aiden bufó, apartándose de él. Kane rio y lo rodeó con un brazo, acercándolo de nuevo.

—Perdón, es que te pones muy guapo cuando te quejas. Que es el ochenta por ciento del tiempo.

Blake sobrepasó a Rain yendo hacia su mejor amigo, mientras decía en tono confidente:

—Tengo algo para ti. —Le tiró del lazo con el que se había recogido el pelo, desatándoselo.

Rain se volvió emitiendo un sonido de cabreo y Blake la miró por encima de su hombro con una media sonrisa malvada.

Kane se inclinó para darle un beso a Aiden en la sien.

—Nos vemos en el...

—Aiden Benjamin Clark. ¿Qué estás haciendo?

Durante un momento, el pasillo se sumió en el silencio más absoluto, justo como la calma que sigue a una explosión cuyas reverberaciones parecen seguir sintiéndose aunque ya no suenen.

A Rain se le erizó el vello y se estremeció hasta que cada músculo de su cuerpo se tensó con pánico.

«No».

«No está pasando».

Aiden dejó de respirar. Por un momento pensó que había muerto, que su cuerpo se había desintegrado en partículas, que su alma había ascendido a los remolinos y lo había dejado. Se sintió fuera de sí mismo, como en las pesadillas cuando te mueves tan despacio que parece que luchas contra una atmósfera densa y viscosa que te impide ir a velocidad normal. La sensación de angustia y agobio le apretó el corazón hasta que lo empapó un sudor frío.

—Padre... —fue lo que escapó de sus labios temblorosos.



«A través de mí se va a la ciudad doliente, a través de mí se va al eterno dolor, a través de mí se va entre la raza perdida».

DANTE





Capítulo 42



Rain vio pasar al señor Clark como una exhalación, un borrón de gris y negro. El sonido de una bofetada reverberó en las paredes del corredor.

Fue lo más espeluznante que Rain había escuchado jamás. Más allá de la criatura del Otro Lado, más allá de cualquier terror, pesadilla o grito de dolor, aquel fue el momento más aterrador de su vida.

Se encogió sobre sí misma al oírlo y con los ojos llenos de lágrimas se volvió para encontrar a Aiden temblando, con las gafas caídas en el suelo, la cara girada y la marca bermellón de la mano de su padre en la mejilla. A su lado Kane parecía horrorizado, sacudido por el *shock*.

—Eres una vergüenza —musitó el señor Clark entre dientes, con rabia—. ¿Cómo te atreves? —Parecía fuera de sí de una forma contenida que asustaba aún más.

Aiden intentó decir algo mientras se tocaba la cara. Tenía el rostro húmedo por las lágrimas.

—¡Cállate! —le ordenó su padre—. No intentes darme ninguna excusa después de lo que acabo de ver. He intentado educarte como es correcto, pero está claro que tienes la sangre de tu madre y eso no se puede borrar —siseó para sí mismo—. ¿Es que no piensas

nunca? ¿Cómo puedes ser tan inútil de hacer algo así? ¿No te das cuenta de la vergüenza que puede traer esto a nuestra familia?

Aiden no era capaz de hablar, el pecho se le sacudía con unos espasmos nerviosos.

—Señor Clark, por favor —intervino Kane con la voz temblorosa.

Samuel Clark, a pesar de ser más bajito, lo fulminó con la mirada. Colérico.

—No te atrevas a dirigirme la palabra, escoria —espetó.

Blake cogió aire por la nariz, se acercó a su mejor amigo y lo sostuvo por el brazo, como si quisiera protegerlo.

—Padre —lo reprendió Aiden, dolido, avergonzado, humillado.

—Con alguien del Crepúsculo... No quería creerlo, pero... ¿Te has vuelto loco? Insultas a nuestro apellido, eres un egoísta.

—Por favor, padre...

—¿Qué? Esto se acaba ahora mismo. Por todos los... No vas a volver aquí jamás. Si no sabes comportarte con decencia, te quedarás en casa bajo mi supervisión. Para siempre.

Aiden se encogió como si hubiese vuelto a golpearlo y lo miró horrorizado. Kane quiso decir algo, pero Blake tiró de él para frenarlo, solo empeoraría las cosas para Aiden.

—No puede hacer eso —dijo Rain, corriendo hacia su amigo, y lo rodeó con un brazo.

El señor Clark la miró con desprecio, con asco incluso. Jamás había sido amable con ella.

—¿Y tú quién eres, niña, para decir lo que puedo o no puedo hacer con mi hijo? —Su tono era agresivo e insultante, y Rain trató de no encogerse bajo su mirada—. Ni siquiera deberías estar aquí, los de tu clase manchan esta institución.

Ella dio un respingo y su rostro se torció en una mueca. Atrajo a Aiden más fuerte contra su cuerpo.

Blake apretó los dientes con rabia y cerró los puños deseando golpear a ese gilipollas con ínfulas. Fue Kane quien lo frenó esta vez.

—Ash, no, por favor —le pidió, viendo el brillo de ira en los ojos de su amigo, que parecía dispuesto a pegar al padre de Aiden.

—¡Vamos! —bramó el hombre—. No me hagas repetirme, Aiden. Te vienes conmigo.

—No, padre, yo...

El señor Clark lo tomó del brazo y tiró de su hijo con fuerza.

—No voy a dejar que sigas avergonzándome. Arrastrando mi apellido por el fango. ¿Cómo quieres que mire a tus abuelos, a tus tíos, ahora a la cara? ¿Es que no piensas más que en ti? Y ni siquiera eso, si pensases no habrías hecho algo semejante y encima delante de todos. ¿Qué quieres, que seamos de nuevo la comidilla del Mundo Fuera de lo Normal?

El silencio volvió a caer, roto solo por la respiración irregular de Aiden. Rain, temblando, observó cómo el señor Clark se daba la vuelta y comenzaba a marcharse, tirando de Aiden tras de sí.

Entonces la vio. Al final del pasillo, casi oculta tras una esquina, estaba Alberta Novak, mirando la escena con una sonrisa triunfal. Rain sintió cómo una ola de rabia la invadía. Una sarta de insultos vociferó en su cabeza.

«Tú», pensó. «Has sido tú».

Kane recogió las gafas de Aiden del suelo, y las sujetó con fuerza mientras su mirada permanecía fija en la dirección por la que se marchaba su novio. Rain sintió una punzada de dolor por él, por los tres, mientras el eco de los pasos del señor Clark se desvanecía lentamente.

A Aiden se le escapó un sollozo involuntario. Parecía una criatura asustada, encogido bajo el dominante yugo de su torturador.

A Rain le brotaron chispas calientes de magia entre los dedos. Y antes de procesarlo corrió hacia ellos. Agarró a su amigo y empujó a Samuel Clark, haciendo que lo soltase.

—Aiden es mayor de edad, no tiene por qué ir con usted. Puede tomar sus propias decisiones y usted no puede obligarlo a nada —espetó, tomándole la mano a su amigo.

Durante un segundo pareció que el señor Clark iba a pegar a Rain, y Blake estuvo a punto de abalanzarse sobre él.

—Yo pago para que esté aquí. Cancelaré la matrícula y haré que lo expulsen. Lo dejaré en la calle. Si va a vivir como la escoria, no pienso pagárselo.

Aiden cogió aire. Rain no quería dejar que ese hombre lo maltratase, no podía permitir que lo arrastrase con él, sabía que su

vida en Céfiro con los Clark sería un infierno. Pero... tampoco quería arruinarle la vida.

—Te quitaré mi apellido si es necesario. Si no vienes conmigo, dejarás de ser mi hijo.

Rain lo miró horrorizada. ¿Cómo podía decir eso? ¿Cómo podía tratar así a su propio hijo? Jamás podría imaginarse a su madre haciendo algo semejante. Y todo porque Aiden estaba enamorado de una persona. Ni siquiera le había dado una oportunidad, ni siquiera había observado lo feliz que era su hijo.

Rain le apretó la mano, como si quisiese decirle que no lo dejaría solo, que lo apoyaría. Aiden miró hacia atrás y vio a Kane y a Blake. Su novio lloraba en silencio. Kane siempre sonreía, incluso cuando algo le dolía o se sentía inseguro trataba de mostrarse relajado y alegre.

Kane lloraba por él. No podría perdonarle jamás a su padre que hubiese hecho llorar a su novio, que era la persona más amable y cariñosa, más dulce y buena del mundo.

«Estoy contigo», formuló en silencio Kane.

Y Aiden se sintió sostenido y seguro.

—No... no voy a ir.

El señor Clark hizo el amago de agarrarlo de nuevo.

—Si lo toca, lo atacaré. Usted no es un alumno ni un profesor y puedo usar la magia —lo avisó Rain con una firmeza que no sabía de dónde había sacado.

—Pero cómo te... ¿Lo ves? ¿Ves lo que te hace juntarte con las personas equivocadas, Aiden?

—No, padre. Son las personas correctas y eso es lo que tú no ves.

—Te arrepentirás y vendrás a suplicarme. Has vivido toda la vida entre algodones y te vendrá bien aprender. Pagarás tu insolencia —le dijo fuera de sí—. Y tú —le espetó a Rain— no sabes lo que acabas de hacer. No eres nadie en este mundo y te has buscado un enemigo poderoso —la amenazó—. Iré ahora mismo a hablar con la directora.

Y entonces se giró, dándoles la espalda, y se marchó.

Aiden, temblando y con las rodillas flojas, se dejó caer al suelo sollozando, nervioso. Rain se agachó a su lado y lo abrazó.

—No pasa nada. Lo solucionaremos. No estás solo —murmuraba con la garganta apretada por las lágrimas—. Encontraremos la forma de arreglarlo, ya lo verás.

Kane lo tomó entre sus brazos y le frotó la espalda con ternura.

—Hablaré con mi padre y buscaremos una solución. Si hace falta...

—Si lo necesitas puedes quedarte en mi apartamento, Clark. El tiempo que haga falta hasta arreglar las cosas en la Academia —intervino Blake.

Rain levantó la cabeza y con labios temblorosos formuló un «gracias». Que Blake ayudase a su mejor amigo era lo más significativo que podría hacer por ella jamás.

Nunca lo había querido más que en ese momento.



El caos se desató como una tormenta. La decisión del señor Clark de retirar a Aiden de la Academia produjo rápidamente una oleada de rumores que se propagaron entre los estudiantes que no se habían marchado.

Aiden fue a los vestuarios, después de haberse calmado un poco, para explicarle a la entrenadora que no estaba en condiciones de participar en el encuentro.

Y allí mismo se presentaron la directora Blean y el profesor Irk para comunicarle a Aiden que, debido a las presiones de su padre, no podía permanecer en la Academia a menos que pagara la matrícula. Irk lo había mirado con esa extraña y misteriosa sonrisa. Mientras que la directora, a pesar de su habitual severidad, también se había mostrado algo inconforme con la situación.

—No cancelaremos su matrícula todavía, le daremos hasta la vuelta de las vacaciones de plazo para que efectúe el pago —le había explicado con la mayor consideración.

Jun abordó a Aiden a la salida de los vestuarios, y le aconsejó que reconsiderase lo que estaba haciendo con una mezcla de superioridad y falsa preocupación. No podía creerse que su amigo hubiese ofendido a su padre de esa forma, que lo hubiese

desobedecido hasta el punto de que el señor Clark había pedido que lo expulsasen.

—Creo que no estás razonando como es debido. Ve a casa e implórale perdón. Es tu padre, Aiden, esto es una falta de respeto.

Jun no podía concebir mayor ofensa que la de avergonzar a sus padres y que ellos amenazasen con quitarle el apellido. Aiden no reconoció al que solía ser su mejor amigo. Hacía tiempo que Jun le resultaba un extraño con un rostro conocido; como si alguien nuevo habitase su piel. No le perdonaría jamás lo que le había hecho a Rain, pero aquello fue el punto final.

—¿Debería renunciar a mi felicidad, debería tragar con su egoísmo solo porque es mi padre? ¿Y dónde quedo yo, y lo que siento? No he hecho nada grave, solo salgo con una persona a la que quiero. ¿Cuál es el maldito problema? Ni siquiera conoce a Kane.

—Nuestra sociedad funciona así, y los Clark tenéis una posición que preservar, entiéndelo. ¿Es que te parece bien que te expulsen de la familia?

—No —espetó, cortándole—. Ser padre no te da el derecho a destruir la vida de tu hijo para proteger tu orgullo. No soy una extensión de mi apellido, no soy propiedad de mi familia. No es que me parezca bien, es mi padre, por el amor de... Pero la sangre no lo justifica todo, Jun. A veces, quienes deberían amarte son quienes más te dañan, y ningún apellido vale más que mi libertad.

Y tuvo claro que desde ese momento Jun y él habían terminado. Casi tenían diecinueve años y ahora era más evidente que nunca las diferencias que había entre ellos a la hora de pensar, de actuar o en sus valores. Aiden tenía claro que estas diferencias solo se acrecentarían con el paso de los años. Incluso sus amistades eran un reflejo de ello.

Kane se retiró también de la competición. Se sentía demasiado mal para competir y no lo haría si Aiden no estaba allí. Aunque Aiden se empeñó en asistir como espectador junto con Rain y Kane.

—Si quieren hablar de mí, que lo hagan. No me arrepiento de la decisión que he tomado. Quiero seguir en la Academia, pero aun si al final no puedo, estoy conforme con lo que he hecho. —Cogió aire

—. Es como si me hubiese quitado un peso de encima que no me dejaba respirar.

Kane lo rodeó con un brazo y Aiden apoyó la cabeza en su pecho. Estaba asustado, su futuro ahora era una incógnita, pero tenía aquella red que eran sus amigos y su novio, que lo había sostenido en su peor momento, y esa certeza, la de sentirse apoyado y acompañado, le hizo sentirse mejor.

Rain era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el rostro de Alberta Novak mientras observaba el caos de la disputa. El señor Clark no había aparecido en el pasillo del comedor horas antes del encuentro de combate de casualidad.

«No quería creerlo, pero...», eso es lo que había dicho el hombre, así que alguien debía de habérselo contado.

En cuanto la divisó en el descanso, junto con un par de sus amigas, fue hacia ella hecha una furia.

Alberta la recibió con una sonrisa sarcástica.

—Sé que has sido tú —le espetó Rain.

—Que yo sepa, Clark y Diop no se estaban escondiendo. Cualquiera podría habérselo dicho a su padre —le contestó, encogiéndose de hombros a la vez que su cara se llenaba de profunda satisfacción—. Es algo que discutimos en el club, Jeong también estaba muy preocupado, fue una decisión unánime la de informarle —siguió diciendo con la calma de quien se cree intocable —. Y tú debes acatarlo.

Ver la expresión de rabia e ira de Rain no tuvo precio, parecía haber estado planeando aquello durante mucho tiempo. En realidad, no lo había hecho para herir a Aiden, sino para joderla. Había ido a golpearla donde más le dolía.

—Quizá a partir de ahora te lo pienses antes de desafiar a los que están por encima de ti, en vez de mostrarte agradecida como deberías —soltó Alberta con un tono dulce y amenazante, mientras sus ojos brillaban con regocijo—. ¿Alguna vez has visto una rata mordiendo a un león? ¿A que no? Cada uno conoce su lugar, la rata solo debe estar agradecida de que el león no se la coma. Recuerda: los que están abajo siempre terminan aplastados cuando intentan subir demasiado alto.

La rabia de Rain se intensificó, las manos le temblaban de pura ira. «¿Ah, sí?», se preguntó. Eso estaba por ver.

Aiden se marchó con Kane y Blake al apartamento de este después del encuentro de combate. Y Rain se fue tan pronto como pudo a su habitación. Había tomado una decisión y no era capaz de mirar, de enfrentarse a las personas que quería. Le dolía la cabeza y el cuerpo entero de la tensión que le agarrotaba los músculos. Se sentía frustrada e impotente. Tan cegada por las ganas de venganza que no podía pensar en otra cosa.

—Hoy no haremos nada para frenarlo, Tinieblas —le dijo a su gata —. Se acabó luchar. Si mi alma queda podrida, si caigo... Caeré con gusto.

«Hay dos llamas en mí que han luchado por el control y esta noche elijo arder. Seré cenizas, me consumiré, pero es mejor eso que rendirse», pensó.



«¿A qué extremo no son capaces de descender la ambición y la venganza?».
JOHN MILTON





Capítulo 43



Llevaba meses privándose de dormir, tomando pócimas de vigilia para evitar el sueño profundo, luchando contra esa parte oscura de sí misma; desde que había sido consciente de ella y de lo que hacía. Odiándose por quién era en las sombras, mirándose al espejo y contemplando a un monstruo, un ser al que las personas que amaba despreciarían y del que se asquearían.

Pero Rain entregaría su alma por tener el poder de protegerlas.

Se tumbó en la cama, sin conjuro de atadura, sin pócima, sin nada que la frenase. Soñó con un mar de sangre, sintió la caricia de una mano —la suya propia— que le extraía el corazón del pecho, vio la mancha negra de la podredumbre extenderse.

«Tienes un corazón oscuro», recitó una voz en su subconsciente. Y entonces vio aparecer puertas, relojes que se detuvieron, y espejos retorcidos.

El cuerpo de Rain se levantó, sonámbulo. Esta vez Tinieblas no trató de despertar a su dueña, como ella le había pedido. Rain arrastró su cama hasta pegarla a la de Maya. Sus movimientos eran lentos y certeros, mecánicos. Sus ojos estaban apagados. Ni rastro de emoción en su rostro. Su consciencia estaba en otra parte, lejos de su cuerpo.

El suelo bajo el colchón estaba lleno de arañazos hechos por la gata.

Rain sacó unas velas rojas y las encendió para trazar con la cera un pentagrama orientado hacia la luna. Las colocó alrededor del dibujo y se sentó en medio con un cálice y un *athame* de bronce que guardaba bajo la cama de Maya.

Recitó un conjuro que estaba grabado en sus pesadillas, en su subconsciente como una muesca, como una cicatriz. Unas palabras que parecían haber nacido de sí misma.

«Que la noche devore mi carne y la sombra reclame mi espíritu.

En el umbral entre sueño y realidad, me alzo.

Soy eco y vacío, soy senda y sombra.

Que la puerta se abra y mis pasos no dejen huella.

Invoco a la rueda que no se detiene».

Se pinchó el pulgar y dejó que una gota de su energía cayese dentro del cálice. Era un intercambio; un fragmento de su alma, de su tiempo de vida, por aquel poder. Ese era el pago.

«Ábreme las puertas, déjame traspasar.

Me convertiré en niebla.

Y en lo más profundo de la noche caminaré».

Las velas se apagaron repentinamente y la habitación se sumió en una oscuridad espesa, antinatural, que se tragó incluso la tenue luz que entraba por la ventana. El cuerpo de Rain cayó hasta quedar tumbado y se elevó del suelo unos centímetros, flotando sobre el pentagrama iluminado de rojo en medio de aquel mar de negro.

Sus ojos fríos y sin vida escanearon el macrocosmos hasta que encontró lo que buscaba. Cubierta completamente de rojo, caminó hasta traspasar un espejo.

A lo lejos, tendida sobre una cama, estaba Alberta Novak, que dormía.

Rain acercó su mano, de uñas largas y afiladas, hasta su pecho; apretándolo, sintió un hambre voraz y una rabia infinita.

Alberta se retorció. Esta vez no fallaría, esta vez no la dejaría escapar.

Rain podía sentir el latido de su corazón en la punta de los dedos. Algo la golpeó y Alberta comenzó a sacudirse, la atmósfera se volvió

difusa, el cristal del espejo se agrietó.

Se estaba despertando.

Rain apretó con más fuerza el corazón de Alberta hundiéndole los dedos, acabaría con ella, aunque fuese lo último que hiciese.

En sus yemas sintió su vida, débil, pero testaruda.

Alberta chilló, retorciéndose. El espejo se resquebrajó y un viento huracanado trató de empujar a Rain, de echarla. Estaba usando un conjuro protector del sueño.

Alberta comenzó a abrir los ojos huyendo de sus pesadillas, de aquella visión de la mujer cubierta de rojo. Pero era demasiado tarde para escapar.

Rain le sonrió.

«El león debería tener cuidado porque las ratas también muerden». La voz sonó por todo el espacio, un susurro inerte que llenó la pesadilla de Alberta y que le era demasiado familiar.

Chilló más fuerte y trató de quitársela de encima, aterrorizada al reconocerla.

Rain apretó los dientes y echó la cabeza hacia atrás mientras disfrutaba de la sensación de apagar su corazón.

«Estás muerta».

Su mano se cerró del todo por fin, segando su vida. Su pulso se apagó y todo se quedó quieto y en calma.

Rain salió disparada y cruzó a toda prisa el espejo, que estalló en miles de pedazos tras ella.

El pentagrama dejó de brillar y la oscuridad se disipó. El cuerpo inerte de Rain se posó en el suelo. Mecánicamente, al igual que había hecho antes, se levantó y recogió el *athame* y el cálice para guardarlos de nuevo bajo el colchón de Maya, donde Tinieblas los custodiaba cual dragón, y volvió a arrastrar su cama hasta su sitio, tapando el pentagrama, cuya cera la gata comenzó a rascar.

Sonámbulo todavía, el cuerpo de Rain se sentó en la cama muy recto, y despacio se acostó de nuevo. Poco a poco fue perdiendo la rigidez, su respiración se volvió más profunda y se sumió en un sueño lleno de pesadillas y símbolos. Mientras daba vueltas en las sábanas y pagaba el doloroso y angustioso peso de sus actos.



Se despertó con un sobresalto, boqueando. Estaba empapada en sudor, temblorosa y débil. El sol de la mañana entraba tímidamente por la ventana y tenía las mantas revueltas, solo quedaba un rastro de olor a cera en el ambiente, por lo demás toda su habitación estaba como siempre.

Tinieblas saltó a su regazo, como si quisiese confortarla.

—He matado a Alberta Novak —anunció tiritando.



La primera vez que se había decidido a usar *La Rueda de las Sombras* fue la noche de Samhain después del ataque de la criatura del Otro Lado. Llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea de usar su hechizo de liberación de poder. La aplastante realidad de la Academia y haberse dado cuenta de que su esfuerzo nunca tendría una recompensa real en un mundo donde todo estaba amañado, la habían empujado hacia la desesperación. Pero aquella noche mientras huía de la criatura había sido más consciente que nunca de sus limitaciones y de su falta de poder.

Había adquirido todos los elementos necesarios para llevar a cabo aquel ritual que parecía fuera de los márgenes de lo permitido. Era magia arcana, no reconocida por el Consejo de Sabias.

El libro era un tratado que enseñaba a las brujas a aumentar su poder y liberar partes de su potencial que estaban ocultas. Y en Rain había despertado su capacidad para caminar en sueños. Al principio no había sido consciente de los cambios que haberse sometido al ritual le habían producido. Solo había despertado unas terribles y vívidas pesadillas y había sospechado que quizá su capacidad era la de tener premoniciones a través de los sueños. Leer augurios; y por eso había decidido tomar nota de todo.

Lo que sí que había notado era el efecto que la rabia y la ira le producían, cómo en esos momentos su visión se teñía de color

escarlata y su cuerpo y su mente parecían ir por caminos diferentes; desconectándose de la realidad.

Durante las vacaciones, en Céfiro, lejos de todo, las pesadillas habían disminuido, no se levantaba con el olor de la cera metido en la nariz y agotada, y sus hábitos de sueño habían vuelto a la normalidad.

Pero al volver a la Academia todo comenzó de nuevo. Sacó todos los manuales de onicromancia de la biblioteca y los estudió concienzudamente buscando una forma de desentrañar sus pesadillas.

«En pocos casos puede ocurrir algo llamado desdoblamiento onírico, esto se manifiesta en pesadillas que tienen una sensación de realidad extrema y que afectan de una forma física a quien las sufre.

»No es común que un brujo o bruja tenga una conexión tan fuerte con el mundo onírico. Pero esto puede derivar a lo que se conoce como un caminante de sueños. Apenas se han registrado una decena de casos en toda la historia de personas con esta habilidad tan peligrosa que drena la vida de quien la usa».

Aquello la asustó de verdad. Según su registro del sueño, muchos de sus síntomas coincidían. Pero no podía recordar nada más allá de unas pocas imágenes y sensaciones.

«Los caminantes de sueños actúan en estado de sonambulismo, es el subconsciente el que toma el control de sus cuerpos para acceder al plano onírico de otros. Es decir, se desdoblan, dejan que su alma salga de su cuerpo para meterse en las pesadillas de otras personas».

Rain, aterrada por lo que había leído, se esforzó en dar con un hechizo que le permitiese recordar lo que hacía mientras dormía. Encontró un encantamiento que servía para restablecer el vínculo entre la mente y el cuerpo, permitía al usuario recuperar la consciencia plena en futuros episodios de sonambulismo y acceder a sus recuerdos bloqueados.

Esa primera noche después de utilizarlo, soñó con Dereck Keller. Pero no era un simple sueño, era el retazo de un recuerdo.

La verdad había estado siempre ahí, encerrada en su mente, pudriéndola por dentro; ella lo mató. No solo a él, a Nanook Jonsson

también. E incluso lo había intentado ya una vez con Alberta. Era un monstruo, estaba maldita. Cada vez que sus emociones más negativas la dominaban, actuaba.

Había vendido su alma a cambio de poder y ese era el precio que pagaba. La aterrorizaba dormir, perder el control sobre su consciencia y volver a hacerlo. Permitir que la rabia gobernase su cuerpo. Había intentado deshacerse de los elementos para hacer el ritual, pero estaban ligados a ella y su magia. Al intentar romperlos se había hecho daño a sí misma y no podía tirarlos porque si sufrían ella también lo haría, eran parte de sí misma. Ya no eran simples objetos, tenían trozos de su ser, de su esencia. Les había dado un trozo de su alma.

Se había vuelto a leer *La Rueda de las Sombras* en busca de una solución, de una forma de frenarlo, de un contrahechizo, cualquier cosa. Pero no podía deshacerse de aquello que había despertado.

El hechizo de liberación de poder le había desbloqueado esa habilidad oculta en sí misma y ahora tenía que vivir con ella.

Así que había tomado medidas, como agotarse para que su energía no le permitiese conjurar nada; tomar pociones para tener un sueño muy muy ligero, y amarrarse a la cama con un conjuro de atadura antes de dormir. Tinieblas la despertaba arañándola para que pudiese escapar del tormento. Y así había conseguido no poder moverse sonámbula para realizar el ritual, frenándolo.

Durante el último mes se había sentido cansada y dolorida, pero, al menos, funcionaba.

Cientos de veces había querido contarle la verdad a Blake y se había callado en el último momento, demasiado asustada. Temía que él la juzgase, que se asquease de ella y de aquello en lo que se había convertido.



«¿Tan horrible parezco ahora a tus ojos cuando en el cielo me tuviste por tan hermoso?».
JOHN MILTON





Capítulo 44



Rain se colocó frente al espejo del cuarto de baño, pasó la mano por el cristal para quitar el vaho de la ducha. Se miró el pecho, el punto exacto donde tenía el corazón. A simple vista no podía notarse nada, pero sentía un vacío dentro. Era un dolor que la hacía sentir angustiada. No era una punzada aguda, como cuando se rompe un hueso y, sin embargo, era peor; al menos psicológicamente.

Se pasó las uñas por la piel sobre el corazón. La mente se le llenó de imágenes, podía ver su carne blanda hundiéndose bajo la presión de sus dedos, permitiéndole tocar su interior, oscuro, podrido.

«Es la culpabilidad», se dijo. No eran más que sus remordimientos jugando con su cabeza.

Fue incapaz de salir de su habitación en todo el día. Solo el hecho de pensar en ver a Aiden y Blake y tener que fingir que era alguien normal, que no había matado a una persona, la había hecho vomitar. A veces se arrepentía, como le había dicho a Blake en una ocasión, cuando matas también acabas con una parte de ti mismo. Y ella ahora tenía que cargar con aquel peso, con la sombra de Alberta Novak, con esa nueva muesca en su alma. Pero, otras veces se reafirmaba, la rabia volvía a surgir como una oleada. Si estar maldita era su pago por haber vengado todo el dolor que ella le había causado a Aiden, lo aceptaba con gusto.

Aterrorizada, no había sido capaz de dormir. El solo acto de tumbarse en la cama le provocaba sudores fríos.

«No sirves para esto», le decía una parte amargada y asqueada de sí misma. Conforme más cansada estaba, peor se sentía. ¿Cómo iba a conseguir destapar al culto, cómo iba a enfrentarse al sistema y a toda la podredumbre, cómo iba a alcanzar sus objetivos si se venía abajo? Era débil, no tan débil como a principios de curso, pero jamás estaría al nivel de ellos.

Se quedó medio dormida en el baño, metida en la bañera con Tinieblas, huyendo todo lo posible de su cama. Se despertó cuando cabeceó. No podía más. Eran las cinco de la mañana, apenas el despuntar del día, cuando salió de la Academia, con el pijama debajo del abrigo, a toda prisa.

O lo hacía ahora o aquello la consumiría. Subir las escaleras hasta el apartamento de Blake fue como caminar directa hacia su mayor miedo, sumergirse de pronto en su fobia más profunda. Su respiración eran bocanadas superficiales que no conseguían llenarle los pulmones.

Llamó con suavidad una vez y esperó. Los minutos se alargaron como vidas enteras en las que su mente tejía cientos de posibilidades. Cada una más aterradora que la anterior.

Levantó la mano para volver a llamar mientras el impulso de huir se le enroscaba en el estómago como una serpiente. Podía callarse, como hasta ahora. Fingir que estaba bien. Que era la Rain de siempre. Pero entonces la puerta se abrió.

Blake, con un pantalón de pijama, una camiseta interior y el pelo revuelto, apareció bajo el dintel con el ceño fruncido, casi con mal humor, hasta que la vio a ella y su expresión cambió por completo. Fue una pequeña amalgama de sorpresa, alegría, anhelo y terror, esto último cuando vio el estado en que se encontraba Rain: los ojos inyectados en sangre, las lágrimas, el temblor, la respiración agitada, casi como si se ahogase.

Miles de cosas se le pasaron por la cabeza.

—Rain —jadeó—. ¿Estás herida? ¿Qué te ha pasado?

Las manos de Blake volaron a su cuerpo, tocándola con cuidado, revisándola en busca de algún indicio de daño físico.

—Ash... —gimió ella con un hilo de voz.

Blake tragó con fuerza, pero la presión en su pecho no disminuyó. Su mente corría deprisa, furiosa, desenfrenada. El simple hecho de imaginar que alguien había podido hacerle daño y él no había estado ahí con ella, le encendía la sangre. Despertó a la bestia que vivía agazapada en el fondo de su cabeza. Todas esas emociones que, desde la muerte de su madre y su hermana, y más tarde la de su padre, habitaban en su parte más oscura. La impotencia. El odio hacia sí mismo. La culpa.

—Entra —dijo finalmente, su voz aún temblando, mientras cerraba la puerta detrás de ella.

Rain permaneció de pie en medio del apartamento, luchando por encontrar las palabras.

—¿Quién ha sido?

Rain sacudió la cabeza.

—Ash, tengo que decirte algo... —Su voz era un susurro.

Blake se movió inquieto.

—¿Está Aiden aquí?

—No —respondió él, casi ansioso—. Se queda con Kane en su casa, los Diop se han marchado durante las vacaciones.

Rain dejó escapar un suspiro.

—Rain, dímelo, lo que sea. Me estás matando.

Ella alzó la mirada, parecía asustada, avergonzada.

—¿Y si me odias? ¿Y si ya no puedes verme de la misma forma?

Blake sintió que el aire abandonaba sus pulmones como si le hubieran dado un golpe directo en el pecho. Su mente, incapaz de encontrar una explicación para el comportamiento de Rain, comenzó a retorcer las posibilidades.

«¿Odiarla?», pensó mientras en su interior tronaba una risa sarcástica y venenosa. Si alguna vez llegara a odiarla, sería solo porque lo que sentía por ella habría mutado en algo tan monstruoso, tan infinito, que necesitaría destruirlo para no consumirse. El odio era limpio, lógico. Lo suyo era otra cosa. Si ella se girara para clavarle un puñal en el corazón, él solo cerraría los ojos y se lo ofrecería, agradecido de que sus dedos fueran lo último que sintiera.

Blake dio un paso torpe hacia ella y le cogió el rostro con cuidado, con ternura, casi como si temiese romperla. Le secó las lágrimas. Había una arruga de profundo pesar en su frente mientras su voz aterciopelada le decía:

—Ya te lo dije una vez, Rain. Si pudiera odiarte, quizá sería más fácil. Pero incluso en el odio, te he amado. No hay nada que puedas hacer que cambie lo que siento por ti.

—Los maté yo —confesó al fin—. A Keller y a la chica del Crepúsculo, a Jonsson. Y he matado a Alberta.

Rain cayó de rodillas al suelo, tan agotada y débil que no podía sostenerse en pie por más tiempo. Le confesó todo, cómo en la biblioteca, aquel día que lo siguió y pelearon, leyó el nombre de *La Rueda de las Sombras*, cómo se había colado para buscarlo intrigada por lo que podría contener. Cómo había comprado todos los elementos para el ritual y había conseguido hacerse con un ejemplar traducido... Cada vez más y más movida por la desesperación por sus deseos y ambiciones, por ese corazón oscuro que poco a poco había ido descubriendo que tenía.

Mató a Dereck después de realizar el ritual por primera vez. Lo odiaba y lo temía después de que la hubiese atacado en el pasillo, amenazándola con privarla de todo lo que siempre había soñado.

Mató a Nanook Jonsson la noche en que salió con Jun y Aiden por Hidden y vio a Blake ligando con aquella chica que no era de la Academia. Cegada por los celos y el alcohol. No sabía por qué había escogido a Jonsson, quizá había encontrado la puerta a sus sueños y se había dejado llevar. No lo recordaba.

Y, después de aquel encontronazo en el pasillo con Alberta y sus amigas, cuando la había humillado y despreciado, había intentado matarla, pero la compañera de habitación de Alberta la había despertado al oírla chillar. Recordaba al día siguiente escucharla comentar la pesadilla con sus amigas.

—No tengo excusa —reconoció, mirándose las manos, casi podía ver el rastro de sangre en ellas—. Podría decir que no era consciente, que no sabía que era yo la culpable ni lo que me estaba pasando. Que mis emociones tomaban el control y sacaban lo peor de mí. Pero ayer... He intentado pararlo, luchar contra ello desde que

fui consciente. —Rain temblaba, no había sido capaz de mirar a Blake ni una sola vez—. Pero ayer no hice nada por frenarme. Fue Alberta la que llamó al señor Clark, la que se chivó y lo hizo para castigarme, para herirme porque sabe lo mucho que me importa Aiden. La habría matado con mis propias manos mientras lo confesaba llena de regocijo... —Aspiró con fuerza—. Así que no tomé ninguna medida, simplemente me permití... recorrer ese camino. Todavía no he oído nada, porque se había marchado a casa con sus padres después del encuentro de combate, así que la noticia tardará en llegar.

Rain cerró los ojos. Ya no quedaba en ella nada de la chica buena que había sido.

Blake permaneció en silencio durante un momento eterno tras la confesión de Rain. Ella pensó que se volvería loca, que le estallaría el corazón, le parecieron los minutos más largos de su vida.

Finalmente, Blake dejó escapar un suspiro tembloroso, uno que pareció liberar la presión acumulada en su pecho. Se arrodilló frente a ella y, con una ternura que contrastaba con la intensidad de la conversación, tomó sus manos entre las suyas.

—Rain, mírame. —Su voz era baja, casi un ruego.

Ella negó con la cabeza, apretando los ojos cerrados.

—Mírame —repitió Blake, esta vez con más firmeza.

Cuando al fin sus ojos se encontraron, Rain vio algo que no esperaba: devoción. No había juicio ni odio, solo la mirada de alguien que la quería.

—¿De verdad pensabas que esto me habría hecho odiarte?

Rain tembló aún más ante sus palabras.

—Ash, yo...

—No, escúchame. —Le apretó las manos con suavidad, como si temiera que se desmoronara por completo—. Rain, nada de eso cambia cómo te veo. Nada.

Ella lo miró, incrédula, buscando alguna señal de que lo decía solo para calmarla, pero todo en su expresión era honesto. En sus ojos brilló algo oscuro, ardiente y firme.

—Dime cualquier pensamiento cruel o inmoral que hayas tenido y te querré igual, Rain Lee —sentenció—. ¿Sabes qué es lo único que

me enfada de todo esto? —Su voz era más suave ahora, casi rota—. Que no pudieras confiar en mí para contármelo.

Rain sintió cómo sus lágrimas comenzaban a caer de nuevo, esta vez con más fuerza.

—Si yo te encontrara despreciable por esto, ¿qué podría esperar que pensaras tú de mí? No es que no entienda por qué te sientes culpable, pero debes saber que, dada la oportunidad, mataría a Alfred Keller, a los Jeong y a todos los que participaron en la detención y muerte de mi padre. Y que, con oportunidad o sin ella, acabaré con Jun. Sinceramente, soy incapaz de sentir la más mínima compasión por la muerte de Dereck o la de Alberta; ellos te habrían matado a ti sin pestañear.

Blake podía ver a la chica que Rain había sido rota, y nada duele tanto como la pérdida de la inocencia. No todo el mundo estaba hecho para el descenso a lo inmoral y oscuro, para habitar lo más feo del ser humano. Pero sabía que ella sí, que había una fiereza salvaje tras aquel aspecto angelical y dulce.

—¿Qué recompensa tienes por ser bueno? Por ser desinteresado y generoso. Si no crees en ningún dios o en una vida después de esta, ¿importa? Porque se habla del karma, pero ¿realmente existe? ¿Crees que a los que están ahí arriba, que a los que tienen el poder de verdad, les pasan cosas malas como castigo por sus pecados? No.

Él no era no una buena persona, era gris, como la mayoría. Pero al menos, no se disfrazaba de lo contrario. No endulzaba su carácter, no trataba de camuflarse, de esconderse tras la hipocresía.

—Mi venganza no obtendrá una pena divina. Lo único que podría pasar es que las personas a mi alrededor me dejen porque no estén de acuerdo con la persona que soy. Y eso sí que me importa. Puedes ser cruel con el resto del mundo, pero nunca con las personas a las que quieres. Porque nadie desea perder o herir a quien ama. —La miró a los ojos con cariño, con adoración—. Nadie quiere verse como un monstruo, un villano. Así que de una forma retorcida y egoísta camuflan y esconden lo que son, disfrazan su ser, se excusan. Es lo que hace Jeong, justificando sus acciones constantemente. Dime qué te asusta.

Rain había dejado de llorar y reflexionaba sobre lo que decía Blake. Eran unas palabras descorazonadoras.

Desde niños, todas las historias contaban como el bien acaba ganando al mal. Le habían enseñado que quien se esfuerza más siempre triunfa frente al que hace trampas. Eran cosas bonitas, lecciones que invitaban a la esperanza; porque la gente necesita creer que la hay. Y porque, si no, el mundo sería un lugar horrible. Pero en el fondo sabía que lo que Blake decía era verdad, el Mundo Fuera de lo Normal no estaba gobernado por inocentes buenas personas.

—Me aterra que mi madre, Aiden, tú... Que ya no me queráis porque no soy la chica que esperabais. Porque tengo fallos, porque soy imperfecta, por mi ambición desmedida, mi oscuridad y mis pecados. Porque no soy una chica impecable... Pero no solo eso, me aterra no ser capaz de perdonármelo, me asusta vivir odiándome, despreciando lo que soy. —Dejó escapar un suspiro de agotamiento, ahora que había confesado se sentía líquida, pesada—. A veces me asaltan dudas, ¿es este camino el correcto? Me pregunto si debería rendirme. Pero sé que no podría, no estoy hecha para ello. He entregado parte de mi alma, de mi tiempo de vida. Me gustaría ser la chica buena, perfecta, sin mácula que era, pero ya no sería feliz. Ahora al menos, tengo las herramientas para pelear por lo que deseo, por lo que considero correcto.

—¿Tu tiempo de vida has dicho?

Nada de lo que Rain había confesado lo había alertado o molestado hasta ese momento.

—La habilidad de caminar en sueños tiene un coste, una gota de mi alma. Soy más poderosa, pero consumiré mi tiempo mucho más deprisa.

Los ojos de Blake se oscurecieron como nubarrones de tormenta y, de pronto, pareció furioso, ansioso y vulnerable.

—Júrame que no vas a volver a hacerlo, Rain. No, me aseguraré personalmente de que no lo hagas, aunque tenga que colarme cada noche en tu habitación. —Nadie... Nada, absolutamente nada le quitaría ni un minuto de su tiempo con ella.

Rain parpadeó sorprendida por lo desgarrado de su tono, por la angustia que transmitía. Se apresuró a negar.

—Lo juro. He aprendido a frenar mi cuerpo mientras duermo y Tinieblas está ahí para ayudarme.

Blake se puso de pie y la cogió de los brazos para levantarla con cuidado.

—Ven.

La levantó de la cintura para cogerla en brazos y la cargó hasta su habitación. Rain apoyó la cabeza en su hombro sintiendo los párpados pesados. Inspiró el familiar aroma de Blake y al instante se sintió mejor, nada malo podía pasarle estando con él. Todos sus demonios, problemas y preocupaciones huían cuando él la sostenía contra su pecho y el latido seguro y firme de su corazón la acompañaba en sus sueños.



«Yo me levanté de mi cadáver, yo fui en busca de quien soy».
ALEJANDRA PIZARNIK





Capítulo 45



Rain estaba sentada en una de las ventanas de la biblioteca. Distraída, observaba cómo Blake ayudaba al señor Willys a cargar material dentro del castillo y cada vez que este no miraba Blake usaba magia para aligerar el trabajo, cosa que en teoría tenía prohibida porque aquello era un castigo.

Cuando desapareció de su rango de visión volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo, desarrollar un árbol genealógico con los familiares de Ophelia Blean, tanto sus ascendientes como descendientes. Quizá si los investigaba a todos, podía encontrar alguna pista sobre el misterioso diario de Cordelia Blean.

Todavía tenía muchos huecos que rellenar. Había recabado crónicas de matrimonios, esquelas y anuncios de nacimientos. Algunos libros de historia recogían la parte más antigua, la previa a Ophelia Blean. Sus nombres aparecían en algunos registros parroquiales con otros apellidos como Edris. El problema era que la mayoría de las descendientes de Cordelia habían sido mujeres por lo que hasta que Ophelia recuperó el apellido de su antepasada, este se había perdido en favor del de sus padres.

Rain querría poder volver al archivo de la ciudad para investigar más a fondo la correspondencia de Ophelia y los registros de herencias y testamentos. Quizá se mencionaba algo del diario o de

lugares donde podría estar. Se preguntó qué método habría usado Ambrose Blake para seguirle la pista, si es que había conseguido encontrarlo.

Se oyó un estruendo de pasos apresurados en el silencio calmo de la biblioteca. Rain vio doblar la esquina a una persona cubierta con un periódico como si tratase de protegerse de la lluvia, tardó un momento en darse cuenta de que era Aiden. Un poco más atrás apareció Kane con rostro serio y sin rastro de su sonrisa cálida.

—¡No puedes dejar este sitio ni estando de vacaciones! —le reprochó Aiden quitándose el periódico de encima y sentándose frente a ella en la ventana.

—¡¿Qué haces aquí?! ¿Y si te pillan?

—No te lo vas a creer. —Aiden parecía muy alterado mientras se acercaba.

Se abrió el abrigo con las manos temblándole y sacó una carta. El sobre estaba abierto e iba sellado con un emblema familiar. Parecía importante.

—¿Qué es? —preguntó ella, mirando a Aiden y a Kane alternativamente. El segundo se había apoyado en la pared justo detrás de su novio.

—Léela —le pidió Aiden.

Querido Aiden:

Somos conscientes de que hasta ahora hemos sido solo un vacío en tu vida. Nos presentamos: somos Augustus y Evelina Merrivale, tus abuelos maternos. Probablemente hayas escuchado muy poco sobre nosotros, y lo que sabes puede no ser favorable.

Hemos leído en Reportes de bruja *lo ocurrido con tu padre en la Academia y cómo los Clark han decidido retirarte su apoyo por tu relación con un joven del Crepúsculo. Inevitablemente, esto nos ha recordado la historia de tu madre, y nos gustaría pedirte, por favor, que nos concedas un momento para leer lo que te contamos a continuación: su historia.*

Sabemos que no podemos reparar el pasado y que esto puede parecerte egoísta, pero creemos que te mereces conocer nuestra versión.

Tu madre, Lavinia, nació con un espíritu brillante y una pasión que siempre admiramos. Cuando ingresó en la Academia, su futuro era prometedor, y estábamos orgullosos de su determinación. Fue allí donde conoció a tu padre y, a pesar de las divisiones entre las órdenes del Crepúsculo y el Amanecer, ambos se enamoraron.

Cuando Lavinia quedó embarazada de ti, el escándalo los llevó a ser temporalmente expulsados de la Academia. Enfrentaron el rechazo de familiares, amigos, profesores... No te mentiremos: éramos una familia de modestos recursos y, aunque queríamos apoyarla, no pudimos competir contra el poder e influencia de los Clark, que rápidamente tomaron el control de la situación.

Tu madre tenía apenas diecinueve años cuando te dio a luz. Era joven, inexperta y vulnerable. Los Clark se la llevaron a su hogar alegando que querían ayudar a la pareja, pero desde el principio la sometieron a un trato humillante y cruel. Despreciaban que fuese del Crepúsculo y usaron cada herramienta a su disposición para quebrarla. La avergonzaban. La hicieron pasar por negligente y desequilibrada frente a su círculo, trataron de convencer a todos de que había orquestado todo aquello para dañar a su familia, que solo buscábamos su dinero, su influencia y su poder.

Lavinia no podía marcharse porque Samuel y sus padres te retenían. Como se negó a dejarte, tuvo que permanecer allí. El plan de los Clark era desacreditarnos para quedarse con tu custodia exclusiva, eliminar lo que consideraban un error, una mancha en su impecable familia.

Nosotros intentamos luchar por ella y por ti. Invertimos todos nuestros recursos y contactos para protegerla, pero nuestras fuerzas eran limitadas. Al final, los Clark se salieron con la suya. Su riqueza, su influencia y sus mentiras pesaron más que nuestra verdad. Se dictaminó que eras un niño del Amanecer y que nosotros te corromperíamos, que lo mejor para ti era estar bajo el cuidado de los Clark y que, si tu madre quería permanecer a tu lado, debía aceptar su vigilancia.

Lavinia estaba sola, atrapada en un entorno hostil y manipulador, sin voz ni poder. Con apenas diecinueve años,

exhausta y quebrada, renunció a la custodia de su hijo.

Se vio incapaz de seguir luchando.

Fue una decisión que la destrozó. Cuando volvió, ya no era la misma. Estaba derrotada, sin esperanza. Le tomó mucho tiempo decidirse a retomar sus estudios en la Academia. Quería reconstruir su vida, no solo por ella, sino también por nosotros. Pero el peso de lo que perdió la acompañó siempre.

Poco después, fue destinada a tierras del sur, en condiciones peligrosas. Perdió la vida por una sublevación de brujos al margen del Consejo.

Nosotros cargamos con la culpa de no haber hecho más, de no haber encontrado la forma de cambiar su destino. Sabemos que esta carta llega tarde y entendemos que puedas sentir rencor hacia nosotros. No escribimos para limpiar nuestra conciencia, porque esa carga será nuestra para siempre. Escribimos porque queremos ayudarte.

Al enterarnos de que los Clark han decidido retirarte su apoyo económico, no podemos quedarnos de brazos cruzados mientras te arrebatan la oportunidad de construir tu propio futuro. Por ello, queremos cubrir los gastos de tu matrícula en la Academia. Es el dinero que nos dieron por la muerte en servicio de tu madre; nunca lo hemos tocado. Es más tuyo que nuestro.

No te pedimos que nos perdones ni que veas en este gesto un intento de redimirnos. Solo queremos ayudarte para que puedas seguir tu camino y no te obliguen a renunciar a tu libertad.

Para que los Clark no te destruyan.

Tu madre luchó hasta donde pudo. Ahora, queremos que tú tengas la oportunidad de luchar también.

Con afecto,

Augustus y Evelina Merrivale

Rain se quedó mirando las páginas en silencio. Volvió a releer algunos párrafos como si quisiese asegurarse de que lo había entendido bien.

—Kane y yo hemos pasado por el banco antes de venir y, efectivamente, he recibido una transferencia a mi cuenta de su parte

con la cantidad necesaria.

—Aiden, esto es... ¿Estás bien?

—¿Bien? Creo que me estoy volviendo loco. De pronto, siento que no estoy en mis cabales, que me golpeé el viernes en Entrenamiento y esto es producto de un coma que estoy viviendo. —Conforme hablaba se fue acelerando más y más—. Mi vida ha implosionado. —Se metió los dedos entre el pelo revolviéndose los rizos y soltó una risa histérica, nerviosa—. Lo peor es que me lo creo todo. No niegan la versión de mi padre y mi familia: «Ella se marchó, te dejó y nunca volvió». Pero ahora todo tiene más sentido, conozco a mis abuelos, a mis tíos, a mi padre... Es tan lógico lo que cuenta la carta que me da rabia no haberlo pensado alguna vez, me da rabia no haber dudado ni una vez de la versión de mi familia. Al menos, los Merrivale reconocen sus faltas, al menos no pretenden ser mejores personas o exculparse. Y aun así me parecen más humanos que todos los miembros de mi familia.

Kane le pasó una mano por la espalda tratando de reconfortarlo.

—Eras un niño, creíste lo que te decían las personas que cuidaban de ti, como hacen todos los niños. No te castigues.

Rain abrazó a Aiden, como si envolviéndolo en sus brazos pudiese protegerlo de todo lo que estaba ocurriendo, del desastre y el desasosiego que lo rodeaban últimamente.

—No me siento preparado para conocerlos todavía —admitió—. Puede que dentro de un tiempo, cuando haya conseguido asimilar todo esto. No lo sé —gimió agobiado—. ¿Qué debería hacer?

Rain lo soltó y él se estiró recolocándose las gafas.

—Queda con ellos cuando estés preparado. Si es que quieres. No han estado en tu vida durante más de dieciocho años, no creo que ahora tengas que darte prisa, ni forzarte a quererlos o a pensar en ellos como tus abuelos. Date tiempo y deja que todo esto se asiente —le aconsejó Rain.

Aiden asintió mientras relajaba los hombros.

—¿Es correcto, entonces, que acepte el dinero?

—¿Y por qué no? Te lo han dado ellos porque han querido.

Blake estaba apoyado sobre su mano derecha en la mesa más cercana a la ventana donde estaban reunidos. Con los guantes de

trabajo metidos en el bolsillo trasero de los vaqueros y la camiseta de mangas cortas manchada y arrugada. Rain apretó los labios, aquel aspecto desentonaba tanto con su imagen impoluta y cuidada habitual... Blake captó como ella lo miraba divertida y arqueó una ceja.

—Ya sea porque sus motivos son genuinos o porque quieren lavarse la conciencia. —Blake se encogió de hombros—. Cógelo.

—Ni siquiera sabes lo que dice la carta —refunfuñó Aiden.

—No, pero he oído lo que decíais; con eso me basta.

Aiden cogió aire y se estiró como si se inflase de determinación.

—Sin que sirva de precedente, escucharé a Blake.

Kane se inclinó para darle un beso en el pelo a su novio y le sonrió a su mejor amigo agradecido.

—Vamos, te acompaño a hablar con Irk. Antes me ha parecido verlo.

Se marcharon juntos.

Blake se acercó a Rain, observando los libros y notas que tenía repartidos por el alféizar de la ventana. Ella esbozó una sonrisa burlona.

—¿Me encuentras divertido, Lee? —murmuró con una media sonrisa, inclinándose ligeramente para que su rostro quedara a la altura del de ella.

—No pega con tu aspecto remilgado de siempre.

Él volvió a arquear las cejas y llevó la lengua hasta la comisura, molesto. La cogió de la cintura y la movió antes de que pudiese protestar para sentarla sobre su regazo.

—¿Remilgado? —preguntó, su tono bajo y aterciopelado.

Rain sintió un leve escalofrío recorrerla. Su corazón latiendo con fuerza contra su pecho.

—Ya sabes, tienes la apariencia del típico señorito estirado que tiene servicio en casa —le contestó ella burlándose.

Los dedos de Blake le rozaron la piel de la espalda que quedaba expuesta entre la cinturilla de su falda y su cárdigan. Por un instante, el mundo se redujo al leve roce de sus manos, al calor de su cuerpo y a esa tensión palpable que llenaba el aire entre ellos.

—Y me lo dices tú —Blake posó la otra mano en su rodilla y comenzó a subir arrastrando la tela de la falda hacia arriba lentamente—, con este aspecto de chica *remilgada* —dijo, devolviéndole la palabra— y empollona —añadió.

—He visto cómo me miras, Ash Blake. —Su voz sonó ligeramente aspirada, como si le faltase el aire—. No finjas que no te gusta mi aspecto.

—¿Y cuándo he dicho que no me guste? Cuantas más cosas llevas encima más me apetece quitártelas. —Su tono fue suave, apenas una chispa traviesa.

Rain lo empujó del pecho y giró la cabeza para esconder el tono rojo que sabía que sus mejillas habían adquirido. Notó cómo Blake se sacudía con una risa baja.

—Si este es tu mejor intento de parecer encantador, Ash Blake, debo decirte que estás fallando miserablemente.

Blake la miró con una sonrisa ladeada.

—¿Eso crees? Yo no lo veo así...

—Eso es porque la noticia de Aiden me ha puesto de buen humor. Mi actitud no tiene nada que ver contigo.

—Ah, así que es eso... —La sonrisa de Blake se ensanchó mientras sus dedos trazaban un patrón distraído en su pierna—. Bueno, haré todo lo posible por aprovechar esta suerte, entonces —comentó, acercándose para darle un beso suave.

—¿Tienes que tener siempre la última palabra?

—Me gusta competir contigo, chica Amanecer.

Rain puso los ojos en blanco. Blake estiró la mano y cogió su libreta para observar sus notas.

—¿Intentando encontrar el diario?

—Si era una reliquia familiar alguna de estas personas tuvo que tenerlo.

—Pero en algún punto tuvieron que decidir esconder la verdad. Los Blean están ligados al poder y a nuestra historia y, por tanto, el Consejo entra en juego, así que no creo que sea fácil saber dónde está.

—Vale, supongamos que es así. ¿Si es tan importante lo que esconde, no lo tendrías a buen recaudo? Yo desde luego no se lo

confiaría a nadie, es casi como un tesoro familiar, ¿no? No creo que los familiares de Cordelia simplemente se desprendiesen de algo tan valioso.

Blake lo valoró un momento.

—Me encanta cómo piensas, Lee. Tienes razón, desprenderse de ese diario si esconde una información tan valiosa y... secreta, supondría renunciar a un poder incalculable. Tenerlo les asegura controlar de alguna forma al Consejo.

—¿Eso quiere decir que la directora Astrid lo tiene en su poder? —se preguntó Rain en voz alta.

Blake sonrió, pero fue un gesto sombrío. Rain supo al instante que se le había ocurrido una idea.

—Ya sé a quién podemos preguntarle.



«El pasado nunca está muerto. No es ni siquiera pasado».
WILLIAM FAULKNER





Capítulo 46



El aire de abril en Hidden era frío y húmedo, cargado de la sal que traían los vientos del norte desde el mar. La luna llena flotaba entre jirones de nubes, bañando el cementerio con luz espectral. Las lápidas se erguían como dientes rotos entre la hierba alta y los cipreses se sacudían suavemente, como si bailasen un vals.

Rain se ajustó el abrigo estremeciéndose y miró a Blake que había prendido una chispa de fuego en su mano. Cruzaron con pasos cautelosos las hileras de tumbas mientras se acercaban a la cripta de Ophelia Blean.

Blake empujó la puerta y esta se abrió con un chirrido metálico que resonó en el silencio del cementerio. Dentro hacía más frío aún, el aire era pesado y denso, cargado de polvo.

—Esto me da muy mala espina —se quejó Rain.

El hechizo de susurros del pasado solo podía hacerse con magia del Caos, así que no podía conjurarlo. Y si ya de por sí colarse en el cementerio de noche y allanar una tumba la ponía de los nervios, no controlar la magia que iba a usarse lo hacía aún peor. Si salía mal, no sabía cómo estabilizarlo o frenarlo.

—Relájate. Sé que crees que no presto atención en clase, pero soy buen hechicero.

—No dudo de tus capacidades. Pero me da la sensación de que hacer esto nos echará una maldición encima.

Blake soltó una risa baja.

—Los malditos prejuicios del Amanecer. Solo pensáis que vuestra magia es segura... Por el amor de... —Sacudió la cabeza—. No todos los brujos del Caos están locos. —Le dio un beso rápido y añadió, completamente relajado, como si aquello fuese una noche normal en él—: Respira. No hace falta que siempre tengas el control de todo, Lee.

Rain dejó escapar un suspiro. Sí, tenía razón, podía delegar; podía hacerlo. Sacó las velas negras de su bandolera y se las tendió a Blake, que estaba trazando un pentagrama con tiza del mismo color en el suelo, de forma que el ataúd de mármol quedase en el centro.

Rain lo observó con fascinación. Casi nunca tenía oportunidad de verlo conjurar dado que no compartían sus clases de magia. Sus movimientos seguros, sin un ápice de duda o titubeo, prácticos y eficaces, le parecieron sumamente atractivos.

—Nunca me habían mirado con tanto descaro en una situación tan poco convencional —la pinchó él.

Rain tragó pesadamente.

—Es que...

—O sea que, desde el principio, lo único que necesitaba para llamar tu atención era hacer bien un conjuro... —Blake se puso de pie evaluando su obra y se acercó a Rain. Se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Tus gustos son tan peculiares, Lee. Y deja de mirarme así, no puedo distraerme ahora.

Rain sonrió, siempre era una pequeña victoria cuando conseguía alterarle. Como si lo cogiese desprevenido en una jugada de ajedrez.

Blake se mojó el dedo con la cera derretida de las velas y se pintó una runa en el dorso de las manos, seguidamente las extendió sobre el pentagrama y comenzó a moverlas en un patrón fluido, como si dibujara símbolos en el aire. Sus labios se movían con rapidez.

—Habla para mí, Ophelia Blean —ordenó.

«Despierta» —repetía una y otra vez todo su interior.

Sus palabras resonaron en las paredes de la cripta. Rain sintió un escalofrío recorrerle la espalda mientras las llamas de las velas

comenzaban a titilar al compás de sus movimientos.

—Ábrelo —le indicó Blake.

Rain desplazó la pesada tapa de mármol que cubría el osario. Los dos se asomaron dentro, el esqueleto estaba perfectamente conservado e inerte; el hechizo no había funcionado.

Blake se miró las manos, y a continuación el pentagrama. Estaba seguro de haberlo hecho correctamente.

—¿Crees que ha pasado demasiado tiempo como para...? —comenzó a decir Rain.

Él frunció el ceño pensativo.

—Podría ser. El grimorio no hablaba de una cantidad específica de años.

Rain se paseó nerviosa por la cripta. Frustrada. Al principio la idea no le había gustado del todo. Eso de tratar con muertos no le daba muy buena espina. Los conjuros del Crepúsculo, en realidad, la ponían nerviosa. Pero no era más que pura hipocresía, teniendo en cuenta que ella podía caminar dentro de los sueños de los demás.

Y entonces se le ocurrió algo.

—Llámala por su nombre original: Ophelia Isolde Vanderlyle.

Blake sonrió.

—Me encanta lo sabelotodo que eres, Lee.

De nuevo volvió a ejecutar el hechizo, pero esta vez la atmósfera alrededor del esqueleto comenzó a vibrar y pronto se vio envuelto en un aura turbia, que daba la impresión de ver algo vivo.

Rain dejó escapar una exhalación entrecortada, entre asustada y fascinada.

—Ha funcionado...

—Solo tenemos tres preguntas —susurró Blake.

Rain cogió aire.

—¿Dónde se guarda el diario de Cordelia Blean?

Los huesos se movieron, la mano se levantó y apuntó en una dirección.

Rain miró a Blake desconcertada.

—Es hacia donde está la Academia.

Rain asintió para sí misma. Bien.

—¿Todos los descendientes tienen acceso a él?

La calavera del esqueleto se movió negando.

—¿Cuál es la forma de reconocer a un auténtico descendiente de Cordelia Blean?

Los huesos comenzaron a vibrar con un ritmo inquietante, un sonido seco y hueco que resonó en la cripta. Una brisa helada atravesó la sala, levantando motas de polvo. De repente, la mano del esqueleto se alzó, temblorosa, y empezó a escribir en el polvo del osario con movimientos precisos. Cada línea era borrada por la brisa para dar paso a la siguiente y Rain se esforzó en memorizarlas. Al mismo tiempo que la melodía llenaba el lugar.

En la montaña,
brilla la luna con su manto de nieve.
Fría ventisca, susurros de plata,
bailan con ella en una noche que duele.
Sobre la pradera, el sol se adormece.
Danza el otoño en tonos cobrizos,
dulce y tibio como un hechizo.
En el mar, profundo turquesa,
viento que ríe al pasar,
una ola de espuma traviesa.
Cada noche de lienzo estrellado,
sueña la bruja con regresar
a su aquelarre, su hogar ancestral.
Recuerda historias y lazos perdidos,
y en sueños vuelve al lugar prohibido.

Rain sacó una libreta y una pluma de la bandolera y deprisa escribió la letra mientras tarareaba la canción para interiorizarla.

—Es una nana —dijo para sí misma.

Entonces, los huesos cayeron de vuelta a su sitio, inertes, y las velas del pentagrama se apagaron. Blake parecía algo más pálido y tenía algunas gotas de sudor en la frente. Rain vio como los músculos de su espalda y hombros se relajaban y las runas de sus manos desaparecían como si se hubiesen consumido.

Fuera se oyó el ulular de un búho, y Rain dio un respingo, sobresaltada.

—Deberíamos irnos —indicó Blake mientras recogía las velas y borraba el rastro de tiza del pentagrama.

La noche parecía más oscura que antes, cuando salieron de la cripta. El aire olía a tierra húmeda y a hierba aplastada. El crujir de sus zapatos sobre el camino de grava resonaba demasiado fuerte en el silencio del cementerio.

—¿En qué piensas? —le preguntó Blake a Rain, que parecía muy lejos de allí.

—En que necesito quitarme de encima esta sensación espeluznante. Acabamos de hablar con un cadáver de más de trescientos años. No, acabamos de hablar con la mismísima Ophelia Blean —dijo, ahora con el entusiasmo de quien acaba de conocer a un ídolo famoso.

De repente, el frufrú de un cuerpo en movimiento les hizo detenerse en seco y oyeron pasos. Lentamente, se giraron hacia el origen del sonido. Desde una esquina del cementerio, una luz amarilla oscilante empezó a avanzar entre las tumbas.

—¿Es... el enterrador? —murmuró Rain, asustada, sus ojos clavados en la lámpara que colgaba de una mano invisible, pues la figura estaba oculta tras una fila de lápidas.

—O un vigilante. Genial —gruñó Blake. Bajó la voz—. ¿Por qué siempre hay alguien merodeando cuando intentas escapar de la cripta que acabas de allanar?

—¿Acaso te ha pasado más de una vez? —replicó Rain, aunque su tono era más nervioso que burlón.

La luz de la lámpara parpadeó, iluminando momentáneamente una figura envuelta en un grueso abrigo. El hombre tosió, un sonido grave y gutural, y su voz resonó en el espacio:

—¿Quién anda ahí?

Rain y Blake se miraron. Correr o esconderse. Esas eran las únicas opciones.

—¡Vamos! —Rain tiró de la manga de Blake y lo llevó detrás de una de las esculturas de ángeles. Se agacharon juntos, apretados contra la fría piedra.

—Si nos encuentra siempre podemos fingir que hemos venido a enrollarnos —susurró Blake con un brillo divertido en los ojos.

—¿Qué tipo de personas harían eso?

—Te sorprenderías.

Rain dirigió una mirada de horror al lugar como si lo estuviese sopesando.

—Es por el morbo —explicó Blake en voz baja—. Y no pongas esa cara, a algunos les gustan los cementerios, otros prefieren las bibliotecas...

A pesar de la oscuridad, Blake pudo ver como Rain enrojecía y sus ojos se agrandaban.

—Eres la peor persona que conozco, Ash Blake.

—Puede ser... —Se inclinó cerca de su oreja—. Y aun así estás colada por mí, Rain Lee.

Ella parpadeó. ¿Por qué tenía que encontrar tan atractiva la seguridad casi descarada que tenía en sí mismo? Sintió calor subiendo por su cuello, extendiéndose por todo su sistema nervioso.

—En contra de todo mi buen juicio —murmuró.

La comisura izquierda de Blake se curvó ligeramente. Era ese tipo de expresión la que hacía que ella quisiera abofetearlo y besarlo al mismo tiempo.

Blake se inclinó más cerca, apoyando una mano en la fría piedra del ángel que los ocultaba. Sus ojos claros brillaban incluso en la penumbra, como si pudiera ver directamente a través de ella.

—¿Insinúas que soy una mala influencia? —dijo, acercándose un poco más, su voz era suave como el terciopelo y estaba cargada de algo tan peligroso como tentador—. Quizá la chica buena nunca fue tan inocente como parecía... —Su mirada descendió hacia sus labios, y luego volvió a sus ojos, oscura y ardiente—. Tal vez siempre quiso caer... y simplemente estaba esperando a la persona adecuada.

Rain sintió que le fallaba la respiración. Quería replicar, quería recordarle que estaban escondidos, que los podían descubrir en cualquier momento. Pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta, ahogadas por el pulso frenético que sentía en cada rincón de su cuerpo.

—O al demonio... —musitó.

—Joder, cómo me gustas.

Blake atrapó su labio inferior, suave y blando, con los dientes, mordiéndoselo. Rain tiró de su camiseta y lo besó; fue rápido al principio, casi tímido, pero luego sus labios se encontraron de nuevo, más seguros, más intensos. Blake le puso una mano en la nuca e hizo un pequeño ruido de satisfacción al hundirse en su boca. La fría piedra detrás de ellos y la amenaza de ser descubiertos se desvanecieron en el calor de ese momento.

Cuando finalmente se separaron, Rain jadeó con su boca todavía rozando la de Blake. Miró hacia abajo, al suelo bajo sus pies, y su rostro se encendió al darse cuenta de dónde estaban.

—Acabamos de besarnos encima de una tumba —protestó horrorizada.

Blake sonrió y a ella le dio vueltas la cabeza.

—¿Y?

Rain lo miró con una mezcla de incredulidad y emoción.

—Vamos a ir al infierno por esto.

Blake se encogió de hombros, sus dedos todavía rozando los de ella.

—Ya íbamos a ir de todas formas, Lee. ¿Por qué no divertirnos?

El vigilante se acercó más, cada crujido de las hojas bajo sus pisadas era como una cuenta atrás. La lámpara proyectaba largas sombras que parecían dedos extendiéndose hacia ellos. Blake agarró el brazo de Rain para evitar que se moviera.

Aprovecharon cuando el hombre giró a un lado para deslizarse hacia otra lápida. Con tal mala suerte de que el abrigo de Rain rozó una rama seca, que se rompió con un sonoro crac.

—¡¿Eh?! ¡¿Quién anda ahí?! —gritó el vigilante, dirigiendo la luz hacia donde estaban.

Rain y Blake echaron a correr. Sus pies derraparon en la grava mientras atravesaban el cementerio, sorteando tumbas y arbustos.

—¡Deténganse! —vociferó el vigilante, claramente más enfadado que curioso ahora.

—¿Tiene que gritar tanto? ¡Va a despertar a los muertos! —dijo Blake mientras corrían.

Llegaron al muro del cementerio.

—Vamos, salta. —Blake entrelazó las manos para darle un punto de apoyo a Rain, que lo miró como si hubiera perdido la cabeza—. Vamos, no te asustes. Te veo en Entrenamiento, has mejorado mucho.

Con un bufido, Rain apoyó el pie en las manos de Blake y se impulsó. Escaló el muro y, al llegar arriba, le tendió la mano a él para ayudarlo. Blake la alcanzó justo cuando la luz de la lámpara iluminó el pie de la pared.

Ambos cayeron sobre el suelo cubierto de musgo del otro lado del muro, jadeando pero sonriendo. Blake la cogió de la mano y tiró de ella para alejarse antes de que el vigilante diese la vuelta por la puerta y los encontrase allí.



«Tengo en mis manos el poder y el deseo, la pasión y la muerte. Soy dueña de mi propia tormenta».
ALEJANDRA PIZARNIK





Capítulo 47



LA INESPERADA Y TRÁGICA MUERTE
DE ALBERTA NOVAK CONMOCIONA A LA COMUNIDAD DEL MUNDO FUERA DE LO NORMAL

En una noticia que ha dejado a la sociedad del Mundo Fuera de lo Normal sumida en el estupor, Alberta Novak, hija de la influyente Jovana Dordevic y su marido Tobias Novak, ha perdido la vida. La prometedora joven, de tan solo dieciocho años, cursaba su primer año en la Academia.

Según fuentes cercanas a la familia, la causa oficial de su muerte ha sido un paro cardíaco mientras dormía, aunque esta explicación ha dado lugar a una ola de especulaciones entre los miembros de la Orden del Amanecer, de la cual los Novak son una pieza clave. ¿Podría haber algo más siniestro tras esta tragedia?

Alberta, descrita por sus compañeros como «brillante y con un futuro resplandeciente», había destacado en su corta estancia en la Academia tanto en las artes mágicas como en su liderazgo nato. «Era una fuerza de la naturaleza, un verdadero ejemplo de lo que significa ser parte de la Orden del Amanecer», declaró una de sus mejores amigas.

Su repentina muerte ha cogido a toda la comunidad del Amanecer desprevenida. «Era muy joven y no tenía problemas de salud. Alberta tenía un corazón tan grande como su ambición. Este es un día oscuro para todos los que la conocimos», expresó entre lágrimas un familiar cercano en la puerta de la casa de los Novak, en Eurínome.

Pocos detalles se conocen todavía. Los Novak acudieron el sábado a la Academia para recoger a su hija antes del periodo de vacaciones primaverales. A pesar del hermetismo que rodea el caso, se especula que hicieron una parada en la ciudad portuaria de Kaemport, conocida por ser el punto de conexión con la isla Eurínome. Según fuentes no oficiales, es posible que se alojaran en La Brisa de Níobe, el hotel del Mundo Fuera de lo Normal más prestigioso de la ciudad, con intención de marcharse al día siguiente en dirección a Eurínome.

Un patrón perturbador

La muerte de Alberta se suma a otra pérdida reciente en su círculo cercano: la de su amigo y compañero de clases Dereck Keller, quien falleció hace solo unos meses en circunstancias igualmente misteriosas. Aunque la comunidad mágica está acostumbrada a lidiar con eventos extraordinarios, este nuevo deceso ha alimentado teorías sobre un posible ataque dirigido contra la propia Orden del Amanecer.

«La coincidencia es demasiado grande como para ignorarla», comentó un anónimo allegado a la familia. «Los Novak siempre han tenido enemigos por su influencia en la Orden. Esto podría ser una advertencia».

Esto se suma a la preocupación por el estado de salud de la Sabia Gea. Parece ser que algo se cuece en las tripas del Mundo Fuera de lo Normal, los conspiranoicos podrían ver aquí un patrón de inestabilidad. ¿Quizá por eso ha tardado tanto en saberse esta noticia y todavía permanecen ocultos sus detalles?

Un funeral marcado por la vigilancia

El servicio funerario, programado para el próximo viernes, se llevará a cabo en la más estricta intimidad. Actualmente, los padres todavía no han hecho declaraciones oficiales, lo que podría probar que quizá la muerte no haya sido tan natural como parece. Fuentes oficiales confirman que el evento estará rodeado de fuertes medidas de seguridad. ¿Se harán públicos nuevos detalles sobre su fallecimiento en esta ocasión?

Mientras tanto, la comunidad del Mundo Fuera de lo Normal sigue expectante y en vilo. La muerte de Alberta Novak deja un vacío imposible de llenar, pero también una serie de preguntas inquietantes que aún carecen de respuesta. Desde *Reportes de bruja*, seguiremos informando sobre este caso y sus posibles repercusiones en los intrincados hilos de la política mágica.



Las gotas golpeaban con un ritmo constante los cristales de la cafetería en la que se habían refugiado Rain y Aiden, buscando cobijo del frío húmedo que empapaba las calles. Dentro, el ambiente era cálido, con el suave murmullo de conversaciones que se mezclaban con el tintineo de las cucharillas y las tazas, y el chisporroteo ocasional de la máquina de café.

Compartían una mesa junto a la ventana, cuyo cristal empañado dejaba entrever la silueta de los transeúntes que se desplazaban apresurados bajo paraguas de colores. El aroma amargo de sus bebidas se mezclaba con el dulzor de los bollos de miel que les habían servido.

Y en medio de ambos, el periódico. La portada mostraba una foto de archivo de la familia Novak. Aiden había leído el artículo en voz

alta para Rain con una curiosa mezcla de fascinación y horror, añadiendo comentarios y elucubraciones aquí y allá.

—Es... me cuesta creerlo —dijo Aiden, rompiendo el silencio mientras cogía su taza de té.

Rain no respondió de inmediato. Sus ojos se habían clavado en el titular sensacionalista que ocupaba toda la parte superior de la portada, en letras tan grandes que podría haberlo leído incluso desde la otra acera.

Se había sentido como si una manada de animales la hubiese derribado y placado de improviso.

Habían pasado junto al puesto de prensa cuando el titular la golpeó de lleno, deteniéndola en seco bajo la lluvia. Antes de que ella pudiera reaccionar, Aiden había soltado un chillido ahogado y se había abalanzado sobre el ejemplar. Había dejado caer un puñado de monedas en la ventanilla del quiosco y se habían marchado los dos a toda prisa sin ni siquiera esperar el cambio. Ahora, sentados en la cafetería, ambos se inclinaban sobre las páginas como si esperaran que les revelaran algo más allá de las palabras impresas.

—Es ridículo cómo adornan las cosas —siguió comentando Aiden, mientras pasaba a la página interior, donde había una fotografía de Alberta, impecable con su uniforme de la Academia. Su dedo golpeó la columna con fuerza—. Aquí, mira esto: «Tenía un gran corazón. Era un ejemplo». Por favor...

Rain dejó escapar un suspiro pesado, su mirada aún fija en la fotografía.

—¿Qué quieres que digan?

—Era un mal bicho.

—Aiden, que está muerta.

—Las dos afirmaciones son correctas. —Él siguió mirando la noticia—. Y esto que dice de que podría no ser una muerte natural... ¿Qué opinas?

—Que el drama vende más —respondió Rain, aunque su voz sonaba distante.

Aiden frunció el ceño, ladeando la cabeza para mirarla.

—¿Estás bien?

Rain apartó la vista del periódico, encontrando los ojos de Aiden por un momento antes de volver a la lluvia que seguía golpeando el cristal. Aferró la taza de café caliente con ambas manos, como si buscara consuelo en su calor.

—Un poco en *shock* —respondió.

—Es cierto que es extraño. Tres personas de nuestro curso han muerto este año, pero Alberta ni siquiera estaba en la Academia cuando pasó. No veo el patrón. ¿Crees que puede tener que ver...?

Rain se removió en la silla.

—Bueno, por lo que sabemos, tanto Alberta como Dereck Keller estaban en el club de Política. —Como Aiden ya conocía esa información no corría ningún riesgo de romper su juramento mencionándolo.

¿Qué pasaría con el club ahora que Alberta estaba muerta? ¿Quién sería el nuevo líder? ¿Lo cerrarían? Se sintió inquieta. Este percance podría entorpecer sus planes.

—No me gusta nada que estés metida en esto. Es peligroso.

Rain se mordisqueó el labio. Si Aiden supiese que estaba delante de la culpable, ¿cómo reaccionaría? Apartó el bollo de miel a un lado, había perdido el apetito.

—¿Y Jun? ¿Crees que está en peligro? Siendo sincero... No es que me alegre de la muerte de Alberta pero tampoco me entristece; era una persona horrible, igual que Keller. Pero... aunque nuestra relación con Jun ha cambiado —arrugó la frente al recordar la conversación que había tenido con él después de lo ocurrido con su padre—, no deseo que le ocurra nada malo.



La noche había caído sobre la Academia como un manto de sombras, roto solo por los destellos esporádicos de los relámpagos que iluminaban el horizonte. El eco de los truenos resonaba por los pasillos vacíos, casi como una presencia incorpórea. La tormenta arreciaba en el exterior, los árboles se sacudían, el viento aullaba y

la lluvia golpeaba las ventanas con fuerza; aquello parecía, sin duda, un mal presagio.

Rain se ajustó la capucha de la capa del club, asegurándose de que le cubriera el rostro mientras avanzaba con pasos silenciosos por los pasillos desiertos. La sensación de estar sola en ese enorme edificio era extraña, casi antinatural. El corazón le latía tan deprisa que temía que el sonido retumbase por todo el castillo.

Con Alberta Novak muerta sabía que el tiempo se agotaba. Si no encontraba respuestas ahora, podía no tener otra oportunidad.

Empujó la puerta de la sala de clubes, y esta cedió con un leve chirrido. Dentro, el fuego apagado en la chimenea dejaba la habitación sumida en penumbras. El aroma a libros viejos y cera de vela impregnaba el aire. Tragó saliva y se acercó a la chimenea. Se detuvo un momento frente al desgastado espejo, ajustándose la capa para protegerse del frío que parecía emanar de las paredes. Extendió la mano y sus dedos temblaron al cubrirse con el tenue brillo de su aura. Su voz rompió el silencio con un susurro apenas audible:

—Aurora.

El espejo titiló, como si un destello cruzara su superficie opaca, y un crujido resonó en la base de la chimenea. La parte inferior comenzó a desplazarse, revelando la angosta entrada que conducía a la escalera de caracol.

Rain contuvo la respiración al mirar hacia el pasadizo oscuro.

Las antorchas se encendieron conforme bajaba a toda prisa. Observó la sala pentagonal estudiándola con atención. Estaba segura de que detrás de aquellos paneles de madera debía esconderse algo más. Rodeó la mesa principal, Alberta y los demás miembros siempre habían tenido mucho cuidado con lo que le mostraban para no darle más información de la necesaria.

Rain se concentró en su visión, abriendo su mente para detectar cualquier rastro de magia que pudiese indicarle dónde se escondían los secretos de aquella sala. Pasó la palma de la mano por paredes.

«Revélate».

Tras varios intentos, encontró la huella de una mano, el vestigio de la magia que aún brillaba, como el rastro de purpurina tras una

fiesta. Colocó su propia palma en el mismo lugar y, presionando la madera, le ordenó que se abriera.

Esta cedió, atrapándola como si de un imán se tratase, y giró con ella llevándola hacia una pequeña sala contigua. Las paredes estaban cubiertas de diagramas de flujo con etapas de procesos y pasos a seguir. Había tanta información que las letras parecían bailar a su alrededor envolviéndola en una danza casi mareante.

«Ritual», «volver al origen», «captación de fieles», «implantación silenciosa». Rain giraba sobre su eje, leyendo frenéticamente en voz baja.

Un sonido seco, apenas un crujido, la hizo congelarse de pronto. La atmósfera se volvió estática, cargándose. Alzó la vista lentamente, conteniendo la respiración.

Junto al umbral, una sombra se proyectaba en el suelo.

—Nunca le han dicho eso de que la curiosidad mató al gato, señorita Lee.

La voz de Irk rompió la tensa quietud como un cuchillo rasgando tela. Siempre con esa curiosa mezcla entre palabras amenazantes y un tono ligero, casi distendido. Rain nunca era capaz de interpretar la expresión de su rostro, y eso la aterrorizaba más que cualquier otra cosa.

El pulso se le disparó desbocado. Se dijo que tenía un salvoconducto, que él no le haría daño. Aunque nada de eso la tranquilizó. Irk era una persona muy difícil de leer, pero si algo tenía claro es que parecía perfectamente capaz de matar, ya lo había intentado con Blake dos veces. No era un simple profesor, estaba segura de que detrás de aquella sonrisa impostada se ocultaba alguien realmente poderoso.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Irk, avanzando lentamente.

Rain retrocedió un paso y chocó contra el escritorio que había junto a la pared del fondo. Se obligó a mantenerse firme, aunque su voz tembló al responder.

—Yo podría hacerle la misma pregunta.

—No me pone usted nada fácil mi trabajo, Lee. Uno pensaría que alguien que tiene tanto que ocultar sería mucho más prudente al

enfrentarse a lo que no conoce.

Rain arrugó la frente. Sus dedos se cerraron entorno al borde del escritorio. Como si necesitase sostenerse a algo.

El profesor avanzó un paso más y se quedó a escasos metros de ella. Rain sintió que la piel se le erizaba, una mezcla de miedo e incertidumbre. No sabía si estaba en peligro o si Irk simplemente intentaba intimidarla para que retrocediera.

—No tiene idea de en qué se está metiendo, Lee. —Su voz se volvió más baja, cargada de una gravedad que hizo que ella se alertara aún más—. Piense en su madre, la doctora Sherin Lee, que desea que su hija vuelva a casa para las vacaciones de verano. ¿No cree que la disgustaría mucho que algo extraño le ocurriese?

Rain sintió que el aire le quemaba los pulmones. La mención de su madre, tan directa, tan inesperada, fue como un puñetazo. Era un golpe bajo, y eso la enfureció más de lo que la asustó. Levantó la barbilla, obligándose a sostener la mirada de Irk, aunque el peso de sus ojos, tan penetrantes y fríos, la hizo querer encogerse.

—¿Me está amenazando? —preguntó con una valentía que no sentía realmente. Su voz no sonó tan firme como esperaba, pero logró mantener el temple.

Irk inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera evaluando su reacción. Una sonrisa apenas perceptible, pero profundamente inquietante, curvó sus labios.

—No. Es un consejo. —Su tono era suave, casi amable, pero en vez de calmarla, la hizo sentir aún más inquieta—. No querrá que su madre tenga que pasar por el dolor de perder a su única hija.

Rain apretó los dientes.

—Es usted muy amable, profesor —espetó enfadada. Sabía que probablemente no era sensato, pero había algo en la forma en que él la miraba, como si supiera más de lo que decía, que la hacía hervir de frustración—. Pero no acepto consejos de extraños.

Irk dio un paso más, reduciendo la distancia entre ellos a apenas un metro. Rain no podía retroceder más.

—Hay cosas en este mundo que no deberían ser descubiertas. —Se detuvo, observándola con intensidad—. Y usted está demasiado

cerca de una verdad que podría destruirla. Es lista, si no, no hubiese llegado donde está viniendo de donde viene, así que no lo estropee.

Rain entrecerró los ojos.

—Con todo el respeto, ¿y a usted qué le importa? —preguntó con dureza.

—Porque si no me hace caso, seré yo quien tenga que ocuparse de usted. Intento facilitarnos la vida a ambos. ¿Entiende? —Se enderezó, su expresión volvió a ser indescifrable—. Sería una pena que una joven tan prometedora como usted desperdiciara su potencial en algo que no le corresponde.

Rain lo miró aterrada y tragó pesadamente. Nunca la habían amenazado de muerte de una forma tan sutil y seria al mismo tiempo. Irk siempre se expresaba con ese toque de ironía, como si sus palabras escondiesen muchas más cosas, notas que solo él comprendía. Y, aunque su rostro trataba de parecer amable, había una disonancia, algo realmente perturbador, como si no sintiese nada en absoluto.

—¿Para quién trabaja, para el culto Ereshkigal? ¿Por eso los protege?

Irk esbozó una media sonrisa, un gesto enigmático. Cogió a Rain del brazo tirando de ella con fuerza y la empujó hasta lanzarla al otro lado de la sala. Rain chocó contra el panel de madera con un gesto de dolor.

—No cometa el error de pensarse demasiado lista, Lee. Ese es el pecado de los mediocres. La soberbia ciega hace subestimar al oponente, y es entonces cuando uno pierde antes siquiera de darse cuenta. Hágame caso. —Con una última sonrisa accionó desde la distancia la puerta secreta, que giró sacando a Rain de la pequeña estancia.



«Todos los caminos me llevan al infierno. Pero ¡si el infierno soy yo! ¡Si por profundo que sea su abismo, tengo dentro de mí otro más horrible, más implacable, que a todas horas amenaza con devorarme!».

ANÓNIMO





Capítulo 48



Rain estaba recostada contra las almohadas de la cama de Blake. Había sacado unos cuantos recortes de periódico de la biblioteca de Hidden en los que se mencionaba a Alan Irk. Después de lo que había ocurrido la noche anterior había decidido investigar al misterioso profesor.

Aunque nada de eso estaba aportando mucha claridad. Era del oeste, de la promoción del 64. Lo había encontrado en alguna que otra imagen de archivo de la Academia, siempre solitario y apartado, y en otras de la Orden del Amanecer. Aunque no se destacaba su rango o cargo.

Blake estaba tumbado a su lado, con la cabeza descansando sobre su regazo. Su cuerpo y respiración relajados la hacían sentir en paz. Con su mano libre, Rain le pasaba los dedos por el cabello, acariciándoselo distraída mientras seguía leyendo y murmuraba cosas para sí misma.

—Es extraño que se sepa tan poco de él. Es como un hombre fantasma —se quejó.

—Entiendo que necesites estar muy cansada para agotar tu magia mientras duermes. Pero se me ocurren mejores formas de hacerlo que estar investigando a Alan Irk. —El murmullo de la voz de Blake vibró contra su muslo.

Rain esbozó una sonrisa apenas perceptible, pero no apartó la vista del anuario. Él la había estado ayudando con sus problemas de sueño, haciendo el trabajo de Tinieblas que rondaba ahora por el apartamento de Blake como si fuese el suyo propio. Blake tenía un sueño muy ligero, así que se despertaba en cuanto ella se movía presa de una pesadilla. Pero la tranquilidad de las vacaciones de primavera había hecho que sus emociones se mantuviesen bajo control excepto por la noche anterior tras el encuentro con Irk.

—Es importante, Ash. Hay cosas sobre él que no cuadran. Mira esto. —Movió la copia de su página del anuario, acercándola a su línea de visión—. Ni una referencia a clubes, ni a su familia, nada.

Blake soltó un suspiro, cerrando los ojos un momento antes de incorporarse con lentitud. Tomó las hojas de su mano, quitándoselas y las dejó sobre la mesilla, fuera de su alcance.

—¡Blake! —protestó Rain, pero sin demasiada fuerza.

Antes de que pudiera recuperarlas, Blake la rodeó por la cintura y, con un movimiento ágil, la atrajo hacia él, haciéndola sentarse a horcajadas sobre él. Rain dejó escapar un pequeño jadeo de sorpresa. Blake la miró con ojos brillantes y una pequeña sonrisa escondida en la comisura izquierda. Le cogió las gafas y con cuidado se las quitó apartándolas a un lado.

—Ya has dedicado suficiente tiempo a Irk esta noche —dijo al tiempo que la sujetaba con firmeza por las caderas—. Ahora quiero toda tu atención.

Rain lo miró arrugando el ceño, tratando de no reaccionar mientras él deslizaba una mano bajo su camiseta, acariciándole la espalda.

—Eres increíblemente demandante, Ash Blake.

Él arqueó una ceja.

—Solo contigo, en realidad. Siempre he sido más arisco que cariñoso.

Rain le pasó de nuevo los dedos por el pelo y él inclinó la cabeza en la dirección de su mano mientras cerraba momentáneamente los ojos.

—¿Ah, sí? —rio ella.

—Mi madre era extremadamente cariñosa y a mi hermana le encantaba. Yo fingía que me molestaba. —Se le formó una profunda arruga en la frente, como si los recuerdos le doliesen—. Nunca me ha gustado parecer... dependiente, supongo. No lo sé, tenía esa edad en la que quería dar la imagen de ser más mayor e independiente, aunque fuese un niño. Luego, cuando quedamos mi padre y yo... Los dos estábamos un poco encerrados en nosotros mismos. —La atrajo más cerca—. Pero a ti no puedo quitarte las manos de encima, Lee. —Sus labios rozaron los de ella apenas un instante antes de murmurar—: Aunque tenga que competir con toneladas de libros.

Rain cerró los ojos mientras él la besaba. Cualquier pensamiento sobre Alan Irk se desvaneció por completo.



—Hace casi una semana que no entro aquí y me parece que han pasado años —soltó Aiden con voz quejumbrosa, como si tuviese cien años en vez de dieciocho.

Rain lo había acompañado de vuelta, sabía que estaba nervioso, tanto por reencontrarse con Jun como con el resto de sus compañeros, después de lo que había ocurrido con su padre.

—Por suerte —añadió, metiendo la llave en su puerta—, la noticia de la muerte de Alberta ha hecho que lo mío quede olvidado.

Rain se tensó y miró a ambos lados del pasillo antes de entrar en la habitación de su amigo, como si esperase encontrarse con el fantasma de Alberta.

Aiden dejó su bolsa de viaje sobre la cama y soltó un largo suspiro. Rain se sentía igual. Aquellos días en el apartamento de Blake habían sido un pequeño oasis en aquel bosque de espinas que era la Academia. Esa misma mañana se había despertado al sentir a Blake moverse y refunfuñar. Tinieblas se había colado en la habitación y había comenzado a caminar sobre su espalda desnuda.

—Tinieblas, no —la había reprendido con voz pastosa.

—Quiere que te despiertes y le hagas caso. Seguramente tiene hambre o está aburrida —había murmurado Rain, desperezándose.

Blake había tomado a la gata en brazos, pegándosela al pecho, y había salido de la cama para llevársela al salón mientras le daba un beso en la cabeza peluda, con naturalidad, con cariño. Rain había sentido que el corazón se le hacía muy muy pequeñito, tanto que le había dolido, y de pronto se le había ensanchado con ganas de estallar. Había sentido una fuerte mezcla de amor y atracción, por la imagen tan tierna, porque él quisiese a su querida gata, a su familiar. Y porque Blake recién levantado y sin camiseta con Tinieblas en brazos era un espectáculo en sí mismo para los ojos.

Pero ahora tocaba volver a la realidad.

Aiden estaba sacando sus cosas de la bolsa en silencio. Parecía, al igual que ella, nostálgico y triste, perdido en sus pensamientos. Rain se puso a vagar por la habitación. Jun aparecería de un momento a otro y habían pasado tantas cosas que no sabía a qué atenerse. ¿Qué planearía el club ahora que se habían quedado sin líder? ¿Cuál sería su siguiente paso? Necesitaba a Jun de su parte, era una fuente de información muy valiosa y siempre era mejor tenerlo cerca que como enemigo.

A veces lo despreciaba, otras le daba pena, sentía lástima por la forma en la que dejaba que sus padres o las convenciones de su sociedad arruinasen la persona maravillosa que había sido.

Pasó la mano por el escritorio, distraída. Había una montaña de libros a un lado, una fotografía de Jun con sus padres y otra de los tres amigos, un día de invierno que fueron a patinar al centro de Céfiro. Se miró, salía sonriente con las mejillas sonrosadas por el frío. Su cabello rizado y encrespado por la humedad asomaba bajo el gorro de lana que le había regalado su abuela, y sus ojos, casi sin querer, se desviaban hacia Jun. Era tan evidente lo que sentía en esa foto... Aiden tenía cara de espanto, mientras trataba de mantenerse recto sobre el hielo, y Jun, en medio, rodeándolos a ambos con sus brazos, casi de forma protectora.

¿Dónde habían quedado esos tres adolescentes? Estiró la mano y acarició la foto. No reconocía a aquella chica. Era como mirarse a

uno de esos espejos de feria que distorsionan la imagen. A lo mejor a la Rain de la fotografía le pasaría lo mismo al mirarla a ella.

—¿Me estás escuchando? —la llamó Aiden.

Rain dio un respingo, como si la hubieran descubierto haciendo algo indebido, y apartó la mano con tanta brusquedad que golpeó el lapicero de Jun, haciéndolo caer al suelo.

—¡Mierda! —exclamó.

El cilindro rodó hasta el borde de la cama de Jun, desparramando lápices y bolígrafos. Rain se inclinó para recogerlo, pero, al levantarlo, algo captó su atención. Un destello metálico en el fondo.

Frunció el ceño, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda. Metió los dedos con cautela y tiró suavemente.

Un aro plateado, diminuto, con una esfera en el centro.

Se quedó inmóvil. Se le cerró la garganta. Las rodillas le cedieron y acabó dejándose caer sobre sus talones, con el piercing temblando en la palma de la mano.

El mundo pareció cerrarse sobre sí mismo. Un hormigueo le recorrió los brazos, mezclando incredulidad y una certeza tan aterradora que casi la hizo soltarlo. Oía, de forma muy lejana, un zumbido; habría jurado que era el torrente de su sangre; como el caudal de un río que se desborda.

La imagen irrumpió en su mente con la fuerza de un golpe.

Una chica alta y morena apoyada en el quicio de la puerta de su habitación, con una mochila enorme en la espalda y una sonrisa que le ocupaba toda la cara; vestía un pantalón de chándal y una sudadera ancha, y coronando su aspecto, como quien cierra un regalo con un lazo perfecto, un piercing en la nariz.

Recordaba lo mucho que la había sorprendido que un estudiante llevara algo así. Pero también cómo, con el tiempo, encajaba tanto con ella que verla sin él, como en las clases de Defensa, se le hacía extraño.

Era el piercing de Maya.

Y no había forma de que aquello estuviera allí por accidente. Maya lo llevaba siempre. *Siempre*. Sobre todo, aquella noche.

Casi podía verla.

Rain apretó los labios. Su mente reproducía todas las posibilidades, intentando buscar una razón, cualquier razón, que no condujera a la verdad que se estaba abriendo paso como un cuchillo.

Que Jun tuviera oculto el piercing de Maya en el fondo de un lapicero solo podía significar dos cosas. La primera, que Maya no se había marchado voluntariamente, como ya sospechaba. La segunda...

Que Jun había tenido algo que ver en su desaparición.

«La mató», clamó una voz al fondo de su mente.

—¿Rain? —Aiden sonó más cerca esta vez.

Ella cerró el puño con fuerza alrededor del piercing y bajó la mano antes de que él pudiera verlo.

—Estoy bien —respondió, tratando de sonar firme, aunque por dentro se estaba desmoronando.

Aiden no insistió, pero la miró con un destello de preocupación antes de volver a su equipaje.

Rain se obligó a moverse. Se levantó con torpeza y deslizó el piercing dentro del bolsillo de su falda con dedos temblorosos. Le dolía el pecho. El pulso le retumbaba en las sienes.

Y bajo la conmoción, una ira candente comenzó a tomar forma.

Jun había traicionado todo lo que ella creía saber de él.

Tenía que enfrentarlo. Conseguir respuestas.



«Dos almas están alojadas dentro de mi pecho, y cada una luchará por el dominio allí».

GOETHE





Capítulo 49



A la vuelta de las vacaciones de primavera, de lo único que se hablaba era de la muerte de Alberta Novak. *Reportes de bruja* había sacado otro artículo sensacionalista sobre el tema, mientras especulaba con la enfermedad de la Sabia Gea. Como si todas estas desgracias estuviesen unidas por algo más grande.

Los alumnos del Crepúsculo se frotaban las manos ante el caos que reinaba en la Orden rival. Todo el mundo hablaba sobre que se avecinaban tiempos convulsos y se percibía una cierta inquietud tanto en los pasillos de la Academia, como en las calles de Hidden.

El funeral de Alberta se había celebrado en la más estricta intimidad, como si su familia quisiera ocultarlo. Su grupo de amigas se mostraba unido, pero distante y silencioso con respecto al resto de los alumnos. Casi recelosas.

¿Se habrían dado cuenta de que la muerte de Alberta había sido causada por un ataque mágico? Rain cada vez se sentía más acechada.

Le había contado a Blake el hallazgo del piercing de Maya y sus sospechas sobre que Jun hubiese podido matarla. Tenía sentido. Maya había desaparecido en el pasillo donde se encontraba la puerta que bajaba a los túneles y Jun tenía el colgante que la abría. Como había sospechado desde un principio, seguramente Maya estaba en

el lugar equivocado en el momento equivocado, y había pillado a Jun.

Se preguntaba cómo había podido ocultarlo tan fácilmente, cómo había seguido con su vida, fingido ignorancia, cómo la había visto sufriendo y la había engañado sin el menor atisbo de remordimiento. A ella a veces el peso de sus acciones la partía por la mitad, se imaginaba su alma podrida...

¿No sentía Jun culpa? ¿No se odiaba por haberle arrebatado la vida y el futuro a Maya, por hacer creer a sus madres que se había marchado, manteniendo la esperanza de volver a verla?

¿Había sido él, entonces, quien se había colado en su habitación para esconder la carta? Quizá Kêt lo había ayudado...

El lunes al verlo en el desayuno había sentido ganas de vomitar.

Tinieblas había tenido que sacarla de sus pesadillas incontables veces esa semana. Le dolían las muñecas de las ataduras mágicas contra las que luchaba su cuerpo sonámbulo cada noche.

—No lo hagas. —Le había pedido Blake, tajante—. No pienso renunciar ni a un minuto de tu vida por el imbécil de Jeong. Mañana mismo puedo atravesarle el corazón, si lo deseas. Llevo demasiado tiempo queriendo hacerlo, de todas formas... Pero no acabaré con él a tu costa.

—No, todavía no —negó Rain, tratando de ser racional—. Jun es la llave para descubrir todos los secretos del club y el culto. Lo necesitamos. Además, si hicieses eso, Jun estaría muerto, pero te perdería, y tenemos que ser más listos y actuar con cautela.



—Me parece que no ha encontrado usted demasiado sobre mí. —La sorprendió el profesor Irk el miércoles al final de su clase de Magia del Orden.

Rain no supo qué contestarle.

—Ya he visto que ha consultado mi anuario. ¿Desea hacerme alguna pregunta?

—No creo que vaya a contestármela. —Miró a su alrededor, apenas quedaba nadie en clase.

—Sabe, cuando somos jóvenes queremos tener éxito y lo asociamos a la notoriedad, a la fama, al reconocimiento. Pero la gente que verdaderamente ha sido poderosa, los que de verdad han influido en el curso de la historia, la mayoría de las veces permanecen anónimos al ojo público. Mover los hilos sin ser visto, ser una fuerza invisible... No sabe cuánto valor tiene eso.

—¿Qué pretende decirme?

—Bueno, como ya sabe, la he investigado a fondo y su afán por ser reconocida es más que evidente. Puedo entender de dónde viene esa necesidad, es usted poderosa, pero no tiene apellido, o al menos no sabe cuál podría ser dado que desconoce su origen... —Se detuvo un momento—. Solo quiero hacerle saber que, a veces, es más importante y notorio lo que no se ve o no se dice. No es necesario que su nombre salga en un periódico para demostrar que es alguien capaz de grandes cosas.

Rain se tensó al oír esto último. ¿Acaso se refería a lo de Alberta?

Dedicándole una de sus sonrisas enigmáticas, Irk se encaminó hacia la salida trasera, que conducía a la torre de profesores.

—Que tenga una buena tarde —se despidió.

Aquellas palabras tuvieron el efecto de una pequeña mariposa que agita sus alas. Al principio le parecieron un sermón más, un modo de decirle que se apartase, que dejase de buscar y de meterse donde no debía; otra velada amenaza.

Sin embargo, con el paso de los días se fueron enraizando en su mente. Y como un huracán, comenzaron a sacudir sus cimientos, a resquebrajar sus esquemas, sus creencias y los pilares sobre los que se había construido a sí misma y su mundo.

El viernes el club se reunió de nuevo. El ambiente estaba aún más tenso y lúgubre que en el resto de la Academia. Rain notaba sus miradas. Los había evitado tanto como había sido posible, especialmente a Jun.

Fue Hanna Lambert la primera en hablar después de unos minutos de opresor silencio.

—Creo que ninguno queremos hacer esto, pero ya sabemos las reglas. El protocolo dicta que tenemos que elegir un nuevo líder del club.

El anuncio dio paso a una pequeña discusión.

—No tenemos tiempo para tratarlo ahora —intervino Jun—. Tenemos un plan trazado y debemos seguir adelante, si dudamos o nos peleamos estaremos permitiendo que quien intenta desestabilizarnos lo consiga. Conocíais a Alberta, sabéis que ella jamás habría permitido que nada se interpusiese en el camino del club.

Aquel Jun le recordó a Rain al chico del que se había enamorado de niña. Ese chico resolutivo y práctico, que sabía liderar cuando más falta hacía, que era bueno buscando soluciones y calmando al resto cuando peor estaban las cosas. Lo había sido en su equipo de Combate de destreza como capitán, lo había sido como delegado de clase y como amigo.

Era como si en la adversidad brillara.

—Sé que Alberta no está —continuó con voz firme—, pero el club debe mantenerse unido. Si seguimos el protocolo, hay que proponer un nuevo líder. Y yo, si estáis de acuerdo, me ofrezco a serlo.

Un murmullo se extendió entre los miembros del club. Hanna cruzó los brazos, frunciendo ligeramente el ceño, pero no dijo nada.

Rain apretó los labios. Que Jun fuese el nuevo líder la beneficiaba, era mucho más sencillo manipularlo a él que a cualquiera de los demás.

—¿Alguien más desea postularse? —preguntó Jun, mirando al grupo.

Nadie respondió, de modo que Hanna asintió con un gesto breve y cortante.

—Está decidido, entonces —dijo—. Jun será el nuevo líder si nadie tiene ninguna objeción.

Él esbozó una sonrisa complacida. Rain sintió sus ojos sobre ella, como si tratara de leerle la mente. La luz de las velas proyectaba sombras en su cara, acentuando sus rasgos con un aire imponente, malvado.

Estaba a punto de comenzar la verdadera partida, la más peligrosa.

Al salir, mientras se dirigían hacia la torre del Amanecer, Rain se quedó atrás, alejándose del grupo, y Jun aprovechó para acercarse a ella.

—Rainy. —La alcanzó cuando estaba a punto de comenzar a bajar las escaleras.

Ella se detuvo, forzando una sonrisa antes de girarse hacia él.

—¿Sí?

Jun se acercó, estudiándola con una mirada intensa.

—Has estado distante últimamente. Como si... no estuvieras aquí del todo. ¿Pasa algo?

Rain sintió un nudo en el estómago. Sabía que no podía permitirse el lujo de mostrar ninguna grieta.

—Nada. Supongo que todavía estoy impactada por todo lo que está ocurriendo —respondió con voz neutral.

Jun inclinó la cabeza, evaluándola. Al estar un escalón por encima parecía doblarla en altura y se proyectaba sobre Rain como una sombra oscura e imponente. Ella no se sintió intimidada. A veces solo pensaba en las ganas que tenía de desenmascararlos a todos, de desmontar sus planes y destruirlos. Sobre todo, a Jun.

—Están pasando muchas cosas, sí. Pero si necesitas hablar de algo..., ya sabes que siempre puedes contar conmigo.

Su tono era suave, pero había algo en su expresión que le puso la piel de gallina. Como si la estuviera probando.

—No dejes que lo que pasa a nuestro alrededor nos aleje —susurró tomándola del rostro con cuidado—. Me aseguraré de que los demás miembros del club te acepten. Poco a poco todo irá a mejor, ya lo verás.

Rain tragó saliva, luchando por mantener su máscara intacta.

—Gracias.

Jun bajó las manos, pero no retrocedió. Al contrario, descendió el escalón y se inclinó ligeramente hacia ella, lo justo para invadir su espacio personal.

—Sé que es difícil confiar en alguien en el mundo en el que nos movemos, pero... espero que sepas que conmigo no tienes que

fingir.

Un escalofrío le recorrió la espalda; había algo en su expresión... ¿Era paranoia, o Jun estaba empezando a sospechar?

—No finjo nada —respondió con firmeza, buscando sus ojos y obligándose a sostenerle la mirada.

Jun esbozó una pequeña sonrisa, pero no era amable; era más bien una curva sutil, cargada de intención.

—Me alegro. Porque no soportaría que hubiera algo entre nosotros que no fuera auténtico.

Rain sintió que la respiración se le aceleraba. El peso de sus palabras, aunque dichas con suavidad, cayó sobre ella como una losa.

Jun alzó una mano hacia su cabello y le apartó un mechón del rostro. Rain apenas pudo contener el impulso de dar un paso atrás.

—Eres especial para mí, Rainy. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió lentamente, mientras su mente trabajaba a toda velocidad buscando una forma de salir de aquella situación.

—Lo sé —murmuró, su voz apenas un susurro.

Jun inclinó la cabeza, observándola como si tratara de descifrar algún misterio oculto.

—Todo lo que hago es porque quiero protegeros a Aiden y a ti. Aunque a veces no lo entendáis —explicó haciendo referencia a su discusión con Aiden sobre la situación con el señor Clark y Kane—. Eso es lo único que importa. —Y, antes de que ella pudiera reaccionar, se inclinó y depositó un beso en su frente. Fue rápido, casi inocente, pero la forma en que lo hizo, la manera en que sus ojos permanecieron fijos en los suyos cuando se apartó, dejó claro que había más detrás de aquel gesto.

Rain reprimió el impulso de limpiarse la piel al instante. Se obligó a sonreír, aunque sabía que era más una mueca tensa que otra cosa.

—Deberíamos volver a la torre, es tarde —dijo, en un intento de desviar la conversación.

Jun asintió y mientras comenzaban a bajar las escaleras, colocó una mano en la parte baja de su espalda, guiándola con una cercanía que la hizo sentir atrapada.

—Tengo curiosidad. No parece que a Blake le haya hecho efecto la maldición de desgaste. ¿Crees que pudo darse cuenta?

A Rain nunca le había parecido que tragar fuese una tarea tan complicada. Sus alarmas volvieron a dispararse y notó cómo le sudaban las palmas.

—Blake es alguien desconfiado, quizá use amuletos de protección —reflexionó esforzándose por que no le temblara la voz.

Jun asintió dedicándole una mirada.

—Puede. —Fue todo lo que dijo. Le acarició el rostro con ternura —. No te tortures, seguro que lo hiciste bien, Rainy. —Su tono condescendiente le acarició los labios cuando se inclinó para besarla.

En la parte de abajo, oculto en las sombras del pasillo, Blake había sido testigo del encuentro. Las antorchas titilaban en las paredes en sincronía con la rabia que hervía en su interior. Con las manos en los bolsillos se recostó contra la fría pared de piedra. Sus ojos tormentosos no perdieron detalle de todo el encuentro. Enfrentarse a sus inseguridades, a las voces más oscuras de su cabeza; era como presionar un hierro ardiendo contra su cuerpo. Tomó una suave inspiración mientras dejaba que su mente reprodujese una barra libre de formas de vengarse de Jun Jeong.

Rain se metió en su habitación tan pronto como pudo y esperó a que Jun hubiese hecho lo mismo. Tinieblas salió a vigilar que el pasillo estuviese despejado, y entonces Rain se marchó de nuevo. Había quedado con Blake en el jardín trasero. Recorrió un pequeño sendero de grava que serpenteaba entre arbustos y parterres de narcisos y jacintos, cuyas flores de tonos pálidos brillaban suavemente bajo la tenue luz de la luna. Las formas retorcidas de los tejos y los robles se proyectaban oscilantes sobre el suelo húmedo, mientras el aroma de la tierra mojada llenaba el aire.

A lo lejos, el ulular de un búho rompió el silencio de la noche.

Rain miró hacia atrás, por encima del hombro, como si temiese encontrarse con Jun a su espalda, siguiéndola. Se detuvo en un rincón apartado, donde un espeso arbusto de espinos formaba un pequeño refugio natural escondido en la vastedad del jardín. Una fuente de piedra cercana goteaba con un ritmo constante. No lo oyó

llegar, pero lo sintió. Una presencia detrás de ella, tan silenciosa como amenazante, que hizo que el vello de la nuca se le erizara.

—Rain. —La voz de Blake la envolvió.

Se giró despacio, enfrentándose a esos ojos del color de los huracanes. Había una chispa de furia contenida en ellos, un hambre salvaje. Su postura era relajada en apariencia, pero escondía una tensión latente.

Rain tragó saliva.

—Jun...

—No me hables de él.

Blake se acercó despacio, acortando la distancia entre ambos. Tan cerca que pudo sentir el calor que irradiaba su cuerpo a pesar del frío nocturno. Los músculos de su cara se tensaron, marcándose. La forma en la que la miró hizo que Rain sintiera que estaba a punto de arder.

—Lo siento... Sabes que yo no...

—Lo sé —la cortó—. Eso no significa que me guste.

Su mano subió lentamente, rozando la línea de su mandíbula antes de apartar un mechón de cabello que se había pegado a sus labios con la brisa nocturna. La caricia de sus dedos fue sorprendentemente delicada.

Rain tembló, y Blake lo notó. Una media sonrisa, satisfecha, se dibujó en sus labios.

—¿Tienes frío? —ironizó, inclinándose lo suficiente como para que su aliento cálido rozara su oído.

Rain sacudió la cabeza y Blake la tomó por la cintura, acercándola a él.

—Odio tener que fingir que no eres mía.

Deslizó los dedos hasta su cuello, envolviéndolo con una presión apenas perceptible para inclinarle la cabeza hacia atrás. Sus labios capturaron los de ella en un beso furioso, dominante, lleno de un deseo casi violento. Su lengua se abrió paso entre sus labios, mientras su otra mano se hundía en su cabello.

Rain respondió con la misma pasión, sus manos aferrándose a su abrigo mientras la presión de su cuerpo contra el suyo borraba cualquier pensamiento coherente.

Cuando se separaron, Blake apoyó la frente en la de ella. Sus ojos estaban oscurecidos por una mezcla de furia y anhelo.

Rain lo envolvió con los brazos y se recostó en su pecho con un suspiro.

—Esto no durará mucho. Tengo la sensación de que Jun sospecha.

—¿Te ha dicho algo? —le preguntó Blake mientras sus dedos jugaban distraídos con el pelo de Rain.

—Me ha hablado de confianza y de fingir... —Rain no quiso decirle que había sentido miedo, que por primera vez había temido a Jun.

—Ten cuidado. Jeong es un cabrón calculador que va de tipo bueno y amable.

—Lo sé... Pero estamos tan cerca... Algo se avecina, Ash.

—Toma. —Blake sacó del bolsillo interno de su abrigo una pequeña daga que siempre llevaba encima—. Ya te lo dije, pero el límite es tu seguridad. Quiero vengarme, pero no a costa de perderte. Prométeme que, si tienes que usarla, lo harás.

Rain sonrió tomando el arma entre sus manos y la escondió en el interior de su americana.

—Pensaba que querías ser tú quien acabase con Jun.

—Bueno, no me importa cederte el honor, aunque me encantaría mirar —bromeó.

Rain le dio un golpe en el hombro y la sonrisa desapareció de sus labios. Llegado el momento, ¿sería capaz de hacerlo?



«El día brillante ha terminado, y nosotros vamos hacia la oscuridad».
SHAKESPEARE





Capítulo 50



Aquel sábado de finales de abril, Rain había bajado a la ciudad para encontrarse con Aiden y Kane y con suerte poder escabullirse más tarde con Blake. Estaban siendo más precavidos desde que Jun parecía sospechar algo. El sol se estaba poniendo, transformando el horizonte en un pequeño incendio. Las calles empedradas estaban llenas, por primera vez en días no llovía y pequeños grupos de estudiantes de la Academia recorrían los callejones, riendo y charlando tras una semana agotadora de clases y entrenamientos.

Rain pidió un té especiado en un puesto callejero. El aroma a canela y jengibre llenó el aire fresco de la noche, y, por un momento, se permitió relajarse.

—¿Rain?

Se giró al escuchar su nombre y vio a Miles Ashford que cruzaba la calle hacia ella. El reflejo de las farolas jugaba con su cortísimo cabello rubio y sus ojos verdes brillaban con esa chispa despreocupada que siempre lo acompañaba.

—Miles, qué raro encontrarte fuera de la Academia.

—Necesitaba comprar unos cuantos libros.

Llevaban días sin coincidir fuera de clase.

—¿Cómo llevas...?

—Es lo más fascinante que me ha pasado nunca. Las repercusiones que la investigación de Howard podría tener...

Rain miró a su alrededor asegurándose de que nadie los escuchaba.

—Es peligroso que...

Los ojos de Miles brillaron.

—Lo sé, lo sé. No me importa no poder compartirlo, solo... descubrir algo así, tener todos esos datos, es como leer nuestra historia en el cosmos.

Rain sonrió. Miles le caía bien y parecía mucho más animado que en la fiesta del equinoccio de primavera.

—Me gustaría invitarte a tomar algo. He quedado con Aiden y Kane, y si todavía no estás listo o te sientes incómodo...

Sus ojos se apenaron un poco, pero se encogió de hombros quitándole importancia.

—No te preocupes. Es mejor que ir con mi hermana y su novia. Ágata Rochester me da miedo.

Rain abrió la boca sorprendida. ¿Ágata Rochester, la misma Ágata que había salido con Blake? Fue a decir algo cuando un murmullo inquietante la acalló. Las conversaciones a su alrededor se apagaron y se levantó una brisa helada. Algo cambió en el aire, como si todo el mundo hubiera contenido la respiración a la vez.

Rain levantó la mirada y vio cómo la luna, que hasta hacía poco brillaba pálida y tranquila en el cielo, comenzaba a teñirse de un rojo oscuro.

—¿Qué demonios...? —susurró Miles, siguiendo su mirada.

De pronto, las farolas empezaron a parpadear, su luz menguando hasta apagarse por completo. Hidden quedó sumida en una oscuridad casi total, rota solo por el fulgor antinatural de la luna ensangrentada.

Y entonces llegaron las sombras.



El callejón del Molino estaba lleno esa noche. Aiden y Kane tomaban algo apoyados en la barra exterior de un diminuto local. La luz cálida de los candelabros y farolas iluminaba el espacio, mientras las risas y las conversaciones se mezclaban con el tintineo de los vasos y las órdenes que los camareros se daban entre sí.

Aiden apoyó los codos en la barra, con una expresión entre fastidio y resignación, mientras Kane se inclinaba hacia él con una sonrisa.

—En serio, me duele todo el cuerpo. La entrenadora se está pasando con esto de que se acerca el final de curso. Nos está matando.

Kane le pasó una mano por la cintura y le dio un beso cariñoso.

—Eso es porque todavía te estás recuperando de las vacaciones.

Aiden frunció el ceño.

—Perdona, pero durante las vacaciones... —Carraspeó—. No vagueé precisamente.

Kane soltó una carcajada en voz altísima y estrechó a Aiden más contra él.

—¿Quieres venir esta noche a mi habitación? Seguro que Blake planea ir a su apartamento.

Aiden estrechó los ojos en rendijas.

—¿Qué parte de «me duele todo el cuerpo» no has entendido?

Kane le dedicó una mirada inocente.

—Yo he dicho a mi habitación, no he dicho para qué.

—Si muero por tu culpa, voy a venir a atormentarte como un fantasma muy cabreado.

Aiden se estiró dándole un beso rápido a su novio.

—Prometo que te haré compañía en el más allá —replicó Kane.

Blake apareció al final del callejón envuelto en una chaqueta negra. Su mirada recorrió la multitud hasta que encontró a Kane. Era fácil, pues su altura y corpulencia lo hacían destacar por encima de los demás. Una sonrisa casi imperceptible apareció en sus labios mientras comenzaba a abrirse paso en su dirección.

Antes de que pudiera llegar a ellos, la temperatura del lugar descendió bruscamente. Blake se detuvo en seco, sus sentidos se alertaron mientras el aire adquiría un peso extraño. Una corriente de

viento helado se coló por la calle, apagando las luces de los candelabros.

—¿Qué...? —comenzó a decir Aiden, pero su voz se cortó cuando el primer grito resonó en la noche.

Blake levantó la cabeza justo a tiempo para ver cómo la luna se teñía de rojo sangre. La oscuridad se extendió como una marea negra, sumergiendo todo el callejón.

El leve resplandor rojizo proyectó sombras alargadas y distorsionadas.

Y las sombras comenzaron a moverse.

El pánico estalló como un incendio. Las personas en la calle gritaron, empujándose unas a otras en un intento desesperado por huir. Alguien tropezó con un puesto, haciendo que las botellas de cristal cayeran y se rompieran.

Blake intentó avanzar, pero la masa lo empujó hacia atrás. Las personas chocaban unas contra otras, caían al suelo, gritando mientras eran pisoteadas en la estampida. El aire se llenó de llantos, chillidos, el sonido de la madera de los bares astillándose y el de los cristales siendo aplastados por los pies de la multitud.

—¡Kane! —gritó Blake, con la garganta ardiendo por el esfuerzo, pero su voz fue ahogada por el caos.

En la penumbra, Blake vio cómo las sombras se alargaban, retorciéndose, hasta que comenzaron a tomar forma. Eran criaturas de pesadilla, humanoides solo en apariencia: sus cuerpos estaban compuestos de una sustancia oscura que se movía como un humo denso, y sus ojos brillaban como brasas encendidas. Algunos se arrastraban por el suelo, otros parecían surgir directamente de las paredes, estirando garras afiladas hacia los que huían.

Un Eclipse.

Blake empujó con todas sus fuerzas contra la marea de cuerpos que lo separaba de sus amigos. No había estado allí cuando su madre y su hermana murieron. Siempre se había reprochado haber estado a salvo, al margen, mientras ellas luchaban por su vida. Ahora, la misma impotencia volvía a enraizarse en su pecho como una garra venenosa.

Cada paso que lograba avanzar lo empujaban dos hacia atrás. Una mujer cayó delante de él, su grito se perdió en la histeria colectiva. Alguien la pisoteó en su desesperación por huir, y la oscuridad se la tragó.

Un destello de magia iluminó fugazmente la escena, revelando a Aiden y Kane de pie, espalda con espalda, rodeados por las criaturas. Kane proyectaba un escudo a su alrededor, pero el enemigo golpeaba con ferocidad, como una ola furiosa embistiendo contra un dique.

Blake rugió de frustración y se lanzó hacia ellos. Empujó, golpeó y casi cayó varias veces. La multitud era una barrera impenetrable, transformada por el miedo en una bestia irracional, incapaz de pensar en nada más que su propia supervivencia.

Otro destello. El escudo de Kane se fracturó. Una de las criaturas se abalanzó sobre él y lo lanzó al suelo. Aiden gritó su nombre, pero apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que otra sombra se cerniera sobre él, le desgarrara el abrigo y le abriera un tajo en el brazo.

El corazón de Blake latía con tanta violencia que sentía que iba a estallar.

—¡No! —chilló, furioso y aterrado.

Desesperado, conjuró un hechizo repeledor, apartando a la multitud y abriéndose un camino por un instante. Se lanzó hacia delante con todo su cuerpo, esquivando y saltando entre los escombros y los destellos de magia. A su alrededor, las auras de los combatientes iluminaban un paisaje de horror, un infierno dantesco.

Estaba a solo unos metros cuando la criatura más grande se abalanzó sobre sus amigos.

Kane envolvió a Aiden con su cuerpo. Blake vio la sangre empapar su camisa, vio el destello de pánico en sus ojos... y luego, ambos desaparecieron, devorados por las sombras.

El aire se llenó de un grito desgarrador.

Y, después, solo hubo silencio.

Desde los rincones más oscuros, las esquinas y los callejones, habían comenzado a moverse formas negras. Eran altas y retorcidas, figuras entre lo humano y lo animal cargadas de una maldad que se podía sentir en los huesos. Las criaturas parecían surgir directamente del vacío, y sus movimientos eran erráticos, como si la realidad no pudiera contenerlas del todo.

—¡Corre! —gritó Rain, tirando de Miles mientras una de esas sombras se abalanzaba hacia ellos.

La ciudad era un caos. Los gritos perforaban el aire. Las sirenas de emergencia tronaban. Aquí y allá se veían las estelas de los hechizos defensivos, todo estaba teñido por la luz rojiza de la luna que apenas conseguía iluminar la ciudad sumida en tinieblas.

Rain jamás había visto nada más parecido al infierno.

Ella y Miles se habían abierto paso entre la multitud que huía, con las criaturas del Otro Lado siguiéndolos de cerca.

—¿Dónde están los agentes de las órdenes? —jadeó Miles mientras se adentraban en un callejón.

—Supongo que por toda la ciudad —respondió Rain, su voz temblaba por el esfuerzo y el miedo.

No podía dejar de pensar en Aiden y Kane. En Blake, que también estaba en Hidden.

Una criatura cercana soltó un sonido agudo que se incrustó en sus oídos como uñas rasgando un vidrio. Las sombras a su alrededor parecían multiplicarse, reptando por las paredes como si tuvieran vida propia.

Rain deslizó la mano dentro de su chaqueta y sacó la daga que Blake le había regalado. Pasó la palma por la hoja, imbuyéndola con su aura, y sintió la vibración de la energía recorriéndola.

—¡A la izquierda! —gritó Miles, tirando de su brazo hacia otro callejón angosto. Las paredes de ladrillo parecían cerrarse a medida que corrían, y la sensación de ser cazados los oprimía.

Rain, de vez cuando, tenía la sensación de estar soñando, de vivir imágenes que su cerebro reproducía en forma de pesadilla. Era como haber viajado de nuevo a la noche de Samhain, solo que esta vez era más fuerte y estaba mejor preparada para pelear.

Giró para ver a una de las criaturas alzarse detrás de ellos, su cuerpo negro como el carbón cubierto de apéndices que se retorcían.

Con un movimiento ágil, le lanzó la daga cargada con su energía mágica. El arma cortó el aire con un destello plateado, impactando en el pecho de la sombra y provocándole un aullido agónico. Su cuerpo se deshizo en una convulsión espasmódica antes de evaporarse, como si el simple contacto con la magia la hubiera desgarrado desde dentro.

—¡Guau! —exclamó Miles.

—El insomnio a veces tiene sus ventajas —jadeó Rain.

Se toparon con la entrada del parque principal de Hidden. Rain recordó la búsqueda del tesoro de la ciudad y el lago. Ya no estaría helado y era una buena barrera natural, nadarían si tenían que hacerlo.

Los árboles, cuyas ramas se alzaban como dedos esqueléticos, parecían en llamas bajo la luz rojiza de la luna. Era difícil recordar el camino con aquella oscuridad. La penumbra era casi impenetrable, y el sendero serpenteante parecía desvanecerse entre las raíces retorcidas y los arbustos oscuros.

—Había un lago —dijo Rain, señalando hacia delante—. Si llegamos al agua, estaremos a salvo.

Miles asintió. Su rostro estaba pálido, pero sus ojos resplandecían con determinación. Las criaturas parecían haberse desvanecido. Por un instante, solo quedó el silencio. Un silencio tan antinatural que erizaba la piel.

Avanzaron con cautela. No podían ver más allá de un par de metros. Rain solo oía el fluir desbocado de su sangre y el latido angustioso de su corazón. A su lado, Miles murmuraba un hechizo protector, sus labios moviéndose a toda velocidad.

Rain no quiso decirle que de poco serviría. Las criaturas del Otro Lado usaban magia arcana, y solo podía combatirse con esa misma magia. Su mejor opción era llegar al lago y refugiarse en el agua hasta que llegasen los agentes de las órdenes.

—¿Dónde están? —preguntó Miles.

No ver las sombras era casi más aterrador, porque era evidente que estaban ahí, cerca; esperando el momento. La tensión era insoportable. Como si se encontraran al borde de un precipicio, esperando ser empujados al abismo.

Rain divisó los sauces llorones. Estaban cerca. Solo un poco más.

Entonces, algo pasó rozando su mejilla y golpeó su hombro con un sonido húmedo. Sintió un escalofrío que le recorría la espalda. Despacio, giró la cabeza. Un hilo viscoso goteaba sobre ella.

—Miles... —susurró casi ahogada.

Arriba, una sombra reptaba entre las copas de los árboles. Su negrura líquida se derramaba en hilos espesos, cayendo al suelo como petróleo goteante.

—¡Corre! —gritó Rain, tirando de él.

Las sombras comenzaron a moverse de nuevo, envolviéndolos como si fueran una marea negra. Caían de las ramas, emanaban de los troncos de los árboles taponando el camino.

—¡No lo lograremos! —gritó Miles, jadeando.

—¡Sí que lo haremos! —respondió Rain, aunque la desesperación empezaba a quebrarle la voz.

Lo empujó fuera del sendero.

Corrieron esquivando árboles, por suerte el parque no era tan espeso como el bosque y eso hacía la tarea más sencilla.

Miles tropezó perdiendo el ritmo de la carrera y dejando ir la mano de Rain, que se volvió sobre su hombro. Las milésimas de segundo que le habían costado el tropiezo hicieron que una de las criaturas se alzara tras él a escasos centímetros.

—¡Miles, más rápido! —chilló desesperada. Se frenó un momento extendiendo las manos hacia delante con las palmas hacia abajo—. *Exoria* —bramó en lengua antigua mientras levantaba las palmas proyectándolas hacia delante, empujando su aura.

Sintió los aguijonazos de su energía abandonándola, cuando la onda expansiva salió de sus manos y barrió el área, haciendo retroceder a las criaturas. Algunas, las más débiles, se desintegraron al contacto.

—Rain, a tu derecha —le indicó Miles.

Rain se tiró al suelo esquivando el agujero negro de lo que parecía la boca de una criatura y rodó por la hierba. Jadeando, se incorporó sobre los codos a tiempo de ver cómo las sombras se alzaban sobre Miles como un enjambre vivo, envolviéndolo.

—¡MILES! —gritó.

Rain se arrastró con brazos y piernas hasta ponerse de pie y trató de ir hacia él, lanzando otro hechizo desesperada. Su aura granate chisporroteó y apartó a algunas de las sombras, pero no fue suficiente.

Miles gritaba, mientras era tragado por la negrura. Rain se lanzó sobre él en el último momento, y le clavó las uñas en los brazos para sujetarlo. Aterrada y angustiada, la energía mágica brotó de ella, la rabia y la desesperación tomaron el control sobre su cuerpo.

—*Vita dravae*. —Las palabras dejaron sus labios en un acto reflejo, sin pensarlo, como si su propio instinto hubiese tomado el control de la situación—. *Vita dravae*, —repitió furiosa, hambrienta de poder.

Las criaturas cercanas se retorcieron como si hubiesen sido rociadas con ácido. Su energía las abandonó en un último estertor, dejando tras de sí un hedor espeso, mezcla de azufre, descomposición y un deje picante. El olor de la magia vieja.

Miles yacía en el suelo, inmóvil, con el cuerpo cubierto de cortes y moretones. Tenía la piel cenicienta, y su pulso era muy débil. Las sombras se habían alimentado de su energía.

Rain cayó de rodillas junto a él, con las manos temblorosas. Intentó reunir magia, canalizar algo para curarlo, pero apenas le quedaban fuerzas. Se había agotado con ese último hechizo.

Jadeando apoyó una mano sobre su frente helada.

—Aguanta, aguanta —repitió como una plegaria.

Rain alzó la cabeza. Frente a ella, una nueva sombra emergió de la negrura, más grande, más densa. Un silencio sofocante se extendió sobre el parque. Intentó ponerse de pie, pero sus piernas no respondieron. No importaba. No podía dejar que se acercara a Miles. Se obligó a alzarse, tambaleante protegiéndolo con su propio cuerpo. Pero antes de que pudiera conjurar algo, un destello de luz rasgó la penumbra.

La criatura emitió un grito desgarrador y se disipó en hilos de oscuridad que se evaporaron en el aire.

Entre la bruma apareció una figura alta, envuelta en sombras.

El profesor Irk.

Tenía el rostro salpicado de sangre. En sus manos sostenía un arma de asta, con una hoja larga y curva en la punta. El mango estaba cubierto de runas, y la energía que desprendía hacía vibrar el aire a su alrededor.

Avanzó un paso, y ella retrocedió instintivamente, cubriendo el cuerpo de Miles con el suyo.

Irk pareció sonreír.

En el bosque solo se oían los rítmicos jadeos de Rain. El tiempo parecía sostenido en una precaria cuerda de funambulista.

Él dio otro paso.

Rain, pequeña y exhausta, se encogió sobre sí misma. La luz rojiza de la luna la bañaba, tiñéndola como si ya estuviera cubierta de sangre.

Entonces, el profesor levantó su arma.

Un último paso.

Su sombra se cernió sobre Rain, sumiéndola en la oscuridad lentamente; como si el propio Eclipse se estuviese reflejando en su aterrado rostro.

—Ha cometido un descuido, señorita Lee.



«Es más fácil soportar la muerte sin pensar en ella, que soportar el pensamiento de la muerte».
BLAISE PASCAL





Capítulo 51



La luz fría de los hechizos de curación iluminaba las paredes del hospital, que parecía una zona de guerra. Una cacofonía de sonidos llenaba el aire: el zumbido de las máquinas, conversaciones urgentes entre los sanadores, el incesante goteo de pociones en frascos colgados... Un olor acre a hierbas quemadas y sangre impregnaba cada rincón, mezclado con el perfume metálico de la magia.

Aiden estaba tumbado en una camilla, con un suero conectado al brazo y una poción revitalizante en la mesa de al lado. Su rostro estaba pálido y magullado. Un corte profundo cruzaba su hombro, vendado de forma apresurada pero eficaz.

A su lado, Kane permanecía inconsciente, con cables conectados a su pecho. Varias pociones burbujeaban en frascos cristalinos que emitían un tenue resplandor verdoso, alimentando su cuerpo casi sin vida. El débil sonido de su corazón llenaba la habitación con un pitido rítmico, como un reloj al borde de detenerse.

Blake, con el brazo izquierdo en cabestrillo, estaba de pie junto a la cama de su mejor amigo. Llevaba la camisa blanca remangada y manchada de sangre. Mantenía una postura tensa, alerta, como un perro guardián listo para saltar ante la más mínima amenaza. Sus ojos oscuros recorrían la sala sin cesar, pero se detenían, una y otra vez, en su compañero, que se aferraba a un hilo de vida.

Había luchado con todo lo que tenía, empujando a la multitud, sintiendo el peso de los cuerpos que caían a su alrededor. Había llegado hasta Kane y Aiden justo cuando una de esas criaturas se había abalanzado sobre ellos.

No había sido lo suficientemente rápido. Para cuando consiguió quitársela de encima, Kane apenas respiraba, le había drenado la energía casi por completo.

Y entonces, por fin, los agentes de las órdenes llegaron.

«Esperar», eso es lo que les habían dicho los sanadores que podía hacer. «Y si crees en algo, rezar».

Blake había sentido unas irrefrenables ganas de quemar ese sitio al oírlos.

—Estamos desbordados. Que empiecen a trasladar heridos a la enfermería de la Academia —ordenó alguien apresuradamente.

Rain avanzó entre el caos, esquivando camillas y sanadores que corrían de un lado a otro. Se detuvo frente a una sala abarrotada, donde los pacientes se lamentaban en voz baja o simplemente yacían inconscientes; algunos ya habían muerto, incluso.

Su corazón roto latía quejumbroso mientras buscaba rostros conocidos entre la muchedumbre.

—¿Sabe si...? —oyó de fondo que preguntaba una chica.

—Los muertos los están llevando al Hidden College y a la pista de Combate de destreza —respondió una voz demasiado fría para el mensaje.

Rain sintió náuseas. Retomó su búsqueda, ahora más incesante. Entrando y saliendo de salas. Jadeando, con el cabello revuelto, una venda alrededor del cráneo y los ojos enrojecidos, se detuvo al verlos, y un nudo invisible le obstruyó la garganta.

Tuvo que tomarse un momento para procesarlo. Dejó escapar una respiración entrecortada. Blake estaba de pie y Aiden tenía los ojos abiertos, el corazón de Kane latía. Estaban vivos.

Quiso correr hacia Blake, abrazarlo, hundir el rostro en su cuello y asegurarse de que estaba realmente bien. Pero notó que había otros compañeros en la sala, conocidos de la Academia.

Se acercó con paso titubeante, débil.

Blake levantó la mirada al sentir su presencia. Sus ojos se encontraron, y en ese instante el mundo se detuvo. Había tantas emociones en su mirada: alivio de verla viva, desesperación contenida, dolor, angustia, miedo...

—Rain —murmuró, apenas audible.

Los dedos de Rain temblaron, queriendo alcanzar los de él, pero se quedó quieta, con las manos apretadas contra su propio cuerpo.

—Estás bien —dijo ella al fin, buscando refugio en la formalidad de las palabras.

Blake apenas hizo un gesto con los ojos mirando hacia Kane. Rain pasó por su lado rozándole el dorso de la mano con los nudillos, queriendo darle consuelo.

Se colocó junto a la camilla de Aiden.

—Estábamos en el callejón del Molino cuando ocurrió —explicó su mejor amigo con lágrimas en los ojos.

Rain tragó pesadamente y parpadeó alejando el escozor del llanto.

—¿Qué te ha pasado? —oyó que preguntaba Blake casi para él mismo, apenas desviando la mirada hacia ella.

Rain se llevó instintivamente una mano a la cabeza.

—Miles... —comenzó, pero la voz se le quebró.

Las lágrimas que había derramado por él hacía un rato aún quemaban en su rostro, mezcladas con un fuerte sentimiento de culpa y desconsuelo.

—Estaba con Miles. —Su voz era apenas un hilo, quebradiza y triste. Apretó los párpados mientras las lágrimas calientes y ácidas escapan de sus ojos.

Debía de haber perdido el conocimiento en el parque porque, más tarde, se había despertado en el hospital con un fuerte dolor de cabeza, la sien llena de sangre pegajosa y una herida fresca en la que los sanadores habían aplicado un ungüento con olor a menta. Desorientada, les había preguntado cómo había llegado allí.

—La trajeron hace una hora unos agentes.

—¿Y mi amigo?

No había sido la sanadora la que le había contestado, sino un chico al que reconocía de haberlo visto por la Academia. Un veterano de segundo.

—Si te refieres al hermano de Vesper Ashford, lo trajeron contigo. Pero ya estaba muerto.

Rain dejó escapar un sollozo al recordarlo y se apresuró a limpiarse las lágrimas con las manos temblando. Negó con la cabeza. No hizo falta que dijera nada más, tanto Aiden como Blake entendieron lo que había pasado.

A su mejor amigo se le humedecieron los ojos y echó la cabeza hacia atrás como si así pudiese evitar el llanto.



El impacto del Eclipse dejó una horrorosa cicatriz en Hidden. A pesar de que era una posibilidad que toda la sociedad del Mundo Fuera de lo Normal sabía que podía ocurrir en algún momento, nadie estaba realmente preparado para vivirlo.

La Orden del Amanecer se había encargado de sellar las brechas dimensionales que se habían abierto durante el Eclipse y la Orden del Crepúsculo había barrido el bosque y los lugares y rincones más recónditos y ocultos por si alguna criatura se escondía en sus sombras.

Las clases en la Academia se suspendieron durante toda la semana, para que los profesores y los alumnos heridos tuvieran tiempo de recuperarse y llorar a sus muertos.

Los estudiantes deambulaban por los pasillos con rostros cansados, compartiendo sus experiencias o simplemente intentando encontrar algo de normalidad y consuelo en medio del caos.

Kane seguía en el hospital, conectado a un par de sueros y pociones que ayudaban a estabilizarle la energía. El latido constante de la máquina junto a su cabecera se había convertido en un sonido reconfortante para Aiden, que no se separaba de su lado. Había insistido en quedarse tanto tiempo como fuese posible.

Se turnaba con Blake para hacer compañía a los señores Diop. La madre de Kane apenas dejaba el hospital y el profesor Akin iba y venía según sus obligaciones, porque durante esos días eran necesarias muchas manos.

Blake era un guardián silencioso. Pasaba las horas sentado cerca, cruzado de brazos y sin decir una palabra; observando a Kane como si su mera presencia pudiera protegerlo de cualquier otro daño.

Rain había sido incapaz de dormir más de dos horas seguidas esos días. Soñaba con la muerte de Miles y las criaturas que la acechaban en los rincones oscuros de su mente.

Tenía demasiadas preguntas. ¿Por qué Irk no la había matado? La había golpeado en la cabeza tan fuerte que podría haberlo hecho, pero no se había asegurado de ello. ¿Lo habían interrumpido, acaso, los agentes de las órdenes que la habían llevado al hospital?

Estar en su habitación la hacía sentir atrapada. Esos días la perseguía una sofocante sensación de claustrofobia. Paseaba con Tinieblas siguiéndola como una pequeña guardaespaldas por los patios y jardines del castillo. A pesar de la tragedia, la primavera no se había detenido. El clima, de días soleados y brisas suaves y cálidas, contrastaba con el ambiente de tristeza. A veces Rain se quedaba medio dormida leyendo un libro, apoyada en las arcadas del pórtico, con Tinieblas enroscada en sus piernas para darle calor. Y era el ligero rocío de la mañana el que la despertaba.

Aquella noche, se acurrucó en un banco de piedra cubierto de hiedra y musgo, cerca del pequeño invernadero que usaban los del club de Botánica y el señor Willys. La tenue luz de las estrellas y la luna proyectaba un resplandor plateado sobre las mesas de trabajo y las hileras de plantas ordenadas en pequeños maceteros. Rain, con las piernas recogidas y un libro descansando abierto sobre su regazo, se quedó adormecida acariciando a Tinieblas, que estaba sentada a su lado.

Blake, apoyado contra el tronco de un árbol cercano, la observó con los brazos cruzados sobre el pecho y una media sonrisa dibujada en el rostro. Había llegado hacía unos minutos y no quería despertarla. Verla tan tranquila, tan vulnerable, era un privilegio que no tenía con frecuencia. Por un instante, lo olvidó todo: el caos reciente, las heridas de Kane, el peso de sus propios miedos... Y su mente se quedó en paz, en calma.

Tinieblas se percató de su presencia, saltó del banco y se acercó a él. Subió las patas delanteras por la pierna de Blake, saludándolo, y

él estiró la mano para acariciarla tras las orejas.

—¿Estás vigilando? —le susurró—. Eres una gata muy lista.

Rain abrió los ojos, parpadeando lentamente. Cuando lo vio, su cuerpo se tensó un poco, como si no estuviera segura de si se lo estaba imaginando.

—¿No hay lugares más cómodos para dormir, Lee? —Al mirarla, el cansancio desapareció de su cara. Dio un par de pasos hacia ella, con esa sonrisa que parecía aligerar el aire.

Rain se frotó los ojos, cerró el libro de golpe y se puso de pie rápidamente. De pronto, se sintió nerviosa, casi cohibida, y el corazón le latió desbocado. Qué estupidez, y todo porque llevaban unos días sin verse.

Tinieblas se paseó entre sus piernas.

—¿Qué haces aquí? —murmuró con un deje de asombro.

Seguro que Aiden le había contado que se pasaba las noches en el jardín.

Blake alzó una ceja, divertido.

—Te echaba de menos.

Rain sintió el calor subiéndole por las mejillas.

—¿Cómo está Kane?

—Mejor —dijo Blake. La mueca de diversión se transformó en una sonrisa de verdad—. Recobró la consciencia esta mañana. Aiden estaba con él cuando ocurrió, lo oí llorar mientras le echaba la bronca por haber tardado tanto en hacerlo.

Rain imitó su gesto de felicidad.

—Eso suena muy a Aiden.

Hubo un silencio breve. Era extraño que ninguno de los dos hubiese terminado de acercarse al otro, que mantuviesen aquella absurda distancia. Blake fue quien rompió el hielo moviéndose hacia Rain. Su expresión se tornó más seria, y sus ojos, siempre tan fríos, se fundieron en algo cálido e intenso. Levantó la mano derecha despacio, y cuando sus dedos rozaron la línea de su mandíbula, ella contuvo la respiración.

El roce fue ligero, apenas una caricia, pero lo suficiente para que Rain cerrara los ojos y dejara escapar un suspiro contenido.

—Hola —susurró Blake.

Rain abrió los ojos, encontrándose con los suyos. Allí, entre el olor a tierra y flores, el crujido de las hojas y la respiración contenida de ambos, el mundo se sintió momentáneamente intacto, como si nada malo hubiese ocurrido.

Y por fin, como si la tensión acumulada durante días se rompiera de golpe, cerró la distancia entre ellos y se lanzó a sus brazos, rodeándolo con fuerza.

Blake la atrapó al instante, sin dudar, como si hubiera estado esperando ese momento. Sus brazos fuertes la sujetaron de la cintura pegándola a él con una mezcla de firmeza y delicadeza. Rain hundió el rostro en el hueco de su cuello, respirando profundamente contra su piel, llenado sus pulmones por primera vez en días.

—¿Cómo estás? —murmuró Blake, inclinando ligeramente la cabeza para mirarla desde arriba. Le apartó con la mano libre el flequillo hacia un lado, el golpe que tenía en la sien había perdido su fuerte tono morado y ahora era de un suave amarillo, aunque le iba a quedar cicatriz.

—No lo sé —admitió Rain.

—Sé que a veces es difícil no culparte por cosas que, en realidad, escapan a tu control. Créeme, lo entiendo. Pero te conozco, sé que hiciste todo lo que pudiste por Ashford.

Los ojos de Rain brillaron con tristeza.

—No sé si lo hice o no... Pero me siento tan mal...

Blake le acarició la mejilla con el pulgar, y ella dejó escapar un suspiro.

—Te he echado de menos —murmuró Rain, cerrando los ojos, y cuando los abrió se encontró con su media sonrisa.

—¿Es aburrida la Academia sin mí, Lee? —susurró arrastrando las palabras con arrogancia. Rain se dio cuenta de que la estaba provocando para distraerla de su tristeza.

Ella negó sacudiendo la cabeza.

—Nunca me aburro. Tengo quien me hace compañía, ya sabes, el verdadero objeto de mis obsesiones. —De reojo vio cómo él fruncía levemente el ceño y apretó los labios para no sonreír.

Blake entornó los ojos y una sonrisa lenta y peligrosa se extendió por su boca.

—¿Ah, sí? —dijo con la voz áspera. Su mano bajó por su mejilla hasta detenerse en su barbilla, sujetándola con firmeza—. ¿Y quién ocupa ese lugar?

Rain se encogió de hombros con aire despreocupado.

—Ya sabes que nunca podrás superar a un buen libro, Ash Blake —respondió con dulzura.

Él dejó escapar una risa baja, seca. Sus ojos brillaron competitivos.

—Ya veo... —repitió, inclinándose hacia ella—. Esa es una afirmación muy insultante...

—Qué puedo decir —murmuró ella bajando la mirada hacia la boca de Blake y encogiéndose de hombros.

—¿Sabes qué? —preguntó él tirando de su barbilla hasta que sus labios casi rozaron al hablar—. Que eres muy mala mintiendo, Rain Lee.

Ella intentó responder, pero su voz murió cuando él cerró la distancia. La besó despacio, suave, delicado. Hasta que la misma Rain enroscó los dedos en su pelo tirando de él más cerca, queriendo más.

Blake sonrió complacido, decidido a probarle que, si él quería, podía tenerla a su voluntad. Apartó los labios de los suyos, descendió lentamente por su mandíbula, dejando un rastro de besos hasta llegar al hueco de su cuello. Allí, su aliento cálido hizo que Rain temblara, y cuando sus dientes rozaron su piel, un suave jadeo escapó de sus labios.

—¿Ibas a decir algo? —dijo contra su cuello.

Rain no respondió. En lugar de eso, inclinó la cabeza hacia un lado, dándole mejor acceso.

Blake deslizó una mano por la parte trasera de su pierna, lentamente fue subiendo por su muslo hasta colarse bajo su falda. Sus dedos encontraron el contorno firme de su cuerpo, y la pegó aún más a él.

El contacto hizo que Rain soltara un suave gemido contra su boca. Blake hundió los dientes en su labio y ella respondió arañándole los hombros a través de la camisa. Se besaron con urgencia, dejando

atrás la delicadeza inicial, como si librasen una pequeña batalla por tener más del otro.

Blake dejó que su otra mano subiera por su espalda hasta detenerse en la nuca. Tiró suavemente de su cabello, obligándola a inclinar el rostro hacia él. Le dio un beso suave, casi tierno, en los labios, antes de murmurar con voz ronca contra ellos:

—Dime otra vez que no soy lo que más te obsesiona, Rain. —Sus ojos brillaron con una mezcla de deseo y satisfacción, mientras la boca se le ladeaba en una sonrisa triunfal al pedírselo.

Rain tragó saliva y lo empujó del pecho, tomando un poco de distancia.

—Eres insoportable —se quejó, aunque su voz carecía de convicción.

—Es un placer —admitió él, victorioso.



«La vida es una muerte que viene».
JOSÉ LUIS BORGES





Capítulo 52



Hidden, habitualmente vibrante y llena de vida, estaba suspendida en un silencio y quietud tristes. Aquel día el cielo se había cubierto de nubes grises, que, aunque no dejaban caer lluvia, envolvían la ciudad en una melancolía palpable. El aire estaba cargado con el aroma de cera derretida y flores marchitas.

Ese día se celebraba el funeral colectivo por los caídos durante el Eclipse.

La plaza principal, donde dos meses atrás habían festejado el aniversario de la fundación de la ciudad, albergaba en esta ocasión a todos los asistentes. En los escalones que conducían al edificio gubernamental se situaban las autoridades; con las fachadas de piedra oscura y sus gárgolas como el fondo perfecto.

Todas las personas importantes del Mundo Fuera de lo Normal estaban allí, exceptuando a las siete Sabias que nunca dejaban Eurínome por motivos de seguridad. Alfred Keller, el comisionado, ocupaba su lugar. Los padres de Jun, y hasta la madre de Alberta Novak; todos a la derecha de la alcaldesa de Hidden. A su izquierda, las máximas autoridades del Crepúsculo.

Los asistentes eran una gran mancha de tinta negra congregada alrededor de una gran pira ceremonial que habían construido en el centro de la plaza. La gente lanzaba flores marchitas y ramas secas

—símbolos del final de un ciclo— mientras esperaban a que fuese encendida. A su alrededor, se había trazado un círculo con sal y ceniza, una barrera de protección, un escudo frente al mal.

En la escalinata, la alcaldesa de Hidden esperaba para dirigirse a los presentes. Tenía una figura elegante y estoica, con el cabello plateado recogido y una capa negra adornada con el emblema de la ciudad.

—Hoy nos reunimos para recordar, para honrar a los que tristemente nos han sido arrebatados —comenzó con una voz fuerte y clara—. La muerte no es el fin, sino una transformación, una chispa que alimenta el ciclo eterno al que todos pertenecemos. Sus almas, su energía, forman parte ahora de los remolinos, pero su esencia permanece en nosotros. Los sentiremos en el viento que acaricia nuestros rostros, en el agua que fluye, en la primavera que florece, y pronto renacerán, más fuertes. Este fuego que hoy prendemos nos servirá para rememorar lo que fueron y la huella que dejaron en nuestras vidas mientras vivamos.

A su señal, un grupo de brujas se acercó a la pira, cada una con una vela, y al unísono prendieron el fuego que comenzó a propagarse devorando lentamente las ramas y las flores, llenando el aire de un humo dulce.

En orden, los asistentes fueron acercándose a la pira para despedirse. Algunos susurraban oraciones, conjuros de protecciones, otros dejaban pequeños objetos personales o flores secas al pie de la pira.

Rain, con los ojos brillantes de lágrimas, quemó una copia con los cálculos y conclusiones de la investigación de Miles sobre el portal hacia su mundo de origen. Era algo que lo había hecho realmente feliz y esperaba que esa pasión lo acompañase en su renacer.

—Te echaremos de menos, Miles. Ojalá nuestro cariño te alcance en tu próxima vida. Te mantendremos vivo en nuestros recuerdos. Buen viaje, amigo —se despidió.

Aiden apareció tras ella y le dedicó una oración de respeto mientras depositaba una flor de nomeolvides. Rain se fijó en que tenía los ojos enrojecidos y le cogió la mano para consolarlo.

Rain vio a Blake junto a Kane a un lado de la plaza con los Diop. Kane parecía haber perdido peso y todavía tenía el rostro un poco pálido y cansado. Pero, al menos, estaba lo suficientemente fuerte para haber asistido.

Alguien le puso una mano en el hombro y la hizo volverse.

Se le puso el vello de punta.

—Ven, es importante —le pidió Jun.

Aiden le dedicó una mirada furiosa y apretó la mano de Rain como si quisiese retenerla para que no fuese con él.

—Tu padre está con los míos. ¿No vas a ir a saludarlo? Sería un buen gesto de acercamiento —le dijo Jun a Aiden.

Rain notó cómo Aiden se tensaba a su lado y cerró la mano libre en un puño. «La venganza será dulce», se dijo a sí misma mientras intentaba controlar las ganas de pegar a Jun.

Soltó a su mejor amigo y dio un paso hasta el otro.

—Vamos.

Se giró mientras se alejaban para mirar a Aiden y, a lo lejos, se topó con el rostro de Blake. Sus ojos, en apariencia fríos, no lograban esconder el odio candente que irradiaban hacia Jun.

—Tenemos reunión urgente del club —la informó este—. Las cosas se han precipitado. La Sabia Gea está a punto de dar su último aliento y el Eclipse ha causado una gran debilidad. Tienes que estar a la altura del día de hoy, Rain.

—¿De qué? —le preguntó ella mientras lo seguía fuera de la plaza, en dirección a la Academia.

—Luego lo entenderás todo.

Jun frenó de golpe con una gran sonrisa en el rostro. Rain vio la cadena de un colgante alrededor de su cuello.

—Este es el momento que siempre has soñado, Rainy —dijo Jun—. Vas a estar con los más poderosos, con los más grandes. Por fin vas a poder demostrar lo gran bruja que eres y el poder de tu ambición.

El club al completo había quedado en reunirse en el vestíbulo cerca de la medianoche. Ninguno llevaba puesta la capa que los distinguía como miembros para no llamar la atención.

Jun los guio por el pasillo que conducía a la parte trasera del castillo y Rain adivinó con facilidad adónde se dirigían. En cuanto lo supo el corazón se le aceleró. No había podido compartir ni una palabra de aquello con Aiden y Blake para no delatar su traición. Estaba sola.

Pensó que al menos debería haber escrito una carta, pero quizá la magia del juramento también encontrase ese gesto como algo delator.

Jun, que lideraba al grupo, se paró frente al mural de la pared. La miró con una sonrisa apenas perceptible, un gesto cargado de complicidad que hizo que Rain reprimiera un escalofrío.

Con un movimiento fluido, se sacó el colgante del cuello y lo depositó en la balanza, justo como ella había hecho tantas veces con el que le había robado. Un segmento de la pared se desplazó hacia dentro, revelando una oscura escalera descendente. Los miembros se pusieron entonces las capas y se cubrieron el rostro con las capuchas para bajar. Rain se obligó a seguirlos, sintiendo cómo el frío y la humedad la envolvían con cada escalón que descendía. No había calculado la magnitud de lo que enfrentaría aquella noche. Pero aquel momento era por el que llevaba meses fingiendo estar con Jun, era la culminación de todos sus esfuerzos, humillaciones y torturas. No podía amedrentarse ahora.

Jun condujo a los miembros al centro de la sala pentagonal, cuyas sillas estaban desocupadas. La luz temblorosa de los braseros proyectaba sombras inquietantes en las paredes. Él fue el primero en agachar la cabeza e hincar una rodilla en el suelo; los demás lo imitaron obedientes. Las manos de Rain temblaron ligeramente al apoyarlas en el suelo frío de piedra.

El silencio se rompió con el eco de unos pasos descendiendo la escalera y una figura igualmente encapuchada emergió de las sombras. Rain levantó con cuidado los ojos para ver la máscara hierática que cubría el rostro de aquella persona; la misma que

había usado la profesora Kêt. No estaba sola: cinco figuras más, también con máscaras, tomaron asiento en el resto de las sillas.

La tensión en la sala era palpable, un hilo invisible que parecía apretar cada vez más.

La figura central, que se encontraba en el puesto que presidía la reunión, levantó la mano y todos los miembros recitaron al unísono: «En la aurora retornaremos».

El miembro a la derecha del que parecía el líder comenzó a hablar y Rain reconoció su voz al instante. Era Alfred Keller.

—Queridos miembros, la balanza ha comenzado a inclinarse de nuestra parte. Y es hora de que pasemos a la siguiente fase.

Un murmullo aprobador recorrió a los asistentes. Rain, con la cabeza baja, notó cómo uno de sus compañeros del club movía nerviosamente las manos, mientras otro lanzaba miradas furtivas a Jun, inseguro. Así que no era solo su primera vez.

—Como sabéis, una de las Sabias se aferra a sus últimos momentos de vida y pronto alguien deberá ocupar su lugar. Como planeamos hace tiempo, esa persona seré yo. Y en este clima de incertidumbre e inestabilidad será donde implantaremos nuestra semilla.

El señor Keller se levantó y caminó hasta el atril del centro, donde descansaba el libro que Rain había intentado leer la primera vez que bajó con Blake. Contuvo la respiración, agradecida de estar lo suficientemente lejos para que no pudiese verle el rostro.

Alfred trazó una runa en la palma de su mano derecha. Rain no alcanzó a verla con claridad, pero hubiera apostado a que era un símbolo de llave. Luego, el hombre llevó la mano hasta el libro y la introdujo en la página como si hubiese abierto un agujero en ella.

Rain, fascinada, alzó la cabeza, olvidándose por un instante de todo lo que la rodeaba.

Despacio y ceremoniosamente, el señor Keller extrajo un pequeño libro encuadernado en cuero oscuro.

A Rain le fallaron las rodillas y se tambaleó, a punto de chocar con Lysandros. Porque lo supo... Supo que era el libro del Otro Lado. Todo ese tiempo lo había tenido tan cerca... Había pasado

innumerables veces por la sala pentagonal en sus escapadas nocturnas a los túneles, y resultaba que siempre había estado ahí.

Aquella primera vez con Blake, lo había tenido al alcance de la mano.

Se sintió maravillada por el truco.

—Es hora de que volvamos al origen, de que abandonemos este mundo al que fuimos desterrados para vivir como comunes, como simples mortales sin valor; forzados a compartir espacio con los humanos, criaturas inferiores que no comprenden nuestra grandeza. Este mundo nos ha debilitado, dividido, e impuesto un sistema que limita nuestro verdadero potencial —proclamó Keller en tono firme y solemne, e hizo una pausa para que el peso de sus palabas calase en los asistentes—. El Consejo es demasiado cobarde, oculta nuestro origen a la sociedad del Mundo Fuera de lo Normal, nos hace pagar una penitencia impuesta, supuestamente, por Cordelia Blean, la fundadora. ¿Por qué debemos seguir viviendo avergonzados en vez de orgullosos de ser seres superiores? Recuperemos lo que es nuestro, la gloria y el poder que en el pasado tuvimos.

Los murmullos de aprobación recorrieron a los miembros del club, aunque Rain percibió ciertas miradas nerviosas en algunos, como Lysandros, que estaba claramente tensa y abrumada por las palabras de Keller.

—Pero todavía es pronto para empezar con el ritual —intervino otro miembro—. La última vez que intentamos cruzar la brecha al Otro Lado, solo conseguimos que una criatura se colase en Hidden y reinase el caos en Samhain.

Rain sintió que el aire se le atascaba en los pulmones. Aquella voz... Era el señor Jeong. No es que no lo hubiese sospechado ya, pero enfrentarse a la confirmación era distinto.

Así que habían sido ellos los del portal. Por culpa de brujos tan egoístas ocurría el Eclipse, un fenómeno que pagaban todos por la ambición de unos pocos.

—Sin Ambrose es muy difícil, era él quien tenía los cálculos adecuados para hacerlo y fue lo suficientemente inteligente para no dejarlos por escrito.

—Nada de eso importará cuando obtengamos la fuerza que nos proporcionará el ritual. Cuando Alfred llegue al Consejo, tendremos la información que recopila Rebeca Lane sobre los nuevos nacidos con habilidades especiales y podremos empezar a trabajar de verdad —escupió con maldad el miembro a la izquierda del líder—. ¿Y qué le importa a nadie un puñado de *parvenus* desaparecidos?

El señor Clark.

Rain cerró los puños sobre el suelo de piedra hasta clavarse las uñas. Un asco profundo la invadió, tan intenso que sintió la bilis arder en su garganta. Los ojos se le llenaron de lágrimas de rabia. Quería matarlos. Deseó ir a su habitación y matarlos mientras dormían. No le importaba pagar con sus años de vida, el mundo estaría mejor sin esa gente.

—Y eso haremos —intervino una voz de mujer. Rain se preguntó si sería la madre de Alberta, otra de sus sospechosas—. Pero en cuanto reunamos el poder suficiente para abrir del todo el portal y volver a nuestra tierra, debemos haber convencido a los nuestros para que nos sigan, no queremos una guerra, ni dividir al Mundo Fuera de lo Normal, y para eso necesitamos más tiempo.

—Ese era el trabajo que debía hacer tu hija —replicó el señor Clark, confirmando lo que Rain sospechaba.

—Tranquilidad. La fe es el arma más poderosa. Por eso reclutaremos más fieles. El señor Howard fundó el club de Liderazgo para formar a los jóvenes más prometedores, y por eso estamos hoy aquí. El culto Ereshkigal nos ha servido para ganar adeptos y, a través de él y del club, iremos extendiendo estas ideas. Es el momento de que se abra el club a nuevos miembros.

El señor Jeong intervino entonces.

—No les diréis toda la verdad. Los nuevos miembros no necesitan saber nuestro objetivo final; bastará con que abracen nuestros ideales. Cuando llegue el momento, serán soldados leales y devotos.

—Hay que ser cuidadosos. Mirad lo que pasó con Ambrose —comentó Clark.

—Bueno, gracias a él encontramos la forma de cruzar al Otro Lado y hacernos con ese diario. El problema fue que no valoramos el

alcance de su moral —dijo el último miembro, aparte del líder, que quedaba por intervenir; la señora Jeong.

—¿Debería estarle agradecido? Casi nos delata —gruñó el señor Clark—. Además, había que inculpar a alguien por abrir un portal, fue la decisión correcta. Si Alfred no hubiese intervenido a tiempo, todos nuestros años de trabajo no habrían valido nada.

—Bueno, Samuel, tu hijo sale con el hermano adoptivo de Ash Blake. Y ni siquiera está en el club, como nuestros hijos.

La pulla de la señora Novak hizo que Clark se retorciera en su asiento.

Rain se preguntó quién era el líder. Como no había abierto la boca en toda la reunión, reconocerlo era imposible, con aquella capa que le cubría el cuerpo entero y la máscara ocultando su rostro. Supuso que sus compañeros del club tampoco conocerían su identidad y que por eso se aseguraba de no hablar y permanecer en el anonimato.

—Las directrices son que en ningún momento deben oír nada de un ritual, ni de que extraeremos nuestro poder de la energía de otros, eso podría echar atrás a muchos —continuó Keller, ignorando la disputa entre Clark y Novak—. Simplemente, introducidlos en el club como en una sociedad de élite, exclusiva, y poco a poco dejad que el ideario vaya calando. Para que todo esto funcione, debemos establecer jerarquías y capas de poder y conocimiento.

Jun asintió obediente.

Rain apenas podía procesar lo que estaba escuchando. Las palabras se sucedían como piezas de un rompecabezas que finalmente encajaban, formando un cuadro aterrador. Su mente trabajaba frenéticamente, tratando de grabar cada detalle, cada gesto, cada palabra.

Ese era su plan... convencer a más seguidores, alimentar su poder con el libro y derrocar al Consejo. Todo con el fin de regresar a aquella tierra que creían suya.

—Bien, con esto levantamos la sesión. Espero que para la próxima vez puedas ofrecernos avances —se despidió Keller, dirigiéndose a Jun con un tono que apenas disfrazaba sus expectativas.

El líder se puso de pie en silencio. Como si fuera una señal, los demás hicieron lo mismo, inclinando levemente la cabeza antes de

marcharse. Sus pasos resonaron en el suelo de piedra, rítmicos, ordenados.

Rain mantuvo la cabeza baja, con el cuerpo tenso por la adrenalina y el miedo. El corazón le golpeaba las costillas con fuerza, pero respiraba despacio, como si temiera que cualquier exhalación la delatara.

El líder fue el último en salir.

Rain no pudo evitar alzar la mirada, incapaz de controlar su curiosidad.

Cuando levantó el pie para subir el primer escalón, la capa se movió lo suficiente para revelar la punta alargada de una bota de color rubí.

Rain contuvo el aliento.

El tiempo pareció detenerse. La imagen se quedó grabada en su mente con la fuerza de un relámpago.

Sabía de quién eran esas botas.

La figura desapareció escaleras arriba, pero Rain permaneció inmóvil, paralizada por el peso de aquella revelación.



«Ten cuidado; pues no conozco el miedo
y soy, por tanto, poderoso».
MARY SHELLEY





Capítulo 53



Rain se había debatido mucho sobre cuál debía ser su siguiente paso. No podía contar nada de lo que había visto y oído en los túneles, el juramento sellaba sus palabras. Tenía que ser más lista, tenía que adelantarse. Como le había dicho el profesor Irk, no debía subestimar a los que se enfrentaba.

La primera noche, en un arrebato de rabia, le había ordenado a Tinieblas que no la despertase, pero la gata no la había obedecido y le había clavado las garras con tanta fuerza que había tenido que ir a la enfermería a tratarse la herida.

—Sea lo que sea lo que planeas, le he pedido a Tinieblas que no te permita caminar en sueños —le había dicho Blake mientras miraba el vendaje de su mano—. Y si piensas escapar de tu habitación para hacer el conjuro en cualquier otra parte; te seguiré a todos lados, Rain, me convertiré en tu maldita sombra si es necesario, aun a riesgo de que Jeong nos descubra.

—Tú lo harías si estuvieses en mi lugar.

—No. Una muerte dulce mientras duermen no es suficiente. Quiero que sufran, y matarlos sin más no me ayudará a limpiar el nombre de mi padre.

Rain comprendió que tenía razón; era arriesgarse demasiado, seis miembros que seguramente sabrían proteger sus sueños de ataques

mágicos y que estaban muy lejos. No estaba segura de ser capaz de hacerlo y salir ilesa.

La Academia fue recuperando poco a poco la normalidad. Las clases intentaban retomar el ritmo tras el tiempo perdido; ya era mayo y los exámenes finales se acercaban.

Blake aprovechaba los entrenamientos de Combate de destreza para descargar su frustración. Esa semana se celebraría la final.

Rain se escapaba de madrugada hasta la sala de hierros para verlo practicar.

Blake siempre intentaba aparentar que las cosas le importaban menos de lo que realmente lo hacían, pero estaba claro que disfrutaba con aquello, que le apasionaba y que quería ganar. Entrenaba hasta quedar exhausto, hasta tan tarde que Rain, con un libro sobre el regazo, terminaba por quedarse dormida.

—No tienes que venir todas las noches, Lee.

—Me gusta mirarte. Es fascinante.

Blake sabía que Rain era el tipo de persona que se enamoraba por admiración. Y cada vez que ella lo miraba así, como si él hubiese hecho algo único e increíble, una sensación cálida y burbujeante se le expandía en el pecho.

Soltó la espada de entrenamiento, que rebotó contra el suelo, y se acercó a ella.

—Siempre te conquistan las cosas que menos me espero —rio.

Rain enrojeció ligeramente y alzó la barbilla en un gesto desafiante.

—¿Me estás llamando *rarita*?

Blake negó con la cabeza.

—No. Es bonito. Es muy tú. —Le tendió la mano—. Vamos. Has estado aquí toda la noche. Es hora de que descanses.

Rain tomó su mano, pero antes de que pudiera reaccionar, Blake la levantó de un tirón y se la echó al hombro con facilidad.

—¿Qué haces? ¡Ash! —chilló ella, forcejeando.

—Ssh. Baja la voz —susurró él con una risa contenida mientras caminaba hacia las duchas—. Vas a despertar a los fantasmas del castillo.

Rain siguió protestando.

—¡Te lanzaré un conjuro repeledor! —lo amenazó.

Blake deslizó los dedos por su muslo con lentitud antes de apretar su agarre en su culo para sujetarla mejor.

—La alumna perfecta, Rain Lee, incumpliendo la norma número uno de la Academia. ¿En quién te has convertido?

Empujó la puerta de las duchas con el pie, la cerró tras de sí y la dejó en el suelo sujetándola con firmeza.

—Blake, si me mojas, te juro que...

Pero no terminó la frase. Antes de que pudiera moverse, Blake giró la llave, y el agua cayó sobre ambos, empapándolos al instante.

—Eres un capullo, Ash Blake.

Blake dio un paso más cerca, el pelo rubio le caía empapado sobre los ojos, que se detuvieron en su boca antes de descender con descaro por el resto de su cuerpo.

—Y tú eres preciosa, Rain Lee.

Blake levantó una mano y apartó con suavidad un mechón de cabello pegado a su rostro.

—A veces te odio —susurró sin mucha convicción.

Blake sonrió antes de inclinarse y besarla. Al principio, fue lento, como si estuviese tentándola. La espalda de Rain chocó con los azulejos. Apoyó las manos en el pecho de Blake, sintiendo los músculos tensos bajo la tela mojada.

Blake la agarró de la cintura, presionándola contra la pared. Se separó de ella unos centímetros para sacarse su propia camiseta y tirarla a un lado. Los ojos de Rain siguieron el movimiento casi con hambre.

—Me alegro de que esto también te resulte fascinante —susurró Blake con un deje de arrogancia.

Rain arqueó una ceja, desafiante, y despacio, comenzó a desabotonarse la camisa sin apartar la mirada de él. Dejó que la prenda se deslizase por sus hombros hasta caer al suelo; revelando su ropa interior pegada a la piel por el agua.

Blake bajó la vista, siguiendo el rastro de lunares sobre su pecho hasta su favorito, el que estaba junto a su ombligo. Tragó con dificultad.

—Joder...

Rain sonrió triunfante y alzó la barbilla, saboreando el efecto que tenía sobre él.

—¿De qué estabas hablando? —preguntó inocente. Sus ojos brillaron con malicia mientras bajaba la cremallera de su falda y la dejaba caer.

Blake se pasó la lengua por la comisura de los labios y dio un paso adelante, rodeando su cintura con ambas manos para atraerla de un tirón.

—Rain. Rain... —Su voz áspera vibró entre ambos—. Eres diabólica.

Ella sonrió contenta de su pequeña victoria. El gesto fue tan dulce que terminó de desarmar a Blake por completo.

Incapaz de esperar más, sus dedos bajaron la fina copa del sujetador, dejando al descubierto la piel húmeda y suave de su pecho. Blake trazó el contorno con una caricia lenta. Rain contuvo el aliento, su espalda arqueándose contra la pared fría, mientras él presionaba sus labios en el lugar donde su piel era más sensible.

Cuando volvió a mirarla, sus ojos estaban oscuros, llenos de deseo puro.

—Mi pequeño apocalipsis —murmuró Blake, antes de capturar sus labios de nuevo, esta vez en un beso hambriento.

Los dedos de Rain buscaron el borde de sus pantalones, intentando quitárselos sin éxito. La risa baja de él vibró contra su boca.

—¿Necesitas ayuda, Lee? —la provocó, echándole una mano.

—Cállate —refunfuñó ella.

Blake soltó una carcajada y la levantó con facilidad, haciéndola enroscar las piernas alrededor de su cintura mientras la presionaba contra su cuerpo.

El agua siguió cayendo a su alrededor, envolviéndolos en un mundo que parecía solo suyo.

El sol de mayo entraba a raudales por los ventanales abiertos del gran salón; la brisa hacía ondear las banderas con los colores de las órdenes. Las paredes vibraban con los gritos y aplausos del público porque, matemáticamente, el Crepúsculo acababa de proclamarse vencedor del torneo anual, aunque aún quedaban dos combates por disputar.

Jun y Blake se encontraban frente a frente en la pista. Daba la casualidad de que ambos estaban empatados a victorias, así que el vencedor sería el campeón individual del torneo.

Rain, sentada en una de las gradas, tenía un nudo de nervios en el estómago. Blake giró la cabeza hacia ella y guiñó el ojo en su dirección.

—Puede que sea uno de los combates más esperados del curso. El número diez del Amanecer, Jun Jeong, contra el número siete del Crepúsculo, Ash Blake. Bastante igualados en cuanto a técnica y físico, aunque ya conocemos la agresividad y los gestos sucios que usa el chico malo de la competición. Sin duda va a ser interesante —narró el comentarista del *Sofía*.

El árbitro dio la señal de inicio. Ninguno de los dos se saludó; a Rain le sorprendió que Jun hubiera dejado caer su fachada de chico perfecto desobedeciendo los buenos modales. A veces subestimaba cuánto odiaba a Blake.

Jun atacó primero. Se movía con una velocidad impresionante, apenas rozando el suelo mientras lanzaba una ráfaga de estocadas. Blake se vio obligado a retroceder, desviando cada golpe con precisión. Pero no tardó en recuperar terreno, contraatacando con un golpe que lo colocó de nuevo en el centro de la pista, dominando el espacio.

Las espadas se encontraban una y otra vez con tal fuerza que el sonido metálico resonaba por todo el salón a la par de los vítores y abucheos. Blake aprovechaba cualquier abertura con ataques feroces, mientras Jun, más estratega, buscaba desequilibrarlo con fintas y movimientos engañosos.

El primer punto fue para Blake. Se levantó la careta para coger aire y mientras volvía a colocarse en posición murmuró con malicia:

—¿Tratando de impresionar a alguien, Jeong?

Jun tensó la mandíbula por un instante antes de recomponerse. La risa de Blake sonó amortiguada tras la máscara.

La multitud rugía con cada intercambio. Jun intentó acorralar a Blake con una serie de ataques veloces, empujándolo hacia el borde de la pista. Pero Blake reaccionó con un giro rápido esquivando y atacando en el mismo movimiento, acertando en la espalda de Jun, cuyo gruñido de dolor se oyó en las primeras filas de espectadores.

Las gradas vibraban con la emoción de cada punto, y la tensión iba creciendo en el ambiente.

Jun marcó el siguiente punto, no dejando que Blake le tomase demasiada ventaja. Este levantó la cabeza con una sonrisa irónica, moviendo los hombros como si el golpe no le importara. Se estaba desquitando con Jun, aunque no se acercaba ni un poco al daño que le gustaría infringirle.

—Esto es solo un pequeño adelanto, Jeong.

Jun se limpió el sudor de la frente y sonrió con falsa amabilidad.

—¿Sabes? Es realmente una lástima que pierdas siempre a todos los que quieres, Blake. Algunos están condenados a ver morir a los que aman. Me parece una maldición muy seria; yo que tú tendría cuidado.

El comentario golpeó a Blake en su punto más débil. ¿Era una amenaza velada a Rain? ¿A Kane?

Trató de mantener la compostura y se obligó a no reaccionar. Pero su siguiente ataque, aunque poderoso, fue más descuidado.

Jun lo vio venir y lo aprovechó. Fingió retroceder, obligándolo a girar bruscamente para seguirlo. Fue entonces cuando ocurrió: al cambiar de dirección, el pie de Blake aterrizó mal y el tobillo cedió bajo la presión.

Un jadeo de dolor escapó de sus labios. Trató de enderezarse para no caer.

—¡Tiempo! —gritó el entrenador desde un lateral, levantando una mano.

La multitud, que había estado al borde de sus asientos, dejó escapar el aire y los murmullos llenaron la sala.

El árbitro se acercó a hablar con Blake y su entrenador, y ordenó un receso de quince minutos.

—Parece que el jugador número siete del Crepúsculo se ha lastimado. Veremos si puede terminar el combate después del descanso que ha pedido su entrenador o tiene que retirarse y, por tanto, darle la victoria al número diez.

Jun retrocedió, y con una mezcla de triunfo y falsa preocupación, observó cómo Blake cojeaba hacia los vestuarios.



«Debes tener caos dentro de ti para dar
a luz a una estrella danzante».
NIETZSCHE





Capítulo 54



Rain salió disparada de su asiento esquivando a personas mientras murmuraba disculpas apresuradas.

—Maldita sea, Blake lo tenía hecho, pero es imposible que gane a Jeong con un tobillo lesionado —se quejaba un chico del Crepúsculo.

Rain los bordeó y bajó las gradas saltando los escalones de dos en dos. Tenía que ver cómo estaba Blake. Se había matado a entrenar, si se tenía que retirar por una lesión no se lo perdonaría a sí mismo.

En el pasillo de los vestuarios apenas había nadie. Como ya se habían disputado la mayoría de los duelos, los demás miembros se habían quedado en el gran salón. Por suerte, Kane, que había acompañado a Blake y al entrenador a los vestuarios, salió en ese momento; como si hubiese adivinado que ella iba a aparecer por allí.

—Ven —la llamó en voz baja—. Le han puesto un ungüento para la inflamación, pero ya sabes cómo es... Ha echado a todos con su encantador comportamiento de siempre.

Rain arrugó la frente, preocupada, y miró el pasillo para asegurarse de que nadie la veía entrar.

—¿Está muy mal?

—Le duele y está enfadado consigo mismo, así que prácticamente muerde.

Blake estaba sentado en un banco en la zona de las taquillas, con la cabeza gacha y el cabello húmedo cayéndole desordenado sobre la frente. Le habían vendado el tobillo lesionado, que tenía apoyado en un taburete.

—Ash... —murmuró Rain mientras se acercaba.

Él alzó la cabeza al oírla y frunció el ceño de inmediato.

—No deberías estar aquí —espetó con tono áspero.

Rain titubeó, pero no se detuvo.

—Nadie me ha visto entrar. Kane está vigilando.

Blake se pasó una mano por la nuca, cerrando los ojos un momento antes de soltar un suspiro cargado de frustración.

—No quiero que me veas así.

Ella dio un paso más, suavizando la voz.

—Así, ¿cómo?

Blake apretó la mandíbula con tanta fuerza que Rain vio sus músculos tensarse.

—Rain, vete. Contigo no quiero ser un cabrón y ahora mismo... —Hinchó el pecho y dejó escapar el aire—. No estoy en mi mejor momento.

Ella se arrodilló frente a él, ignorando su advertencia. Posó su mano con delicadeza sobre la de Blake, que descansaba cerrada en un puño sobre su rodilla.

—No voy a asustarme, ya lo fuiste durante casi toda la primera parte del curso —le contestó con ese tono de sabihonda que sabía que lo sacaba de quicio.

Blake la miró entonces, y algo en sus ojos se suavizó. La dulzura en la expresión de Rain lo desarmó. Alzó ambas manos y tomó su rostro entre ellas, sus dedos ásperos pero cuidadosos mientras la acercaba a él; presionando su boca contra la de ella en un beso apresurado, casi desesperado.

Le acarició los labios con la lengua hasta que Rain se irguió sobre las rodillas para devolvérselo con la misma pasión. Sus dedos se enredaron en su pelo húmedo, recorriéndolo con ternura, como si intentara consolarlo.

La desesperación de Blake se disolvió en ella, y un sonido bajo vibró en su garganta. Se separaron en busca de aire, y él apoyó la

frente contra la de Rain.

—Se te da tan bien ser mi persona favorita —susurró con la voz ronca.

—Yo también te quiero —contestó ella, dándole un beso rápido—. Esta noche podemos celebrar tu victoria o puedo consolarte en tu apartamento —sugirió mientras seguía acariciándole el pelo con cariño.

Blake soltó una risa inesperada, un sonido grave y genuino que resonó en el silencio del vestuario. La rodeó con los brazos y la levantó, acomodándola sobre su pierna buena para estrecharla con fuerza contra su cuerpo.

—No te hagas daño —le dijo ella en un murmullo.

Blake sonrió, inclinando un poco la cabeza para rozarle el cuello.

—Ya no me duele —contestó contra su piel.

Un leve crujido sonó a lo lejos, interrumpiendo el momento. Rain se giró de inmediato, alerta.

—Debería irme antes de que vuelva el entrenador. Suerte —se despidió con un beso rápido.

El silencio expectante del público llenó el gran salón cuando Blake volvió a la pista. Su andar era firme a pesar del vendaje en el tobillo. El entrenador y la enfermera le habían dado una pócima para el dolor.

—Te ayudará a acabar el combate, pero luego te dolerá mucho más y podría agravarse la lesión. Es tu decisión.

—No importa, dámela —había sido su respuesta.

Le dirigió una mirada a Jun, acerada, casi salvaje. Iba a ganarle.

Jun lo esperaba en el centro de la pista, sosteniendo la espada con una rigidez inusual. Su semblante parecía imperturbable, pero en sus ojos brillaba algo oscuro y furioso.

El combate se reanudó con el sonido del silbato, y el choque de las espadas volvió a llenar el aire. Blake aprovechó cada apertura, cada error, mientras Jun atacaba con movimientos más agresivos, menos precisos.

—Vamos, Jeong, no querrás decepcionar a papá y mamá —lo provocó Blake.

Jun apretó los dientes y lanzó un ataque impulsivo que dejó su costado desprotegido. Blake lo bloqueó con facilidad, girando sobre su pierna buena para posicionarse detrás de él y anotar un punto con un golpe limpio. El público estalló en vítores.

—¡Y el número siete, Ash Blake, se pone un punto por encima a pesar de su tobillo herido! —gritó el comentarista del *Sofía*.

Jun respiraba pesadamente, y aunque su técnica seguía siendo formidable, se le notaba descentrado, como si sus ganas de acertar a Blake le hicieran desproteger su defensa y cometer descuidos tontos.

La entrenadora se acercó a él para darle unas indicaciones y pedirle que mantuviese la cabeza fría. Pero Jun parecía no estar escuchándola, seguía teniendo la mirada puesta en Blake con una rabia evidente.

Su siguiente ataque fue pura ira y fuerza. Blake lo esquivó con un salto hacia atrás, aprovechando su excesivo impulso para desequilibrarlo y anotar otro punto. Lo celebró con un grito furioso que resonó por encima del ruido del público. Había sentido un leve latigazo de dolor al moverse, pero se sentía imparable.

Los asistentes estaban de pie en las gradas, gritando los nombres de ambos competidores mientras las banderas de las órdenes ondeaban frenéticamente. Rain, desde su lugar entre la multitud, sentía el corazón en la garganta.

Hasta los demás miembros de los clubes se levantaron para colocarse al borde la pista.

Jun, cegado por la frustración, se lanzó hacia delante con un ataque que habría sido magistral de haber controlado mejor la carga de energía. Pero se pasó de frenada y erró el golpe.

Blake aprovechó su descuido y, con apenas un movimiento de muñeca, lo tocó antes de que él pudiera hacerlo.

El árbitro le dio el punto a Blake y Jun se quitó la máscara arrojándola al suelo con un ruido seco. Sus ojos ardían con furia mientras el pecho le subía y bajaba con rapidez.

—Yo también lo he tocado —vociferó.

—Pero el siete lo ha hecho antes —explicó el árbitro.

Blake, que se había quitado la careta para secarse el sudor de la frente, ladeó la cabeza con una sonrisa burlona. Se quedó quieto mientras Jun cruzaba la distancia entre ellos con pasos firmes, deteniéndose frente a él para agarrarlo del cuello de la camiseta.

El público reaccionó con pitos, abucheos y jaleos, algunos de acuerdo, otros en contra de la decisión arbitral.

—¿Qué pasa, no te gusta perder? Deberías estar ya acostumbrado —se burló Blake sin inmutarse por su ataque de furia.

—Eres un hijo de...

La entrenadora del Amanecer entró como una exhalación para agarrar a Jun y apartarlo de Blake mientras le gritaba de todo.

Blake soltó una carcajada disfrutando al ver a Jun perdiendo los papeles, desquiciado.

—Parece que las emociones están a flor de piel. Y no es para menos, esta tarde uno de ellos se proclamará campeón individual de la competición, un título que muy pocos alumnos de primer año han logrado —intervino el comentarista.

El banquillo del Crepúsculo pedía la descalificación de Jun, pero finalmente se resolvió con una amonestación de un punto. Si Blake acertaba el siguiente, ganaría.

El último intercambio fue tan rápido que muchos parpadearon y se lo perdieron. Blake anticipó la trayectoria de Jun desviando su espada, para asestarle una estocada a la vez que estiraba el pie para hacerle una zancadilla disimulada.

Jun trató de evitar la caída, pero terminó precipitándose de espaldas.

El grito de victoria de Blake cargado de rabia reverberó por todos los rincones poniendo a todo el Crepúsculo en pie.

—¡Punto final! ¡Victoria para Ash Blake!

El salón estalló en vítores y aplausos ensordecedores. Blake se apartó un paso, bajando la espada mientras alzaba la vista hacia el público, el pecho subiendo y bajando rápidamente por el esfuerzo. Se quitó la careta y la dejó caer al suelo, y su mirada encontró la de Rain por un breve instante.

Ella estaba de pie con la respiración acelerada y los ojos brillando de emoción. Levantó la mano en la que tenía el anillo que Blake le

había regalado y se lo tocó con disimulo sabiendo que Jun podría estar observándola. Tuvo que contener las ganas de lanzarse a la pista y saltar sobre Blake para abrazarlo.

Jun, por su parte, se puso en pie despacio con la espada colgando de su mano casi inerte. Levantó la mirada buscándola y su mandíbula se tensó mientras rechinaba los dientes.



«Así es como acaba el mundo. No con un estallido, sino con un quejido».
T. S. ELIOT





Capítulo 55



Blake había acabado en la enfermería en cuanto se le había pasado el efecto de la pócima calmante. Con el tobillo herido, le habían dado una muleta como apoyo y le habían pedido que no hiciese grandes esfuerzos. Pero nada de eso le había impedido ir a celebrar la victoria.

Rain no había podido acompañarlo, en teoría debería estar consolando a Jun, que había desaparecido en el caos de la celebración y que ni siquiera se había quedado a la clausura y la entrega de los títulos.

—Venga, ven —le había pedido Blake en un rincón apartado, a sabiendas de que ella no podía acompañarlo, mientras iba de camino al salón común del Crepúsculo. Olía a champán como si lo hubiesen rociado con él.

—La última vez que fui a una de vuestras celebraciones me hiciste caminar por una cornisa. ¿Lo has olvidado?

Él le había dedicado una sonrisa perezosa.

—Estaba cabreado.

—Ya, noté que mi presencia no te agradó.

—No... Te vi bailando con Jeong en la recepción después del encuentro —admitió con tono grave.

Rain arqueó las cejas y las mejillas se le tiñeron de rosa, sorprendida por su confesión. Blake soltó una risa baja. Se inclinó apoyándose en la muleta y le dio un beso bajo la oreja.

—Estaba celoso, Lee. Y fui un capullo.

Rain asintió con el corazón aleteándole en el pecho.

—Y luego superaste la prueba... —continuó Blake. Levantó la mano para apartarle un mechón de cabello que se le había escapado detrás de la oreja—. Me sentí todavía peor porque había sido un imbécil contigo y, encima, tú me parecías más interesante aún.

—Grave error —susurró ella sin aliento.

Blake dejó que una sonrisa le curvara la boca mientras asentía.

—En realidad, la culpa era tuya.

Rain arrugó el ceño, confusa.

—¿Mía? ¿Por qué?

Blake se pasó la lengua por la comisura izquierda sonriendo.

—Porque me besaste la noche de la fiesta de bienvenida. —Rain abrió la boca para replicar, pero Blake la cortó—. Y ya no pude sacarme a la chica buena del Amanecer de la cabeza.

—¿Es alguna clase de fetiche? —replicó ella, poniéndose de puntillas para darle un beso rápido.

Blake usó el brazo libre para rodearle la cintura impidiendo que se alejase.

—Sí, me encantan las empollonas sabelotodo, algo irritantes, con pinta de no haber roto un plato en su vida y que son más inteligentes que la mayoría.

—Entonces, supongo que a mí me van los chicos malos.

—No solo malos, Lee. También crueles y despreciables. ¿Recuerdas? —dijo enumerando algunas de las cosas que ella lo había llamado al principio.

—Ah, sí, un arrogante mezquino.

Él hizo un sonido de asentimiento mientras sus ojos bajaban hasta la boca de ella.

—Y atractivo. No lo olvides.

Rain se apartó antes de que pudiese besarla.

—Deja de entretenerte. Te están esperando para la fiesta. Si consigo esquivar a Jun te esperaré en tu apartamento.

Rain caminó apresuradamente por los pasillos de la Academia. Estaba agotada, entre unas cosas y otras era casi medianoche. No había conseguido dar con Jun desde el final de su combate, ni siquiera lo había visto con sus padres. Lo conocía lo suficiente para saber que tenía que estar hecho polvo. En otro momento habría sentido simpatía por él, compasión por sus sentimientos. Ya no.

Su farsa terminaría pronto, así que se ahorró a sí misma ir hasta su habitación para fingir consolarle. No soportaba estar cerca de él, sobre todo desde que había descubierto el piercing de Maya escondido entre sus cosas. Le hacía sentir náuseas y la rabia se le anudaba en el estómago hasta que la asfixiaba.

Empujó la puerta de su habitación con un suspiro cansado.

Rain frunció el ceño al notar que su cama estaba revuelta, aunque recordaba haberla dejado perfectamente hecha esa mañana. Su mirada se desplazó al suelo, donde un libro yacía caído junto a la estantería, como si alguien lo hubiera empujado.

—¿Tinieblas?

Los cojines estaban esparcidos, y uno de ellos había sido rasgado, dejando un rastro de plumas blancas sobre la alfombra. Su escritorio estaba patas arriba: libros abiertos, papeles arrugados, el tintero volcado y una mancha negra extendiéndose sobre los apuntes que había dejado la noche anterior.

El corazón de Rain se aceleró mientras inspeccionaba la escena. La cortina colgaba torcida, como si alguien hubiera tirado con fuerza.

De pronto, se fijó en un rastro de pequeñas gotas de sangre sobre la madera del suelo, justo al lado de la cama.

—¿Tinieblas?

Se agachó con rapidez con el estómago revuelto. Su mente intentó buscar explicaciones razonables, pero el miedo se enredó en su garganta.

Rain se levantó de golpe.

—¡Tinieblas! —la llamó de nuevo asustada mirando por la habitación.

Sobre el escritorio desordenado, algo llamó su atención: un trozo de pergamino. El papel estaba doblado con precisión y cuidado.

Con manos temblorosas, lo tomó y lo abrió. La caligrafía era firme, casi agresiva:

> «El alma que ha traicionado al amor está marcada para siempre». «Y sepan que su pecado los alcanzará». A mí también me gustan los libros. ¿Qué te parecen estos pasajes que he escogido para ti, Rainy? Sé que sabrás apreciarlos. Ven sola y ni se te ocurra llamar al malnacido de Blake; esto es entre tú y yo. Ah, y entre Tinieblas...

Las rodillas le flaquearon al leer la última frase y acertó a ver unas coordenadas escritas antes de que la nota se escurriera entre sus dedos temblorosos.

El aire se le escapaba de los pulmones en jadeos cortos, denso, imposible de atrapar. Un puño invisible le cerraba el pecho. Con el rostro surcado de lágrimas, miró anonadada hacia la puerta de su habitación todavía abierta.

Tenía la piel perlada de un sudor helado que le corría por la frente y se aferraba a las palmas de las manos. El cuerpo tenso, rígido como cuerdas a punto de romperse. Sentía como si la vida la hubiese abandonado, como si toda la sangre de su cuerpo hubiese sido drenada.

«No, no, no», suplicaba.

Su mente estaba atrapada en una tormenta. Era un campo de batalla. A veces, se enfocaba con intensidad en la amenaza. Pero, otras veces, sus pensamientos se desbocaban, desordenados, como un enjambre de insectos golpeando contra las paredes del cráneo. La lógica quedó relegada y su imaginación se desató, creando escenarios a cada cual más terrible.

—Tinieblas. —La palabra se escapó a través de sus labios como un quejido de dolor.



La noche caía como un manto de sombras sobre el bosque, interrumpido solo por la pálida luz de la luna que se filtraba entre las ramas de los árboles. El aire estaba cargado de humedad y del

susurro inquietante de las hojas secas que crujían bajo los pies de Rain mientras corría desesperada, como si la muerte la persiguiese.

Las coordenadas que había recibido la habían llevado a un claro a un par de kilómetros de la Academia. El silencio era tan opresivo que parecía absorber incluso el sonido de su respiración entrecortada; era como si los animales y alimañas que vivían allí se hubiesen marchado.

Con el corazón latiéndole en la garganta, sus ojos analizaron frenéticamente el claro en busca de Tinieblas o Jun.

Fue entonces cuando la vio.

Allí, sobre la hierba cubierta de rocío, a unos metros de ella; estaba tumbada.

Inerte.

Rain se tambaleó, como si el suelo hubiera desaparecido bajo sus pies, antes de caer de rodillas. Un gemido se escapó de su pecho. El dolor fue indescriptible.

Tinieblas, siempre alerta, siempre astuta, sabia y cariñosa, no se movió; ni siquiera una pizca.

Rain olió el metal de la sangre, su nariz lo percibió antes de que sus ojos lo viesen, había una mancha oscura tiñendo el cuerpo de la gata.

—No... —suplicó—. No...

Incapaz de ponerse de pie se arrastró temblando hasta Tinieblas mientras se sacudía llorando.

—No, por favor, no. Tinieblas...

Cuando llegó a su lado confirmó lo que en su subconsciente ya sabía: su pecho no se movía.

El grito de dolor resonó en todos los rincones del bosque. Le desgarró el cuerpo entero. La atravesó como un cuchillo, dejando un vacío insoportable en su pecho. Era un sentimiento salvaje, brutal, que la arrancó de sí misma y la dejó rota, desmoronada.

—Ti-tinieblas —balbucearon sus labios sollozantes.

La idea de que hubiese desaparecido, de haberla perdido la dejó en carne viva, la hirió más de lo que cualquier arma podría jamás. Y Jun lo sabía.

—Duele, ¿verdad? —La voz llegó desde la oscuridad, suave pero afilada.

Rain se giró sobre su hombro. Sus ojos enrojecidos se encontraron con la figura de Jun medio oculta por la penumbra. Su rostro, normalmente cálido, tenía ahora una expresión fría y vacía, llena de rabia y de una satisfacción retorcida.

—Duele perder algo que amas tanto, ¿verdad? —repitió, acercándose.

—¿Por qué? ¿Por qué Tinieblas? —La voz se le quebró por el llanto —. Es mi gata... Es solo... un animal. No te ha hecho nada.

—Ahora lo entiendes, ¿no? —continuó él, inclinándose levemente para mirarla más de cerca—. Ahora sabes cómo me siento desde que llegamos a la Academia.

Ella apenas podía mirarlo o procesar lo que decía.

—Siempre fuiste mía, Rain. Lo eras desde el principio. —Jun sonrió, pero era una sonrisa amarga, desprovista de cualquier ternura—. Pero te alejaste. Yo... yo intenté ser paciente. Te di espacio. Seguí creyendo que volverías a ser la de siempre. —Sus ojos se oscurecieron aún más, como si la ira reprimida burbujeara en su interior—. ¿Y qué hiciste? —Su voz se alzó—. Me reemplazaste por él. Por Ash Blake, de todas las personas.

Rain intentó hablar, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta.

—Te he dado siempre lo mejor de mí. Incluso me he enfrentado a mis padres y sus ideas por seguir teniéndote a mi lado. —Jun se rio, un sonido vacío—. Porque eres importante para mí, Rain. Nadie más me miraba como tú lo hacías. Nadie más me hacía sentir como tú. —Su voz bajó, volviéndose un susurro—. He sido paciente, pensando que poco a poco volveríamos a lo de antes. Porque he cometido errores y lo sé. Y estaba convencido de que dejarías de mirarme como si me odiaras. ¿Es eso lo que sientes, Rain? ¿Odio? —Jun la observó herido, como si ella hubiese retorcido un cuchillo en su pecho—. Te quiero, te lo he dicho mil veces. Nadie me ha admirado tanto como tú, nadie me ha querido tan ciegamente ni me ha sido tan leal como tú; ni siquiera mis padres me miraban como tú lo hacías.

»Y yo quería devolverte todo ese amor, pero no me dejaban. ¿Qué podía hacer? No tengo la culpa de que no tengas linaje. Yo no hago las normas. Pero me he esforzado por demostrarte que siempre eras tú. Mi persona, mi lugar seguro, Rainy.

Le cogió la barbilla y le levantó el rostro para que lo mirase, ella se sacudía llorando amargamente, rota. Jun negó, como si le doliese.

—No iba a dejar que nadie te apartase de mi lado. No iba a permitir que mirases a otra persona como me mirabas a mí, como si el mundo empezase y acabase conmigo. Y menos a Ash Blake. —La voz le tembló, la garganta se le cerró y las palabras se le atragantaron—. ¿Sabes cómo me sentí al verte con él, al ver que la Rain que siempre había sido mía se marchaba, que me olvidaba, que me cambiaba? Me enfrenté a mis amigos, me la jugué para estar contigo, y no eras la misma, pero prefería tenerte a medias a dejar que otro lo hiciese, no me importaba. —Los dedos le apretaron más la barbilla, furiosos, sus ojos eran dos brasas de celos y rabia—. Pero descubrir que me has estado engañando con él todo este tiempo... El dolor que sientes ahora por tu gata ni siquiera se acerca a lo que he sentido yo esta tarde al veros y oíros en los vestuarios.

El rostro de Jun estaba lleno de algo que se asemejaba a la tristeza, aunque era más bien una máscara rota de su obsesión.

—Lo que le ha pasado es culpa tuya. —Su voz se volvió más oscura, más dura—. Ha pagado los errores y pecados de su dueña.

Rain se arqueó por culpa de una arcada. Jun levantó una mano y le acarició el rostro, limpiándole una lágrima con el pulgar.

—Eres un psicópata. Has matado a Tinieblas y mataste a Maya —murmuró entre lágrimas.

Jun se irguió, palideciendo.

—¿Qué?

—Tenías su piercing...

Su rostro se desfiguró entre el miedo y el enfado.

—Fue... Me pilló entrando a los túneles... Mis padres... No lo entiendes —se defendió apresurado—. No... No podía hacer otra cosa. —Le cogió la cara con las dos manos—. Por eso te dije que había pasado la noche con Manon —parecía desesperado—. Pero en realidad no fue así. ¿Ves? Siempre has sido tú, Rainy.

—Me das asco —gimió ella.

Jun arrugó la cara como si Rain le hubiese pegado con todas sus fuerzas y su expresión volvió a oscurecerse.

—Ya es hora de arreglar todo esto, Rain.

Llevó la mano hasta su frente trazando una espiral mientras sus labios se sacudían rítmicos, pronunciando un hechizo de hipnosis. De sus dedos salió una neblina azulada, como su aura, que fue penetrando en la cabeza de Rain.

—Déjate caer, vamos —la apremió Jun.

La mente debilitada y rota de dolor de Rain no pudo resistir el impacto del hechizo, que se deslizó hacia ella como un humo viscoso y se coló por las grietas de su ser. La consciencia se le apagó lentamente, como una vela consumida por el viento. Todo lo que sentía —la ira, la pena, el odio, el dolor— comenzó a desvanecerse, sustituido por un entumecimiento que se le extendió por todo el cuerpo.

—Estás cansada. No soportas más la tristeza. Quieres que acabe, ¿verdad?

Rain oyó la voz muy muy lejos y a la vez como si retumbase dentro de sí misma.

Asintió.

—Quieres rendirte.

Volvió a asentir, era todo lo que deseaba.

—Ve al lago, y deja que el agua se lleve todo. Allí encontrarás paz.

Rain, que estaba apoyada sobre sus palmas, se levantó despacio, muy despacio, como si le pesase cada fibra de su cuerpo. Todavía temblaba ligeramente y de sus ojos seguían escapando lágrimas de cuando en cuando.

Jun contrajo el rostro con una expresión de pesar y dolor. Le apartó el pelo a Rain de la cara, que se le había quedado pegado a las mejillas húmedas.

—Preferiría verte desaparecer antes que aceptar que otro ocupa el lugar que siempre fue mío —dijo con la voz suave—. Cualquier cosa antes de que me odies. Los dos pagaremos por nuestros pecados. Yo cargaré con el dolor de tu pérdida y tu traición, pero cuando mi misión esté cumplida... te seguiré. —Su mirada se oscureció—. «Es

mejor reinar en el infierno que servir en el cielo, pero incluso los reyes caen cuando la traición gobierna sus corazones» —recitó Jun recordando esa frase que Blake le había citado cuando discutieron en el pasillo tras la muerte de Dereck Keller—. Deberíais haber sabido cómo termina la cita.

Rain avanzaba hacia el lago con pasos pesados y seguros, como si la llamada del agua fuera una melodía que solo ella podía escuchar. La niebla del amanecer envolvía la escena, flotando como un velo mortuorio sobre la superficie del lago; extendiéndose hacia ella, tratando de atraparla.

Las ramas de los árboles de alrededor se alzaban como brazos huesudos hacia el cielo teñido de púrpura y carmesí.

La aurora comenzaba a estallar en él.

Un eco del incendio que había en su corazón.

El frío del agua mordió sus tobillos cuando dio el primer paso dentro del lago. Su vestido se adhería a su piel a medida que el agua subía, el peso de la tela empapada arrastrándola aún más hacia delante, hacia las profundidades.

Sus ojos, abiertos y vacíos, reflejaban el cielo ardiente. El viento sopló, helado, y un escalofrío recorrió los árboles.

«Quieres rendirte», susurraba la voz de Jun en su cabeza.

Sus pies tropezaron con las rocas ocultas en el fondo del lago.

El agua le llegó a la cintura, y más allá, haciendo que cada vez le fuese más difícil avanzar.

Los colores del amanecer y su claridad contrastaban con la oscuridad helada del lago que ahora abrazaba a Rain.

La niebla se cerró a su alrededor, aislándola del mundo, dejando solo el eco de sus pasos y el sonido del agua rompiendo contra su piel.

Rain continuó caminando.

El agua alcanzó el pecho.

Los hombros...

Deseaba aquel letargo placentero. Un vacío tan profundo que resultaba tentador.

«Quieres paz, quieres dejar de sentir y el agua te ayudará. Deja que te lleve».

Cuando el agua alcanzó su cuello, inclinó la cabeza hacia atrás, mirando el cielo teñido de sangre y oro. El pelo flotó a su alrededor y quedó enmarcada por la belleza cruel de la aurora.

Cerró los ojos y dejó que por fin la oscuridad se la tragase.



«¿Puede un hombre poseer dentro de sí un amor tan profundo que termine destruyéndolo?».
DOSTOYEVSKI





Capítulo 56



Blake decidió marcharse pronto de la fiesta del equipo. Cada vez le dolía más el tobillo y estaba impaciente por volver a su apartamento. Pero al llegar lo encontró vacío, sin rastro alguno de Rain.

Aquello lo inquietó. ¿Se habría encontrado con Jun? La imagen de ellos juntos le dio ganas de golpear cosas. ¿La habría retenido a su lado? Recordó lo que había dicho durante el duelo y la rabia se transformó en un miedo silencioso que se filtró por todo su sistema nervioso.

¿Y si había tratado de pagar con ella su frustración?

Decidió volver a la Academia. No se fiaba de Jeong, aquello había sonado más a una amenaza que otra cosa. Necesitaba asegurarse de que Rain estaba bien.

Despertó a Kane y a Aiden para pedirle al segundo que fuese a la torre del Amanecer a comprobar si Rain estaba en su dormitorio o en el de Jun.

—No creo que Jun sea capaz de hacer daño a Rain, al menos no directamente —trató de calmarlo Aiden.

—Es un hijo de puta retorcido, yo lo creo capaz de todo. Estoy a dos segundos de ir yo —contestó, perdiendo la paciencia.

Aiden se apresuró a entrar a la torre dejando a Kane con su mejor amigo.

A Blake la espera le pareció una maldita visita al purgatorio. Los minutos antes de oír la sentencia en un juicio final.

Apoyado en la pared frente a la puerta de la torre y con Kane a su lado, trataba de mantener la calma, aunque su respiración entrecortada y furiosa, tanto por el dolor del tobillo como por los pensamientos que lo asfixiaban, lo delataban.

Kane trató de calmarlo en vano.

—Seguro que está bien. ¿De verdad ves a Jeong capaz de hacer daño a Rain?

—Si tarda dos minutos más, entro —fue todo lo que Blake le contestó.

Aiden apareció antes de que tuviese que hacerlo. Y su expresión hizo que se le parase el corazón.

En las milésimas de segundo que tardó en hablar cupieron decenas de imágenes, palabras y escenarios a cada cual peor.

Aiden solo fue capaz de mostrarles la nota que había encontrado tirada en el suelo de la habitación de Rain, bocarriba, con aquellas palabras que lo habían atravesado como un disparo de flecha.

—Su habitación estaba destrozada —sollozó mientras Kane cogía la nota y la leía en voz alta.

Blake ya estaba corriendo para cuando la terminó de leer. Los tres se lanzaron al bosque.

Blake iba el primero a pesar de su pie herido. Habría quemado todos los árboles para despejar el camino, si no hubiese temido que el fuego la atrapase.

Si la espera frente a la torre del Amanecer le había parecido el purgatorio, aquello era sin duda el infierno.

Encontraron el claro y a Tinieblas. Al ver a la gata, la conmoción lo golpeó como una marejada furiosa. La muleta crujió bajo el agarre furioso de su mano; la madera del mango se resquebrajó.

Cogió aire con fuerza.

—Dime que no está muerta —le suplicó a Kane con la garganta cerrada—. Dime que ese hijo de puta no se ha atrevido a matar a Tinieblas.

Blake solo podía visualizar a Rain encontrándosela y el dolor insoportable que le habría provocado.

Con los dientes apretados, apartó la mirada de la gata, mientras sus ojos se quebraban llenos de lágrimas sin derramar.

Kane se acercó, pues Aiden se había quedado paralizado con el rostro anegado de lágrimas silenciosas y el cuerpo temblándole por la pena.

—¡Está viva! —gritó—. Tiene... tiene pulso, aunque muy débil —se explicó apresuradamente, trabándose—. Seguramente le ha dado una poción para dejarla en estado catatónico. Aunque está herida y ha perdido bastante sangre.

Aiden rompió entonces su silencioso llanto sollozando sin aire y corrió hacia el animal.

—No me puedo creer que haya hecho esto —gimió Aiden.

Blake miró a su mejor amigo. No hizo falta que le dijese nada en voz alta. La súplica en sus ojos era suficiente. Con sumo cuidado, Kane cogió a Tinieblas entre sus brazos y pronunció un hechizo de curación.

Blake quería a Tinieblas casi como si llevase con él toda la vida. No podía imaginarse perderla ni el daño que aquello le haría a su novia.

—Gracias —susurró Blake.

—Me aseguraré de que la vea un veterinario en Hidden. Te prometo que estará bien —le dijo Kane apretándole el hombro a su mejor amigo al pasar por su lado—. Encuéntrala.

Aiden y Blake se separaron para buscar a Rain. Si Jun la había atraído con la trampa de Tinieblas, debía de estar con él.

Blake corrió hacia el único lugar donde pensó que podría haberla llevado, los túneles y, por tanto, el lago. El dolor del tobillo quedó olvidado, apagado por otras emociones más grandes. Todo en su cabeza era caos, lleno de imágenes de Rain y de Jun haciéndole daño.

Su aura vibraba alrededor de su cuerpo, como si la energía mágica quisiese escapar de él y consumir todo a su alrededor.

Las palabras de Jun resonaban en su cabeza, como un eco retorcido que alimentaba su furia y su terror:

«Es realmente una lástima que pierdas siempre a todos los que quieres, Blake. Algunos están condenados a ver morir a los que

aman. Me parece una maldición muy seria, yo que tú tendría cuidado».

Y entonces la vio.

Primero fue su figura borrosa, un espectro apenas visible a través de la neblina que flotaba sobre el agua. La silueta de Rain avanzaba lentamente, la tela de su vestido ondeando suavemente a su alrededor. Por un instante, Blake no pudo moverse. Era como ver una pintura macabra: el cielo teñido de lavanda y escarlata reflejado en el agua quieta, y en el centro, Rain sumergiéndose como si se disolviera en aquel cuadro perfecto.

La cabeza de Blake estalló en pánico al verla hundirse, con el agua ya rozándole los hombros. Corrió hacia ella, ignorando el frío y el dolor.

La agarró, rodeándola desde atrás, y tiró de ella con fuerza hasta pegarla a su cuerpo, haciendo que sus pies dejasen de tocar la superficie.

—¡Rain! —rugió, y esa única palabra, llena de pánico, rompió la neblina en su mente como un rayo.

—¡Rain! Soy yo. Mírame. ¡Rain! —gritó Blake.

Ella parpadeó, y el trance comenzó a desmoronarse como un castillo de cristal quebrándose. La realidad volvió con un golpe violento, y de repente sintió todo: el frío del agua, el peso de su cuerpo, el dolor en su pecho, la pérdida.

Jadeó nerviosa y desorientada; sacudiéndose.

—Soy yo, tranquila. Tranquila.

Rain consiguió enfocar la vista hasta reconocer a Blake y entonces se desmoronó llorando desconsolada.

—Ash... —gimió—. Tinieblas... Ha matado a Tinieblas.

—Está bien, Rain. La hemos encontrado y está bien.

—¿Qué? No... no respiraba.

Blake le cogió la cara con una mano y la miró con firmeza.

—Está viva, de verdad. Te lo prometo. Está bien —afirmó mientras la levantaba con un brazo para sostenerla y con el otro recuperaba la muleta.

Rain lo abrazó con todas sus fuerzas mientras dejaba que sus palabras calmasen la histeria de su llanto. Blake salió del agua con

ella en brazos y se dejó caer en la orilla.

Rain seguía abrazándose a él temblando, tanto por el frío como por los sollozos angustiosos que escapan de su cuerpo.

Blake la sostuvo con firmeza y le acarició el pelo con suavidad, dejando que se acurrucase contra su cuerpo. Deseando poder protegerla de aquella noche de pesadilla.

—Va a estar bien, ya lo verás. Tinieblas es fuerte y Kane es bueno con los hechizos de curación; estoy seguro de que habrá llegado a Hidden en minutos, es muy rápido corriendo —susurró con dulzura.

Poco a poco el llanto nervioso de Rain se fue calmando y su respiración fue volviéndose más pausada. Lo apretó con más fuerza.

—G-gracias —balbuceó.

Blake le besó las lágrimas de las mejillas con delicadeza.

Y a pesar de que sus manos y sus gestos eran suaves al sostenerla, como si ella fuese algo preciado y frágil, en su mente rugía una tormenta, un fuego que deseaba alimentarse. Verla así lo volvía loco.

Solo podía pensar en matar a Jun Jeong. Lo arrancaría de este mundo pedazo a pedazo y se tomaría su tiempo hasta que su existencia quedase reducida a cenizas. Deseaba ver el miedo más salvaje en sus ojos antes del final y que Jun se llevase su rostro a la otra vida como último recuerdo.

Rain se quedó dormida cuando el calor del cuerpo de Blake y la calma de sus brazos hicieron que su cuerpo se relajase al sentirse de nuevo a salvo.

Blake la abrazó deseando poder protegerla incluso de sus pesadillas. Le limpió las lágrimas con cuidado de no despertarla y al ver sus ojos enrojecidos e hinchados su furia se avivó aún más, como un fuego al que se le echa combustible.

Aiden apareció al cabo de un rato, después de haber visto la señal que había mandado Blake al cielo con su posición.

Tardó un par de segundos en darse cuenta de que Rain estaba dormida y de que su pecho se movía suavemente con su respiración. Porque durante un momento había temido lo peor.

Pero entonces había conseguido razonar lo suficiente para notar que Blake no habría estado tan calmado si Rain estuviese herida. Era

fascinante verlo ser tan tierno, sostenerla con tanto cuidado y cariño, como si temiese hacerle daño.

Debía de ser la única persona con la que se comportaba así. Jamás le había visto aquella expresión, ni siquiera con Kane o con los señores Diop.

Se sintió incómodo, un intruso en la intimidad de Blake, porque no era solo amor lo que su expresión transmitía mientras miraba a Rain; era algo más, algo oscuro, posesivo, salvaje, casi violento. Durante mucho tiempo había pensado que Blake odiaba a su amiga, porque la miraba con una intensidad casi asesina y ahora lo veía de nuevo.

«Ash no solo quiere, Ash se obsesiona. Y deja que sus obsesiones lo consuman», le había dicho Kane en una ocasión.

—¿Qué haces ahí parado, Clark? —lo llamó Blake, sacándolo de su estupor—. No la despiertes —le pidió mientras Aiden se acercaba.

Aiden estaba cubierto de sudor y barro, y tenía varios rasguños de haber chocado con ramas. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras oía el relato de Blake sobre cómo había encontrado a Rain dentro del lago presa de un hechizo de hipnosis.

—No puedo creer que ese malnacido fuese nuestro mejor amigo. Es un psicópata.

—Quédate con Rain y cuando despierte id a mi apartamento. Allí estaréis seguros —le ordenó Blake.

Aiden lo miró confuso e intranquilo.

—¿Qué vas a hacer?

Blake no le contestó. Con cuidado, trató de recostar a Rain sobre el regazo de Aiden, pero antes de que le diese tiempo a soltarla, ella le agarró la muñeca reteniéndolo.

—¿Adónde vas?

—Ve con Aiden a mi casa —le pidió.

Ella tardó un momento en entender lo que pretendía.

—No.

—No me des un discurso sobre por qué es mejor esperar, Rain.

Ella negó suavemente.

—Jun sabe que lo he estado engañando. Mi tapadera, todo lo del club... Tenemos que ser más rápidos. Hay que entrar a por el libro del Otro Lado antes de que se deshagan de todas las pruebas.

Después puedes hacer lo que quieras con ese imbécil —escupió, recordando las palabras que le había dicho en el bosque y estremeciéndose.

Se puso de pie pesadamente. No podían esperar mucho más, puede que Jun pensase que ella estaba ahora mismo en el fondo del lago, pero no tardaría en averiguar que no era así y tenían que usar esa ventaja antes de que los del club se deshiciesen de todo.

—Aiden, ve a buscar a Kane. Blake y yo entraremos en los túneles. Sé dónde está el libro. Tinieblas —al pronunciar el nombre de la gata le tembló la voz y se le encogió el corazón— sabe dónde guardo todas las pruebas que he ido recopilando, si Blake y yo no salimos, ya sabes qué hacer.

Aiden negó enfadado.

—No pienso arrastrarte conmigo —lo cortó ella antes de que él se ofreciese a acompañarlos. Lo abrazó con fuerza despidiéndose—. Eres mi alma gemela, Aiden, la persona en la que más confío en el mundo; te necesito aquí. Por favor, si me pasa algo, protege a mi madre.

Rain le plantó un beso en la mejilla y le dio la espalda para ir hacia Blake.

«Cuídala», le pidió Aiden a este, en silencio.



«La inmortalidad no es una cuestión de más o menos tiempo [...] es una cuestión de otra cosa que permanece».
MARGUERITE DURAS





Capítulo 57



Blake tiró de Rain dentro del túnel y la puerta se selló a sus espaldas cuando el agua del lago volvía a caer. Ninguno de los dos había dicho demasiado, simplemente se habían movido impulsados por una fuerza invisible que parecía manejar sus cuerpos agotados y heridos.

Como si no quisiesen pararse a pensar o analizar las cosas, como si no quisiesen darse tiempo a desmoronarse o a dejar a sus mentes sentir el cansancio. Si paraban no lo conseguirían; tenían que seguir hacia delante.

Rain se apoyó en la pared un momento para recuperar el aliento. El pelo se le había secado hasta rizarse. Tenía las botas encharcadas, se las miró arrepentida de no haberse puesto zapatos planos, porque aunque el tacón era pequeño la estaban destrozando. El vestido negro todavía no se había secado del todo y se le pegaba a las piernas.

Blake le había dejado la chaqueta de su traje para que se cubriera los brazos desnudos y se había guardado en la parte trasera del pantalón una daga nueva, después de haberle dado la suya a Rain. Él tampoco presentaba mejor aspecto: tenía la camisa arrugada y manchada de barro, milagrosamente mantenía la corbata, y su pelo,

normalmente perfectamente peinado, estaba ahora revuelto y sucio. Por no hablar de su tobillo herido.

Rain dejó escapar un suspiro y fue la primera en moverse. Aunque no se encontraban en las mejores condiciones, era así como se había presentado la partida. Sus botas resonaron suavemente contra la piedra húmeda mientras iniciaba la subida.

Blake la observó unos segundos, la línea de su mandíbula apretada mientras sus pensamientos más oscuros lo atrapaban. Le habría gustado mandarla a casa y encerrarla con llave. La idea de cargarla sobre su hombro y llevársela de allí lo tentó. Rain se enfadaría, pero prefería su odio a que le ocurriese algo.

Avanzó rápidamente y la tomó de la muñeca, tirando de ella hacia él. Y antes de que pudiera decir nada, su boca se encontró con la de Rain mientras la agarraba de la nuca. Los dedos de Rain rozaron la tela de la camisa empapada, aferrándose a él con fuerza. Y con la misma rapidez con la que la había besado, se separó de ella poniéndose en marcha.

No tardaron demasiado en llegar a la sala pentagonal. Rain se colocó frente al pedestal, nerviosa. Blake estaba al otro lado, vigilándola a ella y a las escaleras al mismo tiempo.

—Espero que funcione —murmuró Rain, sin apartar la vista del libro. En todas las veces que había bajado a los túneles, no se había atrevido a acercase a él por temor a volver a activar una de las trampas.

Los ojos de Blake pasaron de Rain a las escaleras de la sala pentagonal. La tensión en su postura era palpable, listo para atacar al menor indicio de peligro.

Rain levantó su mano derecha y trazó el símbolo de la llave en su palma. La figura brilló rojiza pegándose a su piel. Sintió la magia caliente y poderosa.

Acercó la mano al libro.

—Ábrete para mí —ordenó.

Cerró los ojos y presionó la palma contra la página, pero no sintió nada sólido, sino vacío. Cuando abrió los ojos encontró que había atravesado su superficie y sus dedos tocaron los bordes cuadrados

del diario. Una sensación vertiginosa le subió por el estómago cuando lo sacó.

Dejó escapar un jadeo de admiración. Lo tenía.

—Aquí es...

El alivio duró solo un instante.

Un sonido bajo y grave resonó en la sala, como si las mismas paredes se estremecieran. Las antorchas parpadearon y luego se apagaron de golpe, sumiéndolos en una oscuridad total.

—¡Rain, al suelo! —gritó Blake.

Un hechizo silbó a través del aire y estalló contra la pared, iluminando la sala con un destello fugaz. En ese breve instante, Rain vio sombras que se movían a su alrededor. Se dejó caer al suelo, aferrando el libro contra su pecho mientras un enjambre de conjuros cortaba el aire sobre ella, rompiendo la negrura con destellos breves. Dejando entrever siluetas que aparecían y desaparecían con los parpadeos de luz.

Blake sacó la daga que se había guardado en el cinturón y con la otra mano conjuró un escudo protector alrededor de Rain.

—En cuanto puedas, corre hacia la salida con el libro —le dijo Blake en voz baja.

Rain lo buscó a tientas en la oscuridad y sintió cómo se movía, preparándose para pelear.

—¡No! —Trató de agarrarlo del brazo—. Ash, no —pidió.

Pero él ya se estaba apartando.

Otro hechizo cortó el aire, pasó rozando a Blake y estalló contra una estantería. Madera y papel volaron en la penumbra.

Un susurro se deslizó entre las sombras.

—Te conozco mejor que nadie, Rainy. —La voz de Jun llenó la habitación con una dulzura vil—. Sabía que si escapabas de mi hechizo de hipnosis vendrías aquí.

Ella se llevó una mano a la boca para ocultar el sonido agitado de su respiración.

Jun dejó escapar una risa tierna.

—¿Cuántas veces hemos hablado de lo predecible que eres? Pero eso siempre me ha gustado de ti, saber todo lo que piensas y sientes. Cuál va a ser tu siguiente movimiento.

Rain se estremeció. Guardó el libro del Otro Lado dentro de la americana que Blake le había dejado y pegó la espalda al pedestal mientras pensaba en una forma de salir de allí.

La estela de otro hechizo cruzó la sala y Rain apenas tuvo tiempo de agacharse para esquivarlo. El atril se sacudió y ella ahogó un chillido.

Se oyó un golpe seco y un grito desgarrado reverberó en los túneles.

Rain la reconoció al momento. Era Manon. Blake había tenido que herirla.

Estalló el caos.

Los hechizos llovieron desde todas direcciones, dejando tras de sí ráfagas de luz, como dardos incandescentes. Chocando contra las paredes y estanterías, de las que caían libros y polvo a causa de los impactos.

Rain se puso de pie.

Respiró.

Cerró los ojos.

Colocó las manos frente a su pecho, los dedos crispados, cargados de energía.

Chispas rojas iluminaron su rostro desde abajo, deformándolo en una máscara de ira. Un zumbido eléctrico llenó la sala, como un trueno atrapado en el aire.

Las sombras de sus manos, de uñas afiladas y dedos retorcidos como garras, se proyectaron en la sala.

—¡Ash! —gritó Rain.

«Destruye», gruñó la voz de su consciencia.

Y desató el conjuro.

Blake, que tenía agarrado a Vasilyev del cuello, lo lanzó a un lado y, con un movimiento rápido, conjuró un escudo protector justo cuando el techo de la sala pentagonal se desplomaba en una lluvia de cascotes.

—Corre. Vete de aquí —pidió Blake con la voz tensa.

Rain, que había usado el pedestal para cubrirse, se arrastró fuera, tropezando en la oscuridad. La sala temblaba bajo el impacto de su ataque, y una densa nube de polvo cargaba el ambiente,

ahogándolos. Intentó orientarse, buscando una de las escaleras, cuando sintió unas manos que la atrapaban desde atrás.

—Siempre tan escurridiza —le susurró Jun al oído, con una mezcla de burla y cansancio.

Rain chilló, intentando zafarse. Jun estaba herido, y su sangre goteó sobre el rostro de Rain, salpicándola.

De pronto, las antorchas volvieron a prenderse.

La sala estaba devastada, cubierta de fragmentos del techo que habían caído, dejando al descubierto la roca desnuda de la montaña bajo la que se encontraban. Las estanterías destrozadas habían esparcido libros y restos de madera astillada.

Manon, inerte, yacía en un charco de sangre donde Blake la había herido.

Vasilyev estaba tirado a un lado, gimiendo débilmente.

Blake, magullado y con la camisa empapada en sangre, se alzaba imponente sobre él. Movió sus ojos hasta Rain y Jun, y en su mirada se reflejó algo más animal que humano.

Jun tenía la cara cubierta de sangre donde un cascote lo había golpeado, y una herida abierta le cruzaba la frente.

—Ríndete, Blake —advirtió Jun, apretando con fuerza el brazo alrededor del cuello de Rain, que se retorcía desesperada. En su otra mano, un cuchillo de hoja delgada descansaba sobre su garganta. La presión hizo que la piel de Rain se marcase con un leve corte—. O la mato —continuó Jun con una sonrisa torcida.

Ella movió la cabeza negando.

Las manos de Blake se sacudieron, el tono verde de su magia las envolvió enroscándose como serpientes por sus antebrazos. Se pasó la lengua por el labio inferior, llevándose un rastro de sangre mientras su pecho subía y bajaba pesado.

Entonces curvó una de las comisuras hacia arriba.

Jun se tensó detrás de Rain y el gesto hizo que apretase el cuchillo contra la piel y la cortara ligeramente.

Ella se resistió a hacer ningún gesto de dolor.

—No juegues conmigo a que no te importa.

Hanna quiso aprovechar la distracción que había creado Jun para atacar a Blake, pero él la golpeó con fuerza sin apenas volverse a

mirarla. Lysandros estaba hecha un ovillo al otro lado de habitación mientras lloraba en silencio, la caída del techo la había herido.

Rain volvió a negar ligeramente, suplicándole a Blake que no se rindiese.

«Atácalo», silabeó en silencio.

Pero Blake no confiaba en Jun como Rain lo hacía, él sí lo veía capaz de matarla si se movía.

Jun llevó una mano hasta el estómago de la chica.

—Veamos, Rainy. ¿Dónde escondes el libro? —musitó.

Su mano recorrió lentamente el torso, arrugando la tela del vestido a su paso.

Rain apretó los dientes decidida a no reaccionar.

Pero Blake temblaba al otro lado de sala. La rabia escapaba de sus poros mientras sus ojos seguían los movimientos de Jun enloquecidos.

—Siempre he estado enamorado de cómo te sonrojas. Me encantaba tener el poder de provocarlo con tanta facilidad —susurró Jun con voz dulce, con la boca rozando la piel de su cuello—. Solo tenía que pasarte el brazo por los hombros y ahí estaba.

Rain no apartó los ojos de Blake mientras negaba en silencio, pidiéndole que no lo escuchara. Jun quería provocarlo, quería empujarlo a ceder porque no era capaz de matarla, al menos no a sangre fría. Puede que con Maya hubiese podido hacerlo, pero Rain sabía que con ella no podría. Blake tenía que dejar de escucharlo y actuar.

—Puede que ahora creas que te quiere, pero siempre, siempre irás por detrás de mí. Siempre sabrás que yo fui su primer amor y vivirás con la duda de si en el fondo una parte de Rain sigue enamorada de mí.

La mano de Jun la aplastó contra él mientras ascendía hasta su pecho.

—¿Y sabes? Lo más irónico de todo esto es que ella te eligió porque no pudo tenerme a mí.

Blake sintió un latigazo de rabia que le recorría la espina dorsal.

—Si yo no la hubiese rechazado, ni siquiera habría mirado en tu dirección; no te engañes.

Jun sabía cómo torturar a Blake. Su aura verde chisporroteaba alrededor de sus brazos, al borde de perder el control.

Rain forcejeó cuando la mano de Jun abandonó el pecho para deslizársele por la cadera.

—Tranquila, Rainy —replicó con los labios rozando la curva de su mandíbula—. Sabes que no me gusta hacerte daño.

Sus dedos se hundieron en su carne, inmovilizándola contra él.

Blake vio cómo la mano de Jun descendía apenas unos centímetros hasta tocarle la parte superior del muslo, arrastrando el vestido hacia arriba con el gesto.

Blake dejó escapar una exhalación temblorosa.

—Para mí siempre has sido tú... Hasta mis padres se dieron cuenta de lo que sentía y me lo prohibieron.

Sus dedos se colaron bajo el dobladillo del vestido.

El aura de Blake siseó en el aire, lamiendo el suelo como una serpiente a punto de atacar.

—He sido muy bueno contigo —susurró Jun contra su oído—. He ido despacio aun deseando más y resulta que tú te lo estabas follando a él.

Blake rugió, la furia oscureciendo su mirada.

Jun apretó el cuchillo contra la garganta de Rain, dejando que un rastro de sangre carmesí goteara bajándole por la clavícula y el escote.

Rain hizo una pequeña mueca de dolor al sentir la presión de la hoja de metal.

Jun le susurró algo al oído que Blake no pudo escuchar. Pero vio su aliento enredarse en su pelo, sus labios rozando su sien.

Algo crujió dentro de él.

Un gruñido gutural escapó de su garganta.

—Deja de tocarla, Jeong.

Su voz ya no era suya.

Era otra cosa. Algo oscuro. Algo a punto de estallar.

Avanzó un paso. La magia se enroscaba en sus brazos, ardiendo, consumiendo la habitación con un brillo letal.

—Cuidado —advirtió Jun, apretando el cuchillo lo suficiente para que otro hilo de sangre se deslizara por la garganta de Rain.

Blake se detuvo de golpe, su pecho subiendo y bajando con violencia.

Por un instante, la idea de atacar, de destruirlo todo, casi lo cegó. Pero entonces miró a Rain, manchada de sangre, apretando los dientes, intentando disimular la mueca de dolor.

¿Y si la mataba?

Blake cerró los ojos con fuerza, tratando de ignorar el sabor amargo de la derrota que se extendía por su boca.

La magia que envolvía sus manos titiló, apagándose.

Hanna aprovechó para lanzarle un hechizo de lazo.

Las ataduras lo rodearon cerrándose sobre su torso y brazos.

Y Blake cayó de rodillas.

Rain chilló y se sacudió violentamente, haciendo que la punta del cuchillo la cortara. Gimió dolorida y Jun apartó la mano.

—¿Por qué has hecho eso? —la reprendió.

Jun le levantó la barbilla para mirar el corte. Dejó escapar un suspiro al ver que no la había herido de gravedad.

—Estate quieta, Rainy, o Hanna lo matará. ¿Vale? —le pidió Jun, colocándose frente a ella.

Ella asintió. Jun ignoró la mirada furiosa y asqueada de sus ojos y le sacó el libro del interior de la chaqueta.

Rain apretó los párpados, destruida.

—Gracias por tu cooperación. —Jun la agarró del rostro, obligándola a mirarlo mientras se inclinaba para besarla.

Rain apartó la cara, pero Jun se aseguró de atraparla con firmeza estampando su boca contra la de ella.

Blake se arqueó contra sus ataduras, las venas de su cuello parecían a punto de estallar. Un gruñido colérico se le escapó de la garganta; apretaba los dientes tan fuerte que el sabor metálico de la sangre le llenó la boca.

—Ya que tienes tanta curiosidad por este libro, voy a enseñarte lo que contiene. Es un diario que cuenta la historia de cómo un pueblo que ya tenía magia, quiso ser más poderoso y más grande, desafiando las leyes de la propia naturaleza. Crearon un ritual para extraer todo el poder del Orden de las criaturas a su alrededor, e incluso de los suyos propios. ¿El problema? Que a quien sometían al

ritual acababa transformado en algo oscuro, en puro caos, y su mancha infectaba su mundo —explicó Jun mientras se acercaba a Blake.

Le pidió a Hanna que vigilase a Rain y ella se acercó, agarrándola del pelo, y la empujó al suelo de rodillas.

Jun le dio una patada en el estómago a Blake haciendo que se doblara sobre sí mismo.

—¿Te gustaría ver el ritual, Rainy?



«A lo mejor no va sobre un final feliz. A lo mejor va sobre la historia».
ALBERT CAMUS





Capítulo 58



Jun levantó la cabeza de Blake agarrándolo del pelo y le dio un puñetazo. Los ojos le brillaban con un odio salvaje. Lo empujó hasta tenderlo.

Se cortó la palma de la mano con el cuchillo y comenzó a pintar un pentágono alrededor de Blake.

—Me encantará ver en qué acabas convertido cuando me quede con todo tu poder.

Rain se sentía como dentro del lago, aplastada por un peso infinito, arrastrada por una fuerza inconmensurable, una mota muy pequeña en un todo demasiado poderoso. Se miró las manos, se devanó la cabeza, pero estaba tan colapsada que las ideas no acudían a ella.

Hanna la agarró obligándola a mirar.

—Venga, *parvenus*, seguro que te encanta la idea de poder robarles poder a otros.

Rain apretó los dientes mientras unas lágrimas furiosas se le escapaban de los ojos.

«Has fracasado», se dijo. Había tenido tanto miedo de ser la villana que había acabado siendo la tonta heroína que perece. El héroe, abnegado y puro, que renuncia a todo: el amor, el poder, incluso la victoria, para mantener intacta su moral porque teme a la

oscuridad, porque es demasiado cobarde para ser malvado, aunque en el proceso pierda todo lo que ama y desea.

«El héroe muere con una conciencia limpia, pero el villano vive para sostener aquello que no pudo soltar».

Rain cerró los ojos, atrapada entre dos versiones de sí misma. Era una maldita hipócrita. Siempre deseando, siempre hambrienta de más, pero temerosa de su propia ambición y de lo que los demás podrían ver en ella.

«¿Y si soy un monstruo, y si dentro de mí habita una insaciable, fea y desfigurada versión de mí misma a la que temo que no amen?».

Lo único que le faltaba era mirarse en un espejo y dejar de odiar esa parte de sí misma. Aceptar quién era y quién había sido siempre. No era una chica buena, sino una serpiente con el aspecto inocente de una flor.

Y sí, había querido a Jun durante diez años de su vida y eso había pesado demasiado en su conciencia. Por todo ese tiempo en el que él había sido su mejor amigo, se había negado a dar ese paso. Pero ya era hora de enfrentarlo:

—¡El club se reúne en una sala secreta a la que se entra por una chimenea en el aula de clubes! La contraseña es «aurora». Alberta era la líder y me pidieron que te pusiera una maldición, por eso tuve que evitarte hasta que averigüé la forma de contrarrestarla para que no te hiciese daño —gritó Rain a toda prisa.

Los ojos de Jun se abrieron de par en par, su rostro palideció.

—El club está unido al culto Ereshkigal y se reúnen aquí mismo. Al mando están los señores Jeong, Samuel Clark, la madre de Alberta Novak, Alfred Keller...

Jun se giró hacia ella con una expresión horrorizada. Su mirada buscó la de Rain, primero con incredulidad..., luego con algo más oscuro. Algo que parecía auténtico dolor. Traición verdadera.

—¡Hanna, tápale la boca! —chilló.

Por un instante, no ocurrió nada. Pero entonces, una mancha negra comenzó a extenderse por su cuello, ascendiendo lentamente hacia su boca y descendiendo hasta su pecho.

La gota de sangre que Jun había tragado de Rain, aquella semilla dormida dentro de él, despertó. Y comenzó a envenenarlo.

Rain supo que él jamás había esperado que ella pudiera traicionarle. Por encima de los secretos, de las mentiras, del daño que se habían hecho, Jun nunca la había creído capaz de matarlo. Igual que ella nunca lo había creído capaz de matarla.

Al final, un hechizo de hipnosis no era mortal. Él siempre le había dejado una salida. Un resquicio.

Rain tampoco había sido capaz de dar el paso siguiente, de ser su sentencia de muerte, porque, pese a todo, lo había querido incondicionalmente.

Y Jun la había querido a ella. Rain nunca lo había dudado.

Por eso, cuando la miró, sus ojos reflejaban algo más que sufrimiento. Era desgarro. Era incredulidad. Era amor roto.

—Rain... —susurró.

Y ella, que había aprovechado el *shock* de Hanna para hacer un hechizo de consunción, se volvió hacia esta, usando todo lo que había aprendido en las clases de Defensa, y la derribó tirándola al suelo, golpeándola en el pecho con el conjuro.

Hanna chilló retorciéndose y el hechizo de lazo que ataba a Blake parpadeó debilitándose.

—¿Cómo has...? —La expresión dolida de Jun, la tristeza en sus ojos, se le clavó en el alma.

—¿Me hablas de traición a mí? —Rain escupió las palabras con furia—. Y tú, ¿qué? Mataste a Maya y me has estado engañando todo este tiempo. Heriste a Tinieblas solo para hacerme daño. Me habrías dejado caer de la torre. —Tomó aire con dificultad—. Ya no sé quién eres.

Jun jadeó y cayó de rodillas, su piel perlada de sudor frío, los ojos vidriosos por el veneno que lo consumía lentamente.

—Rain... —musitó, tratando de justificarse.

Pero Blake ya se había liberado de sus ataduras. Se puso de pie con lentitud y, sin apartar la mirada de Jun, se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano. Dio un paso al frente. Luego otro. Sus zapatos hicieron crujir las piedras caídas del techo. Como una marcha fúnebre.

En su mano relucía la daga con la que había herido a Manon.

Jun intentó incorporarse, apoyándose en las manos, pero Blake le asestó una patada en el brazo, desestabilizándolo.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto, Jeong? —siseó—. Ha merecido la pena esperar tanto. Porque ahora tendrás que vivir los últimos segundos de tu miserable vida sabiendo que ella ha sido tu verdugo.

Se inclinó ligeramente, con el rostro imperturbable, bello, cruel. Una pequeña sonrisa, apenas un gesto, curvó sus labios.

Jun intentó hablar, pero Blake no le dio oportunidad.

Con una calma escalofriante, se agachó frente a él.

—Esto —murmuró, al tiempo que acercaba la hoja al pecho de Jun — es por lo que tus padres le hicieron al mío. —Su voz era apenas un ronroneo, íntimo y letal.

Hundió el cuchillo con precisión quirúrgica en el costado de Jun. Un sonido húmedo y sordo llenó el aire. Jun dejó escapar un grito ahogado.

—Y esto —susurró Blake, retorciendo la hoja con una lentitud metódica, asegurándose de que el dolor fuera insoportable— es por Rain y por Tinieblas.

La sangre brotó, cálida, empapándole los dedos. Pero Blake no apartó la mirada del rostro de Jun ni un solo segundo, como si quisiera grabarse cada matiz de su sufrimiento.

Jun giró ligeramente la cabeza en busca de Rain. Quiso llamarla. Quiso verla. Pero no llegó a pronunciar su nombre.

Blake le agarró la cara con fuerza moviéndosela.

—No la mires —susurró bajito, colérico—. Tú ya no eres nada para ella —espetó solo para que él lo oyese.

Cerró el puño y le propinó un golpe seco en la nariz. Un chasquido de hueso roto resonó en la sala. Jun se dobló aún más con la sangre corriéndole por la cara.

—He esperado tanto este momento, Jeong.

Se inclinó hasta que su boca quedó a escasos centímetros del oído de Jun y, con una frialdad escalofriante, le susurró:

—Tú fuiste su primer amor. —Su voz goteaba desprecio y una cruel satisfacción—. Pero yo seré el último. Y te irás sabiendo que

ella te traicionó eligiéndome a mí. ¿No es poético?

Jun intentó decir algo, pero solo consiguió boquear sangre.

Blake le sacó la daga con un movimiento fluido y Jun cayó hacia delante, desplomándose.

Rain estaba acurrucada contra el pedestal, tenía las manos en los oídos, tapándoselos. Odiaba a Jun, lo odiaba tanto por el daño que le había hecho como por haber destruido al chico que había sido su mejor amigo y al que había admirado y querido. Pero a pesar de lo mucho que lo odiaba, no había sido capaz de verlo morir.

Blake se acercó a ella con pasos lentos, su pecho subiendo y bajando con fuerza.

—Rain...

Ella alzó la vista, con los ojos inyectados en sangre, la mirada vacía, desquiciada. Blake se arrodilló frente a ella y la envolvió en sus brazos, apretándola con fuerza contra su pecho. Rain se aferró a él y se desmoronó.

Blake cerró los ojos arrastrándola hasta su regazo y hundió el rostro en su cabello. Temeroso de que su acceso de brutalidad la hubiese asustado.

—Lo siento —murmuró Blake.

Ella negó.

—No tenías que haberte entregado —susurró Rain.

Blake le levantó la barbilla para ver la herida que Jun le había hecho en la garganta.

—Prefiero que me maten mil veces a ver cómo te hacen daño, Rain.

Rain le limpió la sangre del rostro con la manga de la americana. Los ojos de él se volvieron suaves y cálidos, dulces al mirarla.

—Me has elegido —afirmó en voz queda, como si se ahogase en aquella certeza.

—Puede que no fueses mi principio, Ash Blake, pero eres mi final.

Se separaron y Blake se acercó a recuperar el libro del Otro Lado.

Rain fue hacia Lysandros con pasos calmados y sin el mínimo rastro de emoción en su expresión. Todos los demás estaban muertos. Su compañera seguía aovillada en un rincón con el rostro surcado de lágrimas y las facciones deformadas por el horror.

Cuando la sombra de Rain la cubrió por completo, levantó la cara hacia ella con temor.

—No vas a decir nada de esto, ¿entiendes? —comenzó Rain sin inflexión en la voz. Se agachó para quedar a la altura de los ojos de Lysandros. Esta se estremeció; su mirada parecía muerta—. Por si acaso tienes la tentación de contar lo que ha pasado, maté a Dereck y a Alberta sin necesidad de estar cerca de ellos y tú no me costarás más esfuerzo. Si eres lista, sabrás qué es lo mejor. Desde hoy, Blake y yo no existimos para ti. ¿Lo has comprendido?

Lysandros, que se había llevado una mano a la boca para acallar sus sollozos, asintió temerosa mientras observaba a aquella chica que tenía el aspecto de Rain Lee, pero que parecía alguien totalmente distinto: frío, calculador, distante, como si todo aquel horror a su alrededor no hubiese tenido lugar.

—Bien.

Se marcharon de los túneles antes de que alguien más bajase.

Fuera llovía suavemente, lo que hacía que el día estuviese más cálido de lo normal. Agradecieron el agua del lago que se llevó la sangre y el polvo que los cubría.

Rain se frenó en la orilla cuando vio una figura alta en las sombras de la linde de los árboles. Estaba parado, como si los hubiera estado esperando.

—Buen trabajo —dijo Irk mientras se les acercaba con paso tranquilo y relajado.

Rain reaccionó de inmediato, su cuerpo se tensó y dio un paso atrás. Tenía el libro oculto en la americana de Blake y no pensaba perderlo. Blake avanzó, colocándose entre Irk y ella.

El profesor caminó lentamente hacia ellos. Su rostro estaba parcialmente iluminado por los esquivos rayos de sol que se colaban entre las nubes de tormenta. Tenía esa extraña sonrisa dibujada en el rostro.

—Veo que no me hizo caso, Lee.

Rain se mordisqueó el labio, nerviosa. Tendrían que matarlo. No pensaba permitir que le quitase el libro.

—Es tarde. Hace tiempo que sé más de lo que le gustaría. No lo vi en la reunión de los líderes del culto Ereshkigal, por lo que intuyo

que trabaja usted para el Consejo.

Irk le dedicó una sonrisa más amplia, casi... orgullosa, podría decirse.

—Astuta como siempre. Me sorprenden. Yo todavía no había conseguido averiguar dónde guardaban el libro. —Rain se tensó y miró instintivamente la chaqueta—. No se preocupe, Lee. No voy a quitárselo.

Movió los dedos de la mano izquierda que empezó a envolverse con el tono rojizo de su aura.

—Entonces, ¿qué quiere? —Rain no se fiaba de él—. ¿Cuál es su plan?

Irk desvió la mirada hacia Blake, que lo observaba en silencio, alerta, midiendo cada movimiento, esperando el instante exacto para atacar. Luego volvió a Rain.

—La pregunta más interesante no es qué haré yo..., sino qué hará usted, señorita Lee.

Rain sintió un escalofrío.

—Tengo pruebas suficientes para desmantelar al culto Ereshkigal y a quienes lo forman.

Irk la observó en silencio durante unos segundos interminables.

—¿Y qué espera conseguir con eso?

La pregunta la dejó un poco fuera de juego. Parpadeó deprisa, como si acabasen de arrojarle algo a la cara.

—Quiero justicia —respondió ella, como si fuese evidente—. Quiero que los responsables paguen.

Irk alzó una ceja y sonrió de nuevo. A Rain no le gustó nada su reacción.

—¿Justicia? —repitió, probando la palabra como si fuera un concepto extraño y exótico—. Qué noble. —No sonó para nada como un elogio—. ¿Cuál es su definición de justicia?

—¿Qué?

—La justicia funciona en ambas direcciones.

Rain bajó la mirada al suelo. La estaba llamando hipócrita.

—Oh, vamos. No hable como si el Consejo no estuviese salpicado por todo esto igualmente. No nos dé lecciones de moral, haciendo lo que hace.

Alan Irk miró a Blake complacido por su respuesta.

—¿Lecciones de moral? Jamás me atrevería. Solo le preguntaba a la señorita Lee que cómo cree ella que funciona la justicia.

Rain apretó los dientes enfadada.

—¿Está diciendo que el Consejo no hará nada? ¿Que no los castigará?

—No. El Consejo hará algo... Pero ¿será lo que usted espera? ¿Le parecerá suficiente?

Rain no supo qué contestar. Las palabras tronaron en su interior, rebotando por todo su cuerpo, sacudiéndola como un gran terremoto.

—Ellos dictarán sus castigos —continuó el profesor con voz suave —. Sus términos. Sus límites... Lo que sea «mejor» para «todos». —Hizo énfasis en las dos palabras clave.

No esperó respuesta. Dio unos pasos hacia el lago, deteniéndose justo antes de sumergirse.

—La justicia... —dijo, con la mirada perdida en el agua—. No siempre es un ideal. A veces, es solo el resultado de lo que más conviene...

Blake cogió a Rain del brazo y tiró de ella hacia el bosque alejándose de Irk.

El profesor los miró por encima del hombro.

—No me decepciones, Rain —susurró para sí mismo antes de abrir el lago.



Cuando el Consejo lo envió a investigar la Academia y su posible relación con el culto, lo último que esperaba era enfrentarse a la tarea de tener que eliminar a su propia hija. Aquella madrugada, cuando vio a una joven arrastrar al hijo de Ambrose Blake cubierto de sangre, fuera de la entrada de los túneles, comprendió que algo grande se avecinaba.

Su labor siempre había sido clara: ser invisible y eliminar a cualquiera que supusiera una amenaza para la estabilidad del Mundo

Fuera de lo Normal. Y aquella joven, que pronto descubriría que se llamaba Rain Lee, y Ash Blake estaban metiendo las narices en un asunto peligroso. Sabían demasiado. Su tarea estaba clara: debía descubrir qué sabían, quiénes más estaban implicados y qué pruebas tenían para deshacerse de todo y de todos.

El asesinato de Kêt le puso fácil introducirse en la Academia, por mediación del Consejo, como nuevo profesor de Magia del Orden. Así tendría vigilados ambos frentes: el del culto y el club, y el de Ash Blake y Rain Lee.

Pero fue en el proceso de investigarla a ella y a su familia cuando se topó con una verdad que lo cambió todo. No necesitó mirar dos veces a la doctora Sherin Lee para reconocerla. Habían pasado dieciocho años, pero su rostro seguía grabado en su memoria.

La conoció mientras finalizaba su primera misión para la Orden del Amanecer. Por aquel entonces, él todavía era un joven novato inexperto y descuidado. Si había algo esencial para su trabajo como agente de inteligencia del Consejo, era no forjar vínculos. Debía ser alguien invisible, fácil de olvidar. Pero cometió el error de bajar la guardia con aquella chica.

Su mentor se habría sentido profundamente decepcionado si lo hubiera sabido. Por eso se marchó sin despedidas ni explicaciones. Había elegido un trabajo en el que la soledad sería siempre su compañera. Aun así, en todos esos años siguió acordándose de vez en cuando de aquella chica.

Cuando comprendió que Rain podía ser su hija, debería haber pedido abandonar la misión. Habría sido lo correcto. Pero no lo hizo. La curiosidad, el egoísmo, la fascinación... todo ello pudo más que su deber.

Y allí estaba ahora, saltándose su misión y su deber, mientras deseaba en secreto que ella triunfara en su pulso contra el sistema.



«Toda tragedia culmina con un destino terrible».
ANÓNIMO





Capítulo 59



Rain llamó a la puerta del despacho de la directora Blean. Se recolocó la corbata nerviosa y tomó una bocanada profunda de aire. Metió la mano en el bolsillo de la americana y apretó la pluma que llevaba para calmarse. Desde el otro lado se oyó un «adelante».

Astrid Blean estaba sentada a su escritorio abriendo una carta. A su lado tenía un pequeño montón de ellas, como si las estuviese contestando. Entrecerró los ojos al ver a Rain, a quien claramente no esperaba.

—¿Señorita Lee? —preguntó confusa—. ¿Qué desea?

Rain avanzó un paso y cerró la puerta tras de sí. Sus zapatos resonaron sobre el suelo de baldosas que se asemejaba a un tablero de ajedrez. Escondió una sonrisa al pensarlo.

—Me gustaría hablar con usted, directora.

Astrid inclinó ligeramente la cabeza, estudiándola con interés. Dejó el abrecartas y el sobre que sostenía en el escritorio y se levantó para ir hasta el sofá orejero. Con un gesto de la mano le ofreció a Rain asiento junto a una mesita auxiliar.

La chica se sentó, se quitó la bandolera con los libros de clase y la dejó a un lado.

—¿En qué puedo ayudarle?

Rain estudió el atuendo de la directora. Un traje de falda y chaqueta, el pelo recogido en un moño informal y botas...

—Bonitas —comentó Rain, señalándolas—. Son bastante únicas, nunca había visto un par igual.

Astrid arqueó las cejas y se miró los pies.

—Ah, sí, son a medida.

—Y se las pone mucho. Recuerdo que las llevaba el día de la presentación.

—Es muy observadora, señorita Lee.

Rain sonrió.

—Siempre me han dicho que es una cualidad imprescindible para triunfar.

Astrid se rascó el antebrazo, nerviosa. Justo donde tenía tatuado el emblema de la familia Blean.

—¿Es la traducción del original? —preguntó Rain, señalando el tatuaje con la barbilla.

Astrid no sonrió esta vez.

—Sí. ¿Me dice qué le ocurre?

Rain alzó la cabeza con calma.

—«Nunca pierdas la esperanza, porque de ella nace la gratitud» —recitó lentamente.

Astrid se quedó inmóvil. Su postura relajada desapareció.

Rain inclinó ligeramente la cabeza, estudiándola.

—¿Cómo era la frase original, entonces?

Silencio.

La directora pestañeó, pero su rostro permaneció inexpresivo.

—¿Dónde quiere ir a parar?

Rain esbozó una media sonrisa.

—A que «gratitud» no es la traducción correcta.

La reacción de Astrid fue sutil, pero no le pasó desapercibida.

—Es extraño... —prosiguió Rain, con tono casi casual— que su familia nunca le haya corregido ese detalle.

La directora cruzó los brazos claramente enfadada por la impertinencia de la muchacha. Su expresión calmada y amable había desaparecido, y en cambio su rostro mostraba un gesto calculador y furioso.

Si Astrid hubiera sido una auténtica Blean, si hubiese crecido con su legado, nunca habría cometido ese error. Rain ya lo había sospechado al leer la frase en lengua antigua en el archivo.

—¿Ha venido a jugar a los detectives, niña?

—No, he venido porque el otro día vi sus preciosas botas rojas en los túneles bajo la Academia y las llevaba puestas nada más y nada menos que la líder del culto Ereshkigal. Me pareció interesante que fuese la única en no hablar. Pero claro, teniendo a varios alumnos delante, no quería ser reconocida. Es usted mucho más lista que el resto de sus compañeros, a los que no les importó exponer sus identidades.

Rain no vio venir el ataque.

Una fuerza invisible la embistió con violencia y la lanzó contra la pared con tal brutalidad que el aire escapó de sus pulmones en un jadeo ahogado. Un hechizo de restricción la envolvió al instante, inmovilizándola como si estuviese atrapada en hilos invisibles.

Astrid soltó una risita mientras sacudía la cabeza.

—¡Señor Blake, entre usted también al despacho! —gritó.

Rain intentó retorcerse, pero el hechizo era demasiado fuerte. La estaba aplastando con tanta fuerza que le costaba respirar.

—Blake no está aquí —gimió.

—Oh, por favor. ¿Cree que no tengo controlados todos los accesos a mi despacho?

Levantó la mano y Rain sintió un tirón en el estómago antes de ser zarandeada en el aire como un muñeco de trapo. La directora la estrelló contra otra pared. El impacto le arrancó un grito de dolor cuando su cabeza golpeó la piedra y un hilo caliente de sangre le resbaló por la sien.

Astrid chasqueó la lengua, exasperada.

—Vamos, Ash Blake, puedo seguir así hasta que salga —gruñó enfadada.

El silencio se estiró, tenso. Roto solo por la respiración entrecortada de Rain. Entonces, la librería situada en la esquina se deslizó con un sonido sordo, revelando un estrecho túnel.

Y Blake emergió de las sombras.

—Debo concederles que son ustedes muy listos. Pero no tanto como para engañarme.

Rain había descubierto la segunda subida a la torre norte en sus bajadas a los túneles.

—¿Qué pretendían, emitir mi confesión? —comentó Astrid casi divertida. Tenía guardas en todos los accesos a su despacho y había notado la magia de Blake, que estaba usando un conjuro de transcripción de voz.

Blake apretó los dientes y cogió aire con fuerza.

—Patético —murmuró la directora para sí misma.

Alzó la otra mano y, antes de que Blake pudiera reaccionar, una onda de energía lo golpeó. El impacto lo lanzó hacia atrás. Su espalda chocó contra una estantería y la derribó con un estrépito ensordecedor. Libros, cristales y madera rota se desmoronaron sobre él.

Rain sintió que el pecho se le encogía cuando lo vio desplomarse entre los escombros.

Blake se quedó inmóvil por un segundo. Luego, con un gruñido bajo, se removió entre los restos. Se incorporó tambaleándose, con una herida abierta en el cuello por donde la sangre goteaba, manchando el cuello de su camisa.

Astrid lo inmovilizó a él también.

—Entiendo que ella sea tan ingenua para creerlo. Pero usted, Blake, debería conocer mejor cómo funcionan las cosas. Me enternece esa idea soñadora que cree que el mundo se rige por la equidad, señorita Lee. —Rain respiraba pesadamente, incapaz de dominar la fuerza de la directora—. Debería haber aprendido en esta Academia que la justicia no es un concepto que se aplique igual a todos porque, en realidad, está en manos de unos pocos.

»¿Cree que el peso de la verdad puede inclinar la balanza contra quienes sostienen este mundo? Es adorablemente ingenua. El poder se sostiene en las conexiones, los recursos y, más importante aún, en la capacidad de manipular la percepción de lo que es justo y verdadero.

Astrid cambiaba su atención de uno a otro, era lo suficientemente poderosa para frenarlos a los dos con su magia. Aun así, unas gotas

de sudor le perlaron el rostro mientras se esforzaba por que su voz sonase tranquila y autoritaria, sin abandonar su papel de directora de la Academia.

—Soy una Blean. Mi linaje es mi escudo. Tiene que entender que no todos somos iguales. ¿Qué clase de tontería utópica sería esa? Mis antepasados construyeron todo lo que somos hoy. El poder solo es leal a sí mismo. Creo que son lo suficientemente inteligentes para entenderlo. Si lo piensan bien, estarán de acuerdo conmigo.

»El sistema favorece la estabilidad. Y la estabilidad se consigue manteniendo un orden que beneficia a los que estamos en la cúspide. Al final, mi caída sería la suya también. ¿Entienden? Cada uno tiene unas cartas.

Rain apretó los dientes mientras trataba de zafarse.

—Así que, guarden sus pruebas, sus principios y acepten las reglas del juego, si es que quieren jugar en él. Porque, señorita Lee, el poder siempre encuentra la forma de preservarse..., aunque tenga que traicionar los mismos principios sobre los que se construyó.

—¿Está hablando del diario de Cordelia Blean? —preguntó Rain con la voz ahogada—. ¿Es ese diario y lo que contiene lo que le mantiene a salvo?

Astrid dirigió una mirada rápida e involuntaria a un lugar concreto de la estancia.

Rain sonrió para sí misma.

A la directora parecía molestarle lo mucho que Rain sabía, como si eso le quitase algo de protagonismo o de lustro a sus planes, que tan cuidadosamente había armado.

Y Rain supo dónde atacarla.

Había memorizado la canción que Ophelia Blean les había ofrecido en su cripta; la forma de reconocer a un verdadero miembro de la familia.

—Ya veo que está usted muy orgullosa de ser una Blean y de lo que ese apellido le ofrece —empezó a decir con esfuerzo. Los ojos de Astrid se oscurecieron—. Y el discurso que ha dado es muy bonito, pero... sería mucho más creíble si no fuese usted una impostora.

Astrid frunció el ceño y la fuerza del conjuro se debilitó, movida por sus emociones.

—¿Cómo se...?

Rain comenzó a tararear la melodía de la nana y vio la confusión en el rostro de la directora. No la reconocía.

—¿Qué hace?

Rain empezó a reírse a carcajadas y Astrid enloqueció, como si hubiese encontrado su punto débil, la cicatriz que deseaba ocultar, el sitio donde herirla. Rain volvió a tararear la melodía y esta vez le añadió la letra:

—«En la montaña, brilla la luna con su manto de nieve...». Es una nana. ¿Qué pasa? ¿No la conoce?

Astrid cogió aire en pequeños sorbos y sus ojos enrojecieron, como si estuviesen llenándose de lágrimas. Algo en ella se rompió dejando ver una vulnerabilidad que no parecía propia de la mujer firme, calculadora y calmada que hasta hacía un momento tenían enfrente.

—¿Cree que me conoce? —murmuró con una risa amarga y apagada, mientras su mirada se llenaba de vacío. Rain notó cómo el conjuro se debilitaba aún más—. No tiene ni idea de quién soy.

»Sí, soy una Blean. Mi padre era Julian Blean. Un hombre poderoso... y un cobarde. Se enamoró de una mujer común llamada Helena Grey, y la dejó embarazada. En cuanto lo supo, la abandonó. Él ya tenía una esposa, una que estaba a punto de dar a luz a la legítima heredera del apellido. No podía arriesgarse a perderlo todo por un desliz. Y menos con una mujer sin linaje; el escándalo habría sido imperdonable. Mis abuelos jamás lo habrían aceptado. —Astrid parecía a años de aquel despacho, su voz sonaba hueca, como si estuviese viajando a través del tiempo y los recuerdos—. La esposa de Julian murió al dar a luz a su hija; dejándolo solo con la niña.

Rain apenas se atrevía a respirar. Con cada palabra, la historia cobraba sentido, como un mecanismo que encajaba poco a poco en su lugar. Y con ello, la tensión en la habitación crecía, acumulándose como la electricidad antes de una tormenta.

—No mucho después —prosiguió la mujer—, Helena Grey también dio a luz a una niña y la llamó Eleanor. La crio sin hablarle jamás de

Julian. Pero cuando Eleanor tenía doce años, su madre murió, dejándola sola en el mundo.

»Una niña desesperada hace cualquier cosa para sobrevivir.

Las palabras de Astrid sacudieron a Rain en lo más profundo, aquellas palabras fueron como ponerse frente a un espejo. Quizá porque se reconoció un poco en la afirmación. Porque a veces se había sentido así, a pesar de que no le gustaba admitirlo.

—Eleanor rebuscó entre las pertenencias de su madre y encontró una carta de Julian Blean. Y con ella, la verdad. —El rostro de Astrid, hasta entonces impasible, se contrajo apenas en una mueca, un destello fugaz antes de recuperar el control—. Fue entonces cuando su perfecta vida comenzó a derrumbarse. —Se aclaró la garganta antes de continuar—: El veneno se le metió en las venas. Encontró la casa de su padre. Lo vio con su hija; con la hija que él sí había querido. Y la envidia la consumió. Chantajeó a Julian, exigiéndole que se hiciera cargo de ella. —Astrid respiró hondo, despacio. Rain se fijó en que le temblaban las manos—. Los abuelos ya habían muerto, así que él no tuvo tanto miedo de ayudarla. Le construyó una pequeña casa apartada de todo. Un secreto bien guardado.

»Pero no fue suficiente. Nunca lo fue. Eleanor odiaba a la hija de Julian. Se escapaba por las noches solo para observarla. Se obsesionó con ella. Pasó meses estudiándola, imitando cada uno de sus gestos, de sus maneras.

»Hasta que un día decidió que ya no quería ser ella misma. Que su vida sería mejor si se convertía en la otra.

El estómago de Rain se encogió.

—Se hizo con libros de hechizos y pócimas. Preparó los ingredientes. Y un día... simplemente lo hizo. La envenenó. Una muerte limpia. Sin rastros. Julian, desesperado y roto, guardó el secreto y llevó a la asesina a su casa. Trató de quererla. De criarla como a su propia hija, de alguna forma era culpa suya, aquello era su pecado y estaba pagando por él. Pero no lo soportó. Y unos años después... se quitó la vida.

Rain sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Pero... pero usted. —Le costó que le salieran las palabras—. Eleanor es usted.

Astrid sonrió, despacio.

—Sí. —Rain sintió que el aire se volvía denso a su alrededor—. Y cuando tuve la oportunidad me presenté ante el mundo como Astrid Blean, la legítima heredera del apellido.

Rain la miró con una mezcla de incredulidad y repulsión.

—¿Y sabe qué? Todo lo que he hecho, lo he hecho porque el mundo no respeta a los débiles. No importa si empiezas siendo nadie, siempre que termines siendo alguien. Y aunque sepas mi verdad, aunque tengas tus pruebas —dijo con desprecio—, no podrá tocarme. Porque no importa quién fui, sino quién soy ahora. Soy Astrid, no Eleanor, y como tal, heredé todo el poder de los Blean, incluido el diario. Y eso, querida Rain, nadie me lo podrá quitar.

Rain mantuvo el rostro impasible, ocultando que el conjuro de Astrid se había debilitado lo suficiente como para permitirle moverse. Astrid inclinó la cabeza levemente, con un brillo fugaz en los ojos, como si una nueva idea se hubiera formado en su mente.

—De hecho, ahora que lo pienso... Mi historia se parece a la suya. Tampoco sabe quién es su padre.

Rain sintió una punzada de asco. Odiaba que usaran ese detalle en su contra; le parecía mezquino. Su padre no había decidido nada, las circunstancias habían hecho que él no supiese que ella existía.

—Él no me abandonó —afirmó Rain con firmeza.

Y vio como Astrid se sacudía, le había dado en su punto flaco.

—Es ambiciosa, es obvio —continuó la directora, tras un breve silencio—. Lo respira por cada poro de su piel, pero no tiene lo que hay que tener para triunfar. Olvídelo, nunca logrará nada más allá que una cómoda mediocridad.

Rain apretó los labios, conteniendo el ardor en los ojos. Era un golpe más cruel porque, en algún momento, había admirado a la directora. Porque había querido ser como ella. Y ahora, aunque la despreciaba, escucharle decir aquello le resultaba desgarrador.

Astrid la miró con una mezcla de lástima y burla, como si la estuviera observando desde una gran altura.

—Hay personas que nacen con talento y, además, tienen todo a su favor para llegar a lo más alto. Tú no —la despreció, tuteándola—.

Deberías aceptarlo. ¿No es agotador seguir luchando contra algo que no puedes cambiar?

Rain sintió que esas palabras se le clavaban en el pecho como espinas.

—No tienes apellido. No tienes conexiones. No tienes carisma. ¿Es que no lo ves? El mundo siempre elegirá a otros antes que a ti. ¿Sabes qué es lo peor de todo? Que ni siquiera eres lo suficientemente excepcional para que esto sea una tragedia.

Rain sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Eres buena hechicera —admitió la directora—, pero no eres única. Y, al final, ni siquiera gana el mejor.

Rain veía el mundo desenfocado por culpa de las lágrimas que se agolpaban furiosas en sus ojos. Astrid no estaba diciendo nada que Rain no se hubiese dicho a sí misma en sus peores momentos. Era como si sus miedos, sus mayores traumas se hubiesen hecho corpóreos y reales.

—Ríndete, Rain. Es el mejor consejo que alguien te dará jamás. Incluso si alguna vez tuviste alguna oportunidad, yo no dejaré que suceda. Nadie te querrá a su lado. Eres una chica buena, Rain Lee, pero no lo suficientemente dócil para estar junto a los que mandan. Y eso es problemático. Has acabado por completo con tus aspiraciones. —Astrid chasqueó la lengua y sacudió la cabeza mientras se giraba—. Más suerte en la siguiente vida, supongo.

El mundo se volvió para Rain un borrón de formas y colores distorsionados. Un zumbido grave y monótono le llenó los oídos, como si la realidad misma se estuviera disolviendo. Sintió que su mente se fragmentaba, como si cayera en un abismo sin fondo, atrapada dentro de sí misma, sofocada por su propia angustia.

Su respiración superficial. Se movió sin ser del todo consciente, como si estuviera sumergida en aguas profundas. Todo era lento, lejano, irreal. Sus dedos se crisparon, el temblor de su cuerpo se transformó en un espasmo incontrolable.

El destello plateado del abrecartas en el suelo le atravesó la visión como un relámpago. Alguien dijo su nombre —Blake, quizá— pero la voz se perdió en el eco distante de su mente. Sus dedos se cerraron sobre el metal frío.

Astrid aún estaba de espaldas cuando Rain avanzó. Pero no era ella quien se movía. Era algo más oscuro. Algo que había estado aguardando en lo más profundo de su ser, dormido, latente.

La directora pareció percibir su presencia y se volvió, alarmada.

Demasiado tarde.

Rain hundió la hoja en su abdomen.

Astrid aspiró bruscamente, como si el dolor la hubiese pillado por sorpresa.

Rain sintió el calor espeso de la sangre que se deslizaba por sus dedos.

El peso del arma temblando en su mano.

—¿Quién ha dicho que yo sea una chica buena? —susurró.

Con un tirón seco, retiró el abrecartas. Astrid se desplomó de rodillas, respirando con dificultad, sus ojos abiertos en una mezcla de incredulidad y agonía.

Detrás de ella, Rain sintió movimiento.

Blake.

Parpadeó, desorientada, como si despertara de un sueño, de un delirio febril. Blake se incorporó lentamente del suelo, tambaleante, tenía el cuello manchado de sangre. Aún estaba aturdido, mareado del golpe.

Rain se tocó la parte posterior de la cabeza, estaba húmeda y caliente. Dio un traspié. Ni siquiera lo había notado hasta ese momento. Quizá por eso se sentía tan fuera de sí.

Blake llegó hasta ella y la envolvió entre sus brazos.

—Rain... —susurró contra su cabello—. Estás sangrando mucho. Tenemos que darnos prisa...

Ella tembló. Sus dedos manchados de rojo se crisparon en la tela de su camisa. Ahogó un sollozo. Las lágrimas le quemaban los ojos, deslizándose por su rostro en ríos silenciosos.

—Lo siento... —jadeó, rota—. Lo siento...

Blake negó tratando de reconfortarla.

Y entonces, con un movimiento rápido y certero, Rain hundió la hoja en su torso.

Blake dejó escapar un sonido entrecortado.

Su cuerpo se tensó en los brazos de Rain.

Ella sintió el latido tembloroso de su corazón contra el suyo. Oyó el gemido ahogado de su respiración.

—Lo siento... —lloró.



«Perdóname… por mi amor, por arruinarte con mi amor».
DOSTOYEVSKI





Capítulo 60



La noche antes de entrar al despacho, Rain no había conseguido dormir pensando en lo que Alan Irk les había dicho en la orilla del lago esa misma mañana.

No podía aceptar que, después de todo, nada de lo que habían hecho iba a servir, que incluso el Consejo, que ella tanto había admirado y codiciado, miraría para otro lado. No encontrarían justicia para Maya ni para el padre de Ash.

Sí, puede que desmantelasen el culto, sobre todo ahora que ella tenía el libro del Otro Lado, pero quién le aseguraba que en unos años no conseguirían volver a rehacer su plan.

Había dejado a Blake y a Tinieblas dormidos en la cama y se había puesto a darle vueltas a la mejor forma de solucionarlo. Algo en las palabras de Irk se había quedado adherido a su subconsciente.

Blake apareció entonces, como si le hubiese leído la mente, como si hubiese oído los ruidosos pensamientos de Rain desde la habitación.

—No bastará con acusarla, no bastará con las pruebas —afirmó, cansada.

—Si lo que quieres es frenarla, solo hay una forma.

Rain se había mirado las manos en ese momento, era justo la conclusión a la que había llegado, pero a la que trataba de resistirse.

—Bien, no sé si seré capaz de entrar en sus sueños, pero...

—No —dijo Blake con firmeza—. No así. Que le quites la cabeza al culto no te asegura que no puedan poner otra. Todavía quedan muchos ahí.

Y ella había entendido, por fin, qué era lo que necesitaban. Poder. Algo tan absolutamente poderoso que les permitiese negociar, echarle un pulso al sistema.

—El diario de Cordelia Blean.

Blake había sonreído porque los dos habían llegado a la misma conclusión. Solo tenían que conseguir que la directora les dijese dónde lo tenía.

Fue entonces cuando se les ocurrió el plan.



—No quiero que lo hagas tú —había objetado Blake aquella mañana en la Academia.

—Piénsalo así: fui a confrontarla con todas las pruebas; Maya era mi compañera y amiga, y todos saben que nunca creí que su desaparición fuese voluntaria. La directora perdió los estribos y me atacó, y yo simplemente me defendí. Lo creerán. Y con ello, conseguiré el diario de Cordelia Blean; con él, tendremos al Consejo en nuestras manos.

Blake la agarró del hombro y la empujó con suavidad hasta ocultarla tras una de las estatuas del corredor. Sus ojos la atravesaron firmes.

—No voy a dejar que lo hagas sola. De ninguna manera. No hay discusión posible.

—Pero...

—No. Te seguiré allí, así que ni lo intentes. Estaré en esa habitación contigo quieras o no, como si tengo que derribar la puerta, Rain.

Rain supo que no había forma de que Blake cediese.

—Pero si aparecemos los dos, estará alerta. Puede que ni siquiera hable con nosotros... Tiene que creerse vencedora. Sentirse segura.

Solo entonces bajará la guardia y revelará dónde tiene el diario.

Blake sonrió con malicia. Sus ojos brillaron con astucia, casi divertidos, como si aquello fuese el juego más entretenido del mundo.

—Pues le haremos creer que así es. Dejemos que piense que nos ha pillado buscando su confesión. Dejemos que nos vea destrozados e indefensos. Y entonces, lo haremos; la matarás y me herirás a mí.

Rain lo apartó horrorizada, con los ojos abiertos de terror.

—No.

Blake le agarró la cara con ambas manos, obligándola a mirarlo.

—Sí. Piénsalo. Queríamos su confesión. Yo, para limpiar el nombre de mi padre. Tú, para desenmascararla y demostrar que manipuló las pruebas sobre Maya para proteger a Jeong. Pero nos descubre. Nos acorrala. Me ataca primero y, cuando viene a por ti, la matas en defensa propia.

Rain negó con la cabeza, temblando.

—Es demasiado peligroso... ¿Y si... y si te mato?

Blake deslizó los dedos por su mejilla, y una de sus comisuras se curvó ligeramente.

—Si eres tú quien me mata, no me importa —susurró.

Rain sintió un vacío en el estómago.

—¿Cómo puedes decir eso? No es una broma...

—Lo digo en serio. Lo último que vería sería extremadamente bonito. ¿No es acaso una buena muerte?

Rain se quedó sin aire. A veces olvidaba la oscura sombra que teñía el corazón de Blake, lo retorcido que podía llegar a ser.

—No puedo. Es muy arriesgado.

—Confío en ti, Rain. Eres la persona más perfeccionista e inteligente que conozco; sabrás hacerlo.

—¿Por qué parece que te lo estás pasando bien? —le recriminó ella.

Blake se pasó la lengua por los labios.

—Encuentro muy atractivo que me apuñales, Rain. Es una metáfora perfecta sobre nuestra relación. ¿No crees? Casi poético —rio él.

Apretó los dientes enfadada. ¿Es que no tenía ningún aprecio por su vida?

Se le ocurrió una idea de repente.

—Lo haré con una condición.

Blake entornó los ojos.

—¿Cuál?

—Un hechizo de corazón roto.

Blake palideció.

—Rain...

—Lo haría yo misma, pero requiere magia del Caos. Así que debes hacerlo tú.

Él negó con la cabeza.

El hechizo de corazón roto servía para vincular la vida de dos personas hasta tal punto que si uno moría el otro lo hacía también.

—Rain, no puedes...

Ella lo agarró de la camisa y con firmeza le espetó:

—Ya te lo dije, Ash Blake, te seguiría por los caminos más oscuros. Incluso si estos bajan al infierno. Así que hazlo.

Blake le acarició la mejilla y sacudió la cabeza derrotado.

—Me encanta lo despiadada que puedes ser... y justo por eso te quiero tanto, Rain Lee.



«¡Si fuera menos salvaje, estaríamos salvados! Pero su dulzura también es mortal».

ARTHUR RIMBAUD





Capítulo 61



El despacho de la directora era un caos, una escena más propia de un cuadro tenebroso. La realidad caía sobre ellos, aplastándolos con el peso insoportable de sus acciones.

—Lo siento —repitió Rain mientras ayudaba a Blake a tumbarse en el suelo.

Rain tomó un par de bocanadas superficiales luchando por mantenerse a flote. Deslizó los dedos en el bolsillo de la americana asegurándose de que la pluma seguía allí. Nadie sospecharía de un objeto tan insignificante, pero tenía una punta afilada y larga. Blake y ella la habían preparado en caso de que en el despacho no hubiese ningún objeto con el que atacar a Astrid Blean.

«Concéntrate», se ordenó a sí misma. No tenía mucho tiempo. Estaba perdiendo mucha sangre por el golpe de la nuca.

Blake se sujetó el costado donde lo había apuñalado. Respiraba con dificultad, al borde de la inconsciencia.

Rain se apoyó en el sillón, mareada.

El cuerpo de la directora yacía inerte sobre un charco oscuro, que se extendía lentamente por las baldosas del suelo.

Rain tuvo cuidado de no pisarlo. Se agarró el estómago sintiendo una arcada.

El diario.

Sus ojos recorrieron la habitación. Buscó en su memoria la imagen exacta: la directora, de pie junto al escritorio, su mirada desviándose solo un segundo a un punto en la pared mientras hablaba del diario.

Rain se acercó, apartó una lámpara, y tanteó los bordes del panel de madera. Lo toqueteó hasta que consiguió abrirlo. Dentro había un cofre pequeño de madera de aspecto viejo y desgastado, aunque parecía un objeto común, sabía que por mucho que lo golpease no sería capaz de romperlo.

Solo respondería a su legítimo dueño.

Se dejó caer de rodillas junto al cuerpo de la directora y se manchó los dedos de sangre.

Inspiró hondo y dibujó sobre la madera una runa de apertura con el líquido rojo.

El cofre crujió y un chasquido levantó el cierre.

Tosió, se sentía débil, como si tuviese fiebre. A pesar de que estaba sudando tenía mucho frío.

Parpadeó, le costaba enfocar la vista.

«Voy a desmayarme».

El pensamiento cruzó su mente como un rayo.

Giró la cabeza para mirar a Blake, que apenas respiraba.

—Mierda... —gimió.

Abrió la tapa del cofre y encontró el diario. Lo guardó en su bandolera mezclándolo bien entre sus libros de clase.

Cogió el abre cartas y lo colocó en la mano inerte de la directora, le cerró los dedos en torno al mango. Luego, sin vacilar, deslizó el filo por su propio antebrazo, dejando un corte lo bastante profundo para simular el forcejeo. Se hizo un rasguño en el hombro, desgarrando el uniforme y se cortó la palma de la mano. Y con la herida que tenía en la cabeza bastaría.

El mundo se inclinó a su alrededor.

Cayó de rodillas. Sentía sus músculos débiles, incapaces de sostenerla. Tenía la espalda húmeda por la sangre y estaba muy mareada.

Solo un poco más.

Se arrastró con las fuerzas que le quedaban hasta la puerta. Apoyó una mano en la madera y empujó. La puerta se abrió con un

crujido.

—¡Ayuda...! —consiguió decir antes de que la inconsciencia se la tragase.

En los últimos retazos de lucidez rezó para que alguien la hubiese oído.



«Hemos sido los príncipes de este mundo y hemos aprendido su lenguaje. Ahora no podemos hablar otro».
ANÓNIMO





Capítulo 62



Era una de esas noches de junio mágicas. Apenas soplaba brisa y hacía calor. La luna parecía precipitarse sobre la Tierra brillando despampanante en el cielo con tanta fuerza que había apagado las estrellas.

Había risas flotando en el ambiente, pero también llantos. Despedidas, abrazos, últimos besos. Grupos de amigos que prometían escribirse y que juraban reencontrarse en otoño.

La Academia cerraba sus puertas hasta septiembre y los estudiantes de tercero no volverían, así que, para todos ellos, aquella era la despedida definitiva.

Rain había observado melancólica su ceremonia de graduación, con Irk y Diop entregando los títulos en lugar de la directora, puesto que todavía no había nadie que ocupara su lugar. Tenían el verano entero para recuperarse de todo lo que había sacudido la Academia aquel último mes de curso.

Unas semanas atrás, Rain se había despertado en el hospital de Hidden; días después del incidente del despacho. A su lado, Blake con un pijama de hospital, estaba sentado en una silla, recostado sobre su cama.

Todavía insegura de si soñaba o no, le había acariciado el pelo. Y los ojos grises de Blake le habían devuelto la mirada.

Tenía tantas cosas que decir, tantas preguntas y, sin embargo, el ruido ensordecedor de su cabeza se acalló al mirarlo. Como quien se sumerge en lo más profundo del mar y deja de percibir el mundo más allá.

—Llevo todo el día esperando a que despiertes, Lee.

Y sin decir nada más, se metió en la cama con ella.

—Kane y Aiden han estado aquí hasta la hora de cenar. Y también Irk.

—El diario...

—Aiden recogió tu bandolera. Kane lo ha guardado en un lugar seguro —la tranquilizó, y le dio un beso en el pelo.

Ella dejó escapar un suspiro de alivio, al menos todo aquello había valido la pena. Sus dedos encontraron el borde de la camisa de Blake y se la subió para echarle un vistazo a la herida del abdomen.

—No me parece el mejor lugar para desnudarme, pero si a ti no te importa... —bromeó él.

Rain recorrió la forma de la cicatriz que ella misma le había causado. Los músculos de Blake se tensaron bajo su caricia y ella apartó la mano mordiéndose el labio con tanta fuerza que notó el sabor de la sangre.

Blake tiró de su barbilla para hacerla parar.

—Estoy bien.

—Casi te mato —susurró con voz quebrada.

—Ya... —Blake se guardó para sí mismo lo sexi que le parecía. La movió hasta que quedó sentada encima de él y sonrió divertido—. La estudiante modelo Rain Lee se enamora del problemático Ash Blake y acaba apuñalándolo. Siempre supe que eras fascinante, pero has excedido todas mis expectativas.

Le puso una mano en la espalda y la acercó más a su cuerpo mientras la abrazaba.

—No es gracioso. Y estás loco...

—Rain. —Blake le cogió la cara con ambas manos—. Si tuviese que elegir cómo morir, te aseguro que sería en tus manos.

—Yo no me lo habría perdonado —aseguró ella.

Blake sonrió.

—¿Por qué? Soy tuyo, incluso en mi muerte. —Le acarició el labio con los dientes—. Puedes hacer conmigo lo que desees.

Rain abrió la boca para protestar y él coló la lengua entre sus labios, arrancándole un suspiro.

—Además, ahora te llevo marcada en la piel; es más interesante que cualquier tatuaje.

Rain volvió a estudiar la cicatriz negando. Pero acabó sonriendo.

—Estás como una cabra, Ash Blake.



Rain volvió a observar la fiesta, apoyada cerca de la puerta del gran salón con aire melancólico. La orquesta tocaba, dirigida por la profesora Kazemi, y los estudiantes se agolpaban bailando en parejas y grupos.

Pronto se trasladarían a Hidden y sus calles, y la celebración seguiría hasta la aurora.

Los dedos de Blake le recorrieron la espalda, que su vestido negro dejaba al descubierto. Ella giró la cabeza para mirarlo y Blake se inclinó para saludarla con un beso. Ya nunca más tendrían que esconderse y la sensación era agradable y adictiva.

—Kane y Aiden ya llevan un rato bailando —los señaló Rain—. Bueno, al menos Kane intenta que Aiden lo haga.

Justo en ese momento, Kane atrapaba a su novio de la cintura y lo besaba riéndose por algo que le había dicho, seguramente alguna grosería típica de él.

Blake cogió a Rain de la mano y la llevó hasta la pista.

—Me gusta este vestido —dijo con la voz suave y aterciopelada.

Le colocó la mano abierta en la parte baja de la espalda para acercarla a él mientras bailaban y le acarició la piel desnuda.

Rain se estremeció.

—Me preguntó por qué —susurró.

Apoyó la mejilla en su pecho mientras se balanceaban al ritmo de la música. Hacía tiempo que no se sentía tan ligera. Aquel último

mes había sido tan intenso que los días se confundían unos con otros.

Se había reunido con Irk después de haber leído el diario de Cordelia con la intención de negociar con el Consejo. Lo que contaba superaba todo lo que había llegado a imaginar.

Era la historia de un grupo de amigos que se había conocido en las peores condiciones posibles, curiosamente en otra academia. Era un relato de venganza, de traiciones y secretos, sobre unos jóvenes que habían pagado por los errores y pecados de sus padres. Y cómo las consecuencias habían llevado a dos de ellos a tomar la más difícil de las decisiones para salvar su mundo, corrupto y envenenado por la codicia de los suyos.

Así fue como Cordelia acabó separada de ellos y así fue como su sociedad perdió el gran poder que ostentaba, habían desafiado a la naturaleza y esta les había arrebatado su poder. Y Cordelia, queriendo honrar el sacrificio de sus amigos, había decido borrar de la memoria de todos su origen, queriendo que dejasen aquel mundo al que casi habían destruido en paz.

Por eso había decidido reescribir la historia hasta el punto de que las generaciones venideras nunca supiesen la verdad. Pero no había contado con que con el paso de los siglos la magia volvería a resurgir y que esto les haría repetir sus pecados.

—Quiero que el Consejo reconozca que Ambrose Blake fue inculpado por Astrid Blean, Alfred Keller, Samuel Clark, los Jeong y Jovana Novak —enumeró—. Quiero que se exprese una disculpa pública, además de aclarar que no se suicidó y que ellos movieron hilos para matarlo y que no hablase. Quiero que quede claro que Maya García fue asesina por Jun Jeong y que lo encubrieron.

Esas fueron las condiciones de Rain para no sacar a la luz el contenido del diario. Aquel secreto que el Consejo estaba obligado a guardar. A cambio, ni ella ni Blake desvelarían nada sobre el culto y sus verdaderas intenciones. Y dejarían que todo aquel que había trabajado para ellos se librase de represalias públicas.

Lo cierto es que ninguno de los miembros principales tendría un castigo muy severo, eso ya se lo había adelantado Irk, al que no le gustaba edulcorar las cosas. A Rain no le importaba, siempre y

cuando sus nombres quedaran marcados para siempre ante su sociedad y sus reputaciones se fueran al traste.

Nada le aseguraba que no lo volviesen a intentar con el tiempo, cuando todo se hubiese olvidado, pero ahora mismo no le preocupaba. Ya no necesitaba hacerse la heroína ni ansiaba impartir justicia.

Solo quería cumplir con la venganza de Blake y limpiar el nombre de su familia. Aclarar el asunto de Maya y dejar que sus madres supiesen la verdad sobre lo que le había pasado a su hija.

—¿No va a pedir ninguna condición para usted? —le había preguntado Irk.

A lo que ella había negado con la cabeza.

—Me dijo que a veces el verdadero poder estaba en ser invisible, en manejar los hilos. Ya sabe que siempre he deseado destacar, ser quien escribe la historia y no a quien manejan. Y cuando me dijo aquello..., no pude dejar de darle vueltas. —Lo pensó un momento —. En realidad, al escritor nadie lo ve, son sus personajes los que están en el ojo de todos. Tenía razón, a veces se gana más sin dejar rastro. Y me he dado cuenta de que no necesito el reconocimiento de la gente para ser feliz.

Irk la había mirado con una de esas enigmática e indescifrables expresiones suyas. Aunque a Rain su sonrisa le había parecido más genuina que otras veces. Casi cariñosa.

—Estoy orgulloso de usted, Lee. Si es que eso le vale de algo. Y seguro que la doctora Sherin también lo está. Si me pregunta —comentó levantándose—, le auguro un gran futuro como bruja. Si algún día necesita una recomendación para la Orden del Amanecer, hágamelo saber. Me encantaría ser su mentor, sería una gran agente de inteligencia.

—Lo pensaré —le contestó ella estrechándole la mano.

Las semanas siguientes habían sido un caos con los exámenes finales a la vuelta de la esquina, ponerse al día con las materias después de estar en el hospital, y la publicación de toda la información que había pactado con Irk.

Reportes de bruja había sacado un artículo aclarando los sucesos sobre la detención y muerte de Ambrose y la desaparición de Maya.

Culpaban a «un reducido grupo de personas del Amanecer con aspiraciones maquiavélicas». Contando la historia de cómo se conocieron de estudiantes en la Academia y que «cegados por delirios de grandeza», habían actuado creyéndose por encima de las leyes. Aunque la mayor parte de la culpa se la habían cargado al difunto profesor Howard, que había seleccionado a este «grupo de jóvenes manipulables y les había lavado el cerebro».

Irk también se había ocupado de las muertes de los miembros del club de Política, de las cuales se había culpado a la directora Blean, que ahora parecía la perfecta cabeza de turco para todo el asunto.

Estaba siendo muy interesante ver cómo se maquillaba la narrativa de todos aquellos sucesos.

—¿En qué piensas? —le preguntó Blake, trayéndola de vuelta a la fiesta.

—Sabes, anoche no podía dormir... —murmuró ella.

La gente de su alrededor no dejaba de mirarlos con curiosidad, y eso que ya habían pasado varias semanas desde que habían dejado de esconder que estaban juntos.

—¿Por qué?

—Me asaltó una duda... No sé cuál es tu segundo nombre. Y después caí en la cuenta de que tampoco sé cuál es tu estación favorita. Y de pronto, solo podía pensar en ello. En que quiero saber las cosas que te hacen reír o llorar. Los sueños que no te has atrevido a decir en voz alta, pero que anhelas... —Tomó aire. Volvía a tener aquella expresión de sabelotodo que tanto le gustaba a él—. Porque... porque todo lo que es importante para ti, ahora también lo es para mí. Quiero aprenderte, Ash Blake.

La mirada de Blake se clavó en ella cargada de ternura y un toque de diversión. Sintió un amor tan profundo que fue como una quemadura en la piel. No dijo nada. Solo la observó unos minutos fascinado, abrumado, y luego tiró de ella para darle un beso suave. La levantó del suelo rodeándole la cintura con un brazo.

Rain abrió los labios para tomar aire. El mundo giró a su alrededor tan deprisa que se deshizo en colores mientras él se fundía con ella; suave, hambriento y frágil..., tan frágil y delicado...

—Ash Dorian Blake —respondió él antes de dejarla en el suelo.

—¿Podéis parar? Todo el mundo os está mirando —gruñó Aiden, que apareció de pronto a su lado.

Rain enrojeció, pero Blake se negó a soltarla, y Aiden tuvo que tirar de su amiga para reclamarla.

Rain lo abrazó mientras él la reñía. Aiden todavía estaba procesando la verdad sobre su padre y la muerte de Jun. No habían sido unas semanas fáciles para él tampoco.

Kane le pasó un brazo por el hombro a Ash, riéndose.

—¿Vas a comportarte así delante de tu madre cuando lo lleves a casa? —preguntó Aiden a Rain—. Debería ir con vosotros para asegurarme de que no os paséis delante de Sherin.

Rain lo abrazó con más fuerza, como si así pudiese llevarse la pena y los demonios de su mejor amigo.

—Voy a conquistarla, igual que a su hija —aseguró Blake, confiado, tirando de ella hasta que apoyó la espalda en su pecho.

Rain echó la cabeza hacia atrás y le sonrió.

—¡Te ha corrompido por completo! —se quejó Aiden.

¿Había sido así? ¿El chico malo había corrompido a la chica buena? O quizá, desde el principio, aquella solo había sido la excusa perfecta para dejarse caer.

—«El pecado es seductor y la caída dulce», Clark —citó Blake.

—Me alegro de librarme de ti durante el verano —refunfuñó Aiden.

Rain miró nostálgica de nuevo a su alrededor.

A pesar de todo, iba a echar de menos la Academia.

Agradecimientos

Rain y yo compartimos muchas cosas; la necesidad de validación a través de nuestros logros, el deseo de probarnos a nosotras mismas que merecemos estar donde estamos, etc. Por eso quise explorar todas esas cosas con el personaje, hacer este viaje increíble con ella. La idea se me quedó grabada cuando vi la película de *Mujercitas* de Greta Gerwig y oí a Amy March decir eso de «I want to be great or nothing». Esa frase me resonó tan fuerte... La forma en que ella lo expresaba le puso voz a algo que yo misma sentía.

Me molestó porque Amy March siempre me cayó fatal, desde la primera vez que leí la novela en el instituto. Yo admiraba a Jo, yo quería parecerme a ella. Jo es la perfecta heroína para una historia, ¿quién no querría ser ella? Amy, en cambio, me parecía egoísta y algo mezquina.

De esa contradicción nació un poco Rain: de la necesidad de ser una «chica buena» —si es que ese ideal puede alcanzarse— y, al mismo tiempo, ser ambiciosa. Quise enfrentar al personaje a ese dilema, a esas contradicciones, porque, siendo mujer, la sociedad lo percibe y lo juzga de una forma distinta.

Lo mejor es que yo misma he aprendido mucho de la evolución de Rain. Creo que por eso estoy tan orgullosa de estos libros.

Gracias a Crossbooks por cuidarlos tanto, por haberme regalado estas ediciones tan especiales. A mi editora Irene, que me hace mejor escritora y a la que admiro mucho; y a Laura y Anna. Me siento tan afortunada y agradecida de trabajar con vosotras. Gracias por el cariño que le habéis dedicado a *Ocaso* y *Aurora*, y también a mí.

A la persona que más se alegra de mis éxitos y la que me abraza y me impulsa cuando fallo, Fran.

A mis amigas María, Celia y Noe, gracias por estar siempre a mi lado. Os quiero. Ojalá nos hagamos muy viejas juntas y sigamos teniendo la misma pasión por las cosas.

Y a mis amigos Pablo y Ana, que son la perfecta representación del caos y lo irracional frente a la lógica y la razón (jajajaja).

A mi madre, que es la persona más poderosa del mundo, si ella me dice que todo va a estar bien, entonces todo lo está.

Espero que la Academia se quede en todos los que lo habéis leído, nada me haría más feliz.

La Academia II. Aurora
Nerea Llanes

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: Nerea Llanes, 2025
© del diseño de las guardas: Gonzalo A. Mendiverry, 2025

© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2025

ISBN: 978-84-08-30550-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta